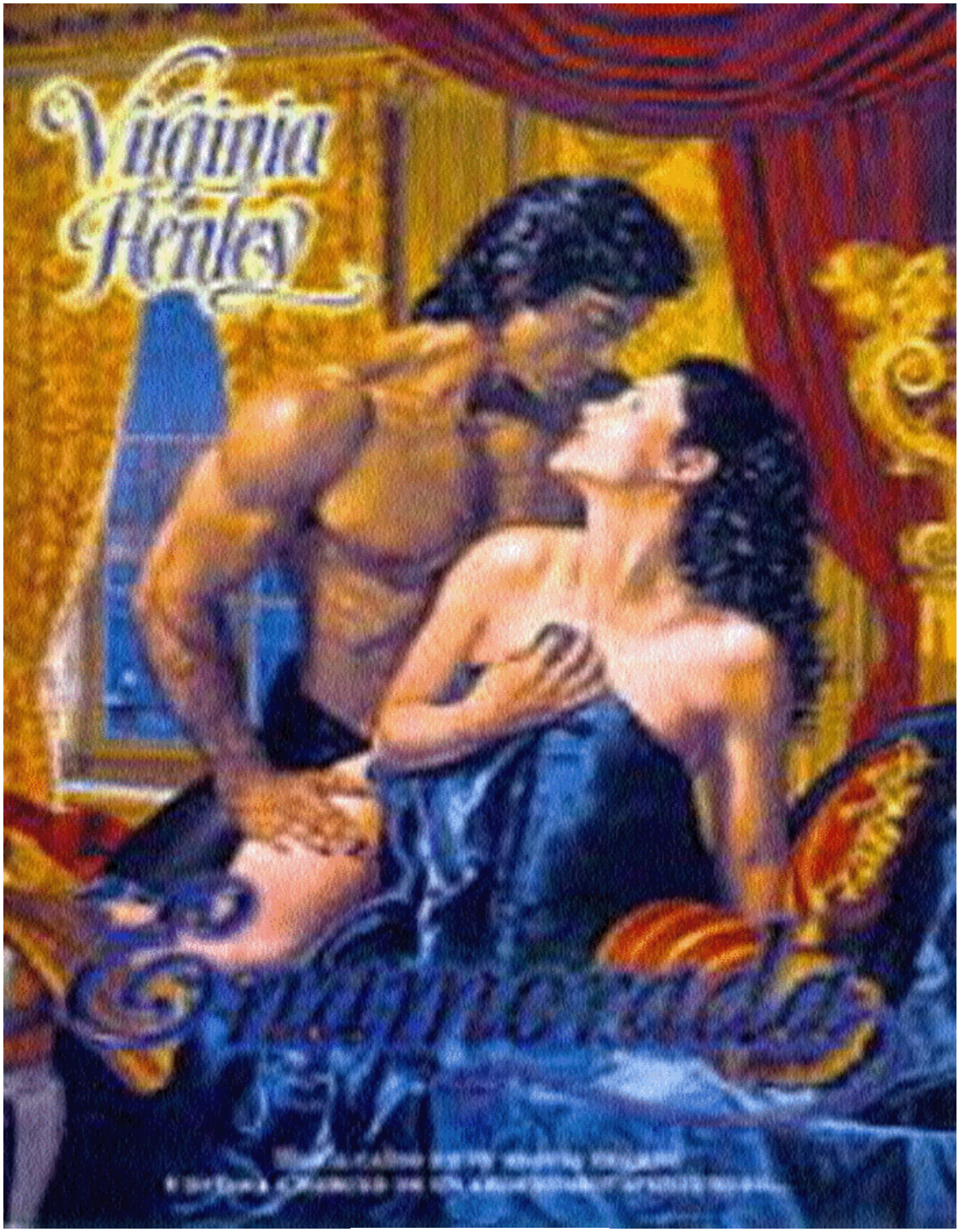
ENAMORADA
VIRGINIA HENLEY



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1

De pie ante el espejo ovalado de cuerpo entero, lady Antonia Lamb se observaba, con su encantadora frente crispada. Era de una belleza clásica, con grandes ojos verdes orlados de negras pestañas, pómulos delicadamente esculpidos y boca llena y generosa. Con gesto impaciente, apartó la nube de su pelo oscuro que llevaba largo, por debajo de su cintura, y dejó al descubierto sus jóvenes pechos, que emergían del corsé de encaje.

-¡Son muy pequeños! -se lamentó. Su abuela materna, lady Rosalind Randolph, apoyó su taza de chocolate y dijo en tono seco:

-Lo que importa no es el tamaño sino la firmeza. La forma de copa de champán se tomó del pequeño pecho de María Antonieta, que se consideró la perfección. Como si fuera a servirle para algo la perfección con la chusma de París -concluyó Roz con irreverencia.

La abuela contempló la esbelta figura de su nieta y notó con satisfacción la estrecha cintura y las adorables y largas piernas. Le trajo el recuerdo de su propio debut, cuando ella misma tenía dieciséis años.

-Tendrás a los hombres a tus pies, Antonia, no tienes por qué preocuparte. La última fiesta a la que asistí parecía una competencia para ver quién era más odiosa. Lady Denham, flaca como un palillo, tenía una abultada pechera de gasa. Parecía una paloma regordeta, pero abrigaba la absurda idea de que le quedaba bien. Imagino que la duquesa de Gedford pretendía copiar los nuevos colores de la marina, azul oscuro y blanco, pero su vestido era de un tono chillón que sólo podía describir como añil estridente. Por suerte, nadie lo notaba porque no había quien pudiera despegar la vista de su pelo empolvado de azul. Esa condenada mantuvo la atención durante una hora repitiendo las poco edificantes frases de su peluquero, Legros, sin intención de burla -Roz la imitó-: «Tres semanas es lo que resiste una cabeza en verano sin abrirse».

Loss ojos de Antonia desbordaron de risa. Toqueteó uno de los claros rizos de la peluca apoyada sobre su mesa de tocador, una mueca, y dijo:

-Oh, Roz, estaba impaciente por usar peluca por primera vez y me has desanimado.

-¡Pequeña! No son otra cosa que monstruosas recolectoras de bichos, hechas con pelo de caballo, fibra de cáñamo y polvo. Daré gracias a Dios cuando pasen de moda, al menos durante el día.

-Sospecho que tu intención es darme confianza. La duquesa de Devonshire es famosa por su belleza, y sé bien que su baile previo a la temporada, la semana que viene, estará lleno de damas elegantes, con hermosos vestidos y joyas.

Antonia no tenía mucha fe en su aspecto; peor aún: no sabía era bella. Toda su vida, cada vez que alguien la conocía, oía decir cosas como «Qué pena que no tengas el colorido de tu madre» o «Eres alta como tu hermano, aunque tu madre sea delicada como una gatita».

-No todas son damas, querida -dijo Roz en tono seco, remarcando las palabras-. ¡Menos que ninguna, la propia Georgiana! Además, no

tendrás que competir con las mujeres sino con los hombres. Skiffy Skeffington suele llevar el rostro pintado de blanco y apesta a algalia, y todos los miembros de la casa Carlton, del primero al último, llevan zapatos rojos de tacón alto.

-Skiffy, qué nombre tan absurdo -dijo Antonia-. Estoy impaciente por verlo.

-Y no es ni la mitad de absurdo que su nombre real, pobre diablo. Se llama Lumley -le confió Roz-. Te juro que cuando le vi usaba una caja de rapé y llevaba un bastón de estoque, un estupido pañuelo de mano, un rascador de cabeza, una caja de remiendos, y hasta un manguito. ¡Parecía sacado de un circo!

-Vuelves a exagerar. Estoy segura de que sólo usa manguito en invierno.

-¡Oh, no! Según el London Magazine, la última moda es un manguito de verano con plumón de cisne. La semana próxima, cuando vayamos a la ciudad, conseguiremos uno para ti. Se ha desatado una pasión por la excentricidad, y no me extraña porque, ¿acaso el mismo rey Jorge no está completamente loco? —Sin detenerse en apariencia a respirar, Roz dijo—: Y ahora, hagamos venir a Molly. Quiero ver qué aspecto tiene el nuevo vestido de baile.

Antonia percibió que la excitación empezaba a crecer dentro de ella. Unas semanas atrás, dejar Stoke e instalarse en la casa de Londres sólo había significado la posibilidad de recorrer las librerías en busca de libros sobre magníficas casas, muebles y jardines que fascinaban a Antonia. Entonces, su abuela y la mejor amiga de ésta, lady Francés Jersey, habían decidido que Antonia ya estaba en edad de vivir su primera temporada. De repente, en lugar de pasar los días cabalgando y navegando con Anthony, su hermano gemelo, sufría interminables horas probándose vestidos de baile, recibiendo lecciones y oyendo consejos sobre el modo de convencer a los jóvenes lores disponibles de que pidieran su mano en matrimonio.

Llamaron a la doncella, que se presentó ante Antonia con una creación de tul blanco y plateado, que puso sobre sus enaguas. Ocultó sus cabellos bajo una moderna peluca blanca rizada, acercó a su cara el cono de cristal mientras le aplicaba el polvo blanco y luego eligió un lunar y lo colocó con cuidado cerca de los labios de la muchacha, à la friponne.

Las tres cabezas giraron a una hacia la entrada del dormitorio al oír un inconfundible paso masculino, que les decía que Anthony había vuelto de cabalgar. El joven, alto, de pelo oscuro, con las manos metidas en los bolsillos, venía silbando una melodía que murió en sus labios al detenerse en el umbral.

-Tony, ¿eres tú? -preguntó el gemelo, sorprendido.

Su hermana sonrió y se le formaron hoyuelos.

-Sí, Tony, soy yo. ¿Qué te parece?

Mutuamente, se llamaban Tony; esto confundía a los demás, pero nunca a ellos, y por esa razón lo hacían desde niños.

-No me gusta -dijo él, sin rodeos.

-Antonia puso cara larga y su confianza se hizo trizas.

-¡Pareces un maldito pastel de bodas!

- Oh, oh —bromeó Roz—, lo que pasa es que oyes campanas de boda y sabes que esto te privará de un segundo de a bordo a quien darle órdenes. Anthony, déjame recordarte que esa actitud es egoísta.

-Soy varón. -Anthony sonrió-. Se supone que debo ser egoísta.

-Para ti todo irá bien. Heredarás todo esto sin mover un dedo siquiera, pero tu hermana deberá casarse, y bien, si quiere poseer un hogar y un título para su primogénito.

El joven protestó:

-¡Pero, Roz, sólo tenemos dieciséis años! La sola idea del matrimonio me aterra.

-Y así es como debe ser, pedazo de alcornoque. Pasarán años hasta que tú estés dispuesto a dejarte atrapar, aunque Antonia, en cambio, ya esté madura para ingresar en el mercado del matrimonio.

Antonia no se sentía madura. Se sentía por completo inadecuada. Tanto su abuela como su madre habían cautivado a lores con títulos de nobleza que las habían llevado al altar cuando tenian su misma edad. Ella sabía que allí, en el campo, tenía pocas posibilidades de conocer a alguien, y daba gracias a Dios por tener la oportunidad de participar en una temporada londinense. Sus enormes ojos verdes se miraron en otros, idénticos:

-También a mí me aterroriza la idea, Tony. No estoy en absoluto lista para el matrimonio; de todas maneras, estoy entusiasmada con la perspectiva de las fiestas a las que asistiré.

-Eso no lo has heredado de tu madre. A tu edad, Eve estaba mas que dispuesta. Tumbó de espaldas a la sociedad y causó un revuelo tremendo. Evelyn había estado prometida a Robert Lamb, pero, cuando el padre de él murió y Russell, el hermano mayor de Robert, heredó el título y Lamb Hall, ella se fugó con él y se convirtió en la comidilla de la alta sociedad.

-Ojalá nuestros padres volviesen de Ceilán -dijo Antonia, apenada-. Ya casi he olvidado el aspecto que tenía mamá, y sólo recuerdo que tenía el pelo rubio y que era muy bella.

-Eso era hace diez años. En un clima tropical, las mujeres se estropean -dijo Anthony, irreverente.

-Evelyn no -repuso Roz-. Se toma el cuidado de sí misma como si de la Santa Cruzada se tratase.

-¡Roz! A veces, das la impresión de que mi madre te desagrada -la regañó Antonia.

Su abuela farfulló algo incomprensible y luego se dirigió a la doncella:

-Molly, puedes poner la peluca y el vestido junto con las demás prendas del guardarropa nuevo de Antonia. Creo que iremos a la ciudad un día antes, así podrás tener doce horas de descanso. En cuanto comience la temporada, nunca te acostarás antes del alba.

El día estival era de una perfección absoluta. El tibio sol había abierto una profusión de rosas y altramuces, y una suave brisa del sur traía su perfume por las ventanas abiertas de Lamb Hall. Antonia canturreaba, dichosa, sumida en imágenes fantásticas del torbellino

social que la aguardaba en Londres. Sentía como si una pequeña burbuja de excitación se expandiese en su pecho ahora que su debut se aproximaba; tuvo la sensación de que ya estaba lista. Al menos, ya estaba lista para el polvo y la pintura, los zapatos de tacón alto y los modernos escotes bajos. Su existencia misma estaba a punto de sufrir una metamorfosis, llenándose de bailes, fiestas, juegos, veladas, galas, bailes de disfraces y carnavales.

Su abuela había procurado que recibiese una educación protectora, más apta para una oruga, pero ya había llegado la hora de que desplegase sus alas de mariposa y atrajese la atención de los posibles pretendientes. Sus padres habían reservado dinero para su dote y eso, sumado al título nobiliario de su padre, se agregaba a su propio atractivo; por lo tanto, no carecía de esperanzas.

La vista de Antonia se posó sobre los versos que había recordado del periódico de modas Le Beau Mond; volvió a leer las ingeniosas líneas de Lutrell, bajo el título de «Consejo a Julia»:

En esta lista todo depende;

fama, fortuna, amor, amantes, amigos:

es lo que gratifica u ofende cualquiera sea su rango, sexo o edad. Si una vez en Almack apareciste, como los reyes, no puedes errar;

pero cuando termina la noche del miércoles, ¡porJove, nada puedes acertar!

Antonia rió con ganas. Ella podía darse ese lujo ya que, gracias a lady Jersey, contaba con su suscripción a Almack's, el establecimiento exclusivo donde las debutantes de la sociedad podían hallar un posible marido. Desde su ventana podía ver la caseta de los botes desde donde los prados descendían hasta el río Medway. Contuvo el aliento al ver aletear una garza entre los árboles y luego meterse en el agua. Iba a estar ausente todo el otoño y el invierno.

Antonia amaba Lamb Hall con una pasión profunda y permanente. Había nacido allí, y no sólo era su hogar: hasta ese momento, había sido su vida entera. Cuando sus padres se habían trasladado a Ceilán, para ella la hermosa propiedad campestre se había convertido en el símbolo de la seguridad. Los cálidos muros de ladrillo rojo cubiertos con el verde oscuro de la hiedra se erguían allí desde hacía un siglo; Antonia sabía que seguiría siendo así para ella y su hermano, y que pasaría de una generación a la siguiente, al hijo de su hermano y luego al hijo de éste. Era reconfortante pensar que las personas podían ir y venir pero la casa seguiría siendo un bastión contra las tormentas de la vida durante otro siglo, por lo menos.

La muchacha sabía que echaría mucho de menos sus locas cabalgatas por los prados y la felicidad que le provocaba el mar cuando salían a navegar a vela y, del mismo modo, sabía que estaría demasiado ocupada para sentir nostalgia del hogar, y no quería perder esa oportunidad por nada del mundo.

Un carruaje llegaba por el sendero de grava; Antonia lo observó con curiosidad y vio bajar a un caballero que se acercó a la puerta principal de Lamb Hall. No lo reconoció como a uno de los visitantes frecuentes de su abuela, y fue por el rellano hasta la escalera principal.

Empezó a descender en el mismo momento en que el señor Burke abría la puerta a un desconocido.

Antonia andaba con paso ligero, su ánimo era excelente y no tenía ninguna sensación premonitoria. Sin embargo, cuando ella y su hermano fueron llamados a la biblioteca y vio la expresión afligida de Roz, que sostenía un papel con mano temblorosa, percibió que el extraño había llegado de Londres y que traía novedades que harían estallar la pequeña burbuja de su felicidad.

-Antonia... Antonia... éste es el señor Watson, de Watson y Goldman, abogados de tu padre. Nos ha traído terribles noticias... Oh, querida, no sé cómo decírtelo.

Roz se llevó la mano a la garganta.

Antonia sintió como si unos dedos helados le estrujaran el corazón, y Anthony miró, ceñudo, al individuo que se había atrevido a arrojar una sombra sobre el sol de Lamb Hall.

-Nuestro padre está enfermo -dijo Antonia, expresando su premonición.

-Sí, amor -dijo Roz con suavidad-, es su corazón... pero su enfermedad ha resultado fatal, querida. Me temo que ha muerto.

-¿Cuándo? -preguntó Anthony, tratando de negar la horrible noticia.

-Al parecer, en abril. La carta ha tardado varios meses en llegar desde Ceilán.

Anthony tendió la mano hacia la carta. Roz vio que el rostro de Antonia se había quedado exangüe y había palidecido terriblente.

El señor Watson se aclaró la voz y se volvió hacia el nuevo Lord Lamb, que leía con desesperación la delicada escritura de su madre.

-Mlilord -dijo el señor Watson con gran respeto-, me he tomado la libertad de hacer copias de los documentos que acreditan su titulo y, por supuesto, de la propiedad de Lamb Hall.

Como usted no llegará a la mayoría de edad hasta dentro de casi un año

y medio, el dinero permanecerá en fideicomiso. Antes de fallecer, el

difunto lord Russell Lamb había designado a un tal Adam Savage como su tutor legal.

-¿Quién? -preguntó Anthony, sintiendo que un dolor sordo comenzaba

a llenarle el pecho.

-El señor Savage era amigo de su padre y dueño de una plantación lindante, en Ceilán. —El señor Watson volvió a carraspear-.Su asignación continuará llegando como antes, pero el resto del dinero, milord, lamento informarle que quedará en manos de su tutor legal, el señor Savage. Quedará por completo a criterio de él si aumenta su asignación lo suficiente para cubrir el mantenimiento de Lamb Hall y de las granjas arrendadas.

Como lo último que importaba a Anthony en ese momento era el dinero, su abuela habló por él:

-Ese arreglo es bastante inconveniente. ¿No habría sido mejor que se quedara en manos de sus abogados de Londres?

Desde luego, el señor Watson estuvo de acuerdo con ella, pero todo era escrupulosamente legal y sin fisuras.

-En este momento, el señor Savage está haciendo construir una casa en Gravesend, y regresará de Ceilán cuando esté terminada, de modo que, a la larga, esos arreglos terminarán por ser inconvenientes. Lord Lamb, le pediría que tenga la bondad de firmar el título de propiedad de Lamb Hall para que pueda ser registrado a su nombre, como también el de la casa de la calle Curzon, en la ciudad.

Anthony cumplió con las formalidades legales, y el señor Watson por su parte no se mostró inclinado a demorarse más tiempo en una casa de duelo.

-Lord Lamb, lady Randolph, permítanme presentarles las condolencias de Watson y Goldman. Seguiremos sirviéndolo en cualquier cosa que desee, tal como lo hemos hecho con el difunto lord Lamb. Se ha publicado una esquela fúnebre en la London Gazzete.

El señor Watson se esforzó por no fijar demasiado la mirada en la notable semejanza que había entre lord Lamb y su hermana gemela. Hizo una reverencia saludando a las damas y se retiró.

Con aire impotente, Antonia miró a su hermano y susurró.

-¿Vendrá mamá a casa?

-Parece que no —dijo Tony, entregándole la carta de su madre y metiendo luego las manos en los bolsillos.

Antonia la leyó y se la pasó a su abuela. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y finalmente se desbordaron. Se acercó a su gemelo y se miraron fijamente, sin hablar, acongojados. Salieron de la biblioteca y, comunicándose sin palabras, fueron en busca de la intimidad que podrían conseguir afuera.

Rosalind vio, desde la ventana, cómo desaparecían las dos cabezas oscuras en dirección al río.

-¡Que Dios maldiga los trópicos!

De inmediato, buscó hacer partícipe de sus confidencias al señor Burke. El mayordomo había estado siempre con ellos y era indispensable para el funcionamiento de Lamb Hall. El hombre acercó un taburete a un confortable sillón de respaldo alto e indicó a Rosalind que se sentara. Ella suspiró.

-Milady, ¿quiere que le prepare té?

-Coñac... coñac -repuso Roz, decidida-, y, de paso, sírvase uno usted también, señor Burke.

Ya en la caseta de los botes, los mellizos se concentraron en recoger y ordenar lo que estaba desordenado en su refugio; cuando hubieron terminado todas las tareas, treparon a bordo y se quedaron oyendo el rítmico chapoteo del agua contra la embarcación.

-Lo que has dicho esta mañana es verdad -se lamentó Anthony-. Yo tampoco puedo recordar qué cara tenía ninguno de ellos.

-Pobre mamá, allá lejos, tan sola... Me pregunto cómo se las habrá arreglado durante estos meses.

-¡Maldición, yo tendría que haber estado con ella! -exclamó Anthony, frustrado-. Dios, pero si esta mañana mismo Roz dijo que yo heredaría todo esto sin mover un dedo -empezaron a sacudírsle los

hombros y miró a Antonia con una expresión de dolor en sus ojos—, Te juro que no quiero ser lord Lamb y heredarlo todo... ¡Así, no!

Antonia extendió la mano para consolarlo.

-Tu pena está mezclada con la culpa. Tony -sintió un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla—. Y la culpa no es tuya. Agradecido, él la abrazó como si ella fuese un salvavidas y se pasó la manga por los QJOS con gesto impaciente.

-Soy un canalla egoísta. Me alegro de que no te vayas a Londres.

Antonia había olvidado por completo todo lo que se refería a Londres: ahora que estaban de duelo, quedaba descartado. Sintió un aguijonazo de culpa al pensar en el dinero que había derrochado en unos vestidos que tal vez no usaría jamás. Quizá no estuviesen demasiado pasados de moda el año siguiente, cuando ella hiciera su debut. Apartó de sí sus propios problemas y se concentró en aliviar el dolor de su hermano.

-Somos afortunados de contar el uno con el otro. La pena compartida es menor. Aunque nunca te lo había dicho hasta para mí esta casa es la seguridad. Me hace sentir a salvo. Cuando pasan cosas terribles, como ahora, siento que los mismos muros se estrechan a mi alrededor para protegerme y reconfortarme. La casa será nuestro bastión y nosotros seremos apoyándonos mutuamente.

-¿En qué diablos estaba pensando papá cuando me hizo pupilo de este tipo, Savage, como si yo fuese un mocoso?.

-No sólo tú. Tony. Savage también es mi tutor —señaló ella.

-¿Quién diablos es? ¡No sabemos nada de él! -se quejó Anthony con amargura.

-Sí lo sabemos: que está construyendo una casa en Gravesend. Eso está a poco más de quince kilómetros de aquí. ¿Por qué no vamos la semana que viene?

Ese plan de hacer algo constructivo alivió la sensación de impotencia que los sofocaba, casi. Se quedaron al aire libre hasta que las sombras se alargaron y el frío que venía del mar los obligó a entrar. Los dos presentaron excusas para rechazar la cena ligera que había preparado el señor Burke, y Antonia se retiró a su habitación.

Roz fue a ver si estaba bien.

-No logro entender por qué mi madre no ha vuelto a casa -dijo Antonia, desconcertada.

-¿No puedes entenderlo, querida? -preguntó Roz en voz baja-. Ahora, Lamb Hall pertenece a Anthony. Aquí, Eve no podría ser la señora de la propiedad. En Ceilán, en cambio, vive como una emperatriz y sus criados son casi como esclavos que deben hacer lo que a ella se le antoje. Forma parte de un grupo especial y muy selecto, es una mujer blanca en una cultura primitiva. Lo más probable es que, en Ceilán, la sociedad gire a su alrededor como si ella fuese el sol, la luna y las estrellas.

-Hablas como si fuese una mujer superficial —dijo su nieta con tristeza.

-En cierto sentido, tu madre es superficial; en otros, muy profunda. De todos modos, no es fácil ser mujer, Antonia. Este es un

mundo de hombres y siempre lo será. ¿Te diste cuenta hoy que el señor Watson prácticamente ignoró tu existencia? ¿No te parece injusto que, pese a haber nacido Anthony y tú a la misma hora del mismo día, de los mismos padres, él lo herede todo y tú nada? Y esto se explica por el simple hecho de que él es varón y tú, mujer.

-Pero los títulos sólo pueden transmitirse por la línea masculina -dijo Antonia, sin rencor.

-Por lo general, los títulos implican propiedad, tierras y riqueza.Es todo un sistema ideado para asegurar que el poder esté siempre en manos masculinas -replicó Roz, sin ambages.

- Hasta ahora, nunca se me había ocurrido cuestionar el sistema -dijo Antonia con aire solemne.

-Nadie lo hace hasta que le afecta de forma personal. Como yo le di a lord Randolph una hija en lugar de un hijo, un sobrino se convirtió en heredero del título y se quedó con mi casa cuando tu abuelo se murió. Me quedé sin otra propiedad que un chalet de viuda en mis propios terrenos.

-¡Oh, Roz, qué injusto! Me he preguntado con frecuencia por qué te habías hecho cargo de unos gemelos: no tuviste muchas alternativas.

-Querida, vosotros no me habéis dado más que alegrías. Podría haberme casado otra vez pero, en cierto modo, no soportaba ceder a un hombre el control de mi vida.

-Deduzco que eso debe ser lo que representa el matrimonio- dijo Antonia, pensativa.

- A algunas mujeres les agrada casarse con hombres dominantes. Otras prefieren gobernar el gallinero y ser la que lleve los pantaIones en la familia, por así decirlo, pero esas mujeres no sienten mucho respeto por un esposo al que pueden dar órdenes y, por lo tanto, una vez más, las mujeres quedamos encerradas en un dilema: ¡estamos condenadas, tanto si lo hacemos como si no lo hacemos!

-Oh, abuela, me haces reír y es espantoso que me ría en un día como hoy.

-No, querida, no es espantoso. Carpe diem... ¡Aprovecha el presente! Es bastante lamentable que no puedas ir a Londres por la temporada -Roz exhaló un suspiro de resignación-. Una mujer de la época georgiana necesita dos cosas: belleza y dinero. Si tiene la primera, puede casarse con la segunda. Si tiene la segunda, no necesita la primera.

Antonia sonrió entre lágrimas.

-¡Qué alternativa: casarse o quedarse para vestir santos! ¿Acaso será el destino inevitable de las solteronas?.

—Me alegra que seas capaz de sonreír. Cuando Anthony vea la noticia de la muerte de su padre en letras de molde en la London Gazette se sentirá desolado.

Antonia permaneció acostada en la oscuridad intentando recordar a su padre. No podía evocar con nitidez sus facciones, aunque sí recordaba a un hombre alto, moreno, que siempre era bondadoso y gentil con ella. Cada vez que ella se caía o se lastimaba, él la acunaba en sus brazos y le enjugaba las lágrimas. Le había enseñado a cabalgar

y a navegar y jamás había manifestado preferencia alguna por su hermano. Su madre, por el contrario, nunca disimulaba el hecho de que su hijo Anthony era su preferido. Las punzantes reprimendas de su madre habían impulsado a menudo a Antonia a buscar a su padre y trepar a su protector regazo. Giró la cabeza en la almohada, consciente de que nunca más contaría con el consuelo de sus brazos. Una voz, en su interior, le dijo que tendría que agotar todas sus lágrimas esa noche pues, al día siguiente, debería ser fuerte para sostener a Anthony.

Le había llegado la hora de crecer. De repente, se sintió varios años mayor que su hermano gemelo. Si bien ahora Tony era lord Lamb y poseedor de la propiedad, en realidad seguía siendo un muchacho inmaduro. Antonia, por su parte, sentía como si ese día debiera dejar atrás la niñez. Comprendió que convertirse en mujer significaba ser madura y asumir responsabilidades por sí misma. Los hombres podían darse el lujo de ser soñadores; las mujeres, en cambio, tenían que ser prácticas.

Las lágrimas seguían manando de entre sus pestañas cuando, al fin, el agotamiento la venció y sus sueños la transportaron otra vez a su infancia. Estaba cabalgando en su pony, exhibiéndose ante su padre y otros hombres invitados a Lamb Hall. Ellos reían de sus travesuras, y la expresión de amor, orgullo y aprobación que iluminaba el rostro de su padre la volvía casi ebria de alegría.

Desmontó y corrió hacia los brazos extendidos de su padre.

Rompió a reír mirando su cara morena, oliendo jabón de afeitar, sintiendo que sus manos fuertes la alzaban en el aire.

-Arrójamela —dijo, riendo, uno de los amigos de su padre.

Ser el centro de tan encantadora atención la hizo chillar de gozo hasta que, de pronto, vio el semblante de su madre que cruzaba el prado. Tenía una fría expresión de desaprobación. No quería que el padre de Antonia jugara con ella o la mimase, aún cuando no hubiese visitas.

Antonia era delgada y morena, como su padre, y su madre afirmó que era demasiado masculina y que se estaba tornando salvaje. Antonia, en brazos de su padre, se puso tensa hasta que la bajó y sus pies tocaron la tierra. El sol de su día se había apagado.

-No debes animarla a que sea traviesa, querido. Si fuese una niña bonita, todos perdonarían su atrevimiento.

S u madre enlazó sus brazos con dos de los amigos de su padre, cegándolos con su belleza. Los demás siguieron tras ella, cruzando el prado, olvidando por completo a Antonia. El único no la había olvidado era su padre: le sopló un beso que ella guardó en su bolsillo. La niña encontró una moneda en él y la arrojó en un estanque de los deseos.

-Cuando yo sea grande quiero ser tan bella como mi madre.

Antonia despertó, sobresaltada. Recordó que su padre había muerto y que ella no volvería a verlo más, excepto en sueños. Los recuerdos que conservaba de él eran dichosos, desbordantes de amor y de risas y nadie podía quitárselos. ¡Cuando su hermano, Tony, leyera la noticia de la muerte de su padre, ella sería fuerte por los dos!

CAPÍTULO 2

A poco menos de cincuenta kilómetros de allí, en su atestado alojamiento de soltero en el Soho, Bernard Lamb leyó la esquela fúnebre de su tío con un sentimiento que sólo podía calificarse de alegría. Hasta esa mañana, sus perspectivas eran bastante sombrías.

Le había llevado exactamente un año agotar el dinero que le había dejado su padre, dinero que había resultado escaso debido a la adicción al juego que Bernard había heredado de su progenitor junto con su miserable herencia. Hacía tiempo ya que había perdido la pequeña casa de la calle Clary, estaba hundido en deudas hasta las cejas y estaba atrasado en el pago del alquiler de su astroso apartamento, en Tottenham Court Road.

La noticia de la Gazette lo llenó de euforia. Bernard entornó los ojos y dejó que su imaginación levantase el vuelo. No tuvo que elevarse demasiado para visualizarse como barón terrateniente. Ahora que su tío, lord Russell Lamb, había estirado la pata, entre él y el título nobiliario sólo se interponía su primo Anthony. «Lord Bernard Lamb» tenía un sonido irresistible.

Una divertida imagen apareció en su mente, y rompió a reír. Angela, la deliciosa actriz que había estado a punto de abandonarlo, dejándolo en el arroyo, se sentiría atraída otra vez por él. Él estaría rodeado por el perfume del dinero que llegaría y atraería a las integrantes del bello sexo como un imán atrae a la limadura de hierro. El dinero era poder. Y él disfrutaría ese poder ejerciéndolo sobre la muchacha del escenario, la de la cara de ángel.

Ella era tan oportunista como él. Con sólo atisbar sus proyectos, caería de espaldas sobre la cama. Sus promesas la convertirían en su ángel privado. Cómo gozaría al castigarla por su indiferencia de los últimos meses. Cómo disfrutaría viéndola representar pequeños actos eróticos para congraciarse de nuevo con él.

Bernard decidió que ya era hora de viajar a Stoke para poder evaluar Lamb Hall. Se pasó la lengua por los labios. De pronto, era heredero de un título y de una pequeña fortuna, y podía conseguir préstamos de inmediato con tal perspectiva por delante.

El día que Bernard eligió para presentarse en Lamb Hall y dar sus condolencias fue, precisamente, el día que los gemelos habían ido a caballo a Gravesend.

El señor Burke informó a lady Randolph de que un tal Bernard Lamb estaba en la biblioteca, y entonces los dos se pusieron a deliberar y llegaron a la conclusión de que no podía ser otro que el hijo del fallecido Robert Lamb, a quien Evelyn habia estado prometida cuando lo abandonó y huyó con Russell, cuya fortuna le convenía más.

Rosalind, una mujer menuda que sabía ocultar su edad con tanta eficacia como su astucia, entró en la biblioteca en medio de un susurro de faldas de seda negra. Sorprendió al joven Lamb observando la habitación con aire especulativo. Él se presentó de inmediato, se llevó a

los labios la mano de ella con modales fluidos y le expresó sus condolencias.

A la mujer le llevó unos treinta segundos analizarlo en detalle. Bernard Lamb iba elegantemente vestido, tenía buenos modales y rostro apuesto. Aunque era de la misma edad que su nieto Anthony y, al contrario que éste, era mundano y demasiado pulido para sus pocos años, Roz lo definió con una sola palabra:

"buitre". Le dirigió una sonrisa radiante y dijo en tono glacial:

-Transmitiré sus condolencias a lord Lamb. Está sumido en el duelo y no recibe visitas.

El mayordomo entró en la biblioteca, y Bernard se asombró de que no le ofreciera el vino y las obleas que se acostumbraba a servir en tales ocasiones. Por el contrario, lady Randolph dijo:

-Señor Burke, acompañe al joven a la puerta.

Dentro de Bernard Larnb hirvió la humillación y se prometió venganza. Aquella vieja zorra creía haberlo despedido, pero no era tan fácil despedir a Bernard Lamb, como ella aprendería pronto. Cuando todo eso fuera suyo, tendría el inmenso placer de ponerla de patitas en la calle junto a sus pertenencias.

Aunque los gemelos no tenían idea de dónde construía su casa Adam Savage, pronto descubrieron que en Gravesend todos sabían exactamente dónde estaba Edenwood. La propiedad cubría unas cuatrocientas hectáreas de terreno arbolado, en las afueras de la ciudad, en medio del campo. El límite norte de la propiedad era el río Támesis.

En un amplio claro se alzaba una casa neoclásica de tres plantas, sin duda la más bella que Antonia había visto en su vida. Había hombres trabajando por todas partes: carpinteros, albañiles y pintores, que trabajaban bajo la dirección de un hombre que llevaba lo que parecía ser un juego de planos.

Los gemelos se apearon, y Antonia caminó hasta el hombre mientras Anthony ataba los caballos.

-Por favor, disculpe nuestra interrupción. Tengo entendido que esta casa está siendo construida por el señor Savage, de Ceilán. El es nuestro tutor y, como es natural, sentimos curiosidad. ¿Le molestaría que echemos un vistazo?

El hombre sonrió a la bella joven.

-En absoluto —respondió él, y clavó la vista con franca curiosidad en el joven que parecía el doble de la muchacha y que se había reunido con ellos.

-¿Ese gran edificio es el establo? -preguntó el joven, incrédulo. El hombre asintió:

-Le invito a pasar.

Anthony se alejó en esa dirección y Antonia dijo:

-Que mal educada he sido. Yo soy Antonia y él mi hermano gemelo, lord Anthony Lamb.

-Encantado de conocerla, milady. Permítame que me presente: soy James Wyatt, a su servicio.

Antonia se quedó boquiabierta.

-¿El propio James Wyatt? -balbuceó.

-James Wyatt, arquitecto -respondió él, tan encantado como sorprendido de que una mujer tan joven y bella lo conociera.

Antonia trató de no exagerar su sorpresa.

-No puedo creerlo, señor Wyatt. Soy una gran admiradora de su trabajo. Tengo en mi casa su libro sobre arquitectura. Usted ha diseñado el Panteón de Oxford Road. ¡El bloque central uniido a la torre octogonal es una réplica de la Torre de los Vientos de Atenas!

El se inclinó:

-Me siento muy halagado. ¿Qué opina de esta casa?

-Es magnífica. El señor Savage debe de tener un gusto impecable.

-Bueno; el proyecto es mío. El compró la tierra y me indicó le construyese para él una casa imponente que agregase belleza a su entorno en lugar de extraerla de él. Creo que Edenwood es un nombre apropiado, pues significa «bosque del Edén».

-¿El le ordenó que construyese cualquier cosa que a usted se ocurriera sin preocuparse por lo que costara? —exclamó ella, ruborizándose al comprender lo grosero de su pregunta.

Wyatt sólo sonrió.

-Este es un proyecto nuevo... una ventana salediza con arco de medio punto que abarca dos plantas, en la fachada sur. Constituye un balcón o una pequeña terraza encima del dormitorio principal. La fachada oeste tiene un simple pórtico romano.

-Estoy muy de acuerdo con su teoría de que las habitaciones principales deben comunicarse con el exterior a través de la vista accesible desde sus ventanas y con los jardines a través de puertaventanas que se abran a los prados. ¿Tendrá un invernadero? preguntó entusiasmada.

-Dejaré que eso lo decida usted -respondió James Wyatt.

Los ojos verdes de Antonia se dilataron de placer.

-En ese caso, sí, por favor, haga entrar el exterior al interior.

La muchacha pensó que el señor Savage debía de ser rico más allá de lo imaginable y tener una gran familia para haber encargado una casa de esas dimensiones. Cuando ella hizo referencia a la necesidad de tantas habitaciones, su inocencia hizo sonreír a Wyatt.

-Es una casa que representa poder. Una casa de la clase gobernante. El hecho de poseer amplias propiedades constituye poder basado en la posesión de tierras. Una propiedad de este tamaño regirá el distrito. Durante el siglo pasado, los arrendatarios y vecinos hubiesen peleado por el dueño; en el presente, votarán por él. La posesión de tierras conduce a la dignidad de par y a la fundación de una dinastía. Proporciona control sobre la influencia política y la legislación.

Como vio que la muchacha lo comprendía todo, prosiguió:

-Una casa imponente proyecta un aura de poder, de encanto, misterio y éxito. Cuando alguien compra una propiedad, la clase de casa que construye demuestra con exactitud a qué nivel de poder apunta.

-Si es así, mi conclusión es que el señor Savage tiene intenciones de gobernar el mundo —repuso Antonia, riendo—. Dígame, señor Wyatt, ¿qué habitaciones debe tener una casa del poder?

James Wyatt estaba disfrutando de la conversación: no era común encontrar a una dama joven que combinara inteligencia y humor.

-Sala de desayuno, comedor, salón de baile, sala de fumar, sala de billares, biblioteca, sala de juegos de mesa, oficina, sala de música. El centro de la casa deberá tener una escalinata iluminada desde arriba con salas de recepción en toda la planta baja. Cada habitación podría tener una combinación de colores o un estilo de decoración diferente de modo que los invitados asciendan la escalinata y al ir recorriendo el círculo disfruten de diversas distracciones ofrecidas para su entretenimiento, y luego bajen la escalera y salgan.

-Cielos -susurró Antonia, sumida en la imagen que el hombre le pintaba. Su mirada se paseó por toda la propiedad y una sonrisa se dibujó en su boca cuando dijo con aire burlón-: Por supuesto, ¿tiene que haber un lago, una piscina, una capilla, un y algún capricho arquitectónico?

-Eso espero, pero eso lo decidirá William Kent, que es quien esta diseñando los jardines.

-¡William Kent! -exclamó Antonia-. ¡Oh, no puedo creerlo! He estudiado todos sus libros de paisajística.

James Wyatt dio por cierto que semejante interés era una rareza en una joven.

El hermano gemelo se reunió con ellos y dijo:

-Es increíble. En el establo hay cuarenta o cincuenta cuadras.

-Señor Wyatt -pidió Antonia-, me encantaría volver a venir para ver sus progresos si eso no fuese un inconveniente para usted.

-Será un placer para mí, lady Lamb. Yo no vengo todos los días, pero siempre estarán los trabajadores. Si quiere usted venir a mirar, estoy seguro de que ello no interferirá en los trabajos.

-Gracias, señor. Me siento honrada de haberlo conocido.

James Wyatt se quedó mirándolos mientras se alejaban a caballo pensando con cierta amargura que su nombre y su reputación habían pasado inadvertidos para el joven lord Lamb. Los establos le interesaban mucho más que las casas.

Mientras tanto, en Lamb Hall, Bernard Lamb parecía mostrar un gran interés por los establos tras haber sido despedido sin contemplaciones. Se escondió y esperó para ver cuántos sirvientes trabajaban allí. Vio a un hombre entrar en la cochera y sacar al patio un pequeño coche empujándolo por las varas. Se disponía a lavar el fango del vehículo y a limpiarle las lámparas.

Bernard se fijó que el hombre iba a buscar él mismo un cubo con agua en lugar de llamar a un caballerizo, y sacó la conclusiónde que estaba solo. Cuando vio al cochero absorto en su tarea, se escabulló hacia el interior. Vio un par de elegantes caballos de tiro, dos cuadras vacías y, luego, lo que parecían ser una yegua y un potrillo. Entrecerró los ojos mientras su rápido cerebro hacía una elección. Por supuesto,

su objetivo era que el nuevo lord Lamb sufriera una aparatosa caída. La solución ideal de sus necesidades era un accidente hípico.

Pensó en clavar un clavo en la parte blanda del casco de la yegua, pero le llevaría demasiado tiempo encontrar un clavo de herradura y una maza. Se maldijo por no haber pensado en llevar con él una aguja afilada, que le habría sido aún mejor. Sacó del bolsillo una navaja y avanzó hacia la yegua pero ésta relinchó, nerviosa, y se situó como para proteger a su cría. Bernard no vaciló en alejarse, no fuera que el animal lo delatase.

Entonces, se apoderó de un cabestro y un freno y cortó parcialmente el cuero que sostenía el bocado. Luego, hizo palanca sobre las tachas de la parte interna dejándolas aguzadas de modo que irritasen la boca del caballo. Por último, llevó a cabo cortes parciales en la correa del estribo y de la cincha de una de las sillas. Tomó la otra silla y, cuando vio que era de mujer, la dejó como estaba. No quería hacer daño a su prima, al menos aún no. Quizás, al morir su padre, la muchacha fuera ahora rica. Después de heredar dinero, la segunda cosa mejor era casarse con alguien que lo tuviera. Claro que él jamás la había visto pero, en lo que a la fortuna se refería, el rostro y la figura tenían poca importancia.

Bernard Lamb decidió no tomar el coche de regreso a Londres. No se engañaba creyendo que su sabotaje en el establo pudiera causar la probable muerte de su primo; tal posibilidad era tan sólo un deseo.

La ciudad de Gravesend era un puerto, y cerca de los muelles había muchas posadas donde podría permanecer unos días. Ello le daría la posibilidad de visitar Lamb Hall después del anochecer, merodear por allí sin ser visto, observar diariamente la vida de sus primos, conocer sus hábitos y sus actividades y darse tiempo para maquinar un plan más diabólico que ofreciera resultados seguros. Tras debatirse con su conciencia, Rosalind decidió finalmente no hablar a sus nietos de la visita de su primo Bernard. Eran lo bastante ingenuos para recibirlo con los brazos abiertos, si bien Roz sabía por instinto que a pesar de sus ropas elegantes y sus pulcros modales, no era más que un cazador de fortunas.

Recordó que Robert, el padre de Bernard, había sufrido una controlable pasión por el juego y la vida agitada, lo cual era, precisamente, lo que había atraído a su hija Evelyn. Ella y Robert Lamb se habían hecho inseparables a pesar de la reputación de él, o tal vez, a causa de ella. Nadie se sintió más aliviada que Rosalind cuando Eve se fugó con Russell, aunque era lo bastante descreída para saber que el factor decisivo había sido el título heredado por éste.

Roz suspiró. Era preferible mantener alejado al joven Bernard Lamb. El contacto entre ellos no haría más que producir celos y codicia o, en el menor de los casos, inducir a Anthony a contraer los infames hábitos de beber, frecuentar prostitutas y, la peor de todas las adicciones: jugar por dinero. Roz se estreemeció. Cuando los gemelos habían cumplido cinco años, Evelyn había acumulado tantas deudas de juego que era imposible calcularlas. En la actualidad, Georgiana, duquesa de Devonshire, había implantado la moda del juego pero, a

diferencia de la duquesa, el esposo de Eve no había sido uno de los duques mas ricos de Inglaterra.

Durante un año, la hija de Roz había vivido al límite, aceptando joyas de admiradores para apaciguar con ellas a sus acreedores, pero cuando lord Russell recibió la oferta de un puesto administrativo en la East India Company lo alentó a aceptarlo, Y allí viajaron, con destino a Madras, en la India, hacía ya diez iños, evitando así otro escándalo. Sin embargo, como el trópico no era lugar para los niños, Eve se había apresurado a aceptar el ofrecimiento de su madre de mudarse a Lamb Hall para cuidar de los gemelos y de gobernar la casa hasta que ellos regresaran a Inglaterra.

Sentados a la mesa de la cena, alumbrada por velas, Antonia describió a Roz lo que habían visto esa tarde en Edenwood.

-Ese Adam Savage debe de poseer una enorme cantidad de dinero. Podrá cazar en su propiedad. Tal vez haya unas cuatrocientas hectáreas de bosque. El exterior de la casa está casi terminado, pero el interior no. Su grandeza quita el aliento, ¿no es así, Tony?

-En los establos hay unas cincuenta cuadras -añadió Anthony con desinterés, más preocupado por cortar una tajada de carne vacuna que por describir una casa—. Creo que no tendré ningún problema en lograr que este tal Savage me aumente la asignación. Gasta el dinero como el agua.

-Ahá, debe de ser uno de esos nababs sobre los que escriben en el Tattler. Hacen fortuna en las Indias y luego regresan a Inglaterra con sus huríes y sus monos amaestrados como mascotas. Se visten con amplios pantalones de brocado y turbantes. Compran todos nuestros tesoros, la realeza los festeja y la sociedad, por lo general, se inclina a besarles el trasero.

-Quisiera que nuestra madre nos hubiera hablado más de él en su carta -dijo Antonia, apenada.

-Taz vez ella misma no sepa mucho acerca de él —aventuró Anthony-. Es probable que haya sido socio de negocios de nuestro padre. Anthony aún no podía hablar de su padre sin ahogarse.

La imagen de aquel nabab pintada por Roz ya había encendido la imaginación de Antonia mientras que la abuela, más cínica, pensaba: «Si Savage es tan rico como tú supones, Eve se asegurará de saber todo lo que haga falta saber acerca de él».

CAPÍTULO 3

En Ceilán, en la plantación Leopard's Leap, Adam Savage estaba de pie en medio de la densa sombra de eucaliptos y bambúes, bañándose en la belleza hechicera de la noche. Acudía con frecuencia a ese paraje desde donde dominaba una buena vista del lago. En realidad, era un estanque artificial construido para retener el agua, pero atraía a los animales salvajes como si fuese una aguada natural.

Permaneció inmóvil esperando con infinita paciencia, viendo cómo la intensa luz de la luna, de un blanco azulado, revelaba a un leopardo que se reflejaba en el ovalado estanque. Su belleza y gracia cortaban el

aliento. Los leopardos tenían ese modo especial de aparecer sin que se los percibiera de antemano.

Su fuerte mano bronceada tocó la pistola que llevaba en el cinturón en un gesto inconsciente, como para asegurarse de tenerla en caso de necesitarla. A Adam Savage le parecía que matar animales que iban a beber era un crimen.

Altas botas de cuero que le cubrían los musculosos muslos lo protegían de los escorpiones, los ciempiés y las serpientes. Recordó el temor que estos animales le despertaban al principio, recién llegado a la India, y una media sonrisa jugueteó en sus labios. Había ido a la India a comprar madera para su padre, que era ebanista. Adam había enviado a Inglaterra dos clases de caoba, ébano, teca, sándalo; además había descubierto el calambac, más fino y fuerte que cualquier palo de rosa. Durante aquellos días, vio pitones en cada tronco, cobras debajo de cada helecho, hasta que conoció un dicho oriental que rezaba: «Sólo ve serpientes aquel que les teme», y era cierto. Ahora, nunca las veía, aunque estaban allí. Las había oído deslizarse en las almadías, revolverse cazando ratas y también había oído chillar a las ratas cuando se convertían en la cena de los reptiles pero una vez que aceptó que las serpientes eran necesarias para mantener a raya a las sabandijas, ya no volvió a notar su presencia.

Una de las cosas que más echaría de menos cuando regresara a Inglaterra era la lujuriosa vida silvestre. A lo lejos, se oía el fantasmal aullido de una manada de chacales. A todas horas del día y de la noche se podía ver y oír la exótica fauna de Ceilán. El crepúsculo era la hora de las criaturas aladas. Al atardecer, las cuevas vomitaban hordas enteras de murciélagos de la fruta. Algunos de ellos, llamados zorros voladores, tenían una envergadura de más de un metro, otros, no mayores que un abejorro, volaban hacia su bungalow como si fueran invitados a cenar y se alimentaban con los insectos atraídos por la luz de las lámparas de petróleo. Se le dispensaba una cálida bienvenida a cualquier ser como el gekko, o lagartija doméstica, que corría por todas partes devorando moscas y mosquitos.

De pronto, a las narices de Adam llegó el dulce, paradisíaco perfume de las flores del tamarindo. Los hindúes creían que el dios del amor mojaba las puntas de sus flechas con néctar de tamarindo. Savage cerró los ojos y pensó en Eve. Por fin, admitía consigo mismo que la deseaba. Ahora que ella había enviudado, no existían barreras que le impidiesen poseerla. A ella le gustaba coquetear, le gustaba tener a los hombres a sus pies; muchas mujeres jugaban el mismo juego. Para él era importante que la atracción fuese mutua. Levantó la mano hasta su cara y tocó la cicatriz que la marcaba. No había sido ningún campeón de belleza antes de que el cuchillo le hubiese dejado ese profundo corte que bajaba desde un costado de su nariz, en línea recta hasta el labio superior. Sin embargo, sus acusados rasgos masculinos habían adquirido ahora ese aspecto sombrío, siniestro, que hablaba de un pasado deshonroso.

El sabía que el destino lo había marcado como imprimiéndole un severo recuerdo de sus pecados y, como había escrito Ornar Khayyarn,

ni siquiera toda su piedad podría borrar la mitad de una línea. Su apariencia asustaba a las mujeres jóvenes; sin embargo, las mayores, sobre todo las casadas, se sentían atraídas hacia ese rostro saturnino de un modo casi irresistible.

En ocasiones, había creído que Eve le enviaba una sutil invitación, pero él jamás había actuado en consecuencia. Su código honor no le impedía seducir a una mujer casada, pero su integridad sí le impedía deshonrar a un amigo que confiaba en acostándose con su esposa. Y Russell Lamb había sido ese amigo.

Otro hombre blanco devorado por el clima tropical. En las Indias, eso sucedía con implacable frecuencia, aunque a él las cosas siempre le habían ido bien allí. La razón era que Adam petaba el país y su clima y había comprendido, desde el principio, que las comidas copiosas acompañadas de botellas de vino eran capaces de matar a un hombre blanco más rápido que cualquier enfermedad.

Al día siguiente, lady Evelyn Lamb iría a Leopard's Leap por primera vez a cenar con él. Hasta entonces, él siempre había cenado con lord y lady Lamb en la residencia oficial del gobernador, la casa palaciega de la plantación vecina. La casa era imponte, aunque la plantación resultara insignificante comparada con las ocho mil hectáreas de la de Adam, pero el trabajo admistrativo de la East India Company había mantenido a Russell encadenado a su escritorio sin dejarle tiempo para ocuparse de los cultivos.

Eve era una rubia beldad inglesa tan tentadora como su tocaya, la primera mujer. Tenía poco más de treinta años, uno o dos más que él; esto le añadía atractivos. Su belleza tenía una frialdad que le hacía preguntarse si habría tenido un despertar sesual pleno. O, incluso, si habría estado alguna vez completamente satisfecha. De todos modos, ella no tenía nada de virginal él esperaba que su propia experiencia sexual pudiera enseñarle a ser satisfactoria en la cama. Eve estaba rodeada por un aura le parecía decir «mírame y no me toques» que excitaba a Adam.

En una situación normal, ella habría estado bien fuera de su alcance, a no ser por ese gran igualador: la riqueza. Él se imaginó el encuentro del día siguiente y evocó su piel blanca, perfecta, sintió su pelo dorado rozándole la mejilla, oyó su voz cultivada que pronunciaba ingeniosas frases provocativas, la saboreó... En aquel momento sintió una grata tensión en los testículos y, emergiendo de la sombra, caminó hacia su espacioso y cómodo bungalow, donde lo esperaban sus sirvientes con el baño y la cena listos. Un marsupial que parecía un híbrido de cerdo pequeño y rata atravesó su camino.

El criado personal de Adam, que parecía muy pequeño en comparación, lo esperaba junto a la puerta con el calzador en una mano y unas zapatillas en la otra.

-Buenas noches, John Bull -dijo Savage, al tiempo que se sentaba en un taburete para que su criado le quitara las botas.

-Buenas noches, excelencia -respondió John Bull inclinando su cabeza tocada con un turbante escarlata hasta casi tocar sus pantalones blancos.

Savage arqueó una ceja.

-¿Excelencia? -preguntó.

John Bull respondió con solemnidad:

-Cuando nosotros estemos en Inglaterra... Adam alzó una mano en señal de protesta.

-¿Es obligatorio que empieces cada frase con, «Cuando nosotros estemos en Inglaterra»?

-Sí, excelencia, cuando nosotros estemos en Inglaterra será un título apropiado. A usted no le agrada cuando lo llamo patrón, y como sahih sonará muy extranjero, he estado pensándomelo mucho y creo que «excelencia» estará bien... cuando nosotros estemos en Inglaterra -agregó, sin necesidad.

Adam había aprendido a mantener un semblante serio cuando conversaba con John Bull, apodo que le había dado él mismo porque aquel individuo adoraba todo lo que fuese inglés y vivía para el día en que, al fin, pondría su pie sobre esa tierra idolatrada.

-John Bull, aún no estamos en Inglaterra -recordó Adam.

-Ah, es verdad, excelencia, pero mañana, cuando venga a cenar la memsahib lady Lamb, será muy, muy importante que ella no nos considere incivilizados. Adam puso los ojos en blanco.

-Dame fuerzas -murmuró.

-Usted es el Leopardo, el hombre más fuerte de Ceilán. ¿Por qué desperdicia plegarias pidiendo más fuerza, excelencia?

Adam sabía por experiencia que era mejor no responderle. Cruzó el vestíbulo y ofreció un trozo de papaya a su loro.

-Hola, Rupia.

-¡Pecador! ¡Tizón del infierno! -respondió el ave de flamígera cresta.

-Cuando estemos en Inglaterra será mejor que no tengamos a este maldito pájaro. Su vocabulario es defectuoso y podría resultar dañino.

Adam pensó con amargura que si el idioma inglés sobrevivía al vocabulario de John Bull sería un milagro. Recogió unos mapas que había sobre su escritorio y recorrió con la vista uno de la plantación que cubría la pared detrás de él. A la mañana siguiente se levantaría a las cuatro para organizar a los trabajadores antes de que clarease el día. El látex de los árboles de goma solamente fluía bien antes de que el calor del día fuese muy fuerte. Las altas temperaturas lo coagulaban.

Kirinda, la criada cingalesa de Adam, entró en la habitación con pasos silenciosos. Con su voz suave, dijo a John Bull que el baño del Leopardo estaba listo. Toda la gente que rodeaba a Adam pensaba en él como en Leopardo, y así lo llamaba. Y el aludido pensaba, cínico, que se debía más a su semejanza con una bestia llena de cicatrices que al hecho de ser el dueño de Leopard's Leap.

John Bull la regañó en un cuchicheo teatral:

-Cuando nosotros estemos en Inglaterra no deberás andar dándole órdenes al patrón. Cuando él esté dispuesto a bañarse irá al cuarto de baño. ¡En este momento, no tiene interés!

Adam Savage dejó los mapas.

-¡No me agrada ese comentario, John Bull! -dijo con ligereza—. Llévame, Flor de Loto.

La mujer jamás caminaba delante de él. Después de que Adam pasó por delante de ella, camino del cuarto de baño, ella alzó los ojos que había mantenido bajos en todo momento y dedicó a John Bull una mueca desvergonzada.

Él replicó con desdén:

-¡Un loto no es más que un vulgar nenúfar!

En el centro del cuarto había una bañera bajo nivel, revestida de azulejos, donde humeaba un agua tibia y perfumada. Adam se quitó la camisa blanca de algodón por la cabeza, dejó que Kirinda lo ayudara a quitarse los pantalones de montar y bajó los peldaños para meterse en el agua, que le llegaba hasta las caderas. Su ancho pecho mostraba flexibles músculos gracias a años de duro trabajo físico. El sol tropical lo había bronceado hasta darle un tono de caoba que le llegaba hasta la cintura mientras que, debajo, sus duras nalgas y sus piernas fuertes eran sorprendentemente blancas por contraste.

A Kirinda le encantaba contemplar el cuerpo de su amo, aunque siempre daba la impresión de mantener la vista pudorosamente baja para que él no creyese que curioseaba sus cicatrices. Era deliciosa la diferencia entre él y sus compatriotas. Tenía el pecho y el miembro viril cubiertos de rizos negros y era muy corpulento. El pelo le caía hasta los hombros y era tan oscuro como el de los nativos, pero sus ojos eran de un asombroso azul de hielo y eran capaces de congelar a una persona con una sola mirada cuando estaba disgustado.

Le lanzó una mirada disimulada y vio que apoyaba los codos sobre el borde de azulejos, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, dejando que la sensación del agua tibia le relajara los músculos fatigados. Cuando Kirinda se inclinó para levantar la esponja de su pelo negro, éste resbaló hacia delante como una cascada de seda. La muchacha se irguió, se quitó el suntuoso sari bordado, bajó con gracia los peldaños y se introdujo en el agua.

Cuando Savage la compró a sus antiguos dueños holandeses, Leopard's Leap era una plantación fracasada. Había trabajado horas al día para hacerla prosperar. En aquella época, terminaba la jornada demasiado cansado para bañarse y por eso ella lo bañaba desde entonces. La experiencia había resultado grata y se había convertido en un ritual.

Kirinda tenía que ponerse de puntillas para enjabonarle a él el cuello y los hombros, y luego le tendía la pastilla de jabón sobre la palma abierta. Adam la tomaba, se lavaba la cara y el pelo y luego se sumergía en el agua para enjuagarse la espuma.

Ella le enjabonó la espalda, el pecho y el vientre y después volvio a cederle el jabón para que él se lavara sus partes íntimas. Era una relación práctica, completamente despojada de significado sexual. Adam, ya relajado del todo, cerró los ojos y echó hacia atrás. Se sentía como si fueran a derretírsele los huesos.

Abió los ojos uno o dos minutos después y vio que Kirinda estaba, paciente, con sus toallas. Ese ritual compartido con Flor de Loto sería sedante para cualquier hombre. Ella jamás parloteaba. Jamás se

horrorizaba ante sus cicatrices. Le sonrió con sus OJOS azules mientras se ponía una bata, y se fue a cenar.

Cuando terminó de comer salió a la galería, protegida por alambre tejido, a gozar de la brisa y a fumar un puro hecho con hojas de tabaco cultivadas en la zona seca de Jaffra. Dejó vagar sus pensamientos, arrullado por la sinfonía nocturna de las ranas entre los árboles.

Todavía estaba completamente oscuro cuando se levantó y se dirigió hacia los cobertizos que había junto al ahumadero. Con los años, sus trabajadores se habían vuelto muy diestros, habían aprendido la importancia de la higiene en la recolección de ese líquido blanco como la nieve. Savage les entregó cuchillos, tazas, cascaras de coco y cubos. A continuación, vertió ácido acético en los moldes, pues sabía que pronto los recolectores comenzarían a volver con el látex. Después de haber reposado durante dieciocho horas, las láminas serían pasadas entre dos rodillos para darles una terminación áspera que evitase la adhesión y, luego, colgadas en el ahumadero vanos días para secarlas.

Los hombres que habían aprendido el inglés eran promovidos a capataces y recibían un quitasol como insignia de su oficio. El Leopardo, como también le llamaban los trabajadores de la plantación, era un patrón duro que dirigía el trabajo con mano de hierro. No consentía nada que no le agradase, y el castigo era rápido y severo. Jamás era indulgente ni daba una segunda oportunidad. Y, sin embargo, mezclado con el temor, sentían por él una considerable dosis de respeto. No existía una sola tarea en toda la plantación que él no pudiera realizar por sí mismo mejor que cualquier otro.

Cuando la plantación pertenecía a los holandeses, los trabajadores habían sido todos cingaleses, nativos de Ceilán. Eran personas atractivas pero en exceso astutas e indolentes. Si un día cualquiera no deseaban trabajar no había poder sobre la Tierra capaz de obligarlos. Al llegar a la India, Adam había observado cómo manipulaban los nativos a los ingleses utilizando su peculiar forma de chantaje: se sentaban sobre un escalón y ayunaban hasta salirse con la suya o amenazaban con abrirse el vientre o con destrozar la cabeza de sus propios hijos.

Cuando Savage se hizo cargo de la plantación despidió a los trabajadores cingaleses y los reemplazó por tamiles, más morenos y mucho más industriosos y dispuestos para el trabajo. Savage les permitió que conservaran sus propias costumbres a menos que éstas lo ofendieran, en cuyo caso las prohibía. En Oriente, se consideraba estéril a una mujer hasta que daba a luz un hijo varón y, en ese caso, su esposo tenía permiso para tomar una segunda esposa. Como el concubinato era normal, él no interfirió. Una mujer debía casarse en cuanto llegaba a la pubertad, pues, de lo contrario, se convertía en presa de todos los varones de su casta.

Kirinda era la única mujer cingalesa de la plantación. Había enviudado a los veinte años, en la primera semana de Adam en la plantación, y ella estaba designada para el sati, la ceremonia en la que las viudas se inmolaban en la pira funeraria junto a sus

los muertos. El la salvó de la pira tomándola como su criada personal.

Otra práctica que Adam abolió de inmediato fue el asesinato de niñas recién nacidas. Savage se empeñó en que se les enseñara a trabajar por una paga.

Al llegar el primer sonrojo del alba, dejó los árboles de la goma y se encaminó hacia el terreno donde los trabajadores se reunían todas las mañanas para que Adam les asignara sus tareas lanas. Con ayuda de un capataz políglota, se distribuían las tareas del día entre los mil quinientos tamiles que constituían la fuerza de trabajo.

Todos los días, después de la concentración, Adam Savage regresaba a su bungalow a desayunar. Luego montaba a caballo y recorría las ocho mil hectáreas para supervisar las diversas cosechas que exportaba a Gran Bretaña; su tierra natal se había generado una demanda insaciable de productos de los trópicos.

Tras tomar un atajo entre unos cocoteros camino de su casa oyo los penosos chillidos de un mono. Estaba tendido en su camino y su pequeño cuerpo yacía en un extraño ángulo. De inmediato, Adam supo que se había roto la espalda al caer desde lo alto de una palmera. Sus ojos lo miraban suplicantes desde su pequeña cara anaranjada. Ya se había formado una hilera de hormigas rojas que avanzaban hacia la indefensa criatura. El hombre sabía que el animalito sufría fuertes dolores pero que, en unos minutos, su sufrimiento se multiplicaría por mil. Sacó la pistola de su cinturón de cuero y disparó. Era una muerte mucho más piadosa que la de ser devorado vivo por un millón de hormigas rojas. Leopard's Leap estaba rodeada de selva por tres lados. En la selva, la muerte era algo cotidiano.

Durante el desayuno, Adam estaba abatido, y por eso a John se le ocurrió que era preferible recordarle algo:

- No olvide la visita de lady Lamb. A las cuatro de la tarde en punto tendré preparada ropa limpia y el baño.

- Aquí estaré -aseguró Adam, rechazando el ofrecimiento de más fruta y de café-. No tengo tiempo. Tengo mucho que hacer antes de las cuatro.

No era necesario que él se ocupara de los detalles de la cena que se le serviría a su invitada: John Bull era un perfeccionista.

Savage montó uno de sus caballos árabes y cabalgó hacia una región ondulada donde había una plantación de té. Los recolectores eran hombres, mujeres y los niños y niñas de mayor edad. Constituían un cuadro exótico con sus vestimentas de algodón de alegres colores, sus cestos de bambú balanceándose en la espalda, sujetos por una cuerda que les rodeaba la frente. Jóvenes corredores subían y bajaban entre las filas llevando sacos en los que los recolectores vaciaban sus cestos ya llenos.

Los arbustos maduros de té ofrecían una cosecha de floración cada dos semanas. La floración estaba formada por los pimpollos tiernos, aún cerrados, de té y dos hojas. Los capataces con sus parasoles vigilaban constantemente para cerciorarse de que limpiasen los arbustos de tallos improductivos y que las hojas defectuosas no fuesen a parar a los cestos.

Mientras calculaba las libras de té que habían recogido, Savage observaba con orgullo a las mujeres: eran mucho mejores recolectoras que los hombres. Tenían unas manos tremendamente hábiles, que volaban sobre los arbustos con delicados movimientos recogiendo puñados de capullos y arrojándolos por encima de los hombros dentro de los cestos sin aplastarlos ni lastimarlos.

Savage avanzó hacia sectores más alejados, donde estaban podando. Los podadores recibían salarios más altos por sus servicios gracias a sus conocimientos técnicos. Era necesario podar los arbustos de té en estricta rotación para lograr que produjesen durante dieciocho meses antes de la siguiente poda.

Se necesitaban numerosos trabajadores más para limpiar desagües, alcantarillas y pozos donde se acumulaban los sedimentos. La plantación contaba con reservas de leña que sacaba de árboles de rápido crecimiento, donde los trabajadores cortaban, partían y cargaban madera hasta los cobertizos de secado de látex a los cuatro niveles de la planta procesadora de té, en los que se desarrollaban cinco pasos: secado, arrollado, fermentación , tostado y picado.

Adam agradeció por enésima vez a la Providencia que en sus nefastos viajes a China para importar y exportar cargas ilegales también se hubiese interesado por los cultivos legales que producían los chinos. Una vez que hubo averiguado cuánto té se podía cargar en la bodega de un barco y supo los precios absurdo que estaban dispuestos a pagar los ingleses por este nuevo brebaje de moda, se había apresurado a aprovechar tales conocimientos. Más adelante, cuando hubo ahorrado lo suficiente para comprar la plantación en Ceilán, había comprado cientos de frágiles plántulas y las había transplantado con cuidado. Después trabajó y se preocupó por cada una de ellas como si hubiesen sido hijas que necesitaran infinitos y tiernos cuidados amorosos. Esos cuidados que había vertido sobre aquellos primeros y delicados arbustos de té en Ceilán le habían compensado abundantemente. Al año siguiente había hecho lo mismo con las plantas de caucho traídas de Birmania.

Una plantación podía ser afectada por innumerables problemas. En las primeras horas de la tarde, cuando Adam estaba examinando unos huertos para descubrir huellas de enfermedades en tallos y raíces, lo distrajeron los pájaros. Lo que veía y oía en las copas de los árboles causaba estragos en sus emociones. Las golondrinas se reunían para regresar a Inglaterra; lo inundó tal oleada de nostalgia por su tierra natal que se convenció de que tendría que volver pronto si no quería contraer esa enfermedad que bordeaba la locura, y que atacaba a aquellos quienes se sometían durante demasiado tiempo al aislamiento y el calor del trópico.

Savage pensó en la casa que estaba construyendo. Era la culminación de todos sus sueños y su arduo trabajo. Había llegado a las Indias con las ingenuas esperanzas de la juventud a comprar maderas para que su padre pudiera ampliar su negocio. En su cabeza bailaban imágenes de prosperidad y el plan de comprar una casa pequeña en un vecindario respetable, lejos de la zona húmeda e

insalubre donde estaba situada la ebanistería de su padre, junto al Támesis.

La muerte de su padre, no obstante, había apagado todas sus esperanzas y lo había llenado de culpa. Aún ahora seguía creyendo que si él hubiese estado para cuidar a su padre, que sufría de bronquitis crónica, y si hubiera hecho todo lo que estaba a su alcance para combatir las insidiosas condiciones de la pobreza, tal vez su padre estaría vivo.

Savage había superado aquel período de pena y culpa con la férrea decisión de hacerse rico. Si su resolución era lo bastante sólida y si no permitía que nada se interpusiese en su camino, si juraba hacer cualquier cosa para concretar su aspiración, incluso matar, nada en la tierra habría de impedírselo. Y lo había hecho. Ah, no había sido fácil. Su ambición lo había impulsado por los caminos de la perversidad y había pagado muy caro por cada error cometido. Sin embargo, poco a poco había ido forjando un plan.

Era un plan ambicioso, glorioso y, lo más importante, un plan que valía la pena. Sin duda, ése debía de ser el secreto de su éxito. No era suficiente necesitar algo y desearlo. Uno no empezaba a lograrlo hasta que no lo merecía.

La imponente casa en Inglaterra era sólo una parte de ese plan, un simple medio para acceder a un fin. Sin adornos como éste jamás podría lograr la digna meta que se había impuesto. Una mujer como Evelyn Lamb sería el toque final que coronaría su propiedad inglesa. Hasta poseía un título. Con una anfitriona elegante como lady Lamb a su lado, sus ambiciones se verían concretadas en la mitad del tiempo.

Decidió no perder más tiempo. Aquel mismo día comenzaría su cortejo amoroso. Tal vez le llevara un poco de tiempo. Ella no caería en su cama como cualquier chiquilla y él tampoco quería eso; debería trabajar para derribar las barreras de clase que se erigían entre ellos y que podrían dificultar una relación más íntima.

Savage regresó temprano al bungalow para bañarse y cambiarse, y a las cinco, la hora convenida, estaba en la escalinata de la galería viendo la llegada del coche abierto de la dama, conducido por un cipayo de la compañía. Ella llevaba un vestido de seda negra, y su pelo rubio estaba recogido en elegantes ondas sueltas con peinetas de carey.

- Buenas noches, señor Savage -dijo ella, mostrándose formal ante el soldado.

- Buenas noches, lady Lamb -una lánguida sonrisa desmentía la formalidad del tono de él. Pocas veces sonreía, pero, cuando lo hacia, su cicatriz sobre la boca le daba una expresión peligrosa y fatal, a la vez-. Le prometí mostrarle la fábrica de té. Todavía falta una hora para el anochecer.

Ella asintió con la cabeza y el cipayo se bajó y entregó las riendas a Savage. Adam se había puesto unos pantalones de montar de ante, camisa color crema y chaqueta, esta última, concesión especial a su invitada: por lo general, prefería ir en camisa.

La ayudó a apearse del carruaje y vio que calzaba altas botas de cuero bajo sus sedas susurrantes.

- Tengo horror a los reptiles —explicó ella, haciendo un delicioso mohín.

El la tomó del brazo y la condujo hacia la manufactura de té.

- Las tres últimas plantas son simplemente naves de secado. Esos ventiladores mantienen el aire en movimiento hasta que las hojas se secan - mientras descendían al nivel del suelo él la sostenía por el codo con su fuerte mano-. Cuatro rodillos extraen el aceite, que es pegajoso y de un color dorado verdoso. Este nivel se mantiene fresco constantemente por medio del agua que corre por sus paredes. Por el olfato se sabe cuándo el té ha fermentado lo suficiente como para llevarlo a los hornos para tostarlo.

Luego la condujo a un amplio edificio vecino al primero, del que se elevaba una agradable e intensa fragancia procedente de unos montones de negro té crujiente.

-Este está listo para ser seleccionado, cortado, cernido, picado y empaquetado.

Evelyn tocó los cajones de té apilados contra la pared:

-Cuando los ingleses sorben su orange pekoe o su souchung no tienen la menor idea de cuánto tiempo y trabajo hay en ellos.

-Como pagan un alto precio por ese privilegio, no puedo quejarme.

¡Dinero! Aquél era el tema que Evelyn ansiaba abordar. Pero debía ser sutil y, al mismo tiempo, no perder tiempo en la tarea de derribar las barreras que había entre ellos para llegar a una relación más íntima.

CAPÍTULO 4

Adam ayudó a Eve a subir al coche abierto y guió al caballo hacia el lago. Una vez allí, la invitó a caminar con él. El azul intenso del cielo se estaba conviniendo en color azafrán con brillantes vetas doradas. Una banda de macacos con caras peludas hacía cabriolas entre las ramas y arrojaba mondaduras de fruta a unos búfalos de agua que se estaban refrescando. Martines pescadores de color del zafiro y oropéndolas negras y doradas se precipitaban al agua para atrapar mosquitos mientras una bandada de flamencos levantaba el vuelo.

Al tiempo que paseaban por la orilla del lago, el cielo iba tomando un rojo intenso y daba a la piel de alabastro de Eve un delicado tinte rosado. Por debajo de las pestañas, ella se fijó en como contrastaba la camisa color crema de Adam con la piel color caoba de su cuello, y los pechos comenzaron a cosquillearle. Adam tenía un fuerte aire de autoridad y dominio que provenía su suprema confianza en sí mismo y en sus habilidades, como ella bien sabía.

Evelyn estaba acostumbrada a salirse con la suya en la vida.

Había logrado evitar casarse con un hombre dominante y, en consecuencia, gobernaba sus dominios como una emperatriz;

sin embargo, en aquel momento ese hombre viril y dominante que se había hecho a sí mismo constituía una presa extraordinaria. Ella lo atraía, él aún estaba disponible y, lo más importante, era rico.

Se detuvieron en seco cuando dos salvajes búfalos de agua bramaron mientras luchaban a unos metros de ellos. La mujer observó,

asombrada, la velocidad y la ferocidad de la carga. Uno de los toros golpeó al otro con tal fuerza que lo hizo saltar por los aires y éste quedó yaciendo en el cieno, como muerto. El macho vencedor se apareó con la hembra que aguardaba, en una orgía de puro placer sexual. El hombre que presenciaba la escena se vio sacudido por una conmoción atávica.

Eve contuvo una exclamación y retrocedió, apoyándose en Adam. El la tomó sin demora en sus brazos, con movimientos decididos, y posó su boca en la de ella como si estuviese muriéndose de ganas. Eve sintió su vientre como si estuviera lleno de mercurio fundido y se puso tensa al percibir en sus pechos y pubis la dureza férrea del pecho y el pene de él. Él la dominó con su lengua y ella gimió cuando la boca se llenó con el sabor y la textura de Adam.

La inundó una oleada de culpa que nada tenía que ver con el reciente fallecimiento de su esposo. El desenfreno sexual siempre la hacía sentir culpable y sucia. Para ella, el acto de los animales había sido algo repugnante, y temía que ese acoplamiento primitivo, reforzado por la presencia viril de Savage, la excitara sexualmente.

Aquel sitio era terreno peligroso para ella. Era probable que Savage perdiese el control y Eve no quería que eso sucediera. Debía mantener el control. Reprimió en el acto su reacción física.

A Adam le sorprendió que de pronto se apartara de él con las mejillas encendidas y mirara alrededor para comprobar si alguien los había observado. Entre sardónico y divertido, comprendió que esta circunstancia la habría horrorizado. La mujer retrocedió a la seguridad del carruaje y volvió a su anterior actitud formal.

Adam la guió hasta el establo, entregó el caballo a un caballerizo nativo y le dio instrucciones que alarmaron a la mujer.

-No puedo quedarme hasta tarde... -dijo ella en voz baja-. Los criados no dejan de murmurar.

-Como desees -respondió él, también por lo bajo. Sin embargo, por mucho que ella deseara lo contrario, el beso

había derribado muchas barreras que él no permitiría que ella volviera a levantar.

Cuando atravesaban el vestíbulo de entrada Rupia, el loro, que se había desplazado hacia el extremo más alejado de su percha al ver a la desconocida, gritó:

-¡Pecador! ¡Arrepiéntete!

John Bull sintió alivio porque el pájaro pronunciara expresiones bíblicas que no fuesen ofensivas, ya que en la Biblia del hombre blanco y en el repertorio de Rupia había muchas palabras que sí lo eran. Aun así, Eve hubiese querido lapidar al ave.

Pese a que las ventanas y las puertas del comedor contaban con celosías que dejaban pasar la brisa, un sirviente con las piernas cruzadas tiraba de la cuerda que movían los punkah, los enormes abanicos colgantes del cielo raso.

Adam Savage había dejado una exótica orquídea junto al plato de Evelyn. Sus pétalos negros aterciopelados mostraban vetas doradas y rojas.

—Encantadora -murmuró ella, y Adam sintió un repentino deseo de verla sobre el oro pálido de su pelo.

Pero de momento prefirió contenerse y retirar la silla para que ella se sentara.

John Bull, de chaqueta y pantalón blancos e inmaculados, sirvió la comida con sus modales más discretos, sin pronunciar una sola palabra. Adam sabía el esfuerzo que debía costarle y decidió felicitarlo más tarde.

Pese a los modales discretos del criado, lady Lamb no pudo evitar observar fijamente su turbante encarnado, que era todo lo contrario a cualquier idea de discreción. Llevaba en el centro un rubí grande como la uña de un pulgar. Aunque Eve sabía que Savage era un hombre rico, no suponía que lo fuese hasta el punto de obsequiar con gemas a sus criados.

Aquel rubí le hizo cambiar de táctica; tendría que abordar el tema del dinero y, de acuerdo con su experiencia, un hombre fuerte y dominante se dejaba influir más por una mujer delicada e indefensa.

Adam la observó y vio que fingía comer. Después de un par de pequeños bocados, comenzó a juguetear con la deliciosa comida que había en su plato. Para Eve, la comida hindú era repulsiva, cosa de la que estaba agradecida. Así, sin comer casi nada, podía mantener su cuerpo esbelto. Adam supuso que no había recuperado el apetito desde que había comenzado su período de duelo.

-Eve, ¿necesitas a alguien con quién hablar? -preguntó el en voz baja, y vio el alivio reflejado en los ojos de ella.

-Oh, sí... necesito tu ayuda... tu consejo -se apresuró a corregir-. La East India Company dejará de girar el salario de Russell. Contratarán a otro administrador.

A Adam no le escandalizó que ella hablase de dinero. Era lo bastante astuto como para ver qué había tras la actuación de ella. Quizá tuviese más interés en un socio comercial que en un amante. Tal vez él mismo la necesitara a ella más como anfitriona de Edenwood que como verdadera esposa.

-Russell me dijo que la Casa de Gobierno te pertenecía directamente. Que no es propiedad de la compañía. Eve asintió y dijo, abatida:

-Sí, pero nos pagaban una suma muy generosa por usar nuestra casa como sede del gobierno, aquí, en Ceilán, ¿sabes? Y ahora ese dinero no llegará más.

-No tiene por qué ser así -dijo él, pensativo-. La compañía seguirá necesitando oficinas para el administrador y sus empleados. -Adam no tenía idea de que ella supiese algo con respecto al negocio de la East India Company y de su vinculación con la política-. Verás, la compañía y la Corona ejercen un doble control sobre la India y sobre Ceilán.

-Pero yo pensaba que el raja Singha era quien gobernaba. He sido invitada con frecuencia al palacio y de vez en cuando te he visto allí. Ese hombre posee una riqueza increíble.

-Yo no discuto su riqueza, pero puedo decirte que es un títere. Hace ya treinta años que Clive ha conquistado estas colonias para Gran

Bretaña. Al raja se le permite conservar su dorado palacio y su estilo de vida opulento para mantenerlo tranquilo y, por si hubiese un atisbo de conflicto, en cada plantación hay una unidad de cipayos. Los británicos están en posesión completa de la India y, en cuanto Ceilán esté libre del último holandes, sé que también ésta pasará a formar parte de las colonias de la Corona.

Cuando, al fin, Eve comprendió qué le decía Adam, apoyó sobre la mesa su ornamentado cuchillo de plata.

-Fue por eso por lo que no habías hecho planes para regresar a Inglaterra hasta el año que viene. Como plantador en una colonia de la Corona, tendrías que responder ante el Gobierno mientras que tú prefieres responder sólo ante tí mismo. Su perspicacia hizo sonreír a Adam por dentro.

-Hasta hace poco tiempo, el gobernador general de la India jugaba al criquet en los campos de Calcuta, practicaba con sabuesos la caza del chacal, como si fuese la del zorro, y hacía traducir los clásicos persas al inglés. De golpe, cayó el incompetente gobierno británico y aquel genio llamado Pitt se convirtió en primer ministro. Como consecuencia de ello, el Parlamento aprobó su proyecto para la India obligando a la East India Company a aceptar una junta de control.

Titubeó un instante y luego prosiguió:

-Russell me dijo que el año pasado las ganancias de la compañía superaron los tres millones de libras. El Gobierno tiene intenciones de investigarlo. -Si bien Adam asociaba los problemas cardiacos de Russell con la inminente investigación, no dijo nada de eso a Eve-. La compañía controla el equilibrio del poder y el gobierno británico tiene la intención de recuperarlo. A la larga, todo termina en el dinero -concluyó, cínico.

Eve estaba tan absorta que el comentario no la hizo sonrojarse.

-En síntesis —siguió Adam con gestos expansivos—, es una situación mala para mí pero buena para ti. Yo debo sacar mi oro de aquí antes de que a alguien se le ocurra preguntarme cómo diablos he logrado acumular tanto y tú podrás obtener algún dinero alquilándoles un ala de la Casa del Gobierno para que se aloje esa horda de recaudadores de impuestos. Además, puedes esperar una compensación por los cipayos que tienes a tu cargo y lo más probable es que el nuevo administrador sea soltero o, al menos, no haya traído a su esposa consigo y, en consecuencia, tendrán que recurrir a ti para llevar adelante la vida social en Ceilán como lo has venido haciendo durante vanos años. De hecho, en mi opinión deberías estar en la nómina de pagos de la compañía. Yo me ocuparé de que sea así.

Adam estaba habituado al sistema de sobornos que engrasaba la maquinaria.

-Gracias, Adam.

La mente de la dama se disparó como si estuviese hecha de mercurio. ¡Dios mío, él había dicho oro! Aquel sujeto era un verdadero enigma. Ella estaba por decir algo, pero la presencia de John Bull y del criado sentado en el suelo con las piernas cruzadas la disuadieron.

Adam advirtió de inmediato su vacilación. Como vio que no tenía ganas de comerse el postre, echó su silla atrás y la condujo a una pequeña sala privada.

-Di a los sirvientes que se retiren -ordenó a John Bull, cuya responsabilidad consistía en cuidar que la pareja gozara de completa intimidad.

Eve tomó su orquídea y se dejó guiar por Adam al cuarto contiguo. Se sentó en una silla de bambú decorada con un pavo real sabiendo que sería el marco perfecto para su belleza. Entre tanto, Adam servía vino de Madeira, uno de los pocos que no fermentaba por culpa del calor tropical.

Como si Adam hubiese sido un sacerdote recibiendo una confesión, ella balbuceó:

-Necesito dinero. Tengo deudas de juego.

En las comisuras de sus ojos azules se formaron arrugas.

-¡Qué maldición! -bromeó él-. El juego de azar es un rasgo innato de los ingleses. Yo también soy jugador.

Sin duda él no comprendía que lo de ella era algo compulsivo, una adicción. Creía que era un simple pecadillo.

-La única diferencia consiste en que yo juego con cargamentos de barcos y con seguros en lugar de hacerlo con naipes -concluyó Adam.

-Ya había pensado en eso -confesó ella-, pero es un riesgo demasiado elevado. Si asegurase una carga y el barco se perdiese, quebraría.

De repente, él comprendió que ella hablaba muy en serio con respecto al dinero.

-Por Dios, ni siquiera lo pienses. Yo conozco mucho de barcos y sé de los peligros a los que están expuestos en alta mar. Jamás aseguraría una carga a menos que el barco que la transportase estuviese en perfectas condiciones de navegación, repleto de cañones y tripulado por lobos de mar asesinos que pudiesen derrotar a los piratas.

-Tú tienes tus propios barcos, ¿no es así?

A Eve la asombraba que la conversación hubiese girado hacia tema de los barcos. Había pensado que necesitaría dos o tres visitas antes de poder pedirle el favor que necesitaba con tanta emergencia.

-Hace unos años compré mi primer barco hindú, construido en Bombay con la más fina madera de teca. Tengo otros tres más pequeños para la ruta India-China. Hacen puerto en Borneo, Sumatra y Cantón, pero no en Persia, porque este país está dominado por piratas.

-Adam, ¿me dejarías un espacio de carga en uno de tus barcos?

-Por supuesto. Perdóname por no habértelo ofrecido. ¡Cada vez que pueda satisfacer alguna de tus necesidades, me sentiré dichoso de hacerlo!

Sus ojos azules la traspasaron con una mirada candente, tan íntima que dio a sus palabras un significado inconfundible.

Él se le acercó y le quitó las peinetas de carey. El pelo le caía sobre los hombros en ondas de oro pálido. Adam tomó la exótica orquídea y se la colocó detrás de la oreja.

-Llevo toda la noche deseando hacer esto -confesó Adam con voz ronca.

Rodeó su cara con sus manos fuertes y bronceadas y la alzó de modo que sus bocas casi se tocaban.

-Eve, yo pagaré tus deudas de juego.

Ésas eran, exactamente, las palabras que ella quería oír, si bien sabía que debía fingir lo contrario. Los años la habían convertido en una consumada artista del disimulo. Se puso rígida y se apartó de él.

-No puedo permitírtelo.

Ella sabía que no había nada gratuito bajo el sol, y menos algo que proviniese de los hombres. Desde luego, estaba dispuesta a pagar su precio como había estado haciéndolo toda su vida. Hasta ese momento, no obstante, lo había hecho en sus propios términos, y quería que siguiera siendo así.

Savage era inescrutable. Sabía que era dominante y voluntarioso, pero su deseo sexual debía de ser lo bastante intenso como para permitir a Eve usarlos para tenerlo bajo su control. Eve se permitió relajarse. Le lanzó una mirada de soslayo a modo de cebo y dijo, con actitud tentadora:

-Tal vez pueda ganarte ese dinero.

Adam sabía que estaba insinuándole un modo aceptable para ella de recibir su dinero. Eve había comido poco, pero había bebido vino. Adam volvió a llenarle la copa antes de abrir el cajón de la mesa de juegos y sacar unos dados de su interior. El juego de dados era rápido. De ningún modo Adam estaba dispuesto a desperdiciar el resto de aquella velada a solas jugando a los naipes.

Levantó la tapa de una caja de plata alargada y vació su contenido sobre la mesa.

-Jugaremos por las joyas -dijo él en voz baja, clavando la vista en la boca de ella.

La vio ahogar una exclamación y pasarse la lengua por los labios; él se dio el lujo de permitirse una erección anticipada. Adam dividió las gemas en bruto en partes iguales entre los dos, y formó un pequeño montón de rubíes, esmeraldas y diamantes ante cada uno.

Eve sintió que se le aceleraba el pulso. Su sangre comenzó a calentarse y a acelerar el curso en sus venas. Contuvo el aliento al tomar el cubilete con los dedos y experimentó una deliciosa sacudida en el momento de arrojar los cubos de marfil sobre la mesa. Sacó un doble cinco. La mirada de los ojos de Adam jamás se apartaba de su rostro. Él, casi con negligencia, arrojó los dados, sacó un cinco y un seis y extendió la mano para elegir la esmeralda en bruto más grande que había en la pila de ella.

Adam vio aumentar la concentración de la mujer, su intensa airada de triunfo cuando fue ella quien sacó once puntos. Adam se reclinó, con aire indiferente, y arrojó sobre la mesa un doble seis. Con el mismo aire despreocupado, sacó un diamante del montón de Eve.

A medida que el juego de posibilidades se apoderaba de ella, los ojos de la mujer se tornaban brillantes y le faltaba el aliento.

Al resplandor de la lámpara, el rostro de Adam era tan oscuro e inescrutable como el de una negra pantera que ocultase tanto sus pensamientos como sus intenciones, ambos de índole abiertamente sexual.

Eve llevaba inscrito en su rostro el deseo que tenía de hacerse con las gemas. A él le hubiese gustado que ella lo mirase así cuando él estuviera desnudo. Era una mirada ávida que parecía decir «Debo tenerlas, pues, de lo contrario, moriré».

Él no cesó de recuperar sus gemas, una a una. Russell le había permitido hacer su voluntad en todo. El, en cambio, le enseñaría que si ella fuera su mujer no haría su voluntad en nada y también haría que le gustara.

Cuando Adam se hizo con la última gema, ella se levantó de repente apretando los puños y exclamó con voz dolida, de niñita:

-Pensé que eras un caballero. Pensé que me dejarías ganar.

-Nunca, en toda mi vida, he permitido que alguien me ganara, y no tengo intención de cambiar ahora. -Rodeó a grandes zancadas la mesa de juego como un rapaz seguro de su presa. Con voz tersa como terciopelo oscuro, ahuecó sus manos sobre los hombros de ella y dijo-: Eve, tú, más que cualquier otra mujer, sabes perfectamente que no soy un caballero.

Abatió su boca sobre la de ella haciéndola estremecerse y arrebatándole su voluntad. Pero el cuerpo de ella estaba excitado por las elevadas apuestas en juego y no por la presencia viril de ese hombre. Cuando él la tocó, ella se paralizó.

Antes de que ella pudiese percatarse de lo audaz que estaba siendo, Savage le había desabrochado el vestido y se lo había quitado desde los hombros. El vestido y las enaguas cayeron a sus pies y ella apareció ante él vestida con su corsé, sus bragas y sus altas botas negras.

Savage había desvestido a miles de mujeres en su vida. Era un experto en ese juego de la seducción. A los veinte, cuando se marchó de Inglaterra, se había considerado a sí mismo un gran experto en materia de mujeres: había conocido criadas, damas casadas y prostitutas profesionales; aun así, cuando llegó a la India tuvo que reconocer que era casi analfabeto en las artes de la sensualidad y que su educación en ese campo apenas acababa de comenzar. En aquel país, pudo visitar los templos secretos erigidos a las diosas del amor y la fertilidad, donde se encontraban estatuas de una sexualidad tan explícita que hubieran hecho sonrojarse de vergüenza a un marinero. Conoció a rajas y nababs cuyas bayaderas conocían artimañas capaces de excitar a un cadáver. Había visto y comprado colecciones de erótica hindú y oriental de valor incalculable que habían ensanchado su mente, su gusto y su valoración, permitiéndole explorar y gozar de su propia naturaleza sensual sin el pudor ni el falso recato de la civilización occidental.

Adam pensó que ella lo había rechazado por ser él un hombre común, sin títulos, y entonces trató de ablandarla con una deliberada insinuación:

-Estoy dispuesto a aceptar que jamás has permitido acceso a tu cuerpo a un hombre carente de título nobiliario -murmuró él-. Estás acostumbrada sólo a hombres nobles y estás a punto de experimentar con un noble salvaje.

-No, por favor, los criados lo sabrían... ¡Oh, Dios mío, Adam, no te desnudes!

-Eve, la desnudez es el estado natural. Tú te has reprimido hasta el punto que te preocupas por los criados. No podrás excitarte sexualmente.

La retuvo a la distancia de un brazo y se imaginó la tentadora imagen que supondría verla completamente desnuda. La fría

dama inglesa con título nobiliario, con su piel de alabastro y su claro pelo dorado tendría una apariencia de intocable hasta que él se fijara en las negras botas de montar.

-No, Adam -repuso ella.

Eve tenía los ojos fuertemente cerrados, como si él estuviera forzándola a participar de ese acto abominable. En realidad, temía perder su propio control si veía el cuerpo magnífico de él, más flexible, más masculino que el de cualquier animal. Nunca en su vida había perdido el control en un encuentro sexual y esa posibilidad la aterrorizaba.

Savage desistió de quitarse la ropa. Si dejaba al descubierto sus cicatrices tendría que dar una explicación a la mujer. Darían lugar a demasiadas preguntas con respecto a su turbio pasado. A Adam no le agradaba que las personas supieran de la existencia de las sanguijuelas que se movían debajo de la superficie. Él tenía su mundo secreto al que no permitía a nadie explorar. Acercó a la mujer hacia sí y puso una mano sobre un pecho de ella.

-Eve; relájate y déjame que te haga el amor.

-Aaah, no... ah, no -jadeó ella, incoherente.

Se sentía llena de repugnancia hacia sí misma porque Adam Savage comenzaba a provocarle placer, y se debatió con valentía contra tales sensaciones.

Eve nunca había permitido que un hombre le provocase un orgasmo. No podía. Su cuerpo no funcionaba de ese modo. Si no podía evitar el acto sexual, al menos quería que acabara rápidamente. En cambio, su instinto le decía que a Savage debía de gustarle la lenta y rítmica danza del amor, que querría prolongarla, no acabarla nunca. Debía de ser de esa clase de hombres dominantes que le haría el amor hasta que ella aceptara someterse. Se puso tensa imaginando a los criados al otro lado de la puerta, escuchando. De repente, sintió que él estaba comportándose como los animales que había visto. Le pareció que Savage era un toro que querría aparearse con ella de modo brutal. Se desasió de sus brazos, recogió su vestido y se cubrió con él.

-Canalla, ¿cómo has podido hacerme sentir tan sucia? -siseó entre dientes.

Adam Savage supo así que Eve era frígida. Comprendió que si en verdad quería someterla tendría que hacerlo de un modo diferente. Le quitó con suavidad el vestido de la mano y se lo puso. Le sujetó el pelo

con las peinetas de carey y luego la rodeó con sus brazos. Le dijo que era encantadora, bella, que le parecía exquisita. Empezó a darle besos en el rostro, trazando un dulce, candente recorrido desde su sien hasta sus párpados y luego hasta sus labios. La hizo sentirse hermosa.

Lo que hacía era darle la clase de placer que a ella le gustaba. Eve adoraba que le dijesen que era hermosa. Ahora que estaba vestida, sabía que no apagaría su delicioso resplandor con el deseo sexual.

Savage esperaba que, si la dejaba levemente excitada, con deseos de obtener más, ella no podría evitar evocarlo en sus fantasías cuando se separasen.

En aquel momento, Eve supo que habría estado dispuesta a casarse con él si hubiese sido poseedor de un título. Se puso de puntillas y dio un último beso a esa boca devastadora.

-Tú serías un salvaje lord Savage, Adam.

CAPÍTULO 5

A la noche siguiente, cuando Bernard Lamb regresó a Lamb Hall con deseos de ver qué aspecto tenía su víctima, aunque sabía que su curiosidad debía ocupar un segundo plano disimulada tras la precaución. No debía dejarse ver, bajo ninguna circunstancia, por ninguno de los habitantes de la casa. Si llegaba a ocurrir un accidente debía ser considerado eso mismo: un accidentte. Si surgía alguna sospecha de asesinato en la muerte de lord Lamb, quien le siguiera en la línea de sucesión sería considerando automáticamente el sospechoso.

Bernard se ocultó en la maleza, a cierta distancia de la casa, para observar a sus habitantes a través de las ventanas iluminadas. Tenía la paciencia de una araña bajo los aleros, acechando de la oscuridad. No tuvo dificultades para identificar a la vieja ramera. Era mujer desnuda que se movía con agilidad y hacía ademanes exagerados cuando hablaba. Bernard tampoco tuvo problemas para. identificar a los criados por sus uniformes, pero le fue difícil distinguir desde lejos a sus primos entre sí.

Los dos eran altos, morenos y delgados, los dos caminaban con pasos despreocupados y tranquilos. Había creído estar observando a su primo Anthony que estaba sentado ante un escritorio en lo que, suponía Bernard, debía de ser la biblioteca, pero cuando la persona se levantó y pasó directamente ante la ventana, él vio que llevaba faldas y supo que se trataba de Antonia. Aunque no distinguía los rasgos, estaba seguro de que jamás lo atraería una mujer que no fuese extremadamente femenina.

Pensó en Angela Brown, su pequeña actriz, toda llena de redondeces y curvas, con su glorioso pelo platinado recogido en un peinado a la última moda, sus pechos prominentes asomando entre los volantes y encajes de sus vestidos de satén.

Bernard vio que apagaban las luces de la casa. No cabía duda que en el campo se retiraban temprano a dormir. Se prometió que cuando Lamb Hall fuese suyo las luces arderían hasta el amanecer.

Estaba por salir de entre la maleza cuando oyó un paso pesado que hacía crujir la grava. Desde el establo venía un hombre con una lámpara de petróleo en la mano. Bernard vio que se dirigía hacia la parte posterior de la casa, hacia el ala de los criados. Era el mismo sujeto al que había visto el día anterior limpiando el carruaje.

De repente se le ocurrió una brillante idea y su boca adoptó la curva de una sonrisa de satisfacción consigo mismo. Fue hasta la cochera vecina al establo y se escabulló furtivamente en su interior. Vio con alivio que no había ventanas a través de las cuales pudieran sorprenderlo y se apresuró a encender una lámpara. Sobre un anaquel había una caja de herramientas de la que extrajo una maza. Fue hasta la trasera del carruaje y, sirviéndose de la maza, quitó la claveta del cubo de la rueda del alto vehículo y se la metió en su bolsillo.

Fue muy sencillo. No tenía que hacer nada más. El coche podría andar unos kilómetros hasta que la tuerca se aflojara y se cayese, y a continuación la gran rueda de madera se saldría y lo más probable era que el coche volcara. Lo mejor era que no habría manera alguna de relacionarlo a él con el accidente del coche.

Por el momento, sus asuntos en Stoke habían terminado, y Bernard sintió el canto de sirenas de Londres. Más concretamente, la voz de Angela Brown desde el escenario del teatro Olympic.

Desde que supo de la muerte de su padre, hacía dos semanas, Anthony se mostraba retraído. Se sentía culpable por no haber estado en Ceilán y haber descargado así parte de las responsabilidades oficiales de los hombros de su padre, y por no haber podido siquiera consolar a su madre por la pérdida. Anthony se sentía frustrado por no haber puesto jamás sus pies fuera de Inglaterra, aunque ya pronto fuese a cumplir diecisiete años.

Experimentaba cierta amargura por el hecho que sus padres jamás lo hubiesen mandado llamar a Ceilán, y decidió que haría e1 viaje apenas llegara a la mayoría de edad, en poco más de un año. No diría nada a Antonia. Cuando llegara ese tal Adam Savage, le escarbaría el cerebro y aprendería todo lo que pudiese con respecto a las Indias. En cuanto empezó a hacer planes para e1 futuro se sintió mucho mejor.

Antonia se alegró al ver que su hermano se había esmerado al arreglarse esa mañana. Se había puesto unos pantalones de montar de color gris y una chaqueta de fino paño azul. Llevaba un lazo nuevo en la peluca, por lo que a ella no le costó mucho trabajo imaginar que no iba a dar su habitual cabalgata matutina, en tal caso no se habría tomado tanto trabajo.

-Se me ha ocurrido ir a conversar esta mañana con los arrendatarios. A estas alturas, se habrán enterado de lo de papá, y creo que debería ir a asegurarles de que no voy a realizar ningún cambio ahora que son mis arrendatarios.

Antonia asintió y disimuló una sonrisa. Tenían dos grandes arrendatarios en sus tierras... y ambos tenían unas hijas atractivas: de ahí el nuevo lazo.

-Hoy hace una brisa maravillosa; creo que iré a navegar.

Él le sonrió. Para Antonia fue un alivio verle recuperar su habitual forma de ser.

-No podré convencerte de que te quedes en el Medway, ¿no?

-¡No tengas miedo! ¿Qué sentido tendría vivir en la costa si uno no pudiese navegar en el mar? ¿No estarás insinuando que no soy tan buena marinera como tú, verdad, Tony?

-¡Señor! Ahora interpretas mis palabras como un desafío. Sólo te pido que tengas cuidado. No es necesario que me demuestres nada.

Mientras se cambiaba de ropa para salir a navegar, Antonia miró por la ventana de su dormitorio y vio partir a Anthony como si estuviese compitiendo en una carrera. ¡Qué propio de él recomendarle precaución para luego poner en peligro su propio pellejo cabalgando como si se lo llevaran los demonios! Era un jinete magnífico y ella lo contempló con placer, viéndolo saltar el cerco que dividía el parque del prado. Ejecutó el salto con limpieza, pero de pronto algo sucedió, y jinete y caballo rodaron. Vio que el caballo empezó a comportarse como si hubiera enloquecido, y que Tony no se levantaba.

Bajó corriendo la escalera y llamó a Roz, que estaba en la sala de desayunar.

-Tony ha tenido una caída. ¡Llama al señor Burke! Se levantó la falda y salió corriendo al jardín, cruzó el pequeño parque y pasó por encima del cerco, hacia el campo.

Su hermano gemelo yacía, inmóvil y pálido, sobre la hierba. Antonia sintió el corazón en la garganta. ¡Era imposible que estuviese muerto! «Las muertes vienen de a tres», murmuró una voz en su oído.

-¡No! ¡No! -gritó con fuerza para disipar su miedo. De pronto, a Antonia le pareció que no podía respirar y sintió en los oídos un tamborileo tan fuerte que la ensordecía. Al alzar la vista vio la robusta figura del señor Burke que traspasaba el cerco. Cuando se inclinaba sobre su hermano, éste se incorporó frotándose la cabeza y sonrió como un bobo.

-Que me cuelguen; ¡qué aspecto de tonto debo de tener por haber hecho venir a todos corriendo!

Antonia comprendió, entonces, que el tamborileo en sus oídos eran los latidos de su propio corazón.

-Tony, pedazo de tonto... ¡Me asustaste! ¡Creí que estabas muerto!

El señor Burke lo ayudó a levantarse y Anthony, avergonzado, se sacudió la ropa y rechazó la ayuda que le ofrecían para volver a la casa.

-Ve con el señor Burke. Yo iré a buscar tu caballo -ordenó Antonia con su tono más autoritario. El señor Burke fue más diplomático:

-Vuelva a casa y tranquilice a su abuela; asegúrele que sólo se na dado un revolcón sin consecuencias.

A esas alturas, la yegua ya se había tranquilizado un poco, pero seguía temblando. Cuando Antonia se acercó a tomar las riendas vio que el animal tenía el rostro lastimado.

-Venus... calma, querida. Déjame ver qué te pasa. El animal tenía cortes en toda la cara, producidos por algo que había en el freno. Antonia se lo quitó y pasó los dedos por las melladas tachas. Vio que el bocado se había desprendido por completo de la correa y pensó que

habían tenido suerte de que Venus no se ahogara con él. Acarició el cuello del animal y le dijo unas palabras suaves y tranquilizadoras.

Cuando Antonia echó a andar de regreso a la casa, la yegua la siguió. Al llegar al establo, la silla había resbalado hacia un lado y estaba colgando.

-Bradshaw —dijo al cochero—, no tenía la menor idea de que los arneses estuvieran tan estropeados. No vuelva a usarlos y revise también los otros. Tendremos que comprar unos nuevos.

Antonia fue hasta el armario donde se guardaban los elementos del establo y sacó un pan de jabón con ácido fénico y un frasco de linimento. Lavó las heridas y las curó con el linimento de aceite de gualteria mientras el cochero sujetaba al animal por las crines. Venus relinchó y puso los ojos en blanco, pero no exhibió ni rastros del salvajismo que le había provocado el intenso dolor de las tachas clavándose en sus mejillas.

Cuando Antonia entró en la casa, Anthony ya se había cambiado de ropa y ella alcanzó a oír cómo le restaba importancia a su caída para aliviar el susto de su abuela.

-La cincha está rota, y la montura resbaló en el preciso momento en que yo saltaba el cerco.

Intervino Antonia:

-Los arreos que llevaba la yegua estaban gastados. Tendremos que comprar unos nuevos. La pobre Venus salió mucho peor parada que Tony.

-¿Ya está bien? -preguntó éste, afligido, al tiempo que se dirigía al establo.

-Se ha cortado un poco la cara pero se pondrá bien. Echa un vistazo a las puntiagudas tachas en la cara interna de este freno.

Una vez que se hubo ido, Antonia se puso la mano sobre el corazón, que latía con exagerada velocidad.

-Oh, Roz, estaba ahí tendido, inmóvil, tan pálido que creí que estaba muerto, pero estuvo inconsciente sólo un minuto. Roz la observó con perspicacia.

-Te has llevado un buen susto, querida. Ven, te daré un poco de coñac.

Antonia tembló y tosió cuando el coñac fue descendiéndole al tiempo que iba cortándole la respiración, si bien le otorgó una tibia sensación de confianza que se expandió como una rosa roja dentro de su pecho.

-Al verlo ahí, tendido, el miedo me dominó. Me sentí terriblemente sola sin él, como si me hubiese abandonado.

-Gracias a Dios fue sólo un pequeño accidente, y no ha resultado fatal. Si a Anthony le hubiese ocurrido algo, además de echarlo de menos tendríamos algo más de qué afligirnos.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Bernard Lamb, ese maldito primo tuyo cazafortunas, tan desenvuelto, no sólo heredaría el título, sino también la casa y la propiedad que a ese título le corresponde. Y en el camino, tú y yo quedaríamos con el trasero al aire, para decirlo con crudeza.

A pesar del coñac, Antonia se estremeció como si hubiese visto a un espíritu. Había perdido las ganas de salir a navegar; no pudo evitar pensar en lo mucho que dependían las mujeres de los hombres. Tomó un libro y salió al jardín, pero el libro quedó olvidado en su regazo mientras ideas perturbadoras se sucedían en su cabeza.

Antonia no tenía dinero propio. Los nuevos recursos tendrían que provenir de la asignación de Anthony. Tenía la vaga noción de que había dinero para su dote pero, de pronto, se sintió ahogada por la humillación ante la perspectiva de tener que buscar un marido que se hiciera cargo de ella para el resto de su vida.

Qué lamentable era depender del padre, luego pasar a depender de un hermano y después de un esposo. Lo mejor sería que encontrase uno antes de que Anthony hallara esposa, pues, de lo contrario, estaría en una posición intolerable. Tendría un techo bajo el cual guarecerse, pero sólo gracias a la tolerancia, y su destino sería el de una vieja tía solterona encargada de cuidar a los hijos de su hermano.

Antonia no era de esas jóvenes que aceptaban una situación en actitud sin hacer nada al respecto. Decidió ir a Londres e interrogar a los abogados de la familia. Se empeñaría en saber el monto de su dote. Y si decidía no casarse, quería saber si podía tener el dinero al llegar a la mayoría de edad. También preguntaría si su padre le había dejado algo en su testamento y, en caso le ser negativa la respuesta, ¡intentaría saber por qué!

Como de niños habían sido tratados de manera igualitaria, Antonia había supuesto que, siendo gemelos, en efecto, eran iguales. Ya no eran niños y, en el momento presente, las reglas del juego habían cambiado. Al parecer, un varón era mucho “más igual” que una mujer.

Nunca habían tenido secretos el uno para el otro, y Antonia comunicó a su hermano cuáles eran sus intenciones. Anthony, no obstante, no mostró deseo alguno de ir a Londres.

-Averigua cuándo vendrá ese tal Savage. Debo ir a la talabartería en Rochester, a comprar arneses y tachas nuevas; por lo tanto, pronto voy a necesitar dinero.

Roz y Antonia, acompañadas por el señor Burke, partieron para Londres. En la casa de la ciudad había suficientes criados, por lo que no tendrían necesidad de doncellas, pero el señor Burke era indispensable. Roz se sentía más segura si viajaba con un hombre además del cochero, Bradshaw.

-Este viaje a Londres nos hará muchísimo bien. Aunque no podamos asistir a ninguna fiesta, podemos visitar a lady Jersey. Francés nos pondrá al tanto de los últimos chismes.

-¿Cómo es posible que os hayáis hecho amigas, Roz? -dijo Antonia, como pensando en voz alta.

-Tu abuelo, lord Randolph, era amigo del conde de Jersey. Yo conocí a lady Jersey el día de su boda, que fue un gran acontecimiento. Y nos hicimos amigas casi de inmediato, a pesar de que ella es unos años menor que yo. Tenemos mucho en común: somos de la misma altura y ambas hacemos gala de una lengua punzante. Cuando íbamos las dos a la misma función nos convertíamos en el terror de los

concurrentes. Ahora ella también es abuela, lo cual demuestra que la edad no hace más que afilar el ingenio.

Antonia y el señor Burke se miraron, divertidos. Nadie había notado que, a medida que el coche aumentaba su velocidad, la gran tuerca de hierro que sujetaba la rueda trasera estaba aflojándose poco a poco.

Bradshaw conducía a tal velocidad que Roz apoyó sus pies contra el asiento de enfrente para mantener el equilibrio.

-¡Bradshaw debe de creerse Hellfire Dick!

Antonia se echó a reír y preguntó:

-¿Quién es Hellfire Dick?

-¿Nunca has oído hablar de él? Oh, querida, eres tan inocente como una campesina. Es el que conduce la diligencia de Cambridge Telegraph. Tiene un gran hueco entre los dientes de delante, y es capaz de escupir por ese hueco con extraordinaria precisión.

Antonia entornó los ojos, entre escéptica y divertida:

-No soy tan inocente como para creerme todos tus cuentos, Roz.

-Querida, es la más absoluta verdad. Lord Ackers se ha hecho limar los dientes de delante, y le pagó cincuenta guineas a Hellfire Dick para que le enseñara a escupir entre los dientes. Londres está atestada de excéntricos. Guiar coches es una de las nuevas pasiones. Hasta las mujeres se visten ahora como cocheros y maldicen a los caballos, a los que ahora se llama «ganado» en los círculos elegantes.

El vehículo empezó a aminorar la marcha y Bradshaw lo hizo entrar en el patio de una posada de cocheros. Se apeó de un salto y el señor Burke abrió la portezuela del coche y salió.

-Hay algo que no está bien. El coche se tambaleaba como un lord borracho —le dijo Bradshaw, sujetando con mano firme la rienda de los sudorosos animales.

-No me extraña: ¡conduce usted como un chiflado! –comentó Roz asomando por la ventanilla.

Bradshaw se tocó el tricornio y adoptó una expresión de desusada complacencia. El señor Burke intervino:

-Hágalo rodar por el patio; yo lo observaré.

Bradshaw se encaramó al asiento del conductor y guió el coche al patio de la posada. La rueda trasera se balanceó peligrosamente y la maciza tuerca de hierro se soltó del cubo y cayó al suelo.

-¡Deténgase! ¡Deténgase! —gritó el señor Burke, asustado-. ¡ La rueda trasera va a caerse!

Tembloroso, Bradshaw se acercó a examinarla.

-La tuerca se ha salido porque falta la chaveta. ¡Dios mío, esta sí que estuvo cerca!

El señor Burke sugirió a las señoras que descansaran mientras el establo les cambiaban la chaveta y la tuerca. Las damas, sin pestañear siquiera ante tan cercano roce con la muerte, se limitaron a apearse, entraron en la sala de la posada y se sentaron. Cuando Roz pidió un té negro y Antonia una sidra, el tabernero refunfuñó por lo bajo. Si seguía aumentando así la popularilad del té, terminaría por reemplazar a la cerveza y los licores entonces, ¿adonde iría a parar él?

Pero luego entró el señor Burke y pidió una cerveza pequeña, el ceño del posadero se relajó. El del señor Burke, en cambio, a sombrío.

-Dos accidentes en dos días me parecen sospechosos -dijo, sin alzar la voz.

-Es sólo una coincidencia -repuso Antonia.

-Las coincidencias no existen -ironizó Roz.

-¿Acaso crees que alguien está tratando de hacernos daño adrede? -preguntó Antonia, burlona.

-Dentro del rango de posibilidades es probable que alguien esté intentando dañar a Anthony.

Con aire escéptico, Antonia dijo:

-¿En serio crees que ese primo que mencionaste vendría desde Stoke y andaría merodeando por ahí, sacando chavetas y cortando correas? Lo más probable es que no conozca nuestra existencia.

Roz y el señor Burke se miraron con aire significativo. No querían alarmar a Antonia hablándole de algo que podría ser sólo una sospecha, por eso reanudaron el viaje a Londres sin seguir comentando el tema.

Con todo, esa noche, mientras Antonia dormía en su cama de la casa de la calle Curzon, tuvo una aterradora pesadilla. Soñó que alguien asesinaba a su hermano gemelo mientras ellos estaban en Londres. Se sintió fuera de sí. El dolor por la muerte de Anthony era tan intenso como si hubiera perdido una parte de su cuerpo, un brazo o una pierna. Y cuando volvían precipitadamente a Londres descubrían que todas sus pertenencias se habían convertido en propiedad del nuevo lord Lamb.

Ni siquiera se les permitía pisar la tierra de la propiedad para dar sepultura a Anthony. Un primo sin rostro, y por ello más aterrador, se había adueñado del título, la casa y la propiedad. Les había arrebatado todo a ella y a su abuela: muebles, ropas y hasta recuerdos de familia. Se habían quedado en la más absoluta miseria, y serían enviadas a una casa de caridad. La pesadilla era tan real y devastadora, que Antonia despertó llena de terror y se acurrucó bajo las mantas pensando que había ocurrido de verdad. Tenía la carne de gallina en los brazos, y sentía los pies helados como si hubiese estado caminando descalza sobre una espesa capa de nieve. Ya clareaba el alba cuando al fin dejó de temblar.

CAPITULO 6

Cando Antonia llegó a las oficinas de Watson y Goldman, el terror del sueño se había disipado, pero su decisión de averiguar cúal era su situación financiera no había disminuido en absoluto.

El señor Watson la invitó a sentarse y observó que tenía un aspecto muy diferente al de la jovencita que había visto en el

campo. Claro que, en Londres, todo el mundo usaba peluca. El mismo llevaba puesta la peluca de moda, sujeta con una cinta, pero su socio, el señor Goldman, seguía prefiriendo la peluca completa, pues insistía en que ésta proporcionaba la necesaria autoridad en su profesión.

La joven lady Lamb estaba vestida a la última moda, con una pelliza ajustada y una ondulante falda de seda, pese al negro a la que la obligaba el luto. Y, por cierto, el atrevido sombrerito con negra pluma de avestruz lucía muy elegante sobre la peluca empolvada. Lo único que les recordaba que era una gemela eran sus ojos verdes, idénticos a los de su hermano.

-Señor Watson -comenzó diciendo-, no tendría el menor sentido que me mostrase tímida y fuera con rodeos. He venido conocer el estado de mis finanzas.

Ella tenía una atractiva voz, un poco ronca, con un atisbo de rastre y el abogado se sorprendió al sentirse casi hechizado.

-¿Sus finanzas? -repitió, desconcertado.

—Cuando usted fue a Stoke sólo se refirió a los asuntos de mi herrmano. ¿De qué modo afecta a mis finanzas la muerte de mi padre, señor Watson?

-Mi querida lady Lamb, usted no tiene finanzas. En el pasado, usted era responsabilidad de su padre, ahora lo es de su hermano y, en el futuro, lo será de su esposo.

Antonia se encrespó de tal modo que sus ojos echaron chispas.

-Y si ese mítico esposo al que usted se refiere no llegara a aparecer, ¿podría yo usar mi dote para sostenerme?

-Mi querida lady Lamb, le aseguro que no tendrá usted dificultades en atraer un esposo.

-¿Debería suponer que usted estaría dispuesto a casarse conmigo, señor Watson?

-Yo estaría muy, pero que muy dispuesto, milady, si no fuera porque ya poseo una esposa.

Antonia quiso gritar: «No puede poseer a una esposa», pero después de pensarlo comprendió que eso era, precisamente, lo que hacían los hombres. Hizo una profunda inspiración para calmarse.

-Lo siento, señor Watson. No suelo ser tan grosera. ¿Mi padre me ha dejado algo en su testamento?

-Me temo que nada pero, por supuesto, su dote está en fideicomiso, y no resultará afectada.

-¿A cuánto asciende mi dote? Además, en el supuesto de que no me casara, ¿podría usar ese dinero para sostenerme? -insistió.

-No está en mis manos divulgar el importe de su dote, milady.

-¿Y en qué manos está? -quiso saber ella.

-En las de su tutor, por supuesto. Su padre nombró al señor Adam Savage como su tutor legal, y es preciso que solicite usted su permiso para todos y cada uno de sus actos. Lo mismo deberá hacer su hermano.

-¿Quiere decir que ese desconocido, que está al otro lado del mundo, puede decidir qué puedo y qué no puedo hacer yo? ¡Eso es absurdo! Escribiré a mi madre de inmediato y le diré que esto es intolerable.

-Su madre no puede alterar la ley, querida mía. Para modificar esta situación tendría que impugnar el testamento.

- Entiendo —dijo Antonia con tranquila resignación—. Ese tal Savage puede entrometerse en mi vida a su antojo. Lord Lamb necesita dinero. ¿En verdad tendrá que ir a suplicarle a este Savage, con el sombrero en la mano? —preguntó Antonia, disgustada.

- Mi querida señorita, el señor Adam Savage tiene en sus manos el control absoluto de la bolsa hasta el punto en que, si lo deseara, podría gastar él mismo el dinero. Antonia se quedó con la boca abierta. Bien, si así era, ¡bien podía ella gastar el dinero de él y ver qué tal le sentaba! En su mente comenzó a tomar forma un diabólico plan relacionado Edenwood.

Cuando Antonia volvió a la casa de la calle Curzon, Francés estaba cómodamente instalada en el salón, con Roz.

-Antonia, cuánto lamento que te hayas quedado sin temporada. Es muy ventajoso salir a la caza de un mando a los dieciséis.

-¡Hombres! Quisiera matarlos a todos -exclamó Antonia mienntras se quitaba el sombrero y clavaba en él el alfiler que lo había tenido sujetado.

-Roz, la has preparado espléndidamente para la sociedad. Los hombres merecen ser tratados como perros.

-Ya que los mencionas, ¿en qué ha estado últimamente ese cachorro, el príncipe de Gales? —preguntó Roz.

-Bueno, ¿recuerdas que, para escapar de la tiranía del rey, el verano pasado buscó refugio con su tío, el desacreditado duque Cumberland?

-Sí, fue en ese sitio a orillas del mar, el del nombre raro, Birghtelmstone -dijo Roz, asintiendo.

-Bueno, el príncipe ha ocupado una casa para todo el verano, el lugar se ha vuelto tan popular que, los fines de semana, Londres queda desierto. Hasta le han cambiado el nombre por de Brighton.

-Aunque dicen que las algas tienen cualidades terapéuticas, no ha ejercido ningún efecto sobre las glándulas hinchadas de George. He oído decir que ha comenzado a usar cuellos altos para disimularlo — dijo Roz.

-Sí, y como podrás imaginar, los cuellos altos se han puesto de moda, igual que ha sucedido con Brighton. La gente de buen tono se precipita hacia la costa para curarse, como si fuese lengua en salmuera -bromeó Francés.

-Pero nosotros sabemos que es la dudosa fama de los Cumberland lo que les atrae -afirmó Roz, tajante.

-¿Por qué tienen mala fama? -preguntó Antonia dejándose atrapar por la conversación.

-Cumberland, el hermano del rey, ha estado rodando de escándalo en escándalo durante toda su vida —explicó su abuela.

Todo comenzó cuando él tuvo un romance con lady Grosvenor, y lord Grosvenor descubrió las cartas libidinosas que él le había escrito. Grosvenor inició un litigio contra Cumberland y fue compensado con trece mil libras. Fue la primera vez que un príncipe de sangre azul apareció en la corte de divorcios.

Lady Jersey prosiguió con la historia:

-¿Acaso Henry Fredenck aprendió la lección? Nada de eso. Fue y se casó con Anne Horton, esa joven aventurera. Ella tenía una amplia experiencia y unas pestañas muy largas, y logró que lo echaran de la Corte... Fue a causa de ella que el rey hizo aprobar el Acta de Matrimonio. Y ahora, ningún miembro de la familia real puede casarse sin permiso del rey.

-Justamente, el príncipe pasa tanto tiempo con el duque y la duquesa de Cumberland porque ellos han sido excluidos de la Corte. El odia y detesta a su padre en tal medida que haría cualquier cosa con tal de provocarle más ataques de furia.

-Querida Roz -dijo Francés Jersey-, no es de extrañar que odie a su padre. El rey resulta abominable por haber educado a sus hijos a la manera teutónica. Los tutores de los niños eran tan crueles que, por ejemplo, el maestro del príncipe de Gales le castigaba con un látigo para perros. ¡Se comprende que tenga el cuello permanentemente hinchado y que se haya escapado a la casa de su desacreditado tío!

-Las princesas no lo pasan mucho mejor. A ninguna de ellas se les permite ingresar en la sociedad y ninguna puede casarse.

Cuando Wags quiere referirse al palacio de St. James lo llama monasterio.

Francés Jersey se echó a reír.

-Es una pena que las muchachas no puedan ir a visitar a su tío. Si lo hicieran, pronto aprenderían a participar de las juergas, como ha sucedido con George. Para serte sincera -confesó lady Jersey—, Henry Frederick es encantador, ingenioso y deliciosamente amoral, y es comprensible que el príncipe haya caído por completo bajo su hechizo.

-¿Cómo fue el baile de la duquesa de Devonshire? –preguntó Roz.

-Como siempre: hubo dados, baile, apiñamiento, sudor y mal olor en abundancia. Los dientes postizos del conde de Bristol están hechos con guijarros egipcios. Tienen un aspecto sórdido. Es lógico que use abanico.

-¡Uf! -Roz se estremeció-. ¿Por qué no usará la nueva porcelana con pasta de Wedgwood?... ¿Y cómo está la querida Georgiana? Debo ir a visitarla antes de marcharme de Londres.

-Nunca la encontrarías en su casa. Pero la localizarás en esa nueva juguetería de la calle Fleet, comprando dados. Tiene deudas de juego más elevadas aún que las de su amigo íntimo, el príncipe, si bien su belleza todavía logra que todos los pretendientes de Londres estén a sus pies. Todos van a la juguetería a concertar citas.

-En la fiesta de Georgiana, ¿estaba nuestra amiga Selina, la condesa de Huntingdon? -preguntó Roz, ansiosa.

Como Antonia sabía que ambas, tanto su abuela como Frances, detestaban a Selina, esperaba una réplica desbordante de deliciosa malicia.

-Dios mío, su vestido tenía un bordado hecho con felpilla en forma de una gran urna de piedra repleta de flores. En las mang;as no había urnas pero sí tenía dos o tres en la cola. Era un adorno más apropiado para una escalera que para el vestido de una dama. Ah, querida, pero

ella hace de la languidez un arte. ¡Ahora cecea en italiano! -terminó Francés, riendo.

-Su refinamiento y su delicadeza desmienten el rumor de que tiene que meter en la cama a su marido borracho todas las noches -agregó Roz, despectiva.

-Pobre señora -dijo Antonia en tono suave.

-Querida, reconozco la desaprobación cuando la oigo -dijo Francés con los ojos chispeantes-. Tendrás que afilar tu lengua antes de que comience la próxima temporada. El entretenimiento más novedoso de la sociedad es comentar los escándalos. Bueno, yo ya he terminado.

-Siempre lo he sabido, querida -repuso Roz con sequedad.

Cuando lady Jersey se marchó, Antonia dijo:

-¿Qué se ha hecho de los tiempos en que las señoras hablaban de las últimas modas y de recetas de belleza?

-Oh, ahora podemos leer sobre todos esos temas en el St. James Chronicle. Así nos queda más tiempo para criticar a nuestras amigas. Tengo que comprar los últimos periódicos antes de que nos marchemos de Londres. —Echó a su nieta una mirada perspicaz-. Debo suponer que tu entrevista con Watson y Gold-man no fue muy positiva.

-Lo que supe allí me puso furiosa. Una mujer está completamente bajo el control de su padre, su hermano o su esposo, con el agravante de un tutor en mi caso. ¡Roz, me voy a convertir en una espina tan molesta para Savage que renunciará a mi tutoría!

-Bueno, querida; como no puedes hacer nada hasta que él llegue a Inglaterra, te sugiero que lo olvides y que vayamos de compras.

-¿Que no puedo hacer nada? -Antonia sonrió y sintió que la malicia comenzaba a bullir dentro de ella-. ¡Ya verás!

Tomaron una silla de manos para ir a Exchange, donde había numerosas tiendas especiales. Roz encontró un estoque de metro y medio, aproximadamente, con un pomo articulado de jade donde se podía guardar un mensaje o rapé, y se le antojó poseerlo.

-Tienes que comprarlo -le sugirió Antonia-. Piensa en lo envidiosa que se sentirá lady Jersey.

- Es elegante, pero también extravagante, y no puedo permitímelo.

-Oh, Roz, no somos nosotras quienes vamos a pagar. Podemos enviar las facturas a Watson y Goldman. Mi tutor ya puede encarrgarse de la pesada cuestión de liquidar las cuentas.

Antes de marcharse del Exchange, Antonia había comprado unas enaguas con aros de ballena, una bata acolchada de percal, una caja de perfumes decorada con perlas alargadas y un abanico pintado con escenas de los amores de Jove. No pudo resistirse a la tentación de un sombrero de paja con cintas de color cereza escalonadas. Cada una de ellas compró un manguito estival. unas sandalias rojas de alto tacón y un vestido nuevo. Roz optó uno de color azul cielo que sentaba de maravilla a su menuda figura. Tenía un corpiño de cintura baja y paneles a los lados que remataban, atrás, en un polizón y una pequeña cola.

Antonia, que tenía media docena de vestidos de fiesta aún sin usar, eligió algo para el día. Era de muselina verde claro, salpicado de

diminutas violetas bordadas. Compró para Anthony dos pares de pantalones a la última moda, de esos que llegaban hasta tobillos y con unas bandas que iban dentro de las botas.

-Debo llevarme un par de estos encerados de hule amarillo. Nos servirán perfectamente para mantenernos secos cuando vamos a navegar. Y ahora, ya sólo nos falta tu periódico, yo diría que ya hemos causado bastante daño por un día.

Se miraron a los ojos y no pudieron mantenerse serias.

-Antonia, estoy orgullosa de tí.

Tenían tantos paquetes que tuvieron que alquilar dos sillas para regresar a la calle Curzon. Mientras sus vehículos avanzaban balanceándose por el Strand, se fijaron en que estaba atestado de soldados uniformados: de color escarlata los de la Guardia de la Caballería, granaderos a caballo, con sus gorras azul leste esmaltadas de oro y plata, y los alabarderos, todavía enfundados en sus largos capotes con gorguera, como en los tiempos de Enrique Tudor.

Damas elegantes con sus altos peinados endurecidos y horneras con aventureros extranjeros. Hombres con un parche en el ojo, carteristas, vendedores de pastelitos y niños mendigos descalzos. Doblaron hacia Charing Cross. Aquello parecía un desfile de moda. Los establecimientos donde se servía chocolate y café, con sus ventanas cubiertas con cortinas rojas, estaban colmados de petimetres que empleaban sus impertinentes para observar a las vendedoras que se atrevían a caminar por las calles de esa zona elegante de la ciudad.

En todas las esquinas, jóvenes que se creían elegantes pugnaban por superarse unos a otros por lo llamativo de sus atuendos: chaquetas amarillas, chalecos bordados con flores y mariposas, y pantalones listados como cebras. Todos usaban espadas de empuñadura laqueada, o esos novedosos estoques en los que disfrazaban cajas de rapé, abanicos y pañuelos.

A juicio de Antonia, sus trajes eran más aptos para el escenario que para la calle. Sintió una punzada de pena por no poder asistir al teatro mientras se hallaban en la ciudad. Los londinenses tenían un apetito insaciable por la vida social y, en consecuencia, estaban abriéndose parques de diversiones y teatros nuevos en cada zona de la ciudad.

Esa noche, Bernard Lamb estaba sentado en la segunda fila del Olympic, observando con avidez a Angela Brown, que se paseaba por el escenario con su insinuante traje de paje: unas calzas ajustadas y chaqueta de amplios faldones que cubrían casi completamente su bonito trasero. Eso es lo que la volvía tan excitante: tenía el semblante de una niña inocente y, al mismo tiempo, con sus audaces atuendos y los movimientos picantes que hacía con su cuerpo demostraba que era en realidad una niña muy mala. Tenía la voz dulce como un ángel. Antes de que finalizara su canción, Bernard fue a bambalinas a esperarla.

-Mirad qué ha traído el gato -dijo ella, descarada, pasando junto a él.

Él la tomó del brazo y le comunicó sus novedades.

-A otro perro con ese hueso, cariño, a mí no —repuso ella, no dejándose engañar.

Bernard sacó la nota necrológica del difunto lord Lamb que labia recortado de la Gazette y se la dio.

-Mi primo Anthony es el actual lord Lamb, y yo soy su heredero directo. Él tiene diecisiete años, no posee herederos consanguíneos y puedo asegurarte, extraído de fuente autorizada, que no tiene largas expectativas de vida.

-¿Qué autoridad? -preguntó Angela que, de pronto, estaba muy interesada.

Bernard sonrió con suficiencia.

-La mía, Cara de Ángel.

Estiró una mano y le apretó una nalga.

Ella se fijó en que hoy había estrenado ropa, desde el echarpe de última moda, de Petersham, hasta unas relucientes botas Hessian. Y si bien quería creerle, era escéptica por naturaleza.

-Mi fortuna ha dado un vuelco. Desde que me he convertido en heredero de Lamb Hall ni siquiera puedo perder en las mesas de juego. Escucha -la engatusó, acariciando su bonito trasero-, déjame quedarme esta noche contigo y mañana te llevaré en mi carruaje nuevo para que veas la propiedad con tus propios ojos.

Angela tenía otro par de hombres en vista, pero no eran tan corruptos como Bernie. Dentro de él acechaba un canalla que la excitaba. Ella no tenía escrúpulos y, por instinto, sabía que él era su semejante. Quién podía imaginar lo que eran capaces de lograr si unían sus cerebros, por no mencionar el resto de sus palpitantes anatomías.

-Bueno, me dejas pasmada -dijo ella entre risillas.

-Ésa es mi intención -prometió él.

Angela vivía en un alojamiento de una sola habitación, en el tercer piso de un edificio que alquilaba la gente de teatro. Bastaba para satisfacer sus necesidades hasta que pescara a alguien realmente rico, pues contenía las dos cosas esenciales: una gran cama y espacio suficiente para contener su desmesurado guardarropa.

Esa noche, Bernard se tomó especial cuidado en complacerla, La noche siguiente sería otra cuestión. En cuanto la muchacha posara su mirada ambiciosa sobre Lamb Hall y la ambición comenzara a comérsela viva, sería Cara de Ángel quien tendría que complacerlo a él.

El paso siguiente consistiría en mostrarle la posibilidad de convertirse en lady Lamb como cebo: eso bastaría para que ella estuviese dispuesta a satisfacer cada una de sus perversiones lujuriosas. Sus manos diestras acariciaron su adorable trasero al mismo tiempo que la apretaba contra su excitado miembro. Disfrutaba la mitad del placer por anticipado.

A la mañana siguiente, tuvieron que partir temprano hacia Stoke, porque Angela debía estar de regreso en Londres para su actuación de esa noche. Le había hecho creer que el carruaje era suyo, aunque en realidad lo había alquilado por todo el día. Con todo, era tan superior al tambaleante coche público que Bernard se convenció de que jamás volvería a viajar de otra manera.

Bernard condujo el coche llevando a Angela a paso tranquilo y no se atrevió a usar la carretera a plena luz del día. Eso no serviría con Angela: no habría estado dispuesta a llegar tan lejos y a perderse un verdadero paseo.

Angela no advertía que estaba siendo manipulada. Había accedido a la propuesta de Bernard de contratar una embarcación para recorrer el río Medway y ella se reclinó, dispuesta a disfrutar mientras él dirigía la barca a lo largo de la costa, hasta llegar a la caseta de botes de Lamb Hall.

Desde un rincón privilegiado pudieron ver la encantadora casa de ladrillos rojos, las construcciones de la cochera y los establos a un lado, tras unos imponentes olmos ancianos. La hierba semejaba una gruesa alfombra ascendiendo hasta la casa. Glicinas y rosas color té trepaban por glorietas y enrejados. Angela suspiró al imaginarse bajo un parasol con volantes, dando una fiesta en el jardín para sus amigos de teatro.

Bernard contuvo el aliento al ver que se abrían las puertas de la cochera y el carruaje no estaba ahí. Con la intención de alardear, hizo insinuaciones de lo que había hecho.

Angela lo miró con ojos muy abiertos.

-¿Por qué diablos tenías que cometer sabotaje contra el coche cuando podrías hacer algún arreglo en su maldito barco? En tierra siempre hay alguien que acude en tu ayuda, en cambio en el mar, si tienes dificultades, sólo hay una helada tumba de agua esperándote.

A Bernard lo satisfizo que Angela fuese tan fría y calculadora como él. Sus mentes retorcidas funcionaban en perfecta sincronización. Sacó una pequeña sierra y la blandió en el aire como una varita mágica.

-¡Hela aquí!

Maniobró la barcaza hasta colocarla junto al velero, y ambos subieron a bordo. Ninguno de los dos conocía bien el funcionamiento de un pequeño velero, pero ambos tenían imaginación y decisión más que suficiente para intentarlo.

Hacía mucho que los saboteadores se habían ido cuando Antonia y Roz llegaron a su hogar, de regreso a Londres.

-Espero que Anthony haya tenido presencia de ánimo suficiente para conseguir una factura por los nuevos arneses. Así, podrá presentársela a Watson y Goldman. Estoy impaciente de darle lecciones para enseñarle cómo se debe fastidiar a un tutor hasta eliminarlo.

CAPÍTULO 7

Por la cabeza de Adam Savagc flotaba la idea del matrimonio: ya tenía treinta y dos años. A su edad, la mayoría de los hombres habían tenido por lo menos una esposa. Entre los miembros de la clase poderosa, los matrimonios se convenían de modo que el dinero, las tierras y los títulos siguieran en manos de la nobleza. En el pasado, Adam Savage no había tenido ninguna de esas cosas, pero en el presente tenía intenciones de regresar a Inglaterra y fundar una dinastía.

Necesitaría una esposa especial: que se sintiera cómoda en sociedad, que pudiera recibir a lo más granado del país y que, al mismo tiempo, lo atrajese físicamente hasta cierto grado. Al parecer, lady Evelyn Lamb calzaba en ese modelo como un guante. Era poseedora de una fría belleza, además de culta, y él sabía que sería una magnífica anfitriona para Edenwood, lo que, a su vez, contribuiría a que él accediera al logro de sus ambiciones políticas.

La fría belleza inglesa de la mujer lo atraía, suponía el desafío de desarrollar su sensualidad de modo que ambos pudiesen gozar de una unión física satisfactoria. Hasta donde él podía ver, la única desventaja de ella era su edad. No podía albergar esperanzas de que ella le diese una familia numerosa. Si se casaba con Eve, la dejaría embarazada de inmediato. Por supuesto, ese matrimonio lo convertiría en padre de los hijos de ella y no sólo en su tutor, y él imaginaba que, como progenitor, sería fuerte y bueno.

Ese día debía viajar a Colombo, la capital de Ceilán, llevando una valiosa carga para su barco de las Indias Orientales, el Red Dragon. En sus bodegas había almacenado teca, ébano y caoba satén, además de pimienta, nuez moscada y canela. Era la clase de carga que no se echaba a perder aunque estuviese almacenada durante largo tiempo. Una vez que hubiese cargado su última cosecha de caucho y té sabría exactamente de cuánto espacio dispondría.

Inglaterra lo atraía hacia ella, y ya casi había decidido que regresaría en el siguiente viaje del Red Dragón. Llevaría consigo parte de sus muebles indios y orientales, como también los cinculenta baúles marcados con un leopardo para distinguirlos de los que en realidad contenían té.

Uno de sus barcos más pequeños de la ruta de la China debía de haber tocado puerto en Colombo con una carga de seda incomparable que él importaría a Inglaterra. En cuanto hubiese sido descargado el barco pequeño, él supervisaría la carga de la mercadería de Evelyn, que había salido hacía días con rumbo a Ccolombo.

Adam tenía una idea general de lo que producía la pequeña plantación Lamb. Poseía un depósito para cortar y secar índigo y una extensa plantación de palmas de cacao, lo más fácil de cultivar, pues rendía un gran número de productos. Bastaba con echar las semillas redondas en hoyos practicados en la arena, a unos sesenta centímetros entre sí. No necesitaban más que un poco de agua salada cada varios días y, en dos años, eran capaces le producir doce cosechas. La pulpa del fruto o copra se usaba para la alimentación, se mezclaba con curry, o se podía extraer su aceite para embellecer el pelo, como combustible para lámparas o para fabricar velas. Se destilaba la savia para preparar ese licor anisado llamado arrac, las vainas producían polvo dentífrico o servían como recipientes para recoger látex, y la fibra, por su parte, servía para hacer cuerdas, cestas, redes de pescar, cojinetes, cepillos y esteras.

El viaje a Colombo llevaba dos, a veces tres días. Las cargadas carretas eran tiradas por carabaos, los bueyes de la India, domesticados y fuertes, aunque lentos. Además de conductores, Savage tenía sus

propios guardias, a quienes había entrenado en el uso de armas de fuego. Los thugs merodeaban por las colinas y atacaban a las caravanas de carretas.

Todo se hizo sin problemas. Savagc tenía sus propios depósitos a lo largo del muelle de Colombo pero, como el Red Dragón estaba anclado, su tripulación llevó el caucho y el té directamente desde las carretas al barco y los acomodó en la bodega de carga, de modo que Adam pudiera ver de inmediato cuánto espacio le quedaba.

El capitán y la tripulación del Red Dragón constituían un heterogéneo conjunto de asesinos de aspecto atemorizador, que él había elegido personalmente. Les pagaba bien por sus servicios, tanto en lo que se refería a los salarios como a los porcentajes de las ganancias. Tenían la libertad de hacer lo que les viniera en gana mientras no estuviesen trabajando. Savage estaba seguro de que daban qué hacer a más de una taberna, garito de juego de azar y prostíbulo, pero cuando estaban de servicio cuidando sus barcos y sus cargas, ni uno solo de ellos se atrevía a tomar su guardia estando drogado o borracho.

Su barco pequeño, Jade Dragón, había llegado esa mañana. Cuando su carga de sedas preciosas fue llevada a bordo del otro barco y se vio que aún quedaba bastante espacio, Adam Savage tomó la decisión que sabía, de antemano, inevitable. Le dijo al capitán que navegaría a Inglaterra con él y que estaría preparado en dos o, tal vez, tres semanas como máximo.

Ya hacía cierto tiempo que había estado negociando con los funcionarios de la East Indian Company en Madras, para venderles Leopard's Leap. Al recoger su correo en el «Territorio principal», como llamaban a la India, comprobó que contenía una generosa oferta de la compañía.

Savage fue a bordo del Jade Dragón, entró en su camarote y se sentó en la silla del capitán con los pies apoyados sobre la mesa. Dejó la carta que contenía la oferta encima de las cartas de navegación que había trazado con meticuloso cuidado cuando él mismo pilotaba ese barco por la ruta de Cantón. ¿Por qué no se sentía entusiasmado con la sólida fortuna que le había ofrecido la East India Company por Leopard's Leap? Volvió el recuerdo de sus primeros años allí. Había invertido sangre, sudor y lágrimas para que la plantación prosperase. Había sacrificado su juventud en tan ardua tarea, trabajando interminables horas hasta quedar fatigado hasta los huesos y con el cerebro aturdido. Había arriesgado su salud y sabía que sufriría durante toda su vida ataques de malaria. Había arriesgado su cordura soportando esa soledad que consume el alma hasta que hubo aprendido a fundirse con la naturaleza, y había arriesgado su vida en inumerables ocasiones cazando elefantes que pisoteaban sus plantas, acechando a las panteras que se comían su ganado y sofocando la insurrección de los nativos que estaban resueltos a acabar con él para librar así a su tierra del hombre blanco.

Cualquier individuo razonable se hubiese alegrado de verse desembarazado de todo ello. Pero Savage no era razonable, sino irracional. Ceilán se le había metido en la sangre y Leopards Leap se

había convertido en parte de él. Lo había construido a partir de la nada, con sus propias manos. Se paró a contemplarlas se veían atezadas, fuertes y llenas de cicatrices. El meñique de la izquierda se había quemado por completo cuando un rayo caró sobre él mientras estaba recogiendo una cosecha antes de que empezara el monzón.

Cuando llegó, no traía más que la ropa que llevaba puesta. Ahora poseía esa tierra, que se había tornado preciosa para él. Ese era el motivo por el que se había demorado, indeciso, mucho después de hacerse millonario. No se decidía a separarse de Leopard's Leap.

Tomó la carta de la compañía y comenzó a escribir una respuesta sincera. Les ofrecía alquilar su plantación por el plazo de dos años. De este modo, la East India Company tendría la oportunidad de recoger las elevadas ganancias que él les había insinuado que obtendría. Al final de ese período, si la compañía estaba interesada en comprar la plantación, él volvería a negociar.

Savage reconsideró la propuesta que acababa de poner por escrito y se convenció de que no podría perder. Llegó a la conclusión de que, cuando pasaran los dos años, si aún no podía desprenderse de Leopard's Leap, le bastaría con pedir a la compañía un precio que él supiera que no estaría dispuesta a pagar.

Despachó su oferta por medio del barco correo que regresaba, seguro de que la aceptarían sin titubear. Les había dicho que enviasen sin demora a su administrador para la plantación, teniendo en cuenta que él regresaría de Inglaterra tres semanas más tarde.

Savage envió las carretas de vuelta a Leopard's Leap. Al día siguiente no le resultaría difícil alcanzarlas a caballo. Mientras la luz de la tarde se extinguía, un ambiente de excitación iba adueñándose de la ciudad al caer la noche, como siempre, reemplazando la lánguida indolencia de costumbre. Las mujeres de castas elevadas, cubiertas con velos y túnicas informes, desaparecían, sustituidas por las de castas inferiores, que llevaban descubiertas sus sedosas cabelleras negras.

Se oían música y risas mientras el ritmo de vida iba acelerándose. Se agilizaban las transacciones de los vendedores callejeros de alimentos, y las calles empezaban a llenarse de hombres y mujeres deseosos de disfrutar los placeres que ofrecía la noche tropical.

Adam dijo a la tripulación del Jade Dragón que no era necesario que se ocupasen de la carga hasta el día siguiente por la mañana. El quería supervisar la carga de la mercancía que Evelyn exportaría a China, pues tenía intenciones de llevarle una información favorable a su regreso, y no era preciso hacerlo antes de la mañana.

Tal vez aquélla fuese su última oportunidad de disfrutar los exóticos deleites de Colombo. Había estado trabajando dieciocho horas diarias, y se sentía tenso como una serpiente enroscada. Una sonrisa asomó a sus labios cuando se imaginó a qué lugar iría a desenroscarse. Enfiló hacia el este, alejándose del puerto y, en el extremo de la calle Kelani, se detuvo ante un edificio conocido como la Joya de Oriente. Al tiempo que traspasaba el portal principal, Savage se quitó su sombrero de plantador y entornó los ojos para protegerlos hasta que se habituaran a la brillante iluminación del interior.

La sala de recepción estaba revestida de espejos, con resplandecientes amatistas incrustadas de vez en cuando. Recordó que seis años atrás, la primera vez que había visto semejante opulencia se había quedado boquiabierto. Ahí había oído hablar por primera vez de Ratnapura, la Ciudad de las Gemas, donde había tal cantidad de amatistas de color violeta que no tenían ningún valor... salvo que fueran enviadas a Inglaterra, por supuesto.

Dos mujeres de morena belleza lo saludaron con calidez:

-El Leopardo honra a la Joya de Oriente.

Las mujeres usaban saris de exquisito bordado, de idéntico matiz lavanda. Parecían hermanas, aunque Adam sabían que no lo eran. Se llamaban Perla y Madreperla, y formaban una combinación tan excitante como para empujar a un hombre hasta el borde de la locura.

Él les besó las manos, conversaron de banalidades y luego aquellas dos beldades morenas le invitaron con gracia a hacer su primera elección. La Joya de Oriente ofrecía una opción doble:

estimulación o relajación. Hasta entonces, él siempre había elegido la primera, y jamás había tenido motivos para arrepentirse. Sin embargo, esa noche optó por la relajación; lo hicieron pasar a través de una cortina de abalorios que ocultaba una arcada, hacia la izquierda.

Lo hicieron sentarse en un diván mullido y le ofrecieron un menú del cual él debía elegir. El menú no era sólo comida. Fue conducido a la sala de baño, donde seis doncellas morenas le quitaron su arma y sus ropas. Dos de ellas entraron en la piscina junto a él mientras la otra iba vertiendo cubos de agua hirviendo hasta que la temperatura del baño llegó casi a quemar, y el pequeño recinto se llenó de vapor.

A continuación, lavaron su cuerpo con un utensilio de asombrosa eficacia destinado a tal fin y luego lo envolvieron con una gran toalla absorbente y lo condujeron fuera del vaporoso recinto. Las doncellas morenas formaron una línea en la cual se le permitió elegir. Sus transparentes prendas dejaban entrever más de lo que ocultaban y, así, Adam no tuvo inconvenientes en elegir a su compañera para esa noche. Se llamaba Deleite y, mucho antes del alba, él no tuvo duda alguna de que tal nombre le hacía honor.

Cuando se quedaron solos, ella se quitó sus transparentes prendas y el velo que le cubría la cabeza y exhibió su cuerpo, que había sido completamente despojado de vello. Quedó desnuda delante de él con su brillante pelo negro cayendo como una cascada por la espalda, rozando el suelo en sus talones. Deleite era curvilínea y la redondez de sus pechos y sus muslos hacía resaltar la pequeñez de su cintura. Tenía un rostro de sensual atractivo, de labios llenos y enormes ojos líquidos.

Hizo que Adam se sentara sobre un diván duro, aunque apoyando su cabeza sobre mullidos cojines, y luego empezó a masajearle los miembros desnudos con aceite de almendras. Sus manos provocaban al hombre tendido sensaciones paradisíacas; las hacía girar en largos óvalos sobre cada uno de los músculos del cuerpo masculino. Adam entonces empezó a relajarse, y cuando ella acabó, llegó a creer que sus propios huesos estaban derritiéndose.

En ese momento, la comida que había pedido ya estaba lista. Deleite recibió la cargada bandeja de manos de la criada, pasó de largo ante una mesa y la depositó en el suelo. Desnudos, ambos se reclinaron sobre almohadones, y ella fue destapando diversas soperas doradas para que salieran los tentadores aromas que incitarían el apetito del Leopardo. En primer lugar, la muchacha le ofreció una taza pequeña que contenía un dulce líquido azul. Adam lo hizo circular por su lengua, saboreando su singular sabor. A partir de ese momento, todo, cada momento, cada sonido, cada aliento y latido del corazón parecieron hacerse más lentos. Entonces, siguiendo un ritmo de deliciosa languidez, ella le dio de comer con los dedos.

Adam evocó visitas anteriores, cuando cada plato era más condimentado y más caliente que el anterior, hasta provocarle una insaciable lujuria. En esta ocasión, en cambio, nada era muy condimentado. Los alimentos eran reconfortantes, sedantes, bañados en suaves salsas que lo impulsaban a lamer y chupar los deliciosos dedos de Deleite.

Cuando estuvo satisfecho, exhaló un pesado suspiro y ella lavó las manos y la cara con agua de rosas. Deleite sacó de un anaquel un cofrecillo de filigrana y se sentó con las piernas azadas frente al hombre, sobre la mesa. Abrió el cofrecillo que tenía un espejo en la tapa y comenzó a pintarse con henna.

Se decoró, así, las palmas de las manos y las plantas de los pies, luego los pechos, donde fue trazando un complejo dibujo hecho de puntos y de minúsculas flores que formaban círculos en espiral en torno de los pezones. Después preparó un pigmento de henna de un rojo más intenso, abrió bien las piernas y comenzó a pintarse los labios mayores de su vagina con ese maquillaje rojo sangre.

Si Adam había creído que estaba tan relajado como para no poder mover un dedo, se equivocaba. Su miembro se agitó, se alzó y se endureció, mientras sus ojos clavaban su mirada, hipnotizados, en lo que estaban haciendo en su propia vulva los delicados dedos de la mujer. Del mismo modo que cualquier mujer se pinta los labios para atraer al varón. Deleite decoraba los labios que tenía entre las piernas para realzar esa atractiva boca con el erótico pigmento.

Sacó del cofrecillo dos brazaletes decorados con campanillas Y los sujetó en torno a los tobillos. Después, con movimientos lentos y sinuosos, levantó un pie y lo colocó detrás de su cabeza. Tuvo que utilizar sus dos manos decoradas con henna para poner el otro pie detrás de la cabeza y, entonces, se quedó completamente inmóvil, sabiendo que el Leopardo iba a acercarse, atraído por un potente deseo.

Cuando él, en efecto, se puso de pie, su miembro rígido le llegaba hasta el ombligo. Avanzó lentamente hacia la mesa, donde se encontraba el objeto de su deseo, y guió su lingam, como llaman los hindúes al falo, duro como mármol, hacia las rojas puertas del paraíso. A sus fuertes y lentas embestidas, las campanillas que Deleite llevaba en los talones se sacudieron con un encantador tintineo. Luego, ella pasó los pies desde atrás de su cabeza hasta atrás de la cabeza de él y Adam la penetró a suficiente profundidad como para hacer sonar la

campanilla que había colocado en la parte superior de su vagina. El placer de haber cumplido semejante hazaña hizo sonreír a Savage. El rítmico sonar de las campanillas fue aumentando de volumen a medida que las embestidas del hombre se aceleraban en forma violenta, hasta disolverse en un crescendo que acompañó el grito de liberación de él.

Deleite instó al Leopardo a abandonarse otra vez sobre los cojines mientras ella armaba para él un cigarro especial hecho con hojas de tabaco de Jaffna mezclado con una pequeña cantidad de cáñamo. Su propia extravagancia hizo a Adam menear la cabeza, sabiendo que, por la mañana, tendría resaca.

Cuando hubo terminado el relajante y embriagador cigarro, sintió que la languidez invadía sus miembros y que había ingresado en otro mundo donde sus recompensas serían un dormir bienaventurado y unos sueños celestiales. Deleite se inclinó sobre los almohadones y procedió a lamer su piel bronceada como un modo de comprobar si él había llegado a la etapa final de la relajación. Lo lamió todo, hasta el ombligo, y notó con satisfacción que tenía los párpados muy pesados.

Sin embargo, recibió una gran sorpresa cuando los brazos fuertes del hombre la rodearon y la hizo tenderse debajo de su cuerpo. La montó con los muslos poderosos y la torturó con embestidas exquisitamente lentas que la convencieron, sin lugar a dudas, de que él aún no estaba saciado. El Leopardo dejó maravillada a Deleite, pues ella hubo de descargar dos veces sus jugos amorosos antes de que él tuviera su propia liberación. Por fin, su virilidad flaccida quedó apoyada sobre el muslo y ella lo hizo tenderse otra vez sobre los cojines. Recostada sobre él, ella le ofreció el duro capullo de su pezón para brindarle placer mientras él iba sumiéndose en el sueño.

La lengua de Adam jugueteó con esa preciosa fruta, sus dientes la mordisquearon suavemente y luego comenzó a chupar con fuerza y su miembro viril se llenó y empezó a palpitar otra vez. La virilidad del Leopardo era notable. Ella se apresuró a descender sobre el cuerpo de él y lo recibió en su boca. Fueron necesarios treinta minutos de tierna y amorosa dedicación para que fluyera la simiente de él y ella lo vaciara hasta la última gota. Deleite tragó el abundante líquido perlado, sabiendo que no existía en el mundo mejor brebaje para el cutis. El Leopardo dormía.

Para decirlo con más precisión, se quedó dormido, aunque esto no hizo mucho para mejorar el estado de ánimo de Savage. Tuvo el buen gesto de pagar el doble de lo que le habían pedido antes de marcharse de la Joya de Oriente, a pesar de que lo exasperaba su propia falta de control. Fumar picadura de cáñamo la noche anterior había sido una actitud inmadura y le había déjalo una palpitación en las sienes.

Cuando llegó al muelle donde estaba amarrado el Jade Dragón vio que la tripulación ya estaba trasladando las cargas de los almacenes al barco. Subió a bordo del pequeño navío mercante y bajó a la bodega. Estaba hablando cuando enmudeció en mitad de una frase y se puso rígido. Alzó la cabeza oscura, y la mirada helada de sus ojos azules se clavó en sus marinos con expresión atónita. Su olfato ya le había

anticipado qué encontraría cuando quitase una de las cajas de manos de un marinero y arrancara la tapa:

¡Opio!

Recorrió con la mirada las cajas y baúles que atestaban la bodega, eligió otra al azar y examinó su contenido. Lady Lamb trataba de exportar cientos de cajas llenas de millones de cabezas de amapolas con sus oleosas semillas.

En los ojos de Savage asomó una furia tal que hizo retroceder a los marineros. Justo sería decir en su favor que no desplegó su cólera ante su tripulación. En pocos instantes logró controlarla y sofocó las ascuas de su ira para descargarla sobre la autora de ese acto abominable.

Dio órdenes en voz seca, cortante.

-Descarguen hasta la última caja y almacénenlas en mi barco hindú. Esta tarde habré conseguido otra carga para transportar a China.

Fiel a su palabra, ese mediodía ya había comprado una cosecha de chiles rojos picantes y una segunda cosecha de tabaco, pues los chinos eran grandes fumadores de pipa. El espacio de carga que sobraba lo llenó con piezas de cretona que tenía en el almacén, pues sabía que esa tela de algodón, fuerte y brillante, se vendería teniendo en cuenta que las técnicas hindúes de tintura eran más avanzadas que las de otros países.

Savage explicó al encargado de los almacenes que seguiría en el negocio del transporte naval de carga aunque se marchase poco después a Inglaterra, y que a partir de entonces sus oficinas estarían en Londres en lugar de Colombo. También le explicó que la East India Company alquilaría su plantación, y dejó instrucciones al agente de que diese prioridad a la compañía en los almacenes para guardar té y caucho.

Una vez finalizados sus asuntos bancarios, Savage cargó su pistola, pidió su caballo y tomó el camino de regreso hacia su casa. Si cabalgaba todo el día y toda la noche sin detenerse llegaría poco antes de mediodía. A cada kilómetro que recorría, su furia contra Eve iba en aumento. Si se hubiese tratado de una muchacha joven, él podría haber explicado su proceder adjudicándolo a la ignorancia. Pero ella era una mujer madura, y sofisticada, por añadidura, que había vivido diez años en Oriente y forzosamente tenía que conocer las fatales propiedades del opio. Si ella le hubiese pedido permiso para exportar opio en los barcos de él, se lo hubiese negado sin titubeos. Si ella le hubiese consultado con respecto al tráfico de opio, él le habría explicado con absoluta claridad cómo estaba la cuestión. La conducta de ella se agravaba si tenía en cuenta que le había ocultado a él la verdad de manera deliberada. Además, había empleado con él sus tretas femeninas para obtener el permiso de usar su barco y, de aquel modo, lo había convertido en cómplice inconsciente.

Eso era lo que más le enfurecía. Ella siempre había manipulado a los hombres de su vida, los había hecho bailar con su música, sin ninguna dificultad, para lograr lo que quería. Sin duda, debía de haber advertido que él no era como otros hombres. Pero ante él surgió de

pronto la imagen de la plantación Lamb, y se dio cuenta de que tendría que olvidar y despojarse de su furia para no llevarla consigo hasta Leopard's Leap.

CAPITULO 8

Savage había cabalgado durante veinte horas. No se había bañado ni afeitado, y estaba impregnado del sudor y la suciedad del camino, aunque esas banalidades le importaban un comino. Entregó a un mozo su caballo y entró en la Casa del Gobernador a grandes pasos, sin hacer caso de los cipayos que hacían guardia junto a la entrada ni del mayordomo de la dueña de la casa, que se adelantó a recibirlo en el vestíbulo de entrada. Sus botas iban dejando un rastro de tierra sobre el suelo de baldosas blancas.

En la Casa del Gobernador siempre había invitados. Eve estaba en la sala de desayunar con un enviado del gobernador de Madras y un príncipe de menor categoría, del palacio del raja Singha. Los dos lo reconocieron de inmediato por su reputación y por la reveladora cicatriz de su cara. Savage entró en la habitación sin disculparse y Eve abrió de par en par los ojos, sorprendida.

-Lady Lamb y yo tenemos que hablar de asuntos importantes. Déjennos, por favor.

En su voz de bajo se detectaba un acento de autoridad. Eve se levantó de inmediato para no montar una escena delante de sus invitados y lo condujo hasta su salita privada. Llevaba puesto un exquisito vestido de mañana. Sus encantadores rizos rubios estaban recogidos en lo alto de su cabeza con peinetas de carey. Giró su rostro hacia él y frunció la nariz, disgustada ante la sucia pinta de Adam.

-¿Qué significa esto? - preguntó con frialdad. Iba vestida y arreglada de manera tan impecable, su expresión era tan fría e independiente que él sintió ganas de hacer trizas su compostura. Pero Adam aspiró una honda bocanada de aire para contenerse y no golpearla.

-¡Ese maldito opio! -dijo entre dientes-. Expliqúese, señora.

-Ah, ya entiendo. -La mejilla pálida de la mujer se ruborizó-. Yo... yo sé que es ilegal en algunos puertos. Yo... yo creía que tú mirarías hacia otro lado, querido.

-Como bien debes saber, me importa un ardite que sea legal o ilegal. ¡Esa sustancia es una porquería!

-Necesito el dinero -explicó ella con frialdad, como si eso fuera suficiente.

Él sacó su billetera y arrojó cinco mil libras sobre la mesa.

-Ya he comprado su opio, señora.

-Adam, yo no tenía idea de que el opio fuese...

-No insultes mi inteligencia, Eve -interrumpió-. Hace diez años que vives en una sociedad oriental. Conoces las obscenas propiedades del opio. Sabes que crea adicción, que condena a millones de personas a una muerte en vida, y sabes que no tiene cura.

-Pero no son más que campesinos chinos —dijo ella con voz débil.

Adam la aferró por los hombros, lastimando la carne delicada de la mujer con sus fuertes dedos.

-¡Son seres humanos! Tú nos habrás oído a Russell y a mí describir los garitos de opio donde cientos de individuos yacen sobre camastros de madera, sumidos en su delirio. Millones, que lo sacrifican todo en aras de su adicción: sus granjas, sus familias, venden a sus esposas y a sus hijos. Arrastran rickshaws todo el día sin comer para poder tomar opio y luego mueren en medio de una cruel agonía. El opio es tan repugnante y corruptor que lleva consigo una maldición y pudre a cualquiera que comercie con él. -Sacudió a la mujer-. ¡Yo lo sé! Amasé mi primera fortuna manchada exportándolo a Cantón y he pagado el precio. No sólo me quedaron cicatrices en mi cuerpo sino que casi resultó destruida mi alma. Y ahora, he logrado ganar la misma cantidad de dinero pero con té y caucho. Quizás, a veces, sea preciso que trabaje dieciocho horas por jornada, pero es un trabajo limpio y decente. Duermo tranquilo por las noches.

Eve comprendió que las convicciones de él eran muy fuertes y que ella había cometido un terrible error. Tendría que haber aguardado unos meses, hasta que él partiese hacia Inglaterra y, sólo entonces, hacer el intento de exportar su opio.

-Cometí un error al no decirte nada -dijo ella en voz baja.

-Hay dos cosas que mis barcos jamás transportarán: opio y marfil. Hay carniceros que enlazan y atrapan a los elefantes y les cortan los colmillos estando todavía vivos. Eso también me resulta aborrecible.

«¡Marfil! —pensó Eve—. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Por las tallas orientales se pagan fortunas.»

Cuando Savage la miró y vio las peinetas de carey, hechas con la caparazón de una clase de tortuga, metió los dedos en su peinado inmaculado y le quitó las dos peinetas.

-Igual que este material. El caparazón se saca de la tortuga de mar viva; ¡es una costumbre inhumana!

Adam había dicho todo lo que necesitaba decir y tal vez más.

-Perdone usted mi grosera interrupción, lady Lamb. —En un tono más cortante que el que hubiese empleado cualquier noble, dijo-: No sé actuar de otra manera. Soy de ascendencia campesina.

Hizo una reverencia teñida de marcada ironía y arrogancia y se marchó hacia Leopard's Leap.

Esa misma tarde, Savage convocó a sus capataces y peones indios. John Bull estaba ante la puerta principal como un sargento, ordenándoles que se quitaran los zapatos antes de entrar en el bungalow. Los trabajadores permanecieron en la oficina del patrón en actitud respetuosa, escuchando cada una de sus palabras.

-Muy pronto, antes de la próxima luna, regresaré a Inglaterra. Dentro de pocos días llegará un nuevo sahib. Quiero que trabajéis tan arduamente para él como lo habéis hecho para mí. No he vendido Leopard's Leap. La plantación seguirá siendo mía, pero si vosotros no sois leales al nuevo jefe, estará condenada al fracaso. Éste es el único lugar de Ceilán donde se cultivan el té y el caucho. Yo traje las

plántulas desde China y desde Birmania a modo de experimento, hace casi diez años, y tengo que agradeceros que Leopard's Leap haya florecido. Sólo ahora hay plantaciones de té y de caucho al otro lado del mar en la India. Sabéis qué es preciso hacer en épocas de sequía y en épocas e inundación. Los podadores conocen los períodos de rotación, los criadores de ganado saben cuándo tienen que empezar abonar con estiércol. En resumen, vosotros sabéis mucho más que el nuevo sahib sobre cómo seguir llevando adelante la plantación sin tropiezos. Mi gran barco llevará vuestra cosecha de té Londres y yo la recibiré allí. Mi olfato me dirá si habéis logrado o no producir la mejor calidad.

La dureza de su cara se relajó y se permitió dedicarles una de sus escasas sonrisas.

Pero los tamiles no sonrieron. Para ellos era terrible saber que el amo se marcharía a su patria. Leopard's Leap se extendía al pie del monte Adam, la montaña más sagrada del mundo. Y la leyenda decía que Adán había sido expulsado del Séptimo Cielo del Paraíso por haber pecado con la mujer. El pecado había sido expiado durante mil años. Adán había aterrizado sobre un pie en el monte de Adán y había dejado la huella de su pisada marcada en la piedra. Ni uno solo de los trabajadores de Leopard's Leap creía que Adam no era el Adán de la leyenda. Consideraban que su tamaño, su fuerza y su destreza eran dones de los dioses, por no hablar de sus penetrantes ojos azules. Si ellos rehuían sus responsabilidades, él lo sabría cuando estuviese en Londres, al otro lado de los siete mares. Se apresuraron a divulgar la novedad entre los otros trabajadores.

Savage sacó los libros diarios de registro de facturas y cuentas de la plantación para ponerlos al día, pero lo distrajo la voz autoritaria de John Bull.

-Cuando estemos en Inglaterra su excelencia querrá que te vistas a la manera inglesa. Si conservaras tu aspecto extranjero le causarías vergüenza. Sea como sea, no necesitas llevar contigo todas tus ropas y posesiones de pagana.

Adam Savage siempre intentaba ser diplomático al mediar en los altercados entre sus sirvientes. Kirinda era cingalesa y pertenecía a una casta superior a la de su mayordomo tamil. Pero, por otra parte, como John Bull era su mayordomo y, además, era hombre, perdería prestigio si no conservaba su autoridad sobre la mujer.

-John Bull, si bien es cierto que rara vez te equivocas, ahora ha sucedido -dijo Savage, procurando usar todo su tacto-. Flor de Loto es muy bella con su atuendo nativo. Ella es consciente de que esas exóticas sedas de colores brillantes son las que mejor le sientan. Por favor, procura que haya todos los baúles necesarios para sus ropas y objetos de uso personal.

Kirinda dirigió a John Bull una discreta sonrisa petulante desde atrás de la espalda del Leopardo.

-De cualquier manera, necesitará zapatos y sandalias occidentales. Consigúele algunos pares de inmediato para que pueda practicar con ellos. En Inglaterra, el suelo es demasiado frío para ir descalzo.

Kirinda puso cara larga, y John Bull le sonrió con aire condescendiente y satisfecho.

Al atardecer, Adam se sorprendió con la llegada de lady Lamb, aunque se dio cuenta de que, en cierto modo, la esperaba. Lo primero que notó fue que había dejado su duelo. Llevaba un vestido escotado de la más fina muselina india y tenía un raro loto azul metido entre los pechos. Su pelo rubio, sin peinetas, le caía entre las ondas sobre los hombros, dando suavidad a su belleza. Aquella noche no parecía en absoluto ser una mujer fría; a la luz de la lámpara parecía cálida, casi vulnerable. Cuando se quedaron solos, ella se acercó a él, le puso las manos en el pecho y le dirigió sus OJOS suplicantes.

-Oh, Adam, por favor, ¿me perdonas? -murmuró en voz queda. Savage comprendió que había venido a seducirlo. La situación era irónica: Eve, aunque sexualmente frígida, estaba dispuesta a comportarse como una ramera para rescatar su dinero y sus joyas. Adam sintió curiosidad y quiso ver hasta dónde sería capaz de llegar.

Fingió sucumbir a la tentación de Eve. Inclinó la cabeza para taparle los labios y murmuró:

-No quiero verte mancillada... por nadie que no sea yo. Eve se estremeció. Era un efecto que Adam solía ejercer sobre las mujeres. Azorada, ella se preguntó cómo podría tenderse desnuda sobre el diván mientras John Bull y su propio guardia cipayo aguardaban en el cuarto contiguo.

Los ojos azules de Adam se entrecerraron, divertidos.

-Me agrada más la dama que la prostituta -murmuró, y luego se dedicó a enloquecerla con sus besos.

En el preciso momento en que sintió que ella comenzaba a responder, retiró sus brazos de su cuerpo. Por más que ella detestara su capacidad para dominarla, él estaba resuelto a dejarla con las ganas.

Por fin, ella hizo acopio de valor y preguntó:

-¿Qué harás con el opio?

-Enviarlo a Inglaterra -dijo él sin inmutarse. Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

-¿Qué diferencia hay entre Inglaterra y China? La ira lo exasperó. No tenía la costumbre de dar explicaciones.

-En Inglaterra puedo controlar qué sucederá con él. Se convertirá en láudano para anular el dolor de aquellos a quienes tengan que cortar una pierna o de las mujeres que sufran los dolores del parto. -Hizo una inspiración profunda-. Eve, cuando zarpe el Red Dragón yo estaré a bordo.

Mientras lo decía la observó con atención y vio que sus ojos se agrandaban de asombro. Sin duda, ella había creído que, por haberle permitido unos besos íntimos, podría opinar acerca de todo lo que él hacía, acerca de cada una de sus decisiones. Adam se alegraba de haberla sacado, de inmediato, de su error.

-¿Tan pronto? -preguntó ella, aunque Adam no pudo discernir si la nota de pánico que percibía en su voz se debía a la idea de perderlo-. ¿Has vendido Leopard's Leap?

-No, sólo la he alquilado a la compañía. -Le acarició el blanco hombro-. Evelyn, ¿por qué no vienes conmigo?

Evelyn no se atrevió a concluir que él estaba ofreciéndole algo más que el traslado. El silencio se alargó entre ellos hasta que ella lo rompió:

-Adam, ahora Lamb Hall pertenece a mi hijo. —¿Habría sido lo bastante sutil? ¿Él le propondría matrimonio? Lo que ella quería era su riqueza, y sabía que el único medio de obtenerla era casándose con él. Pero, si se casaba, perdería su título y ella lo ambicionaba todo. Aún sin estar segura de él, continuó-:

Aquí tengo una casa palaciega llena de sirvientes.

-Edenwood será un palacio lleno de sirvientes.

El alivio que Eve sintió le provocó debilidad. Después de todo, había sido astuta.

-No puedo pensar seriamente en el matrimonio hasta que no finalice mi período de duelo. Ve a ver tu Edenwood. Compra ese título que mencionas y luego vuelve a buscarme.

-Como no quiero que tengas preocupaciones de dinero mientras yo esté ausente, he dispuesto que puedas girar contra mi cuenta en el banco de Colombo.

Él vio que los ojos de ella se iluminaban y luego los velaba con sus pestañas.

Eve pensó que debía protestar. No quería que él supiera que el dinero era tan importante para ella:

-Adam, no tienes por qué pensar en comprarme.

-Si mi dinero te ofende, te daré joyas -bromeó él; había visto sus intenciones como si ella hubiese estado hecha de cristal veneciano.

La mano de la mujer se deslizó por el pecho duro del hombre.

-Esas gemas que hemos apostado cuando jugamos a los dados... ¿provenían de la Ciudad de las Gemas que menciona la fábula?

-Sí, de Ratnapura -admitió él-. Voy allí todos los años.

-¿Exportas diamantes, rubíes y esmeraldas a Inglaterra? -preguntó ella con el aliento entrecortado.

-Sí, pero, en realidad, gano tanto dinero con eso como con las piedras semipreciosas: berilio, granate, turmalina, adularía y topacio. Allí se extraen todos los matices de zafiro que existen: azul, azul añil, azul celeste, gris, verde. Por un puñado de rupias se puede comprar un cofre lleno de amatistas.

-No es demasiado lejos de aquí, ¿verdad?

Adam percibió la excitación que resonaba en la voz de ella y comprendió que el tema de las joyas había sido la causa. Tiró del vestido para cubrirle el hombro desnudo.

-A vuelo de pájaro no está lejos, pero no debes olvidar la cadena de montañas Sabaragamuwa que se interpone. Esas montañas están llenas de thugs. ¿Has oído hablar de una costumbre de esos guerreros? Consiste en el asesinato ritual de los viajeros. Ratnapura es una de las ciudades más malvadas de la tierra. Está habitada únicamente por ladrones, asesinos y rameras. Te prohibo que vayas allí, Eve.

Ella se asombró de que él pudiera leerle la mente con tanta facilidad. Aquel hombre conocía demasiado las mujeres y su

comportamiento. Durante años, ella se había sentido atraída y repelida, a la vez, por su flagrante masculinidad. Adam la hizo ponerse de pie y le rodeó la cara con las manos para poder mirarla a los ojos.

-Prométeme que no irás y yo te cubriré de joyas.

Ella tragó con dificultad. ¿Cómo podía resistir semejante ofrecimiento? Ahí tenía su gran oportunidad. Debía convencerlo de que lo deseaba a él y no a las joyas.

-¿Vendrás a verme mañana por la noche? -rogó ella, y lo odió porque la obligaba a rogar.

-Lo intentaré -prometiendo y eludiendo el ruego, al mismo tiempo.

Evelyn no era la única de los Lamb que ambicionaba la fortuna de Savage. Antonia se echó una mirada en el espejo de cuerpo

entero antes de salir de su habitación. Tal como lo exigía su período de duelo, llevaba una chaqueta y una falda de montar negras, pero, para suavizar la austeridad de su atuendo, se había puesto camisa y corbatín de muselina blanca como la nieve, adornados de espumosos encajes. Inclinado sobre una ceja un pequeño y audaz sombrerito se encaramaba sobre una peluca empolvada, uno de cuyos gruesos rizos le caía sobre un hombro.

Saludó a su elegante imagen con la punta de su fusta, hizo chocar entre sí los tacones de sus botas de montar y salió marchando como un soldado en campaña. Su destino era Edenwood, en Gravesend; como iba sola y no necesitaba una conversación cortés, imprimió un ritmo enloquecido a su caballo y recorrió esos casi veinte kilómetros en tiempo récord.

James Wyatt, con las mangas de la camisa enrolladas, la reconoció de inmediato y salió del pórtico para ayudarla a desmontar.

-Lady Antonia, estaba esperando que nos hiciera otra visita. Ella le sonrió, mirando los inteligentes ojos de él con verdadera admiración.

-Edenwood me atrae como si fuese un imán. Lo que está creando usted me fascina. Hasta he comenzado a soñar con ella.

Sonrió y se le hicieron hoyuelos. Retiró su mano y echaron a andar juntos hacia la mansión.

-Me siento muy halagado, señora. Quizá pueda usted ayudarme a decidir respecto a un par de cosas. Tal vez sus sueños puedan convertirse en realidades.

-Soy yo quien se siente halagada, señor Wyatt. Estoy desbordando de ideas.

La embelesada atención que la muchacha le prodigaba encantaba al hombre.

-Yo diría que a usted le agradaría más la elegancia que la grandeza.

-Así es, señor, pero apostaría hasta su última rupia que el señor Savage prefiere la imponencia. En mi opinión, Edenwood debe tener ambas cosas y, si lo piensa, no existe motivo alguno para que no sea así -dijo alegremente, sembrando las semillas de sus insinuaciones.

El arquitecto le mostró el pórtico de la fachada oeste. El peristilo cubierto tenía columnas clásicas que se elevaban, elegantes, hacia el cielo.

-Oh, es espléndido, pero ¿no cree que sería mejor aun si lo extendiese formando una terraza semicircular, cerrada por una balaustrada de piedra? La balaustrada podría rematar, cada tanto, en urnas desbordantes de flores.

-Lo describe usted de un modo tan vivido que puedo verlo -comentó Wyatt-. Podría usar piedra Norfolk, que tiene esos suaves tonos terrosos.

Antonia asintió, entusiasta.

-Sí, piedra de Norfolk para los balaustres y la baranda, pero la terraza misma debe ser de mármol. Ya que ha diseñado usted el pórtico en estilo romano, la terraza debe hacerse con materiales importados de Italia: ese mármol de exquisitas venas en tantos colores maravillosos. Sugiero un color bizcocho claro con venas de intenso color herrumbre.

El coste sería desmesurado pero presentaba una imagen irresistible.

Ya dentro de la casa Antonia prosiguió con sus sugerencias de elevados costos.

-En el vestíbulo del frente podría emplearse un mármol italiano de otro color. El señor Savage es un nabab y no dudo que querrá desplegar sus trofeos en el vestíbulo de entrada, que podrán ser elefantes o tigres de Bengala. Yo sugeriría algo dramático. Blanco con venas negras o a la inversa, tal vez.

-Creo que me ha convencido -dijo James Wyatt con expresión indulgente-. Venga, quiero mostrarle la yesería que hay en los salones y dormitorios.

Antonia levantó la vista y contempló el exquisito trabajo de yesería que recorría el contorno de la habitación siguiendo la línea donde las paredes se encontraban con el cielo raso. Estuvo a punto de sugerir que se aplicara oro de catorce quilates, pero pensó que, si se doraba, se arruinaría la pura belleza clásica del blanco sobre blanco. Se mordió la lengua y resolvió buscar algún otro lugar donde se podría aplicar el costoso trabajo de dorado. Cuando James Wyatt la condujo al interior de uno de los cuartos de baño, sus ojos se dilataron.

-El señor Savage me hizo una de sus pocas exigencias específicas en relación con los cuartos de baño.

El que estaban viendo era el contiguo al dormitorio principal, en la planta superior. La luz del sol se derramaba a través de algo que parecía un cielo raso de cristal.

-Eso se llama claraboya. Ha sido colocado en edificios más grandes, por ejemplo, museos y palacios, aunque, según tengo entendido, aún no se ha utilizado en una casa privada.

En el centro del recinto había una bañera bajo nivel lo bastante espaciosa para poder nadar, con peldaños que bajaban desde ambos costados. Junto a los muros se apilaban cajones recubiertos de azulejos en delicados matices que iban del azul claro al verde mar.

-¡Oh! Imagínese lo espectacular que quedaría este cuarto con los nuevos espejos venecianos en una de las paredes, puestos de modo que reflejen la luz que entra. ¡Y qué lujo si algunos de los azulejos estuvieran pintados a mano! En Shepherds Market hay un pintor

especializado en escenas silvestres que pinta garzas y otras aves acuáticas. Oh, James, tiene que contratarlo usted para que pinte algunas aves acuáticas. Martines pescadores, airones, flamencos, espátulas... la variedad es interminable.

Su entusiasmo contagió al arquitecto, que veía ahora la casa a través de los ojos de una mujer. Supo que, si hacía caso de sus sugerencias, podría convertir aquel edificio imponente que estaba construyendo en un espectacular modelo digno de ser exhibido.

-Tenemos la fortuna de vivir cerca de Londres. Los mejores artesanos del mundo están al alcance de la mano. ¿Por qué no encarga a uno de los más grandes artistas de Europa, que ahora vive en Londres, que pinte los cielos rasos? Además, los amplios hogares que instalará piden a gritos ser tallados por Adam.

-Hay cuatro hermanos Adam; conozco bien a Robert y a James. No sólo tallarían la chimenea o las molduras de la habitación. Siguen una regla estricta según la cual únicamente aceptan diseñar una habitación completa, desde los tiradores de las puertas hasta los muebles. Son del parecer que cada habitación debe estar decorada con un mismo criterio. La alfombra debe armonizar con el cielo raso.

-¡James, qué idea tan espléndida! Encargue a los Adam que decoren el salón principal o el comedor y, tal vez, la galería. Si complace usted a este rico nabab el mundo entero irá a llamar a su puerta. —Antonia se sonrojó—. Discúlpeme, señor Wyatt; usted ya goza de reputación como el mejor arquitecto. Es una presunción por mi parte insinuar que necesita atraer clientes.

El hombre le sonrió con indulgencia.

-Tengo clientes de sobra, pero no siempre pagan tan bien como el señor Savage.

Antonia arqueó las cejas, a punto de volver a cometer el pecado de presunción.

-¿Por qué habría usted de trabajar para alguien que no le pagase?

-Es un poco difícil negarse a trabajar para alguien de la realeza -repuso él, sonriendo.

-Ah, ya entiendo -dijo ella, riendo de su propia ignorancia-, Eso significa que ahora tiene la oportunidad de ser compensado por sus clientes que no pagan. Mi tutor tiene recursos inagotables. - Le lanzó una atrevida mirada por debajo de las pestañas-. Si logro encontrarme con William Kent, lo convenceré de que trace complicados senderos a través de los jardines, con un lago, un arroyo y un puente chino. Tal vez, podría haber una casa de té, una gruta o un templo del sol. Hay posibilidades infinitas. ¡Y es imprescindible que en el parque haya un largo circuito para cabalgar! -Ladeó la cabeza-. Pobre señor Wyatt, le he dejado agotado, ¿verdad?

«Me ha fascinado, señora», pensó él.

-No se marchará, ¿no es cierto? —preguntó, pesaroso.

-Es usted demasiado cortés, James. Hace horas que tendría que haberme dicho que me marchara.

-¿Me promete que volverá?

-Ni el fuego, la inundación o la peste podrían alejarme —prometió ella.

A la hora de la cena, entretuvo a Roz al relatarle su aventura en Edenwood.

-Volveré a ir tantas veces como me sea posible. Tienes que ayudarme a imaginar formas novedosas y únicas de gastar su riqueza. ¡Oh, Roz, esto de despilfarrar dinero crea adicción!

Su abuela coincidió por completo con ella.

-Hace trizas toda moderación. Yo siempre digo que si una va a hacer algo, debe hacerlo con desenvoltura. Y eso se aplica a todo, desde maquillarte el rostro hasta hacer el amor. La pasión en todo. Es raro que nos arrepintamos de cosas que hacemos en la vida, pero sí nos arrepentimos de las que no hacemos, querida.

-Juro que lo adoptaré como lema: ¡la pasión en todas las cosas! -exclamó Antonia.

Aun permaneciendo al otro lado del mundo, Adam Savage habría estado completamente de acuerdo con ese sentimiento. El calor de la noche lo envolvía en el paraíso tropical. No podía negar que iba a echar de menos Leopard's Leap, Ceilán y la India. El había aprendido a vivir plenamente. Sólo se podían lograr cosas en la vida en la misma medida en que uno estaba dispuesto a dar algo a cambio para conseguirlas. Se obtenía tanto como se daba. Ésa era una lección que tuvo que aprender por su propia cuenta.

Después de que su padre muriese de una enfermedad directamente ligada a la pobreza, Adam se había consagrado a ganar dinero. En su primer barco, pequeño y lleno de vías de agua, había practicado el contrabando de opio hindú en China. En poco tiempo se había hecho más rico de lo que jamás hubiese soñado pero ¡a qué precio! Para tener éxito en semejante empresa no había más remedio que convertirse en un asesino. Todo se reducía a una doctrina: matar o ser muerto... destruir o ser destruido.

Quizás él hubiese llegado a un punto desde el cual no tendría retorno si no hubiese sido por la carga que le habían ofrecido en cobertizo, en Cantón. Cincuenta niñas prepúberes para el comercio de esclavas. Para Adam la alternativa fue clara: no estaba dispuesto a condenar su alma traficando con niñas como si fuesen ganado. Había aceptado intercambiar opio por exquisitas mujeres con la intención de dejarlas luego en libertad. ¡Qué ingenuo había sido al creer que ellos dejarían ir su valiosa carga! Los thugs habían vendido esas vírgenes una docena de veces y ellas no habían visto la luz del día, encerradas como estuvieron los almacenes durante más de medio año.

Al liberarlas, había estado a punto de perder la vida. Había sufrido una docena de heridas de puñal y, hasta el presente, llevaba las feas cicatrices en su estómago y pecho. El muchacho tamil que había contratado para cocinar para su tripulación y limpiar lo había cuidado hasta que sanó. Y cuando Savage le ofreció a recompensa, él le había dicho:

—Cuando regrese a su patria, Inglaterra, lléveme con usted.

Savage era consciente de que había recibido una segunda oportunidad en la vida, y ésta vez se había jurado hacer las cosas como era debido. Compró a un holandés la decaída plantación en Ceilán. Importó plantas de caucho desde Birmama y renuevos de té de Souchong. Y después trabajó durante jornadas de dieciocho y hasta veinte horas cada santo día.

Sabía que era tiempo de regresar a la patria pero ¡ah!, ¡cuánto haría de menos el calor, el sudor, el incienso y las especias, la suciedad y la oscuridad! Asomó en sus labios una de sus raras sonrisas al ver por última vez al leopardo que bajaba a beber. Al día siguiente dejaría atrás esa tierra fascinante. Aquel día partiría para Inglaterra.

CAPÍTULO 9

La costa de Inglaterra se sofocaba con el insólito calor del verano. Los miembros de la sociedad elegante de Londres huían de la ciudad como una migración de ratones en masa, y enfilaban hacia el mar, en Brighton.

En Stoke, los gemelos Lamb daban su habitual cabalgata de cada mañana una hora antes, para que sus caballos no quedaran postrados por el calor. Anthony estaba enseñando a su hermana a saltar cercos como lo hacía él, sin vacilación. A menudo, la yegua de Antonia se plantaba ante los cercos de piedra y la muchacha tenía demasiado miedo a dañar las patas del animal como para obligarle; Anthony, en cambio, jamás tenía problema alguno.

-Tony, el problema no es del caballo sino tuyo -dijo él-. Tú estás recelosa y transmites el recelo a tu yegua. No pienses en el muro o el cerco como una barrera. Imagínate atravesándolo. Visualiza caballo y jinete sorteando cualquier obstáculo desde el otro lado. Es sencillo: es un truco mental.

-Tony, quieres decir que si no me convenzo de que lo saltaremos, ¿no lo haremos?

-¡Exactamente! En cuanto te convenzas de que puedes, podrás hacerlo... Bueno, para ser precisos, tu cabalgadura lo hará. Tú sólo tendrás que demostrarle que tienes una fe absoluta en ella.

Había funcionado toda la semana. Anthony había establecido un ritmo vertiginoso y Antonia había estado a la par de él, y, ese día, por primera vez había logrado saltar sobre el seto del parque para aterrizar en el jardín de Lamb Hall. Él la siguió a todo galope haciendo volar terrones por el aire. Los dos rompieron < reír y tiraron de las riendas. Anthony se enjugó el cuello.

-Por todos los diablos, estoy sudando como una bestia.

-El pobre viejo Neptune también está cubierto de espuma -dijo Antonia señalando el caballo de su hermano-. Ven, te ayudaré a limpiarlo.

Una súbita brisa agitó los largos cabellos oscuros de Antonia sobre sus hombros mientras volvían al trote hacia los establos; en cambio, la peluca de Anthony quedó pegada a su cabeza por el sudor.

-Se está levantando viento, ¿por qué no salimos a navegar después de comer? -propuso el muchacho.

-Me gusta la idea, Tony. Mejor todavía, ¿por qué no le pedimos al señor Burke que nos prepare una cesta para merendar? Voy a ponerme uno de esos pantalones anchos de lona. Hace demasiado calor para llevar faldas.

-También hace demasiado calor para pelucas. Simplemente, me ataré el pelo en la nuca con una cinta.

-Yo traeré uno de esos hules amarillos que compré en Londres. Veremos si pueden mantenernos secos como debe ser.

-Hace demasiado calor para esos hules pero, de todos modos, tráelos: en el mar siempre se está un poco más fresco.

Cuando llegaron con los caballos al interior del establo, Anthony dijo:

-Ya lo haré yo; tú, ocúpate de la cesta de comida.

-A mí no me importa ocuparme de mi propio caballo -protestó ella.

-Este es un trabajo de hombres -señaló Tony-. La comida, en cambio, es cosa de mujeres.

-¡Eso que dices es muy desagradable, Tony Lamb! Él la miró desconcertado, como si no comprendiese de qué se

quejaba.

Antonia suspiró: su hermano no lograría entenderlo ni en un millón de años.

La abuela vio que Antonia descendía la escalera enfundada en algo que parecía un chaquetón de punto y unos pantalones de lona, y alzó un poco las cejas.

-Debo suponer que van a salir a navegar esta tarde.

-Sí, el señor Burke nos ha preparado una cesta con comida. No te molesta, ¿verdad?

-¿Que si me molesta? Mis plegarias han sido respondidas -Roz hizo un escandaloso guiño-. El mayor Jeremy Blount vendrá a hacerme una vista, esta tarde.

-¿El mayor no es miembro del Parlamento en representación de Stoke? ¿Desde cuándo te interesa la política?

-Desde que he visto los músculos de sus muslos, querida.

-Estaremos ausentes muchas horas -prometió Antonia mientras sujetaba su pelo oscuro con una tira de cuero.

Anthony se reunió con ellas vestido con las mismas prendas, y Antonia le arrojó su hule en el mismo momento en que el señor Burke entraba en el vestíbulo con la cesta de la merienda. Roz dijo:

-Señor Burke, no sé cómo puede mirarlos y mantenerse serio.

-El último grito de la moda consiste en ser excéntrico -dijo Antonia con ligereza, captando el brillo divertido en los ojos del señor Burke.

Roz recorrió con la vista a los gemelos, desde la cabeza hasta los pies.

-Vosotros vais más allá de la excentricidad. Espero que sir Jeremy no los vea o creerá que sufre de delirium tremens o de visión doble por culpa del gin que le serví la última noche.

En la caseta de los botes, los mellizos subieron a bordo del Seagull y Antonia cubrió la cesta de comida con los hules amarillos. Cada uno de ellos debía ocuparse de repasar determinadas cosas y ejecutar ciertas maniobras antes de salir de la caseta.

Anthony sacó las velas de sus correspondientes sacos mientras Antonia revisaba drizas y escotas. Ella frunció el entrecejo al comprobar que las escotas estaban enredadas.

-¡Las escotas enredadas! -exclamó.

Como Anthony tenía confianza plena en que ella era capaz de vérselas con cualquier dificultad, replicó:

-Acláralas deprisa, que yo ya tengo listo el foque.

Antonia aclaró los cabos con dedos diestros y apenas tuvo tiempo de echar una mirada rápida al cabo de proa antes de que Tony la sujetara y se alejaran de la costa. No había tenido tiempo de repasar el cabo del trinquete que Anthony ya había izado el foque y lo dejaba flamear mientras ponía el balandro proa al viento para poder sujetar la escota de la mayor.

-Maldición, Tony, ¿por qué no has cuidado que la escota de la mayor quedara bien atada cuando volvimos la semana pasada? -preguntó el joven, irritado.

-Tú sabes que yo siempre dejo todo en perfectas condiciones. No tengo idea de cómo puede haberse producido este lío.

Antonia envergó el paño principal y, entre los dos, deshicieron los nudos para poder izar la vela mayor. Por eso no prestaron la suficiente atención a los estayes y obenques. En ese momento, el viento empezaba a refrescar y el barco pareció cobrar vida de inmediato al compás de esa fuerte brisa.

Anthony sonrió de oreja a oreja mientras enfilaba hacia la boca del Medway.

-¡Suelta el foque! -gritó, empujando la caña del timón hacia sotavento; los dos hermanos se inclinaron al mismo tiempo para dejar pasar la botavara.

Anthony maniobró como un experto cambiando el curso del Seagull, virando con la proa al viento. Antonia vigilaba con ojo alerta la aparición de otra embarcación pues estaban en una de las rutas principales de los barcos, tanto navales como mercantes. Anthony ajustaba constantemente la caña del timón llevando al Seagull tanto por encima como esquivando las olas pequeñas.

Los dos hermanos se ubicaron cerca el uno del otro, un poco detrás de la línea media de la embarcación, de modo que la proa pudiera elevarse, y enfilaron hacia el mar abierto a toda vela, navegando con el viento directamente en la popa. El sol ardía, la brisa les revolvía los cabellos atados en la nuca y el mar les salpicaba las caras con su deliciosa agua salada y fresca.

Viraron, se plantaron con firmeza sobre sus pies e inclinaron el cuerpo un poco hacia el viento para contrabalancear, y a continuación abrieron la cesta con comida. El señor Burke era un sol: todos los alimentos que había puesto se podían comer con los dedos. Pollo y perdiz fríos, gruesas tajadas de queso cheddar, champiñones crudos,

zanahorias y alcachofas junto a crocantes panes redondos untados con manteca condimentada con cebollino. En los rincones de la cesta había manzanas acidas y una tabla de caramelos toffee. Dos frascos de boca ancha con tapa llenos de sidra completaban la comida.

Entre los dos se dedicaron con entusiasmo a vaciar la cesta. Antonia levantó el rostro para disfrutar del sol. Nada en el mundo la hacía sentirse tan libre como estar en el mar. Flotar entre el cielo y el agua daba alas a su imaginación, a su mente, incluso a su alma. Sin duda, navegar era al deporte más excitante del mundo entero, con él podía llegar lo más cerca del paraíso que pudiera imaginar jamás.

Contempló el horizonte a través de los párpados entornados y vio desaparecer la línea de la costa. Aunque iban a buena velocidad, no sentía temor. Antonia quería prolongar la euforia de esa tarde y estaba segura de que Anthony sentía exactamente lo mismo.

Iban navegando ceñidos al viento cuando, de pronto, Anthony miró el cielo hacia el oeste y vio que estaba oscureciéndose.

-Ponte tu hule; tendremos un chubasco.

Antes de que la frase terminara de salir de su boca, la temperatura bajó bruscamente y, en el momento en que ambos tomaban sus chubasqueros amarillos, oyeron el retumbar de un trueno. Viraron en la dirección del viento para contrarrestar su fuerza.

Como ahora el Seagull se inclinaba, se echaron hacia fuera lo más posible. Cada uno de ellos sintió una pequeña espiral de temor, pues ambos sabían que deberían reducir vela para no tumbar.

Anthony maniobró el timón para poner la barca al viento ordenó a gritos:

-Arría la mayor. No la calces, sostenla con las manos para poder bajarla rápidamente.

Ambos sabían que deberían arriar las velas y sacarlas de cubierta dentro de sus fundas en medio de semejante borrasca.

-La escota está atascada, no puedo moverla -respondió ella también a gritos.

En ese momento, vio el sitio en el que la cuerda estaba tan deshilachada que podría cortarse en cualquier momento. Se reservó esa aterradora información para ella misma. Tal vez aguantara. Resolvió no causar a Tony más pánico del que fuera inevitable.

Anthony hizo lo único que se podía hacer, que era mantener la embarcación lo más cerca posible del viento como modo de aminorar parte de su fuerza impulsora. El viento batía el mar convirtiéndolo en espesa espuma. El rugido era ensordecedor. Antonia oía el latido de su propio corazón retumbando en sus tímpanos, y el miedo iba creciendo en su interior. Tragó con fuerza para no prorrumpir en gritos.

-¡Busca el cubo de achique, estamos haciendo agua! -gritó Tony.

Antonia recorrió con la mirada la pequeña chalana.

-No lo veo. Usaré la jarra de la sidra.

Pero una ola se había llevado las dos jarras unos minutos antes.

-Por Dios, esto es apenas un chubasco, no es una tempestad -protestó, tratando de tranquilizarse él y también a su hermana.

No obstante, desmintiendo sus propias palabras, soltó la caña del timón y se ocupó de atar una larga cuerda bajo las axilas de Antonia, y luego la amarró al mástil. Cuando aferró la caña, ésta se separó de su guía por el lugar donde había sido aserrado, y el barco escoró en el viento.

Al cabo de unos segundos, la escota mayor se rompió y azotó el aire como una serpiente frenética, dispuesta a golpear todo lo que se pusiera en su camino. Con mortal precisión, eligió la mejilla de Antonia y le abrió un tajo. Pero como ella tenía el rostro insensible por el frío, sintió sólo una fuerte punzada.

El Seagull iba totalmente sin control pero, lo más aterrador, era la pérdida de la vela mayor que flameaba con un estrépito ensordecedor, y los obligaba a agacharse y esquivarla para no recibir sus golpes o ser arrojados por la borda.

Antonia se mordió los labios para no gritar, pero, cuando un rayo acertó el mástil y oyeron un crujido amenazador, su boca se abrió y dejó escapar el grito que crecía en su garganta. El velero, perdida su estabilidad, se precipitó en el viento entre las olas paralelas, una de las cuales barrió su cubierta hasta que, al fin, sucedió lo que ambos temían: el Seagull se giró por completo.

En la realidad todo debió suceder en apenas unos segundos, aunque la percepción de Antonia estaba distorsionada. A ella le pareció que todo sucedía de forma muy lenta. Estaba casi sentada sobre la borda, que se sumergía en la hondonada entre dos olas. Sus ojos, dilatados por el pánico, veían esa ola, grande como una montaña, abalanzándose sobre ellos y luego derrumbándose con estrépito en forma de una pared de agua helada que la empujaba bajo la superficie. Se sentía succionada hacia abajo, más y más y, cuando abrió los ojos un instante, comprendió el significado de la expresión «verde mar». Estaba rodeada por millones de minúsculas burbujas de aquel color, y tuvo miedo de que se le metieran en la boca y le subiesen hacia la nariz. Entonces comprendió que, en realidad, las burbujas estaban saliendo de su boca y su nariz, y que su vida abandonaba su cuerpo. Cuando cesaron las burbujas y se le acabó el aire, sintió como si fueran a explotarle los pulmones.

De repente, fue disparada hacia arriba como un corcho atravesando el agua. Todo el lento movimiento terminó y comenzó a acelerarse a una velocidad que aturdía. Con dedos ateridos, se apartó de los OJOS el pelo mojado y se puso a buscar, desesperada, a su hermano y el casco del Seagull. Ella estaba atada con una cuerda de seguridad pero él no. Le vio en el preciso momento en que él la volvía a ver a ella, y los dos, al unísono, se es- forzaron por acercarse el uno al otro.

Estoicos, los gemelos se esforzaron por no contagiarse el pánico entre sí. En una ocasión, habían tumbado por completo al Seagull, en mar calmo, con el único propósito de comprobar que eran capaces de enderezar el barco y volver a subir a bordo Y ahora, como dos marionetas, repitieron los movimientos necesarios para enderezar el balandro.

Los dos se aferraron a la quilla que sobresalía del agua y trataron de hacer pie en la borda. Por fortuna, la quilla giró con el peso de ellos y, mientras ésta se sumergía bajo el agua, la retuvieron en esa posición con sus pies y asieron la borda. Pero, de pronto, la quilla se rompió.

Antonia trepó a bordo para achicar mientras Anthony se quedaba en el agua haciendo contrapeso. Una vez que la embarcación empezó a enderezarse, Anthony también subió a bordo para ayudar a achicar el agua. Lo que quedaba del Seagull era totalmente inestable. No quedaba tiempo para hablar, para orar ni para pensar siquiera, pero cuando se vieron otra vez a bordo, se echaron a reír y a llorar al mismo tiempo. Estaban calados helados hasta los huesos y, además, histéricos y casi enloquecí dos de temor.

Otra ola se abatió sobre la cubierta y Antonia gritó:

-¡Tony, aguanta! ¿Dónde estás?

Un terror helado le atenazó el corazón.

—¡Tony! ¡Tony! ¡Tony! —gritó, una y otra vez.

No podía ver otra cosa que el mar embravecido. La visibilidad era casi nula; caía una lluvia gris, sesgada, a torrentes. Antonia había creído que podría divisar a su hermano, con su impermeable amarillo, sin dificultades, pero no fue así. La envolvió un miedo como jamás en su vida había experimentado. No temía por ella, a pesar de su precaria seguridad; su mente estaba concentrada por entero en Anthony.

Un rayo rasgó los cielos con un resplandor cegador. Antonia sintió el olor del azufre y se convenció de que el infierno débil de estar cerca. Vio que el mástil se partía y caía como un árbol abatido por un leñador. Había olvidado que estaba amarrada a él. Lo próximo que supo fue que estaba en el mar, jadeando y haciendo arcadas por el agua salada que había tragado.

Se balanceaba como un corcho. El agua se cerraba una y otra vez sobre su cabeza. Sentía la tirantez de la cuerda que pasaba por debajo de sus axilas y tiró de ella. Así, supo que estaba atada a una sección del mástil como a una pértiga flotante. Cuando lo sintió golpearle el costado, lo rodeó con los brazos y, por fin, pudo lograr que su cabeza se mantuviese fuera del agua.

Por Dios, ¿dónde estaría Tony? Se dijo que, tal vez, había vuelto a subir a bordo y estaba buscándola con desesperación. El agua estaba helada y, poco a poco, todo su cuerpo se insensibilizó. A continuación, fue su mente. Cesó la lluvia, y un viento muy fuerte barrió la tormenta hacia el mar abierto; Antonia, aferrada al madero flotante, subía y bajaba sin cesar.

A vanas millas de allí, Anthony experimentaba la misma monotonía adormecedora que su hermana. Estaba tendido sobre la cesta que había contenido el almuerzo y que se comportaba como una balsa, llevándolo cada vez más lejos, mar adentro. Su mente flotaba entre la conciencia y la inconsciencia. En sus momentos de lucidez, se alegraba de que Antonia, al menos, estuviese a bordo del Seagull y derivando en la dirección correcta. En algún momento, las olas la arrastrarían hacia la costa. Anthony sabía que él, por su parte, estaba tan lejos que su única posibilidad radicaba en ser rescatado, aunque

era una posibilidad remota. A medida que avanzaba la oscuridad, sus esperanzas se desvanecían junto a la luz del día, y cayó en la inconsciencia.

En la cubierta de un mercante, unos marineros se divertían observando a un grupo de ballenas que habían sido desviadas de su curso por la tormenta. Con los últimos rayos de luz alguien divisó el chubasquero amarillo y empezó a sonar un fuerte griterío. Fue necesario el ejercicio combinado del valor y del ingenio, de un modo muy similar al de un ballet acuático para que, al fin, un valeroso tripulante lograra pescar con un bichero al joven medio ahogado, inconsciente. Una docena de manos lo izaron a bordo. Anthony había sido rescatado por un barco hindú llamado Earl of Abergavenny, que navegaba rumbo a Bombay.

Desde que hubo empezado la tormenta se cernió sobre Lamb Hall un ambiente de tensión. Las nubes rojizas avanzaban desde el oeste. Cuando se oyó el retumbar de un trueno, Roz se disculpó con el mayor. No podía continuar aquella íntima conversación, bebiendo té y coqueteando escandalosamente, sabiendo que los gemelos habían salido a navegar.

-Debo ir arriba a ver si la tormenta es fuerte. Desde el balcón de la habitación de Anthony se ve muy bien el mar.

El mayor la siguió hacia la planta superior y, cuando llegaron, se encontraron con el señor Burke que los había precedido y observaba, ansioso, el zigzag que los relámpagos trazaban contra las nubes oscuras, como si los cielos fuesen a rasgarse.

-No se aflija, lady Randolph, Anthony es un buen marinero, y ambos son lo bastante sensatos como para regresar en cuanto vean que algo acecha desde el oeste -dijo el señor Burke.

En ese momento, una lluvia torrencial les impedía salir al balcón.

-Hacía años que no veía desatarse una tormenta tan rápidamente -exclamó Roz.

-Es ese calor tan pesado que hemos sufrido toda esta semana. No es natural aquí, en Inglaterra -señaló el mayor Blount. La fuerte lluvia fue barrida hacia el mar en pocos minutos.

-¡Dios mío, el viento es huracanado! ¡El Seagull no lo soportará! -exclamó Roz.

El señor Burke trató de calmar a Roz, aunque él mismo estaba bastante angustiado:

-Apostaría a que han logrado entrar en el Medway antes de que empezara la tormenta.

Los tres bajaron la escalera y se mantuvieron alerta, esperando contra toda esperanza que los gemelos llegaran en cualquier momento. El viento había arrancado de raíz un membrillo en flor que estaba junto a la ventana del comedor. Cuando miraron más allá del jardín vieron que también habían caído unos cuantos árboles del parque.

-No había visto una tormenta tan fuerte como ésta desde que estuve en el golfo de Vizcaya -dijo el mayor.

El señor Burke le tocó el hombro para advertirle que no alarmase a Rosalind, aunque ella no fuese de esa clase de mujeres que se

desmayan sin motivo. Algo ya le había dado a entender que tendría que prepararse para afrontar problemas.

El señor Burke se encaminó hacia la puerta.

-Iré a la caseta de los botes para ver si han entrado en el Medway.

-Yo también iré -declaró Roz-. No puedo sentarme tranquilamente a esperar.

En la caseta de los botes no había rastros del Seagull, por lo que echaron a andar por la orilla del río en dirección al mar. La tarde ya no era cálida, y el viento más intenso ya había girado hacia el mar dejando en la costa sólo una brisa. Caminaron los tres juntos por la playa de guijarros y escudriñaron el horizonte marino. Estaban tensos y en silencio; se oía el romper de las olas en la costa y las gaviotas chillando en lo alto. Por mucho que mirasen, no veían ninguna vela, ningún barco, ninguna persona nadando o restos de naufragio.

El mayor adoptó una súbita decisión.

-Aquí no puedo ser útil, Roz. Ya que la tormenta ha pasado y el mar está navegable, saldré con mi balandro. Todavía quedan un par de horas antes del anochecer.

-¡Oh, gracias, Jeremy! No salgas solo.

-Mi vecino es un buen marino; convenceré al viejo Kent de que venga conmigo. No tengas miedo, si el Seagull ha sufrido algún desperfecto lo remolcaremos hasta el muelle.

-Lady Randolph, no lleva usted capa —hizo notar el señor Burke-. Vuelva a la casa con el mayor Blount. Yo seguiré andando por la playa. Está por cambiar la marea y, aunque las velas del Seagull estuviesen hechas harapos, la marea lo traerá de vuelta.

Rosalind decidió volver a buscar una capa, aunque tenía toda la intención de reunirse con el señor Burke en cuanto el mayor se marchase. Jeremy Blount le dio un abrazo consolador antes de marcharse e insistió en que no se preocupase. A ella la sorprendió la fuerza viril de sus brazos y supo lo grato que era tener a un hombre que arrostrase el peligro con tal de ayudarla.

Tomó una capa roja de su ropero con la idea de que aquel color intenso pudiera servir a modo de faro para los jóvenes navegantes. Al pasar ante el espejo se horrorizó de su aspecto demacrado. Apretó los puños e hizo una profunda inhalación, sintiendo que tenía un nudo en el estómago. Elevó una silenciosa plegaria a san Judas, el santo de las causas perdidas, y luego se reprendió a sí misma, diciéndose que la causa no estaba perdida. Sin esperanza no existía nada más que un espantoso y negro vacío.

Algo que no era exactamente una voz interior, sino más bien una sensación en sus huesos, le dijo que todo saldría bien. Abrigó mejor su cuerpo esbelto con la capa y salió al exterior, dispuesta a enfrentarse con lo que la esperaba, se tratara de lo que se tratara.

Alcanzó al señor Burke en la playa; vio que la luz de la tarde ya se había extinguido casi por completo. El mar había adquirido el color del peltre oscuro, y el cielo era un poco más claro, aunque todavía cubierto de nubes grises. Se aferró un instante al brazo de él y absorbió una porción de su calma y su fuerza, luego lo soltó y dijo:

-Yo caminaré un kilómetro y medio en esa dirección y usted irá en sentido inverso, hasta la boca del Medway. Ahora la marea está comenzando a subir. Pienso que los veremos en cualquier momento.

Se separaron y, casi una hora después, se encontraron de nuevo. Ya casi no quedaba luz, y ambos forzaron la vista aún sosteniendo su vigilia, manteniendo todavía con vida la esperanza, Ninguno de los dos estaba dispuesto a darse por vencido.

—Recorreremos la misma distancia una última vez. Simplemente, no me resigno a regresar a la casa.

Ella sabía que el señor Burke había estado por decirle que se fuese a la casa y sus palabras le sirvieron de advertencia.

-Está bien -accedió él-. Si llegara a ver cualquier cosa, grite. Quince minutos después, quien gritó fue el propio Burke. Un minuto antes, las olas no rompían hasta tocar la arena y, al siguiente, el mayordomo vio algo oscuro balanceándose entre la marejada. Sin vacilar, se arrojó a la rompiente para atrapar y sujetar aquello, fuera lo que fuese. Sólo cuando pudo sujetarlo supo que se trataba de una persona, y tuvo que mirarlo muy de cerca para poder distinguir el chubasquero de hule amarillo.

-Madre de Dios, ¿está vivo o muerto? -preguntó al ser humano inerte que había arrastrado la marejada-. ¡Roz! ¡Roz! -vociferó, llenándose los pulmones de aire para poder alzar al joven empapado.

Oyó que Roz le respondía e, incluso desde esa distancia, pudo percibir su excitada alegría y su alivio, mezclados, en el grito con que le respondía. Mientras avanzaba vadeando el agua oscura del mar notó que algo le impedía levantar aquel cuerpo. Maldijo por lo bajo hasta que sus dedos encontraron la cuerda que rodeaba la pértiga de madera y al joven. No pudo desatar el nudo con sus uñas y, por fin, en su desesperación, tiró de la enredada cuerda hacia abajo, deslizándola por las piernas y sacándola por los pies descalzos del ahogado.

Supo que aquella persona todavía respiraba, si bien no estaba consciente. Roz llegó corriendo y sin aliento.

-¡Oh, Dios mío…!

-¡Es Anthony! —gritó el señor Burke—. Aún respira. ¡Dios, cómo pesa!

-Dios querido, ¿dónde estará Antonia? -gritó Roz.

-No hay señales de ella... ni tampoco del Seagull. Anthony estaba amarrado a un trozo del mástil.

-¡Antonia! ¡Antonia! -rompió a gritar Roz, desesperada, en dirección al mar oscuro. El viento arrebató el nombre de sus labios trémulos.

-Roz, si queremos salvar a Anthony tendremos que ponerle en una cama abrigada. Está inconsciente, casi muerto de congelamiento. Venga, Roz, tenemos que dedicar toda nuestra atención al sobreviviente. El destino nos ha devuelto a uno, pero no a los dos. Si no nos damos prisa, también podríamos perder a Anthony.

Como aquellos que sienten que se les ha partido el corazón por la mitad, Rosalind supo que tendría que asumir una actitud práctica. Después de lanzar una última mirada angustiada a ese mar insaciable,

emitió un sollozo, gimió y luego siguió al señor Burke, que llevaba su preciosa carga goteante de regreso a Lamb Hall. A mitad de camino se arrodilló para poder descansar y recuperar el aliento. Roz se inclinó para apartar el empapado pelo negro de la frente del muchacho. Cuando hubiesen instalado al joven, ya a salvo, seco y abrigado, él les diría dónde estaba Antonia.

Los criados miraban todo desde cierta distancia, con los ojos redondos como platos, las mujeres se retorcían las manos, impotentes, y Roz empezó a dar órdenes.

-Encended fuego en el dormitorio de Anthony. ¡Está medio ahogado y casi congelado! ¡Rápido, calentad un poco de sopa! ¡Traed coñac! ¡Toallas secas! -Entonces se acordó de otra cosa-: Id a buscar inmediatamente a Bradshaw. Decidle que vaya a la casa del mayor Blount y le diga que Anthony está a salvo, pero que siga buscando a Antonia y al Seagull.

El señor Burke siguió subiendo la escalera. No depositó su carga hasta haber llevado al joven lord Lamb a su propia habitación. En cada peldaño quedó un reguero de agua, y la alfombra quedó empapada en todo el pasillo del piso superior, pero ya tendrían tiempo de sobra para secar el agua. Se concentró solamente en despojar de sus pesadas prendas mojadas el cuerpo helado de Anthony. Quitó el abultado hule.

-¡Oh, abuela...!

Roz no pudo creer lo que oían sus oídos.

-¡Dios mío, es Antonia!

La sorpresa hizo que el señor Burke diese un paso atrás para permitir que Roz terminara de quitar la ropa a su nieta. La abuela le quitó los pantalones de lona y la camisa de punto y luego la envolvió en una inmensa toalla entibiada y la metió bajo las mantas.

Entró una doncella llevando un tazón con sopa.

-¿Lord Lamb va a sobrevivir, señora? -preguntó la joven con voz ahogada.

Roz se quedó mirándola unos instantes. Por Dios, la muchacha tenía razón: la neumonía era casi inevitable.

-Sí, sí, y ahora vayase; mi nieto necesita descansar todo el tiempo necesario. Que nadie se acerque a este dormitorio. Es usted una buena chica, muchas gracias. Quiero que Tony tenga una tranquilidad absoluta. Yo misma lo atenderé.

Cuando se hubo cerrado la puerta, el señor Burke y lady Randolph se miraron, preocupados. El mayordomo encendió el fuego mientras Rosalind, haciendo uso de su paciencia, metía cucharadas de sopa caliente en la boca de Antonia. Ahora que ya estaba abrigada resultaba evidente que estaba completamente agotada.

Su abuela la envolvió apretadamente en las mantas y la tranquilizó:

-Duerme, ahora, querida. Mañana habrá tiempo de sobra para que nos cuentes qué ha sucedido.

Antonia ya tenía los ojos cerrados y, a medida que la tibieza y la seguridad de su hogar la envolvían, su boca iba formando una dulce

sonrisa de agradecimiento hasta que, al fin, Morfeo la tomó en sus brazos.

CAPÍTULO 10

Adam Savage se paseaba por la cubierta del Red Dragón. Después de una semana de ocio a bordo, se sentía como un leopardo enjaulado. Había estado esperando con entusiasmo los largos días de vida indolente bajo el cálido sol, pensando que se pondría al día con su lectura; en efecto, había devorado a Hornero y a Virgilio, para luego pasar a las más contemporáneas novelas de Fielding. Pero ahora se daba cuenta de que, si bien le habían mantenido la mente ocupada, su cuerpo clamaba por acción. Su energía sin uso exigía una vía de escape.

En su desesperación, limpió y fregó la bodega donde había un par de caballos árabes que llevaba a Inglaterra. Por último, se presentó ante su capitán y le pidió que le asignara tareas como si fuese un marinero más. Además, se hizo cargo de forma permanente de la guardia nocturna. Durante esas horas él dejaba vagar su mente en libertad. El negro cielo aterciopelado tachonado de millones de diamantes no sólo le daba la oportunidad de estudiar las constelaciones sino también la libertad de volar por los cielos, desde Inglaterra a Ceilán, o del pasado al futuro.

En la vigilia que iba desde la medianoche hasta el alba, entre el mar y el cielo, entre el cielo y la tierra, todo adquiría perspectiva. Este era un viaje simbólico: él estaba cerrando la puerta del pasado y abriendo la del futuro. Ya había hecho eso mismo dos veces, anteriormente. La primera vez, cuando se marchó de Inglaterra rumbo a las Indias, no sabía que estaba cerrando la puerta de su pasado.

Su padre había sido ebanista. Vivían junto al Támesis, en Southwark, encima de la tienda. En realidad, su vivienda no era más que un cuchitril. Tenían que almacenar la madera arriba, pues cuando el Támesis se salía de madre, arruinaba todo lo que encontraba a su paso. Su padre había amado su oficio. Era un maestro artesano que había sido aprendiz de Thomas Chippendale, en St. Martin's Lane.

Adam Savage no había heredado el talento artístico de su padre, por eso se ocupaba de la compra de madera. Cuando las maderas finas comenzaron a escasear en Inglaterra y, en consecuencia, éstas debieron ser importadas, su coste se tornó prohibitivo. El joven Savage había visto que descargaban caoba y otras maderas finas de los barcos hindúes, y le provocó una amarga ira no poder comprarla. Entonces, conversó con los marineros y, así, supo que en las Indias podían comprarse por centavos, por lo que decidió trabajar para pagarse el pasaje en un barco mercante y adquirir de primera mano lo que su padre necesitaba.

Savage ahogó el sentimiento de culpa que se reavivó en él. ¿Cómo podía saber él que su padre moriría de gripe en un húmedo cuchitril mientras Adam disfrutaba del cálido sol de Bombay? La idea de que él nunca podría ofrecerle a su padre una vida cómoda se había convertido en cierto modo en una obsesión para él y le había conducido a adoptar

la firme decisión de hacerse rico. Pero cuando recobró el sentido común y comprendió que estaba destruyendo vidas y, junto con ellas, su propia alma con tal de obtener ganancias, volvió a cerrar una puerta y a abrir otra.

Entonces, Savage canalizó su inflexible energía en la empresa de adquirir una riqueza sin mancha, y tal decisión lo había recompensado con creces. La magnífica casa a la cual se dirigía era otro símbolo. Era un premio por su dura tarea y, también, el lugar donde criaría a sus hijos. Ellos gozarían de las ventajas que él nunca había tenido. Además, les daría el beneficio de la experiencia y se aseguraría de que recibieran la mejor educación que fuera posible, de modo de que estuviesen preparados para gobernar su país.

Si él se casaba con Evelyn Lamb, los hijos de ésta se convertirían en los suyos. Sus recuerdos le llevaron de regreso a Ceilan, al momento en que él y Eve se habían despedido. Esta vez, Evelyn no tenía invitados procedentes de las numerosas plantaciones que se extendían hasta la costa. Después de la cena, ella le había tomado la mano por encima de la mesa.

-Hoy he visitado al capellán. No había ido a la capilla desde el funeral de Russell. He rezado para que tengas un viaje seguro,

Savage era un cínico, y se preguntó por qué habría rezado, en realidad.

—¿Te quedas conmigo esta noche?

Más que una invitación era un ruego, una súplica susurrada.

Los ojos azules del hombre se clavaron en ella hasta hacerla temblar y bajar la mirada.

El sabía que estaba dispuesta a cumplir el papel de ramera con tal de no perderle, pero él era demasiado orgulloso para, hacerle el amor a una mujer que no estuviese loca por poseerlo. Era cierto que la frialdad sexual de ella era un desafío, por eso necesitaba tiempo para superar la frigidez que ella le había demostrado. Decidió no consumar la unión de los dos esta última noche y esperar hasta que regresara a buscarla. Sabía también, que ella estaba comenzando a sentirse atraída por que él la excitaba pero ella se reprimía, y decidió dejarla sus deseos.

Savage la levantó y la llevó en brazos hasta su dormitorio.

—No quiero hacerte el amor en la cama de Russell -dijo francamente, y le mordió el lóbulo de la oreja-. Las cosas que quiero hacerte serían como si la profanara.

Esas palabras, tan íntimas y escandalosas, provocaron en cuerpo de la mujer un estremecimiento involuntario. Ella que él estaba provocándola adrede... ¡Maldito, maldito!

La tendió sobre la cama.

-Siempre estás muy tensa. -El le quitó los zapatos y comenzó a masajearle los pies-. Quiero que te relajes. Quiero que duermas y que sueñes conmigo esta noche y las siguientes, hasta que yo vuelva a buscar mi respuesta.

Mientras acariciaba la piel pálida de ella apaciguándola, su mirada se perdía en la oscuridad. Eve no había resultado ser como él esperaba. Al comienzo, se había sentido atraído porque ella era mayor que él y

tenía la experiencia de haber sido esposa y madre. El había imaginado que sería una voluptuosa madre tierra. Y, en cambio, había descubierto que reprimía su sexualidad. Cuando fuese su esposa, constituiría un desafío para él formarla, moldearla de manera que satisficiera sus necesidades. Y si ella no era capaz de lograrlo, él llevaría sus asuntos amorosos con discreción.

Antes de marcharse para una ausencia que duraría casi un año, deslizó una sortija en el dedo de ella. Tenía un magnífico diamante de diez quilates. Y si bien no era un anillo de compromiso, era un símbolo de que él regresaría para conocer su respuesta.

Ahora, sobre la cubierta del Red Dragón, la mirada de sus ojos azules como el hielo escudriñaba el mar, atento a la aparición de cualquier señal adversa sobre el mar oscuro, mientras su mente regresaba dejando atrás el recuerdo de Eve y de Ceilán. Deliberadamente, había evitado esperar a que despertara para darle la sortija, ya que no podía prometerse de manera formal mientras estuviese de duelo. Y Savage tampoco necesitaba ver su reacción ante una joya de valor incalculable como aquélla; sabía bien cómo se le dilatarían las pupilas y cómo se contraería su vientre en un espasmo de excitación ante la posesión de tal tesoro.

Una sonrisa curvó su boca maliciosa: como la mayoría de las mujeres, Eve era una pequeña zorra codiciosa. Y no por ello disminuía su imagen ante los ojos de él; después de todo, ella era un ser humano. Ea convertiría en una magnífica dama para Edenwood, y, a cambio, le daría hijos.

¡Un hijo! Un hijo que estaba a punto de ser un hombre. Estaba impaciente por conocerlo. El tenía un tesoro de experiencias para transmitirle. También una hija, pensó con cierta amargura. Reconocía que, en ese terreno, él se sentía inseguro. No era mucho lo que podía enseñar a una muchacha, aunque sí podía brindarle su protección. El mundo estaba repleto de maldades desconocidas, y él procuraría que jamás la tocaran. Un hijo varón, en cambio... Anthony... Tony... ¡estaba ansioso por conocerlo!

Antonia abrió los ojos y vio que Roz había pasado toda la noche sentada en una silla, junto a su cama. Desorientada, se incorporó, recostándose en las almohadas, y se dio cuenta de que se encontraba en la habitación de Anthony.

Su abuela se despertó sobresaltada y luego exhaló un gran suspiro de alivio al ver que Antonia había salido indemne del terrible accidente.

-¿Dónde está Anthony?

-Oh, querida, no lo sabemos, y me temo que tendremos que estar preparados para lo peor -repuso Roz con suavidad-. ¿Recuerdas qué ha sucedido?

A Antonia se le formó un gran nudo en la garganta, al punto que casi no pudo hablar. Dios bendito, seguramente si ella estaba viva su gemelo también lo estaría. Ellos eran las dos mitades de un todo. El destino de uno era el del otro. ¿Cómo era posible que fuese de otro modo?

Antonia tragó con dificultad.

-La tormenta apareció de repente. Todo se estropeó al mismo tiempo. Las drizas se enredaron y no pudimos arriar las velas, Tony me amarró con una cuerda alrededor de mi cuerpo. Volcamos y luego nos las ingeniamos para enderezar la barca otra vez, pero el Seagull estaba en mal estado. Tony fue barrido de cubierta por una ola y no lo vi más.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le ahogaron las palabras en la garganta.

Antonia vio en los ojos de su abuela una carga de angustia tai intensa que supo que debería controlar férreamente sus emociones y no derrumbarse para no hacerle más daño.

-Debería salir alguien a buscar a Anthony. Yo he estado a la deriva durante horas interminables hasta que la marea me arrastró a la orilla.

-El mayor Blount y su vecino han salido en la chalana del primero a explorar el mar. Anoche, yo le envié un mensaje por el cual le informaba que uno de los gemelos estaba a salvo, en casa, y que, con las primeras luces del día, reanudara la búsqueda del otro y de los restos del Seagull.

Antonia intentó apartar las mantas y bajarse de la cama pero cayó de nuevo hacia atrás, haciendo una mueca.

-¡Estás herida! -exclamó Roz-. ¿Te has roto algo?

-No... no, no lo creo. —La muchacha apartó las mantas para inspeccionar su cuerpo-. Dios mío, estoy cubierta de cardenales.

-¿Estás segura de que no tienes nada más? —quiso saber Roz, preocupada.

-Sí, estoy segura. Ayúdame a levantarme: tengo que ayudar a buscar a Anthony.

-De ninguna manera. Quédate quieta. Tenemos que hablar. El señor Burke está recorriendo la playa; aun más, todos los criados han salido en busca de cualquier indicio.

Antonia suspiró y se sintió aliviada de poder recostarse otra vez.

-¿Por qué estoy en la habitación de Tony?

-Anoche, cuando el señor Burke te sacó del agua, te confundió con Anthony. Y yo también... -la voz de Roz disminuyó, pero Antonia supo que tenía más cosas que decir—. Querida, debemos enfrentarnos con los hechos. Si Anthony se ha ahogado o está perdido en el mar, ese primo vuestro, ese Bernard Lamb heredará el título y esta casa.

Mientras Antonia intentaba entender el sentido de las palabras de su abuela en la habitación se hizo un ominoso silencio. Al cabo, lo negó con firmeza.

-¡No! Eso es imposible. Tony ha desaparecido, simplemente. No está muerto... ¡yo no permitiré que esté muerto!

-Bendita sea la Virgen, ojalá estés en lo cierto, Antonia, pero si no lo estás, si él no apareciera hoy... pronto, se confirmará que está perdido en el mar y se le dará por ahogado.

Antonia giró la cabeza en la almohada y sollozó de un modo que rompía el corazón. Anthony era parte de ella. Ya no podía fingir ser fuerte, ni siquiera en beneficio de su abuela.

Roz extendió una mano y la apoyó en el hombro de su meta,

-Antonia, el señor Burke y yo hemos hablado largo y tendido durante la noche. Hemos ideado un plan... Es una idea un poco audaz y todo depende de ti. La decisión queda por completo en tus manos.

Antonia se incorporó con dificultad y se secó la cara con la sábana de hilo.

Roz se pasó la lengua por los labios resecos y prosiguió en voz baja, con un tono de confidencia:

-Cuando se filtre la noticia de este accidente de navegación y se sepa que, presumiblemente, Anthony está ahogado, el nuevo heredero caerá sobre nosotros ese mismo día, reclamándolo todo y echándonos de la casa. Yo nunca te lo había dicho, querida, pero Bernard Lamb vino corriendo a Stoke en cuanto supo que tu padre había fallecido. Ese implacable diablo de joven ya estaba observando Lamb Hall con mirada especulativa. Sabía que, siendo Tony el nuevo lord Lamb, ahora es él mismo el siguiente en la línea de sucesión. Le eché sin muchos miramientos. De ningún modo pensaba permitir que ese maldito trepador| se colara en el círculo de la familia. Y ahora, una vez sepa que las cosas han dado este giro, le supondrá un gran placer echarnos. Ha estado esperando y deseando que tuviera lugar un accidente para poder apropiarse de todo.

Antonia se sintió abrumada ante la escena que su abuela le presentaba. Era como si su pesadilla se hubiese convertido en realidad. Quizás aquel diabólico Bernard Lamb había estado haciendo algo más que rezar pidiendo que ocurriese un accidente. Tal vez hubiese hecho un sabotaje deliberado en el Seagull. ¡ Y eso era intento de asesinato! Antonia lanzó un gemido y cerré los ojos. «No, no», se dijo. «No saques conclusiones tan malvadas. Nadie puede ser tan perverso.» Si pensaba cosas tan malas no lograría otra cosa que atraer un terrible castigo sobre ellos. Tenía que pensar sólo cosas buenas hasta que Tony les fuese de vuelto.

-Ganaríamos tiempo si tú fingieras ser Anthony, quizá por unas dos semanas. Te daría tiempo para recobrar fuerzas y para esperar a que Anthony regrese a casa. Y si finalmente él no hubiese sobrevivido, nos daría tiempo para hacer nuestras maletas y buscar otra solución. Podríamos mudarnos a mi casa. Sólo es un chalet, pero no tendremos otra cosa. Por el momento, no pondremos en la Gazette el anuncio acerca del accidente del barco.

Después de escuchar a su abuela, Antonia tomó conciencia de la grave realidad en que se hallaban. No sólo podrían perder a Anthony, sino también Lamb Hall y toda la seguridad que siempre había conocido. De repente, se sintió muy enferma.

Roz creyó que rechazaba la idea y procuró convencerla de sus ventajas.

-Si te peinaras hacia atrás, hasta el señor Burke y yo te confundiríamos con Anthony. Si durante un tiempo te hicieras pasar por tu hermano no te sería arrebatado el título, la casa de la ciudad y, lo que es más importante, Lamb Hall.

La audacia de la propuesta dejó atónita a Antonia.

-¿Pensarás, al menos, en la idea de encarnar a Anthony?

Titubeó unos segundos ante de responder, decidida:

-¡Por supuesto: lo haré! Me haré pasar por Anthony hasta que él regrese. Absolutamente nadie lo sabrá -juró.

-¿Y si él no regresara, querida? -preguntó Roz.

-Si piensas seguir insistiendo con tal idea, no quiero tener nada que ver con todo esto -exclamó Antonia, angustiada-. Yo ocuparé el lugar de Anthony para salvaguardar lo que es de él, pero hasta que él regrese, nada más.

Roz tendría que darse por satisfecha: iría paso a paso. Quizá no lograsen nunca hacer pasar el engaño, pero valdría la pena intentarlo. De eso estaba convencida. Roz sacó una tijera de su bolsillo.

-Lo primero que tenemos que hacer es cortar tu pelo a la misma medida que el de Anthony.

Antonia tomó un mechón de su pelo oscuro y ondulado, largo hasta la cintura.

-¿Es imprescindible? Podría ponerlo bajo una de las pelucas de Anthony.

-Ya sabes que él no usaba peluca mientras andaba por la casa o cuando salía a navegar. Llevaba el pelo sujeto atrás, a menos que saliera de la propiedad. Quiero que los propios criados, con excepción del señor Burke, piensen que tú eres Anthony, desde el principio. Ésa será la prueba. Si los habitantes de la casa creen que tú eres tu hermano los demás también lo creerán.

Unos cuantos golpes de tijera fueron suficientes para que la larga cabellera de Antonia cubriera el suelo. El cabello le llegaba ya sólo hasta los hombros. Tony cerró los ojos sintiéndose desdichada, no podía soportar la pérdida de sus adorables rizos negros y relucientes. De pronto, le pareció que no podía respirar y que su rostro estaba muy caliente.

Roz recogió con sumo cuidado los restos de pelo para poder deshacerse de ellos de manera discreta y luego cepilló el cabello de Antonia hacia atrás y se lo ató en la nuca con una cinta negra,

-Ponte la bata de cama de tu hermano y quédate en el balcón mientras yo llamo a una de las doncellas.

A Antonia le pareció que todo eso era una pérdida de tiempo. Los criados no tenían motivo para ser desleales, ¿con qué motivo llevar a cabo toda esa comedia para engañarlos? Aun así, le picaba la curiosidad comprobar si era capaz de hacerlo.

Anna respondió a la llamada de la campanilla. La criada golpeó a la puerta y Roz le abrió enseguida.

-Anna, dígale al joven James que traiga agua para el baño de Anthony. Y ya que está aquí, usted podría hacer la cama con sabanas limpias.

Anna hizo una reverencia a Roz y echó una mirada al joven lord Lamb por debajo de las pestañas. Se ruborizó al verlo cubierto con su bata de cama y, para disimular su confusión, preguntó precipitadamente:

- Señor, ¿quiere que traiga algo para desayunar?

-No, gracias, Anna. Tomaré mi desayuno abajo, como de costumbre -respondió Antonia deseando que su voz hubiese sonado tan ronca como la de Tony.

-Oh, señor, estábamos todos preocupados por usted. Agradezco al cielo que esté usted sano y salvo.

Gracias, Anna -dijo Antonia en voz baja.

La joven doncella se ruborizó más aún. Era la primera vez que el joven amo había recordado su nombre. Se escabulló fuera en busca de James y Antonia salió al balcón haciendo intentos desesperados por llenar sus pulmones de aire. Por un instante, todo vaciló ante sus ojos, y luego sintió que sus piernas perdían por completo la fuerza. Se apoyó en la pared del balcón para no caer. Su mirada se dirigió de inmediato sobre la caseta de los botes, pero no había nadie por allí. Era irónico comprobar que, ese día, el agua estaba serena como la de un estanque.

Antonia hizo un esfuerzo para volver a entrar en la habitación de Tony mientras James vertía dos cubos de agua hirviendo en la pequeña bañera de asiento que había puesto en un rincón. Antes de llevarse los cubos, James echó una mirada furtiva en dirección a lady Randolph y vio que estaba atareada acomodando las ropas del amo. Entonces, puso una moneda en la palma de Tony y dijo en voz baja:

-He aquí su ganancia, señor. Han pagado veinte a uno.

Roz fue hasta la puerta con el criado y la cerró.

-Hasta ahora, todo bien.

Antonia se quitó la bata y se puso delante del espejo para examinar sus magulladuras. En los pechos y el torso tenía grandes morados. En una cadera se veía un gran hematoma que se extendía hacia atrás. Se tocó los rasguños de las pantorrillas y los codos e hizo una mueca. Abrigó la esperanza de que el agua mitigaría el dolor de su piel. Aquello fue lo último que recordó.

Nunca en su vida lady Rosalind Randolph había sentido tanto miedo. Su adorada nieta tenía neumonía. Cuando Antonia se desmayó y hubo que levantarla para acostarla en su cama, Roz se dio cuenta de inmediato que su cuerpo ardía de fiebre. La bañó y la cuidó de forma continua durante seis días con sus noches, tomándole con fuerza las manos y hablándole en voz tranquilizadora cada vez que deliraba o se removía presa de la excitación en la cama.

El señor Burke la acompañaba durante la vigilia de aquellas largas noches, de modo que, si lady Randolph se dormía, él estaba allí para ocuparse de las necesidades de Antonia.

Roz rezó como no había rezado nunca.

-Por favor, Dios, por favor, no te lleves a los dos. Déjame a esta niña y no te pediré nada más.

A Rosalind le pareció que, en efecto, Dios había contestado a sus plegarias pues, por fin, la fiebre de Antonia cedió y sus terribles sufrimientos en la cama dejaron lugar a un sueño apacible,

El mayor Blount iba todos los días, pero Roz estaba demasiado acongojada para recibir visitas. Le envió una nota agradeciéndole todo lo que había hecho y pidiéndole que no abandonase la búsqueda, por inútil que pareciera. El mayor Blount contestó por escrito que la

Gazette había tenido noticia del accidente, pero que, cuando lo interrogaron, él no confirmó ni negó tan torpe especulación.

Rosalind pensó que hubiera sido más justo que Jeremy Blount supiera que era Antonia quien había burlado a la muerte, pero esperaría a poder explicárselo en persona. No era prudente confiar tales secretos en un papel. Las cartas demasiado a menudo reaparecían para perseguirla a una.

Durante la semana posterior al naufragio no habían aparecido señales del barco en la playa, y Roz se resignó a aceptar la angustiosa realidad de que Anthony jamás regresaría. Se sentía tan abatida al saber que había sido derrotada. Lo único que le quedaba por hacer era aceptar la pérdida con gracia y dignidad.

Con la ayuda del señor Burke comenzó a poner sus pertenencias en baúles. Sintió un bendito alivio cuando Antonia abrió sus ojos un par de veces y pidió beber. Por fin su nieta estaba consciente otra vez, y ya casi no tenía fiebre. Estaba muy débil y todavía le quedaban dos manchas brillantes en los pómulos, pero Roz estaba segura de que se recuperaría.

La abuela tomó el vaso de mano de Antonia y lo apoyó junto a la cama. Vio que los ojos de la muchacha se cerraban apaciblemente y, entonces, bajó las escaleras y se sentó ante su elegante secreter para redactar una carta. Hacía días que estaba postergándola; sentía que tenía el deber de informar a Watson y Goldman de que lord Anthony Lamb había desaparecido, presumiblemente ahogado en el mar.

Fue la carta más ardua que debió escribir en su vida. Se enjugó una lágrima y echó arenilla sobre la tinta húmeda. A continuación, enderezó la espalda, llamó a James y le entregó la carta para que la llevara a la oficina de correos, en Stoke.

Dos horas más tarde, Antonia despertó, y cuando Roz comprobó que estaba mucho mejor, le sujetó la mano y le dijo con delicadeza que ya no quedaba ninguna esperanza con respecto a Anthony.

-¿Cuánto tiempo ha pasado? -preguntó Antonia, todavía con la respiración agitada.

-Has estado inconsciente siete días, querida.

Antonia permaneció muy quieta y, por dentro, trató de digerir la desgarradora noticia relacionada con su hermano. Al mirar a Rosalind, vio lo delgada y demacrada que estaba y entonces comprendió lo mucho que había tenido que soportar durante toda aquella semana.

-Gracias, abuela. Me has dado todo tu amor y también me has dado toda tu fuerza. Ahora me toca a mí ser fuerte por ti.

-Querida mía, bien sé que debe de ser perturbador para ti, pero no podemos hacer nada. Iré a decir a Anna que vaya a tu habitación y ponga en baúles todas tus encantadoras prendas. Cuando te sientas más fuerte, mañana o pasado, nos mudaremos a mi pequeña casa.

Antonia se quedó mirándola como si se hubiese vuelto loca.

-No hay ninguna necesidad de hacer ninguna maleta. Lamb Hall es nuestro hogar y yo nunca lo cederé.

-Querida, nuestro tiempo se ha acabado. Todas mis cosas están preparadas y puestas en baúles y cestos, y he notificado a Watson y Goldman el accidente.

Antonia se incorporó de golpe.

-¿Cómo? ¿Cuándo? -preguntó.

-Hace un par de horas que James fue a llevar la carta a la oficina de correos. Antonia apañó las mantas y se puso de pie con cierta dificultad. :

-Dios mío, niña, ¿qué estás haciendo? Vuelve a la cama ahora | mismo -exclamó Roz, muy alarmada.

-Tengo que recuperar la maldita carta. ¡Yo seré Anthony!

-Querida, si prolongamos más tiempo el engaño nos veremos en graves problemas cuando seamos descubiertas. Lo que hemos hecho es ilegal. Es un acto criminal, para no mencionar que es moralmente incorrecto.

-En ese aspecto no coincido contigo. Tal vez sea criminal pero, en mi opinión, ¡sería moralmente incorrecto que Benard Lamb se pusiera los zapatos de Anthony, ocupase la casa de Anthony o el título de Anthony!

Ya casi no podía respirar. Su pecho ascendía y descendía dolorosamente y jadeaba para tomar aire.

Antonia se levantó y la habitación giró a su alrededor. Extendió una mano para estabilizarse.

-Ocuparé el lugar de Anthony; no sólo por ahora sino indefinidamente.

Roz la vio tambalearse e intentó convencerla para que volviera a la cama:

-Enviaré al señor Burke a la oficina de correos a tratar de recuperar esa carta.

-No -replicó Antonia con firmeza-. Yo soy lord Lamb: eso es responsabilidad mía.

Rosalind temió que Antonia estuviese delirando otra vez, pero ya había agotado todas sus energías y, ante la feroz decisión de su nieta, no pudo hacer otra cosa que guardar silencio.

-¡Has perdido a Anthony, estuviste a punto de perderme mí, pero no perderás tu hogar!

Antonia se mostró inflexible.

Se enfundó en la ropa interior de su hermano y comprobó que no eran tan diferentes de sus propios calzones. Se puso la camisa de él y luego buscó los gemelos en su mesa de noche. Le costaba creer que estuviese tan débil. Antes de poder colocarse el cuello llegó a la conclusión de que era una prenda fastidiosa, que había sido inventada para poner a prueba la paciencia de un santo. Se puso unos pantalones rectos que ella misma había comprado para Tony en Londres y sujetó las tiras debajo del pie; luego fue hasta el espejo para estudiar su apariencia.

-Gracias a Dios que mis pechos son pequeños -murmuró. Y se echó a reír-. ¡Jamás imaginé que diría semejante cosa!

Como imaginó que la pechera de su camisa almidonada quedaba un tanto elevada abrió el armario de su hermano para buscar un chaleco de brocado. Se quedó inmóvil unos instantes esperando que pasara el mareo. Por Dios, si estaba agotada después de haberse vestido, ¿cómo iba a cabalgar hasta Stoke?

El baño que se había dado antes le había dejado pequeños rizos alrededor del rostro. Se cepilló el pelo hacia atrás y lo sujetó con una cinta negra. Contempló su imagen: era Anthony y, sin embargo, era Anthony mezclado con una pizca de Antonia. Por fin, decidió que ella era Tony, una combinación de ambos.

Se sentía extraña por dentro, como si estuviese esperando algo y, al mismo tiempo, ello se mezclaba con una sensación pesada de que eso que esperaba jamás se concretaría. Además, la envolvió una gran oleada de melancolía. Suspiró, triste, esforzándose por aceptar lo que había sucedido. Habría que pasar esa jornada... y mañana sería otro día.

Tony tuvo dificultad en recuperar la serenidad. Ahí estaba, perdiendo un tiempo precioso intentando imaginar su futuro mientras dejaba a un lado el asunto más urgente, esa carta. Debía recuperarla a cualquier precio. Aferrada a la baranda de roble bajó la escalera, temerosa de que a cada peldaño sus rodillas flaquearan.

Tony pidió a Bradshaw que ensillase a Neptune porque sería más veloz que Venus. Bradshaw sacó al caballo y estaba por preguntarle al joven amo si se sentía mejor, pero su aspecto acalorado le indicó que Anthony no estaba completamente recuperado. Bradshaw lo ayudó a montar y permaneció allí, sacudiendo la cabeza viendo a lord Lamb emprender la marcha con su habitual precipitación.

Tony se relajó, aliviada, al llegar a Stoke y ver aparecer ante sus OJOS la oficina de correos. Y, si la suerte estaba de su lado, todavía era posible que la carta no hubiese sido despachada a Londres. Cuando se apeó tuvo que apoyarse en Neptune para recuperar las fuerzas. Se ahorró el esfuerzo de tener que entrar en la oficina porque, en ese momento, un buscavidas se tocó la gorra a guisa de saludo y se acercó a tomar las riendas.

-Buenos días tenga usted, lord Lamb.

-Buenos días, Toby. El coche correo no ha salido aún, ¿verdad? —preguntó Tony, ansiosa.

-Oh, sí, señor. Se ha marchado hace una media hora, por lo menos. ¿Tiene usted algo que despachar?

-¡Maldición y condenación! -exclamó Tony; un ataque de tos le ardió en los pulmones.

Al oír lo que decía el buscavidas, sintió que el corazón se le caía a los pies. ¡Tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos! Su decisión se hizo más firme: ¡tenía que recuperar esa maldita carta! |

-¿Dónde es la próxima parada? —quiso saber Tony. El interrogado se rascó la cabeza.

-Veamos, desde aquí va a Rochester y luego a Chatham, Pero si no lo alcanza usted antes de Chatham ya no lo alcanzará. Una vez que

llega a la encrucijada de Londres azota a sus caballos para que galopen al máximo. ¡Ni siquiera verá la pol- vareda!

Tony no esperó más. Clavó los talones espoleando a Neptune para que saliera a galope tendido. Kilómetro tras kilómetro, con los ojos entornados para divisar el coche, aun sabiendo que, cada trecho que recorría, la posibilidad de alcanzarlo se hacía más remota. Tony se tambaleaba en la montura y hasta estuvo punto de rodar una vez. Pudo recuperar el equilibrio a tiempo sacudió la cabeza para despejársela. Sabía que tendría una recaída y que estaba luchando contra su propio sentido común al insistir en aquella desesperada empresa.

Una voz interior le dijo de pronto que Anthony no hubiera desistido. Si en realidad le estaba reemplazando, debía seguir hasta el fin, como su hermano hubiera hecho. Golpeó a Nept-ne con las rodillas animándolo a correr al máximo y, entonces, allá a lo lejos, en los suburbios de Rochester, divisó la silueta oscura del coche correo.

Al principio, el cochero pensó que iba a ser asaltado, pero después, cuando vio que el joven sujeto no tenía otra arma que su voz desesperada, aminoró la marcha aun a desgana hasta que el sudoroso tronco de caballos se detuvo.

A Tony le costó un trabajo endiablado convencer al encargado del correo que le devolviese la carta, y el individuo sólo cedió cuando ella reafirmó su autoridad.

-Yo soy lord Anthony Lamb, mi buen señor, y me ocuparé de que sea usted inmediatamente despedido de su puesto si no me devuelve enseguida mi propiedad. Ya he despedido al idiota del lacayo que la envió por error. La información que contiene esa carta es tan perjudicial que usted se encontrará en la prisión de Fleet si no hace caso de mis órdenes.

El hombre obedeció, aunque maldiciendo por lo bajo.

-¿Qué oportunidad tiene un tipo con los malditos gentilhombres? ¡Que Dios los condene a todos!

Cuando volvió a subir a la caja y fustigó a los caballos, Antonia se convenció de que su éxito se había debido a que el hombre la había creído un hombre y no una mujer. Apretó la carta dirigida a Watson y Goldman y se deslizó de la montura. Después, consciente de que no podía dar un paso más, se sentó a un lado del camino y lloró hasta agotar sus lágrimas.

Fue en esa situación en la que el señor Burke la encontró. Lady Randolph había ordenado a Bradshaw que tuviese listo el coche de modo que el señor Burke pudiese ir a buscarla a Stoke. Cuando éste supo que ella había ido galopando hacia Rochester, no podía creerlo, y pidió a Bradshaw que fuese en esa dirección.

El señor Burke la alzó y, cuando la subía al carruaje, ella le miró con la más profunda gratitud. Dos manchas rosadas ardían en sus mejillas como síntoma de fiebre.

-¿Cómo me las arreglaría sin usted, señor Burke? ¡Usted es mi caballero de brillante armadura!

Un sentimiento de pesar se apoderó de Bcrnard Lamb cuandi leyó la pequeña nota en la Gazette. La leyó dos o tres veces más con ganas

de negarla hasta que, al fin, no tuvo otro remedio que aceptarla. Durante tres semanas había leído con cuidado el periódico. Y ahora, por fin, negro sobre blanco, aparecía el primer indicio de que había habido un accidente de navegación. El suceso que él había esperado, por el que había rezado, y que había cuidadosamente planeado por fin había tenido lugar. Y, sin embargo, había sido inútil. ¡Dios Todopoderoso! Si lo que insinúaba la Gazette era cierto, el que se había ahogado era el gemelo cuya muerte a él no beneficiaba en absoluto. Lleno de incertidumbre, Bernard volvió a leer la nota: «La fuerte tormenta que se desató repentinamente en la costa la semana pasada ha dañado muchos veleros amarrados en el Medway. Hemos recibido una información no confirmada de que ladv Antonia Lamb fue barrida por una ola y se habría ahogado cerca de su hogar, en Stoke».

Bernard estrelló con tanta fuerza su puño sobre la mesa que una de las patas se partió. Luego, procedió a destrozarla a puntapies; necesitaba destruir algo para dar rienda suelta a su ira su frustración. Pero después de haberlo pensado un poco más sus sentimientos se tornaron un tanto más confusos. Su plan de asesinato había tenido éxito y se alegró de su astucia, aunque, al mismo tiempo, lo estremeció un temblor de paranoia. Era pro- bable que su primo, lord Anthony, supiera que la jarcia y el timón habían sido manipulados, y si se realizaba una investigación relacionada con el naufragio, las sospechas recaerían sobre el único que tenía algo que ganar.

Bernard llegó a la conclusión de que, por el momento, le convenía mantenerse alejado. Había quedado eliminado uno de los hermanos gemelos. Si llegaba a sucederle algo al otro en un lapso demasiado corto, no sería visto como una coincidencia. Bernard esperaría el tiempo necesario, seguro de que sería capaz de asesinar cuando se presentara la ocasión.

Al recordar los detalles de su visita a Stoke le pasó por la cabeza una idea encantadora. Hacía días que no visitaba a Angela. Empezó a silbar mientras tomaba su estoque y se ponía sus nuevos guantes de piel de topo.

Angela Brown todavía dormía profundamente cuando Bernard entró en su apartamento con su propia llave. El teatro cerraba a medianoche; tras haber terminado de quitarse el maquillaje escénico y de colgar todos sus trajes, por lo general ya era más de la una de la madrugada cuando llegaba a su casa.

Bernard consideró una verdadera suerte que Angela no se hubiera llevado a nadie con ella, pues, de ser así, él se hubiera visto obligado a cortarle sus rollizos muslos blancos. Apartó las mantas y la golpeó con su estoque envainado. Ella farfulló una protesta y, de repente, se incorporó, ya despierta.

-¿A qué coño estás jugando? —preguntó.

-Diablos... Un castigo apropiado para una asesina, ¿no lo crees así?

-¿De qué diablos estás hablando, Bernie?

-Es muy probable que pronto conozcas al demonio, Ángel Face. -La pinchó otra vez-. Ha habido un grave accidente en el mar. Mi prima gemela se ha ahogado.

Agitó el periódico bajo la nariz de ella, aunque no le entregó la noticia para que la leyese.

En la mirada de la mujer apareció el escepticismo.

-¡No me digas que tú eres el nuevo lord Lamb! —exclamó, saltando de la cama para abrazarlo.

Bernard le tomó las manos y las apartó de su persona con gesto cruel. Aumentó la presión hasta que ella cayó de nuevo sobre la cama y luego la abofeteó con el revés de la mano.

-No, perra imbécil. ¡Mataste al hermano equivocado! En el rostro de la muchacha apareció una expresión de horror:

-¿A la muchacha? ¡No fui yo, cerdo, fuiste tú!

La mirada de Angela se vio atraída por el estoque mientras él sacaba, lentamente, la larga hoja de su vaina.

El empezó a juguetear con ella. Atravesó la tenue tela de su camisón, le abrió un tajo y luego tocó con el frío acero el hueco de sus rodillas.

-Ábrete para mí. Ángel.

La respiración de Bernard se había vuelto pesada y sentía que su falo estaba duro como el mármol. El poder era tan excitante... Era más fuerte que cualquier droga. Si una vez ejercía el poder sobre alguien, ansiaba constantemente volver a hacerlo.

Lentamente, con expresión cautelosa, Angela abrió las piernas ante él. Sintió un alivio inmenso al ver que él dejaba el arma y se quitaba la ropa. Pero Angela lanzó un grito de terror al ver que volvía a tomar su estoque y avanzaba hacia ella. Su miembro se erguía como un arma y ella sabía que él estaba jugando a un juego morboso: hacer que ella se preguntase con cuál de las dos la penetraría.

Cuando la aguda punta se acercó a ella, ella cerró los ojos y se mordió los labios para ahogar el grito que le subía a la garganta. Con alivio sintió que era la punta dura y tersa del pene lo que penetraba en ella pero, cuando abrió los ojos, vio que él había dado vuelta al estoque y había sepultado en ella su empuñadura.

Comprendió con claridad lo que él pretendía de ella: provocarle un abyecto temor. Era actriz, sí, pero no tuvo necesidad de simular el intenso terror que sentía al verse en manos de este apuesto joven sádico. Y Angela hizo crecer su poder rogándole y humillándose ante su autoridad. Una vez que la tuvo reducida al estado de esclavitud, Bernard eyaculó y cayó, laxo, encima de ella.

Cuando la Gazette llegó a Lamb Hall, Tony y Roz la abrieron y su lectura las acongojó. No querían que Watson y Goldman creyeran muerta a Antonia ni tampoco que lo descubriese la sociedad en general pues, en ese caso, ¿cómo haría ella para integrarse a esa sociedad?

Consultaron con el señor Burke y, por fin, los tres idearon una historia creíble que debería aparecer sin tardanza en la Gazette. La propia Tony la redactó:

Lady Antonia Lamb fue rescatada después de haber caído al mar desde su velero. Pasará las próximas semanas en Bath, recuperándose de su accidente. La Gazette desea pedir disculpas por cualquier inconveniente que haya causado a los Lamb por el informe equivocado aparecido ayer.

CAPÍTULO 11

Durante el prolongado viaje del Red Dragón, John Bull y Kirinda nunca estuvieron mareados al mismo tiempo. Por más que los irritase, brindaban al otro cualquier clase de servicio que necesitara, con dignidad y sin quejas. John Bull soportaba mucho mejor la navegación que Kirinda. Esta pasaba la mayor parte del tiempo en su litera, deseando que su amo jamás la hubiese salvado de la pira funeraria.

Adam Savage la visitaba con frecuencia en su camarote y observaba con atención su pérdida de peso. Él sabía que nadie la cuidaría mejor que John Bull porque, en una ocasión, él había tenido el privilegio de beneficiarse de sus cuidados. Sin embargo, a medida que se aproximaban al canal de la Mancha, la mar gruesa fue perjudicial para los dos, y Savage no tuvo más remedio que hacer de enfermera.

Kirinda gemía y giraba la cara hacia el mamparo del camarote. La mortificaba el hecho que su amo tuviese que llevarse la palangana con sus vómitos y lavarla.

-Kirinda, mírame -ordenó Adam, severo.

-Déjeme, déjeme morir —susurró la mujer.

-Morir no es tan fácil, pequeña -respondió Adam en un murmullo.

-Estoy cubierta de vergüenza —sollozó ella.

-No, estás cubierta de vómito, y en pocos minutos yo te quitaré todo rastro. Piensa en la cantidad de veces que tú me has bañado a mí, tonta. Me has atendido cuando yo no tenía fuerzas ni para levantar los párpados. Y ahora, siéntate; te diré algo que te alegrará: esta noche pisarás tierra firme.

Ella le besó las manos. Adam dejó caer de nuevo el jabón, que olía intensamente a ácido fénico, y se puso de pie. Su cabeza oscura casi tocaba el techo.

-Quiero que mastiques esta galleta seca y que bebas despacio este vino. Te juro por Vishnú que tu estómago no lo rechazará.

Si bien Kirinda sabía que no debía beber el vino prohibido, también sabía que debía obedecer las órdenes de su amo. En el fondo de su corazón, estaba convencida de que su amo era un dios mucho más poderoso que cualquiera de los dioses hindúes. Mientras abría la puerta para irse, él dijo:

-Te diré otra cosa que te alegrará: hoy, John Bull está mucho peor que tú.

A Kirinda le costaba imaginar al impoluto John Bull abatido por el mareo y, de inmediato, comenzó a reanimarse.

Adam realizó las mismas abluciones en el camarote de su criado y vertió en los oídos de John Bull palabras fortalecedoras:

-Esto es lo que has estado esperando toda tu vida. Estamos en el canal de la Mancha. Estoy seguro de que querrás estar en la borda para saludar a tu patria de elección, ¿no es así, John Bull? Creo que Kirinda ya ha superado su mareo y está ansiosa por poner su pie en suelo inglés antes que tú, hombre.

John Bull gimió por lo bajo.

-¡A juzgar por el modo en que me siento, usted podrá plantarme todo entero en suelo inglés y en buena hora se libraría el mundo de este trasto!

-Come esta galleta seca y bebe este vino a sorbos -indicó Savage mientras limpiaba la suciedad del suelo. Antes de que John Bull pudiese recordarle que no bebería alcohol, él le dijo-: Kirinda ha tenido el valor y la sensatez de beber un poco de vino y se le ha asentado el estómago de inmediato.

John Bull no podía soportar la humillación de que Kirinda se portara mejor que él en el mar. Aunque fuese lo último que hiciera en su vida, tenía que pisar suelo inglés sin ayuda.

Ya había anochecido cuando el Red Dragón quedó amarrado en el muelle índigo de Londres. Savage se vio inundado por una oleada de nostalgia ante la perspectiva de volver a pisar otra vez su país. Hacía ya doce años que había partido desde esos mismos muelles y el agua del puerto tenía el mismo aspecto y el mismo olor. En cambio, ahora había muchos más barcos mercantes, y el muelle estaba atestado de marinos de todas las nacionalidades que llegaban de todos los puertos del mundo.

Desde la alta cubierta pudo distinguir las lámparas de las tabernas que parecían codearse con los almacenes y notó, con mirada cínica, lo destartaladas y sucias que estaban. Seguía habiendo gran número de marinos borrachos vagando por ahí y, sin duda, aquellas rameras eran las mismas que había visto la noche de su partida.

Bajaron la planchada y él fue el primero en cruzarla. Necesitaba alquilar un coche que los llevase a él y a sus sirvientes hasta un hotel de Londres. Le hormigueaban las plantas de los pies de las ganas de caminar por las calles de su ciudad... esa vieja ramera, pero no cedió a la tentación. Ya una vez había viajado ligero de equipaje, sin más posesiones que la ropa que lo cubría, pero ya no era así. La riqueza traía aparejadas ciertas responsabilidades.

Savage alquiló el carruaje menos destartalado que pudo encontrar y ordenó al cochero que esperara junto al barco hindú, el Red Dragón. Volvió a bordo, abrió la cerradura del pañol donde guardaba las armas y las distribuyó entre el capitán y el primer y segundo contramaestres.

-Mañana alquilaré un depósito donde almacenar las cosas, pero ahora quiero una guardia armada que cuide mis baúles en la bodega de estribor hasta que yo vuelva, en persona, para recogerlos. Estos muelles hierven de ratas... incluso algunas de cuatro patas. No lograrán impedir que suban a bordo, pero quiero que las mantengan alejadas de las cajas de té y de espe- cías. Traigan algunos gatos.

Savage, que había llenado su propio baúl, lo levantó y lo cargó al mismo tiempo que golpeaba con energía en las puertas de los camarotes de sus dos criados:

—John Bull, tengo un coche esperando,

El criado tamil abrió lentamente la puerta y salió del camarote con digna gravedad. Estaba vestido de blanco inmaculado y tenía puesto el turbante de color rojo sangre con el gran rubí. Desde otro lado del estrecho pasadizo, Kirinda también avanzó con lentitud, como si estuviera en trance. Apoyaba con gran cautela uno de sus pequeños pies delante del otro, temerosa de tropezar si daba un mal paso. Llevaba a Rupia en una jaula de mimbre y cargaba una maleta de tapicería con sus ropas. John Bull le dijo:

-Dame el pájaro.

Ella depositó sobre cubierta con gran cuidado su maleta, puso la mano detrás de la cabeza con los dedos levantados en el aire como el gorro de un bufón y le hizo burla. Luego, para consternación de Adam, los dos criados rompieron a reír. Se quedó mirándolos, boquiabierto, de hito en hito, y John Bull le dijo:

-Eshelenshia... esta muchacha no puede aguantar el licor -y concluyó con un hipo que podría ser calificado de digno.

«Dios Todopoderoso -pensó Savage-, están los dos como cubas.» Constituían el trío más singular que se alojó aquella noche en el hotel Savoy y, si bien el personal era reconocido por su servicio tan discreto como impecable, no pudieron evitar quedarse con la boca abierta.

Pronto comprendieron que estaban ante un rico nabab y sus sirvientes personales. Y aunque ese hombre de aspecto poderoso con su pelo negro que caía rizado sobre sus hombros y su piel del color de la teca firmó como Savage, para sus adentros dudaron de que fuese un hombre blanco. Lo apodaron Indian Savage, y cuando él reservó tres suites contiguas no les cupo duda alguna respecto a su riqueza. Al preguntarle durante cuánto tiempo las necesitaría, él congeló al que preguntaba con sus ojos azules y respondió:

-Para ahora -respuesta que no les aclaró nada y, al mismo tiempo, les explicó todo.

El hombre del turbante cerró sus ojos elevando una plegaria silenciosa cuando el ave exótica que llevaba escogió una antigua y refinada palabra inglesa de su vocabulario y chilló:

-¡Sodomita! —con su voz más fuerte.

La mujer enfundada en el delicado sari y con pesadas botas inglesas parecía haber sido arrancada de un templo pagano. Sus carcajadas flotaban atravesando el vestíbulo del Savoy como campanillas.

John Bull abrió todas las puertas internas de las suites porque el sólido mobiliario inglés daba a las habitaciones un aspecto estrecho y recargado en comparación con el espacioso bungalow con sus galerías protegidas con malla de alambre. Adam Savage se sentó ante el escritorio para escribir una lista de la información y direcciones que necesitaría pedir al conserje. John Bull sacó del baúl la ropa de su amo

y la colgó en el armario, sacudiendo la cabeza al ver que él había traído sólo uno de los numerosos baúles que había a bordo del Red Dragón.

Todo fue a pedir de boca hasta que llegó la doncella de servicio a las habitaciones. John Bull asumió la responsabilidad de tratar con la criada inglesa. Ésta traía una variedad de grandes toallas plegadas sobre un brazo y tres vasos de noche de porcelana. Trató de entregárselas a John Bull pero él la miró como si estuviera loca.

-Estas tazas resultan insoportables -dijo, sin dudar.

Ella lo miró de arriba abajo y supo, por experiencia, que tendría dificultades. Lo desafió:

-¿Qué quiere decir con eso de insoportables?

-Que son demasiado grandes. Cuando estén llenas no se podrán levantar... En consecuencia, son insoportables. La doncella de servicio puso los ojos en blanco.

-Lo que contiene mucho también contiene poco -dijo.

-No beberemos con tazas tan grandes. Traiga otras más pequeñas.

-¿Tazas? -preguntó la mujer extrañada-. Grandísimo ignorante; ¡esto es un orinal!

-¿Un orinal? -repitió John Bull sin comprender.

-Bueno, ya sabe... para mear.

El loro festejó la nueva palabra con entusiasmo:

-¡Orinal! ¡Orinal!

John Bull estaba mortificado, no tanto por tener que discutir esas cuestiones con una criada sino por el hecho de que su amo estuviera obligado a participar de esas prácticas tan poco civilizadas.

-¿No hay cuarto de baño? ¿No hay bidé? ¡Qué primitivos!

-¡Eh! ¿Me está tomando el pelo? ¿Un maldito bárbaro del extranjero diciendo que somos primitivos?

Savage oyó las voces airadas. Se acercó para investigar. La doncella de servicio, con almidonado uniforme gris y cofia, estaba preparada para defender su tierra del ataque de ese montón de basura de piel oscura.

-¿Hay algún problema? -preguntó.

La joven doncella retrocedió alarmada al ver a ese hombre tan alto, tan moreno y de cara tan siniestra. El ya estaba acostumbrado a la repulsión que algunas veces provocaba la cicatriz de su cara, y se había obligado a no tener ninguna reacción frente a esa actitud. Después de tantos años, se recordó una vez más que debía ser comprensivo.

-Esta mujer me acusa de haberle tocado la cabeza —dijo John Bull.

-¡Nunca he dicho eso! -exclamó la doncella.

-Sí, excelencia. Le dije que las tazas eran insoportables. Entonces enseñó a Rupia a decir orinal y después me acusó de querer tomarle el pelo.

Por fin, Adam Savage captó el sentido de las palabras de la doncella.

-Ha habido un pequeño malentendido —le dijo—. Buenas noches.

-¿Por qué la ha despedido? ¿Acaso no es ella la servidora del abanico punkah? -preguntó John Bull cuando Savage cerró la puerta.

-No, John Bull; aquí no hay abanicos. En Inglaterra no los necesitamos. Estoy esperando al conserje. Cuando venga, hazlo pasar, después lleva a Rupia a otra habitación y ayuda a Kirinda a poner todo en orden para pasar la noche. Ya ordenaré yo algo de desayuno para nosotros; y tú ten paciencia.

-¡Ah, excelencia! Ahora que estamos en Inglaterra, veo que debo tener mucha paciencia con la gente del servicio.

-Así es, John Bull. Y ellos también deberán tenerla contigo.

Vestida con la ropa de Anthony, Antonia estaba sentada en el dormitorio del joven con un libro sobre el regazo. La historia no lograba atraparla, y su mente vagaba melancólicamente; un rato después, volvería a la lectura sólo para pensar en otra cosa y evitar la congoja. A pesar de sus oraciones, de sus ruegos y de sus intentos de tratar con Dios, Anthony había desaparecido.

Se sentía apática y solitaria sin aquella presencia masculina en Lamb Hall. Sin embargo, estaba absolutamente resuelta a tomar el lugar de su hermano gemelo. Prefería morir antes que ver las manos de Bernard Lamb sobre la preciosa casa donde vivían ella y Roz.

El día era muy bonito; Tony añoraba estar al aire libre, pero volvió toda su atención al libro. De repente, lo hizo volar al otro extremo de la habitación. Que se vaya al infierno. Tenía que salir en algún momento. El miedo de ser descubierta en su dolor la había mantenido alejada de todo el mundo. Por fin decidió que si iba a hacer aquello, debía hacerlo con brío. La clave del éxito era la «actitud». Con la actitud adecuada se puede conseguir cualquier cosa en la vida. Estaba totalmente convencida de eso.

Ya que estaba vestida para cabalgar, eso era exactamente lo que haría. Cabalgaría hasta las granjas de los arrendatarios y vería si necesitaban algo. Se puso una peluca y un cuello recién almidonado. Buscó algunas monedas de plata y las guardó en el bolsillo; luego tomó el látigo de su hermano gemelo. Cuando llegó al establo casi se acercó a Venus, pero recordó a tiempo que debía pedir a Bradshaw que ensillara a Neptune.

-El caballo necesita hacer un poco de ejercicio -dijo Bradshaw-. Puede probar el camino nuevo que han abierto para ir a Rochester.

El viejo galgo que vivía en el establo se acercó moviendo la cola. Tony estaba a punto de llamarlo su niño bonito y otras palabras infantiles como ésas cuando recordó su nueva actitud.

-Hola, apestoso animal. ¿Continúas levantando tu vieja pata ante cada cosa que ves?

El perro parecía disfrutar más con los insultos que con las palabras dulces, así que ella tomó nota de esto para cualquier situación futura.

Cortó camino por los prados hasta llegar a la primera granja, donde Harry Simpson y su hijo estaban segando heno. Ella aspiró profunda y concienzudamente y desmontó con aire despreocupado. Metió una mano en el bolsillo de su pantalón de montar y señaló con el látigo en dirección al heno, alto y seco.

-Hola, Harry; parece que hay una buena cosecha, ¿no?

El granjero de rubicunda cara parecía tener trabada la lengua. Finalmente, hizo un esfuerzo para hablar.

-Milord, sentimos mucho lo de su hermana -dijo.

Antonia apretó los labios y agradeció con un gesto de la cabeza, luego tragó saliva sabiendo que debía superar el difícil momento.

-He venido a ver si necesitan algo.

-No se preocupe por nosotros, milord; ya tiene usted bastantes problemas.

-El techo de la casa tiene goteras -dijo el hijo del granjero con una expresión desafiante en la mirada. La cara de Harry se puso aún más roja.

-Lo pondremos en condiciones cuando hayamos terminado con el heno -dijo. Tony miró en dirección a la casa del granjero.

-La casa necesita un techo nuevo, Harry. Hoy me ocuparé de eso. Deberías habérmelo dicho -dijo ella en tono de reproche-. Anda; mete el heno en el granero antes de que llueva.

Harry sacudió la cabeza pensando en las incongruencias de los señores. Cuando él había mencionado el tema de las goteras en el techo, el joven lord le había dicho que tapara los agujeros.

En la otra granja. Tony se dio cuenta de que era observada por las hijas del granjero. Aunque más jóvenes que ella, eran muy conversadoras. El corazón de Tony dio un vuelco. Ella había hablado a menudo con Mary y Lizzie; les había dado sus ropas cuando ya no podía usarlas porque le quedaban pequeñas. Ahora pensó que tan pronto abriera la boca, ellas descubrirían el engaño. Mary le lanzó una mirada provocativa como si ambas compartieran un secreto. Antonia pensó: «¡Lo sabe!». Luego el alma le volvió al cuerpo cuando la joven habló.

-Si le apetece, esta noche estaré esperándolo detrás de la cuadra, milord -dijo.

Tony estaba asombrada. La muchacha la invitaba a un encuentro nocturno. Lizzie era tan atrevida como su hermana.

-Su hermana ya no necesitará sus vestidos de fantasía. ¿Podemos tenerlos?-preguntó.

«Qué pequeña tan pretenciosa», pensó Antonia.

-¿Dónde está tu padre? -preguntó fríamente.

-En la cuadra... Nos pidió que nos quedáramos fuera hasta que pariera la vaca.

Tony desmontó.

-Cuida mi caballo -dijo; después entró por la puerta baja de la cuadra.

-¿Qué tal? -saludó Joe Bradley-. Llega justo para echarme una mano, si no le sabe mal, milord.

Tony estaba asustada, pero sabía que no podía retroceder horrorizada ante una vaca pariendo.

-Esta es nuestra vaca; es mala como la peste. Patea como si fuera una mula. Usted sólo agarre esa pata y manténgala separada del cuerpo.

Tony se quitó los guantes de montar y los metió en el bolsillo; después se quitó el abrigo y se acercó a las ancas del animal. Mientras sostenía la pata de la lechera, vio con horror que se había manchado el pantalón de montar con estiércol de vaca. Pero pronto olvidó aquello ante el milagroso espectáculo de la llegada de una nueva vida. La vaca mugió, y luego un gran pellejo que contenía al ternero cayó sobre las manos de Joe. Él descubrió rápidamente la cabeza del recién nacido para que pudiera respirar y después frotó su piel mojada y pegajosa con un manojo de heno.

-Ya puede soltar la pata, milord -dijo Joe sonriendo-. ¡Qué pena!: se ha llenado el pantalón de mierda.

Aturdida, Tony miró su ropa.

-Bueno, se supone que la mierda trae suerte, ¿no es así? -dijo-. Pienso que no vendrá mal un poco.

-Ya lo creo. Bueno, lamento lo que le ha sucedido en la casa.

-He venido para preguntarle si necesita algo, pero ya veo yo mismo que los muros están bastante mal. Me ocuparé de que se reparen, Joe, incluso de que se hagan algunos tabiques nuevos. ¿Cuánto hace que no se blanquea este lugar?

-Hace como dos o tres años.

-Conseguiré cal para que blanquee y algunas brochas de cabo largo.

-¿También ayudará a ponerla en los muros? -preguntó Joe riendo.

-Por Dios; ahora comprendo por qué Lizzie es tan atrevida. No abuse de la suerte -dijo Tony, de buen humor.

En el camino de regreso a Lamb Hall, Antonia sintió que su ánimo empezaba a mejorar. Por fin estaba haciendo algo. Le asombraba que todo el mundo la tomara por Anthony. Una actitud despreocupada y un poco de lenguaje rudo, y todos la tomaban por un hombre.

Mientras subía la escalera para cambiarse los pantalones, se encontró con el señor Burke.

-Acabo de ayudar a parir un ternero —dijo ella con orgullo.

-Felicitaciones, milord.

-Ah, a propósito, ¿sabe qué significa el hecho de que James me diera una guinea y me dijera que eso era mi ganancia?

-Su padre pasa apuestas para las carreras de caballos. Anthony juega algún dinero de vez en cuando.

-¡Qué manera más tonta de tirar el dinero! -dijo Antonia.

-Habla como una mujer.

-¡Oh! Bueno, en ese caso, dé esta guinea a James y dígale que quiero apostar a un caballo que pague a veinte por uno.

-Así está mejor -aprobó el señor Burke, ignorando elegantemente el olor a establo que ella llevaba.

Mientras se quitaba las botas. Tony se preguntó cuál sería la reacción de Adam Savage cuando Watson y Goldman le presentaran las facturas por las reparaciones en las granjas. Entonces se encogió de hombros; preocuparse por menudencias es decididamente femenino. Se propuso firmemente deshacerse de ese hábito.

CAPÍTULO 12

La primera entrevista que tuvo Adam Savage fue con Watson y Goldman, abogados. Su amigo Russell Lamb se los había recomendado. Cuando él los conoció en persona, tras valorar su capacidad, decidió convertirse en su cliente.

-La primera orden será un depósito en el banco -dijo Savage-. Siempre he utilizado a Lloyd para mis operaciones comerciales desde el extranjero, pero si vosotros podéis obtener una tasa mejor para mí en Barclay, la elección quedará por entero en vuestras manos. Con todo, sería conveniente que concertarais una cita posteriormente para mí, para entregar los cofres con oro.

Watson se contuvo de mirar a Goldman.

-¿Su oro está guardado en cofres?

-Sí, para ser exactos, en doce cofres -respondió Savage.

-¿Qué cantidad aproximada de oro contiene cada cofre? -preguntó Watson con cortesía.

-Unos dos lakhs.

A Watson le llevó un momento calcularlo. A Goldman, menos tiempo. Un lakh equivalía a cien mil libras. ¡Indian Savage poseía dos millones y medio de libras en oro! Los dos socios no pudieron menos que mirarse maravillados. Y, antes de reanudar sus negociaciones, dedicaron un instante de reverente silencio a su más valioso cliente.

-Aquí tengo una lista. Por favor, ¿podrían pedirle a su empleado que me dé algunas direcciones comerciales? Necesitaría un secretario competente y algún tipo de vehículo y, como veo que las personas se quedan mirándome desde que he lle- gado, estoy convencido de que me hace falta un buen sastre.

El señor Goldman recibió la lista y, hablando discretamente con su empleado, le indicó que sólo incluyese los mejores establecimientos.

-Encargué a James Wyatt que construyese una casa en Gravesend. Deposité fondos para que extrajera el dinero que fuera necesario, pero estoy seguro de que, a estas alturas, se habrán agotado. Les dejaré a ustedes todas las cuentas para que las examinen. Mi necesidad más urgente es una casa en Londres. La necesitaría hoy mismo, pero les daré tiempo hasta mañana. Mientras, si necesitan algo, estoy en el Savoy, caballeros.

-Señor Savage, acabo de comprobar que es usted un hombre práctico, y que le gusta hablar de forma directa -dijo Goldman-. Comprar hoy una casa es casi imposible. Quizá podríamos alquilar una si nos concede unos días.

-Mi amigo Russell Lamb me dijo que eran ustedes unos caballeros muy complacientes -comentó Savage.

Como el señor Watson estaba deseando tocar el tema de la tutoría, aprovechó la oportunidad.

-La casa del difunto lord Lamb está en la calle Curzon. Ya que está usted a cargo de los asuntos de esa familia, ¿por qué no aprovecha esa circunstancia? La casa está amueblada y tiene servicio doméstico. Eso

nos daría el tiempo que necesitamos para comprar una casa en una zona que fuera tan apropiada como ésa.

-Es una sugerencia interesante. Y, también expeditiva. Aún no he tenido el placer de conocer a mis pupilos. El señor dijo, en confianza:

-Son muy jóvenes y, como han vivido en el campo toda su vida, son muy poco sofisticados; no como los diablillos de la ciudad. En estos tiempos, los jóvenes son un escándalo, se lo aseguro. Desde la última vez que usted ha estado aquí, las costumbres y la moral han sufrido un cambio dramático. Pero lord Anthony Lamb no le causará problemas. Es un joven agradable y receptivo.

Adam lo miró con expresión interrogante:

-¿Por qué tengo la sensación de que hay, en esta situación, mucho más de lo que se ve?

El señor Watson se aclaró la voz:

-Bien, señor, se trata de lady Antonia. Vino a vernos después de la muerte de su padre exigiendo saber cuánto dinero le correspondía. Yo le aseguré que su dinero estaba en fideicomiso y, entonces, quiso saber si podía contar con él para vivir. Yo le hice saber que era usted quien controlaba sus finanzas y ella se retiró de forma algo precipitada. Y me temo que, desde entonces, ha contraído el hábito de comprar cualquier cosa que se le antoje y enviarnos luego las facturas para que usted se haga cargo de ellas.

-Permítame verlas -ordenó Savage.

Se las entregaron, él las hojeó y vio que, la mayoría, eran de vestidos, enaguas, batas y otras menudencias femeninas que, sumadas, ascendían a menos de cien libras. Había un par de gastos hechos para los granjeros de Stoke.

-Cárguenlas en mi cuenta. Anthony recibe su asignación de forma quincenal, ¿no es así? Es tan escasa que no sé cómo se las arregla. Será mejor que la doblen. Dentro de poco, cuando mis urgentes asuntos económicos me lo permitan, iré a visitar Stoke. -Adam se puso de pie-. Bueno, caballeros, les deseo unos buenos días. Podrán localizarme en la casa de la calle Curzon.

El señor Goldman le entregó la lista de direcciones y le estrechó la mano con firmeza.

Como Temple Bar no estaba muy lejos del Savoy, Adam había ido andando. Ahora pensaba en tomar un coche pero supuso que, con sus largas zancadas, llegaría más rápido que con cualquier coche circulando por aquellas calles atestadas.

Sus pensamientos se concentraron por un momento en los gemelos Lamb. Por lo que había oído de la muchacha, debía de parecerse mucho a su madre y, en general, a cualquier otra mujer en lo que se refería al dinero. En cambio, el muchacho parecía menos complicado y más agradable. Ojalá pudieran hacerse amigos.

Mientras caminaba, Savage advirtió que era objeto de una gran atención aunque, cuando comenzó a fijarse en las personas que poblaban las calles de Londres, él también empezó a prestar atención. Por todos los diablos, ¿qué había pasado con la moda masculina? Él era el único hombre en la calle que no llevaba peluca empolvada. La

mayoría de los caballeros, al parecer, iban ataviados con pantalones de satén hasta la rodilla, chalecos bordados y camisas de cuello alto con corbatas sueltas. A juicio de Savage, parecían vestidos más para un salón de baile que para la vía pública. ¿Qué habría sucedido con el velarte, ese sobrio paño negro?

Vio un par de hombres calzados con zapatos rojos de tacón alto y no entendió por qué razón habrían adoptado las modas femeninas. Londres siempre había contenido cierta proporción de individuos extraños y excéntricos pero, Dios Santo, en aquel momento cada uno de los hombres que veía pasar parecía afeminado y sobremanera ridículo. Era asombroso el número de jóvenes con sus rostros pintados, y que usaban pendientes y llevaban abanicos. ¿El mundo habría enloquecido mientras él había vivido en las Indias?

Dos petimetres holgazaneaban, indolentes, en la puerta de una chocolatería. Uno de ellos llevaba un chaleco con mariposas bordadas y el otro era una exposición de encaje dorado y chaqueta de faldones amplios, y llevaba un ramillete de flores en el pecho. Savage lo miró con desdén, mientras que el otro levantó su impertinente y, al observar a aquel gigante con apariencia de extranjero y su largo pelo negro, se estremeció,

Por fin, Savage apartó su mirada de esos hombres y se dedicó a observar a las mujeres. Por la mañana temprano, sólo había visto mujeres pobres enfundadas en bastas telas a rayas pero,al mediodía, empezaron a aparecer las damas elegantes con vestídos que chorreaban puntilla valenciana y altas pelucas empolvadas, decoradas con flores y pájaros. La mayoría de ellas iba acompañada por un lacayo o algún criado que llevaba sus paquetes. Como las mujeres siempre habían sido exageradas en lo que a moda se refería, Savage no se inmutó al ver los enormes sombreros de paja que usaban ni los lunares postizos con que atraían la atención hacia sus ojos y sus labios. Sin embargo, cuando vio una dama de gran categoría, seguida por un muchacho negro que llevaba a un mono encadenado, se sintió poseído por una intensa furia al ver que no prohibían tales prácticas en un país supuestamente civilizado.

Ya de regreso en el Savoy, Savage redactó una nota dirigida a lord Lamb informándole que estaba en Inglaterra y pidiéndole permiso para usar la casa de Mayfair hasta que él hubiese comprado la suya. Sólo era una formalidad, un gesto de cortesía, pues mucho antes de que la carta fuese entregada en Stoke, él ya estaría instalado. Concluyó la nota informando a su pupilo que iba a visitar Lamb Hall la semana siguiente.

Fenton, el mayordomo de la calle Curzon, recibió al señor Savage con rígida formalidad, pero aflojó un poco cuando supo que se trataba de un amigo y vecino que su señora y su fallecido amo habían conocido en Ceilán. Fenton siempre pensaba en lo que hubiese hecho el señor Burke en una circunstancia determinada, y trataba de actuar en concordancia. En la casa había una cocinera y ama de llaves, la señora Hogg, y una joven ayudante de cocinera llamada Dora. Las dos se instalaron de modo de poder observar al extraño trío que había llegado desde la India.

Dora susurró:

-¿Ha visto usted esas caras?

La señora Hogg apretó sus labios en un gesto de desaprobación y murmuró:

-¡Paganos! ¡Los aborrezco!

Dora, que no carecía de atractivo dentro de su estilo descarado, miró con envidia a la morena muchacha del exótico vestido. Fenton condujo al señor Savage al dormitorio principal y, en cuanto a los otros dos, estaba desconcertado. No dejaba de fijarse en el vestido blanco inmaculado y el turbante con el rubí, y dedujo que John Bull podría ser un príncipe extranjero de visita, y que la dama debía ser su concubina, o lo que fuesen las mujeres de un príncipe hindú. Para estar seguro, Fenton les asignó habitaciones separadas y se tranquilizó al ver que el señor Savage parecía complacido y dejaba una moneda en su mano.

-Más tarde llegarán baúles y equipaje desde mi barco. John Bull se hará cargo de ellos. -Adam decidió hablar en privado con los criados, con el propósito de facilitar las cosas a John Bull y a Kinnda, sabiendo que se sentirían como peces fuera del agua hasta que se aclimataran-. Yo bajaré a conocer al personal.

Levantó la jaula de Rupia y siguió a Fenton hacia la plana baja.

Savage pensó que era el mejor lugar para el loro, ya que, al tener el suelo embaldosado, sería más fácil de limpiar. A continuación, fue a la cocina y se presentó:

-Sin duda, las personas que me han acompañado desde Ceilán les parecerán extrañas. Mi mayordomo está habituado a dirigir a un personal numeroso y tal vez pueda parecer autoritario. Voy a pedirles que hagan todo lo posible por adaptarse y que, en caso de surgir alguna dificultad, me la transmitan de inmediato.

La señora Hogg lo miró con desconfianza: aquel individuo tenía un aspecto formidable, pero no podía ser simpática con él por naturaleza; le resultaba enervante ser atenta con los extraños.

-¿Dificultades, señor? -preguntó.

-Es probable que me esté imaginando problemas que no van a presentarse -repuso él con afabilidad-. El único terreno en el que preveo que podría haber inconvenientes es en el de la comida.

La boca de la señora Hogg se apretó en una línea hosca: hasta el momento, nadie había osado cuestionar su manera de cocinar,

-La comida en Ceilán es muy condimentada, y se come mucha fruta y verdura. Hace unos años, cuando yo vivía en Londres, la única verdura que recuerdo haber consumido era el nabo, y lo detesto. Sería para mí un gran favor que acompañara usted a mi empleado a comprar alimentos y que le diese usted vía libre en su cocina para que él pueda preparar sus platos nativos.

La señora Hogg quiso negarse, pero no se atrevió.

-Yo estaré ausente la mayor parte del día ocupándome de mis asuntos. Les agradezco su cooperación.

Cuando hubo salido, se generó un tenso silencio y luego todos rompieron a hablar a una. Fenton, que se sintió como un estúpido por

haber visto un príncipe en un hombre que no era más que un valet, dijo:

-Bueno, en lo que a mí respecta, yo dejaré todo en manos de sus propios criados.

La señora Hogg, por su parte, dijo:

-No pienso tolerar ninguna intromisión en mi cocina. ¡Odio a los extranjeros!

Dora, dejando volar su imaginación, dijo:

-El es uno de esos nababs. ¡Apuesto a que ella forma parte de su harén!

La señora Hogg, que precisamente aquella mañana había comprado nabos, pasó media hora haciendo sonar sus sartenes y cacerolas. De repente, se oyó gritar una voz:

-¡Sodoma y Gomorra! —Y ella corrió al vestíbulo a ver quién pronunciaba semejante blasfemia.

-¿Qué es eso? -preguntó a Dora.

-Es el pájaro que han traído.

-Odio a los pájaros. Y si usa ese escandaloso lenguaje, no se quedará aquí. ¡Lo pondré en el sótano!

Los nuevos habitantes despertaban una inmensa curiosidad en Dora. Con el pretexto de limpiar, subió a la planta alta para escuchar tras una de las puertas y espiar por el ojo de la cerradura. Ése fue el momento preciso en que a John Bull se le ocurrió abrir la puerta; al ver a la muchacha arrodillada, imaginó que sería una costumbre.

-¿Está usted orando? -le preguntó.

-¿Ojeando? -creyó repetir ella con su pesado acento cockney.

-Yo no la acusé de ojear aunque ahora veo que ésa era su intención.

-¡No!, ¡no estaba espiando! -protestó Dora.

-Y ahora, suma la mentira a la ofensa de espiar. ¿Por qué se queda mirando fijamente mi cabeza?

Dora sorbió por la nariz y resolvió que su mejor defensa sera un ataque.

-¿Por qué usa usted esa cosa en su cabeza?

John Bull se irguió y se preguntó cómo explicárselo a aquella mujer que, evidentemente, pertenecía a una categoría inferior,

-Es mi uniforme. ¡Lo uso por la misma razón por la que usted lleva ese trapo en su cabeza!

-¿Trapo? -estalló Dora, muy ofendida: llevaba puesta una de sus mejores cofias-. Mis cofias no son trapos. Esta es de lino y hasta tiene puntillas.

-¿Piojillos? -preguntó John Bull, horrorizado-. ¿Tiene usted piojos? ¡Por eso se cubría el pelo con esa espantosa gorra!

-Tengo puntillas -confirmó ella, orgullosa.

-No se acerque. Usted está sucia.

-¡Sucia! -gritó la muchacha, indignada.

-Puede irse. Fuera, fuera.

-¡Usted no puede echarme... si acaba de aparecer!

-¡Yo he venido a Inglaterra a vivir no a perecer! -dicho lo cual, se fue a la cocina y se encontró con la rolliza cocinera-, Permítame que me presente: soy John Bull.

-Si usted es John Bull yo soy la reina de Saba.

-¿La reina de Saba? Entonces, ¿no es usted la señora cerdo! -preguntó él, un tanto confundido.

Dora rió entre dientes mientras que el rostro de la señon Hogg adquiría un tono purpúreo.

-¿Señora cerdo? ¿Acaso está burlándose de mi apellido! -preguntó ella, indignada.

-No, no, señora, le aseguro que hablo en serio.

-Para usted, yo soy la señora Hogg y exijo ser respetada en mi cocina. Odio las intromisiones.

-No tengo intenciones de entrometerme en sus asuntos ni en los de la mujer con piojos, señora. He venido a buscar un trozo de fruta para el ave de mi amo, que hoy no ha comido todavía, ¿Dónde está el pájaro?

-¡Lo aborrezco! -afirmó la señora Hogg.

John Bull se puso un poco pálido.

-¿Que lo apetece? -preguntó, sin poder creerlo-. Mi amo adora a ese pájaro.

-Bueno, pero yo lo aborrezco. ¡Está en el sótano y allí se quedará!

-Estoy sin palabras -repuso él con solemnidad.

-Sin cerebro, querrá decir.

-¡Podría replicarle algo malvado pero prefiero callar! -dijo John Bull, y salió de la cocina con su dignidad intacta, retirándose a la planta alta por el resto del día.

Antes de haber salido de la casa, Savage recibió una nota del señor Watson en la que le informaba acerca de una casa que podría convenirle, pero él decidió que, antes de ir a ver a sus abogados, visitaría al sastre de Saville Row que ellos mismos le habían recomendado. Se sintió algo incómodo al entrar en ese establecimiento del gran mundo. Nunca, hasta entonces, había estado en la tienda de un sastre para caballeros. En su juventud, había usado ropa de segunda mano y, en la India, un sastre iba a verlo a su barco o a la plantación.

Los empleados que atendían la tienda eran unos perfectos esnobs que manifestaban su desdén por cualquier cosa que no fuese el último grito en moda; sin embargo, cuando advirtieron que el dinero no sería un obstáculo, lo atendieron a cuerpo de rey. Dejaron caer la insinuación de que habían vestido al príncipe de Gales y que transformarían al torpe colono Adam Savage en un elegante sin par. En aquel momento pudieron darse cuenta de que Indian Savage tenía cerebro y voluntad propios.

Encargó dos docenas de camisas blancas con sus cuellos, que serían confeccionadas con la tela más fina pero a la vez con el diseño más sencillo. Le tomaron las medidas para hacerle chaquetas de colores azul, burdeos y negro, y sobrios chalecos cuyos tonos contrastasen levemente. Ordenó que le hicieran pantalones bien ajustados a las piernas, calzones que se abotonasen en el tobillo y media docena de

calzas de piel de ante. Le vendieron guantes para montar y para guiar coches, pero no pudieron convencerlo de que comprase los nuevos guantes de piel de perro que estaban haciendo furor. Compró un sombrero de castor y escandalizó a los vendedores al rechazar todos los tricornios que le mostraron, como también las pelucas para usar debajo de ellos. Le dijeron que jamás sería aceptado en sociedad si insistía en usar su propio pelo, y sin empolvar. Por último, lo convencieron para que se probara un atuendo de satén negro para la noche, aunque no hubo modo de hacerle aceptar unos «innombrables» de color blanco. Compró una chistera, una capa y hasta calcetines de seda, y se rió en la cara de los vendedores cuando éstos le propusieron que el zapatero le hiciese un calzado de tacones altos.

Le tomaron la medida para hacerle botas de diversas clases, incluyendo unas de caña alta para usar con los pantalones de cuero, e insistió en que debían ser todas negras. Cuando se fue, los dependientes se quedaron sacudiendo la cabeza. Ellos se habían esforzado al máximo para explicarle que en la actualidad vestir bien significaba algo muy diferente a ir bien vestido, y que la moda se había convertido en una batalla entre el buen gusto y la chabacanería.

Cuando Savage llegó al estudio de sus abogados, éstos le hablaron de una casa que estaba en venta, no lejos de la casa de los Lamb.

-Prefiero tener una casa en la ciudad; es mucho más conveniente para los negocios. He pensado que sería bueno que estuviese cerca de los bancos y de la sede de la East India Company, que está en la calle Leadenhall.

Watson y Goldman se quedaron de una pieza. Le aseguraron que ese lugar tan poco elegante sería desventajoso. Que un hombre de su categoría debía comprar algo en Mayfair. Por muy desafortunado que pareciera, un hombre era juzgado por el barrio en que vivía.

Después de que accediera a ver la casa en la calle Half-Moon, Savage salió deprisa a comprar un carruaje. Eligió un coche veloz para cubrir el trayecto que iba de Londres a Gravesend utilizando la carretera nueva, y un magnífico par de bayos apropiados para el tiro. No pudo resistir la tentación de comprar un ligero carruaje alto que tenía fama de correr casi a cincuenta kilómetros por hora si se enganchaba el tiro de animales con energía suficiente para mantener el ritmo; por eso, antes de abandonar la zona, compró un par de oscuros y veloces caballos, y no se inmutó cuando le dijeron que la factura subía a más de tres mil libras.

Con indoblegable energía, fue hasta la calle Leadenhall, donde tenía sus oficinas la East India Company. Además del contrato de arriendo de Leopard's Leap, él era dueño de una importante cantidad de acciones. En el interior, al salón más espacioso, que tenía una claraboya redonda y balcón, lo llamaban «sala de audiencias». Savage supo que habría una asamblea de accionistas a la semana siguiente, a la que procuraría asistir.

Oyó una voz amistosa a sus espaldas y se volvió:

-Ya veo que acaba de llegar usted de las Indias. Necesito consejo con respecto a mis inversiones y, a cambio, quizá yo pueda darle alguno

en relación con Londres. Sin duda, la ciudad habrá cambiado mucho desde la última vez que usted estuvo aquí.

Adam tendió su mano a un hombre de rostro cuadrado y de su misma edad, aproximadamente.

-Soy Adam Savage y he regresado esta semana de Ceilán.

-¿Dónde he oído yo ese apellido?

El hombre se presentó como Cavendish, si bien los que pasaban lo saludaban murmurando «Devonshire». Savage supo, así, que estaba conversando con el duque de Devonshire. Se estableció entre ambos un inmediato vínculo, pues ambos percibieron que tenían rasgos similares. Los dos eran individuos prácticos, con mentes sólidas para los negocios y talento para extraer raciones más que generosas de los bienes de este mundo.

Durante el breve lapso que conversaron tocaron muchos temas, incluyendo la política.

-Necesitamos a hombres como usted en el Parlamento.

-Pero yo no tengo escaño -aclaró, innecesariamente, Savage.

-Por unas pocas libras puede usted comprar un escaño en la Cámara de los Comunes -informó Devonshire. Savage tuvo cuidado de guardar la información.

-La semana que viene daremos una fiesta en la casa Devonshire. Diré a Georgiana que lo incluya en la lista de invitados. Venga, por favor. La mitad de los asistentes serán amigos de mi esposa y del príncipe de Gales, pero le aseguro que también he invitado a algunas personas inteligentes. A James Wyatt, el arquitecto, y a Pope, el escritor y filósofo. Si usted quiere, puedo invitar a Warren Hastings, el ex gobernador de la India.

-Ya conozco a esos dos caballeros. Wyatt está construyendo mi casa en Gravesend, casa que yo todavía no he visto.

-¡Desde luego; allí he oído su nombre! -exclamó Devonshire, muy contento de haberlo conocido.

-Para mí será un placer asistir -respondió Adam-. En esas fechas, contaré ya con un atuendo más civilizado.

Savage regresó a la casa de la calle Curzon a la hora de cenar, Cuando se dirigía a la planta alta se encontró con John Bull y Kirinda bastante cariacontecidos. Habían dispuesto ropa interior limpia para él, y les daba vergüenza que su amo tuviese que lavarse con agua de una jarra y utilizando una palangana.

-¿Qué sucede? -preguntó a John Bull.

-Tengo que relatarle dos cosas terribles que lo perturbarán en gran medida, excelencia. La sirvienta tiene piojos y yo, por miedo al contagio, no he permitido que Kirinda baje.

-¿Cómo has descubierto eso, John Bull?

-Ella misma me lo ha dicho. Me dijo que por eso se cubría el pelo con esa fea gorra.

Savage dedujo que el hombre había confundido otra vez las palabras y preguntó sin alterarse.

-¿Qué otra cosa me perturbará?

-¡La señora cerdo se comió a Rupia! --barbotó.

Savage tuvo que morderse el labio para no echarse a reír. Si bien era probable que la señora Hogg fuese culpable de gula, no creía que el flaco loro hubiese despertado el apetito de la mujer.

-Debo suponer que no has podido llevarte bien con el personal -dijo en tono cortante, y miró a Kirinda-. ¿Has comido hoy?

Ella bajó sus negras pestañas sobre sus húmedos ojos y negó con la cabeza.

Savage sabía que no tenía el menor sentido castigar a John Bull. El terco tamil habría sido capaz de ayunar durante un mes antes que verse rebajado, sin dedicar un segundo de consideración a la pobre Kirinda.

-En ese caso, ¿vamos a cenar?

-Da lo mismo que estemos en Ceilán o en Inglaterra: es inaceptable que nosotros cenemos con usted, amo.

-Si insistes en considerarme tu amo, tienes que obedecer mis órdenes y yo te ordeno que bajemos a cenar, John Bull.

-Sí, excelencia -repuso él, arrepentido. Ya en el comedor, Savage le dijo a Fenton:

-¿Querría usted informarle a la señora Hogg que somos tres para cenar?

Apartó la silla para Kirinda e invitó a John Bull a sentarse.

Apareció la señora Hogg y, al ver que tendría que servir a los criados de Savage, casi dejó caer la sopera. La línea apretada de su boca manifestaba su resentimiento.

Savage dijo, marcando las palabras y en tono suave como la seda:

-Señora Hogg, quisiera pedirle disculpas por haber dejado mi pájaro en su vestíbulo. No sabía que podría molestarle. Tenga la bondad de trasladarlo a mi habitación.

-Sí, señor —respondió ella.

-Por otra parte, señora Hogg -siguió diciendo con el mismo acento deliberado-, le solicito mil perdones porque John Bull la ha llamado señora cerdo. Le aseguro que no tenía intención de faltarle al respeto. Se trató, sencillamente, de una confusión de lenguaje.

-Está perdonado.

La señora Hogg se encrespó, echando una mirada desdeñosa en dirección al sirviente.

Las siguientes palabras de Savage cayeron como cubitos de hielo.

-Y ahora, le toca a usted.

La mujer miró esos ojos azules y se estremeció.

-¿Mi turno? -preguntó.

-Sí, en efecto. Pedirá usted disculpas por la manera lamentable en que trató a este hombre y a esta mujer. Los ha dejado sin comer ni beber sólo porque su color de piel es diferente al de usted, señora.

La cara de la señora Hogg se llenó de manchones purpúreos.

-Pido disculpas -musitó. ¿Qué alternativa tenía? Savage volvió a emplear su voz sedosa, pero la mirada seguía siendo glacial:

-Señora Hogg, si el olor que llega desde su cocina es, como yo creo, de nabos, le sugiero que los reserve para su propio deleite y nos sirva a nosotros algo más apetitoso.

No resultaba agradable ver el semblante contrariado de la señora Hogg. Se apresuró a refugiarse en su santuario y no regresó. Poco después apareció Dora para servirles la cena. Tres pares de ojos se clavaron en su cofia: era de encaje. Adam Savage no pudo reprimir, divertido, el comentario:

-Muy bonita -murmuró, y vio que la boca de la muchacha dibujaba una sonrisa complacida.

CAPÍTULO 13

Con la incalculable ayuda de los señores Watson y Goldman, el oro de Savage quedó depositado, se contrató a un secretario de apellido Sloane y se hizo una oferta por la casa de la calle Half-Moon.

Cuando recogieron el correo vieron que estaba la prometida invitación para la cena en la casa Devonshire y también la respuesta de Stoke. Savage la abrió y leyó la nota con la bella escritura de lord Lamb.

Querido señor Savage:

Gracias por su nota, en la que me informa de su llegada a Inglaterra. Le ofrezco la hospitalidad de la casa de la calle Curzon durante todo el tiempo que pueda necesitarla. Lamento informarle que Lamb Hall se encuentra de duelo y, por el momento, no recibimos a nadie. Si tuviera necesidad de ponerse en contacto conmigo, puede hacerlo a través de los abogados Watson y Goldman.

ANTHONY LAMB

A Savage se le ocurrió que los hijos de Russell debían de estar de duelo por la muerte de su padre, pero habían pasado meses y no existía razón de peso para no recibirlo en Lamb Hall. Esa concisa nota le daba a entender que sus pupilos pretendían mantenerlo a distancia. ¿Qué se propondrían? Lo único que había logrado la nota era que Savage apresurase su visita a Stoke y la concretara mucho antes de lo que había pensado hacerla.

Habló con John Bull.

-Tengo que marcharme de Londres de inmediato; estaré fuera algunos días y eso presenta un dilema. Sé que no quieres quedarte en esta casa sin mí, de modo que la única alternativa será que os lleve a la casa de Gravesend. Yo había pensado dejar en tus manos la elección de los sirvientes que necesitarás en Edenwood, pero en estos momentos no queda tiempo para eso. La casa no tiene muebles ni criados, pero tal ve/, puedas arreglártelas unos días.

John Bull, impaciente por ocupar su propio territorio, respondió:

-Cuando hayamos llegado, excelencia, no necesitaremos sirvientes. Bastará con un colchón en el suelo.

Savage estaba convencido de que John Bull había hablado en seno.

-Aunque no creo que necesitemos apelar a medidas tan espartanas, de todos modos te lo agradezco.

Entonces, pensó que sería conveniente llevar también a su nuevo secretario. Tendría que vérselas con cosas poco comunes, y aquello resultaría una prueba muy útil para ver cómo se las arreglaba.

Savage decidió conducir su propio coche con su vara. Kirinda se acomodó en el interior con la mayor parte del equipaje y John Bull, por su parte, montó uno de los caballos árabes que Savage había traído de Ceilán. Jeffrey Sloanc estaba sentado junto a su nuevo patrón y admiraba la destreza con que éste manejaba a los caballos haciéndolos girar en la encrucijada. Entre tanto, Savage le daba instrucciones y él iba tomando nota.

-Hasta ahora, no he visto la casa más que con la imaginación — dijo Savage— y, por lo tanto, como aún no está habitable, nos arreglaremos con una posada. En mi opinión, lo más urgente que tendría que comprar es forraje para los caballos, alimento para ustedes y utensilios para cocinar. Desde luego, después harán falta camas y ropa de cama. Todo lo demás puede quedar para más adelante. Deje que John Bull escoja lo que quiera: tiene un ojo infalible para elegir lo mejor. Sin embargo, será usted quien administre el dinero. John Bull suele regatear por todo, y no quiero que ofenda a los comerciantes de Gravesend antes de que me hayan conocido.

Al acercarse a Edenwood, Adam Savage experimentó una extraña sensación de llegada al hogar. Cuando el coche dejó atrás un grupo de robles, la espléndida casa se irguió ante sus ojos en todo su esplendor. Era la culminación de todos sus sueños y de todas sus esperanzas.

Detuvo los caballos ante el establo y fue andando por el sendero que iba hasta la entrada. Necesitaba estar solo cuando viese la casa por primera vez. Mientras iba pasando de un cuarto al otro tratando de fijarse en la mayor cantidad posible de detalles, se enamoró perdidamente del edificio. Subió los peldaños de la escalera circular de dos en dos y llegó hasta el balcón de su dormitorio.

Wyatt era un genio, un maestro. Amueblar Edenwood sería una tarea de amor. Por más tiempo que ello le llevase, se prometió elegir cada una de las piezas con el criterio de embellecer y realzar aquel ambiente perfecto. Savage tuvo ganas de entretenerse más tiempo, de mirar, tocar y aspirar cada uno de los detalles, pero el deber lo llamaba. Sabía que debía recorrer los veinte kilómetros que había hasta Stoke para conocer a los gemelos que ya había empezado a considerar como sus hijos. Era reconfortante pensar que podía regresar a Edenwood.

Como Savage sabía que su gente podría arreglárselas, montó el árabe que había llevado a John Bull y se dirigió a Stoke. El aislamiento de Lamb Hall lo impresionó. Era una cálida y encantadora casa de campo con un par de arrendatarios, pero Stoke en sí mismo no era más que una aldea rústica. La casa se alzaba sola junto al Medway, cerca del sitio donde éste se volcaba hacia el mar. A juicio de Savage, era un lugar perfecto para criar a los hijos, pero un poco alejado para un joven de la edad de Anthony Lamb.

Antonia miró por la ventana delantera y vio al individuo alto y fuerte que montaba el caballo negro. Sin que se lo dijeran, supo quién era y se sintió inundada de pánico.

-¡Roz! ¡Ha llegado! -gritó, bajando precipitadamente los escalones-. ¡Deshazte de él!

Ahora estaba instalada en la habitación de Anthony y trepó a una silla junto a la ventana para poder ver al indeseado visitante cuando se marchara. Tomó su libro y, sin leerlo, lo apoyó sobre su rodilla mientras sus pensamientos se disparaban como rayos y su corazón latía, enloquecido de temor.

-Oh, Tony, ¿por qué me dejaste para que yo tenga que afrontarlo sola? -susurró en tono acusador.

Habían pasado casi dos meses desde que su hermano había desaparecido. Para sus adentros, Antonia siempre cuidaba de pensar en Tony como «desaparecido» y no como «ahogado». Recordó lo poco que le gustaba a su hermano la idea de tener que responder ante un tutor, mientras que ella, en cambio, sentía una curiosidad insaciable hacia el hombre de Ceilán y hacia la imponente casa que estaba haciendo construir.

Buen Dios, ¿qué bicho le habría picado para hacer todas aquellas sugerencias tan costosas y extravagantes para Edénwood? Lo había hecho por rencor. Como la habían dejado sin dinero que gastar, había gastado el de él con prodigalidad. Claro que todo aquello había sucedido antes del accidente del barco, mientras ella creía que su tutor estaba en Ceilán. Ahora, en cambio, ella iba disfrazada de su hermano, y Adam Savage era una persona muy real, de carne y hueso, e investida de una autoridad a la que ella debía hacer frente.

Le bastó una sola mirada al rostro oscuro y poderoso del hombre para saber que se había comportado como una idiota: solamente un tonto se atrevería a enojar adrede a aquel hombre que tenía en sus manos el control de su vida y de sus finanzas hasta que ella llegase a la mayoría de edad, y no daba la impresión de ser un individuo demasiado tolerante con los tontos. Le dio un vuelco el corazón al comprender que no tenía más opción que la de enfrentarse a él, pero... ¡por Dios, que no fuese aquel día!

El señor Burke abrió la puerta y midió al hombre con la mirada. Savage no tenía tarjeta de visita y, con su voz de bajo, se presentó por sí mismo al mayordomo y le dijo que había ido a ver a lord Anthony Lamb.

Roz se adelantó a recibirlo.

-Buen día, señor Savage. Soy Rosalind Randolph, la abuela de Anthony. ¿Quiere pasar, por favor?

Intercambió una mirada sorprendida con el señor Burke, y éste comprendió que el señor Savage era muy diferente de lo que ella había esperado que fuese. Mientras ella precedía al alto hombre moreno hacia la sala, el corazón de la mujer adoptó un ritmo errático, inducido por el impacto de su aspecto. Por su rostro, Roz dedujo que tendría un pasado siniestro y que, seguramente, su reputación con las mujeres sería escandalosa. Era un hombre al que había que tener en cuenta. Un pillo de endiablado atractivo.

A la mirada penetrante de Adam Savage no se le escapó ni un solo detalle de la atractiva mujer madura. De ella habría sacado Eve su

elegancia, aunque vio que Rosalind debió haber sido mucho más bella que su hija. Esperó a que ella se sentara y luego se sentó enfrente. Sin preámbulos, dijo:

-Lady Randolph, he venido a ofrecerle mi consuelo en mi primera visita. Su hija está recuperándose sin problemas del golpe provocado por la muerte de lord Russell. Es una mujer con sentido práctico y sabe que es mejor que haya sido así y no que Russell hubiera tenido que pasarse años viviendo como un inválido.

-Gracias por traerme noticias de mi hija, señor Savage. Eve tiene una resistencia envidiable.

Savage no tardó en percibir que Rosalind era una mujer perspicaz.

-Desde el momento en que supe que volvería a Inglaterra creció mi impaciencia por conocer a Antonia y a Anthony.

De pronto, un nudo de pena se atascó en la garganta de Rosalind y tuvo que hacer un esfuerzo para contener el llanto. El hombre que estaba ante ella parecía fuerte como el peñón de Gibraltar y ella sintió una abrumadora necesidad de confiarle su gran pérdida.

-Señor Savage, nosotros hemos sufrido otra desgracia. Me temo que jamás podrá conocer a mi nieta Antonia.

Savage quedó atónito. Aunque la nota recibida por él decía que estaban de duelo, no había imaginado que hubiese habido otra muerte. Por Dios, cuando Eve supiera que había perdido a su hija se sentiría acongojada. El corazón de Adam se conmovió por la mujer que tenía frente a él.

-Me entristece la pérdida, pero, cuando pienso en la de usted, señora, sé que, en comparación, mi pena es insignificante. ¿Qué sucedió, si es que se ve usted en disposición para contármelo?

La nota de compasión que vibró en su voz estuvo a pumo de derrumbar a Roz, pero se sobrepuso y relató la tormenta y el accidente del velero con conmovedora compostura.

-¿No encontraron el cuerpo? -preguntó él. Roz negó con la cabeza.

- Fue hace casi dos meses y, en consecuencia, ya hemos perdido toda esperanza. Yo lo he aceptado porque no tenía otra alternativa -dijo con tristeza la mujer.

-Es usted muy valiente. El valor es una de las cualidades que más admiro.

-Gracias, señor Savage. De todos modos, lord Lamb ha sufrido una enorme pérdida y aún está afectado. Los gemelos tienen un vínculo más fuerte que otros hermanos, y me temo que pasará mucho tiempo hasta que Anthony vuelva a la normalidad. Ha pedido que hoy no le molestaran.

-Lady Randolph, a mi entender, ya ha sido molestado. Ahora, estoy más impaciente que nunca por conocerlo.

-¿Le parece prudente, señor Savage? -preguntó Roz, con la esperanza de hacerlo desistir. Su esperanza fue vana.

-Lo creo prudente. En mi opinión, ha estado demasiados años sin la guía firme de un padre. Es un error dejarlo solo con su pena. Este lugar está tan aislado que quizá nunca consiga salir de su melancolía.

Tiene que haber algo o alguien que llene ese vacío. Creo que yo puedo ayudarle a lograrlo. Debería estar ocupado en algo, ¿no lo cree así?

¿Cómo hubiese podido ella refutar semejante lógica? Si bien quería proteger a Antonia, al mismo tiempo sabía, por instinto, que Adam Savage constituía una fuerza positiva a la que no convenía rechazar. Más aún; poseía aquella fuerza que a ellas tan necesaria les podía ser.

-Con su permiso, subiré y procuraré tener una conversación serena con él.

No era una pregunta. La mirada de ese hombre fue tan directa que le produjo el efecto de una hipnosis. Era la clase de hombre a la que Roz no podía decir que no.

Cuando Antonia oyó llamar a la puerta supuso que sería el señor Burke, para informarle que no había más moros en la costa.

-Entre -contestó ella, y de inmediato abrió los ojos de par en par, sin poder creer lo que veía: un hombre vigoroso había entrado en su habitación.

En un instante, todas sus ideas preconcebidas con respecto a su tutor quedaron borradas. Jamás en su vida había visto a nadie que tuviese un aspecto así. Para empezar, era más corpulento que otros hombres y llenaba el marco de la puerta con sus anchos hombros. Su pelo tenía el color negro azulado del ala de un cuervo y lo llevaba largo hasta los hombros. Su rostro estaba atezado hasta haber adquirido un color caoba, y sus ojos formaban un sorprendente contraste con su color azul luminoso y penetrante.

Una cicatriz atravesaba su cara desde una fosa nasal hasta su labio superior y, sin embargo, no desmerecía en absoluto su apariencia. Al contrario, le confería un atractivo fatal. Daba la impresión de haber llegado desde otro mundo, algo que era cierto, pero su extrañeza iba más allá. Parecía un dios que acabara de descender del Olimpo.

Las ideas preconcebidas que Adam Savage había tenido con respecto a Anthony Lamb se desvanecieron al instante. El muchacho alto y delgado que se levantó, asustado, de un salto, parecía mucho menos viril y más joven de lo que prometían sus casi diecisiete años. Adam sintió una profunda decepción.

-¿Tony? Yo soy Adam... Adam Savage. Lamento mucho tu pérdida. —Vio que los ojos del muchacho se llenaban de lágrimas y comprendió que era el momento para decir palabras que lo fortalecieran—. Sé lo estrecho que era el vínculo con tu hermana gemela, pero si ella pudiese verte ahora protestaría con vigor al verte decaer por su causa. Yo soy un hombre franco, de modo que no me andaré con rodeos. He aprendido que la muerte forma parte de la vida y que debe ser aceptada. Según mi experiencia, cuanto antes se asuma, mejor. Hay muchos modos de hacer frente a la situación: algunos son saludables y otros, decididamente insalubres. Te aconsejo que lo encares con valentía. Cuando pienses en tu hermana, recuerda los momentos felices que habéis compartido. Y, de ahora en adelante, adopta la decisión de vivir la vida plenamente. Ahora, tú debes vivir por los dos, ¿no crees?

Antonia se puso furiosa. ¿Cómo se atrevía a entrar sin haber sido invitado y a ponerse a dar órdenes? Para él todo era muy fácil: su

hermano gemelo estaba muerto y ella debía seguir adelante con su vida. Las lágrimas resbalaron por sus largas pestañas oscuras dándoles la apariencia de púas y escudriñó el fondo de esos OJOS azules helados. Le pareció el ser humano más frío y cortante que había conocido en su vida. Bien, si le gustaba hablar claro, ella lo complacería.

-Estaba preparado para odiarle a usted -dijo Tony sin ambages-, pero el odio es una emoción tan extraña para mí que no puedo hacerlo. -Metió las manos en los bolsillos del pantalón-. Tendré que conformarme con detestarlo.

—Oh, haz un esfuerzo para odiarme. Es una emoción tan fuerte, tan varonil, que te dará sostén -dijo Savage, implacable, «Por Dios santo, es tan bonito como para echarse a perder», pensó Adam, irritado. Tony suponía para él un ejemplo de primera mano de la injusticia de la vida. Aquel joven consentido no sólo había nacido con privilegios y títulos sino que, además, los dioses lo habían dotado de una belleza excepcional. Adam sintió un aguijonazo de remordimiento por sus indignos pensamientos. Su rostro arruinado no le daba derecho a guardar rencor al muchacho sólo porque tuviese unos rasgos perfectos. Suspiró-. Tratemos de soportarnos mutuamente.

-Exigirá un considerable esfuerzo de mi parte. Pienso que usted es completamente insensible a mi dolor -dijo Tony.

-¿Acaso crees que el dolor me es desconocido? -dijo Savage con un leve tono de burla.

-No sé qué espera de mí -repuso Tony.

-Espero que soportes el dolor con la fuerza de un hombre y no con la congoja de un niño.

Al oírlo, Tony se avergonzó de sus lágrimas y, recordando que representaba a Anthony, se sonrojó al pensar que había permitido que su tutor viese llorar a lord Lamb.

Adam vio el abatimiento en ese atractivo rostro y, para sus adentros, se escandalizó de lo afeminado que era. Se sintió enfadado con su difunto amigo Russell por primera vez. ¿Por qué no había llevado a su hijo consigo, a la India? Lo había dejado solo con su abuela y su hermana como única compañía. Se había quedado sin un solo varón que le sirviera de modelo. La decisión de Savage se fortaleció. ¡Por todos los santos, estaba dispuesto a convertirlo en un hombre!

-Aunque tu padre era un amigo muy querido, le reprocho no haberte dado la oportunidad de permitirte la experiencia de estar en la India. Tendrás que ser fuerte por el bien de tu madre, ¿sabes? Podría derrumbarse cuando sepa lo de Antonia.

Tony no había escrito a su madre, pues seguía esperando que Anthony apareciera, y ni ella ni Roz querían poner sobre un papel el engaño que habían fraguado.

Adam Savage tomó una silla y estiró sus largas piernas. Tony se encaramó a una punta del escritorio y balanceó un pie. Tras examinarse la punta de la bota durante un momento, levantó la vista hacia él.

-No se lo he dicho a mi madre y no tengo intenciones de hacerlo -en sus palabras estaba implícito el mensaje de que Tony tampoco

quería que Savage se lo dijese a su madre-. Se encuentra en el otro extremo del mundo. ¿Para qué destrozarle el corazón?

-Ése es un sentimiento muy noble, pero no puedes ocultarle la verdad por tiempo indefinido. Tarde o temprano, Eve lo sabrá.

-En ese caso, prefiero que sea lo más tarde posible -dijo Tony con brusquedad, sintiendo la necesidad de imponer su punto de vista aunque sólo fuese en ese punto.

Savage extendió sus grandes manos.

-La decisión es tuya y yo la respetaré.

-Gracias, señor Savage.

-Por favor, llámame Adam. —Tomó el libro que había caído sobre la alfombra cuando él entró-. ¿Qué estás leyendo?

Vio que se trataba de una novela de Samuel Richardson titulada: Pamela, o la virtud recompensada.

Tony se ruborizó.

-Es la historia de una criada que se resiste a los impúdicos avances del hijo de su patrona y, gracias a ello, él se casa con ella.

Savage lanzó una brusca carcajada.

-Prueba a leer Las aventuras de Joscph Andrcws, de Henry Fielding. Es una parodia de ese mismo libro: cuenta la historia de un lacayo virtuoso que rechaza los impúdicos avances de su ama. ¡Se trata de las alegres correrías entre tabernas y orinales!

Si bien Tony suponía que debía escandalizarla tan franca conversación, no sucedió así. Más aún, tomó nota mental de conseguir ese libro.

Savage llegó a la conclusión de que, si Tony iba a convertirse en su hijo, tenía la urgente necesidad de recibir una educación. Fuera existía un mundo que podría tragarse entero a este inocente si él no lo tomaba bajo su ala y le proporcionaba una buena dosis de experiencia mundana. ¡Dios santo, hubiese apostado cualquier cosa a que Tony todavía era virgen!

-He dicho al señor Watson que doble tu asignación. A decir verdad, no sé cómo te las has arreglado con la miseria que te entregaba.

Tony se quedó estupefacta. Había imaginado que le sería difícil obtener dinero estando su tutor a cargo de las finanzas. Por Dios, si ya se había puesto en contacto con Watson y Goldman, eso significaba que ellos ya le habrían presentado las facturas por los vestidos y las demás prendas.

-He gastado mi última cuota quincenal en arneses nuevos para los caballos. Lamento decir que, con mi dinero, no hubiese podido pagar todas las cosas que mi hermana y mi abuela necesitaban. Como ahora les has dicho que me den más, estaré en condiciones de pagar las cuentas -dijo, con aire rígido.

Savage hizo un gesto como para quitar importancia al asunto.

-Todo ha sido pagado, incluyendo los gastos en las granjas. Me gustaría inspeccionar las granjas de tus arrendatarios. Pienso que, si hay que hacer algunas mejoras, sería conveniente que mandaras hacerlas. A la larga, es mucho menos costoso mantener la propiedad en

buenas condiciones que esperar a que todo se venga abajo y derrochar el dinero en arreglos.

Antonia abrigó la esperanza de que, al menos pudieran seguir siendo francos uno con el otro. Ya era bastante duro tener que engañarlo con respecto a su identidad; por lo tanto, sería un alivio poder ser sincera en todo lo demás.

-No entiendo gran cosa de asuntos de dinero, señor Savage... Adam, de todas maneras sé que no debo malgastar el mío.

-Yo invertiré tu dinero a tasas mucho más altas. Por desgracia, tus finanzas no han sido todo lo bien manejadas que era de esperar, pero yo corregiré eso.

Tony le creyó. Era obvio que tenía aquí a un hombre capaz de cambiar el mundo si se lo proponía. A pesar de sí misma, estaba admirando su modo de ser directo y confiado. Supo al instante que podría aprender más de este hombre que de todos los tutores que ella y Anthony habían tenido a lo largo de los años.

Savage metió la mano en el bolsillo y sacó una pitillera. Sacó un puro largo y fino; entonces, se le ocurrió ofrecer uno a su pupilo. Estaba seguro de que el joven nunca había fumado y ahí, en privado, se presentaba la oportunidad perfecta para que probase el tabaco sin avergonzarse.

Alarmada, Tony negó con la cabeza.

-Nunca he... -Lo miró a los ojos y captó su expresión, entre tolerante y divertida—. Jamás he fumado tabaco indio, sólo turco.

-Hay una primera ocasión para todo, Tony -le animó él.

Sintió una extraña calidez en su interior. Las palabras de ese hombre tenían un matiz íntimo y llevaban una carga de insinuaciones tácitas. Tony aceptó el puro y, fingiendo una confianza que no sentía, se lo llevó a la boca y esperó a que él se lo encendiera.

Savage no le dio instrucciones a su pupilo suponiendo que el muchacho era lo bastante listo e imitaría lo que él hiciera. Adam encendió primero el suyo. Lo hizo lentamente, mordiendo primero el extremo cerrado y arrancando el trozo de tabaco, sujeto entre su índice y su pulgar. Encendió una cerilla, la sostuvo con firmeza en un extremo y chupó del otro sin prisa. Luego, frunció los labios y exhaló una fragante nubecilla de humo azul.

Tony respiró hondo y trató de sujetar con firmeza el cigarro mientras Adam se lo encendía. El puro tembló de manera casi imperceptible mientras ella apretaba los labios para aspirar. De repente, sintió como si se hubiese quemado la lengua y dejó de chupar al instante. Pero cuando vio que la punta encendida corría peligro de apagarse, succionó de nuevo y tragó una bocanada de humo. Casi la engulló, pero, al comprender que eso seria desastroso, la soltó de inmediato. No quiso mirar a Adam a los ojos.

Antonia observó la mano de él, vio cómo sus dedos expertos manipulaban el cigarro. Siguió el movimiento de la mano hasta los labios y lo vio chupar. Fue un gesto indolente y de palpable sensualidad. Ella hizo lo mismo cuidando de evitar la mirada de él, percibió la sensación y el sabor en su boca y luego, de manera lenta e

indiferente, exhaló, manteniendo los párpados entornados para que el humo no le hiciera arder los ojos.

Cuando se sintió más segura echó una mirada a esos claros OJOS azules: en ellos no vio desprecio, pero tampoco admiración. Su semblante expresaba que él daba por seguro que Tony no tendría dificultades para fumar un puro. Fumaron en silencio observándose como de pasada. Savage aplastó su cigarro en una palmatoria de bronce y Tony hizo lo mismo, sintiendo el estómago algo revuelto.

-Muéstrame las granjas -propuso Adam, poniéndose de pie. A Tony no le agradó esa actitud de tomar el poder. Era evidente que Savage no la creía capaz de ocuparse de las necesidades de los arrendatarios y la consideraba inútil aunque, en ese momento, se sentía peor que inútil.

-Está bien -accedió Tony a desgana, sabiendo que tendría que ir deprisa al excusado a riesgo de caer en un absoluto oprobio-. Pide a Bradshaw que ensille a Neptune para mí y yo me reuniré contigo en el establo.

En cuanto Adam Savage cerró la puerta. Tony se apoyó en ella, cerró los ojos y gimió en sordina. ¡Que el diablo se llevara a ese hombre! Era como si le hubiese sido enviado a propósito para fastidiarla. Había algo en ese demonio dominador que desafiaba su orgullo. Ni por todas las joyas de la corona habría permitido ella que él supiera que jamás había fumado hasta ahora.

Pasó un momento horrible, segura de que iba a descomponerse. A duras penas tuvo tiempo de abrir la silla del retrete y acercar la bacinilla de Anthony cuando la acometieron unos fuertes vómitos. Por asombroso que fuera, cuando su estómago quedó vacío, la habitación dejó de girar. Se lavó las manos y la cara, tomó la vara de su hermano y bajó la escalera con gran vivacidad.

Al bajar, Tony vio la ansiedad reflejada en el rostro de su abuela. El señor Burke estaba en el vestíbulo, junto a la puerta principal, y también él llevaba impresa la preocupación en su semblante. Tony no se atrevió a abrir la boca. Pero cruzó los dedos y los alzó para indicar que, hasta el momento, todo iba bien. Si el destino le sonreía, podría resolver la situación.

Vio al hermoso caballo árabe de él junto a la entrada del establo, pero ni rastro de Adam Savage ni de Neptune. Entró, procurando no inspirar muy profundamente. Por lo general, el olor de los caballos y el estiércol no le importaban, pero ese día no estaba segura de poder evitar las bascas.

Vio a Savage y Bradshaw enzarzados en animada conversación, pero Neptune aún estaba sin ensillar. Cuando Tony se aproximó, Savage levantó una silla, se la dio y siguió conversando con Bradshaw. Ella entendió el mensaje: su tutor esperaba que un hombre joven, de diecisiete años, si sentía algún respeto por sí mismo, ensillase su propio caballo.

Antonia gimió para sus adentros. Sin duda, Adam Savage era el ser humano más masculino que ella había visto en su vida. Exudaba fuerza y potencia. Para él, sería lo más fácil del mundo alzar la silla hasta el lomo del caballo y sujetar los arneses necesarios para poder

cabalgar. Savage era de esos hombres que harían aflojar las rodillas de una muchacha. Si estuviese en el papel de Antonia, contemplaría sus poderosos músculos, agitaría las pestañas y observaría, conteniendo el aliento, cómo él ensillaba su cabalgadura. Como Anthony, no podía hacer otra cosa que forcejear con la maldita silla. Tony montó, por fin, sintiendo que el resentimiento hervía dentro de ella y, sin esperar, salió al parque.

Savage la alcanzó cuando ya galopaba por el campo.

-¿Has traído el árabe desde Ceilán?

-Sí. He traído dos, pero estoy buscando más. ¿Sabes de alguien que venda buenos caballos por aquí?

Tony negó con la cabeza y respondió:

-De sangre tan pura como éste, no.

Se sentía irritada: ¡bien sabría él que los árabes costaban una fortuna!

Al llegar a la primera granja, ataron sus caballos y echaron a caminar. Savage prestaba más atención a los animales y a las construcciones que a la pequeña casa de la granja. Tony lo presentó a Joe Bradley, y Savage hizo al hombre unas cuantas preguntas pertinentes.

-¿Podría criar más ganado si lord Lamb lo comprase para usted?

Escuchó la respuesta del hombre e hizo algunas sugerencias. Vio que dos muchachas contemplaban a Tony y murmuraban y se reían por lo bajo, y le preocupó que el joven tampoco prestase atención a las mujeres. Una de ellas fue lo bastante audaz como para saludar a Tony y le dirigió una mirada inconfundiblemente incitante. Tony respondió musitando, en tono contenido:

-Mary, ve a hacer tus cosas, estamos hablando de negocios.

Savage arqueó una ceja. Según recordaba, los muchachos de diecisiete años solían ser erecciones andantes; eran tan libidinosos que los gobernaban sus genitales. Al parecer, este par de muchachas estaban maduras como para gozar de ellos, y se consumían de pasión en vano por el joven lord Lamb. ¡Sin duda, el pene de Tony sólo servía para orinar!

Ya habían inspeccionado la segunda granja e iban de regreso a Lamb Hall cuando Savage dijo:

-Si esos dos arrendatarios cooperasen entre sí de modo que uno se concentrase en cultivos selectos y el otro en ganado, podían ser mucho más productivos y obtener mejores ganancias. Da la impresión de que el hijo de Harry Simpson es ambicioso. Podrían duplicar su producción el año próximo. Bradley, el otro granjero, tiene sólo hijas pero, de todos modos, a la larga sería rentable que tuviese un peón contratado. Para ganar dinero tienes que invertir dinero.

Tony prestaba atención a las sugerencias y, aun contra su voluntad, reconocía su mérito, aunque era natural pensar en gran escala cuando uno contaba con recursos ilimitados.

-No todos tienen tanto dinero como tú -dijo, en tono resentido.

Savage observó de reojo a Tony, montado en su bello animal, y lo consideró un tanto consentido. Como había nacido en medio de

privilegios, no sabía qué era el trabajo arduo ni las responsabilidades. Por cierto, él no le deseaba a nadie que sufriera hambre pero, por Satán, no le haría ningún daño probar un poco de trabajo duro y de responsabilidad. Savage soltó las riendas y extendió sus grandes manos callosas.

-Todo lo que yo tengo lo gané con estas manos. No he nacido con privilegios.

Y no fue necesario que agregase, «como tú». La tácita expresión era obvia. Del mismo modo, era muy evidente que ese hombre aborrecía los privilegios.

Tony tuvo una respuesta inmediata.

-O sea, que si tú hubieses podido elegir entre nacer con fortuna o ganártela, habrías elegido lo segundo. Savage sonrió:

-Has adivinado correctamente cómo soy.

Ante el impacto de esos dientes blancos y los claros ojos azules en contraste con la piel tostada, el corazón de Tony se detuvo unos instantes. Parpadeó un par de veces para cerciorarse de que no estaba soñando. La atracción de ese hombre era magnética, peligrosa. Ella ya lo había apodado como «el hombre que lo tiene todo». Había intentado evitar un encuentro con él, la atemorizaba pasar un tiempo aun mínimo con él, contaba los minutos hasta su partida y, ahora, de manera inexplicable, una parte de ella no quería que él se marchara. Sus sentimientos hacia Adam Savage eran completa y totalmente contradictorios.

Desmontaron en el establo, Savage quitó la montura a su caballo y lo almohazó. Tony hizo lo mismo. Se lavaron las manos en un cubo, en el mismo establo, y luego se encaminaron juntos hacia la casa.

-Esta vez no puedo quedarme. Tengo muchos negocios que atender en Londres y aún no he estado en Edenwood.

-Edenwood -exhaló Tony con acento reverente, y en sus ojos apareció una expresión soñadora.

-Es la casa que he hecho construir en Gravesend.

-¡Sí, lo sé! He ido a verla muchas veces. James Wyatt es un arquitecto genial.

Adam vio y oyó la nota apasionada en la voz del joven, y le pareció insólito que un muchacho abrigase un sentimiento tan fuerte hacia la construcción y el diseño.

-¿Te gustaría ser arquitecto?

-¡Ya lo creo! Tengo montones de libros sobre el tema. No sólo me interesa el exterior sino también el diseño de los interiores. Londres desborda de los más grandes artistas y artesanos del mundo. Tal vez, como has estado tanto tiempo lejos de Inglaterra, estos nombres pueden no significar nada para ti, pero tenemos a Thomas Sheraton, George Hepplewhite, Robert Adams y Thomas Chippendale.

-Bien, ya veo que tenemos un interés en común. Mi padre era ebanista y aprendió con Chippendale.

-¡Oh, es maravilloso! -Tony hizo una pausa y cambió de semblante-. Veo que te refieres a él en pasado…

El semblante de Adam Savage se oscureció.

-La pobreza lo mató tempranamente -dijo, y luego cambió de tema—. Estoy a punto de comenzar a amueblar Edenwood. ¿Qué te parecería ayudarme brindándome tu experiencia en la materia?

Tony sintió deseos de precipitarse sobre el ofrecimiento, pero la hicieron vacilar las numerosas trampas que podrían surgir.

Savage percibió su renuencia.

-Lamb Hall es encantador pero, para serte sincero, creo que necesitas un cambio. Deberías pasar más tiempo en Londres con hombres jóvenes de tu edad y también con mujeres jóvenes -añadió, con intención-. Hay todo un mundo que vive ahí fuera. ¿Acaso no sientes impaciencia por conocerlo? ¡Cuando yo tenía tu edad estaba dispuesto a comérmelo!

Tony sintió el desdén de Savage y temió que considerase cobarde y falto de cualidades viriles a Anthony Lamb. De pronto, se vio asaltada por un deseo avasallador. ¡Por todos los cielos, ella le demostraría qué clase de hombre podría ser!

Cuando entraron en la casa, Tony llamó al señor Burke, le dirigió una mirada expresiva y dijo:

-Ayúdame a hacer mi maleta; me marcho a Londres.

Roz coqueteaba con Adam Savage como si fuese una muchacha joven. Mientras Tony y el señor Burke desaparecían en la planta alta, Adam se le confió:

-Lady Randolph, creo que he logrado deshacerme de la insalubre melancolía de Anthony. Ha aceptado venir conmigo a Londres para ayudarme a elegir los muebles que llevaré a mi casa nueva, en Gravesend.

Roz pensó que, tal vez, Savage hubiese obligado a Antonia, pero descartó de inmediato la idea casi de inmediato, pues conocía la pasión de su nieta por Edenwood. Y aunque fuese muy poco correcto que ella se marchara sola con él, intentar evitarlo podía despertar sospechas.

-Estoy segura de que se quedará usted a cenar antes de partir -dijo Roz, tratando de ganar tiempo.

-Gracias -respondió él, distraído, con su cabeza en otra parte-. Lady Randolph, Anthony me parece bastante poco mundano para ser un muchacho de diecisiete años.

Roz se mordió el labio.

-Bueno, verá, los gemelos se disponían a ir a Londres a pasar la temporada pero, cuando nos enteramos de lo de Russell, el viaje quedó suspendido, lógicamente.

-Lord Lamb está por entrar en la virilidad y, según mi experiencia, a los muchachos les va la mar de bien salir un poco de juerga antes de asentarse y asumir sus responsabilidades como hombres. Dado que Russell me ha nombrado tutor legal de Anthony, me siento seriamente responsable de él.

-Eso es digno de admiración, señor Savage. Estoy segura de que estará muy bien en sus manos. —Desde luego, Roz no creía semejante cosa: jamás había conocido a un hombre tan mundano. Tembló pensando en las cosas que podría enseñar a Antonia. ¡Por Dios, qué lío!-. Ah, aquí está el señor Burke. Por favor, sirva una copa al señor

Savage antes de la cena. Yo iré un momento arriba a dar un recado a Anthony para los criados de la casa.

-Oh, Roz, espero poder llevar esto adelante. Es el hombre más dominante y exasperante de la tierra, y además tiene opinión formada sobre cualquier tema. Piensa que mi educación ha sido muy descuidada y parece muy dispuesto a enseñarme ciertas cosas o, mejor dicho, a enseñarlas a lord Lamb. Y tengo la intención de absorberlo todo como una esponja... ¿Sabías que empezó de la nada? Todo lo que tiene ahora lo ha conseguido con sus propias manos.

-Bueno -bromeó Roz-, no cabe duda que te tiene comiendo de ellas.

-¡Eso no es verdad! He sido absolutamente franca con el. Le he dicho en su cara que se ha mostrado frío e indiferente a mi dolor y que lo detestaba.

-¿Y cuál ha sido su reacción? -preguntó Roz, conteniendo el aliento.

-Dijo que teníamos que tratar de soportarnos mutuamente. Quizá sea buena idea que tú te vengas a la ciudad un par de días.

-Oh, querida, es una idea magnífica. Sabes que no es nada correcto que estés sola con él.

-Oh, Roz, claro que no. Cree que soy un hombre... Bueno, no un hombre sino un niño, un niño muy inmaduro, para serte sincera.

-Pero tú no eres varón, eres mujer, y Adam Savage es el hombre más espectacularmente atractivo que vayamos a ver en nuestra vida, sin duda.

-Sí, por Dios, ese hombre lo tiene todo. ¿Así que tú tampoco eres inmune a su magnetismo?

-Yo soy una mujer mayor. Tú, en cambio, eres muy vulnerable, querida. Cuídate de no enamorarte y caer bajo su hechizo. No puedo creer que tu madre lo haya dejado escapar.

A Antonia la escandalizaron las ideas de su abuela. Intentó ponerse en el lugar de Roz y luego en el de su madre para ver a Savage a través de los ojos de ella. Los rasgos de Adam eran tan masculinos que parecían haber sido tallados con un hacha en la caoba más oscura. Su largo pelo negro azulado tenía unos rizos que daban ganas a una mujer de soltarlo de su correa de cuero y pasar los dedos entre sus hebras. Tony quería revolverlo para saber si su textura era sedosa o áspera y pegajosa. Los planos de su cara eran anchos, la nariz y los pómulos, prominentes, la mandíbula cuadrada, de sesgo obstinado y audaz.

Su cuerpo era alto y poderoso, los hombros muy anchos, sus piernas parecían jóvenes robles. Sus manos, fuertes, morenas y muy atractivas. Tenía una actitud de suma confianza en sí mismo y ella sabía que no era debida a su riqueza. Venía de lo más hondo de sí mismo. Bastaba una mirada para percibir que era tenaz, decidido, resuelto, de fuerte voluntad, de indoblegable dureza y curtido. Y, por añadidura, era apuesto como el pecado. Lo que más cautivaba en él eran sus ojos azul hielo, tan asombrosos en la cara cobriza. Eran capaces de congelar a una persona al instante.

Antonia exhaló un fuerte suspiro, convencida de que era devastadoramente deseable visto con los ojos de una mujer de cualquier edad; sospechó que las mujeres que habían hecho el papel de tontas por él harían legión.

CAPÍTULO 14

Ya estaba anocheciendo cuando los dos jinetes llegaron a Edenwood. Tony no había visto la casa terminada, y verla le dejó sin aliento. Durante un instante, se preguntó cuál sería la reacción le Adam Savage cuando le presentaran las cuentas por los costosos mármoles importados, los azulejos pintados a mano y los demas agregados que ella había propuesto. Pero luego se encogió de hombros. Después de todo, las ideas habían sido de Antonia; él no podía, de ninguna manera, echarle la culpa a lord Lamb.

En el vasto establo con una fuente en el centro para abrevar a los caballos se alojaba un magnífico par de caballos bayos de tiro, y quedaban docenas de cuadras libres para alojar a los caballos que montaban. Tony agradeció a los astros haber aprendido a atender a su caballo, algo que, en realidad, era un talento poco común en una dama. Savage consideraba que un hombre debía poner las necesidades de su caballo por delante de las propias.

En la puerta principal salió a recibirlos una criatura de aspecto exótico, enfundada en un sari de seda de color de orquídea claro. Tenía los brazos cargados con los altos lirios azules del jardín. Les sonrió con timidez e hizo una reverencia.

-Bienvenido al hogar, amo. Edenwood parece un palacio. Y las flores son extrañas pero muy bellas.

Savage la hizo erguirse, y ella se llevó su pequeña mano a los labios.

-Esta es Kirinda, Tony. A veces, la llamamos Flor de Loto. Adam observó la reacción de Tony a la adorable joven y, al ver que él la contemplaba con gran curiosidad, disimuló una sonrisa. Si a Tony no lo excitaba esa hembra tentadora, el muchacho no debía de ser normal.

El claro suelo de mármol que empezaba afuera se extendía hasta el vestíbulo de recepción, que se asemejaba a una cátedra Al ver a Adam, el loro alzó su pequeña cresta y chilló:

-¡Salvaje! ¡Pecador! ¡Carne del infierno!

-Este es Rupia -informó Adam a Tony.

-A que adivino —dijo Tony, riendo—: eso es lo que pagaste por él.

Savage asintió:

-Me habían robado.

Kirinda comenzó a encender las velas y las lámparas con una larga cerilla. Se movía en silencio y con tanta gracia que era un placer observarla. La luz caía sobre el color crema del mármol y destacaba sus finas vetas doradas. James Wyatt había elegido bien.

-Nada de tigres de Bengala -dijo Tony con humor-. Y yo creí que todos los ingleses que iban a la India eran grandes cazadores.

Savage le disparó una fría mirada de sus ojos azules.

-Yo cazo por necesidad, y no me quedo con los trofeos.

Se adelantó un nativo de inmaculadas vestiduras blancas y turbante con un rojo rubí. Elevaba una bandeja de plata con dos vasos pequeños.

-Este hombre es mi mano derecha. John Bull, quiero presentarte a lord Anthony Lamb.

-Buenas noches, excelencia, buenas noches, milord. He esperado muchos años para venir a su amado país. Es para mí un gran honor conocer a un caballero inglés del reino.

Tocó sus rodillas con el turbante.

-Oh, por favor, John Bull, no me haga reverencias. Yo me inclino ante usted. Usted tiene mucho más mérito que yo.

-¿Mérito? -preguntó él, desconcertado.

Savage prestó atención a lord Lamb, temeroso de que se mostrara condescendiente. Pero Tony fue sincera:

-Estoy seguro de que su lengua materna no es el inglés y, sin embargo, lo domina a la perfección.

La expresión de John Bull fue radiante.

-Y su esposa es una de las mujeres más encantadoras que he visto jamás.

La expresión de John Bull se volvió sombría.

Savage estalló en carcajadas.

-Ambas observaciones han dado muy lejos del blanco.

John Bull no hizo caso del comentario de Savage y le lanzó una reprimenda.

-No lo esperábamos, excelencia. He preparado una comida que es apta para usted, pero no para un lord del reino. Más aún, no tenemos camas suficientes.

-Dios santo, John Bull, eres rígido como una camisa almidonada. A Tony y a mí nos importan un comino las camas. Dormiremos en el suelo. Tony debe ser tratado como uno más de la familia. ¿Dónde está Jeffrey Sloane?

-Está muy ocupado con sus papeles. Está trabajando en la planta alta, en la biblioteca. No quisiera echar una sombra de duda sobre su integridad, excelencia, pero debo hacerle saber que paga cualquier precio que le pida un comerciante por sus mercancías.

-Gracias por comunicármelo, John Bull. Tony, acomódate como en tu casa. Yo iré arriba a hablar con Sloane y luego te llevaré a recorrer la casa.

-Debe usted disculpar al patrón; le desagradan mucho las formalidades. Pero yo he conocido a su madre, y creo que la memsahib se escandalizaría si supiera que el Leopardo pretende que usted duerma en el suelo.

-Ya hace más de diez años que no veo a mi madre. ¿Cómo es ella? -preguntó Tony con cierta nostalgia.

-Ah, es muy bella. Parece una reina inglesa.

Tony sonrió. No tenía dudas de que John Bull no había visto a la reina, pero comprendió que la belleza legendaria de su madre era real.

-¿Por qué lo llama Leopardo?

-Así lo llama su gente en Ceilán. Su plantación se llama Leopards Leap.

-¡Eso es fascinante! ¿Me contará acerca de la plantación, John?

-Lo intentaré, su señoría, pero el que resulta fascinante es su país.

-Haremos intercambio de información. En la casa de la calle Curzon tengo algunos libros que le interesarán. John Bull hizo girar los ojos.

-He causado una pésima impresión en la calle Curzon. He llamado señora cerdo a la señora Hogg.

Tony rió, encantada.

-Ahora que lo pienso, tiene rasgos bastante porcinos y modales acordes. En ocasiones, las personas hacen honor a su nombre, como en el caso de Flor de Loto. Le pido disculpas por haber supuesto que era su esposa.

-Un loto no es más que un simple lirio acuático -argüyó él-. Ella es la doncella del amo.

Tony se avergonzó de su propia ignorancia. Qué cabeza de chorlito. ¡La exótica muchacha era la concubina de Adam Savage! Sintió una punzada de celos. De pronto, la elegante escalera atrajo su mirada: Savage descendía por ella, y Antonia entendió por qué su gente lo llamaba Leopardo. Verdaderamente, él también hacía honor a su nombre. De pronto, sintió timidez y se volvió instintivamente hacia John Bull.

-Le ofrezco a usted mi amistad por lo que pudiera valer.

-¡Ah, milord, eso no tiene valor para mí!

-Quiere decir que no tiene precio -aclaró Adam en voz baja, contento de que el joven Lamb fuese tolerante y careciera de prejuicios,

Tony rió francamente.

-Nunca había notado lo ridículo que es el idioma inglés. Sin valor y sin precio deberían ser sinónimos.

-Todavía queda suficiente luz; podremos echar un vistazo al campo. Dejaré el recorrido completo de la casa para mañana. No quiero perderme un solo detalle.

Savage abrió la marcha hacia los jardines, donde habían trazado pulcros senderos y canteros con flores. Fueron caminando por entre la hierba salpicada de margaritas, que pronto se convertirían en prados de recortado césped. Llegaron a un grupo de tejos silvestres que habían sido dispersados para formar un camino entre ellos.

-Esto es espléndido -dijo Adam-. ¡Cuánto he echado de menos estos árboles!

-Sin embargo, ¿qué es una plantación si no árboles? -dijo Tony.

-Me has entendido mal. En la India hay árboles magníficos: caobos, ébanos, teca, caobos satén. Y eso fue lo que me atrajo a la India. En la plantación utilizamos dadaps, un árbol nativo de la India, y eucaliptos, para dar sombra a los arbustos del té, que son muy delicados. Quise decir que echaba de menos los árboles de aquí.

Al salir del otro lado del sendero de tejos vieron un pequeño lago que se extendía ante ellos; en su superficie se deslizaban un par de cisnes negros. La belleza del paisaje hizo a Tony contener el aliento.

-¿Ceilán es tan hermoso como esto?

-Igual de hermoso, a su propio modo, exótico y silvestre.

Había comenzado a caer la oscuridad. Los rodeaban profundas sombras. El cielo azul marino y las siluetas negras de los árboles se reflejaban en el lago y, en medio del silencio del anochecer, se oía croar a las ranas y, más allá del parque densamente arbolado, el fluir del río Támesis. De repente, el grito nocturno de una garza flotó, fantasmal, sobre el agua y los dos al mismo tiempo alzaron sus cabezas para ver si la divisaban.

La voz profunda de Adam, a Antonia le pareció que sonaba como terciopelo oscuro.

-Al anochecer, en Leopard's Leap, yo tenía la costumbre de ir al borde del lago para ver cómo el día daba paso a la noche. Cuando se pone el sol, el búfalo de agua sale de la frescura del lago y el lugar se llena de monos que chillan y parlotean en las ramas bajas de los árboles. Nubes de mosquitos vuelan sobre el agua y saltan para comérselos los peces que, a su vez, son comidos por los cocodrilos. Los pequeños monos son tan descarados que se acercan todo lo posible a los reptiles como si los desafiaran a ser parte de su cena; y a veces, lo son. Hay más polillas que mariposas, y algunas de ellas miden más de treinta centímetros de envergadura. Los perfumes nocturnos son tan embriagadores que te arrebatan los sentidos: jazmín, alcanfor, granada... El ambiente está colmado por la música de la noche: el batir de un millón de alas de murciélagos, el grito de guerra del chacal, los gruñidos de los felinos de la selva. Yo esperaba pacientemente a que saliera la luna y, a menudo, avistaba a un leopardo que bajaba a beber. Son animales que tiene la habilidad de aparecer de pronto y luego, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecen.

El brillante cuadro que describía hizo comprender a Antonia el gran amor que aquel hombre sentía por Ceilán.

- Lo echas de menos.

- Sí, pero no tanto como echaba de menos a Inglaterra.

Se creó un momento lleno de magia. Él la había trasladado a ella a otro tiempo y a otro lugar. Era como si estuvieran solos en el universo. Tenía tantos deseos de que él la tocara que sintió debilidad. Él estaba de pie a pocos centímetros, detrás de ella, y ella tuvo ganas de apoyarse en él para sentir su fuerza. Lo imaginó besándola con mucha suavidad en la nuca. Se estremeció sin querer.

Algo se zambulló en el agua.

-¡Eso era un murciélago! –exclamó Tony, saliendo de su fantasía-. ¿En Ceilán hay murciélagos como los nuestros?

Savage se rió por lo bajo.

- No, hay murciélagos de la fruta. Se atracan con la fruta de un árbol llamado kong hasta que caen, como borrachos. Son incapaces de actuar con moderación. Quizás en eso radique la diferencia de actuar con moderación. Quizás en eso radique la diferencia entre los dos mundos: Inglaterra es moderada. En Ceilán, en cambio, todo es gloriosamente excesivo.

Antonia recordó esas palabras de Savage cuando, ya de vuelta en a casa, Kirinda se mostró ante él y le preguntó con gentileza:

-Amo, ¿está listo para el baño?

-Sí. -Se volvió hacia Tony—. ¿Quieres reunirte con nosotros en la piscina?

Tony no se había horrorizado de aquella manera en toda su vida y no pudo evitar reflejarlo en su cara.

-Me miras como si fuese un rufián de Malabar. En Oriente es costumbre bañarse y no sólo lavarse. Llega a ser muy placentero. Me gustaría que probaras diversas cosas de diferentes países. Espero, Tony, que no seas tan estrecho de mente como para no aceptar nuevas experiencias.

-Claro que no -dijo Tony sin convicción-. Es que no quisiera, por nada del mundo, arruinar lo que quizá sea un rito prívado entre tú y Flor de Loto.

Aunque le parecía absurdo, Savage empezó a dudar de que el nuchacho hubiese estado alguna vez desnudo con una mujer.

-¿Ya habéis abierto todos los baúles? -preguntó a Kirinda-. Entrega a milord una de mis batas y llévalo al otro cuarto de baño. John Bull no nos dará de comer si no estamos limpios.

«No quisiera, por nada del mundo, arruinar lo que debe ser un rito privado entre tú y...» Por Dios, ¿cómo se le habría ocu-rrido semejante frase? Hizo un esfuerzo desesperado para apartar de su mente las imágenes de ese «rito privado», pero no tuvo éxito. En realidad. Tony no había pensado qué aspecto tendría aquel hombre bajo sus ropas. Ahora, en cambio, empezó a desnudarlo mentalmente. Intentó bloquear las imágenes con tenaz desesperación y sólo logró que se tornasen más claras y persistentes. ¿Qué aspecto tendrían esos anchos hombros cuando se quitara la camisa? Estaba segura de que tendría unos músculos notables. ¿Tendría el pecho tan bronceado como el rostro y las manos? Su mente no concebía a un Adam Savage pálido. En cierto modo, estaba segura de que estaría bronceado. Sin duda estaría cubierto por una devastadora mata de vello negro. Estaba segura. Ya había entrevisto los gruesos músculos de sus muslos enfundados en sus ceñidos pantalones y sólo requería un poco de imaginación adivinar el resto de las piernas desnudas.

Antonia nunca había visto a un hombre desnudo. Por supuesto, no ignoraba que el macho de la especie poseía un órgano sexual muy diferente de sus partes pudendas, pero su imaginación intentó no concebirlo. En verdad, era demasiado inocente para evocarlo a él tal como sería más abajo del cinturón. Lo vio en su mente dentro de la piscina, con la desnuda Flor de Loto, y sus mejillas ardieron con tal intensidad que cerró los ojos rogando recuperar un poco de compostura. En el plazo de un día, desde que había conocido a Adam Savage, había sido asaltada por los pensamientos sobre los hombres más perturbadores de toda su vida anterior. ¿Qué diablos le pasaba?

Era como si su apariencia exterior masculina hubiese revolucionado sus pensamientos y su cuerpo hasta volverlos más femeninos que nunca. De pronto, sus pechos y su pubis se pusieron

exageradamente sensibles. Avergonzada, admitió para sus adentros que, cada vez que Savage estaba cerca de ella, sentía cosquillas en tan perversas partes de su cuerpo. ¡Maldito fuera aquel moreno demonio!

Tony pudo elegir entre una variedad de batas que le presentaba la hermosa mujer cingalesa. Una era de seda negra bordada con dragones dorados, la otra, hecha de una fibra que, por su textura y su color, semejaba un tejido de finas cuerdas. Tony escogió esta última. Era muy larga, pero se enrolló las amplias mangas dejando al descubierto sus manos. La bata rozaba el suelo cuando caminaba pero, como era bastante alta, no se arrastraba tanto como para hacerla tropezar. Se bañó sola, lo más rápido que pudo. Tuvo buen cuidado de no mirar su propio cuerpo y se enfundó en la bata en cuanto se secó.

La comida fue deliciosa. John Bull les sirvió cordero al curry sobre un aromático lecho de arroz con azafrán. En las mismas fuentes había extrañas verduras y frutas y suculentos dulces con sabor a almendras, dátiles y coco, pasados por miel. El té en aromático y sabía a naranja. Tony supo, aun sin preguntarlo, que provenía de Leopard's Leap.

-No recuerdo cuánto hace que no disfrutaba tanto una comida-dijo Tony, elogiando a John Bull, quien sonrió, satisfecho.

-Sírvenos una copa de coñac -ordenó Savage.

Él llevaba la bata negra con los dragones. Sólo le llegaba a las rodillas y dejaba al descubierto sus pantorrillas musculosas y bronceadas, lo mismo que sus pies descalzos, más perturbadores de lo que Antonia había imaginado.

John Bull entregó a Tony una de las copas, que ella no vaciló en aceptar. Otra cuestión sería si bebería o no su contenido. Cuando sirvió a Adam, John Bull dijo:

-Ahora que estamos en Inglaterra, no es correcto que duerma usted en el suelo, excelencia.

Savage respondió:

-Como siempre, estás en lo cierto, John Bull, pero lo pensaré mucho antes de elegir mi cama. Una cama debe ser casi como una extensión de uno mismo. La cama es el objeto más personal de los muebles de una casa. Es para dormir y para hacer el amor. Yo la compartiré con mi esposa. Mis hijos serán concebidos en ella; quizá también nazcan allí. Tiene que ser agradable a la vista, cómoda para el cuerpo y lo bastante amplia para retozar. Te prometo que, cuando vaya a Londres, las camas serán lo primero que buscaré. Entre tanto, ¿puedo pedirte que te tomes la molestia de extender un par de alfombras hindúes para nosotros, en el dormitorio principal?

Tony vio que John Bull hacía una profunda reverencia y un estremecimiento de pánico la sacudió. ¡Él esperaba que ella durmiese en la misma habitación que él!

Savage abrió la marcha hacia la balaustrada y se sentó sobre la baranda de piedra. Tony lo imitó y apoyó su copa junto a ella. Adam sacó su pitillera de oro del bolsillo de su bata de seda y le ofreció un fino cigarro.

-El segundo no te provocará náuseas -aseguró él sin alterarse, asombrándola con su perspicacia.

Por Dios, tenía que estar alerta con este hombre. Era demasiado perspicaz, demasiado astuto. Bastaría un solo desliz de su parte para que adivinase que ella era una mujer. Tenía que recorlar balancearse cuando caminaba, apoyarse en los muebles cuando estaba de pie, y sazonar sus frases con juramentos. Tony bebió un gran sorbo de coñac, y el cielo le concedió la gracia de no ahogarse. De repente, sintió como si una rosa roja como la sangre floreciera dentro de su pecho, y empezó a relajarse de tal nodo que se sintió flotar.

-Me habría sido útil que me pusieras al día con las costumbres actuales en Londres, pero tienes tan poco mundo que tendremos que aprenderlas juntos.

En su tono no se percibía censura, sino el reconocimiento de un hecho. ¿Cómo podía ella ofenderse por las cosas insólitas que le decía? Tony nunca en su vida había conocido a una persona como Adam Savage; sin embargo, estaban sentados en amable compañía mutua, fumando y bebiendo coñac, como si lo hubiesen hecho toda su vida.

-Yo creía que el licor estaba prohibido en la India -comentó Tony.

Contempló la espiral de humo azulado que se perdía en la oscuridad y oyó la voz de él, suntuosa como el terciopelo.

-Nunca ha habido una época en que no se hayan consumido drogas en Oriente. Para el sibarita, la droga confiere mejor calidad al ocio. Los místicos indios utilizan narcóticos para ensanchar las puertas de la percepción. Los narguiles se usan para inhalar tabaco fragante mezclado con hachís. Las bebidas alcohólicas y las otras drogas tienen como finalidad intensificar la sensualidad para alcanzar una sexualidad más plena. La poesía y las canciones orientales están llenas de comparaciones entre la locura del amor y la de la embriaguez. Son comunes las cajas de marfil con amapolas pintadas, destinadas a contener opio.

Era un tema tan pecaminoso que ella no debería escuchar; sin embargo, ¿cómo haría para aprender si no abría sus oídos y su mente?

-¿Tú estás familiarizado con las drogas? -preguntó, entre fascinada y horrorizada.

-Sí, desgraciadamente.

Aunque impresionada, ella captó el arrepentimiento en su respuesta.

-Hasta yo sé que el opio es atrozmente nocivo -dijo Tony.

Por más que procuró no emitir un juicio de valor, no pudo evitar que se desprendiera cierto reproche de sus palabras.

-Es un alivio para mí que lo sepas. De todos modos, intenta ser objetivo. Todo lo que existe bajo el sol puede ser tanto bueno como malo. Utilizado en medicina, el opio puede ser una gracia de Dios. No quisiera ni imaginar la posibilidad de que me cortasen una pierna sin poder recurrir a él.

Tony arrojó su puro por encima de la balaustrada:

-¡Yo no quisiera ni imaginar que me cortasen la pierna de ningún modo!

Rieron los dos juntos, tras lo cual Adam Savage se puso de pie y se estiró. Volvieron hacia la casa, cada uno sumido en sus propias reflexiones.

Para Tony, él era una fuente de información como cualquier maestro o padre; sin embargo, las cosas que él le había dicho no eran las que un maestro o un padre se atreverían a mencionar.

Cuando entraron en el amplio dormitorio, Tony volvió con sus pensamientos al presente. ¿Cómo sería posible que durmiera en el suelo? Ella sabía perfectamente que Savage lo había propuesto con la idea de endurecer al consentido lord Lamb. Se alegró de que no encendiera las velas.

La luz de la luna brillaba a través de las ventanas sin cortinas revelando una espesa alfombra hindú y, sobre ella, un cojín adornado con borlas. Antonia se dejó caer en el suelo y se estiró, rígida, con sus brazos detrás de la cabeza, como le había visto hacer a Anthony. El coñac le había caldeado la sangre y no necesitaba manta.

Los párpados de Tony comenzaron a bajar aun cuando estuviese compartiendo la habitación con un hombre desconocido. En cuanto sus OJOS se cerraron, se acurrucó, abrazó el cojín y se precipitó de cabeza en el sueño.

Antonia anhelaba algo, aun sin saber de qué se trataba; el anhelo era doloroso a fuerza de ser tan intenso. Ella estaba disfrazada, pero no de hombre sino de cisne. Un cisne negro. De pronto, apareció un leopardo no se sabe de dónde. Ella se deslizó por la superficie del lago pensando huir, pero el leopardo nadó tras ella. En ese momento, ella se convirtió en una leopardo hembra. El potente macho que nadaba hacia ella era su compañero: él era lo que ella había estado anhelando. Pero antes de que él pudiese alcanzarla los cisnes negros se convirtieron en figuras pintadas sobre azulejos, el lago se convirtió en la piscina y el leopardo en Adam Savage.

Él estaba sumergido en el agua hasta la cintura, los músculos de su pecho bronceado brillaban, salpicados de gotas iridiscentes. Él le tendió su mano:

-¿No quieres venir conmigo?

Ella se resistió. ¡Si se quitaba la bata él iba a saber que ella era mujer!

La atraían los ojos de él, más azules que el agua. Ella ansiaba ir hacia él. Lo era todo para ella: maestro, padre, hermano, amado, protector, dios. Era una fuerza masculina que lo abarcaba todo y a la que ella no podía resistirse. La bata cayó a sus pies y ella entró en la piscina entre las flores de loto que flotaban en el agua.

Deseaba que él la envolviera en sus brazos poderosos, pues sabía que, rodeada por ellos, nada podría hacerle daño jamás, Pero él comenzó a bañarla. Ella se cubrió los pechos con las manos para ponerlos a salvo de la llama azul de sus ojos. Entonces él, con firmeza y suavidad a la vez, se las apartó.

-No hay nada de qué avergonzarse en el cuerpo desnudo.

Su voz, suntuosa como el terciopelo, la impulsó a dejar que las manos de él recorrieran su cuerpo. La palma de su mano se ahuecó

sobre el pecho de ella. La sensación que le produjo esa fuerte mano bronceada la hizo jadear. Los ásperos callos le raspaban su piel de seda, y descubrió que le gustaba esa aspereza. Del agua salía una grata fragancia, y ella podía sentir el calor del cuerpo de él pero no podía ver los miembros de él, que quedaban debajo del agua. Él le lavó los hombros, la espalda, los pechos.

-¿Cómo pudiste ocultarme esto? -le preguntó.

-Te he mentido -confesó ella-. No soy Anthony, sino Antonia.

La carcajada del hombre fue salvaje.

-Yo también te he mentido. Soy el rufián de Malabar. Quisiera que experimentaras diferentes cosas de diversas tierras. No serás tan estrecho de mente que no estés abierto a nuevas experiencias ¿verdad, Tony?

-Claro que no -respondió ella, sin convicción.

El la llevó en brazos hasta la enorme cama con forma de cisne. Estaba tendida con sábanas de seda negra bordadas de dragones dorados. Ella sabía que él también estaba desnudo; sin embargo, todavía no había visto cómo era su cuerpo bajo su cintura. Sus brazos fuertes la atrajeron hacia la cama con él, y la hizo tenderse encima suyo. Sus pechos suaves quedaron aplastados contra la dura losa de su pecho. Sentía los muslos masculinos debajo de los suyos como si fuesen de mármol. Todo en él era duro: sus manos, su cuerpo, su boca.

De pronto, abrió los ojos y supo que había tenido un sueño erótico. Tenía la mejilla apretada contra los largos pelos rojos, azules y dorados de la alfombra hindú. A sus narices ascendió un remoto olor a incienso. En lugar del cuerpo de Savage, lo que aplastaba sus pechos era el duro suelo. Antonia hizo una honda inspiración y exhaló un suspiro de alivio aunque le quedaba un extraño anhelo que no podía disipar. Su pecaminoso cuerpo ansiaba el toque áspero de un hombre. De aquel hombre.

Antonia tuvo muchas dificultades para volver a dormirse. Temía volver a tener otro sueño erótico; aun así, eso era mejor que quedarse despierta junto a él toda la noche.

CAPÍTULO 15

Cuando abrió los ojos otra vez, casi la cegó el sol que entraba por las largas ventanas de la habitación desnuda. Alguien la llamaba a gritos por su nombre.

-¡Tony! Ven a echar un vistazo a este espléndido cuarto de baño a la luz del día. ¡Que el diablo se lo lleve, apuesto a que jamás has visto algo igual!

Tony se puso de pie lentamente. Le dolían todos los huesos, Savage, con una toalla alrededor de las caderas, la prominente barbilla cubierta de espuma y enarbolando una navaja de peligroso aspecto, apareció en la entrada.

-Ya es hora de que te unas al mundo de los vivos: son más de las seis -protestó Adam.

-¿Las seis? Caramba, yo pensé que era mediodía, por lo menos.

«Señor, ¿dónde estará el señor Burke con su chocolate?», pensó la muchacha, llena de nostalgia.

-No tendrás resaca de coñac, ¿verdad? Si la tienes, conozco un remedio infalible.

-No, no -negó Tony sin fuerzas-. Tengo una cabeza condenadamente buena para el licor.

El torso desnudo de Savage envuelto en la toalla exhibía uní belleza masculina asombrosa. La imaginación de Antonia no le había hecho justicia. En adelante, por el resto de su vida, cada vez que imaginara a un hombre desnudo, éste sería Adam Savage con una toalla resbalándose por las caderas. Para su horror, se sorprendió fantaseando con lo que podría haber debajo de la toalla. La mata negra que había imaginado existía. Su recorrido se prolongaba bajo la toalla en una línea que iba estrechándose y que atraía los ojos y los sentidos hacia el centro de su virilidad. Y si bien ella no podía imaginársela, la atraía con su calidad de prohibido, llenaba su fantasía de perversos pensamientos.

El se volvió y ella pudo ver con toda claridad que la línea de su bronceado terminaba en su esbelta cintura. Más aún; vio la leve hendidura donde comenzaban sus nalgas y descubrió que la parte posterior de un hombre era completamente distinta a la de una mujer. Las nalgas de él eran pequeñas, planas y duras. Se sentía atraída por él como si estuviese hipnotizada.

El sol entraba a raudales por los cristales de la claraboya y formaba una miríada de arcos iris diminutos que bailoteaban en todas las superficies. La pared estaba cubierta de espejos venecianos y, en consecuencia, el recinto parecía duplicar su tamaño. El agua de la piscina chispeaba con un azul verdoso tan brillante que Tony tuvo que entornar los ojos, deslumbrada por su reflejo.

-Mira estas miniaturas que han pintado: son exquisitas -se entusiasmó Savage.

Garzas azules, ibis, airones del color de la nieve, pequeñas gaviotas y patos mandarines, anidados entre las cañas, estaban distribuidos al azar por las paredes e impresos en el suelo. Tony vio un cisne negro y, de inmediato, recordó su sueño. Para disimular su embarazo, dijo:

-Los ha pintado Maximilian Robín, en el Shepherds Market.

-Nomen est ornen, el nombre marca el destino, y como Robin es un petirrojo... -comentó Adam.

Tony no pudo menos que aplicar ese refrán al propio Adam: el apellido Savage lo describía a la perfección. ¿También sería una indicación de su naturaleza? Observó la mano morena que deslizaba la navaja pulcramente por su mandíbula. Escudriñándola con sus ojos perspicaces, él le preguntó en tono irónico:

-¿No te afeitas todavía?

-A... a veces -mintió ella-. En realidad no lo necesito -agregó ella, sin fuerzas.

-Nunca lo necesitarás si no empiezas.

Antonia detectó un matiz de disgusto en su tono.

-Cuando yo tenía tu edad me dejé la barba -abrió un neceser de cuero y sacó una navaja con cachas de nácar-. Te la regalo, Procura usarla bien.

Tony la aceptó pensando que le serviría para cortarle el cuello a Savage. Con renuencia, tomó el jabón de afeitar y empezó a formar espuma. Mientras tanto, él la miraba con tanta atención que le daban ganas de gritarle. Sintió un gran temor de que le brotasen patillas si se afeitaba.

Antonia usaba ropa de hombre, se había cortado su largo pelo hasta la cintura, hasta había fumado, ¡pero prefería condenarse antes que provocar la aparición de barba en su cara! Remoloneó, procurando ganar tiempo con la esperanza de que él se marchara y, así, poder enjuagar la espuma de su rostro. Pero Savage estaba aguardando a ver cómo manipulaba ella la hoja de acero.

A desgana, la levantó y estiró la piel de su mejilla como le había visto hacer a él. En cuanto la afilada hoja tocó su piel, se cortó.

-¡Mierda! -exclamó.

Savage puso los ojos en blanco sin poder creerlo.

-Cuando hayas terminado, limpíate detrás de las orejas... todavía tienes mojado ahí -se burló él.

Adam se marchó y ella hizo una fea mueca a sus espaldas. Le habría gustado borrar el desdén de su semblante cuando la miraba, aunque sólo fuese por una vez.

John Bull había lavado y almidonado la camisa y la corbata de Tony. Nunca había visto una ropa tan bien lavada. Se lo agradeció y le felicitó.

-Es que su excelencia es muy exigente. Edenwood necesita muchos sirvientes; una cocinera, una lavandera...

-No creo que pueda hallar a alguien que iguale sus habilidades, John Bull.

-Ah, ya lo veremos. Hoy debo emplear a varias doncellas.

-Criadas —corngió Tony.

-Doncellas, criadas... ¿cuál es la diferencia, puede explicármelo?

Entró Savage.

-Una criada es una sirvienta. Una doncella es una mujer que no ha perdido su virginidad -explicó Adam en tono práctico.

John Bull levantó sus manos:

-Criadas podré encontrar en un día; doncellas, tendré que buscarlas eternamente.

El intento de sarcasmo de John Bull hizo sonreír a Adam y, también, mirar de soslayo a Tony.

¡Que se fuera al infierno! Comprendió que a él le divertía sospechar que lord Lamb aún era virgen.

El desayuno consistía en fruta y café negro dulce. Mientras comía, Savage hablaba de negocios con John Bull.

-No me necesitarás para contratar al personal para Edenwood -afirmó Adam-. Tendré que quedarme en Londres por lo menos una semana antes de regresar.

-El personal doméstico es mi responsabilidad, pero prefiero que sea usted quien elija a los mozos de cuadra y al cochero.

-¡De acuerdo! -accedió Savage, sabiendo que la idea de John Bull era sensata-. Si compro esa casa de la calle Half-Moon, necesitaremos más personal. ¿Confías en mi criterio? -preguntó a su mayordomo.

John Bull asintió con vehemencia.

-Es usted demasiado avispado para contratar voladores nocturnos.

«Irresponsables, que vuelan de noche», pensó Tony. En realidad, el inglés de John Bull tenía mucho sentido si uno le prestaba la debida atención. Sintió un gran alivio al saber que Savage estaba pensando en tener su propia casa en la ciudad, pues sería muy perturbador para ella vivir con él bajo el mismo techo, en la calle Curzon.

El efecto que causaba en ella la cercanía de Savage era de un continuo desequilibrio. Él la atraía y la repelía a la vez. En un momento le hacía desear que la besara y, al siguiente, ¡quería matarlo! Se advirtió a sí misma, con toda severidad, que él nunca debía sorprenderla mirándolo como una perra ante un hueso. Estaba convencida de que debía alejarse de él. Tony dijo:

-Supongo que querrás ver tú solo la casa la primera vez y recorrer todos los cuartos. Yo he venido varias veces mientras estaban construyéndola.

Savage miró agradecido a Tony.

-Ve a echarle un vistazo a la biblioteca: es una obra maestra -sugirió él mientras salía de la sala de desayunar.

Cuando Tony entró en la biblioteca Jeffrey Sloane levantó la vista del escritorio. Tenía una expresión preocupada, como si estuviese siempre pensando en cartas y en cifras. Era de mediana edad, pero parecía más viejo. Sus hombros estaban un tanto caídos y estaba pálido, como si jamás estuviese al aire libre.

Tony dijo:

-La vez anterior, cuando vi esta habitación, no estaba terminada. Me imagino que debe ser uno de los cuartos diseñados por Adams -concluyó, en tono maravillado.

Sus paredes estaban recubiertas con paneles de caoba oscura. Dos de ellas tenían anaqueles desde el suelo hasta el techo, en una tercera había un magnífico hogar tallado en bajorrelieve con su guardafuego y sus morrillos de bronce macizo. En la última pared se abrían grandes ventanas que también iban desde el techo hasta el suelo para dejar entrar la luz. Las sillas estaban tapizadas con cuero color verde botella, el escritorio tenía tapa de piel incrustada y patas talladas en forma de garras. El suelo estaba cubierto con una alfombra hindú de color verde claro, de nueve metros. El suelo que se veía bajo la alfombra era de piedra malaquita verde intenso, y se extendía hasta el interior del hogar de ébano.

Tony se acercó para ver mejor qué era lo que estaba tallado en el pulido ébano. No eran frutas o flores, como ella había supuesto, sino leopardos, cobras, elefantes, monos e iguanas. No pudo resistir la tentación de recorrer con sus dedos las exóticas criaturas que ahí

aparecían, así como los cazadores y las presas. Su mano se posó sobre un animal cuyo nombre no conocía.

-Es una mangosta -dijo una voz de bajo a sus espaldas.

-Tu gente te llama Leopardo porque, como ellos, apareces sin que se sepa cómo ni de dónde vienes.

-Eso te enseñará a afinar tus reflejos y a no dejarte sorprender nunca con la guardia baja -dijo él, sin rodeos-. ¿Qué opinas?

-En verdad, es una habitación magnífica —dijo ella, contemplando las lámparas de bronce fijas a la pared y las escenas de caza enmarcadas. Después de un examen más atento, vio que, además de la caza del zorro y de la liebre, se veía también la del chacal-. Estas pinturas son auténticas, no son reproducciones impresas —comentó.

-Ésta es la que más me gusta -dijo Savage, señalando una bella pintura-. Su título es Yeguas y potrillos y su autor es George Stubbs. Si llegaras a encontrar otros cuadros de él en Londres procura comprarlos para mí. Por lo que a libros se refiere, aún no poseo muchos, sólo los que he traído de la India y de Ceilán, pero en Londres hay tantos editores y libreros que quizá no tenga suficientes anaqueles aquí para guardar todo lo que quiero.

-Debe de ser muy placentero tener dinero suficiente para comprar cualquier cosa que a uno se le antoje.

-Es verdad -repuso él con aire enigmático. Y añadió-: Si estás interesado, te enseñaré cómo hacer dinero.

-Estoy interesado -dijo Tony, entusiasta-: ¡muy interesado!

En los labios de Savage apareció una sonrisa cínica.

-Antes, tienes que correrte alguna juerga, demostrar un poco de ánimo. Entonces, cuando estés hasta la coronilla de correrías y diabluras, daremos rienda suelta a esa energía y haremos de ti un hombre de verdad.

Tony tuvo ganas de abofetearlo. Él ni siquiera poseía título, y sin embargo fanfarroneaba como si fuera un ser superior. Lo miró de arriba abajo, con insolencia, y dijo, marcando las palabras:

- Eres un hijo de perra, Savage.

- Eso me han dicho -contestó él sin inmutarse.

Savage dejó su caballo árabe en Edenwood, porque tenía otro en Londres. Y como Tony no tenía un caballo propio allí, ensilló a Neptune mientras Savage enganchaba los bayos al coche.

- Átalo detrás del coche; quiero que viajes conmigo -ordenó Savage.

- ¿Por qué? —preguntó Tony, alarmada. Savage contestó a su pregunta con otra:

- ¿Alguna vez has manejado un par de caballos de tiro?

- No -respondió Tony en tono consternado.

- Entonces, va a comenzar tu primera lección.

Tony se encogió de hombros. Anthony tendría que haber aprendido a conducir un tronco, y ella se consideraba igual a su gemelo en cualquier cosa que él pudiese hacer. Observó a Savage durante media hora y, cuando Adam le entregó las riendas, no le dio ninguna indicación: decidió ver qué era capaz de hacer el joven Lamb por su cuenta.

A cada minuto que pasaba, la confianza de Antonia en sí misma aumentaba. Muy pronto giraron la encrucijada a buen paso, Vio que, más adelante, el camino hacía una curva, y tiró de las riendas para aminorar la marcha de los caballos. Los bayos iban a todo galope y ella se preguntó, asustada, si tendría fuerza suficiente para frenarlos.

Con aire indiferente, Savage le ofreció unos guantes de cuero y le dijo:

-Prueba con esto.

Tony se los puso deprisa y aferró las riendas con todas sus fuerzas, afirmó los pies y tiró hacia atrás con todo el cuerpo, Los animales aminoraron un poco la marcha. El coche se inclinó peligrosamente. Las manos de Tony sudaban en abundancia dentro de los guantes. Los caballos giraron en la curva y tomaron velocidad. A ella la sorprendió que él no le arrebatase las riendas y le lanzara una maldición. Le dirigió una mirada cautelosa y se quedó atónita al ver que tenía los ojos cerrados y apoyaba la cabeza, en actitud de reposo. Qué inconsciente le pareció: ¡podría haberlo hecho caer de cabeza en una zanja!

Por último, Antonia empezó a calmarse y comprobó lo fácil que era manejar a los bayos. Sintió el impulso de hacer trizas la impasibilidad de él. Hasta valdría la pena confesarle su sexo con tal de borrar ese aire de complacencia.

Entonces, sus pensamientos tomaron otro rumbo. Se le ocurrió preguntarse si Adam Savage sería lo bastante hombre como para enseñar a una mujer las mismas cosas que estaba dispuesto a enseñar a un hombre. ¡Qué pensamiento tan insólito! ¿Qué tendría ese hombre que la llevaba a considerarlo único? Debía confesar que había salido de un molde diferente. Era una ley en sí mismo y eso a ella la fascinaba de un modo absoluto. Más aún: temía estar enamorándose de él. ¡Dios quisiera que encontrase la cura!

Tony no vio mucho a Savage los dos primeros días que estuvieron en Londres. Él salía a ocuparse de sus negocios y ella pasaba el día completando su guardarropa masculino. Compró un bastón con una extraña cabeza de ámbar opaco y unos zapatos de tacones altos con lengüeta y hebilla. Las modas masculinas estaban tornándose demasiado llamativas y recargadas, y Tony las rechazaba por considerarlas demasiado afeminadas. Compró media docena de corbatas de seda negra de Steinkirk y pidió al tendero que le enseñara cómo hacer algunos de los nudos más complejos.

Compró una peluca nueva, polvo y un tricornio. También compró una chaqueta con botones de bronce y de corte militar. Para llevar todas sus adquisiciones alquiló un coche de regreso a la calle Curzon, donde Fenton la ayudó a abrir los paquetes y a colgar las prendas en el armario de Anthony.

Al ver las ropas que su hermano tenía en la casa de Londres, se le hizo un nudo en la garganta. Acarició los pantalones de saten hasta la rodilla y los fracs de brocado, consciente de que se sentía muy cerca de él cuando usaba su ropa. Le pidió a Fenton que le llevara la comida en

una bandeja y, por fin, se quedó dormida leyendo la historia de las escandalosas aventuras de Tom Jones, relatadas por el señor Fielding.

Al día siguiente, Adam Savage quiso que Tony lo acompañase a la ciudad. Iba a ver un par de talleres de ebanistería con el fin de elegir sus muebles para Edenwood. En primer lugar, fueron a una casa en St. Martin's Lane, propiedad de Thomas Chippendale. Había varias piezas de estilo chino en exhibición, pero no eran del gusto de Savage, como tampoco el recargado estilo rococó. Además de las piezas reales, había docenas de libros con diseños a elegir.

Savage preguntó a Tony si prefería las sillas con respaldo «de banda» o «en escalera» para el comedor de Edenwood.

Indecisa, Antonia se mordió el labio. Las sillas con el respaldo en forma de escala eran más sencillas, más masculinas pero, finalmente, prefirió decir la verdad:

-Prefiero las de respaldos de banda. Es un estilo francés, sumamente elegante. Las cintas se entrelazan de un modo tan bello que me parece difícil que encuentres en el mundo una artesanía similar.

Savage siguió su consejo. Los muebles del comedor serían realizados por Chippendale. Encargó veinticuatro sillas, una mesa ovalada con espacio para veinticuatro personas con aparadores del mismo estilo y mesas de servicio semicirculares. El comedor tenía las paredes curvadas de modo que todo el recinto resultaba ovalado y, por lo tanto, la mesa Chippendale y las sillas con respaldo en forma de cintas entrelazadas darían la impresión de una combinación celestial.

Como Savage era un hombre decidido y que sabía distinguir con claridad la diferencia entre lo que era bello y lo que no, decidirse no les supuso mucho tiempo. Y Tony descubrió que tenían gustos bastante similares; Adam no quería cómodas de diseño recargado ni hachones de estilo gótico. No quería nada adornado con festones o urnas recargadas. Pasó de largo ante las camas que había en exposición e intercambió una mueca con Tony al ver una cabecera laqueada en forma de pagoda. Antes de abandonar la tienda, Savage compró espejos, mesas consola para los pasillos, un par de sofás tapizados de terciopelo y una mesa pequeña para cenar con un par de sillas muy cómodas y mullidas.

Al salir de St. Martin's Lane, Savage preguntó a Tony si quería visitar Mincing Lane, que estaba en la misma zona que la East India Company. Cuando llegaron a Eastcheap tuvieron que abrirse paso a codazos entre la muchedumbre que iba tras un carro, camino de Tyburn.

Igual que los otros londinenses, miraron boquiabiertos a un asaltante de caminos de Yorkshire que se dirigía a la multitud mientras lo llevaban a la horca. El sujeto estaba de pie en el carro, con su ataúd al lado, engalanado con un ramillete de flores y saludando con reverencias a sus admiradores, que le ofrecían una botella de licor para envalentonarlo.

Tony no podía despegar la vista de las mujeres bien vestidas y sus acompañantes, que se dirigían a Tyburn en busca de un poco de excitación. Ese espectáculo le hizo temblar.

-¿Cómo pueden bromear ante un hombre que va a morir?

Savage se encogió de hombros y replicó:

-Él tiene que exhibir un buen ánimo ante la multitud. -Sus helados ojos azules contemplaron con desprecio el cortejo de bellas damas—. Los ingleses son tan civilizados como los integrantes de las que ellos llaman «culturas primitivas». -Dio la espalda al espectáculo—. Con este gentío jamás llegaremos a Mincing Lane. Vamos a comer algo.

Tony cabeceó en señal de acuerdo y Adam abrió la marcha. Cortaron camino por Hanging Sword Alley y se detuvieron en un sitio llamado La Cocina de Jack Ketch. Tony se alarmó al ver las tripas y las patas de cerdo que se exhibían y pensó que, tal vez, fuese uno de esos lugares que Adam tenía en su lista para hacer de ella «un hombre». Savage ordenó pies de cerdo para ambos y, al verle condimentarlos con abundante sal y vinagre de Malta, Antonia se dio cuenta de que Adam disfrutaba realmente con esa comida.

Savage sonrió al percibir que lo inundaba una placentera oleada de nostalgia.

-Solía comer aquí cuando era jovencito. En aquella época, nunca terminaba de saciarme.

-¿Dónde vivías?

Adam respondió, señalando:

-Al otro lado del río. Ven, podemos caminar mientras comemos.

Echaron a andar por la calle Lower Thames, y Tony hizo acopio de coraje para empezar a mordisquear el pie de cerdo blanco y gelatinoso que llevaba en la mano. No era tan repugnante como había imaginado y, después de unos bocados, se puso a comer ya sin temor de que su estómago lo rechazara.

En la lonja del pescado de Billingsgate Adam compró pára los dos un par de cartuchos de papel llenos de caracoles. El vendedor entregó un pincho a cada uno y Adam le enseñó a Tony cómo sacar a aquellos pequeños bichos de su caracola. Junto al río vieron a un pirata colgando de unas cadenas y a un hombre en la picota por haber editado panfletos con insultos dirigidos al rey loco.

Savage echó una mirada al joven que caminaba junto a él.

-¿No habías estado antes en esta parte de Londres?

Tony negó con la cabeza y luego sonrió:

-Y no será la última.

Compraron algo a cada uno de los mercachifles ante quienes pasaban: carne, pastelillos, judías negras, castañas asadas y bollos de Cuaresma. Barqueros, oficiales de caballería, marineros; extranjeros y rameras dispuestas a levantarse las faldas por unas monedas los empujaban al pasar. Las prostitutas pretendían engatusarlos pero, cuando veían que no eran un par de pichones que pudiesen desplumar, les gritaban groseros insultos a medida que se alejaban:

-¡Maricas, qué pena que no seamos tan buenas como para sus malditas señorías!

Una de las mujeres, de aire descarado, sujetó a Tony del brazo:

-Ven conmigo, amor. ¡Te chuparé el pato hasta que diga cuac!

Savage no pudo contener la sonrisa al notar la incomodidad de Tony. Al ver que otra hembra se acercaba a ella. Tony intentó alejarla con su bastón de puño de ámbar.

-¿Le lustro la cabeza, señor? -se burló la mujer guiñándole un ojo.

Al fin, Tony no pudo menos que estallar en carcajadas ante sus atrevidas insinuaciones.

-Así es mejor -aprobó Savage-; no tiene sentido mirar desde tu altura aristocrática a las prostitutas de los muelles -luego agregó-: Pero no se te ocurra follar con ninguna de ellas. Por aquí corre mucho la sífilis.

Pese a que había estado tan protegida. Tony tenía una idea del significado de follar pero, aun así, le horrorizó hasta la médula que Savage utilizara ese término en una frase dirigida a ella. ¿Los hombres hablaban así entre ellos? Se moría de ganas de emplear ella misma esa palabra y sentía curiosidad por ver cuál sería la reacción de él.

-¿Con quién tendría que follar?

Savage midió a Tony con una mirada glacial, sospechando que se burlaba de él. Pero comprendió que Tony no tenía la más remota idea de con quién podría copular y con quién no. ¡Por todos los santos, qué pichón tan inocente!

-La mayoría de los jóvenes con fortuna suficiente para tener criadas suelen tener su primera experiencia con una doncella o con las hijas de sus arrendatarios. Las de los tuyos parecen bastante bien dispuestas. Aquí, en Londres, tienes muchas para elegir. A las elegantes impuras se las llama prostitutas chipriotas, y también puedes escoger entre las bailarinas de ballet y las actrices. Hay gran cantidad de abadesas que ofrecen a jóvenes novicias para la educación de los jóvenes nobles.

-¿Te refieres a las monjas? —preguntó Tony, incrédula.

-¡Dios!, ¡por supuesto que no me refiero a monjas de verdad! Ese es el término popular con que se denomina a la muchacha del burdel de alta categoría. -Savage hizo una pausa-. ¿Sabes qué es un burdel? -preguntó.

Tony tuvo ganas de mentir porque no podía soportar que Adam Savage manifestara semejante desprecio hacia lord Anthony Lamb.

-No tengo ni idea pero, ya que tú eres mi maldito tutor, bien podrías enseñarme.

-Ésta es una tarea que da sed. Beberemos una pinta de cerveza -dijo Adam, entrando en la taberna Rainbow-. Aquí solía haber un tipo que podía coser con los dedos de los pies -dijo, sin relación alguna con la conversación que estaban manteniendo.

El tabernero tiró dos pintas, las recogieron y se sentaron ante una mesa donde poder hablar. Savage bebió un gran trago de cerveza y se limpió la boca con el dorso de su fuerte mano.

-Cuando un hombre se vuelve sexualmente activo le resulta casi imposible mantener abstinencia y, por otra parte, ¿por qué debería abstenerse habiendo tantas muchachas dispuestas? Ahora bien, sé que no eres tan ingenuo como para ignorar que la mayoría de los hombres ricos mantienen a una amante.

-Claro que no lo ignoro. Roz dice que incluso los hombres casados tienen a una amante escondida en algún sitio.

-El coste de una amante suele ser prohibitivo, sobre todo para un joven como tú, y por eso existen esos establecimientos llamados burdeles, donde uno paga a la dueña para que le proporcione una compañera durante una hora, una velada o toda una noche. Uno le paga por sus servicios sexuales. Por lo general, en una de estas casas de alta categoría las mujeres son bonitas, muy imaginativas en sus métodos para complacer a los hombres y, lo que es más importante, tienen que estar sanas, para evitar contagiarte de sífilis. Londres tiene ofertas para todos los gustos y todos los presupuestos.

-Entiendo -dijo Tony, sintiendo que se ponían en su lugar vanas cosas que siempre la habían intrigado.

Tenía las mejillas encendidas, pero el tema le fascinaba.

-Esas que se ofrecían hace un rato son mujeres de la calle. No es aconsejable utilizar a una prostituta común.

-Sé lo que es una trotona, Savage. En la zona de Charing Cross abundan como las pulgas en un perro. Pero yo ignoraba lo relacionado con las casas del pecado.

El recatado término de Tony hizo sonreír a Savage.

-Qué hipócritas son los ingleses en todo lo que se refiere a la sexualidad.

-¿En comparación con la gente de la India? -preguntó Tony.

-¡Sin compararlos con nadie! En Francia las llaman «casas alegres».

A Tony le irritaba que Savage estuviese tan familiarizado con esos sitios:

-No logro entender qué atractivo tienen. Las muchachas son vulgares, ignorantes y sólo les importa el dinero. ¡Con la de jóvenes damas encantadoras y refinadas que hacen su debut cada temporada!

-La atracción es simple de entender. Los códigos de la sociedad prohiben follar con una debutante. Ellas optan por el matrimonio.

-Eso se debe a que la sociedad tiene una doble moral. Las mujeres no pueden controlar su propio destino. No tienen dinero, no tienen poder, pasan de estar bajo la autoridad del padre a la del esposo, eso si tienen la buena suerte de atrapar a alguna de esas evasivas criaturas.

De pronto, Antonia tomó conciencia de que estaba hablando como una mujer y cerró la boca.

Savage comentó con sequedad:

-Si juzgo por lo que he observado, los mandos no ejercen demasiada autoridad. Una vez que la mujer se ha casado, es libre para hacer el amor.

-¡Eso es escandaloso! Sólo un sinvergüenza sería capaz de acosar a una mujer casada. avage miró de frente a Tony y le habló con franqueza.

-Existen numerosas esposas sexualmente insatisfechas; por lo general, son ellas las que acosan. Me asombra que no hayas sido seducido por alguna matrona de sociedad o por la madre de algún

amigo. -Adam observó atentamente a lord Lamb-. O quizás andes por ahí con anteojeras, ciego y sordo a los cebos que te lanzan.

Tony terminó su cerveza, se limpió la boca igual que lo había hecho Savage, y dijo con aire cínico:

-Ahora que has arrancado de mis ojos el velo de la inocencia, espero gozar de una vida social plena.

-Ojalá sea así -respondió Savage con ligereza-. Ya que lo mencionas, mañana por la noche estamos invitados a cenar en la casa Devonshire. Quizá los dos tengamos suerte.

CAPÍTULO 16

A la mañana siguiente, cuando Tony bajó a desayunar, Adam Savage ya había salido. A media mañana llegó un lacayo con una nota en la que se informaba a lord Lamb que su tutor se había mudado a su propia casa en la calle Half-Moon, que estaba del otro lado del mercado Shepherd, cerca de Green Park.

Al ver que Fenton daba al lacayo el equipaje de Savage, Tony se reprochó con amargura no haber inspeccionado sus pertenencias. Aquel hombre tan enigmático la volvía loca de curiosidad. Ardía en deseos de saberlo todo acerca de él. Pero ahora era demasiado tarde.

En cuanto se marchó el lacayo, llegaron Roz y el señor Burke. A Tony le alegró sobremanera ver de nuevo a sus compañeros de conspiración pues, en cierto modo, le transmitían confianza. Ambos podrían aconsejarle en cuanto a la conveniencia de entablar relaciones sociales con el duque y la duquesa de Devonshire. Pensó en la perspectiva de cenar en la casa Devonshire y, por un momento, la dominó el pánico y quiso presentar alguna excusa para no ir con Savage, pero pronto cambió de idea. Por una parte, no hubiera podido soportar la mirada desdeñosa de él por no haber tenido el coraje de asistir y, por otra, se presentaba ante sí la oportunidad de hacer el debut en sociedad que no había podido hacer antes. Claro que ya no sería Antonia sino Anthony el que debutase pero ¿acaso no estaba ella viviendo experiencias por los dos?

Pensó en ello y comprendió que, al representar el papel de su hermano, se le concedería el privilegio de gozar de una perspectiva masculina a la que ninguna otra mujer tendría acceso jamás.

Era una situación tan arriesgada que sintió bullir su sangre de malicia y notó que su excitación crecía cada vez más.

Tras pensarlo mucho, resolvió que Tony usaría los pantalones de satén azul oscuro hasta la rodilla, con medias de seda blancas, y los zapatos nuevos de tacón alto con hebillas.

-Las puntas de este condenado cuello son tan altas que me empujan las orejas hacia fuera -se quejó la muchacha, mientras el señor Burke, impresionado al oírla jurar, acomodaba con paciencia su alzacuello en forma de cascada.

A continuación siguieron un chaleco azul ceniza abotonado sobre los pechos, a los que aplastaba, y la nueva peluca blanca que cubría su

cabello oscuro. Luego, el señor Burke la enfundó en su chaqueta de brocado azul y oro.

Roz la observó con mirada crítica.

-Necesitas una caja de rapé, querida.

-No, prefiero un puro -dijo Tony como si fuera algo de todos los días.

Al oírla, su abuela casi se cayó del taburete.

Apenas habían tenido tiempo de cepillar el polvo de los hombros cuando llamó a la puerta un lacayo que había ido a buscara lord Lamb con el coche de Adam Savage. Como su tutor no era persona de entretenerse en charlas banales, Tony guardó silencio durante el trayecto hasta la casa Devonshire.

Ahí encerrada, en el interior oscuro del coche, en tan íntima proximidad, Tony dejó volar su imaginación. Se vio a sí misma vestida con un atuendo deliciosamente femenino, armado con enaguas de crinolina que destacaban su breve cintura y levantaban sus pechos jóvenes, en lugar de aquellos pantalones masculinos hasta la rodilla. Tendría la audacia de pintarse el rostro y se pondría un par de lunares negros. Tal vez uno en un pómulo para atraer la atención hacia sus enormes ojos verdes o junto a su boca pintada, como invitando a que la besaran. Más atrevido aún sería un lunar en la curva de un pecho para atraer la mirada de cierto individuo hacia el escote. Sus audaces pensamientos la hicieron enrojecer.

- Te he comprado algo.

La honda voz masculina le provocó un estremecimiento en la espalda. Ese ambiente íntimo invitaba a intercambiar regalos a cambio de pequeños gestos de agradecimiento como, por ejemplo, besos.

Savage depositó en sus manos un objeto de plata; bastó ese gesto para que ella se transformara de inmediato en Anthony.

-Una cigarrera; qué buena idea -dijo Tony, abatida.

-La he llenado con los de mi marca, que son hechos especialmente. Si prefieres una mezcla más suave, ve a la tabaquería de Burlington Arcade y encarga la que más te agrade.

Savage dio al mayordomo los nombres de los dos, y éste los anunció con gran pompa y circunstancia. Los cuellos estirados y las cejas alzadas iban dirigidas al hombre que sobrepasaba en altura a lord Lamb.

Indian Savage llevaba su pelo negro al natural, sin empolvar. Su camisa era inmaculada, austera en su sencillez. Iba vestido de negro; su única concesión a la moda eran los pantalones cortos de satén negro. Hasta las medias eran de seda negra en lugar de blanca.

La concurrencia que colmaba la sala estaba reunida alrededor de un hombre y una mujer jóvenes. Tony envidió a aquella bella muchacha su vestido de tul verde claro. Muy vivaz, se notaba que era una coqueta nata, y seducía descaradamente con su abanico mientras sus rizos empolvados se balanceaban sobre sus hombros desnudos. El hombre que la acompañaba tenía un aspecto resplandeciente. Llevaba pantalones cortos de satén blanco, su chaqueta estaba salpicada de lentejuelas azules y adornada con hombreras de trencilla dorada. A

pesar de la peluca empolvada que llevaba, se notaba que el apuesto joven de fresco rostro era rubio y tenía el porte de un húsar. Se volvió para hacer un comentario a alguien que estaba a su lado y, entonces. Tony vio el destello de una estrella de diamante sobre su pecho y sintió el estremecimiento de saber que era el príncipe de Gales.

-No me cabe duda de que ésta es una ocasión regia -dijo, en tono divertido. En los ojos azules de Savage vio una expresión sardónica.

Un instante después, el duque de Devonshire saludaba a Savage con amistosa familiaridad.

-Le pido disculpas porque Georgiana no me acompañe para recibir a nuestros invitados: Su Alteza suele acapararla.

-La duquesa es encantadora -lo elogió Savage y, al oírlo, Tony tuvo ganas de hincarle las uñas en los ojos.

-Es joven -explicó Devonshire-. Nosotros vivimos cada uno por su lado. Me temo que sus amigos, relacionados con la casa Carlton, me aburren terriblemente.

«De modo que ésta es Georgiana, la de dudosa fama», pensó Tony. «La duquesa de Devonshire. Tiene el salón más divertido de los círculos de la Corte; sin embargo, estoy segura de que apenas tiene un par de años más que yo.»

Savage y Devonshire comenzaron a hablar de política casi de inmediato y Tony comprendió que estaba fuera de su elemento. Observó que las personas presentes en la sala pasaban su atención del príncipe de Gales a Savage. Casi sin dar la impresión de advertirlo, él atraía todas las miradas.

No había pasado mucho tiempo cuando anunciaron la cena, y Tony vio que las mujeres se disputaban a codazos un sitio cerca del rico nabab llegado de Oriente. El duque situó a Savage a su derecha y lady Isabella Sefton empujó a lord Lamb a un lado para poder sentarse al otro lado de Adam. Tony deseó para sus adentros que todos ellos se fueran al infierno, y se trasladó al otro extremo de la mesa, donde la bella Georgiana generaba un ambiente animado.

Georgiana abanicó a. Tony con sus pestañas:

-Yo estoy en desventaja con respecto a usted, señor.

-Soy Anthony Lamb, Su Gracia.

Ella le dio unos coquetos golpecitos con su abanico.

-Mis amigos me llaman Georgy.

-Los míos, me llaman Tony.

-Ah, ahora sé quién es. Sus padres vivieron en Ceilán. Y usted acaba de entrar en posesión del título.

Tony admiró lo lista que ella era pese a su reputación de frivola. Al ver que todos permanecían de pie junto a la mesa, Tony comprendió que esperaban a que Su Alteza Real se sentara primero. A George y Georgie, en cambio, los invitados les importaban un comino y, con absoluta indiferencia, los dejaban esperando.

-¿Me permite presentarle a Su Alteza Real, el príncipe de Gales? George, éste es Tony Lamb.

Antonia hizo una ceremoniosa reverencia y el príncipe de Gales se la retribuyó. En ese momento, todos se relajaron y comenzaron a

parlotear al unísono. Tony fue presentada, en rápida sucesión, al caballerizo de la casa real, el conde de Essex, y al dramaturgo Richard Sheridan, cariñosamente llamado Sherry.

Por fin, el príncipe George decidió sentarse, y esa fue la señal para un gran arrastrar de sillas. Tony observó la cortesía de esperar, con la idea de sentarse en cualquier sitio que quedase libre, pero Su Alteza la tomó de un brazo.

-Siéntate junto a mí. Dime, ¿quién diablos es ese gigante que ha llegado contigo?

Por un instante, Tony se quedó sin aliento al pensar que estaba conversando con el hombre que iba a convertirse en rey de Inglaterra, pero le sucedió algo muy extraño. De pronto, lo vio como un joven de carne y hueso, completamente inadecuado a la función para la que había nacido. Él estaba desempeñando un papel, del mismo modo que ella, y tampoco le iba mejor. Era sobremanera inmaduro; en realidad, era un niño que daba la impresión de anhelar convertirse en un atrevido húsar cuando fuese mayor.

-Se llama Adam Savage, Su Alteza. Ha vuelto hace poco de Ceilán.

-¿Es amigo tuyo?

-En realidad es mi tutor. Su Alteza.

-¡Demonio afortunado! Nadie ha regresado nunca de la India sin una inmensa fortuna. Podrás meter la mano en sus bolsillos cuando los tuyos estén vacíos. ¡Maldición! Lo siento, Georgy, querida, pero todos tienen alguien a quien recurrir menos yo. La propia Georgy tiene a Devonshire para que se haga cargo de sus deudas cotidianas. ¿Sabes que cuando me endilgaron la casa Carlton estaba en ruinas? He tenido que gastar una fortuna para encargar a Henry Holland que la reconstruyese, y ahora que está casi habitable, me temo que tendré que suspender las mejoras por falta de fondos. He encargado a Holland que me construya un Pabellón Marino en Brighton. Ya ha contratado a ciento cincuenta trabajadores, pues quiero que esté terminado antes del próximo verano. Es una desgracia que yo, el príncipe de Gales, tenga que recurrir a los prestamistas. -Se inclinó hacia Tony en actitud confidencial-. Estoy de deudas hasta aquí -dijo, tirando de un rizo empolvado junto a su sien-, y no veo la posibilidad de cancelarlas hasta que el rey se muera.

-George, querido, después de la cena jugaré un poco contigo al faraón: eso te levantará el ánimo.

El príncipe le palmeó la mano.

-Solamente si prometes perder, mi querida Georgy.

-Yo siempre pierdo: tengo que conservar mi reputación.

A Tony le costaba creer la cantidad de platos que estaban sirviendo. Después de la sopa, se sirvieron tres platos diferentes de pecado. Luego fueron sucediéndose otros más, cada uno más delicioso que el anterior.

-George, te he ofrecido cincuenta mil libras por tu chef Carême. Si quieres dinero, bastará con que vendas algo.

-¡Mi querida Georgy, cuánto sentido práctico tienes!

Essex y Sheridan se ahogaron con el vino, pero el príncipe siguió hablando con honda sinceridad.

-Ni por un millón me desprendería de mi chef parisiense. Él es la única razón por la que la gente se mata por ir a cenar a la casa Carlton. Yo también tengo que conservar mi reputación, Tendré que vender alguna otra cosa.

El conde de Essex, siempre optimista, aun en medio de la tristeza y la fatalidad, dijo:

-Quizá gane la semana que viene en Newmarket, Su Alteza.

George movió la cabeza con aire triste.

-He contraído una deuda casi obscena por mi cuadra de purasangres de carreras. Ahora, ni siquiera puedo permitirme apostar por ellos. -Se volvió hacia Tony con una sonrisa radiante-. Ven con nosotros a Newmarket la semana próxima, lo pasaremos muy bien. Sherry llevará a su pequeña Amoret y, desde luego, mi querido amigo Charles Fox llevará a Liz, de modo que puedes llevar a tu querida; será bienvenida.

Tony sintió que se le arrebolaban las mejillas y el príncipe lo notó de inmediato.

-Mi querido amigo, no te preocupes por la presencia de Georgiana: no es posible escandalizarla. Ella conoce todos nuestros puntos débiles; nosotros, en cambio, sólo conocemos la mitad de los suyos.

Esa pulla provocó risas generalizadas.

-Tu tutor no te tendrá a rienda corta, ¿no?

-No, Su Alteza, al contrario; tiene gran interés en los caballos. Creo que quiere comprar uno. ¿Qué opina si se lo presento después de la cena?

-Por Judas, ése sería un buen gesto de tu parte, viejo. Siempre estoy dispuesto a conocer con gusto a alguien a quien todavía no le he pedido dinero prestado.

Todos los whigs rieron.

Terminó la cena y las damas se pusieron de pie para que los hombres bebieran su oporto o su coñac; para entonces, se habían consumido increíbles cantidades de comida y de bebida. Tony se puso de pie con los demás hombres en gesto de cortesía hacia las damas, que se retiraban. Pensó, con cierta excitación, que ahora tendría la oportunidad de su vida. Iba a ser una de las pocas mujeres de Inglaterra que podría saber lo que decían y hacían los hombres cuando el sexo opuesto los dejaba solos. Tony casi se desmayó de la impresión. Lo primero que hicieron fue amontonarse frente a los aparadores para sacar los orinales.

A Tony casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando más de una docena de hombres metieron las manos dentro de sus calzones de satén, sacaron sus instrumentos y se aliviaron en medio de gemidos.

-Nunca había tenido tantas ganas de mear desde la última vez que asistí a una sesión del Parlamento -comentó Sheridan.

-Eso es porque bebes demasiado, Sherry. Yo nunca empiezo con el aguardiente de cerezas hasta que las damas se van de la mesa.

Tony se recompuso y aprendió. No sólo vio que los hombres eran de diferentes formas y tamaños sino que también supo que los había con todos los matices, desde el color de las setas hasta el bermellón. También supo con exactitud cómo era el pene regio: era bastante grande, de glande rosado, y emergía en medio de una mata de rizos rubios. Tony parpadeó al ver que Su Alteza Real sacudía con afán las últimas gotas para luego guardarlo otra vez dentro de sus calzones de satén. Luego, entregó el orinal a un lacayo que esperaba y recibió una toalla de mano mojada en agua de rosas.

Tony aceptó el coñac que le ofrecía un lacayo de librea y sacó un puro de su cigarrera. Sabía que tenía las mejillas encendidas y se le ocurrió que, tal vez, una nube de humo azul podría disimular su embarazo y su estupefacción.

Durante los minutos que siguieron, la conversación pasó por sobre su cabeza a medida que las copas de licor eran llenadas y vaciadas en rápida sucesión. Por fin, un par de maldiciones penetraron en su cerebro, percibió que el lenguaje se había vuelto mucho más grosero ahora que las damas estaban ausentes y empezó a prestar más atención.

Lord Sefton se acercó al príncipe, hizo una reverencia y entonces, cumplida la formalidad, adoptó un tono de más confianza.

-He averiguado el nombre de la dama que mi esposa invitó al teatro hace dos noches, Su Alteza,

-Sefton, quedaré en deuda con usted para siempre. Bastara con que mencione su precio si quiere divulgar el nombre de la dama.

-Debo advertirle que no es una mujer ligera de cascos, Su Alteza, sino una respetable viuda,

-Como si Isabella fuese a invitar a su palco a una chipriota, Sefton. Me bastó una mirada para saber que ella no se alzaría las faldas hasta que no se cumpliesen todas las formalidades.

Ya satisfecho, Sefton asintió.

-El nombre de ella es Maria, Su Alteza. Isabella me ha dicho que su difunto esposo, Thomas Fitzherbert, le ha dejado una buena cantidad de dinero y una casa en la ciudad, en la calle Park.

-Maria Fitzherbert -el príncipe susurró el nombre con admiración. Se volvió hacia Essex, que había hecho de alcahuete en sus anteriores aventuras amorosas-. Quiero saber todo lo que se pueda con respecto a esta dama. Su belleza me ha deslumhrado. Tiene una gloriosa cabellera dorada que llevaba sin empolvar.

Sherry, ya ebrio, dijo a Tony.

-Al cuerno con el pelo; en realidad, está deslumbrado por sus tetas. Su Alteza es hombre de fijarse en las tetas, ¿sabes?

Tony, también un poco achispada por el aguardiente de cerezas, dijo:

-Le gustan los pechos, ¿no es cierto?

-Y cuanto más grandes, mejor. Sospecho que ha sido destetado demasiado pronto. La reina tenía quince y los paría como cachorros. El pobre George, sin embargo, no fue tan afortunado como un cachorro.

Cuando un perro queda desplazado, al menos puede chupar de la última teta.

Tony parpadeó a toda velocidad. Sabía que el príncipe podía oír cada una de las palabras pronunciadas por Sherry pero, en lugar de ofenderse, coincidió con el análisis de su amigo. El príncipe le guiñó un ojo a Tony.

-Sherry no está tan interesado en los pechos. Pregúntale qué parte prefiere.

-El conejo -informó Sheridan-. Me gustan pequeños y apretados.

Tony no estaba del todo segura de saber a qué se refería pero, por Dios Todopoderoso, ¿qué otra parte del cuerpo de la mujer podría ser un conejo?

Levantó la vista cuando el duque de Devonshire se acercó al príncipe de Gales.

-Su Alteza, Georgiana se pondrá furiosa si no nos reunimos pronto con las damas.

-Será un placer, Devonshire.

Cuando el príncipe George se puso de pie se abrieron de par en par las puertas que comunicaban con el gran salón, de manera que los invitados de ambos sexos pudieran volver a mezclarse. Tony escudriñó el salón en busca de Adam Savage y lo vio enzarzado en animada conversación con su amigo de Edenwood. James Wyatt. Por Dios, tendría que estar alerta cuando se encontrase con él cara a cara. Si había alguien que pudiese reconocerla, ése era el talentoso arquitecto.

Oyó música y se dirigió al salón de baile. Estaba admirando el cielo raso pintado cuando vio, para su congoja, que tres jóvenes damas se habían reunido a su alrededor. En todas las miradas se veía la especulación o la incitación y era evidente que todas ellas esperaban que lord Lamb fuese su compañero de baile. Tony se frotó la pierna y murmuró:

-Ayer sufrí un accidente; mi caballo me hizo caer.

Se alejó cojeando con una pierna rígida y buscó refugio en el salón de juegos de naipes,

Tony tomó una copa de vino que se le ofrecía en una bandeja de plata y se le ocurrió que podría aprender algunas cosas observando a los jugadores. Georgiana la llamó de inmediato.

-Tony, ven y ocúpate de la banca de faraón por nosotros; Sherry está demasiado borracho.

Tony, envalentonada por la cantidad de vino que había bebido, se sentó ante una mesa con tapete, frente al príncipe y su caballerizo, y observó cómo iban saliendo los naipes, uno a uno de la caja de faraón. Notó que se prestaba muy poca atención al juego y que no era raro que la duquesa de Devonshire hubiera estado perdiendo constantemente.

El príncipe de Gales contemplaba a Georgiana y se preguntaba si se atrevería a pedirle que lo ayudase con Maria Fitzherbert, Georgiana era su amiga más íntima y sabía de él cosas que ninguna otra persona conocía.

La primera vez que había posado su mirada en ella se había enamorado perdidamente. Era una mujer diminuta con el rostro más

bonito de Inglaterra. Se habían conocido en un mal momento para la vida de él. Todas sus amantes habían sido escogidas entre actrices, y su última aventura con Perdita Robinson había acabado de manera desastrosa.

Como un joven tonto enamorado, le había mandado floridas cartas en las que le expresaba su eterna devoción, llenas de alusiones sexuales. Cuando el amorío acabó, Perdita amenazó con hacer públicas las cartas, y él se vio obligado a pagar una fortuna para recuperarlas. Lo peor de todo era que su devoción había sido sincera. Le había abierto su corazón y la pequeña actriz se había aprovechado de él.

Al ver a Georgiana, juró que nunca más en su vida se enredaría con una actriz, y que su próxima amante sería una dama. Cortejó a Georgiana con sinceros halagos y le dedicó toda su atención hasta que la conquistó. El encuentro amoroso entre los dos resultó un desastre y él recordaba, apenado, cada uno de los detalles.

Sentían un gran afecto mutuo y vivían acariciándose, besándose y dedicándose apodos cariñosos:

-Gatita, tienes un gusto tan exquisito en materia de vestidos que ardo en deseos de ver lo que hay debajo.

-Eres un muchacho picaro, perrazo. No pretenderás que me quite el vestido, ¿no?

-Claro que no, gatita. Eso lo haré yo. Ven a sentarte sobre el regazo de papá.

Georgiana, emocionada ante el hecho de que un príncipe del reino fuese a derramar sobre ella los honores de su virilidad, se acercó, ansiosa. El recordaba haber desabotonado todos los diminutos botones y todas sus fruslerías de fantasía y ella, sentada en su regazo, se lo hacía difícil depositando leves besos juguetones sobre su cara. Dentro de sus calzones de satén, su cetro real estaba a punto de reventar mientras ella se retorcía sobre sus piernas.

Cuando él logró desvestirla hasta llegar a sus enaguas, ella empezó a desvestirlo a él como si estuviera jugando: el príncipe estaba bien dotado y orgulloso de ello. Estaba impaciente por alardear ante su gatita. Sin embargo, las risillas felices de la joven se apagaron cuando él se puso de pie ante ella con su miembro tan sobresaliente. De pronto, Georgiana había perdido todo entusiasmo por su gran perrazo y él recordaba que había tenido que bromear para hacerle recuperar el ánimo juguetón.

El príncipe tenía la sensación de que habían pasado horas cuando, al fin, pudo quitarle la última de sus prendas interiores, una por una.

Ahora, le tocó a él perder el entusiasmo. Al quitarle el corselete fruncido, junto con esa prenda desaparecieron sus deliciosas curvas. La gatita debía su pequeño cuerpo tentador a las almohadillas.

Ahora ella estaba ante él sin pechos, sin caderas y sin muslos. Tenía el cuerpo de un niño de diez años. Los casi dieciocho centímetros de rampante erección principesca disminuyeron a tres en el tiempo que dura un parpadeo. Ante sus grandes diferencias, pesarosos pero leales, se metieron bajo las mantas, decididos a salvar lo que hubiera quedado. Pero no hubo besos, arrumacos, frotamientos o caricias que lograran

una nueva erección del perrazo. Intentaron todas las estratagemas que habían conocido para excitarlo y lograr que se reanimase su miembro, pero fue inútil. Estaban desolados. Los dos se encontraban al borde del llanto. Y, en ese momento, la dulce Georgiana salvó la situación:

-¡Mi querido Georgy, seamos amigos en lugar de amantes! Así podremos compartir los secretos, los sueños y los pensamientos íntimos del otro y jamás se los diremos a ninguna otra persona! ¡Ser amigos es la relación más íntima del mundo!

¡Bendita mujer! Era su amiga más querida. Y él sabía que además, no necesitaba tener remordimientos con ella.

-Georgy, querida, quiero que pongas a Maria Fitzherbert en tu lista de invitados y, además, podrías hacer correr la voz a las anfitrionas londinenses de que yo no asistiré a ninguna función a menos que la señora Fitzherbert sea invitada.

El sabía bien que sin su presencia ninguna fiesta tenía demasiada importancia. Ser rechazado por el príncipe de Gales equivalía al suicidio social.

Tony vio, con el rabillo del ojo, que Adam Savage entraba en la sala de naipes, seguido por lady Sefton. Había adoptado una expresión cortés, pero Tony sabía que esa mujer lo aburría fatalmente. Savage tuvo la paciencia de aguardar mientras ella se detenía a conversar con la anfitriona y con el príncipe de Gales. Sin cuidar sus palabras, George dijo:

-Isabella, estoy muy ofendido contigo. ¿Por qué no has traído esta noche a esa encantadora criatura, la señora Fitzher-bert?

La mujer alzó las cejas.

-María ha salido recientemente del luto, Su Alteza, y vive recluida. -Lady Sefton vio de dónde soplaba el viento y orientó sus velas según convenía—. Ya que lo menciona, la semana próxima doy en mi casa una velada musical en honor de Maria. Sería un privilegio para mí que usted honrase esa reunión, Su Alteza.

-El privilegio será mío, querida señora.

Al levantar la vista. Tony vio los OJOS azules de Savage posados sobre ella. Entonces, terminó su vino y se apresuró a hacer una presentación:

-Su Alteza, ¿me permite presentarle a mi tutor, Adam Savage? Señor Savage, el príncipe de Gales.

-Participe con nosotros del faraón, mi querido amigo. Tony nos ha dicho que acaba usted de regresar de Ceilán.

-Prefiero el bacará.

¡Era increíble!: ¡Savage había declinado una invitación del príncipe! Georgiana ladeó su bonita cabeza:

-Qué mala anfitriona soy, señor Savage. Desde luego, vamos a jugar a cualquier juego que a usted le agrade.

Era una frase cargada de doble sentido, y Adam sonrió a esa mujer de rostro exquisito.

-Me encantaría jugar con usted, pero ya tengo tres compañeros.

Tony frunció el entrecejo. Captó el juego de palabras incluso estando atiborrada de vino.

-Puedes ocupar mi lugar, Adam. Yo aprendo musho... mucho observándote. Ya que estamos, nos han invitado a las carreras la semana que viene. Su Alteza posee algunos puga raza pura raza... unos sementales que, tal vez, quiera vender.

Savage le lanzó una mirada que ella no supo cómo interpretar. No sabía si era de desprecio o de admiración. Se alzó de hombros. En realidad, en ese momento le importaba un bledo. Él se sentó y ella se puso de pie detrás de él.

Cada vez que aparecía un rey. Su Alteza exclamaba:

-¡Maldito sea el rey! -Sin disimulos, ese naipe fue bautizado «el lunático». El príncipe vio la expresión de extrañeza de Savage y le explicó-: Mi padre está bastante chiflado. Por ese motivo están redactando un Decreto de Regencia para mí. Hace años que tendría que ser yo el regente, porque está loco de remate. Bueno, imagínese..., ha emitido una proclamación «para incentivar la Piedad y la Virtud y para prevenir y castigar el Vicio, la Profanación y la Inmoralidad».

A Savage le temblaron los labios:

-Con esas medidas la vida perdería todo sabor.

A Tony comenzaron a zumbarle los oídos y oía las voces de los que estaban en la mesa como si llegaran desde muy lejos, como si estuviesen en otra habitación. Oía el tintineo de sus copas, el susurro de las cartas, el entrechocar de las monedas y, en cambio, las voces y las risas se perdían. Intentó encontrar el sentido de la conversación, que giraba en torno a sesiones de lucha y de boxeo y a encontrarse al día siguiente en Gentle-man's Jim.

Tony inclinó su silla hacia atrás y se mantuvo en equilibrio sobre dos patas. ¡Qué diablos: los seguiría! ¡El boxeo podía ser divertido!

No recordaba gran cosa del regreso en coche a la casa de la calle Curzon, pero el silencio de él le dio a entender que, por fin, lo había impresionado. Y no importaba si la impresión era buena o mala. Cuando el coche se detuvo, Tony emitió un fuerte hipo que resonó pese a los cojines forrados de terciopelo. Sintió una mano firme que la sostenía por el codo mientras suba los peldaños hacia la puerta principal.

Cuando el señor Burke abrió la puerta respondiendo a la campanilla, Savage confió a lord Lamb a sus manos.

-Me temo que está borracho como una cuba. Cuando el señor Burke la condujo adentro y cerró la puerta, ella farfulló entre dientes:

-Traiga un cubo.

CAPÍTULO 17

Por todos los demonios, ¿cómo había hecho ella para meterse en semejantes situaciones y qué cuernos estaba haciendo en Gentleman's Jim? Al parecer, la última locura de los jóvenes de Londres era el box, pues Su Alteza Real se había encaprichado con ese deporte.

En este establecimiento, el ring de box daba la oportunidad a los caballeros de la sociedad para desnudar la parte superior de su cuerpo, calzarse un par de guantes y hacer dos o tres asaltos con pugilistas

profesionales. Eran pocos los que tenían arrestos para intentarlo; los demás se limitaban a ser espectadores entusiastas. Claro que, además, brindaba una oportunidad más de apostar elevadas sumas de dinero.

Tony se sentó, encorvada, con una resaca tan fuerte que casi no se podía tener. El hedor del sudor masculino le provocaba arcadas, aunque ella era la única de los presentes que lo notaba. Ese sitio estaba atestado de amigotes del príncipe que, según las apariencias, la habían aceptado como uno más, para sorpresa suya. Lo atribuyó al hecho de que, como se sentía tan desgraciada, prestó escasa atención a sus presentaciones, y esa actitud de aburrida indiferencia era el último grito de la moda. Ellos habían creído que los párpados entornados y la nariz fruncida de Tony eran languidez y fastidio, y lo consideraron un tipo sensacional.

El príncipe George, a instancias de Sherry y de Edmund Burke, decidió regalar a sus íntimos con una demostración de sus habilidades. Sus caballeros lo ayudaron a desvestirse, se quedó sólo con sus calzones blancos, y Tony pensó, con poco entusiasmo: «Ahora ya sé cómo son todos los otros».

Por cierto, Su Alteza tenía buena complexión, pero sus anchos hombros se quedaron en su chaqueta cuando se la quitó, y su carne no era dura como la de Savage. Sus músculos estaban cubiertos de una generosa capa de grasa y su barriga tenía aspecto de ser blanda. A juicio de Tony, su cuerpo blanco como la leche formaba un desagradable contraste con su rostro rubicundo, comparándolo con el color bronceado de Adam Savage. Estaba convencida de que todos los demás varones presentes debían de ser tan blancos como George.

El príncipe brindó una digna demostración con Angelo, su entrenador, a quien el impacto de los golpes de George puso de rodillas un par de veces. Claro que todos los presentes sabían que, si el maestro de boxeo hubiese querido, podría haberlo matado sin mucho esfuerzo; pero, aun así, aplaudieron el valor del príncipe.

Se exhortó a los demás a pelear algunos asaltos, pero nadie se animó. Tony tenía los pies apoyados en un banco y Savage se los hizo bajar.

-Vamos, muchacho, veamos de qué estás hecho.

Tony no podía creer lo que oía. Por un instante, la atenazó el pavor. De ninguna manera se desnudaría hasta la cintura y lo último que quería era que un bruto instructor le diera un puñetazo en la cara. Frunció el entrecejo.

-Esta mañana tengo menos energía que una babosa.

Los ojos azules y helados de Savage desbordaron de desdén.

-Harías mejor en decir que tienes menos agallas que un piojo.

En ese momento, Tony lo odió. Sintió una furia tan intensa que quiso precipitarse sobre él y arrancarle esos ojos burlones, aunque no ignoraba que, con tantas miradas alrededor, debía controlar su ira. Con un movimiento lánguido empujó su sombrero hacia atrás usando la punta de su bastón, y dijo con estudiada insolencia, arrastrando las palabras:

-Si eres tan bueno para este maldito deporte, veamos qué tal lo haces tú.

La propuesta entusiasmó tanto a los presentes que Su Alteza le pidió que los complaciese. A desgana, Savage se desnudó hasta quedar sólo con los pantalones. Al ver ese pecho ancho lleno de músculos. Angelo ya no quiso pelear con él. Y cuando sintió el golpe de largo alcance de Savage, tampoco pensó en obedecer las reglas del marqués de Queensbury.

De repente, Tony se irguió y empezó a prestar atención. Savage bailoteaba hacia los costados y al mismo tiempo, asestaba un formidable puñetazo anticipándose, en cierto modo, a los movimientos de Angelo. Los golpes que el boxeador lograba conectar eran brutales, y siempre impactaban debajo de la cintura. Savage, por su parte, tenía disposición para ser un caballero sólo hasta cierto punto. Cuando sintió un agudo dolor provocado por otro puñetazo en los ríñones, dejó de reprimirse. Desafió al otro, diciendo entre dientes:

-¿Nos quitamos los guantes?

Como la lucha con puños desnudos era mucho más interesante para los espectadores, éstos empezaron a realizar enloquecidas apuestas al tiempo que Savage hacía trizas, metódicamente, la cara del entrenador.

Tanta sangre y tanta brutalidad hicieron temblar a Tony pero, aun así, no cerró los ojos. Tenía la vista clavada en el magnífico cuerpo de Adam Savage. Era un rival más que digno para el peleador profesional; Tony no abrigaba la menor duda de que sería un rival más que digno también para cualquiera que lo desafiase, por el motivo que fuera. Savage había aprendido todas las tretas desleales que se podían aprender en los más infernales tugurios del mundo. Para él, unos asaltos en Gentleman's Jim eran un juego de niños.

Con disimulo, por debajo de las pestañas, Antonia observó cómo se vestía Adam. No pudo contener una reacción ante la pura fuerza masculina que emanaba de él. Y sólo se permitió mirarlo a los ojos cuando él estuvo completamente vestido.

-Es necesario saber defenderse en este mundo, Tony. Si no es con los puños, entonces con espada o con pistola. Te dejo a ti la elección del arma, pero insisto en que tomes lecciones de defensa personal.

Aunque ella comprendía la prudencia de su consejo, le irritó que le diera órdenes:

-Pobre diablo -se burló-, tendrás que trabajar mucho si te propones hacer de mí un hombre.

Por la mirada de sus penetrantes ojos azules con que la asaeteó, ella comprendió con claridad lo que Savage pensaba de su virilidad o de la falta de ella. En ese momento, sintió la humillación no sólo por sí misma, sino también por su hermano Anthony. Su decisión se fortaleció. El le había aconsejado que se dedicara un poco a la juerga: pues bien, lo haría. ¡Su objetivo sería causar estragos! Y que Savage se atuviese a las consecuencias.

El príncipe comentó, antes de marcharse:

-Esta noche os veré a ambos en la casa Carlton.

A Tony no se le escapó que aquella propuesta equivalía a una orden. Cuando Su Alteza y su séquito se hubieron marchado, dijo a Savage:

-Jamás imaginé que tú, nada menos, obedecerías sumisamente las órdenes.

-Estoy embarcado en el proceso de quedarme con sus purasangres. Cenar en la casa Carlton me parece un precio bastante bajo. -Cambió de tema-. ¿Quieres ayudarme a elegir papel de empapelar francés para Edenwood?

Tony soltó un rugido grosero:

-¡Elige tú mismo tu maldito papel! Yo tengo una cita esta tarde.

Las cejas de Adam se arquearon un poco y le temblaron los labios.

-En ese caso, milord, lo dejaré para que pueda ocuparse de sus... propios vicios.

La «cita» era con su abuela, que estaba ansiosa por conocer detalles de lo sucedido en la casa Devonshire.

-¿Has visto a Su Alteza?

Antonia recordó lo que había visto y se echó a reír.

-Vi mucho más de lo que hubiese querido y lo que me perdí anoche lo recuperé esta mañana, en Gentleman's Jim. ¿Qué es lo que impulsa a un hombre a desnudarse y a golpearse con todos los hombres presentes en el lugar?

Roz y Tony se miraron cara a cara y estallaron en carcajadas.

-Oh, querida, creo que ya has contestado a tu propia pregunta.

-En unas pocas horas he aprendido tanto acerca de los hombres que ya sé que jamás querría serlo, pese a los privilegios de que gozan.

-Oh, querida, qué mal lo hemos hecho todo. Tendríamos que haber buscado un marido rico para ti en lugar de valernos de este engaño.

-Por favor, Roz, no te sientas culpable. No podría soportar que se me vendiese en el mercado del matrimonio. Amo mi libertad recién descubierta. -Le chispearon los ojos-. Y ser hombre es tan divertido... Su Alteza me ha dicho que lleve a mi amante cuando vayamos a las carreras.

Roz parpadeó. Antonia se divertía con la jugarreta pero, en cambio, ella empezaba a arrepentirse. La abuela decidió para sus adentros tener una conversación con el señor Savage.

-Por lo que he sabido anoche. Su Alteza está a punto de procurarse una nueva amante -dijo Tony.

-¿En serio?

Roz estaba ansiosa de conocer detalles, que luego podría hacer saber a su mejor amiga, Frances Jersey.

-El nombre de ella es Maria Fitzherbert.

-¡Pero si yo la conozco! -exclamó Roz en tono escéptico-. ¿ Estás segura de que ése es el nombre, querida? Se trata de una viuda respetable, y tiene un lejano parentesco con Isabella Sefton. Por Dios, esa mujer debe de tener seis o siete años más que George. Tiene que estar aproximándose a los treinta.

-¿Lleva el pelo empolvado y tiene una figura... eh... espectacular, lozana?

-¡Esa misma! Su pelo es del color del maíz. Muy poco moderno. Con todo, debe de tener la cabeza muy bien puesta, porque ha tenido dos maridos ancianos que le han dejado los bolsillos admirablemente forrados.

-De paso, esta noche iré a cenar a la casa Carlton. Su Alteza y sus amigos hablan del rey y de la reina de un modo bastante poco respetuoso. Cuando se refieren al rey, lo llaman abiertamente lunático, y Richard Sheridan ha dicho que la reina ha parido quince crías como si fueran cachorros.

-Y parecía que estaba preñada de los quince al mismo tiempo -fue el seco comentario de Roz.

Antonia rió y replicó:

-Te has contagiado de la lengua punzante de lady Jersey.

-Tú eres muy bondadosa conmigo, querida: soy yo quien le da lecciones a ella.

-¡Lecciones... uf! Savage está decidido a darme lecciones en el viril arte de la defensa propia. De hecho, creo que quiere aplastarme y rehacerme a su imagen y semejanza. Me pone tan furiosa que tengo todo el tiempo en la punta de la lengua una expresión para decirle adonde puede irse y qué puede hacer cuando llegue allí. Me exaspera de tal modo que estoy en riesgo constante de dejar escapar el secreto.

-Tienes que aprender a morderte la lengua, querida. Para una dama es muy difícil ser siempre cortés cuando se encuentra en compañía de hombres y mujeres, pero yo tengo un método infalible para dejar salir mi ira. -Rosalind fue deprisa hasta su escritorio de palo de rosa y sacó un volumen encuadernado en cuero-. Aquí tienes un diario nuevo para ti. Escribe en él todas las palabras inconfesables con que te gustaría llamarlo. Y no te reserves nada, por malicioso y perverso que te parezca. Es una purga deliciosa.

Tony tomó el diario.

-Las cosas que yo anhelo decirle van a chamuscar las páginas. Ven a ayudarme a elegir algo para ponerme esta noche para la cena en la casa Carlton.

-Debes prometerme que mañana me contarás hasta el último detalle. Se dice que Su Alteza ha gastado cientos de miles en la restauración.

El señor Burke anunció a Adam Savage y Rosalind salió a recibirlo.

-Lo siento, pero hace horas que Tony ha salido para la casa Carlton. Vinieron a buscarlo un par de diablillos disolutos. -La mujer hizo una profunda inspiración y reanudó con más ánimo-. Señor Savage, Adam, si me lo permite, estoy bastante preocupada por Tony. ¿No cree usted que la gente que se reúne en la casa Carlton es un tanto malvada?

Savage arqueó un poco las cejas.

-¿Malvada? Yo no diría eso, lady Randolph. Quizás un poco alocada y ruidosa pero, aun así, yo estoy convencido de que Tony se beneficiará con la compañía masculina. No se preocupe, yo lo vigilaré.

Tony, de talante inquieto, estaba pasándolo maravillosamente. Lo primero que le llamó la atención al entrar fue, precisamente, la casa. Nunca había visto nada que pudiera comparársele, y no encontró otro término para describirla que vulgar y ostentosa. Al príncipe de Gales se le había despertado una gran afición por el estilo chinesco; en consecuencia, los muebles de la sala estaban hechos en tal estilo por Chippendale, mientras que las paredes estaban cubiertas de colgaduras amarillas. Sin embargo, el foco de atención de la mansión lo constituía el comedor.

Lo habían construido lo suficientemente grande para que pudiesen entrar en él los infinitos amigos que formaban el círculo íntimo de Su Alteza. Habían agregado columnas de granito rojo y amarillo para levantar el cielo raso, y éstas se reflejaban en unos paneles murales de plata sobredorada. Daba a un salón de baile tapizado con seda escarlata y en el que había plataformas para la orquesta en ambos extremos.

Esa noche, sólo había hombres invitados a cenar. Las puertas del salón de baile estaban abiertas de par en par. Aunque no iba a haber baile, las arañas y los candelabros estaban encendidos y la orquesta tocaba música suave para acompañar la cena.

Pronto, el grupo de la casa Carlton, como se llamaba a los amigos de George, atrajo la atención de Tony y la desvió de la observación de las habitaciones. Además de Sheridan, Burke y Essex, a quienes ella ya había conocido, se encontraban presentes otros prominentes whigs, como Charles Fox. Este tenía fama de ser el amigo más cercano del príncipe y quien siempre intentaba conseguir del Parlamento más dinero para George. Era él quien en estos momentos estaba presionando para obtener la Carta de Regencia.

Fox tenía diez años más que el príncipe, por lo menos, y esa circunstancia impulsó a Tony a preguntarse cuál podría ser la atracción que ejercía. Dedujo que Fox quizá debía de representar la figura paterna, si bien, como tal, resultaba bastante extraño pues, en ese momento, estaba exponiendo el mérito del polvo azul para el pelo con una voz en la que se oía a las claras la influencia del vino.

Cada vez que le presentaban a una persona nueva, Sherry estaba junto a ella contándole todos los detalles sucios. Estaban bebiendo diaboleños, la última locura. Sherry invitó a Tony a probarlo.

-Estoy seguro de que estás demasiado sobrio. Tendrás que darte prisa si quieres ponerte a la par de nosotros.

Estaban presentes otros dos personajes de abolengo real: Frederick, duque de York y hermano menor del príncipe, y Henry Frederick, duque de Cumberland, tío de George.

-¿Ése es el tío perverso? -preguntó Tony, divertida.

-Ahá, tiene una influencia sorprendente. Es capaz de seguir la francachela desde el atardecer hasta que amanece. Es conocido en todos los lugares de Londres donde se busca el placer. Por primera vez un príncipe de sangre real aparecía ante el tribunal del divorcio. Lord Grosvenor halló cartas obscenas enviadas a su esposa que dejaban al descubierto su apasionado romance y le ha hecho enviar una citación.

A él le ha costado diez mil libras en daños y a Grosvenor le han concedido el divorcio. -Sherry terminó su bebida y se sirvió otra-. Ese viejo patán afortunado se dio media vuelta y se casó con esa preciosura de Anne Horton. Nosotros adoramos a la nueva duquesa de Cumberland. Es deliciosa y vulgar a la vez, y concede sus favores con generosidad.

Los atuendos de los presentes eran absurdos. Todos los hombres estaban ataviados con satenes, encajes y moños con metros y metros de cinta en los codos y las rodillas. Llevaban chalecos bordados encima de camisas cortas, y las caras empolvadas de blanco y altas pelucas cargadas de talco veneciano. Charles Fox era la excepción: tenía una peluca de color nogal, de Truefitt, que apestaba a aceite perfumado.

El que más agradaba a Tony entre los invitados era Henry Luttrell. Conocía sus poemas satíricos, y Sherry le brindó una síntesis que aumentó su interés.

-La única razón por la que está invitado aquí es por su ingenio. Es hijo de un par irlandés y de la hija de su jardinero. No tiene dónde caerse muerto, pero cena en sitios elegantes todas las noches. -Sherry golpeó a Luttrell en el hombro-. Aquí hay un admirador suyo, Henry: Tony Lamb. Díganos alguna sátira en verso, viejo.

-Bueno, veamos -dijo Henry lentamente-, ¿qué prefieren, una acerca del excremento o una en la que me burlo de los clérigos?

-Oh, ésa en la que se burla de los clérigos, por favor -apremió Tony.

Había un cura gordo en St. Giles, demasiado ancho para los pasillos. Al ir y volver cuando daba la misa los bancos le pellizcaban el culo y graves almorranas padeció.

Tony estalló en carcajadas, algo que halagó sobremanera a Henry.

-Por Dios, hombre, ya que somos hombres solos podrías decirnos algo un poco más atrevido -lo instó Sherry.

Una vez un monje en Gibraltar sodomizó a una monja en el altar. «¡Buen Dios!», dijo la monja, «mire usted qué ha hecho: las hojas del Salterio ha deshecho.»

Sherry rió con tanta fuerza que se dobló en dos y sufrió un ataque de tos. Tony tuvo que golpearle la espalda para que no se ahogara.

De pronto, un disparo captó la atención de todos.

-¡Diablos, parece que vamos a presenciar una práctica de tiro de pistola! George tiene una de las mejores colecciones de la ciudad.

Cuando llegaron al otro extremo del salón, las apuestas estaban en pleno apogeo, y se había formado una alta pila de dinero.

Su Alteza ordenó a un criado que colocara un retrato del rey, y todos se turnaron, mientras apostaban sumas de dinero que ya resultaban obscenas. Tony eligió una pistola y la encontró mucho más pesada de lo que había imaginado. Admiró el trabajo artesanal del arma, con su culata de madera de olivo muy lustrada y su largo cañón de plata. Su Alteza dijo:

-Ah, he aquí a alguien que apunta a mi corazón. Le apasiona la sensación del arma en su mano. Esta tiene un gatillo muy celoso.

Antes de que alguien advirtiese a Antonia que apuntara bien, rozó con su dedo el gatillo y la pistola se disparó. La bala cortó el alambre que sostenía el retrato, y éste cayó con estrépito al suelo del comedor. Al principio, Tony se aterró al pensar que había hecho un agujero en el enlucido, pero entonces oyó un clamor de aprobación y lord Lamb fue declarado ganador incondicional. Se sentó, el rostro pálido, y le fueron entregadas doscientas guineas.

Para tener más espacio, los entusiastas pasaron al salón de baile, pero algún disparo perdido pronto hizo que los músicos de la orquesta se dispersaran buscando refugio. Los concurrentes se comportaban como una banda de escolares rebeldes a quienes se hubiera dejado sueltos en una feria, y Su Alteza incitaba a todos los recalcitrantes a unirse a ese loco jolgorio. Sólo se calmó un poco cuando un lacayo recibió una bala en el hombro. Mientras el criado era sacado del salón, Su Alteza se volvió hacia su amigo Charles Fox:

-No podemos seguir así. En estos tiempos, es difícil conseguir buenos lacayos. Después de la cena, iremos a visitar tu tir. Tony preguntó a Sherry:

-¿Qué es un tir?

-Una galería de tiro. ¿No te has entrenado según el código de duelo? En mi última obra incluí un buen duelo pero, maldita sea; no puedo recordar el título.

Algo impulsó a Tony a mirar hacia la entrada del salón de baile. Ahí se erguía la alta silueta oscura de Savage y una expresión de helado desdén crispaba su semblante ante las infantiles locuras de las que acababa de ser testigo. Su mirada voló hacia Tony y luego lo desechó como si fuera un cachorro malcriado, y nada más.

Fue anunciada la cena como si la aparición de Savage hubiese sido una especie de clave, y los presentes enfilaron hacia el comedor. Nunca, en su vida, Tony había visto engullir tanta comida. Empezó a llevar la cuenta sin notar que lo hacía. Hubo cuatro sopas, luego, cuatro platos de pescado seguidos de treinta y seis entrées. Los menús estaban impresos en francés, y como ella había aprendido unos rudimentos de ese idioma de un antiguo tutor, leyó:

Coq au Vin. Quatre grosses piéces pour le contre-flanc. Les petites croustades de mauviettes au gratín.

Tony no entendió nada y pensó, desconcertada, que tal vez se debiera al diaboleños que había bebido. El vino rosado y el borgoña eran considerados demasiado ligeros y, en su lugar, se servía jerez, vino del Rin y oporto. A consecuencia de ello, mucho antes de que finalizara la comida algunos de los hombres estaban tan ebrios que no podían hablar, y un lacayo aflojaba los cuellos ridiculamente altos de aquellos que habían caído debajo de la mesa para evitar que se asfixiaran.

Frederick, el joven duque de York, cayó de cabeza, completamente borracho. Su Alteza, famoso por su ingenio, le echó una mirada y declaró con fingida solemnidad:

-Aquí yace, según nuestro real progenitor, la esperanza de nuestra familia.

Los que todavía podían caminar se levantaron y formaron un grupo para seguir a Charles Fox; en ese momento, Tony preguntó a Sherry:

-¿Dónde queda ese fir?

-Está en algún lugar, en los fondos del garito de Charles Fox.

-¿Regenta una casa de juegos? —preguntó Tony, asombrada.

-Por todos los diablos, pareces un niño de pecho. Primero, haremos unas rondas de tiro en el sótano, y luego jugaremos hasta el amanecer.

Tony palpó sus bolsillos, tanteando sus ganancias.

-Por los fuegos del infierno, creí que tenía que reservar mis ganancias para apostar en Newmarket.

-No iremos allí. ¿Acaso no has oído? Su Alteza ha vendido sus caballos a ese amigo tuyo, Indian.

Adam había observado todo lo sucedido en la casa Carlton con los ojos entornados. Todos ellos, del primero al último, fueron juzgados y catalogados por él de derrochadores inútiles. Reconocía que el apuesto y rubicundo príncipe de Gales tenía modales desenvueltos y atrayentes y era un mecenas de las artes, pero no advertía que sus amigos whig se aprovechaban. Savage sabía que no se firmaría la Carta de Regencia mientras George dedicara más tiempo y atención a su sastre y a su zapatero que a los asuntos del reino.

Charles Fox era, sin discusión, el más influyente entre los amigos del príncipe. Bebía en exceso y pasaba días enteros sentado ante las mesas de juego, casi siempre en su propio establecimiento. Los bromistas aseguraban que había heredado su encanto de su tatarabuelo Charles II, pero Savage sabía que era libertino y disoluto.

Richard Sheridan también era disoluto. Por lo general, él y Edmund Burke se insultaban mutuamente en la Cámara de los Comunes, pero todos ellos usaban el mismo orinal y se consideraban los amos de Inglaterra.

Savage estaba decidido a provocar cambios, dentro de sus limitadas posibilidades. No se llevarían a cabo de la noche a la mañana pero, habiendo un genio como Pitt en el gobierno, Inglaterra tenía las mayores posibilidades, desde hacia años, para mejorar la vida del conjunto de sus ciudadanos. Claro que él se vería obligado a utilizar el sistema de sobornos y patronazgos que estaba en funcionamiento desde los comienzos del reinado de los George pero, si no cedía, si insistía lo suficiente, si se mantenía decidido y enérgico, podría impulsar los cambios.

Habían sido Fox, Sheridan y Burke quienes habían introducido una declaración que privaría a la East India Company de sus poderes y privilegios comerciales. A consecuencia de ello, había caído el gobierno, y Pitt se había convertido en primer ministro. Aquellos estúpidos habían logrado acusar a ese pobre viejo de Warren Hastings, el gobernador de Bengala. Hablaban con acritud de temas que desconocían por completo. Burke, sobre todo, era un hipócrita, pues su familia había hecho su fortuna metiendo sus dedos en el cuenco de oro de la India.

De pronto, la mirada de Savage se posó sobre su joven pupilo, Anthony Lamb. Un juerguista de aspecto libertino había pasado su brazo sobre los hombros del joven y en la mente de Savage apareció un pensamiento inquietante que fue creciendo. Lo examinó minuciosamente. Con sus largas piernas y sus bellos ojos verdes, Anthony era un bello joven. Era un fruto sabroso que podría morder cualquier seductor inescrupuloso.

En la mandíbula de Savage se contrajo un músculo hasta convertirse en un pedazo de hierro. ¿Sería por eso que el muchacho no tenía interés en las mujeres? No, Tony era inocente, aún no había sido mancillado, pero, cuanto antes comenzara a gozar de los adictivos placeres dados por la carne femenina, tanto mejor sería. Adam decidió para sus adentros que él mismo se cuidaría de ello antes de que finalizara la semana. Cuando avanzó por el salón en dirección a Tony, el grupo empezaba a disolverse para partir.

-¿Os marcháis tan pronto? -preguntó Savage con una ceja arqueada.

Tony tuvo la impresión de que estaba controlándola. Como Savage no se había tomado la molestia de revelar que había comprado los purasangres de George, le respondió con insolencia:

-Nos vamos a un tir, si es que quieres saberlo. Como tú mismo has sugerido, he elegido mi arma. Sin dudarlo, he optado por las pistolas.

Savage observó a los juerguistas con aire pensativo. Londres se extendía unos dieciséis kilómetros a lo largo del Támesis, desde Milibank hasta Blackweil. Había miles de tiendas de licores y antros de perdición de todas las clases, desde los baños del Covent Garden hasta los prostíbulos del submundo londinense. Había garitos famosos, desde los clubes respetables como White's y Watier's hasta el Gamecock's Spurs, en los barrios bajos. Pero Savage suponía que terminarían en el garito del propio Charles Fox.

Esperó hasta las dos de la madrugada y, entonces, entró a jugar a los dados. Encontró a Tony borracho como un lord, con sus bolsillos vueltos hacia fuera. Savage se caló el sombrero hasta los OJOS, dio las buenas noches a los ocupantes del lugar, e hizo que el joven Lamb se pusiera en pie.

El señor Burke abrió la puerta principal de la casa de la calle Curzon y se creyó obligado a protestar, por ser el criado de la familia. Savage asumió la culpa sin discutir. Y antes de que el señor Burke cerrara la puerta, Tony farfulló:

-Traiga un cubo.

CAPÍTULO 18

Tony estaba esparrancada en una silla, ante el fuego, en la casa de la calle Half-Moon. Su boca formaba una mueca enfurruñada mientras Savage la hacía pedazos.

-No has conservado ni los sesos con los que has nacido, ¿Cuánto perdiste?

-Doscientos -farfulló Tony.

-¿Acaso no habías advertido que aquellos tipos estaban dispuestos a esquilar a un cordero?

El juego de palabras con su apellido hizo crispar interiormente a Tony, pero su enfado comenzó a crecer.

-No estarás insinuando que me han engañado.

-No, no estoy insinuándolo, grandísimo ingenuo, ¡te lo digo con todas las letras! ¡Su Alteza tiene deudas hasta las cejas y la bella Georgiana ha perdido la cuenta de sus deudas de juego! Dime una cosa, Tony: si sumas dos más dos, ¿tienes el cerebro tan embotado que olvidas que el resultado es cuatro?

Savage tomó un naipe del cajón de una mesa de madera de cerezo y empezó a barajar.

-Dios, por eso nunca juego al faraón. Uno nunca llega a tocar los naipes, y las cartas están recortadas o raspadas con demasiada frecuencia y no se mantienen juntas dentro de la caja. Basta con una caja torcida y un tallador astuto para desvalijar a un príncipe.

Savage peinó las barajas.

-Presta atención. Cualquiera que tenga un mínimo de destreza para manipular las cartas puede aprender, en cinco minutos, una forma «ciega» de barajar. En ésta, se ponen los naipes deseados debajo de todos. Todo es cuestión de «acomodar» y «entresacar». El principal truco que te da la ventaja más grande es dar de abajo. ¡Maldita sea, muchacho, no quisiera que estén corrompiéndote esos hombres con los que estuviste anoche!

A juzgar por el apremio con que él estaba enseñándole a hacer trampas, esto se había convertido en una broma de humor negro.

-¡Es obvio que prefieres corromperme tú mismo!

-Yo estoy educándote. Si aprendes todos los trucos, estarás en condiciones de descubrir los engaños. Tú decidirás si quieres jugar de manera honesta o no -repuso Savage en tono frío.

Tony recogió el naipe, resuelta a aprender esa manera ciega de barajar.

-¿Has terminado ya de sermonearme?

-No he hecho más que comenzar. Me importa un maldito comino que vomites tus tripas todas las noches, pero no quiero que bebas hasta perder el control de tus actos.

-¿Eso quiere decir que ahora me prohibirás ver a mis amigos? -desafió Tony.

-Ése no es el meollo de la cuestión. Lo que quiero es que aprendas a arreglártelas estando en cualquier clase de compañía o de situación, ya sea en la sala de juego o en el dormitorio, en una corte resplandeciente o en un oscuro callejón.

Las ínfulas de Tony perdieron algo de su aire al recordar los planes que había hecho para esa noche. Echó una mirada a Savage y dijo:

-¿Cómo diablos hago para evitar ir a los baños turcos en Covent Garden? Por seis guineas tienes baño, cena y puedes dormir con una ramera elegante.

-Conozco modos más corruptos de pasar el tiempo -advirtió Savage sin excesiva severidad.

-Apostaría a que sí -replicó Tony, enfadada.

Savage se encogió de hombros.

-Diles que irás al teatro conmigo... que olvidaste la cita.

Tony se sintió muy aliviada. Cuando estaba medio borracha, había aceptado con entusiasmo también otra cosa, pero no se atrevía a mencionar una palabra al respecto ante Savage. Rebuscó en su memoria buscando un tema más seguro. Sus dedos largos y delgados hicieron una demostración de destreza con los naipes, barajando y cortando; luego procedió a sacar los ases, seguidos por todas las cartas con figuras.

-Aprendo rápido. ¿Cuándo vas a empezar a enseñarme a ganar dinero?

-¿Para que puedas perderlo en algún garito? —preguntó Savage en tono irónico.

-No seas necio; de ahora en adelante ganaré sin cesar. ¿Qué me dices de comprar acciones de South Sea? Todos, todos están comprándolas.

-Justamente por esa razón tú no lo harás, estarán hinchadas por encima de su valor.

Los ojos de Savage eran helados como las aguas del Ártico. No se podía desobedecer las órdenes de aquel hombre.

Tony se encogió de hombros.

-Bueno, como ya te dije, la única ley no escrita que conozco es la que dice que no puedo recurrir a mi capital.

Con exquisito sarcasmo, en una voz que recordaba la sedi, ¡ Adam le dijo:

-En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¿cómo podrás aumentar tus intereses sin gastar tu capital?

-No... no lo sé -balbuceó Tony.

-El riesgo es la clave. Cuanto más elevado sea el riesgo mayor será la ganancia. Yo te propongo un negocio muy ventajoso. Toma todo tu dinero, hasta el último cobre, y compra una carga para la India. Luego, con las ganancias, compra una carga que haya que traer a Inglaterra. Puedes usar alguno de mis barcos; necesitan poco más de ocho semanas para ir o para volver. Con la carga adecuada, en cuatro o cinco meses puedes multiplicar tu dinero por cuatro, el que está en custodia en Watson y Goldman.

-Pero... ¿y el riesgo? Todos los días del año se hunden barcos Si así fuera, lo perdería todo.

-Yo te daré un seguro, incluso; ten en cuenta que conozco muy bien la nave y la tripulación.

Su generosidad abrumó a Tony.

-Es una actitud muy noble de tu parte. ¿Por qué habrías de hacer algo así?

-Porque, lo creas o no, tú me importas. -Savage vaciló un instante y luego agregó, sin dar demasiado peso a sus palabras-: Considérame como a un padre.

Antonia pensaba en él a menudo, bajo distintos aspectos, pero lo último que hubiese querido era tener con él una relación padre-hijo.

-Esta noche continuaremos con tus lecciones —dijo Savage con indiferencia, despidiéndola.

-¿Estás echándome? -preguntó ella.

La relación entre ellos había llegado a una etapa en la que podían ser muy francos uno con el otro.

-En efecto. Tengo que resolver una gran cantidad de asuntos antes de que vayamos al teatro. —Sacó su reloj de oro—. Estoy esperando a alguien.

-Discúlpame por obstaculizar tu vida -dijo Tony con un matiz de divertido sarcasmo.

Savage se alzó de hombros en actitud filosófica.

-Se tarda mucho tiempo en domesticar a un cachorro.

Tony fingió que la réplica la divertía, aunque, en realidad, le dolía que él sólo quisiera sermonearla y, después, despedirla. Dio vuelta a la esquina con lentitud y aguardó unos minutos. No creía que él tuviese una entrevista de negocios, por lo que se sintió mejor cuando vio que se detenía un carruaje bien equipado con un escudo en su reluciente portezuela negra. Era verdad lo que le había dicho Savage. Pero Antonia se sintió mucho peor cuando una bella mujer se apeó del carruaje, ataviada con un elegante vestido de damasco color crema y plumas negras de avestruz. De modo que él tenía que atender sus negocios. ¡Malditos negocios!

Cuando la condesa de Essex fue conducida a la oficina de Savage, él no pensaba en otra cosa que no fueran los negocios. Estaba resuelto a obligarla a abrir sus cofres en bien de una causa que era importante para él. Ella le mostró los cebos más obvios, a los que él respondió con palabras, si bien se guardó de seducir a la esposa del conde de Essex, pensando que podría necesitar a su marido como aliado político.

Tony, con las rodillas levantadas para sostener el diario, estaba sentada junto a la ventana del dormitorio de Anthony. Mojó su pluma y escribió, sin titubeos:

Adam Savage es inhumano. Es mitad hombre y mitad anima El animal, sin lugar a dudas, es un leopardo. Y no soy la primera en notar la semejanza. Él también la nota, pues ha bautizado Leopardo Leap su plantación en Ceilán. Savage, como todos en la sociedad actual, se oculta bajo una máscara; sin embargo, sospecho que esa máscara oculta una personalidad insondable. Si le arrancase la máscara, no sé si me encontraría con un ser incivilizado o demasiado civilizado. Sospecho que, bajo la superficie, es salvaje e indómito.

Es dominante y controlador, aunque tiene la astucia de no oprimir ni dar órdenes. Me provoca irritación y luego me apacigua con su sabiduría, su generosidad o su humor. Su consejo es siempre sensato, y no entiendo por qué me enfurece esto. Con todo, lo único que me provoca una furia sin límites es cuando adopta esa expresión de profundo desdén. Estoy resuelta a borrarla de ese rostro arrogante.

Quiere convencerme de que me da bastante libertad, y cree que no me doy cuenta de que me tiene sujeta. Se expone a una sorpresa pues pienso pasarme de la raya. No es que lo subestime, pues he percibido el gruñido que hay debajo de esa voz aterciopelada y he sentido un atisbo

de sus garras esta mañana, cuando me reprendió por mis defectos de carácter. Tiene la intención de hacer de mí un hombre, aunque yo preferiría que hiciera de mí una mujer.

Tony apretó la pluma con tanta fuerza que su punta dejó un manchón de tinta. Cerró de un golpe el diario, apabullada por el rumbo que sus pensamientos la impulsaban a tomar. Ese condenado diario le arrancaba sus secretos, y adoptó la decisión de dedicar su tiempo a algo mejor que soñar despierta con Savage. Debía decidir qué carga exportaría a la India.

Esa tarde recorrió las tiendas londinenses, pero lo único que la atrajo fueron los muebles para Edenwood. Compró un pianoforte en cuanto lo vio, pues sabía, por instinto, que a Savage le gustaría tener el último invento en materia de música, un gran avance con respecto al clavicordio, pues podían tocarse tanto las notas altas como las bajas con el mismo teclado. También compró un servicio de mesa para veinticuatro con diseño de Wedgwood, de un tono lavanda claro, con adornos blancos en relieve. El diseño clásico era perfecto, y su acabado no tenía igual. En Edenwood también tenía que haber un servicio de té de porcelana de Sévres, y quizá también una vajilla para el desayuno; pero, conociendo a Savage, pensó que tal vez él hacía esas compras directamente en el continente en lugar de pagar precios que habían sido inflados por la importación. Sin embargo, a juzgar por la cantidad de mercaderías importadas que había en las tiendas, cabía suponer que otras personas estaban dispuestas a pagar tan abultados precios. Pero entonces lo comprendió: cuanto más raro era el objeto y más elevado su precio, mayor era la demanda. ¡Cuál no sería la demanda de mercancías provenientes del continente europeo y de Inglaterra en las lejanas Indias!

La perspectiva de ganar dinero le hizo secar la boca. Se pasó la lengua por los labios y pensó en su madre y en las otras damas que habían sido transplantadas a Oriente. Aquellas mujeres debían generar una demanda permanente de objetos de última moda, sobre todo las que vivían en climas cálidos; pensó en parasoles, sombreros de paja, abanicos pintados, ropa interior de muselina, vestidos de noche de tul, sandalias de satén.

Una mujer se adornaba primero a sí misma y, luego, a su casa. El entusiasmo de Tony iba creciendo a medida que pensaba en exportar espejos venecianos, copas de cristal y todos los otros elementos elegantes provenientes de Francia e Italia. Estaba impaciente por contar a Adam Savage que ya había decidido cuál sería su carga.

Abordó el tema mientras iban al teatro. Adam observaba a Tony con los párpados semicerrados, oyéndolo animarse al mencionar ropa interior de mujer, parasoles y otras chucherías para emperifollarse. Las ideas del joven Lamb no carecían de mérito, pero tenían un sesgo decididamente femenino.

Savage aplastó el brote de temor que crecía en sus entrañas y decidió que erradicaría las tendencias femeninas del muchacho y haría que su masculinidad se afirmase. Después del teatro irían a un burdel; allí, él mismo se aseguraría de que Tony fuese iniciado. Su sabiduría le

indicaba que el muchacho seguiría estando en el limbo mientras no se hubiese definido sexualmente. Una vez sorteada la primera valla, la naturaleza haría el resto.

Adam había pensado en ir a la ópera, pero cambió de idea y decidió visitar el Olympic, donde se representaba una grosera farsa sexual.

Al principio, observaba a Tony con el rabillo del ojo mientras las beldades con escasa vestimenta retozaban por el escenario pronunciando sus parlamentos cargados de insinuaciones, pero pronto quedó atrapado por esa tosca diversión y sus carcajadas eran frecuentes. El meollo del argumento consistía en los repetidos intentos de los hombres de meterse bajo las faldas de las damas, pero se desarrollaba con una gracia tan hábil y marrullera que al público sólo le faltaba rodar por los pasillos de la risa.

Tony también reía, aunque se alegrase de que las luces estuvieran apagadas, porque sus mejillas ardían de sonrojos. Antes de que se bajara el telón para el entreacto, la actriz principal fue contoneándose hasta el centro del escenario y cantó una canción sobre «El rocío sobre el lirio». Era escandalosamente atrevida, y todos los hombres se adelantaron en sus asientos y le prestaron su completa atención.

En el preciso instante en que bajó el telón y las luces de gas se encendieron, Savage se puso de pie.

-¡Qué deliciosa muñequilla! Ven; vamos a los camerinos.

Tony se enfadó:

-Eres fácil de complacer. Para mi gusto, la canción era sosa.

Mientras se dirigían hacia las bambalinas, Adam arqueó una de sus cejas oscuras.

-¿Tú sabes qué es el «rocío sobre el lirio»?

-Claro que lo sé... -respondió Tony, y tropezó en un titubeo. Era obvio que tenía un significado más sutil-. En realidad, creo que necesito una aclaración —admitió.

-Significa que ella siente un deseo tan intenso que está mojada por ti... Eso es el rocío sobre el lirio.

Savage notó con total claridad que Tony aún no comprendía del todo lo que le había explicado. Estaba comenzando a pensar que aquel muchacho sería un buen monje.

Detrás, el escenario estaba repleto de actores, encargados de vestuario, de la escenografía y miembros del público que iban en busca de citas. Savage enfiló directamente hacia la actriz que había elegido y se unió al círculo de admiradores que la rodeaban. Él se presentó y la atrevida cocotte le tendió la mano para que él se la besara y le informó que su nombre era Angela Brown.

-Me gustaría presentarle a mi joven amigo, lord Anthony Lamb.

Los ojos de la muchacha se agrandaron y, a continuación, sucedió lo mismo con su sonrisa. Había junto a ella un hombre joven que dijo:

-Bueno, que me cuelguen si tú no eres mi primo Tony. Yo soy Bernard Lamb. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

Antonia casi se desmayó. Se quedó mirando, boquiabierta, a Bernard Lamb esperando que su expresión no revelase el horror que

sentía. Su miedo era tal que casi podía sentir su sabor. Ahí estaba su codicioso primo, que ambicionaba el título de su hermano gemelo, Lamb Hall y todas sus posesiones terrenales. ¿Por qué la mala suerte seguía sus pasos? Bernard Lamb no tenía que averiguar nada acerca de ella. Murmuró con una actitud muy fría:

-Encantado. -Y se volvió para iniciar conversación con una muchacha menuda integrante del coro.

La muchacha había oído decir que ese joven impetuoso que se dirigía a ella tenía un título nobiliario. Se las ingenió para estar pendiente de cada una de las palabras de Tony y, al mismo tiempo, tocarle la mano y rozarse contra el muslo del esbelto joven. Parloteaba animadamente, pero Tony sólo captó que ella se llamaba Dolly. Lo único que quería era escapar de la presencia de Bernard Lamb.

Adam Savage estaba enfadado. Estrechó la mano del joven Bernard Lamb y le dijo que estaba encantado de conocer a uno de los parientes de Tony. Lo hizo con el propósito de cubrirlo lo mejor posible.

-Pensé que Tony iba a invitar a esta joven dama a cenar, pero ya veo que tú te has adelantado.

Bernard se echó a reír.

-Angela y yo somos viejos amigos. Será un gusto para nosotros reunimos en otra ocasión.

Savage no dejó de notar los pulidos modales del joven y rogó a Dios que su maldito pupilo tuviese también modales, ya fuesen pulidos o de cualquier otro tipo.

-Cuando mi casa de Gravesend esté terminada daré una fiesta de inauguración. Le enviaré una invitación. No falte, por favor,

Savage acarició con la mirada los impúdicos pechos de Angela y su boca insolente.

-No me molestará hacerlo -dijo ella, haciendo un guiño con descaro-. Debo darme prisa, está alzándose el telón... -Miró por encima del hombro a los dos hombres y tuvo la desvergüenza de agregar-: entre otras cosas.

Mientras todos volvían a sus asientos, Adam hizo girar a Tony tomándola del hombro.

-Eres un insoportable esnob. -La mirada de Savage era tan helada como su voz-. Los has rechazado sólo porque él no tiene título nobiliario y ella es una simple actriz.

Tony lo miró directamente a los ojos:

-Si tú no puedes darte cuenta de que él codicia mi título y todo lo demás será porque eres ciego.

-¡Pamplinas! ¡Yo no he visto semejante cosa!

-¡Lo único que has visto son tetas! -explotó Tony.

Savage sonrió.

-En realidad, me atraen más sus piernas.

Unos días antes. Tony no hubiese sabido a qué se refería, pero ahora sí lo sabía. ¡Virgen María: los hombres habían dividido la anatomía femenina y elegido las partes que a cada uno deleitaba más!

¿Qué pasaría si las mujeres hicieran lo mismo? Antonia se quedó mirándolo fijo, recordando qué aspecto tenía envuelto en una simple

toalla. Por Judas, se habría visto en un aprieto si la hubieran instado a elegir entre sus anchos hombros o su pecho salpicado de vello oscuro, sus fuertes manos morenas o su boca sensual, adornada de cicatrices. ¡Ya no estaba en condiciones de elegir, y eso que aún no había visto todo!

-¿Qué miras así? -preguntó Savage.

-Dotado por Dios para las mujeres -se burló Tony, bajando la vista para que él no notara el impacto físico que ejercía sobre ella.

No cabía duda de que ese espectáculo lascivo había dejado a Savage con ánimo libertino y con ganas de mujer. Se puso a pensar adonde llevaría a Tony para que degustase su primer bocado de carne tierna, y se decidió finalmente por un lugar donde hubiese un poco de diversión. No tenía sentido intimidarlo llevándolo a una casa que se ocupara de satisfacer gustos sofisticados, no fuera a ser que él se lo tomara demasiado en serio.

Enfrente de la casa Somerset, junto al Támesis, había una casa de citas flotante llamada Folly. En la primera cubierta había una banda de música tocando, mientras unas ninfas de las aguas cenaban junto con unos caballeros a los que llamaban «tritones».

-¿Adonde vamos? -preguntó Tony mientras caminaban hacia el río.

-¿Ves esa barcaza iluminada?

Tony oyó la música y las risas, ahora que estaban más cerca.

-¿Vamos a recorrer el río?

-Sí y no. La Folly nunca leva el ancla, en realidad.

-Ah, ¿es un garito flotante? —preguntó Tony, empezando a interesarse.

-No, es un burdel flotante. Vamos a cenar en compañía de algunas deliciosas sirenas en la cubierta principal y luego, cuando te canses de eso, en la segunda cubierta hay pequeñas habitaciones donde puedes llevar a una muchacha para acostarte con ella,

Tony tropezó con la planchada.

-Sabía que estabas impaciente -se burló Savage-. Ve a dar un paseo por ahí mientras yo pago el billete.

Savage habló con la propietaria y le informó que, para el muchacho, era la primera vez.

-Es un poco tímido para estas cuestiones, y quiero estar completamente seguro de que pierde su virginidad.

-¡Ah, milord, tengo la sirena más apropiada para él! Está tan ansiosa que hará todo el esfuerzo necesario. ¡Lo hace todo: puerta delantera, puerta trasera, puerta francesa...! El muchacho sólo tendrá que acostarse y respirar.

Savage sacó su billetera.

-No me parece lo mejor. ¿No tiene usted una ninfa tímida que pueda pasar por virgen? ¿Que tenga un poco más de estilo y sutileza, quizás?

El rostro pintado de la madama se iluminó:

-Tengo una muchacha nueva, muy tímida. Me asombra la cantidad de caballeros que la piden.

-Envíela a nuestra mesa. -Al echar una mirada alrededor, descubrió que las hembras estaban evaluándolo sin tapujos-. Señoras, ¿quieren acompañarnos a cenar?

Tony no tenía hambre, pues se le había ido junto con su valor, A juzgar por la cantidad de ostras que las risueñas ninfas le daban de comer, Savage debía de encontrar delicioso ese fruto de mar. Antonia sabía lo que esperaba Savage de lord Lamb, y llegó a la conclusión de que el único modo que tenía de pasar esa velada sería con una actitud jactanciosa. Observó con mirada evaluadora a la muchacha que estaba sentada a su lado y, para su sorpresa, descubrió que la miraba con aprensión. Estaba sentada en silencio, como en la iglesia, y no parecía escuchar siquiera las ingeniosidades que decían las groseras ninfas que derramaban toda su atención sobre Savage.

Tony sacó su cigarrera.

-¿Te molesta si fumo?

-¿Puedo encendérselo, milord? -preguntó la muchacha con dulzura.

Tony sostuvo el puro entre sus labios mientras la joven sacaba una de las velas del candelabro de tres brazos y la sostenía con firmeza.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Tony, deseando que el humo ocultara el pánico creciente que asomaba a sus ojos.

-Lily, milord.

Tony estuvo a punto de ahogarse con una bocanada de humo al ver que Savage alzaba las cejas con expresión sugestiva. Tendría que alejarse... irse a cualquier sitio donde esos penetrantes ojos azules no pudiesen observarla. Se puso de pie.

-Ven, Lily, busquemos un lugar donde podamos estar a solas.

Tony pudo sentir aquellos penetrantes, aquellos malditos ojos azules clavados en su espalda mientras iba subiendo con su compañera a la segunda cubierta. Dentro del pequeño camarote sólo había una cama y una pequeña cómoda con un espejo y una silla de madera.

Tony se sentó en la silla, apoyó los pies sobre la cama e inclinó el respaldo de la silla haciendo equilibrio sobre las patas traseras representando una comedia de despreocupación.

Lily cayó de rodillas ante ella y lloró:

-¡Oh, por favor, milord, sea gentil conmigo!

¿Qué estaría tramando esa muchacha? Tony aplastó el cigarro para apagarlo y apoyó de nuevo la silla sobre sus cuatro patas. Los ruegos de Lily aumentaron.

-Tranquila, Lily. ¡Ni siquiera te tocaré! ¿Acaso hay hombres que se muestran rudos contigo? -preguntó Tony, indignada.

Lily calló sus gimoteos tan rápidamente como los había empezado.

-Sólo pretendía excitarlo, milord. A la mayoría de los señores les encanta cuando demuestro temor.

-Bien, pues a mí no me encanta y, por favor, no me llames milord. Me llamo Tony.

-Tony, ¿te excitaría que yo te desnudase? -propuso Lily, dispuesta a complacer.

-¡Por Dios, no! -exclamó Tony, conteniéndose.

-¿Te excitaría desvestirme tú a mí?

-Nada de lo que hicieras me excitaría, Lily -repuso Tony con firmeza.

-¿Qué te gustaría hacer conmigo, Tony? -preguntó Lily, perpleja.

-¿No podríamos conversar, sencillamente? Mira, mi tutor me ha traído aquí a la rastra, contra mi voluntad. Maldita sea, está empecinado en hacer de mí un hombre.

El semblante de Lily se iluminó con una expresión comprensiva.

-Yo entiendo tu secreto -susurró Lily. Por un instante. Tony clavó en ella una mirada incrédula y luego soltó su aliento en un prolongado suspiro.

-¡Gracias a Dios! Qué alivio.

-Lo que tú necesitas son los brazos de un hombre, no de una mujer —dijo Lily, con aire de conocedora—. Lo más probable es que tú desees a ese guapo demonio que te ha traído hoy aquí, ¿Estoy en lo cierto?

Tony se sonrojó y se echó a reír, avergonzada.

-No puedo negarte que me provoca cosas extrañas.

Lily se pasó la lengua por los labios.

-¿Por ejemplo? -preguntó, conteniendo el aliento y sentándose en la cama con las piernas cruzadas.

-Bueno, me hace sentir como si fuese de gelatina.

-¿Por su gran corpulencia? -preguntó Lily, ávida de detalles.

-En parte, sí. Es el hombre más corpulento que yo he visto, pero es muy dominante. Le gusta ser obedecido.

-¿Acaso te golpea? -preguntó Lily, añorante.

-No, pero a veces da la impresión de que tuviera ganas de hacerlo. Cuando golpea sus botas con su maldita vara, tengo la sensación de que quisiera ponerme sobre sus rodillas.

-¿Vara? -repitió Lily, estremeciéndose de deleite-. ¿Qué tamaño tiene su «Willie»?

-¿ «Willie» ? -hizo eco Tony, desconcertada.

Lily rompió a reír:

-Como soy irlandesa, lo llamo «Willie», pero las chicas inglesas lo llaman el «Peter», el «Roger» o el «Dick».

Ese último nombre provocó una resonancia familiar: Tony sabía ahora de qué hablaba ella y se sonrojó intensamente.

-Jamás lo he visto -confesó, tímida.

Lily pensó un rato y llegó a la conclusión de que el muchacho debía de estar diciendo la verdad, teniendo en cuenta que siempre había entrado por la puerta trasera.

-Me parece que no hace mucho tiempo que estáis juntos. ¿Te pones celoso cuando él viene a un sitio como éste?

Tony sabía que sí. Para sus adentros anhelaba que Adam Savage riese y bromease con ella, que la llevara a un cuarto pnvado. Por eso, para ocultar sus perversos pensamientos, cambió de tema.

-¿Y qué me dices de ti, Lily? ¿Por qué haces esto?

-Para ganarme la vida. Mi mamá tenía que alimentar a seis hijos. Se había juntado con un luchador irlandés que abusaba de mí cada vez

que ella le daba la espalda; entonces, cuando cumplí trece, me marché. Bien podía hacerlo por dinero.

Tony quedó consternada y deseó no haber preguntado. Su educación había abarcado un rango tan amplio de temas en los últimos días que sólo ahora comprendía lo protegida que había ido su vida hasta conocer a Adam Savage.

Lily descruzó las piernas y se levantó.

-Oye, ¿estás seguro de que no quieres que te la chupe o haga alguna otra cosa?

-Creo que no -dijo Tony, dubitativa.

-Bien, en ese caso, ¿no te importará si voy a atender a otro cliente?

-Por supuesto que no, Lily. Ha sido grato conversar contigo.

Tony echó un vistazo a las cubiertas del Folly; estaban atéstadas de risueñas ninfas y sus tritones. La ausencia de Savage se hacía notar, y Antonia prefería irse al infierno antes que esperarlo mientras él se revolcaba en sus vicios.

Cuando el señor Burke le abrió la puerta de la casa de Curzon, ya llevaba el cubo en la mano. Antonia lo examinó con fría mirada de la cabeza a los pies.

-¡Tiene usted un maldito descaro, demonio despreciable! Empezó a subir la escalera con ofendida dignidad, mientras el señor Burke la observaba sonriendo y sacudiendo la cabeza: desempeñaba a la perfección su papel de joven lord.

CAPITULO 19

Cada vez que se despertaba y se despabilaba en mitad de la noche, Tony escribía en su diario. Notó con cierto pesar que, a medida que iba llenando las páginas, aparecía una constante. Todas las entradas empezaban vilipendiando a Adam Savage, repasando la lista de sus defectos, consignando las sospechas de Antonia con respecto al pasado de él y, por fin, dando rienda suelta a su maltratada sensibilidad. A continuación, seguían unos apuntes de corte más filosófico, en los que explicaba o excusaba sus defectos. Después, un desganado reconocimiento de su sabiduría, o bien de su habilidad, seguido por una o dos oraciones en las que se veía con claridad que estaba enamorándose de aquel hombre y fantaseando con él.

Suspiró, exasperada consigo misma. Resolvió llenar esa página con algo que no tuviese nada que ver con Savage y puso manos a la obra.

¡ Hombres! Desde que estoy desempeñando el papel de miembro del sexo opuesto, se me han abierto los ojos. Los hombres desarrollan dos vidas completamente separadas, en dos mundos diferentes. Toda vez que hay damas presentes, procuran ser corteses, bien educados, refinados, fieles y más o menos civilizados. En cambio, cuando las damas se ausentan, cae la máscara y ya no son nada de lo antes dicho.

Los hombres han conspirado para constituir un círculo con el único propósito de permitirse la autocomplacencia y la gratificación de los sentidos. Comen lo que se les antoja, beben cualquier cosa que sea capaz de embriagarlos, van adonde les da la gana, dicen lo que les pasa

por la cabeza, hacen apuestas a toda cosa que se mueva y derrochan su buen dinero en malas mujeres.

Existe una doble moral para los hijos y las hijas de la sociedad. Las muchachas son educadas para ser obedientes, corteses, reservadas y castas. Eso, por encima de todo: castas. A los muchachos, en cambio, se les enseña que "la castidad es un desperdicio", y se los empuja al burdel para que demuestren su virilidad, más o menos en el momento en que salen los primeros pelos de la barba.

Lo más difícil de aceptar es que los hombres dicten las reglas, no sólo para sí mismos sino también para las mujeres. De acuerdo con lo que he observado, tienen la libertad de romper las reglas, mientras que las mujeres no la tienen. Una dama joven pasa, "por su propio bien", de la autoridad de su padre a la de su marido. Tiene que ser virgen para que su nuevo amo y señor pueda gozar del tradicional rito, hipócrita y jactancioso, del himeneo.

A los hombres se les permite... no: se los anima a adquirir sus conocimientos sexuales de toda fuente disponible, mientras que las mujeres sólo pueden recibirlos de sus maridos.

¿ Y con ella que pasaba? ¡Lo más probable era que jamás tuviese un marido! Antonia alzó la pluma y sus pensamientos se dispersaron. Si tuviera la libertad de elegir a su maestro, ya sabía a quién elegiría. Ya empezaba a regañarse a sí misma por el desviado rumbo de su mente, pero se contuvo. Maldición, se suponía que las mujeres ni siquiera podían permitirse pensar en ello. Resolvió rebelarse, aunque sólo fuese en el pensamiento.

Se recostó de nuevo en la cama, cruzó los tobillos y flexionó los brazos detrás de su cabeza. Entonces, evocó la imagen de Adam Savage cubierto con la toalla. Sin duda, era el hombre de apariencia más vigorosa y más oscura que ella había visto. Su curtida masculinidad la hacía sentirse débil. Para los hombres, la moda era ser pálidos, con las manos suaves y blandas de un gentilhombre. Usaban ropas muy adornadas y coloridas y el pelo empolvado. A ella no la atraía ninguna de esas cosas.

Las manos de Savage eran callosas, llenas de cicatrices y con la piel áspera de un trabajador y, pese a todo, al pensar que aquellas manos podían tocarla, sentía deseos de gritar. La piel de Savage era morena e hirsuta, le provocaba la tentación de tocarla, de conocer su textua, de levantar esa toalla y explorarlo... todo, por todas partes. Antonia sintió calor... y no precisamente en las mejillas. Su piel empezó a cosquillearle, tuvo la sensación de que sus huesos se derretían y comenzaba a sentir una especie de dolor en las entrañas, mezclado con una suerte de anhelo vago.

Quería que él la mirase del mismo modo que miraba a otras mujeres. Quería que la creyese atractiva, especial. Que la besara... en los labios. Se extremeció, se le puso la carne de gallina, y no porque sintiera frío. El dolor del vientre se extendió a sus pechos. Los sostuvo con sus manos y los sintió plenos, pesados, hinchados. Sus pezones se pusieron duros como diamantes. Apartó sus manos de sus cuerpo y saltó de la cama para disipar la culpa que había hecho presa de ella.

Adam Savage pasó las primeras horas de la mañana con su secretario. La noticia de su riqueza se había extendido como un incendio, hasta más allá de la ciudad de Londres. El correo llevaba, todos los días, propuestas para empresas comerciales que Jeffrey Sloane filtraba para no desperdiciar el valioso tiempo de Savage. El secretario presentaba a su patrón sólo aquello que tuviese alguna posibilidad de éxito.

Savage estaba de pie, junto a la papelera, con una pila de cartas. La primera opción descartada fue una propuesta para desalinizar agua de mar. La segunda, para extraer plata del plomo. La tercera se refería a convertir el mercurio en metales preciosos. Había otra relacionada con el comercio de pelo humano que tal vez fuese muy rentable, pero que a él le resultaba repugnante. Una de las cartas proponía un nuevo plan para la lotería. Las loterías eran muy populares y proporcionaban ganancias obscenas, pero como el dinero provenía de los pobres, que constituían las tres cuartas partes de la población, también le repugnaba. Savage estaba más interesado en las cargas y en los nuevos métodos de enviar mercaderías de un sitio a otro. En las ciudades industriales de Inglaterra abundaban las fábricas, pero sus métodos de transporte eran arcaicos. Leyó una carta que proponía la importación de asnos de España.

Levantó la vista hacia Sloane y comentó, remarcando las palabras:

-No creo que hagan falta; ya que hay demasiados en Inglaterra.

A pesar de todo, atrajo su atención una carta de Abraham Derby, quien decía que había descubierto un método de fundición de hierro por medio del carbón de hulla, y también le interesó una propuesta de construir una red de canales a través de Inglaterra. Dijo a Sloane que acusara recibo de esas propuestas y que fijara encuentros con los individuos que las habían presentado. Pero sobre todo, tenían interés en conocer a un ingeniero civil que respondía al apellido de Telford, y que proyectaba túneles, puentes y acueductos.

Otra de las ideas que, en opinión de Savage, tenían posibilidades eran los ferrocarriles. Las piedras para la construcción de la ciudad de Bath habían sido transportadas desde las canteras de Combre Hill en carretas que andaban sobre rieles. A Savage no le alcanzaban las horas el día para todas las cosas que tenía planeadas.

Pensaba comprar un velero para transportar carga entre Inglaterra y el continente europeo. Edenwood seguía necesitando muebles, y algunos de éstos podría comprarlos en el extranjero. También debía hacerse tiempo para visitar las oficinas principales de la East India Company, y ese día tendría que encontrarse, a las tres, con lord Bathurst, con la intención de comprarle su escaño en el Parlamento. Savage estaba dispuesto a pagar hasta diez mil libras por un lugar en Westminster, pero era lo bastante astuto como para especular con la idea de ofrecer sólo cuatro mil. A las dos en punto, esperaba la visita de lady Elizabeth Foster, una mujer tan atractiva que, según se decía, no había hombre que pudiera resistírsele.

Savage despachó sin demoras las decisiones con respecto a la aceptación o rechazo de dos docenas de invitaciones socilales, dio a Sloane una lista de las damas a las que había que enviar floresy, por fin llegó a la última de las cuestiones: lord Anthony Lamb. Había estado postergando toda la mañana ese tema inevitable pero debía pasar el mal trago y enfrentarlo. Savage maldijo al oír que su criado atendía a la puerta y hacía pasaar a alguien. No tendría más remedio que salir por la escalera trasera para evitar al visitante.

- Deshágase del recién llegado, quienquiera que sea – ordenó a Sloane.

- Demasiado tarde – dijo Tony remarcando las palabras mientras entraba en la oficina y se sentaba a horcajadas en una silla de madera.

Savage hizo una seña con la cabeza a Sloane:

- Déjenos solos.

En cuanto se cerró la puerta, Savage le espetó:

- Pagué bastante dinero anoche, ¿por qué no te la follaste?

Tony quedó estupefacta.

- ¿Cómo demonios te has enterado?

- Porque pagué a la muchacha para que me diese la información.

- ¡Eres un canalla! – escupió Tony, sintiéndose acorralada.

Los ojos azules la paralizaron con su expresión desdeñosa.

- ¿Qué dijo ella?

- Me dijo que no te interesan las mujeres. Me dijo que sólo te gustan los hombres. Me dijo que eras un marica.

-¿Qué es un marica? – preguntó Tony; aparentemente, se trataba de algo que provocaba una furia negra en Savage.

El dejó pasar un rato sin hablar, tratando de dilucidar el dilema que afrontaba. Si fuera cierto que el muchacho no lo sabía, tal vez haría mejor en dejarlo en la ignorancia. Sin duda, no era posible que fuese tan inocente. Había olvidado que podía existir en el mundo una inocencia tan intactaa. Adam se esforzó por controlar su intensa ira.

- ¿Has hecho alguna vez el amor con un hombre? – preguntó sin rodeos.

- ¡No! – respondió Tony al instante.

Entonces, recordó que tenía que responder a las preguntas desde una óptica masculina.

- ¿ Algún hombre te ha hecho insinuaciones sexuales?

- No – contestó ella, sincera, aunque todavía desconcertada.

- ¿ Cómo te sentirías si un hombre te tocara el miembro y te hiciera una proposición?

¿Los hombres hacían esas cosas entre sí?, se preguntó Antonia.

- Me sentiría indignado, asqueado. Le daría una bofetada en la cara.

Savage se sintió inundado de alivio y, sin embargo, echo a reír con desprecio. Tomó su estoque.

- Tony, muchacho, tendrás que aprender a protegerte. No se dan bofetadas en la cara a otro. Eso no pararía los pies a nadie. Recuerda siempre que todo reside en la actitud. Voy a demostrártelo.

La asió por las solapas de su chaqueta, apoyó la hoja del estoque en su garganta, y gruñó:

- Te abriré en canal.

Tony tragó con fuerza: la actitud de Savage era tan amenazadora que creyó desmayarse. Se aferró del respaldo de la silla y aguantó.

Savage puso el estoque en sus manos.

- Ahora tú.

Tony volvió a tragar con fuerza. Luego, crispó su cara en lo que suponía era una expresión terrible, blandió el arma y gritó:

- ¡Te ahogaré en tu propia sangre!.

Aunque Savage mantuvo su cara seria, le resultaba difícil ocultar su hilaridad.

- Pienso que, tal vez, para demostrar mejor tu actitud, deberías pronunciar tu amenaza en voz suave. Suele ser más eficaz que gritar y no olvides nunca amenazar sus huevos. Siempre da resultado. Inténtalo otra vez.

Tony alzó una ceja, sostuvo la hoja inmovil contra la garganta de Savage y pronunció, en tono sedoso y marcando las palabras:

- ¿ Te gustaría perder un cojón?

- ¡Perfecto! – aprobó Adam prorrumpiendo en risas y sacando el arma mortal de la mano de Tony.

- Bueno, todavía no me has dicho por qué no echaste un polvo con esa muchacha.

Tony no había oído jamás esa expresión, pero comprendió que se refería al acto sexual. Metió las manos en sus bolsillos y giró la cabeza hacia la ventana para no mirar a Adam.

- Me daba demasiada vergüenza confesarle mi ignorancia. Fuera de los besos, en realidad, no sé qué hace un hombre a una mujer.

Por fin, Savage terminó de comprender hasta qué punto la educación del muchacho lo había aislado del mundo real. Lo había criado su abuela junto con una hermana gemela como única compañía. No era extraño que pareciera afeminado. Tony nunca había gozado de la influencia de un padre ni de otro varón. Nunca había contado con la compañía de hermanos para alardear de quién podía orinar más lejos, que le enseñara el mejor modo de masturbarse o comparar a ver quién la tenía más larga.

- ¿A ti te atraen las chicas? No me refiero a las mancilladas palomas del Folly sino a las mujeres, en general.

- Claro que sí – mintió Tony, consciente de que eso era lo que él quería oír y de que lord Lamb debía tener un saludable interés en el sexo opuesto-. Más aún, esa pequeña actriz que conocí en el Olympic, es lo más bonito que han visto mis ojos en mucho tiempo. ¡Dolly... así se llamaba! He estado toda la noche tratando de recordar ese nombre.

En ese preciso momento Adam no tenía tiempo para sentarse y explicarle los innumerables detalles de la sexualidad. Todas las minucias que era necesario tener en cuenta para despertar el deseo, la excitación y el juego previo. Los matices y diferencias entre hombres y mujeres, sus gustos, sus agrados y desagrados. Aquello llevaría horas, días, quizá.

Savage pasó la mano por los libros que había en su biblioteca. Muchos de sus libros estaban en Edenwood, pero ahí había dos volúmenes encuadernados en cuero que había comprado en la India.

Uno era el Kama Sutra y el otro la historia de una concubina llamada Jemdanee tras las puertas cerradas de un harén.

- Cuando leas estos libros, trata de hacerlo con mente abierta. Aquí hay cosas que, sin duda, te impresionarán al principio. – Apoyó una mano, con gesto paternal, sobre el hombro de Tony-. No vaciles en preguntarme cualquier cosa que se te ocurra; cualquiera. –Sonrió-. Estoy totalmente dispuesto a compartir los conocimientos adquiridos en relación con los misterios del sexo opuesto y estoy seguro de que Dolly no rechazaría los avances de un lord del reino a pesar de tu falta de experiencia.

Savage la acompañó hasta la puerta.

- No te estoy echando, Tony; tengo una cita de negocios.

Tony se metió el libro bajo el brazo y echó a andar por la calle de Half-Moon. No había andado doce pasos, cuando un carruaje negro con el escudo de nobleza en la portezuela se detuvo ante la puerta. A Tony se le hizo un nudo en el estómago al ver a una elegante mujer que se apeaba del coche. Cuando la vió, quedó boquiabierta: no era la dama que lo había visitado antes. Era otra bella condesa, completamente distinta.

-Bonito negocio – musitó -, malhadado bonito negocio.

Cuando Tony entró en la habitación, a lady Randolph se le iluminó el rostro.

-Ah, veo que has traído un libro de la biblioteca. – Dio una palmada en el asiento junto a ella-. Ven a sentarte conmigo, querida, veremos que traes.

Tony dijo:

- Eh... ¿tienes el The Ladies Quarterly? – Al sentarse, metió los dos libros que traía bajo su trasero-. Léeme las notas divertidas.

-Bueno, veamos. Ha salido un nuevo tipo de peluca, muy extraño, que se llama dragonesa. Es espantosa. Intentaré convencer a Frances Jersey de que se compre una. Y, hablando de pelucas, ¿sabías que las damas romanas tienen furor por las pelucas rojas? Pero las francesas y las inglesas todavía siguen fascinadas por las blancas.

Roz volvió la página.

- En París, la última moda es el escándalo. Dicen que se han pasado de moda los miriñaques y que los vestidos han comenzado a tomar las formas del cuerpo femenino.

- Me alegro, porque esos aros eran un incordio – dijo Tony -. Después de haber estado usando calzones y pantalones, no creo que pudiera volver a usarlos.

- Los miriñaques ocultan una multitud de defectos. Disimulan ciertas figuras abultadas.

Antonia sintió una pasajera compasión por sí misma. Había veces que sentía ardientes deseos de tener volantes y cintas. Recordó con envidia a la elegante figura que tenía un compromiso de negocios con Savage. ¿Compromiso de negocios? ¡Cita galante, más bien!

- ¡Dios mío!, escucha esto. Aquí está la receta de una loción oftálmica para ojos irritados. Mezclar vitriolo blanco con sal de laurel. Cuando acabe la explosión, verter una pinta de agua de rosas. ¡Deben querer decir que lo hagas si la explosión no te ha dejado ciega! Añadir azúcar refinado y aplicar.

- ¡A mí no me parece muy refinado! – exclamó Tony haciendo una mueca.

- Ah, querida mía, cuando yo era niña, el ingrediente principal de la mayoría de las medicinas era el excremento animal. El de gato era el preferido para hacer retroceder una línea de crecimiento del pelo muy baja sobre la frente.

- Tengo la impresión de que untarse con caca de gato el rostro es de resultado dudoso.

- Ni de lejos tan peligroso como blanquearse el rostro con pintura de albayalde. Lady Coventry murió a causa de eso.

Tony se puso de pie, metió deprisa sus libros bajo el brazo y enfiló hacia la puerta.

-¿Qué estás leyendo?

- Bueno... eeeeh... filosofía oriental.

- Me alegro por ti, querida. Es hora de que amplíes tus conocimientos.

Ya en su dormitorio, Tony se quitó la chaqueta y la arrojó por ahí, se deshizo del cuelloy de las botas, se estiró sobre la cama y abrió el libro que narraba la historia de la princesa Jemdanee. Pronto se sumió en un mundo fascinante de imágenes exóticas.

En las bellas habitaciones hay estanques con lotos en los que una se refleja, y fuentes de las que brota agua coloreada. Los peces decorativos tienen anillos de oro en la nariz. En los días calurosos, unos niños tiran de las cuerdas de los abanicos de seda, que cuelgan como velas de los altos cielos rasos y los mecen de un modo que simula la brisa marina. Para embalsamar el aire, queman noche y día alcanfor o incienso.

Me he convertido en una experta en shatrant, un tipo de ajedrez con piezas adornadas con gemas, y que se juega sobre un tablero de marfil y ébano porque, a veces, eso entretiene a mi señor y lo retiene más tiempo a mi lado. Lo que más le agrada es el chaupar, un juego de azar que se juega en el suelo, en un tablero en forma de cruz.

Son muy placenteros los preparativos para visitar a mi señor. Yo endulzó mi boca con paan, que es una tajada de nuez de betel con lima, envuelto en una hoja, que se guarda en un bonito cofrecillo. Después comienza el adorno de mi propia persona. Me pinto los pezones y esparzo rouge en el hueco entre mis pechos para que mi cuerpo sea más deseable. Preparo par mi señor, con mis propias manos, un afrodisíaco consistente en rubíes molidos, huesos de pavo real y testículos de carnero, para que su gran falo permanezca duro como el mármol durante toda la noche, hasta el alba.

Me pongo unos transparentes pantalones bombachos ceñidos a la cintura con un complejo cinturón hecho con cordones y borlas de seda. Al principio, parecería imposible de desatar. Pero, cuando mi señor ya ha resuelto el secreto, los dos estamos tan ardientes y ansiosos que él

está listo para abalanzarse sobre mí y sepultar su gran arma dentro de mi sedosa vaina. A veces, el deseo de mi señor es tan apasionado que mi doncella debe abanicarnos con plumas de pavo real mientras ejecutamos una y otra vez la danza de la vida y la muerte.

Esta noche, mi señor ha salido a cazar a la luz de la luna. Oigo el tintinear del cencerro que usa para engañar y atraer a los animales salvajes. Si mi señor mata a un leopardo antes de que éste se coma el cebo, se convertirá en el gran héroe para todas las mujeres del harén por haber salvado la vida de un inocente cordero. Si esta noche mi señor no viene a mí , mi doncella tendrá que esparcir una refrescante pasta de henna entre mis muslos para aliviar mi ardor.

Tony cerró el libro con brusquedad. ¡Dios quisiera que ella tuviese un poco de pasta de henna para refrescar su propio ardor! Se sentía acalorada y sin aliento. Comprendía muy bien cómo se sentía Jemdanee porque ella se había convertido en la princesa y su señor no era otro que el Leopardo.

A esas alturas, Tony ya no podía absorber más de ese relato erótico, pero no pudo resistir la tentación de echar un vistazo al Kama Sutra. ¡Error fatal! Las imágenes y las instrucciones se borronearon antes sus ojos. Eran fascinantes, de malicioso erotismo y, al mismo tiempo, de una íntima belleza. La indicación impresa en la primera página decía: “Debes encadenar su alma antes de ligar tu cuerpo al suyo por medio del amor”.

Tony se tendió de espaldas y clavó la vista en el cielorraso. Encadenar su alma... encadenar su alma... ligar tu cuerpo al suyo...

Antonia estaba perdida, perdida. La habitación se inclinó y le pareció que todo escapaba a su control. Ya no podía manejar sus emociones; ya no podía soportar esa mentira en la que estaba viviendo. Ansiaba detener el tiempo y hacerlo retroceder para poder deshacer todo lo que había hecho y que todo fuese tal como había sido antes... antes.

Tony se esforzó por respirar lentamente, por calmarse. Había soltado un instante las cuerdas y se le habían escapado entre los dedos. Recuperó mentalmente las cuerdas una a una y las aferró con firmeza. Lo soportaría. Lo afrontaría todo con valor.

Lo primero que tenía que examinar era lo que sentía hacia Adam Savage. Él la atraía, la intrigaba, pero también la amedrentaba. No: estaba mintiéndose. No la amedrentaba lo bastante para ocultarle sus pensamientos pecaminosos, y la palabra atracción era demasiado pálida, desvaída, para describir lo que sentía.

Aun así, ella sabía que no era amor. Sus pensamientos relacionados con él no eran dulces. No había suaves suspiros ni ilusiones.

Era un sujeto peligroso, inmoral y, seguramente, malvado y corrupto. Antonia no estaba convencida que la clase de fortuna que él poseía pudiera acumularse sin hacer trampas y sin robar. Pese a todo, o quizá precisamente por eso, ella quería estar siempre con él. Él la atraía como la luna a la marea. Había jurado que mantendría distancia y, sin embargo, contra su voluntad, lo buscaba, quería mirarlo, quería

escucharlo, estar con él. Mañana, tarde y noche, a cualquier hora del día la asaltaba el anhelo.

Resumió sus pensamientos y sus sentimientos en una sola palabra: hambre. Tenía hambre de él. Hambre de tocarlo, de que él la tocara. Tenía hambre de besarlo, de que la besara. De que él le enseñara todo lo que sabía, todas sus habilidades, su experiencia de la vida. Anhelaba ligar su cuerpo al de él en el amor.

¡Por dios, en qué enredo se había metido! Su situación era imposible y, aun así, tenía que aceptar la responsabilidad de lo que había hecho. Suspiró, pensando en lo que podría haber sido, se dio vuelta y se acurrucó, en un intento por aliviar su deseo.

CAPITULO 20

Adam Savage inspeccionó los navíos mercantes que había en venta y, por eliminación, se quedó con un clíper, que prometía velocidad y, a la vez, contaba con bodegas espaciosas para la carga. No había sido bien cuidado; sin duda lo habían hecho navegar sin descanso en la avidez por obtener ganancias, y ahora que el uso y el deterioro eran visibles, su propietario pretendía sacar de él hasta el último centavo.

Los espacios bajo cubierta aún conservaban un revelador olor a opio. Eso decidió a Savage a ofrecer sólo la mitad de lo que le habían pedido. Como ese mismo día debía trasladar a Edenwood los purasangres que había comprado, quiso matar dos pájaros de un tiro. Navegaría con el barco hasta Gravesend para comprobar cómo se comportaba antes de hacer una oferta.

Al recibir la nota en que Savage le informaba de que iría a Edenwood, Antonia exhaló un suspiro de alivio. ¿No era asombroso el modo en que las cosas iban acomodándose? Aquél era el día en que ella había aceptado participar en la gran carrera a Richmond.

En aquel momento, le había parecido una broma acceder a participar de la carrera de carruajes. Después de todo, el ganador obtendría una pequeña fortuna, pero aquel día ella estaba borracha y no había reparado en que no poseía ni un faetón de pescante alto ni caballos con qué tirar de él. Su tutor siempre poseía lo que a ella le faltaba, y él la había instado a usar su coche.

Tony sabía que era un acto de inconsciencia correr una carrera con los caballos de Savage sin pedirle permiso, pero se dio a sí misma la excusa de que éste admiraría su iniciativa y su audacia. Era imposible negar que se necesitaban agallas para llevarlo a cabo, y ella estaba dispuesta a sufrirlo ante la sola posibilidad de que en esos claros ojos azules apareciera un atisbo de admiración en lugar del siempre presente desprecio. Cerró sus ojos un momento y apretó los puños. El anhelo de demostrarse a sí misma que era capaz era tan intenso que se le hizo un nudo en el estómago.

La carrera se realizaría por parejas. Sherry llevaba a Amoret. La pareja de Charles Fox era Lizzie Armistead y, desde luego, la compañera del príncipe de Gales era Georgiana. No era la amante del príncipe,

lugar que, en aquellos momentos, nadie ocupaba; estaba reservado para Maria Fitzherbert, que tenía una casa encantadora en Marble Hill, en Richmond. Ella pasaba la etapa de hacerse la tímida y se había alejado de Londres con el fin de que George fuese a buscarla. Por supuesto, él lo había hecho. Se rumoreaba que iba a Richmond todos los días, algo que brindaba al príncipe la ventaja de saber que todos los hombres que participaban eran más pesado que ella.

Escribió una nota invitando a Dolly a pasar la tarde con un divertido paseo a Richmond, firmó lord Anthony Lamb y la envió al teatro Olympic. Confiaba en que la pequeña actriz no dejaría pasar la oportunidad de codearse con el grupo de la casa Carlton. Una vez hecho esto, sin perder tiempo cruzó el Green Park hasta el establo de Yard Road, donde Savage guardaba sus caballos y coches.

Tony sintió cierto temor cuando vio el flamante faetón de pescante alto. Su acabado era satinado y no tenía un solo rasguño. En actitud de admiración, el palafrenero se quitó la gorra mientras explicaba a lord Lamb que el coche había recibido dieciocho capas de barniz.

Los caballos que había adquirido Savage para tirar del nuevo vehículo no pertenecían a la misma raza que los robustos caballos de tiro que ella había conducido por el camino de portazgo, pero se tragó sus escrúpulos y se dijo que estaba familiarizada desde siempre con los caballos y que lo principal era la “actitud”. Estaba convencida de ello, y sabía que Adam Savage tenía la misma convicción.

Antoria quería ganar esa carrera más que otra cosa que hubiera deseado hasta entonces. No sólo quería reivindicar la hombría de su hermano, sino también ganar el premio para sí misma. Savage admiraba con fervor la capacidad de ganar dinero. Y ella ansiaba demostrarle que él no era el único capaz de hacerlo.

El palafrenero enganchó los caballos entre las varas y sacó el vehículo al patio del establo de Yard. El color borgoña oscuro del faetón resplandecía a la luz del sol con un intenso matiz de rojo, y la lustrosa piel de los caballos reflejaba el mismo color. El mozo de cuadra indicó con la cabeza el largo látigo que se erguía dentro de su soporte.

- Estos animales son impetuosos, milord. No los toque hasta que haya salido campo afuera.

Tony sabía que le bastaría con las riendas para conducir, y que el látigo permanecería en su soporte. Trepó al alto pescante con el corazón en la boca. La parte más complicada sería conducir por las calles de Londres; en cuanto llegara a la carrera rural no tendría por qué preocuparse.

Fue asombroso no encontrar dificultades mientras guiaba a los animales por las calles. Todos habían tenido la sensatez de salirse del paso; incluso unos italianos especializados en caminar a desgana, apretaron el paso para dejarle vía libre.

Tony se las ingenió para girar en la primera esquina con facilidad y, cuando giró en la segunda hacia Green Park, vio que estaba casi bloqueado por faetones con sus caballos y por una ruidosa muchedumbre.

Postillones y correos bullían entre los coches, ofreciendo ayuda y consejo a los participantes. Tony se desanimó al ver que el vehículo del príncipe de Gales estaba compuesto por tres caballos, pero luego recuperó el optimismo cuando supo que él y Georgiana llevarían con ellos a un conductor real.

Numerosos espectadores se habían reunido para experimentar, por delegación, los placeres de la clase alta, y un par e recaudadores de turf estaban recogiendo apuestas. El coronel Dan Mackinnon se encargaba de las apuestas privadas, y lord Omslow del premio, que ascendía a un millar de guineas.

Southampton y Edward Bouverie, dos de los caballeros del príncipe, se acercaron a admirar los caballos de Tony. Después de verlos, arquearon las cejas y se precipitaron en busca de Dan Mackinnon para cambiar sus apuestas. Los excitables caballos de Savage estaban inquietos, cabeceaban en el aire y forcejeaban con sus lenguas en el bocado pero, por suerte, un par de lacayos suficientemente rápidos y atentos sujetaron sus arneses y se esforzaron por tranquilizarlos.

Los vendedores voceaban pastelillos de anguila, pan de jengibre y un gin ordinario que le pueblo llamaba “la ruina de las madres”. Además de comprar los licores se vendían en el parque, la mayoría de los petimetres llevaban frascos de coñac y, a juzgar por el aspecto de Sherry y de uno o dos más, ya habían estado bebiendo hasta un punto de peligrosidad.

Se repartieron florecillas hechas con cintas de colores vivos, con los números en el centro. Cuando Tony recibió la suya, que fue la última, vio que tenía ¡el número trece! Eso no hizo más que consolidar su decisión: ella decidiría su propia suerte. Pasó una hora hasta que quedó establecido cierto tipo de orden en aquel caos, lo que dio tiempo de sobra a Dolly para abrirse paso entre la alegre muchedumbre, hasta el faetón de Tony.

Ésta quedó pasmada al ver el llamativo atuendo que había decidido ponerse la actriz. Su peluca empolvada tenía más de treinta centímetros de altura y estaba adornada con amapolas escarlata. Su vestido y su parasol con volantes también eran de color escarlata. Lamentablemente, eran diferentes matices, y los colores se estorbaban entre sí. La muchacha atrajo todas las miradas masculinas del parque, como también las de los caballos, que se apartaban cuando ella se aproximaba.

Tony maldijo por lo bajo y luego, haciendo uso de la galantería, se inclinó desde el vehículo y le tendió una mano para ayudarla a subir. El lacayo le guiñó un ojo y dijo:

- ¡Caramba; tendría que haber puesto anteojeras a los caballos!

Dolly rió entre dientes, se alzó la falda exhibiendo una generosa porción de enaguas y de tobillo y, cuando el criado la miró con lascivia, replicó:

-¡También usted las necesita1

La muchacha dedicó a Tony una sonrisa radiante.

- Vaya, milord, esto es tan excitante que siento hervir la sangre. –Puso una mano sobre el muslo de Tony-. ¿Y qué me dice de usted, lord Lamb? – preguntó con aire sugestivo.

- Dolly, te sugiero que uses tu mano para sujetar la peluca.

Se oyó el disparo de pistola que indicaba el comienzo, y el príncipe de Gales, que había recibido el número uno en honor de su rango, arrancó con su vehículo como si fuera un carretero. Era adicto a la velocidad y no quería esperar hasta estar en las afueras de Londres para empezar a fustigar a sus animales.

-¡Esa es la duquesa de Devonshire! –gritó Dolly, extasiada-. ¡No puedo creer que esté en términos de igualdad con Su Gracia!

Su Gracia estaba de un talante temerario y apremiaba a George para que dejara atrás a los otros, trangando el polvo que ellos levantaban. A Tony no le preocupo el hecho de que sería la última en empezar, por tener el número trece. Las calles de la ciudad no eran el lugar más adecuado para luchar por una posición. Hasta que llegara al campo su consigna sería la prudencia. Otros, que no tenían la menor sensatez, ya habían quedado fuera de la carrera. Pasó ante un faetón que había perdido una rueda y otro cuyo conductor se había caído del pescante, tan borracho estaba.

El camino se ensanchó, aparecieron los primeros árboles y los caballos aumentaron su velocidad tan rápido que dejaron atrás a media docena de vehículos en pocos minutos. Rodaba a tal velocidad, que dolly sólo atinó a contener el aliento y aferrarse con fuerza para no caer y matarse.

Tony vio que más adelante se estrechaba el camino; contra su voluntad, tiró de las riendas sabiendo que no habría espacio suficiente para ella y para el coche que la predecía. Así fue como supo que los caballos debían haber acomodado los bocados entre sus dientes. Se precipitaban hacia delante como locos, pasando al coche como si estuviera parada... para alarma de Tony, que vio que acababa de adelantar al vehículo de Su Alteza Real.

Dolly chilló y soltó su parasol rojo para poder aferrarse al asiento con las dos manos, y el objeto salió disparado como un proyectil. Tony comprendió que no podía controlar a los caballos y empezó a preocuparse pensando cómo haría para detenerlos cuando llegaran a Richmond Park.

Aunque no recordaba haber pasado a los demás equipos participantes en la carrera, de pronto vio ante sí White Lodge, la residencia del rey. Las puertas de Richmond Park estaban abiertas de par en par, y había una pequeña muchedumbre reunida fuera. El vehículo entró como una exhalación y se alzó un gran clamor. Tony apenas lo oyó, pues se lo impedía el zumbido de la sangre en sus oídos.

La multitud hizo perder el paso a los caballos y aminoraron un tanto la marcha al trepar la primera colina. Tony apoyó con fuerza sus pies sobre las tablas del suelo y tiró de las riendas con todas sus fuerzas, gritando:

- ¡So, so, so!

Lo repitió tantas veces que enronqueció. El tronco se desvió del camino y cruzó la cuesta cubierta de hierba, y Dolly tuvo la sensación de que le habían arrancado los dientes. Cuando dieron la vuelta al perímetro del parque, el paso de los animales se hizo más lento, hasta quedar reducido a un medio galope, y Tony logró frenar a los caballos en el preciso instante en que llegaban otros dos faetones, cabeza a cabeza.

- ¡Caramba! –exclamó Dolly; con sus amapolas colgando, lacias, y obstruyéndole la visión-, si ésta es tu idea de diversión, no cuentes conmigo.

Tony se bajó de un salto para atar las riendas, con manos trémulas, a un robusto árbol, en previsión de que a esos endiablados caballos se les diera por disparar. A continuación, se dejó caer sobre la hierba para recuperar el aliento y la serenidad.

Se llevó una sorpresa al comprender que los vítores se referían a ella:

-¡Ganaste! ¡Ganaste! –coreaba la multitud.

De repente, se echó a reír, mientras que Dolly, apaciguada, lucía su sonrisa con hoyuelos para los hombres que rivalizaban por ayudarla a bajar del faetón.

La hora que siguió fue para Tony como una mancha; con piernas vacilantes, iba recibiendo las felicitaciones mientras caminaba. El príncipe de Gales se lamentaba por haber perdido y aseguraba a todos sus amigos que podría haber ganado sin dificultades de no haber sido por un objeto desconocido, de color rojo intenso, que alguien había arrojado para espantar a sus animales.

Pero llegó Maria Fitzherbert y la carrera se borró de su cabeza. Aquél era un premio mucho más importante, y él pretendía ganarlo. Se había organizado una comida campestre en los prados de Richmond Park. Los lacayos extendieron níveos manteles sobre mesas de caballete y se apresuraron reponiendo la comida y la bebida que devoraban y trasegaban los invitados reales.

Tony se vio envuelta en una maravillosa sensación de euforia mientras caminaba entre los participantes del festejo recibiendo sus felicitaciones. En lo único que pensaba era en la cara que pondría Adam cuando supiera que ella había ganado la gran carrera de faetones a Richmond. Dolly se había quitado las amapolas marchitas y, ya sin el rojo discordante de su parasol, su vestido resultaba muy atrayente. Pero la euforia de Tony se vino abajo cuando tropezó frente a frente con Bernad Lamb.

- Hola, primo.

Ella se quedó mirándolo, boquiabierta.

-¿Qué diablos haces tú aquí?

Dolly y Angela Brown ya estaban sumidas en animada conversación.

Bernard dijo, arrastrando las palabras:

- Igual que tú, he participado de la carrera. ¿Qué otro motivo podría tener para estar aquí?

Eso era, justamente, lo que preocupaba a Tony. Podría haber jurado que no lo había pasado durante la carrera, pero tampoco recordaba haber adelantado a Sherry y a los demás.

Los labios de Bernard esbozaron una sonrisa.

- Te felicitaría si no fuera porque fue la superioridad de tus caballos y no tu talento como conductor lo que te permitió ganar la carrera, sin duda.

- Sí, la sangre se nota –dijo Tony con intención, y tuvo la satisfacción de ver cómo se estremecían las aletas de la nariz de Bernard como reacción ante la ofensa.

Antonia se alejó caminando, con la esperanza de que Dolly se quedara con sus amigos, pero la muchacha le siguió. Era imposible que se perdiera la posibilidad de estar en primera fila y en el centro cuando lord Lamb recibiera el premio.

El príncipe de Gales recibió la bolsa repleta de parte de su escudero, lord Onslow, y convenció a Maria Fitzherbert de que hiciera la presentación. Cuando Tony se adelanto, la belleza de la dama la dejó fascinada. Maria había aprendido a vestir bien en Francia. Su cutis era como una mezcla de crema con rosas, y su glorioso pelo dorado caía sobre sus hombros en rizos sin empolvar. La opulencia de sus pechos era magnífica, aun cuando estaba disimulada con su vestido de recatado escote.

Ella en persona depositó la bolsa en manos de Tony, que agradeció con el gesto de entrechocar los talones y se llevó a los labios la mano blanca y suave de la dama. La multitud aplaudió al ver el saludo tan bellamente ejecutado, y Sherry no demoró un instante en acercarse para pedirle un préstamo.

-¡Lárgate! Vete a desplumar a otro.

-¿Desplumar, dijiste? –se burló Sherry.

Dolly lanzó una risilla:

- Su Alteza Real será desplumada antes de que acabe la tarde.

- No, esa bella dama rehúsa ser la querida de cualquier hombre –le informó Sherry.

- Él no es cualquier hombre: es el príncipe de Gales. Esa mujer es muy inteligente. Lo más probable es que ambicione recibir joyas.

- O algo que sea más precioso que los rubíes –comentó Sherry a tony mientras sonreía a Dolly-. ¿Qué te hace pensar que es inteligente, querida?

- ¿Qué nombre le ha puesto ella a su casa? Marble Hill, ¿no es así? Es como si estuviese haciendo notar la belleza de sus pechos.

- ¡Es como el argumento de una obra, por Dios!

Dolly miró a Sheridan con expresión especulativa y le confesó:

- Yo soy actriz.

-¡No puede ser! –dijo Sherry con expresión imperturbable.

Pero Amoret, como reafirmando su posesión, le pasó un brazo por el suyo y lo alejó de la ambiciosa Dolly.

Su Alteza Real no podía quitar la vista de las colinas de mármol de Maria Fitzherbert; ansiaba sentirlas en sus manos. La sola idea lo excitaba y le provocab la enésima erección. Más aún: en el curso de

aquella tarde había subido y bajado tantas veces que se asemejaba al mástil de una bandera.

El príncipe George había hecho todos los esfuerzos posibles para atraer a Maria al interior de White Lodge, invitándola a ver las habitaciones, con la intención de poder hacer él un recorrido propio. Él había ido en su coche a Richmond todos los días, durante una semana. Ella le había servido el té, le había dado pastel, confites y besos, pero no lo había librado de su desgracia.

Al principio, Maria lo había considerado tan sólo un muchacho. Ella era seis años mayor, y se había casado y enviudado dos veces. Cuando advirtió que los sentimientos de él eran de carácter amoroso, se sintió halagada. Él representaba una nueva experiencia para Maria, pues sus dos esposos habían sido hombres mayores y ella los había manipulado con bastante facilidad. Su Alteza, en cambio, era tan impetuoso que la excitaba; sin embargo, se sabía mucho más experimentada que su principesco admirador, muy regio pero también muy joven.

El príncipe tomó la mano de Maria y la apretó, en un gesto cargado de significado. La atrajo hacia él y le dio a entender que pretendía robarle un beso a toda costa. Ella se levantó de golpe, aceptando al fin su proposición de que entraran. Si le permitía besarla, tendría que ser a puertas cerradas.

- Mi dulce gatita, pon tu pequeña garra en la mía –rogó George.

Maria volvió a cederle su mano y reflexionó sobre la posibilidad de cedérsela en matrimonio. ¡De ese modo, sería la princesa de Gales y, después, la reina de Inglaterra! Pero claro, era imposible, a causa de esa maldita Acta de Matrimonio que había sido aprobada. Aun así, si estaba escrito en las estrellas, todo sería posible.

Los buenos modales de George le impidieron llevarla al dormitorio; en cambio, la condujo a un salón privado de elegante mobiliario, con sillas tapizadas de brocado y sofás. Cerró bien la puerta y atrajo a Maria a sus brazos. Ella accedió al beso y luego trató de alejarse, pero aquello no fue suficiente para Su Alteza, más bien al contrario, incitó su apetito por aquella deliciosa mujer. Sus brazos la aprisionaron y su boca descendió sobre ella. Esta vez, el beso no fue dulce sino ardiente.

-¡Su Alteza! –jadeó ella; sus pechos subían y bajaban al ritmo de su creciente excitación.

- Gatita, no me llames así. No quiero que haya entre nosotros un trato formal, quiero que sea íntimo.

Maria se ruborizó intensamente. Había estado en situaciones íntimas, pero sólo con un esposo viejo y fiel.

George la besó de nuevo y, en esa ocasión, sus labios la forzaron a separar un poco los de ella. Deslizó su lengua en el interior de su boca y apretó su sexo contra los muslos suaves de la mujer para mostrarle que le había provocado una erección.

- No seas cruel, gatita, no rompas mi corazón, Maria.

Un apasionado varón joven era una experiencia novedosa para ella. Él era el mimado de la sociedad, estaba muy consentido y podía hacer su voluntad en casi todo. En aquel momento, Maria comprendió

su propio poder: podía hacer que ese joven semental comiera de su mano si se lo proponía.

- Príncipe George, si no se comporta como es debido, voy a desmayarme.

- Mi dulce gatita, si no eres buena conmigo, voy a morir.

Se frotó contra la barriga de ella, mientras su mano aferraba con fuerza una de sus nalgas.

Con la misma fuerza, ella le apartó la mano.

- Si me promete portarse bien, le permitiré que me lleve a casa en su coche, pero ahora tenemos que salir afuera para que mi reputación no quede manchada sin posibilidades de redención.

- Ah, gatita, eres tan dura y, al mismo tiempo, tan suave. Que se sepa que un príncipe obedece tus órdenes.

George tenía un medallón de oro que contenía un retrato suyo en miniatura; se lo daría en el coche, cuando ella no pudiera escapársele. Ordenaría que le trajeran un coche cerrado para acompañarla a Marble Hill.

Tony echó una mirado al sol y calculó que serían, aproximadamente, las cuatro. Estaba impaciente por llevar de regreso el vehículo de Savage a Londres sin incidentes. Se encaminó hacia el prado, donde pastaban los caballos, y pidió a un servidor que la ayudara a engancharlos al faetón. Dolly parecía renuente a partir.

- Quédata, sí quieres –le dijo Tony.

- No, de verdad, no puedo. Tengo que regresar al teatro –Titubeó-. En el camino de regreso, ¿podrías ir un poco más despacio?

- A paso de tortuga, te lo prometo –aseguró Tony.

Se aseguró de que los frenos estuviesen bien ajustados bajo las lenguas de los caballos y tomó con firmeza las riendas en cuanto se encaramó al alto pescante. Milagrosamente, los caballos habían resuelto comportarse como era debido y Tony, arrullada por el rítmico balanceo del faetón, se dedicó a soñar despierta con Adam Savage.

La sacó de la ensoñación el ruido de unos caballos que se acercaban al galope desde atrás. Al girar alarmada, vio que Bernard Lamb estaba de pie, sosteniendo las riendas de su tronco y fustigando a sus caballos. En cuanto ella aflojó las riendas de sus animales, éstos se lanzaron hacia delante, excitados por la velocidad de los otros caballos.

El espacio entre ambos vehículos se ensanchó, quedando en evidencia la superioridad de los purasangre. Tony se asustó, pues sabía que su primo Bernard no estaba jugando una carrera: ¡estaba tratando de matarla!

Él no tenía la menor posibilidad de alcanzarla allí, en el campo, pero Londres estaba a corta distancia, y una vez allí, ella tendría que aminorar la marcha para poder maniobrar con seguridad. Lo que frenó la velocidad del vehículo no fueronn los esfuerzos de Tony sino los otros vehículos; aun así, entraron en la ciudad a un ritmo tan acelerado que daba miedo. Antonia agradeció que todavía faltaran horas para el anochecer, pues abrigaba la esperanza de que Bernard Lamb no intentaría asesinarla a plena luz del día.

Cuando enfilaron por Constitution Hill, Tony elevó una plegaria de agradecimiento, la marcha de sus caballos había aminorado lo suficiente para que ella pudiera girar en una esquina. Creyó que estaba a salvo, pues se aproximaba al establo de Yard Road, pero, en aquel momento, el faetón de su primo se puso a la par y la embistió.

Si no hubiese sido por un caballo y su carro que transportaba carbón a la casa Lancaster, Tony hubiera quedado definitivamente fuera del camino de Bernard. El faetón volcó y arrojó a Tony y a Dolly al pavimento. Los dos caballos forcejearon enloquecidos pero, por milagro, no fueron aplastados por el liviano vehículo.

El coche de Bernard Lamb no sufrió daño alguno, pero el impacto los había lanzado a él y a Angela fuera del vehículo. Sus largas piernas, salvaron a Tony de caer de cabeza en la curva. Dolly cayó sentada, llorando y sujetándose el tobillo; todo el camino estaba sembrado de carbón como si hubiese habido una explosión en la carbonera.

Estalló el caos. El carretero lanzó una sarta de maldiciones. Los caballerizos del establo del Yard salieron corriendo, y lo mismo hizo todo el personal de la casa Lancaster.

Tony estaba furiosa. Jamás, en toda su vida, había sentido una furia tan cegadora. Recogió la vara y se acercó a la figura yacente de su odiado primo. Él levantó los brazos para protegerse y gritó:

-¡Me has roto una maldita costilla!

- Eres un canalla; te mataré –gritó Tony.

De repente, el látigo le fue arrebatado de la mano.

- En el nombre de Cristo, ¿qué pasa aquí?

Ella alzó la vista, vio un par de helados ojos azul claro y se detuvo.

CAPITULO 21

La jornada había brindado a Savage un singular éxito. Sus caballos estaban cómodamente alojados en sus nuevos establos de Edenwood y el clíper había hecho el recorrido por el Támesis hasta Gravesend en un tiempo mínimo. Al final había logrado negociar su precio y sólo había tenido que arreglarlo un poco antes de bautizarlo como Flying Dragon.

Cuando había ido a guardar su caballo, había notado de inmediato la ausencia de su faetón y de sus caballos.

-¿Dónde están mis caballos? –preguntó.

- Hoy es el día de la carrera de carruajes a Richmond, señor –informó el jefe de caballerizas.

Savage arqueó las cejas.

-¿Y entonces?

- Lord Lamb... –el hombre interrumpió la frase.

-¡Ese hijo de perra no habrá tenido la audacia...! –tronó Savage

-¡Ese canalla trató de matarme! –informó Tony a Savage.

Adam no lo consideró así. Para él, Tony no sólo se había llevado a sus animales y destrozado su faetón; además, lo había sorprendido a punto de golpear a su primo para descargar su ira.

- Es una pena que no lo haya logrado. Me habría ahorrado un problema –dijo Savage entre dientes.

Adam ayudó a la atribulada Angela Brown a levantarse, pero ella se había torcido una rodilla y no podía tenerse en pie. La alzó y la dejó sobre el asiento del coche de Bernard. Luego, levantó a Dolly y la sentó junto a Angela. Savage ayudó al palafrenero a desenganchar a sus purasangres del destrozado faetón y examinó con minuciosidad a los caballos pasando sus manos por sus miembros y sus corvejones.

Una vez que se convenció de que no habían sufrido más inconveniente que quedar cubiertos de una capa de espuma, volvió a la calle para entendérselas con el enfurecido carretero.

-¿Qué pasará con mi condenado carbón? –protestó el hombre, para continuar con una retahíla de insultos.

- Le sugiero que lo quiete del camino para evitar otro accidente –el severo tono de autoridad hizo que el hombre se tragara sus maldiciones. Savage barrió a Tony con una mirada de indignación-. ¡Y tú lo ayudarás!

Adam se acercó a Bernard Lamb, que estaba poniéndose de pie.

-¿Qué sucedió? –preguntó.

Bernard se encogió de hombros.

- Estábamos corriendo una carrera y el carro con carbón se interpuso en el camino.

Mientras hablaba se apretaba el costado.

-¿Podrá usted conducir? –preguntó Savage.

Bernard sonrió.

- Es necesario algo más que una costilla quebrada para detenerme.

- Así habla un hombre –aprobó Savage. Se volvió hacia las muchachas, que habían pasado del llanto a las miradas especulativas-. ¿Vosotras estáis bien?

- Bueno, yo no voy a poder subir al escenario durante una semana, ¿no? –dijo Angela, mostrándole su tobillo hinchado.

Savage sacó algunos billetes de una libra de su billetera. Bernard y las muchachas se fueron muchos antes de que Tony y el carretero hubiesen terminado de recoger el carbón. Savage seguía con la billetera en la mano.

- Si se lleva esto en su carreta yo lo recompensaré.

El carbonero llevó su mano ennegrecida a su también ennegrecida gorra y luego la extendió para recibir los crujientes billetes con sus dedos llenos de carbón. Una vez que estuvieron cargados los restos del faetón, Savage dijo a Tony con tono cortante:

- Cuando hayas terminado con esto preséntate en Half-Moon.

Se alejó sin echar otra mirada en dirección a Antonia.

Cuando Savage se hubo ido, los criado de la casa Lancaster empezaron a burlarse del joven lord a quien le habían ordenado que recogiera los trozos de carbón de la calle.

- Cuando termines con eso, tenemos una chimenea para limpiar –se burló un lacayo.

- Cierra tu maldita boca –escupió Tony, apuntándole con un reluciente trozo de antracita.

Más tarde, trepaba los peldaños del frente de la casa arrastrando los pies, resuelta a contar a Adam el peligro que había corrido y cómo Bernard Lamb había intentado eliminarlo para poder heredar.

Tony subió hasta la biblioteca y se alegró de que Sloane no estuviera presente. Savage estaba sentado, fumando y bebiendo coñac. Tony abrió la boca:

- Mi primo me siguió desde Richmond con el único propósito de…

- No te atrevas a presentar excusas porque lo que has hecho es imperdonable – cortó Savage.

Tony se sonrojó.

- Sé que no debería haberme llevado tus caballos sin permiso pero, si te hubiera pedido permiso, me lo habrías negado.

- Así es.

En la habitación reinó el silencio.

- No me habría comprometido a participar de la carrera si no hubiese bebido demasiado.

- Exacto.

El silencio y el humo llenaron la habitación.

Ya cuando le adjudicaron el número trece, Tony debería haber sabido que su día sería un desastre. Había sido un presagio. Aunque no se atrevía a presentar la mala suerte como excusa, pues Savage pertenecía a esa clase de hombres que sostenía que uno hacía su propia suerte. Tampoco tenía mucho sentido que acusara a su primo de intento de asesinato, pues lo escucharía con desdén. Al diablo con Savage; no se podía apaciguar a un tirano.

Tony alzó el mentón, sacó la pesada bolsa de su bolsillo y la depositó sobre el escritorio.

- No importa qué te diga: pensarás lo que te dé la gana; sin embargo, he ganado la maldita carrera y, para eso, hacen falta agallas – le dirigió una expresión despectiva-. Con eso pagaré tu precioso faetón.

Savage masticó su cigarro.

- Una vez más, no has dado con el meollo de la cuestión, a menos que estés haciéndote el imbécil adrede. Has puesto en peligro a los animales, y no hablemos de las muchachas. Por fortuna, los caballos han salido indemnes; no así las damas.

- Esas damas –dijo ella, dándole un acento sarcástico a la palabra- no sufrieron más daño que unos tobillos torcidos. ¡Creo que sobrevivirán!

Ni los ojos ni la voz de Adam perdieron su frialdad.

- Al revés que tú, ellas tienen que ganarse la vida. Pasarán casi una semana sin poder pisar las tablas. –Su mirada registró la bolsa que estaba en el escritorio-. Esto debería servir para que ellas no pasen hambre.

Tony apretó los labios.

- Todavía se pueden ganar la vida boca arriba; sólo se han hecho daño en sus malditos tobillos.

Savage dijo entre dientes:

- Lo que más detesto de ti es tu esnobismo.

Antonia sintió como si le atravesara el corazón. Aunque sabía que Anthony jamás habría llorado delante de Savage, sintió que se le cerraba la garganta. Trató de impedir que se le saltaran las lágrimas pasándose la mano por la nariz en un ademán irrespetuoso, y dejando una mancha negra de polvo de carbón.

Savage sacudió la cabeza.

- Dos jóvenes machos rivalizando para impresionar a las mujeres. Sal de mi vista.

Había otro joven macho que trataba de impresionar a una dama, a esa misma hora. Su Alteza Real, en el interior del carruaje, frente a Marble Hill. Su pierna enfundada en satén azul se apretaba contra el muslo suave de Maria Fitzherbert, mientras apartaba un rizo dorado.

- Querida Pussy, mi gatita, déjame quedar esta noche –suplicó.

Pussy fingió indignación.

- Príncipe George, ¿cómo se atreve a proferir semejante insulto?

- Por favor, no me llames príncipe George, Pussy. Y no te he insultado, te he conferido un honor. Te honraré con mi cuerpo –susurró, apretándose más y tomándola de las manos.

- Eso se hace el día de la boda. Le ruego que no se burle del matrimonio, majestad.

- Yo no me burlo del matrimonio, Maria. Te haría mi esposa si eso fuera posible.

El corazón de Maria se llenó de esperanzas.

- Ah, Majestad, no es posible. Se hace tarde, debo entrar.

- No me llames Majestad, Pussy. ¿Acaso no hay compasión en tu corazón? Si no me permites entrar en Marble Hill, al menos quédate un rato conmigo aquí.

- Un rato breve –concedió ella-. ¿Cómo le gustaría que lo llamara? No puedo, sencillamente, usar su nombre de pila, pues sería una falta de respeto.

- Pussy, no quiero tu respeto, sino tu corazón –replicó él con fervor, deslizándole el brazo por la cintura y rozando con sus dedos el costado de su tentador pecho.

-¿Puedo llamarte Prinny? –sugirió Maria.

- Sí, sí, ese apodo es perfecto. ¡Pussy y Prinny! Tengo un pequeño regalo para ti. –Sacó el medallón y deseó que hubiese tenido gemas-. Perdóname mi carácter sentimental, Pussy, ya sabes que mi corazón está en tus manos. Usa esta símbolo de oro para demostrarme que me tratarás con gentileza.

- Me honras más de lo que merezco.

Maria levantó sus hermosos bucles dorados para permitirle que él abrochara el pequeño corazón en el cuello, y George gimió cuando sus dedos entraron en contacto con su carne tibia. Ya no pudo contener sus fuertes manos. Desabrochó la delantera de su vestido y hundió el rostro entre aquellos prominentes globos. Maria sabía que no podía hacerle una escena, pues si el cochero y los postillones se enteraban de lo que ella estaba haciendo en el interior del coche la considerarían una perdida.

-¡No hagas eso, Prinny! –susurró.

-¡Pussy, debo hacerlo! –murmuró él con voz ronca, apretando la espalda de ella contra los cojines, sus manos llenas con las prendas gloriosas de la mujer y su boca en la de ella, exigiendo acceso.

Maria se separó porque le faltaba aire, y comprendió que su cuerpo no era indiferente a las caricias amorosas del príncipe: estaba excitándose, y eso constituía para ella una placentera novedad.

- Mi querida Pussy, esto es un tormento para mí: mira lo que me has hecho –dijo, llevando la mano de ella a su órgano viril.

Maria se asombró de su dureza. Quiso darle un pequeño apretón, pero era sólido como el mármol. De pronto, retiró su mano. Si no lo hacía, en pocos minutos él le hubiera levantado las faldas hasta la cabeza, y eso no figuraba, de ninguna manera, en los planes de Maria. Se abotonó la delantera del vestido y rompió a llorar.

- Te he permitido tomarte tantas libertades que mis mejillas estarán ruborizadas para siempre. Soy tan atrevida que llegaré a desagradarte.

- No llores, mi dulce Pussy; me romperás el corazón. Tú no tienes nada de atrevida. Soy yo el malvado y el lascivo.

Ella se dejó enjugar las lágrimas de las mejillas y recibió un beso de buenas noches. La conclusión a la que llegó era que, en efecto, había sido una buena noche. Una muy buena noche.

Por el contrario, Tony Lamb estaba pasando una mala noche. Sentada en la bañera, se limpiaba el polvo de carbón de las manos y la cara. Al recordar la gentileza con que Savage había tratado a Angela y a Dolly se mordió el labio. Él trataba a unas rameras como si fueran damas y a ella, que era una verdadera dama, la trataba como a un lacayo. Lo que más le dolía era su acusación de esnobismo. Era una acusación totalmente injusta, y la culpa de ello la tenía el sinverguenza de Bernard Lamb. Era malo. Antonia estaba segura de que él había saboteado al Seagull y, en consecuencia, era culpable de que Anthony se hubiese ahogado.

Tony se enjugó las lágrimas, con lo cual se llevó jabón a los ojos, y lanzó una retahíla de imprecaciones. Deseó que Bernard muriese esa misma noche como consecuencia de sus heridas. Ese canalla merecía morir. Se entregó a la fantasía de que había logrado expulsar de su vida la amenaza que representaba Bernard Lamb. Entonces, podría volver a ser una dama... Bueno, quizá no exactamente una dama, pues había estado expuesta a muchas cosas de la vida, pero sí podría ser una mujer. ¿Acaso eso no era mil veces mejor que ser una dama?

Tony se ruborizó y luego levantó el mentón. ¡Si Adam Savage cayera a sus pies lo pisaría sin comtemplaciones! Se obligó a dejar de soñar. Su odiado primo no iba a morir por tener una costilla rota. Si quería que muriese, ella tendría que matarlo. ¡Un duelo! Ésa era la solución. ¡Lo desafiaría a un duelo y lo mataría!

Se echó a temblar y salió del agua, que ya estaba enfriándose. ¡Vengaría a su hermano! Hasta la propia Biblia aprobaba la ley del ojo por ojo.

Adam estaba pensando qué hacer con Tony. Al menos, Dolly se encargaría de la tarea de acabar con su virginidad. Volvió a sacudir la

cabeza pensando en el valor de ese diablo que se había llevado sus purasangres para correr la carrera de Richmond. ¡Y por añadidura, la había ganado!

En una cosa el muchacho tenía razón: había que tener agallas. Sin duda, ya era hora de canalizar parte de ese valor en cuestiones más profuctivas. Savage decidió llevarlo consigo en su viaje al continente europeo.

Tony podría elegir y comprar la carga que enviaría a la India. Ésa sería la cobertura perfecta para la operación de contrabando que estaba a punto de realizar. Adam podría recoger algunas obras de arte de Edenwood y, si no estaba equivocado, en poco tiempo empezaría el carnaval de Venecia. Esa fiesta era el paradigma de la decadencia: durante su reinado, hombres y mujeres enmascarados merodeaban por las calles en busca de aventuras amorosas. En una ocasión, él lo había visto desde la cubierta de un barco. Era una fiesta que duraba una semana; en ella había música, luces y fantásticos disfraces que nunca se olvidaban. Esta vez, él participaría.

Mientras, había tiempo suficiente para inagurar Edenwood. La casa debía exhibir la riqueza de Adam ante la nobleza londinense y demostrar a sus vecinos quién controlaba todo el distrito. Había comprado su escaño en la Cámara de los Comunes, pero cuando llegara la época de las elecciones, hacia fin de año, necesitaría votos para conservar ese asiento. A Savage no lo preocupaba: le bastaba con prometer cinco chelines a cada uno que votase por él para obtener la mayoría.

A la mañana siguiente, cuando salió el sol, Savage ya estaba en el puerto formando su tripulación. Hasta contrató a un par de marineros indios que habían navegado con él en los años en que había hecho la ruta de la China.

A la hora del desayuno, entregó a Soane la lista de invitados para que éste pudiera distribuir las invitaciones para el fin de semana en Edenwood. Hacia las once, fue a la calle Curzon para invitar a lady Randolph a Edenwood y entregar a Tony una larga lista de muebles que aún se necesitaban para las habitaciones de huéspedes.

Tony se sorprendió al percibir que no guardaba rencor por los sucesos que habían tenido lugar el día anterior, y le halagó que confiara lo suficiente en su gusto como para darle la responsabilidad de amueblar su amado Edenwood.

-¿Por qué no vas a Gravesend un par de días antes? John Bull aceptará encantado tus sugerencias para la fiesta. Ésta es la primera vez que hace los preparativos para recibir ingleses y es también la primera vez que lo veo un poco asustado.

Tony miró a interminable lista que tenía en la mano y arqueó las cejas, como preguntándose si hablaba en serio.

- Sólo tengo una semana –dijo, con voz desmayada.

- Por Dios, muchacho, el mundo fue creado en una semana –recordó Adam.

Antonia contó con la incalculable ayuda de Roz y del señor Burke para hurgar por la ciudad, desde St. Martins Lane hasta el Soho, en

busca de muebles valiosos, y realizó una excursión de compras en Ince y Mayhew, en Vile y Cobb y en la tienda de Robert Manwaring. Tony se encontraba en su elemento; resolvió que cada habitación mostraría el arte de cada uno de los famosos ebanistas londinenses.

Los diseños de Thomas Sheraton manifestaban una fuerte influencia de los muebles franceses de estilo Luis XIV, y Tony compró algunas piezas de colores crema y dorado a juego. La chaise longue y el baldaquino eran de un delicado azul Francia. En otro dormitorio se lucirían los diseños clásicos de George Hepplewhite. Antonia eligió una cama con cabezal ovalado y un canapé del mismo estilo y sillones tapizados con respaldos ovales decorados con las plumas del príncipe de Gales. La especialidad de Hepplewhite eran unas magníficas mesillas cilíndricas con cajones para guardar dinero o artículos de tocador que complementaban al resto de muebles.

El diseño de robert Adam hacía furor en aquel momento, por lo que los precios se habían elevado de manera escandalosa. Tony ni siquiera preguntó el precio de una cómoda con tapa de mármol y unas mesillas de noche con sus paneles de madera pintados que representaban a unos amantes situados en paisajes románticos. No obstante, no pudo resistir la tentación de comprar un par de hachones tallados con cabezas de carnero y las mundialmente famosas patas en forma de cascos. La magnífica cama con dosel en forma de cúpula tenía tallada una guirnalda de hiedras y flores.

Por el solo placer de irritar a Adam, Antonia cedió a un impulso y decidió que una de las habitaciones sería de estilo chino. Eligió un para de sillones de Chippendale laqueados en negro y con terciopelo verde jade y una cómoda negra lacada con pagodas, templos y árboles dorados, salpicados de flores de cerezo. La cama era un objeto de gran belleza, con un espléndido dragón en posición rampante, que formaba la cabecera. Eligió terciopelo jade para los cortinajes de la cama, de modo que hicieran juego con los sillones.

Cada una de las cosas que compraba brindaba a Tony un intenso placer, hasta los cuencos de porcelana para polvo y los orinales. Todo debía ser entregado en Edenwood el jueves al mediodía, a más tardar, de modo que ella tuviera tiempo de acondicionar las habitaciones ese mismo día o el viernes por la mañana, como máximo, y estuviera todo listo por si se adelantaban algunos invitados, que incluso podrían llegar el viernes por la noche.

John Bull recibió a Tony como si fuera el hijo pródigo. Se pusieron de acuerdo de inmediato con el fin de que cada habitación estuviese perfecta para el momento en que llegase Savage, con sus observadores ojos de color azul hielo. Por fortuna, John Bull contaba con una dotación completa de criados que ganaban sueldos más altos en Edenwood que en cualquier otra mansión de Inglaterra. Cargaron los muebles subiendo por la graciosa curva de la escalera casi con alegría y toleraron pacientemente las órdenes y contraórdenes del joven lord Lamb para acomodarlos. Era asombroso ver lo bien que armonizaban las alfombras y el papel francés de las paredes con los muebles que

Tony había elegido. No cabía duda de que el gusto de Savage y el de ella corrían por líneas paralelas.

Hacia el anochecer todo estaba en su lugar, hasta el último detalle. Cuando llegó Adam, y se paseó por su Edén, no pudo encontrar defecto alguno en relación con los esfuerzos desplegados para convertir su casa en una exhibición palaciega.

Tony, acalorada por los elogios, se sentía feliz pero agotada. Y como la presencia de Savage siempre la perturbaba hasta un grado alarmante, se alegró de poder retirarse. Decidió dormir en la habitación azul y oro, con su exquisito empapelado francés, pero Kirinda entró deslizándose, como siempre, con un candelabro con perfumadas velas encendidas, y murmuró:

- El amo me ha ordenado que lo acomode a usted en la habitación china, milord.

Tony se mordió el labio para contener una carcajada. El estilo chino era una broma privada entre ella y Adam, y se sintió encantada. Sentada en la cama, se abrazó las rodillas contra el pecho. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz. Su comedia tenía sus compensaciones. Adam había permitido a lord Anthony convertirse en parte de su vida, y seguramente no le hubiese permitido a ella como mujer tomarse semejantes libertades. Suspiró, bostezó y se durmió deseando soñar con él.

En realidad, no fue así. Estaba de pie, en medio de la luz fría del amanecer, con un antifaz negro y una larga capa. Unos dedos helados le atenazaron el corazón cuando eligió una larga pistola que sacó de un estuche de cuero. A pasos lentos, midió el campo mientras su asistente contaba hasta diez. Su rival no tenía ayudante, pues se volvió y disparó tras contar hasta nueve. Sintió la bala entrando en su pecho, quemándola como un hierro al rojo vivo y estallando luego en rojo sangre.

Bernard Lamb se quitó la máscara y murmuró:

“Estoy verdaderamente agradecido por lo que voy a recibir; amen.”

Cuando llegó la mañana, Tony gimió y se volvió. Tuvo la sensación de no haber descansado nada, en absoluto. Fatigada, se bajó de la cama del dragón haciendo muecas, porque le dolía todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Aun así, se animó cuando entró Kirinda y le entregó una nota de Savage. Laleyó, impaciente: “Tony, ponte unos pantalones viejos y ven a echar un vistazo a los purasangres que hay en el establo: son los que quité a S A R”.

Tal vez le viniera bien una cabalgata. John Bull le había dicho que Adam pensaba proveer de monta a todos los invitados que quisieran cabalgar. El día anterior, ella había estado demasiado atareada para visitar el establo; ahora se dio prisa en ponerse sus pantalones de montar, dejó de lado la peluca y, cepillando su propio pelo, lo sujetó en la nuca en forma de coleta como lo hacía el propio Adam.

Por lo menos treinta y cinco de las cuarenta cuadras alojaban magníficos ejemplares. Habían sido empleados una docena de caballerizos y palafreneros para lustrar los arreos. Saludó a Antonia una voz grave:

- ¿Cómo diablos puedes dormir hasta tan tarde?

Tony giró en redondo, un poco irritada ante la provocación: no era posible que fuese mucho más tarde de las ocho. Savage llevaba unos viejos pantalones y tenía las mangas de la camisa enrolladas. Sostenía una pala en las manos y estaba limpiando las cuadras.

- Estoy seguro de que tienes suficientes mozos de cuadra para eso –le señaló ella.

No le gustó en absoluto la luz que brillaba en los ojos de Savage, y quiso retroceder a toda velocidad, pero sus botas parecían haber echado raíces en la paja.

Con una sonrisa divertida que ni siquiera intentó disimular, Adam le dijo:

- Si hay algo que fortalece los músculos y también el carácter, según he comprobado, es quitar el estiércol. –Le arrojó una pala-. A ti te vendrían bien ambas cosas, Tony.

El primer impulso de Tony fue arrojarle una palada de estiércol en su cara arrogante pero, en tal caso, Savage hubiera tenido una excusa para frotarle a ella en la cara el mismo material. Como si le hubiese leído el pensamiento, Adam dijo:

- Dicen que es bueno para hacer crecer la barba.

Tony tenía demasiado orgullo para rechazar la tarea; hizo rechinar los dientes, consciente de que Savage lo sabía bien. ¡Maldita sea, maldito! Levantó la pala y comenzó a recoger el estiércol con aire indiferente. Hasta se puso a silbar una alegre melodía como para privarle del placer de fastidiarla. Para ser justos, él ya había hecho las tres cuartas partes del trabajo.

- Sólo te he dejado nueve cuadras –le gritó, alegre, cuando salió a buscar paja limpia.

-¡Nueve! –dijo ella gimiendo y rechinando los dientes cuando él hubo salido.

Debían de haber pasado horas cuando oyó unos pasos tras ella. En verdad, sólo había logrado limpiar unas seis cuadras, y estaba llegando al límite de sus fuerzas. Enderezó su espalda dolorida y se dio la vuelta. Al ver una expresión despectiva y burlona en el rostro de Bernard Lamb se quedó estupefacta.

-¿Qué diablos haces aquí? –preguntó Tony.

- Recuerdo que estas mismas fueron tus palabras en Richmond, querido primo –dijo lentamente Bernard-. Estás empezando a resultar aburrido.

De repente, Tony sintió que recobraba las fuerzas suficientes para recoger una palada de bosta de caballo.

-¡Tony! –sonó la áspera orden que inmovilizó la inmundicia a mitad de camino-. El señor Lamb es un invitado. Te sugiero que te bañes.

Tony crispó los labios.

-¡Creo que ni en tu admirado cuarto de baño podré quitarme el hedor de la nariz!

CAPITULO 22

Tony se bañó y se cambió de ropa, pero, aunque estuvieran por llegar los invitados, siguió llevando pantalones y chaqueta de montar. Nadie la persuadiría de ponerse un atuendo formal antes de que bajara el sol. Su única concesión consistió en una peluca empolvada.

Tony se encaminó a la cocina con la idea de eludir a su primo. Se quedó pasmada al ver la cantidad de comida que estaban preparando. La mayoría de los platos eran ingleses, pero también había bandejas de plata con dulces y otras delicadezas exóticas para aquellos de paladar más amplio. En realidad, el tema de la comida había sido motivo de discusión entre Savage y John Bull. John Bull insistía en que todos los platos debían ser ingleses, y Savage se empecinaba en que sus invitados debian probar los platos orientales. Habían logrado llegar a un acuerdo.

Tony olfateó los picantes aromas:

- Los olores que hay aquí invitan al pecado.

- Ya he advertido a su excelencia que estas cosas ofenderían a sus invitados –dijo John Bull, pesaroso-. Ésta es una ocasión muy intrigante.

- Importante –lo corrigió Tony en un murmullo.

- También –admitió John Bull.

-¿Puedo ayudar?

- Desde luego, su señoría, si tuviera la amabilidad de ayudarnos con la inspección. Usted sabrá mejor que yo si los uniformes pasarían la prueba en un país de tal categoría.

Abrió una puerta que daba a una habitación contigua donde había una docena de hombres en varias etapas del proceso de vestir sus respectivas levitas. Tony sintió que se le enrojecían las mejillas ante la escena que veía, pero se mordió el labio y apartó la vista de aquellos que aún no se habían enfundado en sus calzones de satén.

La levita era de un elegante tono de gris, y estaba combinada con calcetines níveos y zapatos negros.

John Bull se sorbió la nariz.

- Yo había ordenado que fuese rojo, con trencilla dorada, pero su excelencia dio la contraorden.

A Tony le habría encantado ponerse del lado de John Bull y decirle que Savage había elegido mal pero, como de costumbre, Savage tenía razón, y eso la irritaba.

- Creo que puede confiar en su juicio.

- Ah, no siempre –dijo John Bull, mientras entregaba guantes blancos y ordenaba a los lacayos que hicieran circular las bandejas de plata entre los invitados-. A veces, mi amo busca muy malas compañías y corre riesgos imprudentes. Ya es hora de que abandone el contrabando y siente cabeza.

"¿Contrabando? ¡Oh, Dios mío, eso explica muchas cosas con respecto a él!", pensó Tony. "¡Sus barcos, su riqueza, su cicatriz!"

- Si ya has terminado de analizar mi carácter, te agradecería tu ayuda –dijo Adam arrastrando las palabras.

Tony respondió con ligereza:

- Qué raro, tú que siempre te bastas a ti mismo. ¿No es así, John Bull?

- Ah, sí; él se empecina en servirse a sí mismo.

- Apostaría a que es así –dijo Tony entornando los ojos.

Savage pasó por alto el insulto.

- Si tenemos en cuenta que maridos y esposas detestan la compañía del otro, me pareció que tú podrías atender al conde de Oxford, mientras yo...

-¿Sirves a la condesa? –interrumpió Tony, insinuante.

- Yo no lo expresaría de un modo tan crudo, pero me gustaría estar en privado con ella durante una media hora. Sé un buen muchacho y muestra los caballos a Oxford.

Tony estaba furiosa. Savage estaba demostrando ser tan infame como lo sugería su aspecto, y la maldita condesa de Oxford tenía una reputación escandalosa. Trató de convencerse a sí misma de que no estaba celosa, para nada, pero cuando se repitió la distribución y tuvo que entretener a lord Grosvenor, al conde de Huntingdon y a lord Shelburne, uno tras otro, su furia llegó al máximo.

Al parecer, las elegantes damas sentían una insaciable curiosidad por conocer los dormitorios, mientras sus esposos se precipitaban prácticamente sobre los establos. Savage era un patán lascivo, con la audacia necesaria para adornar las frentes de sus nobles invitados en sus propias narices.

A Tony la indignaba que Savage sintiera atracción por tantas mujeres pero tal vez eso no fuese todo. Quizá lo impulsara la necesidad de reafirmar su poder sobre hombres con títulos de nobleza. ¿Sería acaso, otro modo de demostrar su despecho?

Tony no tuvo tiempo de seguir especulando, pues llegaron cuatro coches juntos: habían comparecido Rosalind y lady Jersey. Además, reconoció a Georgiana Devonshire de inmediato, y se juró no permitir que Savage se quedara a solas con aquella beldad que reinaba en Londres. Por suerte, cuando entró en la casa vio que estaba sumido en una conversación con media docena de caballeros y que era a ella a quien correspondía atender a Georgiana y a las otras damas.

Frances Jersey exclamó:

- Anthony, querido, juraría que has crecido más de treinta centímetros desde la última vez que nos vimos. No me sobrepases, mi querido muchacho –bajó la voz y murmuró, insinuante-: He venido a echar un vistazo a su concubina.

- Kirinda no es su concubina, lady Jersey –corrigió Tony con rigidez, sintiendo una punzada dentro de su corazón.

Frances palmeó la mejilla de Tony.

-¡Que niño más inocente!

Georgiana y lady Jersey intercambiaron tales miradas de complicidad que Tony llegó a la conclusión de que Flor de Loto sería, después de todo, la concubina de Savage. ¿Hasta qué punto podía ser ingenua?

Tony precedió el camino hacia el elegante comedor, con sus paredes de graciosa curva, cubiertas de seda rosada. En cada extremo había un hogar en bajorrelieve, hecho por Adams, rodeado por una

pared de espejos que reflejaban una y mil veces la araña de cristal. Ésta tenía trescientas velas rosa pálido, con perfume de rosas.

Georgiana ahogó una exclamación.

- Oh, tengo que decorar una habitación de color rosa: es como vivir dentro de una flor.

Frances Jersey la tocó con su abanico.

- Tienes un esposo muy complaciente, Georgiana. No sólo hace la vista gorda a tus deslices, sino que también te tiene rodeada de lujos.

-¡Por dios, Frances, ni siquiera se da cuenta de si estoy viva! Los negocios y la política ocupan todo su tiempo. Monopoliza al señor Savage hasta tal punto que nuestra relación aún está en la etapa de coqueteo, te lo juro.

- No será por mucho tiempo: te conozco, muchacha traviesa. –Lady Jersey se dejó recorrer por un leve estremecimiento y volvió a bajar la voz hasta decir, en un susurro-: No hay una mujer en Londres que no tenga la fantasía de domesticar a la bestia. No hace mucho que ha llegado y ya tiene la reputación de un libertino.

- Roz, permítame que le muestre el invernadero –propuso Tony para cambiar de tema, pero Georgiana y Frances seguían enfrascadas en la misma conversación.

- He oído el rumor de que tiene interés por entrar en política.

- Tal vez sea cierto –dijo Tony con intención-, pues esta mañana ha hecho subir a su dormitorio a todas las esposas whig de Londres.

Georgiana puso cara de evidente desagrado; por un momento, Tony pudo permitirse una sonrisa interior.

Roz no entró junto con Frances y Georgiana en el invernadero. Tomó a Antonia del brazo:

- Tony, esa insinuación ha sido muy descarada. ¿Cómo se te ocurre?

- Es un mujeriego de tomo y lomo. Todos los días recibe mujeres de la nobleza en su casa de Half-Moon, y frecuenta burdeles todas las noches.

Inesperadamente, sus ojos se llenaron de lágrimas y su abuela la miró, asombrada.

- Oh, querida; piensas que estás enamorada de él.

- No seas ridícula –replicó Tony, fastidiada.

Roz susurró:

- Si no te creyeras enamorada no actuarías así.

Tony se sorbió la nariz.

- Se trata de la casa... de Edenwood. Me he enamorado de la casa.

- Tú, y cientos de otras mujeres –dijo Roz con sequedad.

- En eso consiste el maldito problema, ¿no es así? –dijo Tony, enfadada, quitando todo rastro de lágrimas reveladoras con la manga de su chaqueta.

- Si sigues así, descubrirá que no eres Anthony.

En un instante, Tony se recobró. Dio un beso a Roz en la sien.

- Deja de preocuparte. Si bien admito que me vuelve loca, no me dará un ataque de histeria. Lo reservare para mi diario.

Hizo una mueca a su abuela y la condujo hacia el invernadero.

Era como entrar en otro mundo. El ambiente era tibio, húmedo y perfumado por las intensas fragancias de las flores exóticas. El techo era una enorme bóveda de cristal teñido de verde, y abajo había una réplica en pequeño de la selva de Ceilán. Por todas partes crecían enredaderas de flor, entre palmas, bambúes y plátanos. Había más de treinta variedades de orquídeas que florecían en extravagante profusión, y que iban del color vainilla claro hasta el negro con vetas escarlata y oro. De los pétalos a los pistilos revoloteaban mariposas de brillantes colores.

Entre el verde follaje, Kirinda estaba sentada en el borde de una fuente donde peces dorados con rayas negras pasaban como flechas debajo de los nenúfares. Con su suave voz musical, iba diciendo los nombres de diversas orquídeas exóticas a lady Jersey y a la duquesa de Devonshire. Al ver la morena belleza de Flor de Loto, Tony sintió que otro aguijonazo de celos le punzaba el corazón.

Desde la entrada llegó una voz de bajo:

- En Ceilán, todo embriaga los sentidos.

Fue un instante de magia pura. Todas las mujeres presentes en el invernadero quedaron hechizadas. El embrujo fue roto por Rupia, al que habían dejado en libertad dentro del invernadero. Se posó sobre el hombro de Savage y chilló:

-¡Carne del infierno! ¡Arrepiéntete!

-¡Oh, que divertido! –exclamó Georgiana-. ¡Adam, querido: lo quiero para mí!

Tony contuvo el aliento al ver que Adam le guiñaba un ojo.

- Este pájaro ha costado una fortuna –dijo él a Georgiana-. Jamás me desprendería de Rupia.

En aquel momento, Tony se sintió mejor, sin saber el motivo. Adam era un consumado mentiroso. Si le sumaba el contrabando y la frecuentación de mujeres, el retrato era siniestro.

Roz dijo:

- Edenwood es magnífico, señor Savage. Jamás he visto algo igual.

Por una vez, lady Jersey coincidió con su amiga.

- Es evidente que ha cuidado cada detalle con amoroso interés.

- Es lord Lamb quien merece la mayor parte de sus elogios. Fue él quien hizo las sugerencias a Wyatt cuando Edenwood estaba siendo construido y luego eligió la mayoría de los muebles. Hasta este invernadero es idea suya.

Tony se sonrojó y, al mismo tiempo, sintió una gran calidez interior.

Georgiana lo miró con expresión pensativa.

- He pensado en reconstruir tanto mi casa de Bath como la villa en Chiswick. Tony, me darás tu consejo de experto, ¿no es así?

Tony hubiese preferido como lodo. Guiñó un ojo a Savage y dijo:

¡Estilo chino! Preveo que los muebles de estilo chino harán furor entre la gente de sociedad.

- Bien –dijo Georgiana con fastidio-. Su Alteza está haciendo construir su Pabellón Brighton à l orientale, y todo el mundo sabe que George tiene un gusto impecable.

Lady Jersey, que era la archirrival de Georgiana, dijo con dulzura:

- Su Alteza no te ha acompañado hoy. Y me ha dicho un pajarillo que ha ido otra vez a Richmond.

Georgiana devolvió a Frances una mirada insolente. Se dirigió a Savage:

- Me ha confiado un mensaje para ti, querido Adam. Dice que vendrá aquí, mañana, a conocer Edenwood y a hablar de negocios.

- Por favor, dígale que me sentiré honrado de recibir a Su Al teza en cualquier momento que él lo decida –respondió Adam.

- Venga, pues. Aún no he explorado los jardines ni el parque. Dejaré que usted ensille uno de sus purasangres para mí; así podré cabalgar por los campos.

Adam sonrió:

- Tony hará los honores en mi lugar. Yo iré a reunir un grupo con todos aquellos que quieran montar.

Aquello era lo último que le hubiera apetecido hacer a Tony. Sin embargo, cuando llegaron al establo, los mozos se habían anticipado y ya tenían una docena de caballos ensillados y listos. Savage llegó a los establos con seis caballeros y cuatro damas, todos ellos impacientes por recorrer a caballo el coto de caza de Edenwood. Él levantó a Georgiana y la depositó sobre una silla de mujer, dejando demorarse sus manos en su diminuta cintura, y le sonrió, contemplando su bello rostro.

- Que me aspen, cariño, acaban de llegar más de veinte vecinos míos; necesitaré sus votos para poder continuar en el Parlamento, ¿sabes?

Georgiana hizo un mohín con sus bonitos labios.

- La política me arrebata a todos mis hombres. Es una amante exigente.

A Tony, que se fijó en el juego de palabras de doble sentido, le pareció que circulaba cierta corriente de intimidad entre aquellos dos. Dios santo, ¿ya se habría acostado con Georgiana, también?

Disgustada, Tony se alejó a ayudar a montar a las otras damas. Una de ellas era tan joven que a Antonia se le subió la bilis cuando vio al hombre mayor que la acompañaba. Suspiró aliviada al comprender que debía de tratarse de la hija de lord Harvey. Charlotte no podía quitar sus ojos de encima de Tony Lamb. Había visto su nombre en las secciones de escándalos y ahora que lo veía, en medio de ese ambiente de opulencia, se había propuesto conquistarlo como fuera.

Georgiana abrió la marcha y los hombres corrieron tras ella. Tony se quedó atrás, consciente de que aquel día estaba de un humor agrío y no era una compañía apropiada. Entocnes, Charlotte captó la oportunidad para quedarse a solas con el atractivo y joven lord.

- Mi padre me ha prometido que, cuando comience la temporada, dará un baile. ¿Vendrá usted, lord Lamb?

Tony se disponía a darle un buen regaño a la joven señorita cuando notó lo dulce y vulnerable que era la muchacha.

- Si estoy en Londres, será un honor para mí, milady –Tony intentó desalentarla, diciéndole-: ¿No sería mejor que alcanzara a los demás? El río está a sólo un par de kilometros de aquí.

La muchacha se sonrojó y bajó sus pestañas.

- Me gustaría mucho más cabalgar por el bosque, milord.

Por Dios, alguno de los jóvenes juerguistas se daría un banquete con ésta. Al formar parte del mundo masculino, Antonia había descubierto que, en lo que a mujeres tocaba, los hombres no respetaban ningún código de honor. Todos los hombres eran libertinos, y eran capaces de alzarle las faldas a una mujer con tanta frecuencia como tomaban un pellizco de rapé. Más aún: existía una especie de conspiración con el fin de mantener a las mujeres muy jóvenes en la más completa ignorancia de todo lo que tuviera relación con lo carnal y, en consecuencia, dejarlas sin la más mínima preparación ante cualquier intento de seducción al que se enfrentaran.

La santidad del matrimonio era otro gran mito. La sociedad entera se burlaba de la fidelidad. No existían los maridos fieles. ¿Acaso era de extrañar que las mujeres mayores ya no hablaran en favor de la castidad? ¡El propio Savage mantenía una especie de establo lleno de mujeres, del mismo modo que tenía sus purasangres, y todas ellas sentían la misma ansiedad por ser montadas!

Tony se ponía cada vez más furiosa. Casi no prestó atención cuando algo pasó zumbando junto a su oreja. Su caballo se espantó y Charlotte chilló:

-¿Qué ha sido eso?

De repente, una horrorosa sospecha le vino a la mente, y se quedó helada. En el término de un minuto, otra bala pasó silbando y se incrustó en el árbol que tenía detrás.

-¡Alguien está disparándonos!

Charlotte lanzó un grito, y Tony se apoderó de las riendas de su montura y clavó los talones en su caballo para hacerlo arrancar al galope. Salieron como una exhalación en dirección al río y no aminoraron el paso hasta que apareció ante su vista el grupo de Georgiana. La niña mostraba en su expresión el mismo miedo que Tony sentía por dentro. Para tranquilizar a Charlotte, dijo:

- Lo más probable es que se trate de algún cazador furtivo. Quédate cerca de los demás y yo iré a informar de la presencia de ese criminal.

A medida que crecía la rabia de Tony, disminuía su miedo. No albergaba la menor duda sobre el origen de los disparos. Tendría que persuadir a Adam Savage de que Bernard estaba tratando de matarla. ¿Cómo se atrevía él a ponerla en peligro invitando a aquel canalla a Edenwood?

Entró precipitadamente en el establo y entregó su caballo al mozo. Estaba por ir en busca de Savaga cuando oyó una risa baja, profunda, que provenía de una de las cuadras. La reconoció de inmediato y, a continuación, se oyó una seductora voz femenina y una risa íntima.

Casi cegada por una roja niebla de ira, Tony fue hasta la cuadra, y lo que vio cuando se asomó sobre el borde de la portezuela la hizo detenerse en seco. Savage, con su espalda cubierta por briznas de paja, le ofrecía su mano a Angela Brown, que estaba lánguidamente

recostada sobre el heno. Savage la ayudó a ponerse en pie, y dijo, remarcando las palabras:

- Te dije que nos descubrirían. Creo que deberíamos dar las gracias de que haya sido Tony y no Bernard.

-¡Mi primo estaba muy ocupado acechándome, en el bosque!

Adam no creyó, ni un segundo, que Bernard representara alguna clase de amenaza para Tony. Lo que sucedía era que su pupilo estaba echado a perder por su dinero y le desagradaba Bernard sólo porque era pobre. Tony estaba casi obsesionado con la idea de que su primo se proponía acosarlo.

- Por el amor de Dios, Tony, estás obsesionado –dijo Savage, disgustado.

Tony observó a la actriz con una irritada expresión de desdén. Ella llevaba puesto un atuendo de lo más llamativo, rojo y amarillo. Cualquier otra que se hubiera vestido así habría sido encerrada en un manicomio. Angela, en cambio, estaba espléndida.

-¿Cómo está tu tobillo? –preguntó Tony, sarcástica.

Adam respondió, muy serio:

- Después de haberlo examinado con toda minuciosidad, puedo asegurarte que está en perfectas condiciones.

Angela le dedicó una atrevida mirada de soslayo y se sacudió las pajas de la falda.

-¡Bien –disparó Tony-, así no tendrá que pasarse tanto tiempo tendida de espaldas!

-¿Qué demonios te sucede a ti? –preguntó Savage.

En aquel momento, Bernard Lamb se acercaba a ellos con una expresión divertida.

- Quizá se le haya atravesado en la garganta la cuchara de plata con la que nació.

Ese cruel comentario hizo reír a Adam y Angela.

A Tony la indignaba que Adam Savage se pusiera del lado de sus enemigos y en contra suya. Se abalanzó sobre Bernard Lamb y le cruzó la cara con la vara.

-¡Hijo de perra, si quieres dispararme, nos encontraremos en los campos de Battersea y acabaremos con esto! Mis padrinos se pondrán en contacto contigo.

Tony giró sobre sus talones y salió del establo.

Bernard apretó su cuello alto en su mejilla lastimada y lanzó fuertes improperios contra su noble primo.

Adam Savage, por su parte, se quedó pensativo, con los ojos entornados, pero no se entrometió. Entre aquellos dos jóvenes sucedía algo muy perturbador y él tendría que descubrir de qué se trataba. En ese momento, el rencor de Tony estaba en su punto más alto y Savage sabía que no atendería a razones hasta no haber tenido tiempo de serenarse. De una cosa estaba seguro: ¡no habría ningún duelo!

Adam dijo a Bernard:

- No es asunto mío lo que pueda haber entre vosotros, pero lamento que te haya atacado siendo tú mi invitado. Ven a casa y te haré atender.

- No es nada... es sólo un rasguño –insistió Bernard, y Savage no puedo menos que sentirse impresionado.

Tony volvió directamente a Londres con Roz. Viajó en el pescante, junto con Bradshaw, para evitar las preguntas de su abuela. Si un atisbo, siquiera, de sus problemas llegaba a oídos de Roz, ella prohibiría a Tony tomarse venganza. Apretó los puños y los metió en sus bolsillos hasta el fondo. De una cosa estaba segura: ¡sin duda habría duelo!

CAPÍTULO 23

Antonia despertó empapada en sudor. Era la tercera noche que aquello le sucedía, la tercera noche que tenía el mismo sueño. Tardó unos instantes en tomar conciencia de que la hora se acercaba.

Hizo a un lado las mantas y, cuando el aire fresco de antes del amanecer le tocó la piel febril, tembló. En el aire ya se notaba la frescura del otoño y ella se alegró, pues entonces debería usar una capa larga para ocultar su identidad.

Se movió en silencio, en la oscuridad, para no despertar a nadie. Si el señor Burke la oía, estaría perdida. La noche anterior, antes de acostarse, había dejado preparada su ropa con esmero, y hasta había vertido agua de la jarra para no hacer ruido.

Se quitó el húmedo camisón de Anthony y hundió su cara en él para poder tomar fuerzas de una prenda que él había usado en otro tiempo. Desnuda, se echó a temblar y susurró:

-Tony, ayúdame.

Se sintió inundada de calma y resolución. Tenía que hacerlo para vengar a su hermano y, también, por simple autodefensa, porque cada fibra de su ser le decía que Bernard Lamb iba a matarla si ella no lo mataba antes a él.

Con gesto decidido, tomó la esponja para lavar el recuerdo del vívido sueño que se adhería a ella con tenacidad. Era siempre el mismo. Estaban en el campo de duelo, en el preciso momento en que amanecía, y contaban. Bernard Lamb siempre disparaba al llegar a nueve.

Tony se puso camisa, pantalones, calcetines y botas y notó sus manos tan firmes que ella misma se asombró. Se sentía predestinada a hacer lo que iba a hacer. Todo tenía tal sensación de fatalidad que, a pesar del miedo, se sentía tranquila. Con una sabiduría tan antigua como el tiempo, sabía que su destino estaba en sus propias manos. La conclusión era inevitable: si no hacía nada, perdería. Si actuaba, ganaría. En realidad, ése era el secreto de todo, el secreto de la vida y de la muerte.

Tony estaba muy agradecida a Adam Savage. Él le había demostrado que la cualidad más valiosa de la vida era el valor. Se había propuesto hacer de ella un hombre y lo había logrado. Tony tenía los arrestos de un hombre, la fortaleza y la decisión de un hombre. Y, si bien le faltaba la fuerza masculina, lo compensaba con el ingenio veloz y la intuición de una mujer. Bernard Lamb no tenía ninguna posibilidad.

Había aprovechado el hecho de que Adam Savage estaba atado a Edenwood y a sus invitados, que estarían allí todo el fin de semana. También sabía que él tenía una cita de negocios con el príncipe de Gales, y que no volvería a Londres sin haber atendido a Su Alteza Real.

Tony había llamado al joven Southampton y al coronel Dan Mackinnon, sabiendo que ambos conocían bien las pistolas y la práctica de tiro. Ambos se habían involucrado en muchos duelos y, como era natural, el coronel Mackinnon tenía una soberbia colección de armas de fuego. Les hizo jurar que mantendrían el secreto y vio cómo iban entusiasmándose. Los dos estaban ávidos de riesgos y de peligros. Cada vez que actuaban como padrinos, aumentaba su reputación; ya se los conocía como los Machos del Infierno.

En el código de los duelos existía un ritual fijo que debía cumplirse. Hasta ese punto, todo era como debía ser. El rival de más alto rango era quien debía presentar el desafío. Ellos irían a visitar al oponente de lord Lamb para informarle de la fecha y el lugar, y para darle a elegir las armas. Era casi seguro que serían pistolas; hacía quince años que no se practicaban duelos a espada.

Mackinnon metió un estuche con pistolas bajo el brazo de Tony y le recomendó que practicara tiro al blanco en el tiro de Charles Fox. Southampton, por su parte, le dio la dirección de su burdel preferido en Covent Gardens y le indicó que preguntara por la señora Cole. Todo hombre debía tener una experiencia con Jassy Cole antes de morir. Southampton no pretendía otra cosa que hacer un poco de humor negro; se daba por entendido que los oponentes no tiraban a matar sino que, sencillamente, trataban de dejar al otro fuera de combate. Tony siguió el consejo del coronel e ignoró el de Southampton.

En los últimos días, el sueño la esquivaba, sobre todo porque tenía miedo de repetir su pesadilla; había consumido velas enteras hasta altas horas de la noche, volcando sus sospechas y sus temores en las páginas de su diario. Al releerlas, descubrió que había consignado más agravios contra Savage que contra su odiado primo. Lo más ridículo de todo era que ella admiraba casi todas las características de Adam Savage. Lo que la enloquecía era su legión de mujeres.

Por último, afrontó la verdad y la admitió: sentía envidia hasta la médula de los huesos. Deseaba a Adam como no había deseado nada hasta entonces. Quería que él le hiciera el amor. Lo anhelaba; sufría por él. Mencionaba de forma encubierta a Eros como «el juego», y todas las personas que ella conocía participaban en él. Los hombres hacían ostentación de sus amantes, mientras que las señoras casadas debían guardarlos en secreto.

La sociedad tenía un apetito inextinguible por los placeres de la carne y se producían encuentros amorosos a cualquier hora del día o de la noche. No había diversión que no estuviese pensada con el objetivo del acoplamiento. Los burdeles y las casas de tolerancia se extendían desde Covent Garden hasta Shoreditch. Los Jardines de Placer como Vauxhall y Marylebone estaban dispuestos, de manera específica, para albergar a los amantes en sus grutas, sus arboledas y sus senderos bordeados de boj. Más arriba, tanto en la escala social como en el curso

del río, estaba Ranelagh, cuyo teatro siempre ponía en escena representaciones sexuales con la intención de provocar a su público para que, luego, se entregara en privado a la satisfacción de sus apetitos, en retiradas alcobas.

Las exhibiciones de fuegos artificiales, la diversión de azuzar a los tejones y apostar en las peleas de gallos no eran más que excusas elegantes para reunirse, retirarse en pareja y acoplarse. Tony tenía la impresión de que todos eran miembros de aquel club, menos ella. Viviendo como varón, había podido darse cuenta de todo lo que había estado perdiéndose, aunque la sexualidad en su totalidad seguía siendo una misteriosa y oscura tentación que le despertaba una loca curiosidad y la dejaba profundamente insatisfecha con su suerte.

Cuando releyó su diario se quedó pasmada, pues comprendió que estaba obsesionada con la cuestión sexual. Cada noche, cuando apagaba su vela, lo hacía segura de que soñaría con fantasías sensuales; en cambio, todas las noches volvía a soñar con el duelo.

Tony tomó su larga capa negra y la plegó sobre su brazo. No se envolvería en ella hasta no haber pisado las losas de la calle Curzon, no fuera a ser que tropezara al bajar por la escalera.

Cruzó la calle para evitar la luz del alumbrado público de la esquina. Todavía estaba completamente oscuro mientras ella cruzaba el Green Park. Oyó risas de borrachos provenientes de un grupo de petimetres que salían del White's Club, en St. James, y se apresuró a cruzar Stable Yard Road, donde la recogería Southampton en un coche de alquiler.

Miró a su alrededor y no vio ningún coche. Se apretó la capa en el cuello, sintiendo que se le secaba la garganta, y tragó para aflojar el nudo de temor que se le había formado. ¿Se habrían retrasado o era ella quien se había adelantado? La calle vacía, donde resonaban los ecos, presentaba un aspecto fantasmal. Nunca había salido a una hora tan temprana. Llegaron a ella los rumores del río a través del aire cargado de humedad, y cuando un gato se deslizó en la esquina, se sobresaltó. Quizá no iban a acudir. Su imaginación echó a volar: ¡Savage había descubierto sus planes y había detenido el duelo! No, se tranquilizó, convencida de que él no sospechaba nada. La había llamado en cuanto había regresado a Edenwood. Todavía resonaba en su memoria su tono cortante:

-No tengo tiempo para tus chiquilladas teatrales, de modo que quiero tu palabra de caballero de que no seguirás adelante con esta imbecilidad del duelo.

Ella le había dado su solemne palabra de caballero.

Un coche negro giró en la esquina y Tony se adelantó hacia la curva al mismo tiempo que Dan Mackinnon detenía a los caballos. El corazón retumbaba en los oídos de la muchacha cuando se abrió la portezuela y un brazo la arrastró al interior. Uno de los lustrosos estuches de armas del coronel descansaba sobre el asiento de cuero negro y, junto a él, otro maletín que contenía frascos y pequeños vasos de plata.

-Éste es Keate, el cirujano de Su Alteza. Tony le lanzó una mirada alarmada. -Le pedí que lo mantuviese en secreto.

-Maldita sea; por sentido común, es necesario contar con la presencia de un cirujano. Podría salvar tu vida, Tony. Ten, bebe un espantatigres -dijo Southampton, sirviéndole un vaso de whisky.

Tony lo rechazó con una sacudida de cabeza.

-Mi mano está bastante firme -dijo, entre dientes. Southampton se encogió de hombros y vació él mismo el contenido del vaso de plata.

El viaje en coche fue tan breve que Tony tuvo la sensación de que, de pronto, el tiempo se había acelerado. De hecho, todo tenía un aura de irrealidad. Le sorprendió preguntarse si no estaría soñando aún. Cuando el carruaje se detuvo con una sacudida que le revolvió el estómago, supo que no estaba soñando. Southampton le dio un antifaz negro.

-Ten, ponte esto antes de abrir la puerta y comprueba si puedes ver bien con él.

-¿Por qué diablos tengo que usar esta cosa? -preguntó Tony. -Mi querido muchacho, es una precaución necesaria. ¿No comprendes que nos podrían arrestar por lo que vamos a hacer? Si bien los duelos son tolerados, siguen siendo ilegales.

En el momento en que Tony se apeó en Battersea Field, se apoderó de ella un sentimiento de pavor. Harapos de niebla

se arremolinaban en la oscuridad y los masculinos olores de los caballos y del cuerpo le hicieron fruncir la nariz de disgusto. Cerró los ojos y deseó que la condenaran si ello permitía que Bernard Lamb no se hiciera presente. Él vendría, claro. Era su gran oportunidad, su jugada maestra que podría brindarle todo lo que él quería de un plumazo. ¡Ella debía mandarle al infierno!

En el fondo, estaba convencida de que él había asesinado a su hermano a sangre fría y, ahora, ella lo mataría a él a sangre fría, también. En el claro se arremolinaba un grupo de hombres y Tony caminó, sin vacilar, en dirección a ellos. Con dedos firmes, soltó los broches de su capa y permitió que Southampton la quitara de sus hombros.

Igual que en su sueño, una primera y tímida luz comenzaba a iluminar el cielo y, entretanto, ella aguardaba que sus padrinos concluyesen sus consultas en voz baja con los otros hombres enmascarados que estaban allí. Mackinnon se acercó a ella y le preguntó si quería marcharse. Por un momento, aquello la desconcertó, pero luego recordó que la pregunta formaba parte del código de duelos.

Ya había suficiente luz para que los rivales pudieran verse. Mackinnon abrió el estuche de las pistolas y los otros padrinos verificaron que estuviesen cargadas.

Dos personas se adelantaron para elegir una pistola. Dos pares de ojos relucientes se miraron a través de las aberturas de sus antifaces. El odio mutuo era palpable. Los pusieron espalda contra espalda. Los primos Lamb apuntaron sus pistolas al cielo y amartillaron los percutores.

El procedimiento era tan familiar para Tony que lo vio todo como si estuviese contemplándose a sí misma desde lejos. Esos instantes ya los había vivido tan a menudo en su sueño que sabía exactamente qué iba a suceder. Fue dando los pasos mientras los padrinos llevaban la interminable cuenta. Al llegar a nueve, se dio la vuelta y disparó, y su oponente hizo lo mismo. Sonrió con amargura al comprobar que él estaba de cara a ella y le disparaba, exactamente como ella había sabido que haría.

Tony experimentó la honda y sombría satisfacción de verlo caer al suelo. De pronto, como traído por el alba, vio a un hombre corpulento que se acercaba a ella a grandes zancadas. Parpadeó rápidamente cuando una mano poderosa la sujetó de la nuca y la empujó hacia un coche que aguardaba.

Una voz de bajo, en tono furioso, le prometió: -Voy a darte tal paliza que te dejaré casi muerto.

Tony se vio arrojada con tanta fuerza contra los finos cojines de piel de carnero que se quedó sin respiración. Savage la incrustó en el asiento de enfrente y maldijo:

-¡Tu palabra de caballero no vale lo que una pizca de excremento de murciélago!

Tony empezó a temblar de manera incontrolable y le castañetearon los dientes. Había empezado a reaccionar después del duelo. De los labios de Savage brotó un sucio denuesto, al tiempo que se quitaba su abrigada capa y se la tiraba a Tony.

-¡Si lo has matado, irás a prisión o, tal vez, a galeras, pedazo de niñato imbécil!

Tony no respondió. Deseaba con todo su corazón haberlo matado pero, si iba a prisión, su identidad quedaría descubierta y el escándalo se divulgaría por todo Londres. Se dijo, vehemente, que bien valdría la pena ser arrestada, pues al menos sabría que Bernard Lamb nunca se apoderaría de lo que, por derecho, correspondía a Anthony.

-Eres un demonio insensible -musitó Savage. La ira de Tony se encendió:

-¡No seas hipócrita! Yo hice exactamente lo mismo que tú habrías hecho si alguien te hubiese amenazado con quitarte todo lo que posees. No desperdicias ocasión de machacarme que sea un hombre. ¿Tendré que luchar contigo, también? ¡Maldición, si es necesario, lo haré! Lucharé contra el mundo entero.

Savage percibió la indignación, la resolución, y la total convicción que vibraban en la voz de Tony y supo que lo decía seguro de que sus acciones habían sido necesarias e, incluso, justificadas. Al final, Savage admitía que hacía falta valor para enfrentarse a un enemigo en el campo del honor.

-Te llevaré al Flying Dragon y luego iré a averiguar si tu primo está muerto o solamente herido. En cualquiera de los dos casos, tendrás que salir del país por un tiempo. No pensaba salir para el continente hasta el fin de semana, pero no me has dejado otra alternativa.

El silencio se prolongó entre los dos. A Tony la reconfortaba la fuerte presencia de Savage. Nunca, en su vida, había sentido más ganas

de llorar que en aquel momento. Ah, si hubiese podido llorar sobre su hombro y que él la rodeara con sus brazos y le dijera que todo saldría bien... Las lágrimas contenidas le causaban un terrible dolor en la garganta. Por fin, logró murmurar, en voz ronca:

-Gracias por apoyarme, aunque no estés convencido de que yo tenga razón.

-Tu padre era mi amigo, y yo trataré de ocupar su lugar. Tony tuvo ganas de gritarle que no lo quería como padre pero, por fortuna, ya estaban en el puerto y el coche se detuvo.

Cuando subieron a bordo del clíper, llegó a sus narices el olor del alquitrán. El barco había sido calafateado pero aún no habían vuelto a acondicionar los camarotes.

Savage dijo a su tripulación que zarparían con rumbo a Francia con la marea de la noche, e indicó al sobrecargo que aprovisionara el barco. Tony echó un vistazo a esos marineros de aspecto siniestro y contuvo un estremecimiento. Supuso que algunos de ellos eran hindúes, otros genoveses y, otros, ingleses. También adivinó que todos serían bribones, del primero al último.

Savage abrió la puerta del pequeño camarote que tenía ojo de buey pero ninguna litera.

-Esto es para ti -le dijo, como si estuviese cediéndole un cuarto palaciego.

-No hay cama -protestó Tony, indignada.

Savage le echó una mirada despectiva y se inclinó sobre un gabinete.

-Aquí hay una hamaca. Ponte de rodillas y da gracias de que no te la haga colgar en el sollado de la marinería.

Ahora que conocía la otra alternativa, Tony agradeció la intimidad.

-En mis barcos, cada uno se gana su manutención, pero hoy no quiero que aparezcas.

-Gracias -dijo Tony, aliviada.

-Zarparemos con la marea del anochecer. Mañana habrá tiempo de que friegues la cubierta.

Tony lo miró para comprobar si hablaba en serio: en efecto, hablaba completamente en serio.

-Roz no sabe nada de todo esto. ¿Podrías hacerle saber que vamos a comprar carga? -preguntó Tony, esperanzada, pero sin atreverse a sugerirle a Savage que aguardara a que el señor Burke le preparase algunas maletas.

Savage asintió.

-Tardaré unas horas. Además de ocuparme de tus asuntos, tengo que ocuparme de los míos.

Adam no le ocultaba el hecho de que le fastidiaba bastante tal inconveniente. Se marchó, y Tony se quedó mirando, abatida, el montón de cáñamo tejido al que él se había referido como hamaca. En realidad, Antonia jamás había visto una hasta entonces. Encontró unos ganchos de hierro fijos en el mamparo del camarote y, por fin, consiguió extenderla en un rincón. Se sentó sobre la hamaca y, cuando dejó de balancearse, levantó sus pies del suelo y estiró las piernas. En aquel

camarote con tan escasa iluminación se sentía sola y aislada. No pudo impedir que una lágrima rodara por su mejilla, y la lamió con su lengua.

Savage fue a ver al doctor Keate. Con gran alivio, supo que Tony Lamb no había quitado la vida a su primo ni lo había herido de gravedad. Todo se reducía a un rasguño en un hombro. Pero Keate le contó que el joven Anthony Lamb había provocado un escándalo al darse vuelta y disparar al contar hasta nueve. Era algo inaudito, sólo un cobarde sería capaz de recurrir a un acto semejante.

Savage dijo, sin alterarse:

-Yo estaba presente: los dos se volvieron al mismo tiempo. -Eso es casual. El que asume toda la culpa es el que ha causado la herida. Si Tony hubiera resultado herido, el que habría sufrido el ostracismo hubiera sido su oponente.

-Maldito código de caballeros -dijo Savage, con desprecio-. Gracias a Dios, yo no lo soy.

«Pero estás haciendo todos los esfuerzos posibles por obtener un título», se burló una vocecilla dentro de su cabeza. «No me interesa lo más mínimo», arguyó. «Lo hago por Eve.» La vocecilla se burló de nuevo: «Eso fue, ni más ni menos, lo que dijo Adán: "¡La mujer me tentó!"».

En su camino hacia el banco, el rostro de Savage estaba crispado por una expresión hosca. Sacaron del tesoro uno de sus cofres de joyas y él se tomó su tiempo para elegir con cuidado suficientes diamantes y zafiros azul claro para hacer un collar. Guardó las piedras en un bolso de terciopelo negro, pidió al gerente del banco que volviese a guardar el cofre y luego fue directamente a la casa Carlton.

Savage tenía la intención de presionar al príncipe George. En realidad, el juego había comenzado el día anterior, cuando Su Alteza había aludido al tema de las joyas. Quería hacer un regalo a la adorable Maria Fitzherbert y quería que fuera una pieza de joyería que la embelesara y la deleitase a la vez. Claro que ya había obsequiado joyas a mujeres, costosas bagatelas para cada una de las actrices con quienes había tenido amoríos. Pero Maria era diferente: era una mujer respetable y, en consecuencia, él quería que las joyas fuesen diferentes. Necesitaba algo muy fino y muy raro para obligarla a ceder.

Sin embargo, el problema residía en el dinero. El príncipe de Gales siempre tenía problemas con el dinero. Había confesado a Savage que su deuda ascendía a medio millón de libras. El príncipe había oído decir que Savage había traído joyas de Ceilán y, contra toda posibilidad, esperaba poder trocarlas por algo que él poseyera, como había hecho con los caballos de carrera.

Medio en broma, Savage le dijo a George que, tal vez, lo único que podía desear era un título.

Su Alteza movió la cabeza con tristeza y le comunicó que tal cosa estaba fuera de su alcance. La imposibilidad de un acuerdo con respecto a las joyas supuso para el príncipe George una gran decepción. Se había encaprichado con ellas, del mismo modo que con Maria Fitzherbert, y no soportaba que se frustraran sus deseos.

La sonrisa de Savage, mientras ascendía la escalinata de la casa Carlton, era amarga. Sabía que no había en todo el mundo nada que no se pudiera comprar, lo que sucedía era que algunas cosas tenían un precio más alto que otras. Cuando George viese las joyas, tocara los diamantes y se imaginase cómo quedarían los zafiros azul pálido, en armonía con los ojos de Maria, encontraría la forma de hacerse con ellas.

Savage disimuló la expresión divertida en sus ojos cuando Su Alteza le reveló que había consultado a su amigo Charles Fox en relación con el delicado asunto de concederle el rango de par. Finalmente, Savage arrancó las piedras preciosas de los dedos de George y las guardó de nuevo en su bolso de terciopelo negro.

-Estaré ausente del país durante las próximas tres semanas, más o menos. -Se alzó de hombros-. Quizá, cuando haya regresado, Su Alteza habrá conseguido el dinero para comprar las joyas. -Balanceó la bolsa entre sus dedos-. Podría obtener un cuarto de millón por estas gemas, al menos, pero se las dejaría a Su Alteza por sólo cien mil.

Savage sabía que George estaba tan endeudado que no tenía a quién recurrir para pedirle dinero. Le era igual de imposible conseguir cien mil como cien millones; Adam estaba dispuesto a concederle tres semanas para que encontrase el modo de obtener un título para él.

Al visitar la casa de la calle Curzon, Savage comprobó que lady Randolph no tenía ni idea del duelo, y se limitó a decirle que Tony se marcharía con él a Europa y que estaría ausente unas tres semanas.

-Prepararé un baúl para él. ¡Qué atolondrado es Tony! Se hubiese marchado sin ropa.

-No necesitará nada muy elegante. Tengo intenciones de hacer que se gane su pasaje. Bastará con que le diga a Burke que meta algunas cosas en un bolso.

Roz miró a Savage con expresión de alarma:

-Señor Savage... Adam... espero que no esté diciendo en serio lo de que pondrá a Tony a desempeñar tareas menores. A decir verdad, nunca ha tenido una constitución muy fuerte. Me temo que no es tan fuerte como debería serlo.

Adam sonrió.

-Ha consentido usted demasiado al muchacho, señora. Por otra parte, creo que lo subestima. Cuando estuvo en Edenwood, supo usar a fondo la pala para limpiar de estiércol el establo. El trabajo humilde es tan bueno para forjar el carácter como para fortalecer los músculos.

Roz se puso pálida.

-Ya se sabe que las tripulaciones de los barcos están formadas por gente ruda y peligrosa. No me agrada la idea de que se mezcle con esa clase de sujetos.

Adam dejó de sonreír y se puso serio, para tranquilizarla. -No se preocupe por él, Rosalind. Lo he tomado bajo mi protección, y cuidaré de que no sufra ningún daño. Lo considero como a un hijo, ¿sabe usted?

Roz pensó que, quizá, debería decirle que considerase a Tony como a una hija. Pero se conformó con pedirle al señor Burke que preparase una maleta para Tony y suspiró, preocupada por la situación.

Durante las dos horas siguientes Adam Savage, junto con su secretario Sloane, se dedicó a despachar documentos referidos a sus diversos negocios. Navegaría con el clíper hasta Gravesend, echaría el ancla en Edenwood y haría que John Bull se encargara de poner en un baúl lo que él necesitaría para el viaje por mar.

Desde la casa de Half-Moon, Savage fue a la ciudad a visitar las oficinas de la East India Company y, por último, a Lloyd's, para revisar el registro de pérdidas marítimas.

Tony no podía relajarse. Sentía un nudo de tensión en el estómago e incluso notó que sus manos estaban fuertemente apretadas y que hacía rechinar los dientes. Estuvo balanceándose durante dos horas hasta que, al fin, dejó la hamaca y comenzó a pasearse.

El duelo casi no la había liberado de su tensión; sin saber cuál había sido el resultado y encerrada como una rata, se sentía atrapada. Dos horas más transcurrieron con su ir y venir y aún no había llegado el mediodía. No tenía hambre, pero sentía la boca seca y la garganta quemada. Abrió la puerta del camarote con suma cautela y miró hacia fuera. Los olores mezclados de comida, alquitrán y agua de mar le agredieron la nariz. Y había otro olor que ella no podía identificar y que, por un lado, olía a encierro y, por otro, le parecía extrañamente exótico e insidioso.

Echó a andar por el pasillo y entró en una de las bodegas de carga. Ahí era más intenso aquel olor extraño, como si aquello de lo cual emanaba estuviese al acecho, oculto, pero la bodega estaba vacía. Tony se sobresaltó al oír un ruido escurridizo tras ella. Un hombre bajo, fibroso, con cara de hurón, le preguntó: -¿Busca algo, señor?

-Eh... no, sólo estaba curioseando. Se me ocurrió echar un vistazo, si no supone ningún problema, señor...

-McSwine, Paddy McSwine. Le aseguro que no es asunto mío lo que usted haga. No soy más que el cocinero de a bordo. ¿Quiere comer algo?

-Me vendría bien un trago -aventuró Tony. McSwine hizo un guiño.

-¿No nos vendría bien a todos, señor? ¡Nos vendría bien a todos! Venga conmigo a la cocina.

Tony trató de entablar conversación.

-Vamos al continente a comprar carga que enviaremos a la India -dijo-. Al parecer, este barco tiene una bodega bastante grande.

-Hay dos más, una a popa y otra a proa. -McSwine levantó una mano-. No me cuente qué piensa contrabandear, señor: soy sordo y ciego.

Mientras seguía a McSwine hacia la cocina, Tony se disponía a protestar que no pensaba contrabandear nada, pero en el último momento cerró la boca. No tenía ni idea de lo que haría Savage durante el viaje. Él era quien dictaba la ley.

McSwine le dio una medida de ron.

-¿No tendría usted agua? -preguntó Tony, esperanzada. McSwine se horrorizó:

Jamás tocaría eso. El agua es para ahogarse.

Tomó una jarra y salpicó un poco dentro del vaso para diluir su contenido. Tony no se atrevió a decirle que prefería agua en lugar de ron; se resignó a beberlo lentamente.

De pronto, llegaron unos diez hombres a la cocina y ella se hizo a un lado sin demora pues, de lo contrario, la habrían atropellado. Los ojos de esos sujetos expresaron mofa hacia esa persona con peluca empolvada y calzones ceñidos sujetos debajo del pie. Antonia se disponía a marcharse cuando un marinero de aspecto abigarrado, con fuerte acento escocés, dijo:

-¿Qué problema hay, Calzones? ¿Eres demasiado bueno para comer con tipos como nosotros?

-No, claro que no.

-Entonces, pon el culo aquí. Paddy, ¿qué veneno has preparado hoy para nosotros, pobres inocentes?

-Verga de cochino con lechuga -contestó McSwine, de lo más fresco, y recibió como respuesta algunas risas burlonas.

-Ay, yo esperaba que tuvieras buñuelos de coño con crema. Todos rugieron de risa, menos Tony.

-No se te caerá la maldita cara si te ríes un poco, ¿sabes, Calzones?

McSwine intervino en defensa de Tony:

-La gente elegante no le llama así, pedazo de necio.

-¿Cómo llamáis vosotros a eso que tiene la mujer entre las piernas? -preguntó el corpulento escocés.

Tony bebió un sorbo de ron:

-Co... conejo -murmuró, deseando que sus mejillas no se enrojecieran.

Paddy cortó grandes rebanadas de pan crocante y sirvió un estofado que hacía la boca agua en cuencos de peltre con asas. Tony mojó su pan en el estofado y dio un mordisco. Una palmada en la espalda casi la hizo atragantarse con el bocado. Era evidente que estaban dispuestos a convertirla en el blanco de sus bromas.

-McSwine, ¿ya has dicho al chico que le toca el turno de noche en el barril?

Por fortuna, Tony no sabía a qué se refería, aunque tenía una idea bastante aproximada de que debía ser algo grosero y repugnante. Tenía dos alternativas: retrocedía o resistía. Esa mañana ya había visto el cañón de una pistola y no estaba dispuesta a que unos marineros ignorantes la amedrentasen. Comprendía que debía seguirles la corriente en sus vulgaridades si no quería que la dejaran comiendo sola. Recordó una de las coplas de Luttrell:

-El otro día oí una copla referida a un escocés; me recuerda a usted. ¿Le gustaría escucharla?

Paddy McSwine asintió con entusiasmo; los otros ya se aprestaban a convertir al grandullón escocés en blanco de su humor.

Había un muchacho de Dundee

que, en un árbol, le dio a un oso por atrás.
El resultado fue espantoso por demás:
todo trasero y de frente, nada,
tres pelotas y una cabra encarnada.
Los marineros alzaron sus jarras para brindar por lord Lamb.

CAPÍTULO 24

Ya la tarde llegaba a su fin cuando Savage regresó al puerto. Como pensaba capitanear él mismo el Flying Dragon, hizo que su primero de a bordo, el señor Baines, lo acompañara a inspeccionar el barco de proa a popa. Una vez quedó convencido de que todo estaba en condiciones para la navegación, Savage dio la orden de levar ancla y llevó el barco fuera de su refugio en el Támesis.

Tony, desde el interior de su pequeño camarote, sintió que el barco estaba moviéndose. Eso significaba que Savage estaría a bordo; no hubiesen partido sin él. ¡Qué propio de ese demonio dejar que ella se consumiera en su angustia! ¡Iría a buscarlo! Nada de lo que estuviera haciendo podía ser más importante que darle noticias acerca de Bernard Lamb.

Savage no estaba en su camarote ni en la cocina, por lo que llegó a la conclusión de que debía encontrarse en cubierta. A medida que Antonia se aproximaba a cubierta, los olores y los sonidos cambiaban rápidamente. Alguien vociferaba órdenes por encima del barullo de la maniobra de las velas; las gaviotas pescadoras chillaban, mientras revoloteaban sobre el palo de mesana, deslizándose en la suave brisa que transportaba el penetrante olor salino del mar.

Por un momento, Antonia sintió pánico al ver al clíper adentrándose en el mar. Desde aquel fatídico accidente con Anthony, no había vuelto a navegar. Controló su miedo reservándolo para la vez en que tuviera que volver a enfrentarse con una tormenta.

Mientras se acercaba a la popa, Antonia imaginó que Savage estaba pilotando el barco. ¿Acaso había algo que ese hombre no supiera hacer? Vio que ignoraba su presencia aun cuando era bien consciente de ella. Maldito hombre. Su expresión inescrutable no le reveló nada. Lo observaba, sin advertir que su propio rostro expresaba una transparente admiración. Su pelo negro, suelto, aleteaba en el viento. Sólo llevaba una ligera camisa, abierta en el cuello, que formaba contraste con el moreno de su cara. En cada línea de su postura se adivinaba su orgullo y su confianza en sí mismo. Detrás de la rueda de timón, manejaba su barco como manejaba todo lo que hacía, en cualquier sitio adonde fuese.

Tony dejó vagar su mirada por los músculos flexibles de ese hombre y anheló formar un todo único con él. Se le contrajo la garganta y se volvió de espaldas para apoyarse en la borda. Hizo un esfuerzo por apartar sus pensamientos de él y se concentró en el barco. Si bien no habían desplegado mucha vela, la marea los llevaba a buen ritmo. Pasaron por Woolwich y, al ver que el Támesis se ensanchaba, Antonia

quiso apreciar la magnífica vista de Edenwood que podía disfrutarse desde aquella parte del río.

Cuando se acercaban a Gravesend, Savage maniobró, cambiando el curso del Flying Dragon desde el centro del río hacia la ribera derecha y, al ver aparecer el espléndido Edenwood, Tony contuvo el aliento. El sol poniente doraba las altas ventanas, y resaltaba el color intenso y cálido de sus ladrillos. Lo contempló con tanto anhelo como el que le inspiraba su propietario. Sabía que Edenwood le había arrebatado, para siempre, el corazón. Sintió una oleada de posesión tan intensa que la sacudió. Comprendió que había cometido otro pecado mortal: «No codiciarás». Se entreabrieron sus labios y se le escapó un suspiro.

-Eche el ancla, señor Baines -tronó Savage.

Antonia oyó el estrépito de la cadena del ancla que salía por el escobén. Se dio la vuelta para mirarlo y él señaló con la cabeza en dirección a Edenwood, ordenándole que lo siguiera.

Savage desapareció por un lado, y Antonia dio gracias a Dios por haberle dado largas piernas, a las que hizo pasar por encima

de la borda, para luego dejarse caer en la lancha que se balanceaba abajo. Savage tomó los remos e impulsó la embarcación, contrarrestando la rápida corriente con su fuerza.

Llegaron a la orilla. Tony saltó afuera y amarró la cuerda a un pequeño árbol. Mientras ambos se dirigían hacia la casa, Adam le contó lo que ella estaba esperando oír desde hacía diez horas:

-Tu bala sólo causó un rasguño a tu primo, pero has provocado un escándalo al haber disparado al contar nueve; has quedado marcado como un cobarde.

Al oírlo, Antonia sintió el sabor amargo del fracaso en la lengua.

-¡No soy un cobarde! -dijo con vehemencia.

-Ya lo sé -confirmó Savage, sereno-. ¿Cómo sabías que él dispararía al contar nueve?

Ella le lanzó una mirada, mientras pensaba en una respuesta plausible, pero no halló ninguna.

-Lo soñé varias veces.

A Tony le importó un cuerno si él le creía o no.

-Instinto animal. -Adam asintió en muestra de aprobación-. Siempre da buen resultado hacerle caso al instinto.

Esa aprobación la reconfortó y, de pronto, se sintió aliviada por no haber matado. ¡Bernard Lamb no valía la pena!

Savage clavó en ella su mirada azul.

-¿No te molesta que tus amigos ensucien el nombre de Anthony Lamb?

-No mucho. -Se alzó de hombros-. Yo sé la verdad, y eso es lo único que en realidad importa.

La actitud del muchacho satisfizo a Savage.

John Bull se materializó, como saliendo del aire, en el momento en que ellos entraban en Edenwood.

-Busca uno de esos pantalones blancos que usas tú. Nos vamos al Mediterráneo. Yo mismo haré mis maletas. Debemos darnos prisa, antes de que cambie la marea.

-¿Por qué siempre quiere cuidarse solo, excelencia? Tony disimuló una sonrisa.

-Yo iré con él; así, podré elegir una carga para enviar a la India. ¿Qué me sugiere usted, John Bull?

-Ah, mi joven señor: su excelencia lo aconsejará. Él sabrá lo que es mejor para usted. -Llevó a Tony al ala de los criados y le entregó un montón de prendas de un blanco inmaculado-. Pruébese éstos.

Tony entró en un pequeño cuarto de baño revestido de espejos en el ala de los criados. John Bull era un hombre menudo y, gracias a eso, a ella sus pantalones de algodón no le iban demasiado grandes. Ya se las arreglaría para usarlos. Atrajo su mirada un despliegue de cosméticos exóticos que sin duda serían de Kirinda. Había montones de pequeños potes, frascos y botellas que contenían toda clase de cremas, aceites y ungüentos aromáticos. Se moría de ganas de pintarse el rostro. A las jóvenes damas inglesas de buena reputación no les estaba permitido maquillarse, por lo que nunca había tenido ocasión de hacerlo, pero Londres estaba lleno de mujeres que lo hacían para atraer a los hombres y, por cierto, daba el resultado deseado.

El atractivo del rubor, el polvo, el rojo para los labios y la sombra para párpados de un tono plateado fue irresistible para ella. En el preciso instante en que había resuelto probar un poco y luego lavarse rápidamente oyó la voz profunda de Savage: -¿Dónde diablos está ese demonio?

Arrojó una brazada de diminutos potes dentro de los pantalones de algodón y puso el bulto de las prendas bajo el brazo. Tendría que esperar hasta estar en la intimidad de su camarote del Flying Dragon. De pronto, tomó conciencia de la gran aventura en la que estaba por embarcarse. Los jóvenes varones hacían su paseo por el continente; las jóvenes, en cambio, no lo hacían. Estaba convencida de que hacer de hombre tenía sus ventajas.

Savage cargaba un pequeño cofre y John Bull lo seguía con una maleta. De inmediato, Tony sospechó: Savage debía de estar llevando algo de contrabando. La devoraba la curiosidad. Una y otra vez, lanzaba miradas al cofre misterioso mientras él remaba para regresar al barco.

-La curiosidad mata al gato -se burló Savage al ver la dirección de sus miradas.

Ella alzó el mentón, ofendida al ver la facilidad con que él podía leerle el pensamiento. Savage acercó la lancha al Flying Dragon y luego se puso de pie para asirse de un imbornal.

-Pásame el cofre -ordenó.

Tony se inclinó y trató de levantarlo, pero le fue imposible. -No puedes levantarlo porque está lleno de oro, el oro que tanto me costó ganar y que servirá para pagar tu maldita carga. Tony se quedó boquiabierta, viéndolo alzar con total facilidad el cofre, ponerlo sobre un hombro y, luego, subir a bordo. Lo vio ir hacia el timón.

-Leve anclas, señor Baines. ¡Izad las gavias!

Para Antonia fue como si su voz de bajo entrara directamente en su interior. Llevó sus propios objetos de contrabando a su camarote, bajo cubierta.

Vio que el bolso que había hecho el señor Burke estaba en su camarote y escondió los cosméticos bajo la ropa de Anthony. Se sentía infinitamente agradecida de contar con un camarote para ella sola. Sabía que jamás iba a poder soportar la desagradable compañía de los rudos y groseros marineros.

Si bien Tony no tenía demasiados deseos de ir a cenar con ellos, de todas maneras sabía que no se podría estar tranquila por mucho tiempo. Peor aun, Savage le había dicho que ella tendría que trabajar mientras estuviera a bordo. En lo más profundo de su ser temía que él le reservara alguna tarea degradante... ¡ojalá se fuera al infierno!

Oyó sonar un golpe en la puerta. Supuso que era Savage, pero, para su sorpresa, era McSwine con una bandeja.

-Órdenes del capitán. Esta noche quiere tenerlo a usted fuera de su vista, señor.

-Gracias, Paddy. Eso huele bien.

Aquel hombre parecía un hurón cuando sonreía.

-El capitán me cortaría en trozos y me arrojaría por la borda si cocinara mal. Yo ya he navegado con él.

Tony se quitó la peluca y las botas, y se extendió en la hamaca, balanceando la bandeja. Había una docena de deliciosos camarones grandes, unas patatas cocidas en su piel, rociadas con mantequilla derretida y sazonadas con limón. Había hojas de escalonia, algas y espinacas, condimentadas con aceite aromatizado con hierbas y vinagre. Aunque se tratara de una comida sencilla, resultaba deliciosa. Era curioso: si uno juzgaba por su aspecto a McSwine, hubiera jurado que preparaba bazofia para cerdos.

Al tiempo que disfrutaba su cena, Tony pensaba cómo se las arreglaría para pasar toda la noche colgando en una hamaca. Pero, en realidad, se quedó dormida antes de haber terminado de comer. Tuvo sueños inquietantes. Soñó que recorría el barco desempeñando tareas agotadoras, una tras otra, mientras los marineros se burlaban de ella llamándola Calzones por sus largos pantalones de encaje. Tenía que fregar toda la cubierta con un pequeño cepillo para uñas, y luego vaciar todos los orinales. Vomitó sobre Savage los insultos más sucios que conocía.

Llegó la mañana, y bajó tambaleándose de la hamaca, esperando con temor las humillantes tareas que le aguardaban. Se cepilló el pelo hacia atrás y lo sujetó con un cordel. Se puso las botas y subió a cubierta.

Para su sorpresa, vio que estaban en un puerto de mar. En ese mismo momento, Savage estaba volviendo al barco. Antonia abrió de par en par los ojos al ver que iba vestido con ropas muy ordinarias y sin afeitar.

-No es posible que estemos en Francia.

-Claro que lo estamos. Esto es un clíper. Estamos en Boulogne.

Le indicó la ciudad con un movimiento de cabeza.

Antonia se preparó para recibir sus órdenes, pero no fueron las que ella esperaba.

-Ve a emperifollarte, que llegaremos a Le Havre antes del mediodía. Si sigues con la idea de comprar prendas de moda en París, los almacenes de Le Havre están repletos hasta el techo de fruslerías femeninas. Supongo que tendré que acompañarte para ayudarte a elegir la ropa interior. No creo que tengas más idea de lo que prefieren usar las mujeres bajo la falda que de lo que prefieren bajo las sábanas.

-Te llevarías una sorpresa -replicó Tony con sequedad, sintiendo que lo odiaba por su experiencia sexual-. ¿Dónde has estado? -preguntó.

-¿A ti qué cuernos te importa? -repuso Savage con expresión helada.

-Sólo curiosidad -musitó Tony.

-He estado haciendo un reconocimiento. A decir verdad, Francia no es un lugar recomendable en estos tiempos. Empieza a retumbar el trueno sobre las cabezas de los aristócratas, con sus vicios extravagantes. Le Havre aún es seguro, pero en París la nobleza comienza a temer realmente por su vida.

-No creo que sus excesos sean mayores que los de la sociedad londinense.

-Los ingleses son aficionados; cautelosos, temerosos, mezquinos con sus placeres. Los franceses son insaciables, decadentes y hacen estragos con sus excesos en materia de comida, de moda y de sexualidad, y por sus desviaciones. Sus extravagancias son tantas que los oportunistas astutos como yo podemos hacer fortuna.

-¿Y qué me dices de mí?

Savage meneó la cabeza. La cicatriz de su boca se destacó, otorgándole esa apariencia siniestra y bestial que a ella la hacía temblar.

-Tu alma todavía no está tan manchada como para que puedas aprovecharte de los débiles y de los indefensos, lord Lamb. Tony prefirió no seguir ahondando en el tema, pues le resultaba demasiado perturbador.

Aquella tarde en los almacenes fue una de las más placenteras que Tony había vivido. Si hubiera podido elegir la ropa por sí misma, se habría sentido en el paraíso. Se guardó de que Savage viese sus miradas de nostalgia mientras revisaba y elegía sus compras. A la vista de las delicadas y exquisitas telas de los vestidos y de las prendas de ropa interior, extendidas ante ella en un despliegue de colores, sus ojos chispeaban. Sedas, gasas, muselinas, satenes, encajes, pongées, poult-de-soies, tules y tafetanes en todos los colores y diseños imaginables; tanto le gustaron que compró uno de cada clase. Savage le dijo que comprase una docena de cada uno, pero ella le explicó que a las mujeres les gustaba vestirse de forma exclusiva. Todo residía en la oferta y la demanda. Un diseño único alcanzaría un precio diez veces más elevado que otro repetido en todos los tamaños y colores.

No había finalizado la tarde cuando ya Adam Savage había confesado que Tony tenía muchísima más paciencia que él. Tuvo que pasearse un buen rato esperando a que su protegido comprara sombreros, sombrillas, sandalias, medias y guantes. Cuando el joven

Lamb entró en una tienda mayorista donde se veían montañas de pelucas, Savage protestó diciendo que en la India y en Ceilán hacía demasiado calor y que las damas empolvaban su propio pelo.

-Oh, es que éstas no son para la India, son para Londres. Deberías saber que tontas esclavas de la moda como Georgiana o la condesa de Oxford serían capaces de arrancarse los ojos por estas ridículas pelucas francesas.

Nombró adrede a dos mujeres con las que él había tenido relaciones.

Savage enseñó a Tony a regatear, a comerciar y a presionar para hacer bajar los precios. Al final, se negó a entregar el oro hasta que las mercancías estuvieran en la bodega y, de ese modo, logró que las llevaran a bordo.

Las compras de Tony llenaron una bodega completa antes de que cayera el atardecer. Preguntó a Savage cuál sería el siguiente puerto que tocarían. Él le dijo que nunca era agradable cruzar el golfo de Vizcaya, entre Francia y España, y que el viaje se hacía más placentero si navegaban junto a la costa de Burdeos, donde él podría comprar vinos finos y champán para su propio disfrute en Edenwood.

Ya en su camarote, Tony se quitó el frac y lo colgó en el armario. Esa noche, el calor bajo cubierta era asfixiante, por lo que se puso los pantalones blancos de algodón que le había dado John Bull, mientras se preguntaba quién lavaría su ropa a bordo. Al cobrar conciencia, se rió de sí misma. Ella misma tendría que lavar sus camisas y su ropa interior, y se consideró afortunada de que no hubiera nadie para hacerlo por ella.

Llevó su jarra a cubierta para llenarla con agua de un barril, y vio que Adam Savage abandonaba el barco. Una vez más, iba vestido con el tosco atuendo de marinero. Con su corpulencia, tenía un aspecto aterrorizador. Sin su nívea camisa, su cuello y su elegante chaqueta, parecía un asesino. Era obvio que debía de estar haciendo algo, fuera lo que fuese, peligroso, ilegal y, tal vez, incluso criminal. Savage tenía un lado siniestro y Antonia tuvo que admitir que le parecía tan capaz de cometer un crimen o de violar la ley si ello le era favorable y oportuno. Aunque se acordó de que ella también estaba involucrada en algo ilegal, y si bien lo hacía representando a su hermano, no era lo mismo.

Buscaba excusas para la conducta de Savage porque estaba enamorada de él. Se tildó de tonta y se maldijo: aquel hombre era capaz de engañar a cualquier mujer que fuese lo bastante insensata como para amarlo.

Una arruga crispó su frente. ¿No había dicho él que ahora Francia no era segura? ¿Por qué era tan temerario, tan imprudente? ¡Amaba el riesgo por el riesgo mismo! Ella sabía muy bien qué riesgo conllevaba ser un seductor, era consciente de que lo inducía a uno a desistir de toda precaución. Generaba una adicción, y tanto él como ella estaban infectados por esa condenada enfermedad.

El único modo de contener su temor por él era mantenerse ocupada. Después de lavarse, tomó una linterna y fue a la bodega a echar un vistazo a algunas de las prendas que había comprado. Abrió

una caja tras otra, admirando esas exquisitas vestimentas. La mirada de Tony se posó sobre un vestido realmente espectacular. Era en dos piezas, con la falda separada del diminuto corpiño. Estaba confeccionado en un tejido dorado tan delicado que la hizo suspirar mientras sus dedos lo acariciaban. La falda estaba hecha con metros y metros de una tela que parecía espuma; el corpiño, bordado con minúsculas coronas doradas, tenía el escote en forma de corona, y sus puntas estaban diseñadas con gran sabiduría, de manera que ocultaran y revelaran, a la vez, los pechos.

No pudo resistirlo. Llevó el vestido a su camarote y se lo probó. De repente, de ser un esbelto joven, pasó a convertirse en una curvilínea mujer. Se quitó la cinta que sujetaba su pelo y notó por primera vez cuánto había crecido éste desde que Roz se lo cortara. Tony se contempló en el espejo de la puerta del armario y comenzó a girar en el camarote.

Cerró los ojos y se imaginó en un salón de baile, conducida por los brazos de Adam Savage. Qué divertido sería coquetear e incitarlo, sin que él tuviera idea de quién era ella. Todos sus ensueños y sus fantasías se centraban en la persona de un hombre, aun cuando ella supiera que era un imposible. No se cansaba de mirarse. Hacía tanto tiempo que no se ponía un vestido que había olvidado cuán delicioso y especial era sentirse mujer.

Odiaba ser hombre. Quería ser mujer, una mujer de verdad. Lo ansiaba con todo su corazón. A desgana, se quitó el tenue vestido y lo colgó en el armario. De ningún modo podría separarse de él. En cuanto sus dedos tocaron la exquisita tela, decidió que sería suyo.

Mientras Tony se balanceaba en su hamaca, su mente se pobló de imágenes que luego invadieron sus sueños. Ahí estaba su madre recibiendo a los invitados, increíblemente hermosa, más bella de lo que la hubiese visto jamás. Todos llenaban a Eve de cumplidos, y después miraban a Antonia y meneaban la cabeza. Antonia se acercó al espejo y contempló su pelo cortado, el atuendo masculino que escondía su feminidad. Pero, como en el cuento de Cenicienta, Roz le dio un antifaz y un vestido de tela dorada y al instante se convirtió en una bella princesa.

Cuando despertó, el barco estaba moviéndose. No tenía idea de cuándo había regresado Savage para ordenar la partida. Se preguntó dónde dormiría ese hombre. Igual que el leopardo, parecía una criatura nocturna, que salía a cazar cuando el sol se había puesto; sin embargo, su energía inagotable le permitía pilotar el clíper y emplear horas en la compra de mercancías. Un hombre que no necesitaba dormir no era del todo humano.

Antonia se miró en el espejo y recordó la noche anterior. El vestido la había convertido en otra persona. En aquel instante echó raíces la semilla de una idea. Al principio, sólo fue un chispazo pero, poco a poco, fue tomando forma y cuerpo. Irían al carnaval de Venecia. ¿Qué mejor lugar para que Adam viera a Antonia por primera vez? ¿Qué mejor lugar para que dos desconocidos gozaran de una aventura amorosa?

Pero la asaltaron las dudas. ¿Cómo podría llevarlo a cabo? No importaba, algo se le ocurriría. De algún modo, encontraría la forma de provocar un encuentro casual. El carnaval de Venecia tenía un solo propósito: disfrutar del placer por el placer mismo. Era un mundo irreal y mágico, donde podrían convertirse en realidad las más locas fantasías.

CAPÍTULO 25

En Burdeos, Savage compró vinos finos franceses y cajas de un excelente champán para sus bodegas de Edenwood. Tony le preguntó si podría obtener ganancias comprando champán y vendiéndolo en Inglaterra. Adam le contestó que la idea era buena, teniendo en cuenta que el colmo del esnobismo era beber vinos importados en lugar de las buenas variedades nacionales. Si la inquietud social empeoraba, ello interrumpiría por un tiempo la producción de vino francés y, claro estaba, ello haría subir los precios de manera vertiginosa.

El viaje de Burdeos a Portugal fue terrible para Tony. Se quedó en su camarote durante tres días, soportando el mareo, hasta que llegaron al soleado y bello puerto de Lisboa. A Tony le costaba creer que en aquellos momentos fuese invierno en Inglaterra. Adquirieron doscientas cajas del suntuoso vino Madeira, el único que no se echaba a perder con el calor tropical.

Tony comprendió hasta qué punto podía ser intenso el calor cuando zarparon hacia Cádiz, en España, donde compraron finas botas de cuero español y marroquí, y donde Savage adquirió un par de sillas de montar negras repujadas. El Flying Dragon pasó el estrecho de Gibraltar, se detuvo por un breve lapso para abastecer su despensa con dátiles, higos y naranjas dulces y jugosas, y luego zarpó hacia Cartagena, con el fin de comprar cuchillos y espadas hechos con el excelente acero toledano.

Tony no podía creer que hubiese pasado poco más de una semana. En tan poco tiempo había visitado varias ciudades portuarias de Francia, Portugal y España, y había observado la diversidad de sus pueblos, sus culturas, su idioma y su clima.

Tony procuró ser útil ayudando a McSwine a preparar la comida pero, cada vez que subía a cubierta, se mantenía apartada y evitaba a los toscos marineros y su burdo lenguaje. No tenía deseos de ser blanco de su humor cruel. Por otra parte, se empeñaba en no cruzarse en el camino de Savage. Tenía miedo de que él le ordenara que subiera a la jarcia o cualquier otra tarea que fuese demasiado dura para las fuerzas de una mujer.

Pero, aun cuando se mantenía alejada de él, seguía estando muy pendiente de su presencia. Veía que sus órdenes eran inmediatamente obedecidas. Dar órdenes era algo natural en él; era evidente que en el respeto que le demostraba la tripulación se mezclaba una buena dosis de temor. Antonia sabía que los marineros bebían grog, pero jamás había visto borracho a ninguno de ellos ni tampoco había visto que

alguno se atreviera a descuidar sus deberes. Savage era un patrón duro y, por encima de todo, exigía que el barco se mantuviera limpio, por lo que ellos fregaban la cubierta hasta dejarla blanca y sin otro olor más que el de agua de mar y sal.

La piel de color caoba de Savage se volvió más oscura, expuesta como estaba a los días soleados. En consecuencia, sus ojos parecían de un azul tan claro como el hielo y una de sus miradas podía congelar a un miembro de la tripulación desde el otro extremo del barco.

En Cerdeña salieron a pasear para contemplar los paisajes. Las casas eran de un blanco cegador, con techos de tejas rojas, según el estilo del Mediterráneo. Las colinas que se extendían desde el mar abundaban en flores silvestres de brillantes y exóticos colores. Se sentaron a fumar, en un ambiente de camaradería, contemplando aquella bahía de increíble belleza. Tony sentía el calor del sol sobre sus hombros, bajo la rígida tela de su camisa de cambray. Ese sol le entibiaba la sangre y le provocaba sensuales pensamientos.

Cada vez que miraba a Adam Savage se le secaba la boca, de tanto que deseaba su contacto. Sin embargo, estaba segura de que gritaría si él la tocaba. Lo que en realidad quería era tocarlo ella. Quería sentir la textura de su piel morena, recorrer con un

dedo el contorno de su mandíbula, donde la sombra de su barba oscurecía más aún su rostro. Le quemaban los dedos de ganas de desabrochar su camisa de lino y sacarla de sus hombros musculosos. Ardía en deseos de pasar sus manos sobre la masa muscular de su ancho pecho. Ansiaba apretar sus labios contra la boca de él y besarlo. Su propia audacia la ruborizó, pues deseaba lamerlo y saborear la sal que cubría su piel tentadora.

La siguiente ocasión en que le lanzó una mirada furtiva vio que estaba contemplando con lascivia a un par de muchachas campesinas de oscuros ojos adormilados. Iban descalzas y llevaban cestas con ostras. Él las llamó. Ellas se acercaron, primero con recelo, temerosas de aquel hombre corpulento de siniestro rostro surcado por una cicatriz, pero él, bromeando y guiñándoles el ojo, entendiéndose por medio de señas, se las ingenió para comprarles unas ostras. Pronto estaban riendo, coqueteando y salpicando con agua a los hombres, del modo más juguetón y provocativo imaginable.

-¿Te apetece nadar? -preguntó Savage a Tony, quitándose la camisa y sin intentar, siquiera, disimular el bulto que tenía entre las piernas.

-No, gracias -dijo Tony con rigidez-. ¿Qué demonios haces cuando una mujer se te resiste? -preguntó, con arrogancia-. ¿O es que nunca se te ha presentado esa situación?

-Muchas veces -admitió Adam-. Recurro a las bellas artes de la seducción.

-¿Cómo diablos puedes seducir a una mujer cuyo idioma ni siquiera conoces?

-El del sexo es un lenguaje universal, Tony. ¿Te has mirado, al menos, aquellos libros que te di?

Las mejillas de Tony se sonrojaron intensamente.

-Ya veo que sí, lo has hecho -dijo Savage, sonriendo-. Por Dios, trata de no ser tan estrecho de mente y tan circunspecto. Tu miembro sirve para otras cosas, además de orinar, ¿sabes? No puedes decir que has vivido hasta que no has sentido en tu miembro la boca cálida y la lengua inquieta de una mujer del Mediterráneo.

Tony se quedó boquiabierta.

-Ten, toma unas ostras. Si con esto no se despierta tu lujuria, no hay esperanzas para ti, muchacho.

Tony tomó los mariscos y dejó a Savage en compañía de sus señoritas. Aquel hombre era un maldito libertino, un depravado, y era capaz de atacar a cualquier cosa que tuviera faldas. ¡Cuando volviera al barco, arrojaría al mar Tirreno el maldito vestido dorado! Lo que, por supuesto, no hizo.

En el cielo no había nubes, el mar estaba tranquilo como en una aguamarina, y el Flying Dragon navegaba por el estrecho de Messina, entre Sicilia e Italia. Paddy McSwine había conseguido unos deliciosos quesos blandos y lozanas olivas negras, además de diversas especias provenientes de puertos lejanos.

Tony lo ayudó a preparar una bullabesa aromatizada con hinojos, y él le indicó qué carnes sabían mejor con mejorana y con orégano. Ella recordó la deliciosa paella que él había preparado cuando estuvieron anclados en España y él le explicó que ese condimento de color amarillo y de sabor único era el azafrán, que tenía fama de ponerlo a uno alegre.

Tony tomó un puñado de hojas de laurel. Bastó con tocarlas para que soltaran su punzante fragancia. McSwine le contó que eran de un árbol natural del Mediterráneo.

-Al capitán le gusta el curry.

-Su criado de la India, John Bull, me contó que produce adicción. Me dijo que, después de probar por primera vez uno suave, uno necesita el vindaloo, que es el más picante.

-Más que cualquier otra sustancia, el curry es responsable del aumento de la población del mundo -dijo Paddy guiñando un ojo-. Créeme: es el mejor afrodisíaco del mundo. Olvídate de tu «vino de Egipto» y sus efectos; el curry te la pondrá dura como un garrote.

Tony decidió retirarse de la cocina.

-Si se lo das a una mujer, se pondrá tan caliente que te suplicará.

Tony empezaba a convencerse de que los hombres no pensaban en otra cosa que en el sexo. Se sonrojó. ¡Sus propios pensamientos, en los últimos tiempos, solían girar con mucha frecuencia en torno a aquel tema!

Savage llevó a bordo los tesoros que había comprado para Edenwood en cada puerto al que arribaron. Había esculturas de mármol de Italia y estatuas de soldados romanos de la antigüedad, con tal apariencia de vida que uno esperaba verlos parpadear y hablar. En Corfú descubrió un pequeño templo griego y lo hizo desmontar. Después, ordenó que las graciosas columnas ahusadas fuesen embaladas con cuidado para llevarlas a su jardín.

Cuando regresaron al barco, los miembros de la tripulación estaban zambulléndose y nadando cerca, en las cálidas aguas del

Adriático, desnudos como el día en que llegaron al mundo. Savage quiso reunirse con ellos, pero Tony declinó todas las invitaciones.
El escocés le gritó:

-Con tu encogido gusano, no pescarás ningún pez.

La respuesta de Tony consistió en hacerle un gesto burlón, con su pulgar en la nariz y la mano abierta. Echó una última mirada y fue a la cala del barco. Corfú, en Grecia, era una isla de color esmeralda sobre un mar turquesa. Era uno de los lugares más bellos que Tony había visto. Arbustos florecidos cubrían el paisaje ondulado, y los troncos retorcidos de los olivos formaban guirnaldas con sus hojas plateadas. Los campesinos iban a lomo de mulas, las mujeres cargaban haces de leña. Sin duda, aquél debía ser el sitio en el que Ulises fue arrojado a la costa.

Adam no lograba entender cómo alguien prefería el vientre asfixiante de un clíper antes que el incomparable atractivo de una laguna azul. Él sabía que lord Lamb era un poco esnob y comprendía que no le debía ser fácil tolerar a los groseros marineros. Llegó a la conclusión de que Tony no estaba habituado a los juegos y bromas rudos, propios de los varones, y lo más probable era que jamás se hubiese desnudado al aire libre. Incluso era posible que le afligiera el tamaño de sus genitales, que temiera quedar disminuido ante los otros varones.

Abajo, en lo profundo del barco, Tony descubrió que el compartimiento, antes cerrado con candado, ahora estaba abierto. De hecho, dentro de él estaba el templo griego, acomodado dentro de cajones. Estaba segura de que Savage ya no salía del barco en mitad de la noche, al menos desde que se marcharon de Francia. Se le ocurrió que quizás aquella bodega habría sido vaciada en aquel país, donde el miedo en las calles era evidente. ¿Qué debía ser lo que había entrado de contrabando en Francia? La respuesta más obvia era armas y municiones.

Rechazó la idea, pues le parecía tan corrupta como vender muerte y destrucción. Un ruido a sus espaldas le hizo girar en redondo. Era McSwine. Ese individuo siempre estaba acercándose a ella de forma sigilosa, reptando, igual que un hurón.

-Yo... yo creía que estaba usted nadando.

-¡No, señor! Ya se lo he dicho: yo jamás toco el agua. El agua es para ahogarse.

-¿Qué había en esta bodega? -preguntó ella sin rodeos. -Yo soy ciego y sordo. Eso también se lo he dicho antes. -Hay un olor extraño que perdura aunque ya no sea tan notorio. ¿De qué es?

-Quizá sea opio, señor.

-¿Opio? -Tony quedó estupefacta.

-Una vez que un barco ha transportado opio, el olor ya no se va. Ahora no huele tanto porque hemos tenido muchos días cálidos y soleados, pero espere a que vuelva la humedad, que llueva un par de días, y verá cómo regresa el hedor, como un cadáver.

-¿Un cadáver? -repitió Tony, sintiéndose como el prisionero de Savage.

-Uno no tiene idea de cómo huele hasta que no ha viajado en un barco de esclavos.

Tony tragó saliva y dio un paso atrás.

-De ahora en adelante, yo también seré ciego y sordo, McSwine. No quiero enterarme de esas cosas.

Tony se balanceaba de un lado a otro de su hamaca mientras su mente se disparaba con la velocidad del mercurio. Recordó las palabras de Adam Savage: «Tu alma todavía no está tan manchada como para que puedas aprovecharte de los débiles y de los indefensos, lord Lamb».

Tony se estremeció. ¿Acaso habría manchado él su alma con tan innombrables abominaciones? El contrabando no se limitaba al juego de ocultar un poco de tabaco o de lana para no tener que pagar impuestos; era una aborrecible maldad, una obscenidad, que dejaba su mácula pestilente sobre cualquiera que cediera a participar de esa mugre. La mente de la muchacha rehusó seguir especulando. No quería; no podía creer semejante cosa de él.

Al día siguiente, le sorprendió encontrar al señor Baines llamando a la puerta de su camarote.

-El capitán quiere verlo en cubierta.

-Gracias, señor Baines -respondió ella, cortés.

Él era el único integrante de la tripulación que daba la impresión de ser civilizado. Tony alisó hacia atrás su pelo oscuro y lo sujetó con un cordel, para luego subir hacia las cubiertas superiores.

Savage tenía las manos en la rueda de timón y su actitud era relajada. El sol lo bronceaba cada día más.

-Mañana estaremos en Venecia. Este trayecto por el Adriático, entre Italia y las islas dálmatas, es uno de los más bellos del mundo. No quisiera que te lo perdieses.

De pronto, Tony sintió pudor y apartó su mirada de él para posarla en aquella hermosa costa.

-El tiempo ha sido muy benigno con nosotros; no ha habido tormentas.

Savage frunció el entrecejo. ¿Tony tendría miedo a las tormentas?

-Es bastante probable que nos topemos con una tormenta de verano o dos mientras dure nuestro viaje, pero no habrá borrascas. Nada que temer.

Tony se dio cuenta de que estaba tratando de tranquilizarla. Se esforzó por pensar en algo trivial.

-Hemos navegado a buen ritmo. Él asintió:

-El Flying Dragon ha sido una buena inversión. -Cambió de tema-: Venecia es una ciudad que te encantará. Sencillamente, te quitará el aliento. Está llena de esplendor, impregnada de antigüedad; tiene más de mil años. Venecia es única: no se puede encontrar nada igual en ningún lugar de la tierra. Está formada por cientos de islas cruzadas por canales. Su arquitectura es magnífica, de varios siglos atrás y, si bien hay partes que están en decadencia, cada uno de sus edificios es una joya, incrustada de bajorrelieves o de mosaicos.

»Sus vetustas plazas se denominan piazzas y, como existen cientos de puentes, se puede recorrer toda la ciudad andando. Las tardes son

prolongadas y lánguidas, ideales para pasear por las callejuelas medievales y los patios de piedra de sus casas y contemplar sus palazzos góticos. Algunas tiendas cierran por la tarde, pues hay quienes hacen siesta, pero la fascinación de sus calles no cesa. Son estrechas, sinuosas y ajetreadas hasta que, de pronto, se abre una magnífica y espaciosa plaza ante ti y en ella te encuentras con una iglesia o un palazzo diseñado por Palladio. El del Redentore, del siglo catorce, derivado del Panteón, es considerado su obra maestra.

-¿No fue erigido en agradecimiento por el fin de la peste negra? -preguntó Tony, cautivada por el tema-. En casa tengo un libro que habla acerca de los tesoros artísticos de los museos.

-Hay un museo cerca de San Barnaba, con lujosos cielorrasos trompe l'oeil, donde están representadas bellísimas criaturas sorprendidas haciendo el amor. Hay pinturas y frescos de amantes y centauros y esculturas mitológicas.

-¿Piensas comprar pinturas para Edenwood?

-Ya lo creo. Ansío tener un Canaletto o un Correggio.

-A mí me gustan Tiziano y Bellini -comentó Tony, soñadora. -Como faltan un par de días para que comience el carnaval, iremos a visitar los talleres de los cristaleros y a comprar los espejos que tú querías. Por otra parte, harías bien en invertir en cristal veneciano, ahora que tienes ocasión de hacerlo.

-Yo he... he estado pensando en algo. Cuando lleguemos a puerto, no quiero dormir a bordo. Me gustaría instalarme en uno de esos fabulosos palazzos bizantinos, con suelos de mármol y con tesoros artísticos de valor incalculable.

-Claro que sí -coincidió Savage-. Cogeremos habitaciones en un palacio que está en la propia plaza San Marcos, y que tiene vista al Gran Canal y a la laguna cubierta de neblina. Si nos quedamos en el lado sur, podremos ver las cúpulas de la Basílica y el palacio del Dux. Sus blancos arcos de mármol parecen haber sido esculpidos con azúcar.

Tony titubeó un instante.

-No vamos a alojarnos en el mismo palacio, ¿verdad? Savage estalló en carcajadas.

-¡De modo que me ves como a un perro guardián que pone cortapisas a tu libertad! Puedes instalarte donde se te antoje. Te dejaré libre para practicar tus propios vicios, siempre que me prometas que te entregarás a ellos cuando llegue el carnaval.

El sol convertía en llamas azules los ojos de Savage, y ella le sostuvo la mirada durante largo rato.

-Lo prometo -aseguró.

Tanto calor sintió Tony, que supo que debía poner distancia entre ella y el objeto de su deseo, pues corría el riesgo de hacer algo absolutamente femenino.

Se prometió a sí misma que dejaría de lado todo límite cuando se convirtiese en Antonia por una noche, en el decadente carnaval veneciano. Se apoyó en la borda y alzó su rostro hacia el sol. Un tenue temblor le recorrió la piel, aun a pesar del beso del astro rey. ¿Tendría,

realmente, el valor necesario para planificar y llevar a cabo la seducción de ese hombre?

Venecia cumplió con todo lo que Adam Savage había dicho de ella, y mucho más. Hasta el aire estaba impregnado con la historia de los siglos. Cualquiera que fuese la dirección en que se mirara, se veían maravillas artísticas y arquitectónicas. Lo primero que podía contemplarse era el gran león alado de Venecia, vigilando el mar desde su elevada columna. En alguna parte, una profunda voz masculina, en registro de bajo, cantaba un aria que llegaba flotando a través del agua. El sol poniente encendía los dorados palacios bizantinos y las cúpulas de sus iglesias.

El Flying Dragon amarró en la isla de Giudecca. Savage señaló la ciudad mística:

-Venecia se extiende al otro lado del Gran Canal. Desde la isla de Giudecca se ve una vista que sobrepasa todas las demás. El imperio veneciano se levantó sobre el poderío emergente de su comercio marítimo. El mundo, hace cientos de años, fue dominado por sus almirantes y luego por sus banqueros.

No cabían dudas de que, aquella noche, Savage iría a la ciudad. -¿No sientes hormigueos en las plantas de los pies deseando explorar tierra sagrada?

Tony sonrió.

-Creo que esperaré hasta mañana.

-En ese caso, toma este oro: habla un lenguaje universal. Estaré en la casa Frolo, por si llegaras a necesitarme. Buenas noches, dulce príncipe, hasta mañana.

Poco después de que él se marchara, Tony tomó conciencia de que la tripulación iba armada hasta los dientes. Cada marinero llevaba una pistola y un cinturón erizado de cuchillos de aspecto amenazador. Dedujo que la carga que llevaban debía de valer una fortuna. No tenía dudas de que Savage había dado la orden de matar a cualquiera que fuese tan estúpido como para querer subir a bordo del Flying Dragon.

Las luces de Venecia comenzaron a encenderse una a una, y la ciudad se rodeó de un aire misterioso. Tony se apoyó en la borda soñando con todos los paisajes que había visto durante las últimas dos semanas. Los galeones de Cleopatra habían surcado las aguas azules del Mediterráneo, y allí habían encontrado su destino los míticos héroes griegos. Quizá, también ella encontrase su destino. Esas aguas inmemoriales encerraban un legado de todas las eras, desde el comienzo de la civilización. Los nombres de sus románticos puertos descendían de la lengua como música. El perfume de las naranjas, los limones o las almendras aromatizaba el aire. Sin duda, el Mediterráneo la había hechizado. Y ahora, esa ciudad flotante de Italia yacía a sus pies y ella se disponía a explorar sus maravillas y a dejar que su magia obrase en ella.

Tony escudriñó la bodega hasta que sus ojos toparon con una caja del tamaño apropiado. Era de cartón, un poco más grande que una sombrerera, y contenía pelucas. Ya de vuelta en su camarote, sacó las pelucas, plegó el vestido dorado y lo metió en la caja. Luego, guardó en

su maleta una muda de ropa masculina recién lavada y dejó todo junto a la puerta de su camarote, listo para poder partir rápidamente al alba.

Tony se desvistió, segura de que iba a quedarse dormida en unos minutos. Era asombroso el modo en que la hamaca la arrullaba hasta hacerla dormir como si fuera una recién nacida en su cuna. El suave balanceo del barco producía un movimiento sedante que le relajaba todos los músculos del cuerpo.

Al mismo tiempo que el sol comenzaba su ascenso en el cielo, Tony descendió de su hamaca. Sólo dedicó el tiempo necesario para lavarse la cara, y ponerse la ropa y una peluca. Tomaría su desayuno tras haber bajado a tierra y sentirse segura. Cuando abandonó el barco con su maleta a cuestas y su preciosa caja, supo que la mitad de la tripulación estaba observando su partida. Sentía sus miradas curiosas en la espalda pero no se volvió para constatarlo.

Tony no tuvo que ir demasiado lejos. Una larga fila de góndolas esperaba en Giudecca para trasladar pasajeros al otro lado de la laguna, al corazón de Venecia. Todos los gondoleros tenían idéntico aspecto, vestidos de negro, con sus sombreros de ala ancha, apoyados sobre sus largas pértigas. Tony eligió uno al azar y le permitió que cargara su maleta, pero retuvo con firmeza su caja. Luego, se apoyó en los alegres cojines rojos y absorbió aquel escenario de las primeras horas de la mañana que desfilaba ante sus ojos.

La plaza San Marcos estaba llena de vendedores ambulantes. Tony compró pan crujiente, queso blando y fruta, y se sentó a desayunar sobre unos peldaños de piedra, sin dejar de mirar las doradas cúpulas y los mosaicos renacentistas que rodeaban la plaza. Sólo bajó la vista para compartir uno de sus panecillos con las palomas que andaban por ahí. Su mirada se paseó, admirativa, sobre la basílica de San Marcos y el elegante palacio del Dux. Tuvo la sensación de que la belleza ornamental de Venecia se desplegaba sobre su cabeza, mientras ella seguía sentada sobre los escalones.

Desde aquel privilegiado lugar vio lo que parecía ser un hotel; decidió no seguir buscando. El cartel que estaba al frente decía Casa Dameli y, en su -interior, todos llevaban adornados uniformes y empolvadas pelucas. Los suelos eran de mármol suavemente rosado y había espejos dorados que se extendían hasta los cielos rasos de Tintoretto. Tony recibió la llave dorada y murmuró una de las pocas palabras italianas que sabía:

-Grazie.

¡A partir de ese momento, sería otra vez Antonia! Sintió que la excitación burbujeaba dentro de ella mientras contemplaba aquella habitación bellamente instalada. Estaba en el cuarto piso; lo primero que hizo fue descorrer las cortinas para dejar entrar el sol y la espléndida vista de Venecia.

Descubrió un pequeño balcón de hierro forjado y se asomó desde él. Todos los edificios tenían cuatro y cinco plantas, junto a los estrechos canales, y vio que había muchos balcones idénticos al suyo. La mayoría estaban decorados con gallardetes, cintas y flores, tanto

verdaderos como de papel. La gente ya había iniciado los preparativos para el Carnaval.

Tony volvió a entrar en el cuarto y siguió con su inspección. Los muebles eran muy adornados, y estaban laqueados en blanco y dorado. Arriba, sobre la alta cama, unos querubines sostenían unas cortinas azules que caían, esplendorosas, sobre el lecho. Los largos pelos de la lujosa alfombra seguían un diseño azul y dorado. A cada lado de la ventana había graciosos hachones, con candelabros de cristal. A la izquierda se alzaba un enorme armario renacentista con un gran espejo en cada una de sus tres puertas y, a la derecha, un baño de mármol sobre un pedestal. El agua llegaba por unos tubos, desde una cisterna, y los grifos dorados representaban cabezas de cisnes. Sobre una tarima había gran variedad de jabones, aceites y gruesas toallas azules con cisnes dorados en relieve.

Tony no podía decidir si prefería quedarse y tomar un baño o salir a explorar las tiendas que había en las plazas. Por último, decidió que el baño tendría que esperar pero, antes de salir, abrió la caja, sacudió el delicado vestido de gasa dorada y lo colgó con gran cuidado en el armario. Luego, tomó del bolso un peine y un cepillo y metió la mano hasta el fondo para sacar los preciosos cosméticos que había «tomado prestados» a Flor de Loto, y los ordenó sobre la mesa del tocador de madera dorada. Suspiró de felicidad. Aquella habitación era el sitio perfecto para llevar a cabo un intento de seducción.

CAPÍTULO 26

Las mujeres que circulaban por las calles de Venecia eran en extremo elegantes. Tenían un gran sentido del estilo y contaban con cientos de tiendas en las que abastecerse, cada una de ellas especializada en un único producto. Había una que sólo vendía terciopelos, otra que sólo tenía cuentas de cristal y una tercera, antifaces. Lencería, medias, guantes, abanicos, adornos para el pelo hechos con plumas y cuentas, cada demanda tenía su propia boutique. Las perfumerías se tragaban las monedas que habían estado en los bolsos de las damas con tanta facilidad como las tiendas de pelucas, donde se podía encontrar todo tipo de colores, incluyendo el lavanda, el rojo llama y hasta el verde. También había polvos para el pelo de todos los tonos concebibles.

En el preciso momento en que lo vio en su cuenco de cristal, Tony supo que iba a comprar aquel polvo que parecía oro. En la lencería, no pudo resistir la tentación de comprar unas bragas hechas con la misma gasa dorada que su vestido. Eran completamente transparentes, y pícaras como un pecado. Era probable que jamás tuviera la audacia de usarlas, pero pagó su precio sin protestar.

Las tiendas y las plazas de Venecia estaban atestadas de personas comprando elementos para completar sus disfraces de carnaval. Desde todos lados atraían la vista las mercancías expuestas en las ventanas,

que tentaban a los clientes con antifaces, disfraces, máscaras y fantásticos tocados capaces de convertir a cualquiera en un demonio, un sátiro, un animal o un príncipe.

A medida que se acercaba el mediodía, Antonia descubrió que su vestimenta era demasiado calurosa y ceñida. Compró un sencillo vestido de muselina blanca y un sombrero de paja que tenía el ala adornada con rosas blancas. Cuando regresó a su casa, tenía sus brazos cargados con tesoros femeninos, que incluían sandalias y enaguas y medias de fino hilado.

Llenó la bañera casi hasta el borde y mimó su cuerpo con una rica espuma que olía a fresa. Canturreó todo el tiempo mientras se enjabonaba el pelo y luego, envuelta en una toalla azul y dorada, se sentó al sol en el balcón, dejando secar su cabellera hasta que quedó convertida en una sedosa masa de rizos negros.

Se sintió deliciosamente decadente mientras se enfundaba en la enagua y se ponía el vestido de muselina blanca. Eran las primeras prendas femeninas que se ponía desde hacía meses y se puso a dar vueltas, disfrutando con la sensación de la delicada tela sobre la piel. Cielos, se sentía tan ligera, libre y feliz como un pájaro al que le hubiesen abierto la jaula.

Ante el espejo de marco dorado se probó un poco de lápiz de labios por primera vez en su vida y luego ladeó la cabeza para apreciar el efecto. No podía creer en su transformación: no quedaban ni rastros del esbelto muchacho. ¡Era una mujer! La última vez que se había mirado en un espejo, Antonia era aún una niña. Ahora, su boca roja y sus rizos negros hacían que sus ojos verdes parecieran enormes; bajó las pestañas sobre las mejillas por el puro placer de observarse y luego las levantó lentamente sobre esos iris verdes que relucían como esmeraldas. Se le escapó una risa que flotó por la ventana y atravesó la laguna.

Tomó su sombrero y se lo encasquetó de modo que ocultara parte de sus rasgos. Sabía con exactitud adónde iría. Se dirigiría a la casa Frolo, para cerciorarse de que Adam Savage estuviese verdaderamente instalado allí. A la noche del día siguiente comenzaría el Carnaval, y debía pensar un plan para el encuentro. Tenía que ser un infalible. Sería un desastre si no se encontraban. ¡Ya no podía esperar más para verlo; estaba hambrienta de él!

La sorprendió descubrir que la plaza ya no estaba atestada de gente, y recordó que era la hora de la siesta. La mayoría de las tiendas estarían cerradas mientras durase la tibia languidez de la tarde. Lo único que podía hacer era mirar escaparates; comprobó que era una manera muy grata de pasar el tiempo. Se detuvo a admirar las flores, los pájaros y las mariposas exquisitamente recortados de una tienda de papeles. Cruzó un pintoresco puente y luego descendió los escalones hasta el agua para hablar con un gondolero.

-¿La casa Frolo? -preguntó Antonia. El hombre asintió.

-Si, donna -señaló al otro lado de la ancha laguna-. Giudecca.

Antonia se alegró de que el Gran Canal la separase de Savage: así, su secreto estaría a salvo. Hasta durante el día, el viaje en góndola era

romántico. El gondolero cantaba fragmentos de ópera al tiempo que impulsaba rítmicamente la embarcación con su pértiga, mientras el tañido de las campanas de las iglesias flotaba en el aire tibio.

La góndola se detuvo ante el Fondamento delle Zitelle, a pocos pasos de casa Frolo. Antonia comprendió al instante que Savage había elegido aquel palacio por su maravillosa vista de Venecia, que parecía flotar y titilar sobre la laguna.

Tony pasó ante una antigua tienda sin dejar de estar atenta a cualquier rastro de Savage. Como no lo vio sobre los fondamentique bordeaban el canal, entró en el palacio y paseó su mirada por las personas que había en el maravillosamente decorado vestíbulo.

Había únicamente dos hombres solos. Casi todas las personas estaban en pareja. Y casi todos daban la impresión de ser amantes y de estar absortos uno en el otro. La mayoría subían la escalera sin prisa. Antonia los observó como de pasada, fingiendo que admiraba los antiguos muebles tapizados de terciopelo y las pinturas en sus recargados marcos. Pasaba el tiempo, y aún no había ni rastro de él.

Tony empezó a sentirse incómoda y a pensar que, tal vez, si se pasaba varias horas allí, su presencia podría causar curiosidad entre el personal del hotel. Vio, en la galería de la segunda planta, un restaurante con pequeñas mesas, desde donde los parroquianos podían contemplar el vasto foyer para ver quiénes entraban y salían de la casa Frolo. Subió lentamente la escalera de mármol en dirección a la galería y se sentó a una mesa. Se acercó el camarero de guante blanco y le murmuró la única palabra que, suponía, podía ser apropiada.

-Vino?

-Si, signora, Chianti?

Insegura, Antonia asintió y, cuando él le trajo una copa de vino tinto, lo probó y no resultó como ella esperaba: su sabor era agrio como el vinagre. Por Dios, ya era hora de que aprendiese los nombres de los vinos que le agradaban. Fingió beber de su copa, mientras observaba los encuentros de amantes que se producían abajo.

De repente, la asaltó un pensamiento espantoso: no cabía duda de que Savage debía de estar dando buen uso a su cama, en esas horas de la siesta. Al mismo tiempo que ella estaba sentada como una ingenua, esperando a echarle aunque fuese un vistazo, él estaría pasando una lánguida tarde en la cama, divirtiéndose con una signora de ojos negros.

La invadió el pánico. Si le veía bajar la escalera con una elegante dama veneciana, se sentiría desolada. Aquel individuo no era otra cosa que un libertino, un depravado, experto en eso de escurrir el bulto ante una mujer. Antonia dejó desbocarse su vívida imaginación y se sintió desdichada, esperando lo peor. Sabía que debía irse antes de que él apareciera con otra mujer. No le quedaban muchas ilusiones con respecto a él. Sabía que no tenía escrúpulos y, quizás, incluso era un criminal; aun así, su corazón se empecinaba en su enamoramiento. ¿Qué sería lo que le había hecho creer que podría atraer a un hombre de tan vasta experiencia? ¡Debía de estar loca! Era mucho mejor que volviera a ponerse sus pantalones y agradeciera la posibilidad de estar

cerca suyo. Lo máximo que podía esperar era fumar en grata y amistosa compañía con él; eso era mejor que nada.

¡No! No era mejor que nada. Era peor que nada. ¡Mucho peor! Ella había ido a Venecia en busca de romance. ¡Señor, qué niña era! Tan poco sofisticada, tan poco mundana, pese al conocimiento de los hombres que había adquirido en los últimos tiempos.

Savage, en cambio, no había ido a Venecia en busca de romance. Ella le había oído exponer sus motivos con sus propios labios. En Carnaval era cuando los miembros de la nobleza recorrían las calles de Venecia en busca de aventuras sexuales. Si ella llegara a verlo con otra mujer se sentiría morir. Tenía que marcharse. Apartó su silla hacia atrás y, entonces, tuvo conciencia de que unos ojos masculinos la observaban.

Al mirar alrededor, constató que había tres hombres, al menos, que la miraban con la más completa atención. El primero le hizo una seña con la cabeza. Ella apartó los ojos, miró hacia otra mesa, y un segundo individuo le sonrió. Antonia interrumpió de inmediato el contacto visual y enfocó su vista en el tercero: éste, arqueó una ceja.

¿Cómo se atrevía a ser tan directo? Comprendió con claridad que todos ellos estaban listos para levantarse al mismo tiempo que ella, y aproximársele sin más o, al menos, iban a seguirla. Se horrorizó. No quería atraer a los hombres; sólo deseaba atraer a un hombre: a Savage. Adam Savage. ¡No había otro hombre en el mundo!

Llegó a la conclusión de que sería un error marcharse. Sencillamente, esperaría a que se cansaran y se marcharan. El camarero se aproximó llevándole una nota, y ella negó enfáticamente con su cabeza, rehusando aceptarla. Pocos minutos después, uno de los caballeros suspiró y se marchó. Unos instantes más tarde, el segundo hizo lo mismo. Antonia cerró los ojos, aliviada, consciente de que el enervante calor de la tarde había cedido y de que la siesta se acercaba a su fin. Las parejas comenzaron a bajar. Al llegar a la planta baja del palacio se separaban: los hombres iban en una dirección y las mujeres en otra.

Antonia abrió los ojos y por fin le vio. Le bastó una mirada para que se le cortase el aliento, para que se le detuviera el pulso. Entró en la casa Frolo desde el fondamento, e iba solo. El corazón de Antonia se calmó: ¡estaba solo! Nada de siesta vespertina para Savage, mientras tenía toda Venecia a sus pies, esperando ser explorada.

Lo observó desde lejos, bajo el ala del sombrero de paja bajo el que se ocultaba. Ascendió al nivel de la galería y desapareció por el corredor, donde Antonia supuso que debía de estar su dormitorio. No le quedaba otra cosa por hacer que ir el día siguiente por la noche y montar guardia en la galería. Claro que él iría disfrazado, pero Antonia estaba convencida de que podría reconocer donde fuese aquel físico poderoso, incomparable.

Su corazón parecía cantar durante todo el trayecto de regreso por la laguna. Parecía tan joven, tan bella y feliz, que las personas se volvían para mirar a esa muchacha que con paso ligero y despreocupado pasaba ante la tienda de máscaras exóticas. Se detuvo

ante la vitrina y se preguntó qué clase de máscara usaría la noche siguiente. Algunas de ellas eran increíblemente complicadas, con aplicaciones de cuentas, plumas y espejos. Otras, cubrían toda la cabeza y la cara, ocultando por completo la identidad del que la usaba.

Indecisa, Antonia frunció el entrecejo. No quería nada molesto, incómodo o difícil de manipular. Su mirada se posó sobre un maniquí que tenía una máscara pintada. Mediante el hábil empleo de rayas pintadas y un puñado de lentejuelas, habían creado una máscara que no era necesario ponerse y quitarse. Entró en el ajetreado negocio, que estaba haciendo su agosto, y compró un paquete de lentejuelas y algunos parches engomados. ¡Con la ayuda de sus exóticos cosméticos, crearía su propia máscara!

Antonia compró grisines, ensalada de frutos de mar y ravioli en salsa de tomate, con albahaca y perejil. Tenía la idea de cenar en el balcón y observar la ciudad que se desplegaba a sus pies, como si fuera una emperatriz en su trono.

A medida que caía la noche, empezaron a parpadear las luces y antorchas de la ciudad. Las góndolas se deslizaban por la laguna, bajo los puentes y por los estrechos canales. Algunas personas, impacientes, no habían podido esperar a que llegara el Carnaval, y se habían puesto sus disfraces.

Músicos con atavíos medievales y renacentistas se paseaban rasgando las cuerdas de sus instrumentos, y hasta los gondoleros llevaban pequeños antifaces negros bajo sus típicos sombreros chatos de paja. Toda Venecia se había transformado en una ciudad llena de misterio y de magia.

Ya era tarde cuando Antonia fue a acostarse, aunque sabía que estaba demasiado excitada para dormir. Cuando, por fin, se adormeció, empezó a soñar, aunque sus sueños eran sombríos y perturbadores. Estaba en una especie de burdel, y llevaba puesta una pesada máscara. Todos los clientes eran ricos y nobles. Barones, condes, duques y príncipes pululaban por todas partes en aquel salón opulento, decadente y lleno de brillo.

Las otras mujeres, voluptuosas, se hallaban en distintos grados de desnudez, y sus risas eran tintineantes como el cristal veneciano. El aire, cargado de densos perfumes, era tan sofocante que casi no podía respirar. Los hombres, todos enmascarados, la observaban con expresión despectiva, con sus ojos relucientes que brillaban a través de las hendeduras de sus antifaces.

Tres hombres la habían elegido como compañera y ella sabía que tendría que pasar por aquel oscuro laberinto de dormitorios, complaciendo cualquier fantasía sexual que le exigieran. No tenía idea de qué esperaban de ella; lo único que sabía era que debía ser perverso, sórdido y humillante.

Antonia se paralizó de horror ante la primera puerta y el tirador de bronce, candente, le quemó la mano dejándole un agujero en la palma. Pero era consciente de que no tenía alternativa. Desde que dio el primer paso por aquel camino de perdición, su destino había quedado sellado. Al mirar, se encontró con unos ojos azules que le congelaron el alma.

Antonia gritó, y su grito la despertó.

Se sentó en la cama abrazándose las rodillas. Afuera estaba oscuro; al mirar por la ventana, vio que faltaban horas para el amanecer. Echó atrás la masa pesada de sus cabellos sedosos y tembló de manera incontrolable. No necesitaba que nadie le explicara el significado de sus lúgubres sueños. ¡Era su conciencia, gritándole que lo que iba a hacer estaba mal!

Era por completo indecente que una dama joven, soltera, se entregara a un hombre durante una noche de amor ilícito. ¡Ja! Eso no era amor: era fornicación. No era otra cosa que pura y simple bestialidad y sensualidad. Ella había planeado que Adam Savage la sedujera. Quería que él, y sólo él, la iniciara en los misterios de la sexualidad. Era una muchacha realmente malvada. Debería sentirse avergonzada de su lascivo interés en materia sexual. ¿Acaso lo que en realidad quería ella era suplicar a Adam que le permitiese jugar a la ramera con él?

¡Oh, sí; era eso lo que quería!

Se acurrucó en la cama y en sueños urdió una deliciosa fantasía. Cuando despertó, yacía atravesada sobre las mantas de la cama y el sol estaba ya alto. Era la mañana más bella que podía recordar. Se levantó de un salto y se abrazó. ¡Aquél era el día que había estado aguardando toda su vida!

Pasó la tarde metida en la gran bañera de mármol, salpicando y cantando, y luego, conteniendo el aliento, se puso las medias, las pecaminosas bragas, y luego, arriba, el corpiño en forma de corona. Se paseó ante el espejo y disfrutó sintiéndose escandalosamente atrevida. Primero espolvoreó sus abundantes rizos con una generosa cantidad de polvo para disimular su negrura, luego volvió a espolvorearlo con el polvo dorado. Encendió las lámparas de manera que su rostro estuviese bien iluminado cuando empezara a maquillarse, y en su cabellera recogida resplandecieron miles de motas brillantes, del polvo dorado.

Se había transformado en la mágica princesa de algún cuento de hadas. Contempló su cara largo rato, pensando qué tipo de diseño sería tanto atractivo como capaz de disimular sus rasgos. Decidió convertirse en una mariposa. Sus grandes ojos verdes serían los «ojos» de las alas de la mariposa. Espesó con cuidado sus pestañas, tanto de arriba como de abajo, con kohl negro; luego, alternando el maquillaje verde iridiscente con el dorado, se pintó unas rayas oblicuas hacia las sienes y en los pómulos imitando colas de golondrina. Con el palillo del kohl se dibujó unas delicadas antenas en la frente y les pegó lentejuelas en las puntas. El efecto era impactante. Su disfraz era perfecto. Ahora, lo único que quedaba por hacer era sumergirse en el escenario de Venecia y representar su papel.

El sol aún no se había sumergido en el mar cuando Antonia se unió a la multitud. Por todas partes había alegría, música y risas. Cuando subían las barreras de las máscaras, el resto de barreras caían. Los extraños se dirigían la palabra con la misma facilidad con que los integrantes de una troupe de actores dirían sus ingeniosas

intervenciones, y sus respuestas podían ser una sonrisa, un contacto o una franca caricia.

El humor de los primeros que disfrutaban de la fiesta era alegre y desenfrenado. Una vez que la noche cayera sobre Venecia, el ambiente sería de abandono. Los trajes y disfraces eran espectaculares. Algunos, hábilmente pensados, otros, sobremanera audaces. Abundaba la semidesnudez. En muchos casos, los caracteres masculino y femenino eran borrosos hasta el punto de ser confundidos entre sí. Algunos eran llamativos, otros, groseros. La mayoría eran toscos; unos pocos, directamente crudos. Todos se exhibían, todos estaban embriagados, o por la propia noche o por lo que ya habían bebido.

El ánimo era contagioso, y las risas se comunicaban sin cortapisas de un grupo a otro, uniéndolos en una inacabable búsqueda del placer. A Antonia la inundaba el miedo. Se apartaba de las manos que se extendían hacia ella y de las bocas lascivas que le gritaban:

-Donna! Bella! Graziosa! Per favore!

Grupos de personas se empujaban y reían delante de las góndolas, esperando su turno para cruzar la laguna. Todavía persistían algunos vestigios de civilización, pero Antonia se daba cuenta de que bastaría una mínima chispa para provocar un cambio y convertir la afabilidad en irritación. Como era evidente que no tendría una góndola para ella sola, subió a una que ya llevaba a otras mujeres. Una de ellas la tocó de manera íntima y ella se apartó, horrorizada. Al mirar en torno tuvo la sensación de que, aquella noche, toda Venecia se había maquillado para parecer una ramera. Se ruborizó, al darse cuenta de que ella no era distinta a las demás.

Recorrió el mismo camino que el día anterior por los fondamenti atestados de gente, sonriendo cada vez que un caballero le enviaba un beso tocándose los labios, en señal de admiración. Ya se había dado cuenta de que los varones italianos eran muy expresivos cuando veían a una mujer atractiva, fuese o no carnaval.

El vestíbulo de casa Frolo estaba brillantemente iluminado. Había músicos tocando en la galería y su música, junto con torrentes y nubes de confeti, bajaba flotando sobre los bailarines que estaban en la planta baja. Antonia buscaba a un hombre y escudriñó todos los rostros. No lo vio y, una vez más, se abrió paso entre los ruidosos invitados, cayendo en la cuenta de lo fácil que sería pasar de largo ante él en ese mar de rostros enmascarados. Al fin, tuvo la certeza de que aún no estaba en el vestíbulo del palacio. Decidió subir a la galería porque estaba segura de que las habitaciones de él estaban en aquel nivel.

Empezó a ascender por las escaleras de mármol y, en aquel momento, vio descendiendo hacia ella a una magnífica figura. Era un hombre que llevaba un turbante escarlata adornado con una pluma de pavo real. Una túnica oriental se tensaba sobre sus anchos hombros. Antonia observó al rajá y el corazón le dio un vuelco al ver que su mirada estaba clavada en ella. La distancia entre ambos quedó anulada. Agitada, vio que estaba a pocos peldaños por encima de ella; desde allí él tenía una perspectiva sin obstáculos de sus pechos que el corpiño dorado exhibía. Extendió la mano hacia él.

-Signore -exhaló con suavidad, como invitándolo. -Voz siete bella, tesoro. Baciami!

El hombre tendió su mano anhelante hacia ella.

Antonia advirtió que la voz del hombre no era la de Adam. Sus ojos se dilataron, alarmados, al contemplar aquellos otros ojos como de obsidiana.

-No, no -gritó, apartándole las manos.

Su resistencia acicateó a aquel hombre, y ella sintió que la acercaba hacia él con un brazo e inclinaba su boca sobre la de ella.

Forcejeó, enloquecida, gritando: -¡No, no, no, signore, no!

Una mano bronceada se apoyó sobre el hombro del rajá. -Tengo entendido que «no» significa lo mismo en italiano que en inglés.

Antonia casi se desmayó de alivio. La peligrosa voz de Savage era inconfundible. Aun amortiguada por el terciopelo de la máscara, la amenaza era evidente.

-Per Dio!

Savage fue aumentando la presión en el hombro del rajá, que cayó de rodillas, y luego tomó de la mano a Antonia y la llevó de nuevo, sana y salva, por la escalera de mármol hacia la planta principal. Sentía cómo irradiaba el calor de su mano, subiendo por el brazo de ella. Él iba de negro. Una media máscara de leopardo llegaba justo hasta los labios, ocultándole la cicatriz. Una capa negra se arremolinaba en su torso poderoso. Antonia supo que constituía un peligro aún mayor que el rajá.

-¿Cómo podría agradecérselo, milord? -preguntó Antonia, sin aliento.

-Ya se me ocurrirá algo, pequeña mariposa. Tú eres inglesa -dijo, intrigado.

La curva que dibujó la boca de Antonia fue deliciosa. Sus negras pestañas rozaron sus mejillas y luego las alzó, dejando al descubierto sus soñadores ojos verde claro.

-¿Me ofrece usted su protección, milord?

-Contra cualquiera menos contra mí mismo, chérie.

Aunque ella era una mujer alta, estaban tan próximos que tuvo que echar su cabeza hacia atrás para verlo. Él se llevó a los labios la mano de ella. Y, cuando su boca cálida tocó su piel, Antonia sintió una sacudida que la recorría hasta el hombro. -Usted también es inglés -susurró ella.

-Por nacimiento, tal vez, pero no por mi naturaleza. -¿Por naturaleza es un leopardo?

Al decirlo, Antonia se mojó el labio inferior con la punta de la lengua.

Los ojos azules de Adam se oscurecieron de deseo. Decidió que iba a lamer ese turgente labio inferior con la punta de su propia lengua, antes de besarla.

Ella tembló... y ardió.

Seguían con sus manos enlazadas. A él lo intrigaban su belleza, su juventud y su nacionalidad.

-Quiero hacerle una proposición, milord. ¿Le interesa?

¡Qué divertido! ¿No era él quien debía proponer algo a la dama?

-Estaré encantado de que nos ausentemos una o dos horas, chérie. ¿Acaso tienes un nombre?

Ella negó con la cabeza y las comisuras de su boca se alzaron en una provocativa sonrisa.

Después de atacar ese sensual labio inferior, él le besaría las comisuras de la boca. Quiso levantarla y llevarla a la planta alta, a su cama, sin perder más tiempo, pues ahí sería donde aquella noche iba a terminar. Savage contuvo su apremio. Antes, tenía que invitarla con una copa de champán, al menos. Aquella mujer era muy joven: no tenía que asustarla, aún.

En actitud protectora, le puso la mano debajo de la cintura y la condujo por el paseo sobre los fondamenti, y luego la hizo entrar en uno de sus lugares predilectos. Era un bar que tenía mesas junto a sus ventanas de arco que miraban hacia la laguna. El cielo había adquirido un intenso color púrpura, las luces de la lámpara parpadeaban y arrancaban miles de chispas al pelo de ella, espolvoreado de oro. Él pidió champán.

Savage levantó su fina copa de cristal veneciano. -Brindo por tu belleza y tu misterio, reina Mab.

Los dedos de Antonia juguetearon con el pie de la copa: a él también le parecía que ella era una reina de cuento de hadas. -Veamos, ¿qué me propone? -murmuró él, con aire indulgente.

-He escapado de mi guardián por una noche: estoy buscando un amante.

La penumbra del salón no le impidió a Adam ver su rubor. Le cubrió la mano. Ella no encontró burla en la expresión de sus ojos.

-Déjame adivinar: quieren inducirte a un matrimonio sin amor, y lo que tú anhelas es iniciarte en los placeres eróticos antes de secarte y volverte polvo.

Ella se echó a reír, que era lo que él pretendía.

-No podré casarme jamás. Las circunstancias lo impiden.

La mente rápida de él repasó las posibilidades. ¿Un convento? Era posible. ¿Un padre inválido? Más probable.

-«Jamás» es mucho tiempo. Las circunstancias pueden cambiar. Si accedo a convertirme en tu amante por una noche, tal vez algún día lo lamentes.

-¡Nunca! -prometió Antonia.

-¿Qué experiencia tienes? -preguntó él, pensativo. -Ninguna -dijo ella con voz débil.

Savage se puso de pie para marcharse. -Perdóname, chérie; eso es imposible.

-¡Por favor, no me deje! Soy virgen; estoy harta de serlo. ¿Es tan vergonzoso que desee una noche de placer?

-En ese deseo no hay ninguna vergüenza, en absoluto, chérie. Lo que sucede es que el tiempo que tenemos para estar juntos es muy breve, y no basta para brindarte el placer que anhelas.

-En ese caso, limítese a revelar ante mí los misterios del sexo. -Cuando un hombre atraviesa la barrera de una muchacha joven, hay

sangre y dolor. El varón goza de cierto grado de placer pero, para la mujer, es muy escaso, te lo aseguro.

Los ojos de la joven se agrandaron y él creyó que se ahogaría en esos profundos estanques verdes.

-Ámame esta noche -incitó, humedeciendo su abultado labio inferior.

Por los genitales de Adam empezó a extenderse una ola de calor. Se burló de sí mismo, calificándose de estúpido. Había imaginado una noche decadente con una mujer voluptuosa, experta, tal vez dos o tres noches, como para aliviar su insaciable energía sexual, y he aquí que se topaba con una inocente dama inglesa que le suplicaba la concesión de sus servicios viriles.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó Savage. -Diecisi... dieciocho -susurró ella.

Era una terrible mentira.

La sangre irrumpió en el miembro de Adam con fuerza pavorosa, dejándolo erecto y túrgido, desbordante de deseo. Dios santo, si él la rechazaba, ella buscaría a otro. Una vocecilla burlona le dijo: «No finjas que vas a hacerlo para protegerla». Quiso darle una última ocasión para retroceder.

-Me siento obligado a advertirte que tengo cicatrices en mi cara y en mi cuerpo. Te provocaré repulsión.

-Eso nunca -aseguró ella, vehemente, retirando su mano de la de él.

-Entonces, bebe, reina Mab, y huye conmigo. Estoy a punto de descubrir qué bendición es mayor: si la de dar o la de recibir. Aquella noche, tendrían que haberle otorgado el título de Príncipe de los Estúpidos. Juró que sería la última vez que iba al rescate de damiselas en apuros.

CAPÍTULO 27

El Leopardo la llevó hacia los peldaños que bajaban hasta el agua, donde aguardaba una góndola, y dio al barquero indicaciones en su propio idioma.

-Siempre recordarás aquel primer romance que empezó en una góndola en Venecia.

Él entró en la embarcación, puso sus manos fuertes en la esbelta cintura de ella y la alzó hacia él, en un gesto íntimo. Permanecieron así, muy cerca, con el pulso acelerado por la excitación.

Antonia sintió que se le quedaba el aliento detenido en la garganta cuando él la hizo sentarse en el mullido asiento de la popa. -Ven.

Su voz era suntuosa como oscuro terciopelo, incitante, atrayente, convincente. Al verlo ahí, en toda su magnificencia, tendido ante ella, ofreciéndose, Antonia titubeó un instante.

Él soltó el gancho de su negra capa de seda y la extendió sobre los cojines. Antonia sintió que se le aflojaban las rodillas y se sentó junto a él, en aquel nido sedoso y oscuro que él le ofrecía.

-¿Adónde me llevarás? -preguntó ella, con voz tan suave como un suspiro.

-Al final de los tiempos... a los perfumados jardines del Elíseo... a los confines de la tierra.

Sus palabras dibujaban fantasías, magia, capricho y, aun así, estaban cargadas de promesas.

Él se reclinó, abrió las piernas y la atrajo de nuevo hacia sí. Antonia se sintió como si estuviese apoyada en una sólida pared de músculos. El calor de su cuerpo penetró en el de ella sacudiéndola, abrasándola, haciéndola temblar. Su corazón adquirió un ritmo alocado, martilleando en su pecho, retumbando y rugiendo en su cabeza. Los labios de Adam le susurraron y le rozaron levemente la oreja, y el pulso de Antonia se volvió tan débil que creyó que su corazón había dejado de latir.

-Tesoro.

Ella cedió contra él, y su cuerpo aspiró aquel calor masculino. Antonia sentía que su sangre hervía y que por sus venas corrían llamas azules.

Salieron de la laguna y entraron en un estrecho canal encantado, lejos del ruido, lejos de los jaraneros, y llegaron a un sitio silencioso, casi secreto en su aislamiento. Estaba rodeado de un aura mística, como si flotaran sobre la superficie de antiguas aguas. Los edificios del Renacimiento, cargados de ornamentación y de dorados, se erguían sobre ellos en toda su opulencia y su esplendor, enclaustrándolos, envolviéndolos en aquel mundo de ensueño que era Venecia.

-En otros tiempos, éste fue el centro de la civilización. Desde aquí se enviaba cereal a Oriente y hasta aquí llegaban riquezas para toda Europa. Claro que, tanta riqueza, tanto oro, trajeron consigo la decadencia.

-Los duques, los condottieri, los Médici -murmuró Antonia, soñadora.

-Y así es como debe disfrutarse Venecia: explorando sus encantos secretos.

Las manos del hombre se curvaron con delicadeza bajo sus pechos levantándolos, de modo que su blanca protuberancia desbordase el profundo escote. En esa penumbra, la corona adquiría un matiz bermellón, contra la seda dorada. Él inclinó unos milímetros la cabeza y sopló sobre ellos una bocanada de aliento tibio. En cuanto dejó de hacerlo, el aire fresco hizo que sus pezones se convirtieran en pequeñas puntas agudas.

-Las flechas de Cupido -bromeó él.

Antonia contuvo el aliento, y esa brusca inhalación le indicó a él que estaba brindándole placer. Le reveló que había empezado a crecer el deseo en todos sus adorables recovecos perfumados y secretos.

Antonia percibió que un duro bulto de músculos se elevaba contra su espalda. Los fuertes muslos del hombre se endurecieron, y lo que se erguía entre ellos se asemejaba una columna de mármol. Ella había atisbado las partes masculinas cuando los hombres circulaban por los excusados, pero jamás hubiese imaginado que podrían crecer hasta

alcanzar semejantes proporciones ni tornarse duras como una barra de hierro. La sorpresa de su descubrimiento la hizo jadear, ponerse un poco tensa y hacer ademán de apartarse. Pero él no se lo permitió. El brazo de Adam le rodeaba el talle como una banda de acero, la aprisionaba, la apretaba contra su soberbia herramienta masculina.

Antonia no se debatió. Era precisamente su masculinidad lo que ella anhelaba. Su misteriosa parte viril. Se quedó inmóvil y la sintió quemándole la espalda. Estaba tan impregnada de sangre que palpitaba con un ritmo alocado, y ella lo percibió siguiendo el de su corazón, que resonaba en su amplio pecho, contra el que se reclinaba.

Amore mío. Pequeña mariposa.

Con la punta de la lengua, Adam siguió el recorrido del pulso bajo el lóbulo de la oreja de Antonia, provocándole pequeños temblores que fueron descendiendo por su garganta y por su espalda, y ella los imaginó descendiendo, también, por su miembro. El deseo estalló en los dos. Ambos sintieron la urgencia de fundirse uno con otro, de compartir un mismo aliento, un mismo cuerpo, una sola alma.

Se apretaron entre sí cada vez con más fuerza, uniéndose en un deseo carnal que los impulsaba a fundirse hasta formar un solo ser. La idea de que esa sed que les encendía la sangre no pudiera ser saciada les era intolerable. Empezaban a sentirse embriagados y enfebrecidos.

Savage estaba al borde de violarla. Entonces, para controlarse, la alejó un poco de sus órganos excitados y se sentó. Antonia emitió un murmullo de protesta tan delicioso que atravesó a Adam como un rayo. Se recordó a sí mismo que debía cuidar de no causarle dolor. Él sabía que, de ese modo, lograría que ella fuese desinhibida, sensual, libre. Empezó a susurrar otra vez, tratando de enfriarse y de prolongar el ardor de los dos.

-Todos los años, el Dux era llevado en góndola hasta la laguna y se ejecutaba el matrimonio simbólico de la ciudad de Venecia con el mar arrojando al agua una sortija de oro.

Se quitó una de sus sortijas de oro y la arrojó a la laguna. Antonia lo miró y contuvo una exclamación. Era un gesto romántico, que los ligaba para siempre a ese lugar.

La mirada de Adam se clavó en sus labios. Ella contuvo el aliento y esperó a que el Leopardo inclinara su cabeza para perinitirle acceso a su boca hambrienta. La lengua del hombre emergió para lamer y saborear su turgente labio inferior. Antonia tembló y jadeó mientras él succionaba su labio rojo, suculento, como si estuviera saboreando en su boca una cereza.

La sintió como un vino dulce y embriagador. La sintió como una mujer. Volvió a reclinarse y la atrajo hacia él. Ella se entregó, apoyó toda su suavidad sobre él, y se vio recompensada por una creciente erección. En gesto posesivo, una mano masculina se introdujo en su corpiño y atrapó su pecho desnudo. Esa palma y esos dedos callosos le comunicaron una sacudida que pareció arremolinarse sobre su piel sedosa y luego bajó en espiral por su vientre.

La otra mano de Adam se dedicó a la conquista de otros territorios. Sus dedos tantearon hasta encontrar su camino bajo la cintura de su

falda. Antonia sintió que el calor de su mano la abrasaba, deslizándose hacia abajo por la piel de su barriga. La fricción que se creaba entre esa piel áspera y su piel sedosa y caldeada fue una delicia. Los dedos largos y fuertes, abiertos, resbalaron hacia abajo hasta que sus yemas tocaron la línea que marcaba el comienzo de su hueso púbico. En el punto preciso en que unos rizos diminutos cubrían su pubis.

La presión de aquellos dedos fuertes era tan placentera como el pecado. Brotó un suspiro desde lo más profundo del alma de Antonia. El Leopardo ronroneaba, otra vez, en su oído.

-Estamos bajo el puente de los Suspiros.

Ella levantó la vista y contempló su oscuro rostro semioculto por las sombras.

-Es un nombre de una belleza perfecta.

-En realidad, no, cara. Más allá de este puente hay prisiones. Todos los que pasan bajo este puente exhalan un suspiro, pues saben que es lo último que ven en libertad por entre este espeso muro de piedras.

Antonia suspiró de nuevo.

-Nada de tristezas, chérie. Esta noche es sólo para el placer -con su voz de bajo ordenó al gondolero-: Casa Frolo.

Al oírlo, Antonia tuvo la sensación de que unos hilos de oro bajaban desde sus pechos hasta su vientre. Sin duda, los dedos extendidos de él debían de captar los profundos temblores que sacudían su centro femenino entre sus piernas. Giró a medias, de modo que quedó de cara a él. Se estiró entre sus muslos, y su calor femenino se unió con el del hombre.

Él sentía sus brazos desbordantes con su encantadora feminidad, y cometió el error de imaginárselos a ambos desnudos, en esa misma posición. Entonces, su miembro corcoveó contra el vientre de ella y la boca de la muchacha formó una deliciosa O de sorpresa. Él no vaciló en apoderarse de esa boca suave, invadiéndola con su lengua hasta el fondo y bebiendo luego su néctar.

-¿Quieres que te lleve a la cama?

Un matiz ronco en la voz de él le provocó un estremecimiento que bajó por su espalda.

-¡Oh, sí, por favor! -respondió Antonia, con voz ronca y aterciopelada por la excitación anticipada.

Antonia siempre había notado la potencia física de Adam pero, en ese momento, cuando él estaba empleándolas en protegerla, la gratitud la dejó sin fuerzas. Siempre había imaginado cómo lo sentiría, y la realidad de su posesiva protección la envolvió como un guante de terciopelo, confiriéndole protección ante todos, menos ante Savage.

Antonia tuvo la sensación de estar flotando cuando transitaban por el suelo y sus peldaños de mármol, y sus pasos parecían susurrar. La enloquecida multitud iba apartándose a medida que ellos subían. A Antonia se le ocurrió que, si ella hubiera sido una diosa que ascendía al Olimpo para recibir los ritos sagrados, no habría podido sentirse más viva, más deseada ni más radiante.

Había muchas cosas de Adam Savage que ella ignoraba, y su rostro misterioso era siempre inescrutable, como si todo el tiempo usara una máscara. Antonia se sintió al borde de una revelación, o más de una, quizás; aun así, sabía que jamás lo conocería por completo. Y así debía ser. Un leve escalofrío estremeció su piel.

Adam abrió la puerta y ella vio que su habitación era palaciega. Consistía en dos espacios unidos por una arcada de mármol, blanco como el azúcar. Unas flores caían en lánguido abandono por la baranda de hierro forjado del balcón.

Él cerró desde dentro con una llave dorada de complicada ornamentación y luego se solazó en la contemplación de la muchacha. Toda ella. Dio un paso hacia ella y, al abrir la palma, le mostró la llave.

A ella le causó gracia que se la ofreciera. -¿Eso es para impedir que huyas de mí? Él se mantuvo serio.

-Acéptala. Cuando veas mis cicatrices, es probable que no quieras quedarte. Tienes que sentirte libre para marcharte cuando lo desees.

Un leve estremecimiento llegó hasta lo más hondo de Antonia: ella sabía que jamás sería libre. Para demostrarle que estaba dispuesta a obedecerlo en todo tomó la llave de su mano y la apoyó sobre un pedestal de mármol que estaba cerca de la puerta.

Él la tomó de la mano y la condujo al amplio dormitorio. Se quitó la capa de seda negra y luego levantó su máscara de Leopardo.

Aunque Antonia conocía su cara casi tan bien como la propia, el impacto le aflojó las rodillas como si fueran gelatina; tuvo que sentarse en el borde de la cama. Desde la primera vez que lo había visto, había deseado dejar que su mirada recorriese aquellas misteriosas e intensas facciones a su antojo. Y ahora, él la invitaba a darse el gusto.

Sus cejas eran negras como las alas de un cuervo, su nariz, una recta cuña, de aletas un poco abiertas. Sus pómulos y su mandíbula estaban esculpidos como si su Creador hubiese empleado un cincel. Sus labios tenían un contorno sensual. Y, como si se hubiese utilizado el mismo cincel, un profundo tajo corría desde la fosa nasal izquierda, bajando hasta atravesar su labio superior. Su piel era tan atezada como si estuviese teñida de caoba, y luego, sombreada por la barba de la zona en que él se afeitaba. Sus ojos azul claro formaban un sorprendente contraste. Aquél era el color que ella había visto en las aguas del Mediterráneo.

-Tus ojos son azules como las aguas del golfo de Vizcaya.

Vio que su semblante adquiría la conocida expresión con la que se burlaba de sí mismo:

-Y tú eres una niña fantasiosa y romántica.

Sus manos mesaron sus largos cabellos negros una vez tras otra. Eran manos poderosas, callosas, diestras. ¿Serían capaces de dar ternura? Era posible. ¿De crueldad? Sin duda. ¿De provocar excitación y satisfacción? ¡Por supuesto que también!

Ella extendió las manos para tomar las suyas. El contraste era notable. Las de ella eran pálidas, las de él, bronceadas; las suyas eran largas y esbeltas, las de él, fuertes y cuadradas; las suyas, suaves, las de él, encallecidas y ásperas. Antonia recorrió con el dedo esa piel

curtida y las comisuras de su boca se elevaron, revelando el puro placer que sentía al tocarlo. Sus ojos verdes lo desafiaron:

-No tienes las manos ni el rostro de un caballero.

-No -admitió él-. Y, por desgracia, sospecho que estoy ante una dama de la nobleza.

La aguda percepción de él la hizo inspirar bruscamente.

-No te sientas tan desanimada. -Los ojos del hombre se iluminaron de malicia-. No voy a tumbarte sobre tu noble trasero.

-Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos-. Tú me intrigas. ¿Cómo te llamas?

La caricia había arrebatado el sentido a Antonia. -An…

Asombrada, abrió grandes los ojos advirtiendo que había estado a punto de revelar su nombre.

-Ann.

La voz aterciopelada de él pareció saborear su nombre sobre la lengua.

¿Qué estaría sucediéndole a ella? Si seguía así, en cualquier momento lo llamaría Adam.

-¿Y tú, milord; cómo te llamas?

-No soy ningún milord, a menos que eso forme parte de tu fantasía, milady.

Ella se echó a reír, mirándolo a la cara. -Claro que no. Qué absurdo.

-Te sorprendería saber la importancia que tienen los títulos para la mayoría de las mujeres. -Alzó una ceja-. ¿Te bastaría con Adam?

-Sería perfecto.

Lanzó un suspiro que brotó de lo más hondo de sí misma. Su nombre era tan perfecto que, darle cualquier otro, estropearía su fantasía.

-Entonces, seremos Ann y Adam -lo dijo como si todo hubiese quedado resuelto entre ellos. En cierto modo, era así. Llevó la mano de ella a su boca y dejó que sus labios recorrieran el dorso de sus dedos. Así, con sus labios pegados a la piel de ella, susurró-: ¿Estás lista para participar en el juego del amor?

Antonia asintió sin hablar y sin siquiera poder respirar.

Él la atrajo hacia sus brazos, y toda su dorada suavidad quedó encerrada en aquel poderoso abrazo. Sus brazos la estrecharon, apretándola contra su cuerpo duro, a lo largo de todo su cuerpo. Pecho contra pecho, torso contra torso, muslo contra muslo, una barriga adosada a la otra, un duro músculo masculino contra un suave monte. Ella entregó su cuerpo al de él, y él la frotó contra su dureza.

La piel de Antonia comenzó a cosquillear como si estuviese recibiendo una lluvia de oro en polvo, y el calor penetró, atravesando la sedosa superficie de su piel y se hundió más y más, dentro de su corriente sanguínea, como si en efecto fuese un río de oro fundido que la surcara. Apretada contra él, sintió que el calor de su cuerpo se unía al de ella, abrasándola en cada punto de contacto.

La mirada intensa de él sostuvo la de ella, pues necesitaba ver cada chisporroteo de excitación que ella experimentase. De pronto, la

apartó un poco y su mirada cayó dentro de la corona dorada de su corpiño.

Antonia sabía que él podía ver sus pechos como si ya estuviesen desnudos, y la excitación la hizo temblar, hizo que sus pechos reaccionaran. Sus pezones se irguieron, proyectándose hacia él como pequeñas y atrevidas picas, y él alzó su mirada hacia ella para que pudiesen compartir la convicción de que hasta la mirada más fugaz de Adam le provocaba un trémulo placer. Todo en él era dura dominación viril; en ella, todo era suave, femenino y sumiso.

De modo que así sucedía entre un hombre y una mujer. La fuerza y la potencia del hombre aumentaban, en cambio, el amor debilitaba a la mujer. Cada una de las sensaciones empezó a intensificarse. Cuanto más duro y fuerte se tornaba él, tanto más suave y débil se volvía ella. Antonia era muy consciente de que era la fuerza de él lo que la sostenía. Si él llegara a soltarla, caería tendida encima suyo. Amo y esclava.

El primer beso tardó mucho en llegar, y traía consigo su propio juego previo. Primero, Adam la besó con los ojos, y su mirada ardiente se posó en la boca de ella, exhibiéndole su deseo, su intención, su hambre y la urgente necesidad que tenía de saborearla, de poseerla, de devorarla. Con el fin de prolongar esa anticipación, recorrió el contorno del delicado labio superior con la yema de su dedo, y luego acarició la apetitosa carne de su terso labio inferior, para después pellizcar a ambos entre su pulgar y su índice, como una fruta sabrosa. Sólo entonces inclinó su cabeza y chupó esa fruta madura, mordisqueándola con suavidad. Después lamió, succionó y saboreó aquella baya húmeda de rocío hasta dejarla inflamada de amor.

Las pestañas negras de Antonia barrieron sus mejillas y ella gimió al sentir su primer desasosiego sexual. Entonces, él la besó. Sus labios, apretados al sesgo sobre la boca de ella, eran firmes, acariciaban y modelaban, seducían... se ofrecían con generosidad y poseían, al mismo tiempo. Invitaban a los labios de ella a imitar su juego. Antonia emitió un murmullo de placer y rendición y rodeó la ancha espalda de él con sus brazos, dejando que sus manos juguetearan sobre los prominentes músculos, mientras sus labios se abrían suavemente a las exigencias de su amante.

Él la tentó con la punta de la lengua, jugando, explorando la textura y el sabor de aquella gruta llena de miel. La lengua de ella se agitó y luego, con timidez, se unió al juego en una danza que la inició en los principios de la audacia. Él le dio amplia libertad para explorar su boca hasta que al fin reafirmó su total dominación masculina y la subyugó.

Era exquisitamente tentadora para Savage. No le cabía la menor duda de que era muy joven e inocente y, sin embargo, se mostraba despojada de pudores para con él y reaccionaba a sus caricias amorosas con una encantadora sensualidad natural. Adam tuvo una extraña sensación de déjá-vu, como si esa noche fuera la culminación de un prolongado asedio amoroso que ambos habían esperado durante... ¿cuánto tiempo?: ¿meses?, ¿años?, ¿toda una vida?

Adam reprimió el impulso de atacarla. Sentía un extraño deseo de marcarla a fuego como suya. La hizo tenderse de espaldas en la cama y retiró sus brazos. Luego, con movimientos deliberados, aflojó los diminutos botones que tenía en la cintura.

-Creo que debemos deshacernos de esta voluminosa falda, por encantadora que sea. Serviré un poco de champán para los dos.

Ella sacó sus pies de entre todos esos metros de tul dorado y, en aquel preciso momento, Adam se volvió con una copa en cada mano.

Se volcó un poco. -¡Jesús! -refunfuñó él. La cara de Antonia estaba encendida.

-¡Oh!, ya sé que estas bragas son escandalosas. Él lo negó con la cabeza.

-Nooo, mi amor, va he visto antes ropa interior transparente. ¡Se trata de tus piernas!

-¿Mis piernas? -preguntó ella en un susurro.

-Tus piernas son espectaculares. -La mirada de él pareció lamer sus delicados tobillos, sus esbeltas pantorrillas y sus largos muslos sedosos, interminables-. Jamás, en mi vida, he visto piernas de mujer tan largas y deliciosas. -Salvó la distancia entre ellos, dejó las copas de champán y la alzó en el aire-. Están hechas para rodear con ellas a un hombre -concluyó, con voz ronca.

Si eso era lo que él deseaba, complacerlo brindaba a Antonia un supremo gozo. Rodeó con sus largas piernas la cintura de él, cruzó sus tobillos tras la espalda del hombre y lo apretó. Él gimió con intenso placer y ella le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó, como él había hecho con ella unos instantes atrás. Saber que aquella dura boca, con su perversa cicatriz, estaba bajo la suya desató unos temblores de deleite que la sacudieron entera. Tuvo la impresión de que iban a derretírsele los huesos y se aferró a él con fuerza mediante sus largos y tersos muslos.

Jesús, ¿por qué él no tenía el valor de quitarse la ropa? Adam sujetó sus nalgas redondas con sus manos y caminó lentamente hacia la cama, apartó las mantas y la depositó sobre las sábanas de satén negro.

El cabello espolvoreado de oro, su corpiño dorado y sus transparentes bragas doradas contra las sábanas negras formaban un contraste excitante.

-Tienes un aspecto absolutamente decadente, chérie.

Ella se quedó observando cómo, con sus manos callosas, él se quitaba el alto cuello negro y la camisa. Ya lo había visto desnudo hasta la cintura cuando compartieron la habitación en Edenwood, pero ahora podía dejar vagar su mirada por encima de aquel esplendor masculino cubierto por una áspera pelambre rizada de vello negro. Antonia sintió deseos de ver más. Luego, su deseo se convirtió en urgencia. No sólo quería verlo, sino también tocarlo, olerlo, saborearlo, devorarlo.

La mirada de sus ojos verdes acompañó el descenso de los dedos hasta el cinturón, y esos mismos ojos se dilataron cuando él se quitó los pantalones. En las ingles de Adam Savage había cicatrices de heridas de cuchillo. La del lado derecho de su vientre daba la impresión de que

por allí se le hubiesen escapado las entrañas. Pero lo que provocaba su intensa curiosidad no eran las cicatrices: era el centro de su masculinidad lo que retenía su mirada. Al fin, ahí estaba el misterioso sexo masculino. Su falo emergía, orgulloso y grueso, en medio de una mata' negra de vello y, debajo de él se anidaban dos grandes cuerpos_ ovalados. Sus muslos parecían sólidos como jóvenes robles, aunque sus caderas eran increíblemente estrechas.

El corazón de Adam dio un vuelco al ver que ella casi no se fijó en sus cicatrices, sino que concentró su mirada, femenina y curiosa, en su erecta virilidad. La contempló durante tanto tiempo, girando la cabeza en diversos ángulos para verla mejor, que en los ojos de Adam apareció una expresión divertida. Abrió ampliamente los brazos, como si se ofreciera en exhibición, y dijo:

-Aquí me tienes, estés preparada o no.

-Estoy preparada, Adam -respondió ella con seriedad.

Adam lanzó una carcajada que casi era un aullido, se zambulló en la cama y acomodó a Antonia debajo de él. Se montó a horcajadas de ella apoyándose en las rodillas y se echó a reír, contemplando sus ojos de mariposa.

-Me encanta ver tu pelo dorado sobre la sábana negra, pero apuesto mil guineas a que tus mechones negros naturales deben de ser mucho más hermosos.

Los bellos ojos verdes manifestaron sorpresa. -¿Cómo sabes que soy morena?

La inocencia de ella le hizo menear la cabeza.

-Porque me lo dicen los rizos sedosos y negros que tienes entre las piernas.

-Oh -exclamó ella, con un rubor tiñéndole las mejillas; luego echó la cabeza atrás v su risa resonó por encima de los dos-. Debo parecerte muy ridícula.

-Eres un irresistible y fascinante tesoro dorado. -Mmm... saquéame, entonces -rogó ella.

-Eso sería un derroche imperdonable. Prefiero saborearte. Observó sus dedos diestros mientras le desabrochaban el corpiño, y contempló la mirada en su rostro cuando sus pechos quedaron al descubierto. Lo vio pasarse la lengua por los labios como si, de pronto, se le hubieran secado; ansió que posara otra vez la punta de aquella poderosa lengua en su boca.

Como si él hubiera adivinado sus secretos pensamientos y deseos, se inclinó para adueñarse de su boca pero, antes, ahuecó sus palmas callosas sobre los redondos y deliciosos pechos. El impacto de aquella caricia la hizo gritar, y él intentó cubrir aquel grito, que se perdió en la oscura caverna caliente de su boca.

Antonia nunca había pensado en lo sensibles que eran sus pechos de mujer. Los había ocultado durante tanto tiempo que ahora, sencillamente le daba placer reconocer su existencia. En otro tiempo, los había considerado pequeños, pero las palmas de Adam los contenían a la perfección. Mientras los acariciaba, daban la impresión

de crecer, de hincharse, de endurecerse, de ser sensibles al contacto de aquella mano áspera, hasta que tuvo ganas de gritar de placer.

-Tu cuerpo está despertando a su plenitud por primera vez en tu vida. Voy a hacerte una friega con champán. Eso hará sentirte más viva que nunca.

Antonia creyó que estaba soñando. ¿Sería cierto que estaba acostada sobre una cama, presa entre los muslos marmóreos de Adam Savage, y que él estaba enseñándole a vivir su sensualidad? Si era un sueño, no quería despertar jamás.

Él se incorporó sobre sus rodillas y estiró la mano sobre ella para tomar una de las copas de cristal con champán. Ella levantó los brazos sobre su cabeza, cerró los ojos y se estiró, anticipándose al placer que sus manos poderosas darían a su cuerpo. Cuando abrió los ojos, él estaba deslizando la dorada prenda transparente por sus largas piernas. El cuerpo de Antonia se arqueó por su propia voluntad y Adam no pudo resistir la tentación y le dio un beso en el monte de Venus.

Ello suponía un auténtico deleite, y estaba ya sintiendo un profundo placer aunque él no había empezado a jugar, siquiera, con ella. La hizo volverse boca abajo sobre la cama y salpicó un poco del burbujeante vino sobre su espalda. Al principio, sintió el frío del líquido, pero cuando sus manos entraron en contacto con la piel de ella, éste se tornó tibio. Sus manos fuertes la masajearon con largas y firmes pasadas de hombro a hombro y bajando por la espalda, hasta que la piel empezó a cosquillearle y luego a resplandecer.

Entonces, las manos del hombre se trasladaron a los tobillos para poder masajear sus piernas, también con largas pasadas hacia arriba. No cabía duda de que aquella chica tenía las piernas más largas y bellas que jamás había tenido el placer de tocar. Parecía que no terminaban nunca y culminaban en un redondo y tentador trasero. Fue trazando círculos sobre sus nalgas, primero en un sentido, luego en otro.

Antonia gritaba y gemía una y otra vez. Sus manos sabias la relajaban y la excitaban al mismo tiempo. Y la excitación creció cuando Adam posó sus labios sobre su piel tersa y comenzó a lamerla y a saborearla. La textura de su lengua de leopardo era tan áspera como la de sus manos.

Giraba sobre ella excitándola a la vez que se excitaba a sí mismo, hasta que sus dientes la sorprendieron con pequeños mordiscos amorosos. Su cuerpo lo incitaba.

-Me encanta el sabor a champán de tu piel.

Hasta la voz de aquel hombre tenía un matiz áspero, ronco, y su aliento tibio rozándole la piel la hacía vibrar. Los dedos y los labios de él resbalaron por su espalda hasta que su boca se posó sobre su adorable trasero. Su lengua la lamió hasta enloquecer a Antonia.

Ella arqueó su trasero en el aire y se aferró a las sábanas negras de satén. Él la acarició con su lengua hasta hacerla erguirse sobre las rodillas y gritar su nombre una y otra vez.

Con manos poderosas, la puso de espaldas.

-He reservado lo mejor para el final -ronroneó, dejando caer un hilo de champán entre sus pechos.

Antonia había creído vivir sensaciones inigualables cuando él se los había asido con sus manos, como sopesándolos, rozando sus areolas con sus dedos ásperos. Pero, cuando les pasó la lengua y los mordisqueó y los succionó con sus labios, las sensaciones se multiplicaron por cien. Sus pezones se contrajeron, se endurecieron y se irguieron formando unas impúdicas puntas que llenaron la boca del hombre con su sabor y su textura únicos.

Su adorable belleza juvenil lo había excitado, pero él sabía que era el hecho de que ningún otro hombre la hubiese tocado aún lo que elevaba su hambre sexual hasta dejarlo fuera de control. Él era el primero; debía ahogar el absurdo anhelo de ser el último. Éste iba a ser un romance de una sola noche. Ella se desvanecería al llegar el alba, igual que él, y lo único que quedaría sería un persistente recuerdo. Así estaba previsto de antemano.

CAPÍTULO 28

El juego amoroso preparatorio con aquella diosa dorada fue la vivencia más erótica, pues ella, en vez de cerrar sus ojos y dejarse ir, lo observaba sin perder detalle, observaba sus ojos, sus labios, su boca y su lengua, en la deliberada provocación de su primera experiencia.

Cuando la boca de Adam abandonó sus pechos y fue deslizándose, dejando un rastro candente sobre su barriga, ella lo aferró con sus largas piernas de piel sedosa tratando de atraer su carne hacia la propia. Lo deseaba. Lo deseaba todo entero.

Al sentir su erecto miembro entre los muslos, Antonia perdió parte de su control, se incorporó en la cama y mordió los tensos músculos que se destacaban en el pecho de él. Él se miró, vio la hilera de marcas, como diminutas medialunas, y sonrió, encantado. ¡Si él era un leopardo, no cabía duda de que ella debía de ser la hembra de este animal! El deseo de la muchacha creció a tal punto que sintió necesidad de morderlo. ¡Por Dios!, ¿qué haría cuando él la penetrase con su lengua?

Desprendió las piernas de ella de su cintura y luego, con mucha delicadeza, pasó sus dedos por entre los rizos negros de su triángulo. Ella estaba de espaldas sobre las sábanas de satén, arqueando su pubis contra la mano de él, y sus párpados estaban tan cargados de sensualidad que los tenía entornados y, aun de ese modo, se podía ver un fuego verde ardiendo en sus ojos.

Adam deslizó un dedo en su hendidura, aunque no muy a fondo. Buscó el diminuto capullo en lo alto del surco, lo acarició y jugueteó con él hasta que se endureció. Al principio, lo notó caliente y seco, pero, a medida que la incitaba, en la yema

de su dedo se formó una gota de humedad y luego otra, hasta que ella estuvo lista para él.

-¿Te gusta?

-Mmmm… es una sensación… maravillosa.

Dentro de su hinchado capullo la tensión fue en aumento, hasta que estalló, abriendo sus pétalos como en una explosión de florecimiento. Ese estallido le cortó el aliento.

-¡Oh! -jadeó-. ¡Es delicioso lo que me haces!

Adam sonrió, seguro de sí mismo. A continuación, con lentitud y cuidado, hundió el dedo más hondo en ella. No tenía intenciones de romper su himen. Iba a dejar intacto el rubí rojo sangre de su virginidad, como un regalo al futuro esposo. Esa noche no habría dolor ni sangre, sólo un placer delirante y embriagador.

La vaina de Antonia era tan estrecha que su fuerte dedo la hizo sentirse muy llena, atiborrada de sangre hasta casi reventar. Él se quedó completamente inmóvil, de modo que ella se habituara a la sensación de ser penetrada, y tuvo la satisfacción de sentir los minúsculos espasmos de su vagina que latía y que lo apretaban. Ella levantó las rodillas y luego las bajó y separó las piernas y, así, él pudo observar todo lo que le hacía, y entonces, ella se incorporó, apoyándose en los codos, para poder ver también.

Él retiró su dedo sin precipitación, luego volvió a deslizarlo dentro hasta tocarle el himen. Fue repitiendo aquel movimiento provocativo con impulsos lentos, rítmicos, generando una cálida fricción palpitante, haciendo que su vaina femenina apretara su dedo como queriendo poseerlo. Para que ella alcanzara su primer orgasmo completo fue necesario un largo tiempo de suspenso, hasta que un grito creció en su garganta, brotó de ella en el momento exacto en que la sacudían espasmódicas contracciones y el dedo de Adam quedaba bañado en su leche de amor. Antonia era ahora como un arma cargada, y Adam no le daría ni un segundo de tregua. Tiró de sus piernas hasta que quedó atravesada sobre las negras sábanas satinadas, y luego las apoyó sobre sus hombros.

Ella cruzó las piernas tras la nuca de él y atrajo la cabeza del hombre hacia su centro de mujer. Vio que las aletas de su nariz se dilataban en el momento en que él aspiró su picante fragancia femenina y, a continuación, con la punta de su lengua recorrió el contorno de sus labios, que se deslizaban de amor y se hinchaban de deseo.

Ella gritó:

-¡Noooo… sssíiii…! ¡Más, por favor…! ¡Aaaah, más!

Se arqueó hacia la lengua que él proyectaba hacia fuera, segura de que nunca estaría tan cerca del paraíso como en aquel instante. De repente, un perfume de violetas invadió la habitación, y Adam supo, aunque sin poder comprenderlo, que provenía de su juego amoroso. Ella sabía y olía a violetas silvestres, salpicadas de rocío. Sus gritos apasionados le atravesaban el corazón. jamás le había parecido tan bella una mujer en medio de la pasión.

Antonia se sintió girar, creyó que iba a desmayarse, pero lo único que había sucedido era que él la había vaciado por el momento, como si fuera un cáliz. Entonces, de pronto, volvió a sentirse repleta y a desbordar de energía y de vida renovadas. De pronto, volvía a tener energía sexual que necesitaba consumir. Se incorporó en la cama y se

abalanzó sobre él, obligándolo a volver a tenderse sobre las sábanas, mientras ella se cernía sobre él, resuelta a gozarlo.

Adam la dejó tomar el control, recrearse en ese poder suyo, recién descubierto.

-A veces, la lujuria es una virtud -le dijo con voz ronca, provocándola.

Ella se extendió sobre la espléndida humanidad de él, estiró sus piernas sobre las del hombre, y su miembro quedó apoyado, rígido, a lo largo de su hendidura. Entonces, hizo llover sobre sus labios muchos besos, pequeños y rápidos.

-Tu boca es divina: me hace sentir bella.

-Mi amor, eres bella. Tienes una belleza que quita el aliento, que detiene el corazón.

-Tú tampoco estás tan mal -ella se echó a reír, absorbiendo su morena simetría-. Siento una intensa curiosidad por tu cuerpo.

-Explórame, pues. Sacia tu curiosidad -la invitó.

Ella se levantó de encima de él y se sentó a su lado, con las piernas cruzadas. Luego, en un arranque de audacia, acarició los largos planos de los músculos de su pecho y enredó sus dedos en el áspero vello negro que lo cubría como la piel de un animal. Maldición, ahora comprendía por qué las mujeres se sentían impelidas hacia él como perras en celo.

Era un magnífico animal masculino; en comparación, el resto de los hombres no eran nada.

Lo más fácil en el mundo era enamorarse de él. Antonia sabía que estaba encaprichada con él desde hacía meses, pero, a pesar de eso, se negaba a admitir que lo amaba, pues temía que eso podría llevarla a un dolor que le rompería el corazón. Su mirada se posó sobre el vientre de Adam, que era plano y duro, pero estaba surcado por una red de cicatrices plateadas. Ella no podía permitir que sus manos revelaran la menor vacilación, pues no quería hacerle pensar que sus cicatrices la repelían. Y, a decir verdad, no era así. Formaban parte de él, seguramente de su pasado, y cumplían un papel significativo en su actual personalidad.

Recorrió suavemente con las yemas de sus dedos aquellas desgarradas marcas. Cuando buscó con su mirada la de él, vio que la observaba con total atención.

-¿Te duelen?

Después de una pausa, él negó con la cabeza.

-Lo único que me duele es el recuerdo. Y eso es útil, pues me impide volver a cometer los mismos errores.

Ya estaba otra vez, burlándose de sí mismo. Antonia apretó las cicatrices, alisó sus bordes hasta darles la apariencia de carne sana, y luego sintió cómo volvían a formarse las prominencias bajo sus dedos. En cierto modo, impedían que el físico de él fuera demasiado perfecto; eso no era nada malo. Estaba demasiado cerca de la perfección, y eso sí que habría sido peligroso.

Por fin, sus ojos buscaron el objeto de su más intensa curiosidad. Lo miró mucho tiempo pero no tuvo la audacia suficiente para tocarlo.

-¿Y bien? -la animó él, disimulando sus ganas de reír. -No se parece en nada a lo que yo esperaba.

-¿En qué sentido?

-Bueno, en principio, es mucho más grande. Y su forma es extraña. Es levemente curva, como una cimitarra, y esta parte... -Señaló con su dedo, casi tocándolo.

-¿La cabeza? -él le proporcionó el término.

-La... cabeza... no es igual por arriba que abajo. Arriba forma una curva suave y abajo se abre en forma de corazón.

-En este momento es grande porque está atiborrado de sangre. Esto se debe a que tu belleza y tu proximidad me han provocado una erección. El bulto debajo de la cabeza tiene por función producir rozamiento dentro del cuerpo de la mujer.

Antonia sintió como si unos calientes hilos metálicos en el interior de su vagina, se pusieran tensos. Adam la oyó hacer una brusca inspiración.

-Esa leve curva coincide con la curva que hay dentro del cuerpo de la mujer.

Adam vio que se pasaba la lengua por los labios, y supo que se le había secado la boca.

-Claro que no siempre tiene este tamaño exagerado. En estado de reposo, el miembro se torna fláccido, la cabeza queda cubierta por el prepucio, y se encoge hasta la mitad de este tamaño.

Él le tomó la mano para animarla y la guió hasta su falo. Entonces, de repente, sus dedos parecieron ansiosos de tocar, de sentir, de aprenderlo todo.

-Está tan duro y rígido que casi no puedo imaginarlo blando. -Después de eyacular, se ablanda -aseguró él.

-¿Eyacular? -preguntó la joven, y en sus ojos apareció la expresión seria de quien busca saber.

-Cuando manipulé tu clítoris, el capullo de tu sexo, éste creció hasta que tuviste un orgasmo. Lo mismo me pasa a mí.

-Aprisionó con sus dedos los de ella, cerrándolos sobre su miembro-. La fricción del coito culmina en el orgasmo; entonces mi semen es eyaculado.

Los ojos verdes de la muchacha se agrandaron, como si hubiese comprendido, al fin, un gran misterio. Ella sabía qué era el coito. El Kama Sutra había sido tan explícito como perturbador. Sabía que ellos dos aún: no habían tenido un coito.

-¿Duele?

Con sus largos dedos, apretó su sexo erguido hasta sentirlo latir, al mismo ritmo que el corazón del hombre.

-Sí, y se hace más doloroso si el hombre permanece en estado de erección y no eyacula.

Los dos se miraron a los ojos y vieron crecer la llama del deseo ante lo erótico de su excitación. Las palabras quedaron como suspendidas en el aire; ella ya no podía echarse atrás.

-Quiero que la curva de tu cimitarra se acomode a la curva que hay en el interior de ¡ni cuerpo.

Él extendió los brazos para rodearla y atraerla hacia él.

-Mi dulce Ann, no hay nada que yo haya deseado más en mi vida, pero sería un acto de total egoísmo por mi parte. Sólo yo recibiría placer.

-Pero me has dado placer con los dedos y con la boca; sospecho que el que podría brindarme un arma masculina erecta debe de ser diez veces mayor.

-Cien veces, mi amor, pero antes de que llegue el placer, aparece el dolor, cuando tu vagina se distiende casi hasta desgarrarse. Sencillamente, no tenemos tiempo de esperar a que tú te acostumbres al dolor para, después, dar el paso siguiente. El rito del himeneo es místico. Tengo toda la intención de dejarte intacta, para que puedas experimentarlo en el futuro.

-Pero es que yo nunca podré casarme -protestó ella. Adam sonrió:

-Nunca es mucho, muchísimo tiempo. Y, aunque nunca tengas marido, sin duda tendrás un amante

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -exclamó ella.

-Después de esta noche, tu cuerpo anhelará el contacto con un amante. No pasará mucho tiempo hasta que busques y encuentres a alguien a quien quieras amar.

-Pero yo te busqué y te encontré a ti.

-Nosotros estamos viviendo una fantasía. Faltan menos de dos horas para el amanecer, y entonces volveremos a la realidad. -Adam, quiero que eyacules.

-Por medio del coito, no, mi amor. ¿Qué pasaría si te dejara embarazada?

-¡Oh, Dios! ¿Por qué será que todo es tan difícil? Él se alzó de hombros.

-Supongo que el riesgo da mayor dulzura al juego.

-¡Estoy dispuesta a arriesgarlo todo! -gritó ella, sin retroceder.

-Ya lo sé, y eso te hace más deseable aún, pero eres demasiado joven y, esta noche, me he hecho responsable de ti. -¡Prometiste amarme!

-Sólo prometí revelarte los misterios de la sexualidad. Antonia suspiró. Él había decidido ser honesto... ¡Ojalá que ardiese en el infierno! Y, con todo, ella se sentía muy segura con él, sabía que la protegería a cualquier precio.

-Enséñame cómo darte placer.

Él le tomó las manos, apoyó una sobre el áspero vello oscuro, encima de su corazón, y llenó la otra con su erecta virilidad. -Simplemente, juega conmigo.

Antonia lo acarició, lo masajeó, lo rozó y lo hizo rodar entre sus manos, observando, fascinada, cómo se iba hinchando y endureciendo más. Él saltaba y corcoveaba con sus caricias, hasta que empezó a emitir gemidos guturales, por lo bajo, arrancados por el placer que ella le brindaba. De pronto, Antonia sintió que no le bastaba. Quería besarlo, gustarlo, introducirlo en su cuerpo. Quería darle más placer del que hubiese sentido jamás con otra mujer.

Lo encerró entre sus manos y lo llevó a sus labios como un objeto precioso que ella debía adorar. Dejó caer un beso sobre su tersa cabeza aterciopelada y luego otro, y otro más. Recorrió, delicadamente, con la punta de la lengua, el borde que rodeaba la

cabeza, y luego metió la punta de la lengua en la pequeña abertura del centro. Ahora fue él quien gritó y ella se solazó en su poder femenino sobre él. Hizo resbalar sus labios hacia abajo y los apretó sobre el borde, aprisionando toda la cabeza en su boca caliente, y luego lamió y succionó hasta sentirlo latir con locura. -Para, mi amor, o me correré.

Ella lo miró, hechicera, por debajo de sus pestañas oscuras, con un gesto que le indicó a las claras que no pensaba detenerse. Adam contuvo su orgasmo durante varios minutos, disfrutando plenamente de aquellas embriagadoras sensaciones, mientras iba excitándose cada vez, más, hasta casi explotar. Supo que ya no podría aguantar mucho más sus exquisitas caricias amorosas hasta que, por fin, al sentir que eyaculaba, sacó su falo hinchado de la boca de ella.

Su semen salió proyectado formando un arco y cayó como una cascada sobre los pechos de ella, sobre las sábanas de satén negro; sus gotas parecían bellas perlas líquidas. Antonia tocó una con la punta del dedo y frotó la esencia de él entre el índice y el pulgar, maravillada con su textura resbaladiza y sedosa. Alzó el dedo hasta la nariz para olerlo y, por último, sacó la lengua para saborearlo. Era una poderosa mezcla de sal, sándalo y humo.

-¿Siempre eres así de impulsiva? -preguntó él, en un ronco murmullo.

-He aprendido a disfrutar el momento -murmuró ella, por lo bajo.

Él lanzó una exclamación eufórica, la levantó de la cama y la cargó sobre sus hombros. Luego, empezó a galopar por toda la habitación, juguetón como un niño. Se detuvo ante el espejo

y, así, los dos pudieron verse, apreciar su aspecto despreocupado y desinhibido. Acarició las largas piernas sedosas de la muchacha y gozó, sintiéndolas colgar de sus hombros, sintiendo su sexo ardiente en la nuca.

Antonia percibió que ya estaba excitándose otra vez. Sus ojos se dilataron cuando vio que el falo de él también se hinchaba y crecía hasta erguirse, rígido, llegando, casi, hasta su ombligo.

-¿Cómo es posible que se haya vuelto a llenar tan pronto? -Yo tengo una erección plena, pero la mayoría de los hombres tienen un período refractario después de la eyaculación, hasta que pueden volver a eyacular.

-¿Cuánto dura ese período? -preguntó ella, curiosa.

-Varía de un hombre a otro. En un muchacho será de unos segundos... horas, quizá, para un hombre mayor.

-¿Cuánto tiempo dura tu período refractario? -preguntó ella, refregándose contra la nuca de él.

-Unos cinco minutos, quizá. Más o menos el mismo tiempo que te ha llevado a ti volver a excitarte.

-¡Demonio! ¿Acaso conoces todos mis secretos? -dijo ella, riendo.

Adam se arrodilló para que ella pudiera bajar de sus hombros. Antonia quiso escapar de él pero Adam fue muy veloz. Se deslizó por la alfombra, la atrajo hacia él y empezó a besarla con esmero. No dejó de hacerlo hasta que la boca de ella quedó hinchada, como picada por una abeja, y completamente floja, luego su boca se desplazó hacia abajo, mucho más abajo, para hacerles lo mismo a sus otros labios, y dejarlos hinchados, como picados por una abeja y completamente relajados.

Antonia se quedó dormida; cuando despertó, ambos estaban enlazados sobre la cama, su boca pegada al fuerte cuello de Adam, apretada en sus brazos, pegada a su ingle.

Mientras ella se adormilaba, Adam se había quedado inmóvil, con su mente convertida en un torbellino. Comprendió que deseaba a aquella adorable y joven criatura mucho más que a la reprimida mujer que lo aguardaba en Ceilán. Consideró la idea de despertarla y obligarla a que le revelara su nombre y las circunstancias de su vida. Estaba seguro de que su dinero podría disipar las dificultades que ella pudiese sufrir y hacer posible que los dos estuviesen juntos.

Savage reconocía que no era justo. Ella era demasiado joven e inocente para él. Su siniestro pasado la salpicaría. Era mejor dejar las cosas como estaban. Era preferible, de lejos, una breve relación que ninguno de los dos olvidaría demasiado pronto, antes

que arruinar una vida que recién comenzaba. Lanzó un hondo suspiro, añorando lo que hubiera podido ser.

Antonia se removió y abrió los ojos. El alba ya había teñido el cielo de sonrojos. Adam movió los labios sobre el pelo de la joven.

-No te vayas, todavía. Quédate conmigo un poco más.

Los labios de Antonia dibujaron una palabra silenciosa, apoyados en el cuello de Adam:

-Siempre.

Adam se sentó y bajó sus piernas al suelo; entonces fue Antonia quien lanzó un murmullo de protesta por la separación. Con mirada posesiva, vio cómo él estiraba su cuerpo flexible y pasaba su mano fuerte por el pelo. Luego, fue desnudo hasta el balcón, a recibir la mañana. Al mirar hacia abajo, hizo señas a alguien.

-Paisano! Amico!

El italiano de Adam se reducía a unas pocas palabras, las indispensables.

Antonia oyó una catarata de palabras que llegaba desde abajo y le pareció asombroso que él siguiera conversando, completamente desnudo.

-Veniva?

¡Antonia entendió que estaba pidiendo comida!

Adam tomó una cesta, desató el cordón de la cortina y, con la ayuda de éste, bajó la cesta por encima de la baranda del balcón. Entró a buscar dinero y arrojó las monedas al vendedor. La persona que estaba allí comenzó a interrogarlo y él le respondió, riendo. Antonia captó la palabra donna, que significaba mujer. ¡Estaba revelando que había una mujer en su habitación!

Llegaron las carcajadas flotando hasta ella. -Quell'animale.

Le llamaban animal, con entonaciones admirativas. En ese momento, Adam entró en la habitación.

-No quiere darnos la comida hasta que no te haya visto. Antonia ahogó una exclamación, pero luego se rindió. Ya era demasiado tarde para mostrarse pudorosa. Metió sus brazos en las mangas de la camisa de Adam y corrió hacia los brazos de él, que la aguardaban. Él le dio un beso de buenos días ante su ardoroso público y Antonia se apresuró a meter el faldón de la camisa entre sus piernas, consciente de que el hombre que estaba abajo podría ver su trasero desnudo. Era un buen hombre.

-Gene! Bellissimo! Voz siete bella!

-Dice que eres bella -susurró Adam-, y que estás muy desnuda.

-¡Oh, eres un demonio! -Corrió de vuelta a la cama y Adam pudo gozar del espectáculo de sus gloriosas piernas. Antonia se sentó a esperarlo, con las piernas cruzadas-. ¿Qué has comprado?

-Fruta, pan fresco y salchicha italiana picante.

-¡Mmmm! ¡Ambrosía! ¡El alimento de los dioses! Puedes darme de comer.

Él la miró, arqueando una ceja.

-Esta comida es mía: la he pagado yo.

-No llevo dinero. ¿Qué tomarás, a cambio? -Bastará con que te quites la camisa.

Ella se quitó la camisa y se la dio. A él le fascinó que ella no manifestara falso pudor. Puso la cesta entre los dos:

-Sírvete, mi amor.

Ella hizo como si estuviera eligiendo, luego, pasando la mano por debajo de la cesta, se apoderó de su miembro viril.

-Elijo la salchicha italiana picante.

Cuando él la atrapó, el contenido de la cesta se derramó sobre la cama.

Casi la asustó con su fingida ferocidad. Antonia lanzó un breve grito y se alejó de él a gatas, pero él la aferró por los tobillos y la arrastró lentamente hacia él, sobre las negras sábanas de satén. La sensación de esa tela sedosa frotando sus pezones era tan sensual que Antonia empezó a excitarse otra vez. Eso ocurría en un abrir y cerrar de ojos, en la cama de Adam Savage. Y si estaba segura de que él satisfaría sus ansias sexuales, por un instante se preguntó qué pasaría cuando ella volviera a ser un muchacho, cuando fuese Tony, otra vez. Tendría que mantenerse alejada de él pues, de lo contrario, él le provocaría una continua excitación.

Apartó de su mente esos pensamientos, cuando Adam la aprisionó entre sus muslos y luego cayó sobre ella con todo su peso, provocándola, incitándola, rozando su piel sensible con su pelambre. La barba de él le raspó la cara; fue una caricia tan masculina que la dejó lánguida.

-Voy a enseñarte a ronronear -murmuró, con los labios pegados a los de ella.

A continuación, se apoderó de ella por completo, dominando su lengua, desalojando de ella toda sensación que no proviniese de su propia textura y su propio sabor.

Después, la sentó sobre su regazo de modo que pudieran darse de comer, uno al otro, pequeños trozos de pan y de salchicha, además de la fresca fruta del país. Todo se convertía en una experiencia sensual, pues él lamía y chupaba sus dedos cuando ella le daba de comer. Los dos sabían que el tiempo compartido estaba tocando a su fin, y trataban de prolongar la fantasía. Ella acarició y masajeó cada una de las partes de su cuerpo poderoso, como para grabarlas en su memoria. Le dolía saber que no podría sentirlo dentro de ella, darle el placer que le daría una mujer de verdad, pero él había sido tajante y no toleraría que le desobedeciera.

Mientras ella masajeaba sus muslos marmóreos y él acariciaba sus redondos y adorables pechos, le enseñó a complacerse a sí misma, en caso de que su necesidad se hiciera insoportable. De pronto, la atravesó con su mirada azul hielo y le dijo:

-¿Qué te parece si pido un baño para nosotros? Así podrás quitarte ese polvo dorado del pelo y frotarte hasta sacar esa máscara de mariposa de tu bello rostro y yo podré ver cómo eres en realidad.

Por el semblante de Antonia pasó una expresión de pánico. -¡No! Nada de baños. Por desgracia, debo irme.

-Cariño, ¿estás segura de que no quieres un baño? Apestas a hombre -dijo él con voz ronca.

Ella negó con la cabeza.

-Debo estar de regreso al mediodía. Tendría que haber partido al amanecer. Ayúdame a vestirme.

Él le abrochó el pequeño corpiño dorado, mientras Antonia buscaba sus bragas, que no encontraba por ninguna parte. Finalmente, desistió de seguir buscándolas y se puso la falda de tul dorado. Fue hacia la puerta, arrastrando los pies. Vio que faltaba la pequeña llave dorada y miró al hombre con ojos cargados de lágrimas a punto de derramarse.

-No te daré la llave hasta que no me digas tu apellido.

-Lam... beth -susurró ella, convencida de que una media mentira era mejor que nada.

Supo que nunca volvería a ser la misma. Él se erguía junto a ella, sombrío y apesadumbrado. Ella apoyó las manos sobre su pecho velludo y se puso de puntillas para darle el beso de despedida.

-Gracias, Adam, por el regalo de tu sabiduría. No tiene precio para mí.

En el mismo instante en que sus labios se separaron, él puso la llave en su mano.

CAPÍTULO 29

Ya de regreso en la casa Dameli, Antonia pidió un baño. Pasó media hora hasta que decidió sumergirse en el agua. Quería conservar

el aroma masculino en su cuerpo, sus besos en su boca hinchada. Sólo Dios sabía cuándo iba a volver a gozar de ellos.

Se lavó el pelo para quitarse el polvo dorado, y se maravilló al comprobar lo mucho que había crecido desde la noche en que Roz se lo cortó. Luego, lo cepilló hacia atrás formando una austera coleta que sujetó con una banda de cuero negro. Se enfundó en su ropa de hombre y no se permitió lamentar el hecho de tener que abandonar su atuendo femenino.

Antonia preparó su bolso, ocultando con cuidado el maquillaje en el fondo, después, a último momento, plegó el pequeño corpiño dorado en forma de corona para llevárselo consigo. La falda de gasa quedó colgada en el ropero, como el fantasma abandonado de su fantasía; así debía quedar: relegado al pasado y olvidado.

Antes de cerrar la puerta a aquel disfraz, reflexionó sobre sus sentimientos. No lamentaba en absoluto lo que había hecho. Se había propuesto seducirlo, y la seducción había corrido por cuenta de la boca de él. Se sentía maravillosamente bien, más viva de lo que se había sentido en toda su vida.

Durante el camino de regreso al barco se detuvo para encargar una gran cantidad de talco veneciano, que luego vendería en Inglaterra, que no sólo serviría como polvo para el pelo sino también para la cara, y que era infinitamente mejor que el peligroso blanco de albayalde.

Para Tony fue un alivio estar a bordo del Flying Dragon antes de que regresara Savage. Permaneció en su camarote hasta que hubieron terminado de cargar el talco. Estaba observando cómo lo instalaban en la bodega cuando Savage subió a bordo. Él ni siquiera preguntó por lo que había comprado, sino que empezó a ocuparse de sus asuntos en silencio, con una expresión hosca en su semblante. Daba la impresión de que sus pensamientos vagaban lejos de ahí; sin embargo, estaba al tanto de cada detalle del clíper y de cada uno de los marineros de su tripulación. Primero, revisó la nave de proa a popa y luego, sin perder un instante, ordenó zarpar. Savage estaba ligado a Inglaterra, y era evidente que estaba ansioso por alejarse de Venecia.

Durante el resto de ese día y todo el siguiente, permaneció solo detrás del timón. Su expresión no invitaba a acercársele, hasta daba miedo; por esta vez, Antonia agradeció esa circunstancia. Era mejor mantener una amplia distancia, una distancia segura entre ellos dos.

Mientras llevaba su barco a través del Adriático, rumbo al Mediterráneo, otra vez, con irónica hilaridad, Savage notó el cambio que se había operado en el joven lord Lamb. Ahí estaba él, con un pañuelo atado en su cabeza, como el resto de la tripulación, trepando a las vergas y bajando de allí como un condenado mono. El sol estaba bronceándolo y adoptaba una actitud novedosa que provenía de una saludable confianza en sí mismo. Era obvio que algo le había sucedido en Venecia, algo que lo había hecho madurar. Con frecuencia, Savage lo oía silbar y canturrear; ni el agitado cruce del golfo de Vizcaya era capaz de abatir su flamante ánimo y su risueño talante.

Savage deseaba sentir algo similar, pero no era así. No encontraba la palabra exacta para describir el estado de ánimo que lo embargaba.

No era, exactamente, melancolía pero, sin duda, lo impulsaba a la reflexión. Había ido a Venecia para entregarse a la disipación, para comportarse como un disoluto y un libertino. Y, en lugar de eso, había vivido un romance.

En ese momento, un romance era la última cosa que deseaba en la vida y, sin embargo, no habría cambiado su aventura veneciana ni por todo el té de Leopard's Leap. Mientras recorrían la costa francesa, se volvió francamente introspectivo. Había trazado con sumo cuidado sus planes para el futuro, para su regreso a Inglaterra desde la India. Había hecho construir Edenwood y elegido una mujer que adornaría su imponente hogar y sería la perfecta anfitriona política. Su futuro estaba establecido. Pero el haber conocido a aquella diosa dorada en Venecia, a aquella muchacha que no tenía ni la mitad de su edad, lo había vuelto, de pronto, insatisfecho con respecto a su propia vida. Lanzó un obsceno juramento y procuró alejarla de sus pensamientos. Mientras duró, fue maravilloso, ¡pero estaba decidido a no volver a pensar en ella nunca más!

Entraron a puerto en Le Havre durante la noche, con la intención de cargar agua fresca. Savage dio la orden de que ningún tripulante bajara a tierra después del anochecer, y fue obedecido por todos. Hizo la vista gorda cuando McSwine y el escocés invitaron a bordo a un par de prostitutas que trabajaban en los muelles franceses.

Si bien Tony no se quedó en su camarote, se mantuvo aparte, paseándose por cubierta, escuchando la música y las risas de la tripulación y la de los otros barcos amarrados cerca. Lo único que los separaba de Inglaterra era el Canal. ¿Se habría desvanecido el escándalo del duelo durante el mes que ella había estado ausente o tendría que afrontarlo cuando regresara a Londres? Y, en cuanto a Bernard Lamb, ¿estaría esperándola, aguardando para vengarse, para eliminarla en la primera oportunidad que se le brindase?

Tony estaba profundamente sumida en sus pensamientos cuando, de repente, una sombra se deslizó en silencio a su lado, tan cerca como para poder tocarla. Se quedó inmóvil, sin respirar, siquiera y, de pronto, comprendió que era Adam Savage, que abandonaba el barco. Lo primero que sintió de él fue su olor. Nunca podría confundirlo con ningún otro. Lo segundo que percibió fue su corpulencia y el hecho de que se movía con la flexibilidad y la gracia de un leopardo. Estaba vestido con prendas oscuras, ordinarias, casi harapos. Lo vio marcharse sin decir palabra. No podía permitir que su enamoramiento le impidiera ver que él era peligroso y siniestro, y que muy probablemente estuviese metido, hasta sus condenados ojos azules, en una operación ilegal de contrabando. Antonia no sabía cuál podría ser. No quería saberlo, tampoco.

De repente, se quedó sin ganas de estar en cubierta. Se convenció de que se sentiría mucho más segura en su pequeño camarote. Se lavó las manos y la cara, y luego se recostó en la hamaca y se balanceó de un lado al otro, recordando todos los puertos que habían visitado en el mes pasado. Pronto, el balanceo la acunó, se quedó dormida y tuvo un grato sueño donde aparecía su hermano Anthony.

A eso de las tres de la madrugada, alguien la sacudió para despertarla. Sintió una mano en el hombro que le dio un susto terrible.

-Tony, no te asustes, soy yo -murmuró Savage.

En el camarote reinaba la más absoluta oscuridad. Tony sacó las piernas de la hamaca y las apoyó en el suelo, para evitar que se moviese.

-¿Qué diablos quieres? -preguntó.

-Necesito que me eches una mano, ven a mi camarote; no quiero despertar a la tripulación.

-Qué remedio -dijo, tensa, pensando que él había llevado a bordo algo de contrabando.

Se movieron con lentitud y en silencio por el corredor, hasta el camarote de Savage, y él manipuló la lámpara de aceite hasta que logró encenderla.

Tony se volvió, y vio que él se sacaba una harapienta chaqueta negra y se preparó para lo que debía estar por venir. Lo último que hubiese esperado fue lo que él le dijo, en realidad:

-Tengo una bala en el hombro y quiero que me la saques. -¡Oh, Dios mío!, ¿por qué no has dicho nada enseguida? -Tony se alarmó-. ¡Eso te pasa por salir escabulléndote en mitad de la noche, para circular por los bajos fondos!

-Ahórrame el sermón, muchacho -dijo Savage en voz baja. Como tenía puesta una camisa negra, la sangre no se notaba pero, en cuanto se la sacó, vio que ésta estaba por todas partes y que había perdido una buena cantidad.

Se oyó un golpe suave en la puerta, y Savage asintió, indicándole que abriese: era el señor Baines, que traía una tetera con agua hirviendo.

-Gracias, señor Baines -dijo ella, aliviada. -¿Podrás arreglártelas, muchacho? -la interrogó.

-Nos arreglaremos -repuso Savage con aspereza-. Quiero que hagas guardia por si viniera la policía.

El señor Baines hizo un silencioso saludo y se retiró. Cuando Tony se volvió hacia Savage, vio que él sostenía la hoja del cuchillo sobre la llama de la lámpara. Ella mantuvo la vista baja mientras le limpiaba la sangre del pecho. En cuanto sus dedos tocaron esos músculos que tan bien recordaba, pensó con amargura: «No me imaginaba que volvería a tocarlo tan pronto». Examinó con atención la herida.

-Sé que no ha tocado el omóplato... sólo está incrustada en el músculo.

Sin decir palabra, ella tomó el mango del cuchillo. Vaciló un instante, el tiempo necesario para hacerse de valor. Si obedecía a su sentido común, sabía que debía ser rápida e ir bien a fondo, para así quitar la bala con un solo corte decidido. No tenía que hincar el cuchillo y revolver, sin lograr nada. Inspiró profundamente, se mordió el labio y hundió la aguda punta del cuchillo.

De inmediato, brotó una sangre roja que le corrió por el pecho; ella dejó escapar una fuerte bocanada de aire al ver que la bala caía en la palangana de metal. Antonia echó una mirada al gabinete donde él

guardaba los licores. Había vino y ron. Ella se decidió rápidamente por el ron y lo llevó a la mesa. Volvió a titubear, pero Savage dijo, con calma:

-Soy capaz de apartar mi mente del dolor.

Sin demora, ella bañó la herida con el ron y vio que él se ponía rígido. Para ella fue una pequeña satisfacción comprobar que había sentido el dolor. Lo tenía bien merecido por el acto criminal que había cometido, fuese el que fuese.

Él le indicó dónde había una caja con hilas y vendas, y ella tuvo que ejercer presión sobre la herida para detener la hemorragia, antes de poder vendarlo. Oyeron pasos, arriba, sobre cubierta.

Savage dijo:

-Deshazte de todo esto. Pon todo dentro del armario y ve a buscar mi bata.

Tony arrojó la camisa y las toallas ensangrentadas al suelo del armario, luego guardó la caja de vendas e, incluso, la palangana con agua sangrienta. Lo ayudó a ponerse una bata de brocado de color burdeos y, antes de que él pudiera atarse el cinturón, se oyó otro golpe en la puerta del camarote.

-Rápido, métete en la litera -ordenó él.

Ella obedeció, sin pensarlo. Antes de ir a abrir la puerta, Savage paseó la mirada en derredor. La cara cuadrada del señor Baines era inescrutable.

-Lamento molestarlo, señor, pero aquí, el señor gendarme insiste en que estaba siguiendo a un criminal y que lo vio subir al Flying Dragon.

Savage clavó su helada mirada azul en el señor Baines y; luego, en el oficial francés, y dijo, marcando las palabras:

-Ya que nos ha molestado, le sugiero que entre y eche un vistazo. Mi joven compañero y yo hemos estado recluidos en este camarote toda la noche.

El francés lanzó una mirada penetrante al muchacho que estaba en la cama y no pudo impedir que una expresión de desagrado asomara a su cara, ante lo que suponía estar viendo. Volvió a mirar al hombre de la bata.

-Me gustaría registrar el barco -dijo, en un inglés con marcado acento, pero comprensible.

-Con mucho gusto -dijo Savage con dureza-. Tiene treinta minutos.

Cuando la puerta se cerró, Tony saltó del camastro, el rostro blanco de ira.

-Pedazo de canalla -siseó-, ¿cómo pudiste usarme de un modo tan degradante?

-Tranquilo, Tony. Tampoco hay para tanto -se burló.

Las mejillas de Tony enrojecieron. Tuvo ganas de asestarle un puñetazo en la cara, crispó los puños y, cuando avanzó hacia él con aire amenazador, tuvo la sorpresa de ver que Savage se tambaleaba.

-Peste! -lo insultó en italiano, luego lo ayudó a meterse en la litera y le alcanzó la botella de ron-. Bebe un buen trago -le ordenó, gruñona.

Tony sostuvo la botella junto a su boca para que él diera unos sorbos.

La expresión burlona se desvaneció en los ojos de Savage. -Gracias -le dijo, sincero.

Tony se sentó, esperó a que él se hubiese quedado dormido, y sólo entonces se fue a su propio camarote. Se acostó pero, después de cierto tiempo, admitió la verdad: jamás podría descansar mientras él yacía herido, a pocas puertas de ahí. Se levantó, desenganchó la hamaca y logró arrastrarla hasta el camarote de él. La enganchó atravesada, en una esquina, y se tendió, prestando oídos a la respiración de él.

Tony se había adormilado pero, como Savage estaba inquieto y pateaba la pared, la despertó. Cruzó el camarote en un instante y le apoyó una mano en la frente: en efecto, estaba afiebrado. La palangana aún estaba llena de sangre. Tomó la jarra de agua fresca y, con un paño mojado, le refrescó el rostro y el cuello repetidas veces, con la intención de bajarle la temperatura. Savage empezó a farfullar, pero ella no prestó mucha atención a lo que decía, hasta que lo oyó llamar a alguien.

-Ann... Ann... ¿estás aquí?

Sus mejillas se enrojecieron y luego palidecieron cuando comprendió que estaba llamándola a ella. Empezó a repetir su nombre una y otra vez, y, a cada minuto que pasaba, estaba más desasosegado. Hasta que, al fin, en su desesperación, Antonia deslizó su mano en la de él y murmuró:

-Sí, Adam, estoy aquí. -¿Ann? -preguntó él. -Sí, sí. Me quedaré. Trata de descansar.

A partir de ese momento, él se calmó un poco, aunque ella podía percibir su fiebre a través de la mano. Se preguntó qué haría si él seguía delirando a la mañana siguiente, y si regresaban las autoridades. Se reclinó en la litera, con su cabeza hecha un lío. Estaba extasiada porque él la hubiese llamado, en su delirio. Ah, si no... si no hubiese comenzado, siquiera, con la ficción de hacerse pasar por su hermano. Si Adam Savage no estuviese involucrado en actividades siniestras, ilegales... si no fuese un mujeriego desvergonzado que tuviera amores con la mitad de las anfitrionas de la sociedad londinense... si...

Tony retiró su mano de la de él y volvió a su propia cama. Menos de una hora después, llamaron a la puerta del camarote, y Tony se despertó al oír que Savage decía, en voz alta:

-Pase, señor Baines.

El primero de a bordo abrió la puerta, observó la escena con mirada tranquila, y dijo:

-Primera marea, señor. ¿La aprovechamos? Savage puso sus pies sobre el suelo del camarote. -Sí, señor Baines: llévenos a casa.

Tony no volvió a verlo hasta que amarraron en Londres. Savage le dijo que le avisaría en cuanto el Red Dragon regresara de su viaje a la India, de modo que Tony pudiese supervisar cómo cargaban las mercaderías que él había comprado. Ella lo observó con gran atención y le pareció completamente recuperado, en absoluto control de sí mismo y

de todos los que lo rodeaban. ¡Algún día, con gran placer, ella haría trizas esa arrogante compostura!

-Espero que, a estas alturas, el asunto del duelo se haya olvidado. En Londres, no hay nada tan aburrido como los chismes viejos. Aun así, te agradecería que te mantuvieses al margen de cualquier otro embrollo. No tengo tiempo ni ganas de acudir en tu auxilio.

Adam supuso que, si restaba importancia al duelo, Tony le haría caso. Sabía que si lo sermoneaba con demasiada dureza podría impulsarlo a asumir un comportamiento más temerario aún. Ahora, admitía que ambos primos se odiaban, pero era ridículo que Tony creyese que Bernard quería asesinarlo.

Tony tuvo ganas de arrancarle una tira de piel, pero se mordió la lengua y aguantó su rabia en silencio. Si él pensaba que un intento de asesinato y un duelo a muerte no eran más que un embrollo, sería una pérdida de tiempo discutir a gritos con él. El problema era que Adam Savage no tomaba en serio la amenaza que Bernard Lamb representaba para Anthony. Ojalá ella pudiera sentirse igual de tranquila, pero sabía que el asunto iba en serio. Mortalmente en serio. Y no acabaría hasta que uno de los dos estuviera muerto.

En el salón de la calle Curzon, Antonia pudo librarse de su chaleco, su corbata y su chaqueta de hombre mientras estaba con su abuela. Se subió las mangas de la camisa y se dispuso a oír las últimas novedades de la sociedad.

-Querida, has estado ausente tanto tiempo que toda tu ropa ha quedado pasada de moda. La semana que viene es tu cumpleaños. ¿Hay algo bonito que te apetezca tener?

Tony no quería celebrar su decimoséptimo cumpleaños sin Anthony.

-Has olvidado que he abandonado las enaguas por un buen tiempo -dijo Tony con sequedad.

Roz no hizo ningún comentario y continuó como si su nieta no hubiese dicho nada:

-Ahora, los recortes en los costados están obsoletos. Más aún, no se usa nada con alambres. Este invierno, todas las damas de la ciudad usarán chaqueta holandesa suelta con mangas amplias, con guarniciones de piel. Dicen que, para la primavera, la última moda será la muselina.

Tony se echó a temblar. El clima inglés, sobre todo en ese momento, no invitaba a vestirse de muselina.

-¿Por qué no podrán ser más prácticas, las mujeres? -preguntó, como si ella fuese un hombre-. En mi opinión, los chales de lana y las enaguas de franela serían lo más adecuado.

-Ah, hablando de chales, el colmo de la elegancia son los hindúes, hechos de Cachemira. El percal estampado con colores brillantes también es un imperativo de la moda, junto con el tafetán rojo indio.

-¿En serio? -dijo Tony, y se quedó pensando en la posibilidad de importar mercancías en el viaje de regreso del Red Dragon. -Y se usan unos peinados que, de sólo verlos, te dan ganas de emborracharte. Un día, te arreglas el pelo en rodetes, a los costados, y descubres que eres

un modelo a imitar. ¡Y, al siguiente, te rizas el pelo a los costados y quedas fuera de circulación para siempre!

-Espero que la atención que la sociedad presta a las trivialidades no sea demasiado grave. Espero que estés bromeando para escandalizarme o divertirme.

-Lady Holland, que en este momento domina por completo el círculo whig de la sociedad, se hacía trenzar el pelo sobre la frente este verano, pero ahora usa un racimo de rizos a ambos lados de la cara. Con tantos tirabuzones, tiene el mismo encanto que un perro de aguas de mal humor.

El ingenio de su abuela no divertía a Antonia. Recordaba a la elegante lady Holland, que iba de visita con desagradable frecuencia a la casa de Half-Moon.

El señor Burke les sirvió té con bocadillos y, unos minutos después, Tony lo acompañó de jerez para los tres.

-Tengo que hacerles una confesión. Me sorprende que todavía no hayan oído hablar del escándalo. -Antonia atrajo la completa atención de los dos-. ¿Recuerdan aquel día, cuando fuimos de visita a Edenwood? Ahí estaba Bernard Lamb. Ese mismo día, cuando cabalgaba por el bosque, alguien me disparó. Estaba segura de que había sido mi primo; en aquel mismo instante, decidí librarme de él.

-¿Qué demonios hiciste? -preguntó Roz, llevándose la mano a la garganta.

-Lo reté a duelo. Y como sabía que él no jugaría limpio, me di vuelta y le disparé cuando la cuenta había llegado a nueve. Por desgracia, no lo maté: sólo le hice una herida leve.

Los ojos de Roz se pusieron redondos como platos y el señor Burke se quedó boquiabierto.

-Adam Savage trató de detener el duelo, pero llegó demasiado tarde, aunque a tiempo para ver que Bernard Lamb también disparaba al contar hasta nueve. Pensó que tal vez me pudieran arrestar por lo que había hecho, y por eso me sacó del país, con la esperanza de que las cosas se olvidarían.

-Oh, querida, es peligroso que sigas adelante con este engaño. No sabemos cuándo volverá a atacarte ese sujeto demente. Pienso que debemos avisar a las autoridades, conseguir que lo arresten.

-A mí me arrestarían. Retándolo a duelo, fui yo quien infringió la ley, y él es tan malvado que es capaz de jurar que disparó al aire y que yo le disparé con el propósito de matarlo.

El señor Burke propuso algo:

-Estoy seguro de que Adam Savage podría asustar a Bernard Lamb. Es un hombre corpulento y tiene un aspecto peligroso e intimidatorio.

-Adam Savage no me cree cuando le digo que Bernard Lamb saboteó nuestra embarcación y mató a Anthony, y que aún está empeñado en convertirse en el próximo lord Lamb. El duelo le indignó, y me ha dicho que no tiene tiempo ni ganas de sacarme de más embrollos.

-De ahora en adelante, pienso que será mejor que te acompañe cuando salgas por Londres -dijo el señor Burke, resuelto. -Dios Todopoderoso, usted me tendrá atado en corto -protestó la muchacha.

Roz ladeó su cabeza.

-Antonia, no sé con exactitud de qué se trata, pero has cambiado desde que te fuiste de viaje. Dicen que los viajes ensanchan la mente, pero hay algo más que eso. Te veo más firme, más segura. Es como si, de pronto, tuvieses más dominio de ti misma, más conciencia de tu propio poder.

Antonia esbozó una leve sonrisa.

-Gracias a Dios, nunca volveré a ser la misma. Durante este último mes, he aprendido más sobre la vida y sobre mí misma que en el resto de mi vida.

-Cielos, por lo general, una muchacha no cambia de manera tan drástica hasta que se casa y se convierte en una mujer -reflexionó Roz.

Antonia hizo entrechocar sus talones, dedicó a los dos una profunda reverencia, y dijo, con aire enigmático:

-No se hable más.

CAPÍTULO 30

Adam actuó de forma muy extraña para un hombre que había expulsado a una mujer de sus pensamientos. Lo primero que hizo al regresar a Londres fue ir a visitar a Watson y Goldman y pedirles que buscaran a una joven llamada Ann Lambeth. Les contó lo poco que sabía de ella y les aconsejó que contratasen a un hombre para rastrearla. Estaba dispuesto a pagar lo que le pidieran y prometía una generosa bonificación al primero que diera pistas sobre cómo localizarla.

Tony fue cautelosa en su primera salida por Londres. Se detuvo a contemplar el escaparate de la más elegante zapatería de la ciudad, en la zona de St. James del Pall Mall. Suspiró, con anhelo, al ver un par de sandalias de encaje verde con tacones azules, y luego, siguió de largo.

Al pasar ante el White's Club vio al coronel Dan Mackinnon y a Sherry sentados ante una de las ventanas de arco. Los dos la saludaron como si ella fuese su salvador. Y como Tony no era miembro del White's, fueron sus dos amigos quienes salieron a su encuentro.

-¿Se han desvanecido las murmuraciones con respecto al duelo? -preguntó ella, sin rodeos.

-¡Mira que eres tonto, eh! ¿Cómo íbamos a saludarte de manera tan abierta desde la ventana del White's si aún estuvieses en la picota? -dijo Sherry, al tiempo que metía un fajo de papeles bajo el brazo-. Estoy escribiendo una nueva obra. Tal vez podrías ayudarme a pensar los nombres de mis personajes; esa parte siempre me cuesta trabajo.

-Vayamos a comer. He oído decir que en el café de la calle Norris, en el Haymarket, sirven un curry digno de dioses -propuso Mackinnon.

-El curry está volviéndose popular, ¿no es así? -preguntó Tony, mientras lo añadía mentalmente a la lista de mercancías que iba a importar.

-Ya que lo mencionas, he oído decir que ese tipo, Indian Savage, habla mañana en el Congreso. Por lo general, los miembros del Congreso suelen vagar por ahí chupando naranjas y cascando nueces mientras duran los debates, pero la vez que él habló se hizo un silencio absoluto.

Tony sabía que Savage había comprado su escaño en el Parlamento; sin embargo, la sorprendió saber que pronunciaba discursos.

-¿Sobre qué tema hablará?

-No lo recuerdo. Para serte franco, ayer yo estaba un poco borracho. Esa condenada obra me impulsa a beber. Oye, no te molestaría que mi personaje principal se llamara Anthony, ¿verdad? -preguntó Sherry.

-En absoluto -aseguró Tony.

-¡Anthony Absoluto! -exclamó Sherry, como si hubiese recibido una repentina inspiración de su musa.

-¡Por Satán! -dijo Mackinnon, soltando su tenedor y sorbiendo rápidamente un trago de cerveza-. ¡Sabía que el curry puede ser suave o fuerte, pero a éste lo han sacado de la Caldera de la Muerte!

-El príncipe George, ¿todavía sigue enamorado de Maria Fitz?

-Oh, sí. Son inseparables: parecen siameses unidos por la cadera -bromeó Sherry.

-Ten cuidado o acabarás en la picota -dijo Mackinnon, riendo entre dientes.

-Es posible. Un tipo fue puesto en el cepo por llamarla virreina cuando comenzaron a circular los rumores de boda.

En opinión de Tony, virreina era una broma ingeniosa. Sherry se puso a rebuscar entre sus hojas y entregó un par de ellas a Tony.

-Ten, lee estos últimos libelos. El primero, decía:

Te imploramos, graciosa reina que te marches y dejes de pecar, y que si algo te impide dejar, de todos modos, te marches igual.

Tony se rió y leyó el siguiente:

Démosle al diablo su crédito: ella tiene lo suyo, y, si hablamos de carne, es mucho más que un capullo. Él jamás precisará una almohada para su cabeza alzar, mientras que, en la misma cama, a él y a la vieja Royen roncar.

A veces es grato ver lo que hacen:

primero, rompen la nuez, rompen la cabeza después; Se atragantan de clarete... y de sus bocas beben, o también se hacen cosquillas en las caderas.

-¡Oh, esto es brillante! -exclamó Tony, riendo-. ¿Es cierto que no lo has escrito tú, Sherry?

Sherry le guiñó un ojo:

-No, por Dios, aunque no me sorprendería que nuestro amigo de las coplas pícaras se ganara unos chelines por ayudar a tumbar a esos dos.

Dan Mackinnon, por su parte, comentó:

-No se puede negar que Maria tiene sus buenos pasteles. A mi juicio, en eso consiste su atracción.

-¿Pasteles? -replicó Sherry-. Yo diría, más bien, que son como globos hinchados con aire caliente.

Tony echó una mirada alrededor y vio que en la cafetería todos los hombres presentes llevaban complicadas pelucas empolvadas. En ese momento, recordó que había traído una buena cantidad de pelucas y talco venecianos para vender en Londres pero, por lo que sabía, aún estaban en la bodega del Flying Dragon. No tenía más remedio que ir a visitar a Adam Savage. -Bueno, me marcho -dijo Tony, apartando su silla de la mesa. -Si no lo hicieras, no serías nuestro amigo -bromeó Sherry.

-¿Te veremos en la pelea, mañana por la noche en los jardines públicos de Marybone, cerca de Oxford Road? -preguntó Mackinnon.

-Quizá -contestó Tony-. A decir verdad, el boxeo no es de mi agrado.

-Oh, pero esta vez es diferente. La señora Stokes, una luchadora femenina, atrae a enormes multitudes.

Sherry meneó la cabeza con pesadumbre.

-¿Qué diablos les pasa a las mujeres, hoy en día, que se empeñan en imitar a los varones?

-No sería capaz de explicártelo, Sherry -repuso Tony, consciente de que sus mejillas estaban enrojecidas.

Cuando Tony subió corriendo la escalinata de entrada a la casa de Half-Moon e hizo sonar la campanilla, le abrió la puerta un mayordomo muy correcto.

-Ah, hola, soy Tony Lamb. Yo mismo me presentaré.

-Le aseguro que no lo hará, mi joven señor. En este momento, el amo está ocupado con su secretario. Quizás haya alguna otra ocasión más conveniente.

Tony se encrespó; estaba a punto de empujar al criado y pasar cuando se le cruzó un pensamiento incómodo. Tal vez Savage estuviese con una mujer y el mayordomo trataba de conservar la discreción. Por cierto, no tenía interés en pescarlo in fraganti aunque, en realidad, sería un gran placer para ella interrumpirlo.

-El señor Savage es mi tutor y mi socio comercial en una empresa naviera. Estoy seguro de que si usted me anuncia, él dejará de lado de inmediato lo que esté haciendo para atenderme.

-Muy bien, señor. Tenga la amabilidad de esperar en el recibidor.

El mayordomo regresó a los pocos minutos.

-El señor Savage lo verá en su oficina, lord Lamb.

Tony lo encontró con Jeffrey Sloane; era a todas luces evidente que estaban sumergidos hasta los codos en el trabajo de oficina.

-Lamento interrumpirte -musitó Tony-, pero acabo de recordar que lee comprado mercancías en el continente para venderlas en Londres.

Savage hizo un ademán despreocupado.

-El champaña ya ha sido vendido, con una ganancia del doscientos por ciento. Si quieres la cuenta exacta, Sloane podrá proveértela.

-No, no: no estoy preocupado por las ganancias. -Pues, deberías estarlo -replicó Savage.

-Bueno, entonces, lo estoy. Mi única intención era ser cortés -contraatacó Tony.

-Tienes que tomar una decisión con respecto a las pelucas. Hay dos alternativas: puedes entregar todo el lote a un mayorista de peluquería o puedes hacer una rifa de pelucas en Rosemary Lane. La gente de menores recursos, la que no puede darse el lujo de comprarlas, siempre estará dispuesta a apostar un par de monedas, de las que sí pueden disponer. Se obtienen ganancias enormes, pero es un negocio que lleva mucho tiempo.

-Bueno, tú eres el experto en estas cuestiones de importación y exportación. Bien podrías vendérselas al mayorista.

-Es una buena decisión. Todavía podremos convertirte en un buen hombre de negocios.

Reapareció el mayordomo.

-Abajo hay una joven que desea verlo, señor Savage. He tratado de desalentarla, pero insiste en que ha venido por una cuestión de suma gravedad.

-Dios, ¿y ahora, qué? Bueno, hazla subir. ¡Cuantos más seamos, tanto más divertido!

Jeffrey Sloane se excusó: no cabía duda de que había recibido instrucciones para el caso de que llegara una mujer de visita. Para sorpresa de Adam, y de Tony, la visitante era Dolly, la actriz del teatro Olympic. Su boca estaba tan apretada que formaba una línea, pero sus ojos se agrandaron de sorpresa al ver a lord Lamb. Tras titubear un instante, enderezó los hombros y se lanzó al ataque.

-¡Estoy embarazada, y el padre es lord Lamb! -¡Eres una perra mentirosa! -exclamó Tony.

Se dirigió instintivamente hacia ella y le dio una bofetada en la cara.

Como un relámpago, Adam Savage dio un revés a Tony en la boca, haciéndolo caer en una silla que, a su vez, salió disparada por la oficina. En tono cortante, dijo:

-¡Nunca vuelvas a golpear a una mujer en mi presencia, pedazo de joven canalla y arrogante!

Los ojos de Tony se llenaron de lágrimas y apretó el dorso de la mano en su boca hinchada.

Los ojos de Dolly chispeaban de codicia al ver que Savage se había precipitado en su defensa y eso debía significar, sin duda, que creía en su historia.

-Sentaos -ordenó Savage.

Al ver que Adam le había pegado de verdad, Antonia sentía el corazón transido.

-¡Te había dicho que no te metieras en líos, pero tal vez era mucho pedir a un joven libertino de sangre azul como tú! Desechó a Tony con una candente mirada de desprecio y concentró su atención en Dolly.

-¿Has visto a un médico que confirmara tu estado?

-Sí, señor -respondió Dolly con firmeza, alzando el mentón. -Bueno, supongo que sabrás que el matrimonio está fuera de discusión, de modo que habrás venido a buscar dinero.

Dolly se mordió el labio. Si bien habría sido estupendo oírse llamar lady Lamb, sabía que no podría amilanar a un hombre como Indian Savage. Él había dado en el clavo: ella quería dinero.

-¡No te daré ni medio penique! -aseguró Tony-. ¿Por qué no has acudido a mí? Yo te lo diré: porque todo esto es una descarada mentira. Has venido corriendo a ver a mi tutor porque quieres dinero y sabes que él tiene los cordones de la bolsa.

-¡He acudido al señor Savage porque creí que él haría lo que fuera justo!

-¿Cuánto crees que sería lo justo, Dolly? -preguntó Savage sin alterarse.

Ella hizo una profunda inhalación: -Cinco mil.

Savage se echó a reír, y no fue un sonido agradable de oír. Garabateó una orden de pago de su cuenta bancaria y se la entregó a la muchacha:

-A mi juicio, dos mil es lo justo, Dolly.

Ella guardó el documento en su bolso y se secó los ojos. Había ido con la esperanza de recibir mil, y se habría conformado con la mitad. Cuando se puso de pie para marcharse, Savage la atravesó con una mirada helada.

-Que quede claro que no queremos oír hablar más de esta cuestión.

Ella le hizo una breve reverencia y se apresuró a salir.

-De modo que así es como manipulas a las mujeres que dejas en problemas -comentó Tony con un resoplido de desprecio. -No, no es así, sabandija. Si la muchacha a la que habías metido en dificultades hubiese sido una niña inocente, yo habría hecho que lo pagaras caro. Pero Dolly es harina de otro costal. Para empezar, es demasiado lista para quedar preñada, a menos que haya preparado una trampa matrimonial. Si por casualidad una muchacha de esta clase cae en esa situación, sabe cómo salir de ella en media hora. Y ahora, por el amor de Dios, Tony, ¿serás capaz de mantener limpia tu nariz o tendré que buscarte una niñera?

-Si ya has terminado de regañarme, me iré. Tenía la boca tan hinchada que le dolía al hablar.

-No pretenderás que me disculpe por haberte golpeado. Lo tienes merecido.

-Llegará el día en que me pedirás disculpas por haberme golpeado. Eso, te lo aseguro yo -dijo en voz baja.

Tony logró escabullirse de la casa sin ser notada. Mientras se lavaba la cara, endilgó a Savage los epítetos más gruesos que se le cruzaron por la cabeza. Se le había formado un gran hematoma y, cuando Roz la vio, insistió en que el señor Burke la acompañara a todos lados. Quizá sería conveniente que fuese a Lamb Hall, ya que desde allí podía recorrer en poco tiempo la distancia hasta Edenwood, la casa de la que se había enamorado perdidamente. Ardía en deseos de verla, ahora que estaba por llegar la primavera. En verdad, Tony no entendía cómo era posible que Adam Savage no quisiera estar allí. Era su casa soñada, y a duras penas había pasado cinco minutos en ella. Él

necesitaba una esposa, alguien que estuviese encariñado con Edenwood y la llenara de niños. Se regañó a sí misma con severidad: tenía que estar fuera de sus cabales para ansiar casarse con un hombre que la había golpeado en la cara hacía escasos minutos.

En otra parte de Londres, otra dama también soñaba con casarse. Y, al parecer, sus aspiraciones eran igualmente imposibles. Maria Fitzherbert estaba cenando con el príncipe de Gales en su suite privada de la casa Carlton. No tenía dudas de que George estaba embobado con ella. Gracias a él, todo Londres estaba a su merced. Toda anfitriona de la ciudad sabía que su éxito o su fracaso dependía de que su lista de invitados estuviese encabezada por la nueva favorita. Ellas sabían apreciar lo que consideraban una mínima gracia: Maria Fitzherbert, al menos, era una viuda respetable; pertenecía a una clase de mujer muy diferente de las que solía elegir el príncipe, proclive a las actrices ávidas de oro.

Maria caminaba por una línea muy fina. Ya en otra ocasión había cenado en la suite privada de George y, entonces, había entendido qué quería de ella el príncipe de Inglaterra. Sólo había logrado escapar protestando por su virtud ultrajada y gracias a haber permitido besos y caricias, en lugar de haber presentado bandera de rendición y parlamento.

Desde aquella vez, habían estado solos en innumerables ocasiones dentro del carruaje real; allí ella había comprendido que un joven en la flor de su edad pretendía algo mucho más consistente que las dos voluminosas coles con que ella pretendía entretenerlo. Para Maria había constituido toda una sorpresa calibrar hasta qué punto podía ser retozón un hombre de veinte años, comparado con sus dos maridos anteriores, más viejos. Con todo, la sorpresa no era nada desagradable.

Y ahora, su virtud estaba en entredicho una vez más. No era tan ingenua como para pensar que escaparía indemne también en esta oportunidad, pero todo tenía su precio, y estaba decidida a hacer pagar caro al príncipe.

-Ah, Puss, cuánto bien me hace ver lo mucho que disfrutas la misma comida que me gusta a mí.

-El chef de Su Alteza no tiene rival -dijo ella, con risilla nerviosa.

-Te ruego que no me trates de «Su Alteza». Por favor, seamos Prinny y Pussy, ¿eh, amor?

-Claro que sí, Prinny. Sabes que sería capaz de hacer cualquier cosa que estuviera a mi alcance para hacerte feliz.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Maria supo que no debería haberlas pronunciado. Él le había hecho perder el equilibrio con una bata de brocado que la ponía sumamente nerviosa. A consecuencia de ello, para sosegarse, había comido un plato tras otro pero, por más delicioso que estuviera, si comía un solo bocado más de postre borracho, haría estallar las costuras de su vestido de satén violeta de Parma.

-En efecto, está a tu alcance hacerme muy feliz. Me colmarías de júbilo que fueses buena conmigo, Pussy.

-Prinny, he sido más que buena contigo. Te he concedido privilegios que no le hubiese permitido a ningún otro hombre sobre la tierra.

George rodeó la mesa, olvidándose al fin de la comida. -Dame tu pequeña garra -ordenó.

Maria le obedeció y él le llenó la mano de besos. A continuación, la sacó de su silla y la condujo hasta un canapé de generosas dimensiones. Una vez que la tuvo atrapada junto a él, posó sus labios en el acelerado pulso que latía en su muñeca y siguió la hilera de besos por el brazo rollizo de la mujer hasta el hombro.

-Pussy, me excitas hasta lo indecible. Bajo mis ropajes principescos, no soy más que un hombre, Puss -dijo, con intención. -Un príncipe es más grande que otros hombres, Prinny. -Eso es verdad, mi amor. En consecuencia, las necesidades de un príncipe también serán más grandes, ¿no es así? Mi adorada, estar en perpetuo estado de excitación, sin esperanzas de alivio, es doloroso para mí. Y no creo que quieras hacerme sufrir, ¿no es cierto, Maria?

-Su Alteza, yo sólo puedo entregarme a un legítimo esposo -repuso ella con decoro.

-Ya veo que volvemos al «Alteza».

A María no se le escapó el tono dolorido de su voz.

-¡Cruel, oh, cruel cazadora, tus flechas me han atravesado el corazón! ¿No me darías un bálsamo para mi herida?

-¡Prinny, yo te amo! -exclamó ella-. ¡No me deshonres! -¡Ay, Pussy, Pussy, con mi cuerpo te honro, no te deshonro! -Ah, y ahora, con esa frase, estás burlándote de la ceremonia matrimonial.

-Eso nunca, mi adorada. En mi corazón, tú eres mi verdadera esposa. Yo daría cualquier cosa por ser un verdadero esposo para ti.

Ya no podía contener las ganas de acariciarle los pechos.

Ella permitió que él desabrochara el vestido para dejar en libertad esas glorias gemelas. María conocía el poder de convicción que tenían ese par de abogados.

En cuanto sus manos se apoderaron de los pechos de Maria, George comenzó a tener una erección. Ah, Dios, ¿qué no lograría él con esta mujer? Empezó a besarla, pero sus labios no lo desviaron mucho tiempo de su objetivo real. Su boca exigente fue resbalando por la garganta de la mujer, milímetro a milímetro hasta que, por fin, se cerró, ardorosa, sobre un gran pezón de color fucsia. Él ya se sentía palpitar y no podía contenerse más. Empezó a chupar, primero con suavidad, y luego, cada vez más fuerte.

María tuvo la sensación de que unos hilos de fuego líquido comunicaban sus pechos con su vientre y su vientre con un sitio que se encontraba algo más abajo, un lugar mucho más íntimo. -¡Oh, no, Georgie! -jadeó.

Si no fuera porque su vestido caía sobre su cintura y lo obstaculizaba, él habría dado en el blanco y las protestas de María se habrían derretido corno la nieve en verano. Tal como estaban las cosas, sólo había una hendidura blanda y fragante que lo atraía, y donde él podía hundirse. Su boca se abatió sobre la de ella y absorbió sus gritos,

que eran mitad de protesta y mitad de deleite; al mismo tiempo, él la empujó de espaldas sobre el canapé forrado de seda.

Su enorme miembro se deslizó por el profundo valle entre sus pechos y sintió el calor del cuerpo femenino, tan intenso que casi lo abrasó. El príncipe empezó a gemir y a embestir con vehemencia. Ya no había modo de detenerlo.

Maria, encantada con su masculino vigor juvenil, lo apretó contra su pecho. Al fin, él había logrado despertar su sensualidad dormida. Esto, agregado a la abrumadora sensación que le inspiraba el poder que ejercía sobre el príncipe de más elevado rango en el reino, lo hicieron irresistible. Tras semejante intimidad, sólo quedaba un paso que dar. Y ella no podía permitírselo hasta que él no le hubiese pedido que se casara con él.

George sintió que su semen comenzaba a brotar y se dejó caer sobre ella, ya calmado, en un estado de éxtasis y saciedad. Había llegado ese momento en el que los dos tenían que hacer el movimiento próximo y presionar para obtener lo que más deseaba cada uno.

-Pussy, Pussy, te adoro. ¡Permíteme que pase el resto de mi vida haciéndote tan feliz como tú me haces a mí!

-Su Alteza ha arruinado mi vestido -repuso Maria en voz queda.

-Mi queridísima, te compraré un millar de vestidos. A ver, te traeré una toalla... deja que papá lo solucione.

Corrió hacia el cuarto de baño y trajo una toalla turca con su blasón. Cuando volvió, encontró a María llorando suavemente.

-Bueno, bueno, mi Pussy, no llores. -Con delicadeza y con grandes gestos de adoración, limpió los adorables globos de sus pechos y el valle intermedio. Puso su mano bajo la barbilla de ella y la hizo levantar, para poder mirarla a los ojos-. Me has hecho el hombre más feliz del mundo, Maria. ¿Por qué lloras?

Ella alzó hacia él sus ojos desbordantes de lágrimas.

-Estoy cubierta de vergüenza. ¿Cómo he podido acceder a este encuentro prohibido? No puedo volver a verte más.

-Puss, Puss, yo me moriría sin ti. Quiero que vengas a vivir conmigo. ¡Si no puedo tenerte conmigo día y noche, mi vida no tiene ningún sentido!

-¡George, por favor, te ruego que no lo hagas! No me obligues a vivir una vida de degradación.

-¡Pussy, te amo! ¿Cómo puedes decir que la vida con el príncipe de Inglaterra sería degradante? -preguntó él.

María se subió el vestido de satén violeta con aires de gran dignidad.

-Aunque tú fueras rey, sin el matrimonio sería degradante. Habían llegado a un impasse. En aquel momento, el príncipe de Gales decidió comprar a Indian Savage sus magníficas joyas. De ese modo, demostraría a María cuánto la quería.

En ese momento María decidió que sería todo o nada. -Pienso que será mejor que me lleve a casa, Su Alteza.

CAPÍTULO 31

Cuando Tony regresó, después de haber estado con los mayoristas de pelucas, Rosalind estaba atendiendo la visita de Frances Jersey. Tony trató de escabullirse hasta la planta alta pero, hasta el momento, nadie había logrado eludir a la elegante lady Jersey.

-Anthony, querido, no estarías intentando evitarme, ¿verdad? -Ah, lady Jersey, qué grato verla de nuevo. Juraría que usted debe de ser bruja. Cada vez que la veo parece más joven. Frances dio la impresión de sonreír a Tony con todo su metro y medio de diminuta estatura.

-¡Me halagas sin medida!

-Lady Frances, estoy hablando con absoluta sinceridad. -Anthony, eres uno de los muchachos más agradables que conozco. Y por eso no te negarás cuando te pida que vayas esta noche a Almack's. Tenemos muchas jóvenes damas, pero no hay suficientes compañeros de baile para ellas.

-¡Uf! -exclamó Tony haciendo una mueca-. No tengo nada contra las jóvenes: a quienes aborrezco es a sus madres, tías y abuelas. No hay modo de escapar de ellas. Han desarrollado un estilo de conversación que no necesita de interlocutor, pero que lo retiene a uno clavado durante horas, escuchando con toda cortesía.

-Mi querido muchacho, hazlo como un favor especial para mí. Roz ha prometido asistir; tú podrías ser su acompañante. Tony miró a su abuela.

-¿Es verdad que irás a Almack's?

-Todavía no estoy lista para recluirme, sentada junto a la chimenea, envuelta en un chal, ¿sabes? Sólo tengo algo más de cuarenta.

-¿Cuántos? -preguntó Francés Jersey, escéptica. -Mis últimos cuarenta -se corrigió Roz.

-Muy últimos -murmuró Francés, con aire felino. Tony le lanzó una mirada aviesa.

-¿No le has contado, acaso, lo de tu viril mayor? -preguntó, como pulla de despedida, para luego huir escalera arriba. Francés se volvió hacia Roz con las cejas arqueadas.

-¿Viril? ¿Mayor? -repitió, asombrada.

La boca de Roz adoptó una expresión maliciosa.

-Es arrebatador, a su modo, en su estilo de militar. Al principio, no me atraía demasiado, porque es calvo pero te juro, Frances, que sin ropa es el hombre más desnudo que he visto jamás. Es muy estimulante.

Francés se quedó muda. Y Rosalind, por su parte, se sintió satisfecha por haber podido devolverle su anterior ofensa.

Tony acompañó a su abuela a Almack's y permaneció tanto tiempo como pudo soportarlo. Lo que más le abrumó fue la inocencia de las muchachas de su misma edad. En realidad, llamarlo inocencia era una forma pálida de expresarlo. Se mantenía a las mujeres jóvenes en la más completa ignorancia de la realidad en lo que al sexo opuesto y a lo que sucedía en el mundo se refería. Llegó un momento en que no pudo

resistirlo más y, excusándose ante su abuela, decidió volver andando a la casa de la calle Curzon.

Tony no había andado una manzana cuando tuvo la escalofriante sensación de que era seguida. Echó una mirada hacia atrás y no vio nada, pero de todos modos apretó el paso. Se recriminó por dar rienda suelta a su imaginación. Aguzó el oído para captar cualquier pisada furtiva, pero lo único que pudo oír fue su propia respiración agitada.

Hizo un esfuerzo para serenarse y echó otra mirada atrás. Vio algo que le pareció la sombra de un hombre. Hasta ese momento, había reprimido todo pensamiento relacionado con Bernard Lamb; ahora, su primo reaparecía con toda su presencia en su imaginación. Tony se dio prisa en cruzar la calle, para llegar a la acera iluminada. Trató de razonar: no había modo de que Bernard supiera que esa noche ella había ido a Almack's. Salvo que la hubiese estado siguiendo desde su regreso a Londres.

Más adelante, lanzó un suspiro de alivio al ver a un grupo de jóvenes petimetres. Pero, al aproximarse, vio que llevaban los pantalones a rayas que usaban las Cebras de Eton. Estaban ebrios, de ánimo pendenciero; peor aún, tenían intenciones de destrozar las lámparas de gas de la calle. Para evitarlos, cortó por la calle Clarges, que se comunicaba con Curzon. Al girar la esquina, sintió que se le apretaba la garganta al ver una silueta alta que blandía algo parecido a un estoque. Un grito se ahogó en su garganta y dio un salto tratando de huir. Una oleada de alivio la inundó al ver que el caballero, simplemente, se tocaba el sombrero con el bastón en señal de saludo cortés y se alejaba sin más.

Tony se recuperó y corrió el resto de la distancia que la separaba de la puerta principal de su casa. No se entretuvo en buscar su llave, sino que directamente se puso a aporrear con estrépito la puerta hasta que el señor Burke la abrió. Éste echó una sola mirada al semblante pálido de Antonia:

-¿Voy a buscar el cubo? Tony cayó en sus brazos.

-¡No, no, señor Burke, pero un coñac no me vendría nada mal!

Antes de acostarse, Antonia escribió en su diario cómo había dejado que su imaginación la dominase. ¡Fue como una purga y, mientras se metía en la cama, se rió de su propia estupidez!

Dos noches más tarde, tenía lugar la gala que todos en Londres habían estado esperando. Se trataba de una fiesta al aire libre, que tendría como marco Vauxhall Gardens. Habría de todo: entretenimientos musicales, un banquete, baile, y una obra nueva en el teatro Vauxhall, donde el príncipe de Gales tenía su palco privado con la forma de una inmensa y reluciente corona. La piéce de résistance sería una exhibición de fuegos artificiales, por medio de la cual se relataría el descenso de Orfeo al Hades.

Cerca del anochecer, las multitudes comenzaban a cruzar el Támesis en dirección a Vauxhall; que estaba enfrente de la abadía de Westminster. Sobre el río flotaba una neblina que no hacía otra cosa que aumentar el peligro propio del parque público. Para la sociedad,

Vauxhall era un lugar marcado por el escándalo, cuyos más frecuentes visitantes eran los proxenetas y las prostitutas.

Entre los miembros de la clase más alta de la sociedad y los de la más baja, se encontraban muchos para quienes el lugar ejercía un encanto irresistible. Tony se encontró con algunos conocidos haciendo cola para utilizar las lanchas que cruzaban el río. Se unió a ese grupo teniendo en cuenta que la seguridad aumentaba con el número de personas. Estaba Philip Francés, uno de los jóvenes amigos del príncipe George, posiblemente fuera el de edad más similar a la suya; entablaron conversación. Sin embargo, los únicos temas que interesaban a Philip eran los duelos y la colección de armas del coronel Dan Mackinnon. Tony contuvo un estremecimiento y, cuando llegaron a los jardines, se unió a Amoret y a Sheridan.

Los chismorreos versaban sobre el príncipe George y la señora Fitzherbert. Amoret le confió que George había estado preguntando a todos sus amigos si creían conveniente desafiar al rey y casarse sin su consentimiento. La mayoría dudaban de que ello fuese posible, a causa de la odiosa Acta de Matrimonio, en virtud de la cual ningún miembro de la realeza podía casarse antes de cumplir los veinticinco años sin el consentimiento del rey.

-¿Por qué no se van a vivir juntos unos años, hasta que él cumpla los veinticinco? -preguntó Tony a Amoret.

-Porque la señora Fitzherbert prefiere la muerte antes que el deshonor. Venera la respetabilidad. Pero, entre tú y yo, ¡ella no quiere permitir que él la posea hasta no ser consagrada princesa de Gales!

-¿Todavía no han hecho el amor? -preguntó Tony, sin poder creerlo-. Con razón el príncipe está tan caliente.

-Hay una sola cura para la calentura -bromeó Sherry-. ¡Líquido de embalsamar!

-Vaya, este lugar incita a la lujuria -rió Amoret, señalando los senderos bordeados de altos cercos y árboles que desembocaban en grutas y arboledas.

Tony notó que la neblina estaba convirtiéndose en niebla, y ésta confería a los jardines una atmósfera fantasmal. Por lo común, cientos de lámparas iluminaban toda la zona, pero aquella noche la luz estaba amortiguada por los retazos de niebla que flotaban entre los árboles y sobre los senderos de grava.

Tony creyó ver a un hombre alto y moreno, acompañado de una mujer vestida de forma llamativa. Era posible que no se tratara de Adam Savage y de Angela Brown pero, a juzgar por el efecto devastador que tuvo sobre Antonia, era lo mismo que si hubiesen sido ellos.

-Aquí hay mucha humedad. Cortemos camino entre los pabellones y las rotondas, para llegar al teatro -propuso Tony. Algunos de los edificios estaban decorados con estatuas y cuadros, mientras que otros tenían réplicas del sol, las estrellas y todas las constelaciones. Fue disminuyendo el número de integrantes del grupo; varios de ellos se detenían ante los puestos de venta de vino y otros se fueron tras una banda de música que iba desfilando.

-¿No crees que deberíamos cenar antes de entrar al teatro? -sugirió Amoret.

Tony se alzó de hombros.

-Hay tanta gente ahí que no vamos a conseguir sitio.

-Eso es verdad -admitió Amoret-. Todos querrán sentarse en los lugares desde donde puedan ver el palco real, además del escenario.

-Y George, por su parte, lo único que quiere es un palco privado con acceso al monte de Venus -bromeó Sherry.

Tony tardó unos instantes en comprender la insinuación sexual y, cuando lo hizo, se ruborizó.

-Sherry, mi barriga cree que me han cortado el cuello -se quejó Amoret.

-Oh, está bien. Creo que yo también podría comer algo. Tony, si no tienes interés en comer, ¿por qué no vas al teatro y nos reservas un par de asientos?

Tony hubiese preferido quedarse con ellos, pero luego lo pensó y se sintió ridícula. La niebla se había espesado, y la muchedumbre se había dispersado, o al menos, así parecía, porque aquella niebla tan densa aislaba a las personas.

Tony caminó por el sendero, dio la vuelta alrededor de un templo y traspasó un pórtico cubierto de enredaderas. Cuando se alejó del pórtico percibió un crujido en la grava del camino a sus espaldas. Se detuvo y se volvió, pero sólo pudo ver la luz pálida de la lámpara entre los remolinos de niebla. Apresuró sus pasos en dirección al teatro, pero todo tenía un aspecto diferente en la niebla y empezó a pensar que había tomado el camino equivocado. Tuvo la impresión de que la música y el rumor de la multitud se hacían más débiles a cada paso que ella daba.

Empezó a martillearle el corazón porque seguía oyendo pasos tras ella. Volvió a mirar por encima del hombro, sobre todo para tranquilizarse a sí misma, porque no había a la vista sombra alguna, por mucho que escudriñase los senderos y entre los matorrales.

Ya estaba sin aliento y desorientada; echó a correr. Pasaron algunos minutos y se dio cuenta de que era lo peor que podría haber hecho, pues ahora se encontraba en la parte más remota de los jardines, donde sólo había prados y árboles.

Sabía que tenía que dejar de correr y utilizar su sentido común. Si había algo que Tony despreciaba era la cobardía. Sentía los pulmones ardiendo por haber corrido y resollado en medio de la niebla. Reunió valor y, dando unos pasos por el prado, gritó:

-¡Bernard Lamb, sal a campo abierto, donde pueda verte, cobarde rastrero!

Silencio.

-¡Sal a pelear conmigo como un hombre, hijo de perra! Silencio mortal.

Tony tocó el cuchillo que llevaba en su bolsillo. -¡Haré que te ahogues en tu propia sangre! Silencio absoluto y perfecto.

El pulso de Antonia aminoró su ritmo. Recuperó el aliento. Nadie la seguía; parecería una perfecta idiota ahí, lanzando crueles amenazas

en medio de la noche. Iba a regresar a su casa. Vauxhall Gardens ya no le daría más placeres, ni esa noche ni nunca.

Tony echó a andar con pasos medidos, sin ir muy deprisa ni muy despacio. Sus ojos estaban alerta, sus oídos aguzados, todos sus sentidos atentos al peligro, mientras buscaba el camino hacia la salida.

Cruzó el portón y exhaló un suspiro de alivio. El camino que iba al Támesis estaba, aquella noche, lleno de gente y carruajes. Ya de nuevo entre la gente, sus temores se disiparon y se sintió a salvo. ¡Y entonces sucedió!

Sintió un fuerte y deliberado empellón desde atrás y soltó un grito de terror al caer ante un coche que se acercaba. Desde donde estaba vio horrorizada los cascos de los dos caballos que tiraban del coche y que se precipitaban hacia ella.

Antonia se desmayó un instante mientras los caballos maniobraban entre sus arneses para eludir el objeto que había sido arrojado entre sus patas. Y abrió los ojos en el instante justo para comprobar que el coche iba a pasar por encima de ella. Supo que iba a matarla. No tuvo tiempo para una oración, siquiera. Tony oyó gritar a una mujer. Durante un momento, pensó que era ella misma y después comprendió que, por un milagro, se trataba de otra persona. Oyó a hombres gritar y sintió que la ayudaban a levantarse. Estaba muy lastimada en el muslo y el hombro, que eran las partes con que había caído sobre el pavimento, pero casi no lo notó. Su peluca empolvada había desaparecido y sus pantalones de satén azul estaban desgarrados desde la rodilla hasta la ingle, pero estaba viva. Fue cojeando hasta un lado del camino, con ayuda, y se apoyó en el poste de una lámpara. De pronto, cayó de rodillas, inclinó la cabeza, y se echó a sollozar.

La gente se detenía y la contemplaba, con la boca abierta. Antonia temblaba tanto que le castañeteaban los dientes. La gente sacaba sus propias conclusiones. Sin duda, ese joven lord estaría completamente borracho para haberse cruzado así en el camino de un coche en marcha. Empezaron a dispersarse, por temor a que los llamaran como testigos.

Tony lloró hasta cansarse. Al principio, fue por el trauma que le había provocado la aterradora experiencia; después, por una completa sensación de impotencia. Bernard Lamb jamás desistiría. La perseguiría hasta la muerte. No habría un día ni una noche en que estuviese a salvo de él. Permaneció así, arrodillada, mucho tiempo hasta que por fin se puso de pie y fue caminando hasta el río, preguntándose si él estaría acechándola.

En cuanto bajó de la lancha, paró a un coche para que la llevara directamente a la puerta de su casa en la calle Curzon. Dio gracias de que Roz no estuviera en casa. Lo más probable era que estuviese disfrutando con el espectáculo de Vauxhall. Y aunque Tony había utilizado su propia llave para entrar, la mirada perspicaz del señor Burke comprendió su estado. Y ella le estuvo profundamente agradecida porque se abstuvo de todo comentario.

Tony se bañó, encogiéndose por el dolor que le causaban las terribles magulladuras recibidas, luego se tapó con las mantas y se

puso a pensar en lo que haría a continuación. Resolvió regresar a Lamb Hall, pero las imágenes que surgieron en su mente le hicieron cambiar de idea. En la soledad del campo, su odiado primo tendría muchas más oportunidades para liquidarla sin testigos. Después de todo, quizás estaba más segura en Londres. El miedo generaba indecisión en ella. No encontraba la solución para su conflicto. Por Dios, ¿qué haría? Por extraño que pareciera, se sentía enfadada con Adam Savage. ¿Por qué no la protegía? ¿Por qué la miraba con desprecio cada vez que ella aludía a la perfidia de Bernard Lamb? ¿Por qué tendría que andar por ahí, saliendo con actrices?

En realidad, no era a Adam Savage a quien Tony había visto en Vauxhall. Esa noche, Savage cruzaba el Canal al amparo de la oscuridad. Ya era la tercera noche que cruzaba a Francia esa semana. Aquello le recordaba los años que había pasado dedicándose al contrabando para ganarse la vida. Ahora tenía otros motivos para hacerlo, en lugar de obtener ganancias; aun así, todavía seguía provocándole cierta excitación el transporte de cargas ilegales, por el peligro que ello suponía. Era un placer seductor, compulsivo, que él abrigaba la esperanza de poder superar y vivir sin ello.

De pronto, las imágenes de la muchacha que había conocido en Venecia inundaron su mente. ¿Por qué era tan huidiza? No se habían hallado rastros de Ann Lambeth, por lo que se convenció de que ella le habría dado un nombre falso. Su recuerdo regresaba a él una y otra vez, en ocasiones en los momentos menos apropiados. Y reforzaba su obsesión el hecho de que fuese tan escurridiza. Aquella muchacha había actuado como una droga: la había probado una vez y su sangre la anhelaba, la deseaba más, la necesitaba más. Maldijo su propia locura. Apretó los dientes: no necesitaba a nadie. En el mundo existían otras mujeres con ojos verdes y largas piernas. Y, en todo caso, seguía en pie el acuerdo con Eve y, por motivos prácticos, pensaba atenerse a ese plan. Ya pasaba de los treinta años y no estaba en edad de dejarse llevar por los vuelos románticos de la fantasía; si había adivinado correctamente las intenciones del príncipe de Gales, ahora se hallaba muy cerca del título de nobleza que Eve codiciaba.

En ese momento, Su Alteza salía con Maria Fitzherbert del resplandeciente palco privado en forma de corona del teatro de Vauxhall. La espesa niebla que todo lo cubría había impedido la fiesta pirotécnica, pero ello no preocupaba mucho a George; eso le permitiría estar a solas con su dama mucho antes de lo que había previsto.

En cuanto estuvieron encerrados en el lujoso carruaje, rozó el muslo de Maria con el suyo y la rodeó con un brazo.

-Pussy, ven conmigo a casa esta noche.

-Prinny, ya sabes que no puedo. Soy una viuda que no debe arruinar su reputación. Si paso una noche bajo el mismo techo contigo, la gente dirá que estamos viviendo juntos, en pecado. Tanto por tu bien como por el mío, debo regresar a la casa de la calle Park.

-En ese caso, déjame que alquile una casa para ti en St. James' Square; allí podrás recibirme a mí y a nuestros amigos; así los chismosos no podrán decir que estamos viviendo juntos.

-Una casa en St. James' Square costaría una fortuna, y tú ya estás muy endeudado, Prinny, mi amor.

Herido por sus palabras, él retiró su brazo.

-De modo que el señor Fitzherbert pudo regalarte una casa, pero yo no puedo.

-El señor Fitzherbert era mi esposo -replicó Maria con seriedad.

-Pussycat, para mí, tú eres mi esposa, pero, tú no me consideras tu marido -dijo él con forzado patetismo.

-Mi querido Prinny, los que no te consideran mi marido son el rey y el Parlamento. Tu padre jamás me reconocería como princesa de Gales y el Parlamento nunca me permitiría usar las joyas de la Corona.

George sabía que ella decía la verdad, aunque no le agradase. Sin embargo, en ese momento decidió obsequiarle unas joyas que fuesen dignas de una princesa.

María escogió sus palabras con gran cuidado. Posó una mano sobre la rodilla de él y dijo con suavidad:

-Si celebramos una ceremonia de bodas, te aseguro que te consideraré mi esposo.

-Dame tu pequeña pata, gatita. Fido se siente solo sin tu caricia. Veamos si puedes convencerlo de que levante su cabeza y salga de su perrera.

María palmeó y acarició a Fido que, en efecto, levantó su cabeza y salió de su escondite. George apoyó los labios en la oreja de Maria:

-Si le ofreces una pequeña recompensa, estoy seguro de que lo convencerás de que haga una prueba; sentarse, por ejemplo.

María rió con cierto pudor y le ofreció la recompensa que su príncipe anhelaba. Y cuando la boca ardiente del hombre se cerró sobre uno de sus sabrosos pezones, Fido no sólo se sentó, sino que comenzó a mover la cola.

CAPÍTULO 32

Adam esbozó una cínica sonrisa cuando leyó la nota que le enviaba Su Alteza Real, el príncipe de Gales. Cada hombre tenía su precio; más aún los de la realeza. Lamentaba que George no fuera a la casa de Half-Moon y que él tuviera que ir a la casa Carlton. Eso significaría que tendría que notificar a la condesa Cowper que debían aplazar su cita y, además, llegaría tarde al Parlamento.

Sacó los diamantes y los zafiros de su caja de seguridad y recorrió por última vez -al menos así lo esperaba-, la breve distancia que lo separaba de la casa Carlton. La mirada perspicaz de Savage captó la ansiedad del príncipe.

-Mi querido Savage, espero que haya traído las joyas.

-Así es, Majestad -contestó Savage, tocándose el bolsillo del pecho pero sin sacarlas aún.

-No es fácil encontrar un marquesado vacante ni hacer aprobar ese título para un caballero pero como al parecer ejerce usted considerable influencia en el Parlamento, en este momento y con mi patrocinio tengo fundados motivos para creer que pronto le será concedido ese título...

El príncipe de Gales hizo una pausa, con el propósito de dar tiempo a Savage para que le entregara las joyas, pero éste no lo hizo.

Su Alteza se pasó un dedo por dentro de su alto cuello en la esperanza de aflojarlo un poco. Esa mañana le habían aplicado sanguijuelas para que su cutis estuviese más pálido; había resultado una enorme pérdida de tiempo, pues en ese momento estaba muy enrojecido.

Carraspeó y fue hasta un gran globo terráqueo que había al lado de su escritorio.

-En realidad, mi querido amigo, será un título de par irlandés -al ver que Savage no protestaba, George se animó-. Hay una alternativa. El marquesado de Blackwater, en el condado de Waterford o... a ver... ¿cuál era el otro? Ah, sí, el marquesado de Kinsale, en la costa de Cork.

Los ojos azul claro de Savage siguieron el dedo del príncipe, que señalaba Irlanda.

-¡Qué complaciente es Su Gracia!

Extrajo el saquillo de terciopelo negro y exhibió las fascinantes gemas, igual que un mago que sacara un conejo de la chistera.

El rostro de George se iluminó; no pudo resistir la tentación de tomarlas en sus manos, de jugar con esas piedras que parecían encerrar hielo y fuego.

-Son magníficas. Con ellas, demostraré a la señora cuánto deseo honrarla.

-Majestad, ¿puedo ser tan atrevido como para hacer una sugerencia? Una corona con gemas preciosas la hará sentirse como una princesa, y cuantos la miren, la honrarán como a tal.

El rostro de George resplandeció como si hubiese recibido una inspiración divina en ese preciso instante.

-¿Tiene usted una corona así?

La boca marcada de Savage se curvó en una de sus escasas sonrisas.

-En efecto, Majestad.

George cerró sus ojos y no se atrevió a imaginar siquiera el precio que Indian Savage pediría por semejante maravilla, aunque sabía que lo aceptaría por elevado que fuese. En el fondo de su corazón era consciente que Maria jamás tendría su corona real; le tocaba a él proporcionarle una pequeña que fuese para ella. La voz de Savage lo sacó de su ensoñación.

-Aunque estoy sumamente atareado, me propongo visitar esas dos propiedades en cuanto pueda; entonces haré saber mi preferencia a Su Alteza.

-Muy bien. Son antiguos castillos, ¿sabe usted? Y harán falta generosos recursos para su mantenimiento -advirtió George. Savage hizo una reverencia y se marchó. Si de algo no carecía era de generosos recursos; además, le importaba un bledo que se reverenciase a las antiguas fortunas y que las nuevas fueran consideradas sórdidas.

El príncipe de Gales decidió que ésa era la noche y, si bien había disfrutado mucho con la espera, consideró que ya se había prolongado más que suficiente.

-George, yo no puedo entrar en tu dormitorio; no está nada bien.

-Dame tu pequeña garra, gatita. -El príncipe de Gales aferró la mano de Maria y comenzó a tirar de ella-. Quiero hacerte una pregunta bastante íntima, Pussy. Y la intimidad de mi dormitorio es el único refugio donde nuestros secretos están a salvo, amada mía.

Maria se dejó persuadir, no sin ejercer cierta resistencia.

El príncipe George la hizo sentarse en una silla dorada, semejante a un trono, tapizada de seda china, y se apoyó sobre una rodilla flexionada.

-Indigno como soy de mi queridísimo ángel, me harías el hombre más feliz de la tierra si consintieras en ser mi esposa. Yo te adoraré siempre y, con este acto, te prometo todo mi amor y toda mi devoción.

-Oh, mi querido George, tus palabras me hacen llorar de felicidad. Mi respuesta sería sí, sí, y mil veces sí, si eso fuera posible.

Él cambió de rodilla.

-Ya lo he dispuesto todo, con gos. Celebraremos la ceremonia casita de Park. Tus dos tíos serán la ayuda de ciertos leales a mi el viernes por la noche, en tu nuestros testigos y mi querido ayudante Orlando Bridgeman, quien, por ser un Shropshire, está emparentado con tu familia, hará guardia en la entrada para cuidar de que el primer ministro no trate de interrumpir la ceremonia.

-Pero, mi queridísimo, ¿y qué haremos con el Acta de Matrimonio? -preguntó la pragmática Maria.

-Aunque secreto, nuestro matrimonio será legal a los ojos de la Iglesia. En el mismo instante en que yo sea rey, haré derogar el Acta, me casaré contigo otra vez y, de ese modo, también será legal para la corona. El reverendo Robert Burt ha accedido a cumplir la ceremonia.

Lo que no le dijo fue que éste había sido sobornado con quinientas libras, más la promesa de una promoción.

Cuando Maria vio las sortijas de diamantes que el príncipe llevaba en sus dedos y la gran estrella sobre su pecho, se dijo que no estaba soñando. Que ése era en verdad el príncipe de Gales y que estaba proponiéndole matrimonio. Quizá fuese un tanto irregular, pero era un matrimonio, al fin.

-Oh, George, mi amor, no puedo decirte que no por más tiempo.

George se incorporó, sonrojado por la alegría de su victoria. Tanteó dentro del bolsillo delantero y extrajo un saco de terciopelo que depositó en la pequeña garra de Maria.

-Eres la mejor joya del reino, que supera con su brillo a todas las otras, no obstante, quiero regalarte este collar como símbolo de mi profundo respeto por ti, Maria.

Al ver los diamantes y los zafiros, ella contuvo una exclamación.

-No quiero joyas, George, sólo te quiero a ti, pero, si te hace feliz, para mí será un honor aceptar tu regalo como prenda de amor.

Él la atrajo a sus brazos.

-Pussy, me has hecho el hombre más feliz del mundo. Hasta este momento, yo no conocía la felicidad. -La besó con fuerza, sobrecogido de emoción, y una lágrima rodó por su rubicunda mejilla-. Ah, gatita, vamos a divertirnos tanto juntos... ¿Sabes que cuando era niño mis

tutores me pegaban cada vez que me sorprendían tratando de divertirme un poco? Recuerdo que, en una ocasión, me pescaron saltando sobre la cama y me dieron una tunda muy cruel.

-Oh, Prinny, mi amor, yo trataré de compensarte por todo lo que has sufrido a manos de ellos.

-Pussy, ¿no querrías saltar sobre la cama conmigo? -preguntó él con infantil sinceridad.

-¿Ahora? -preguntó ella, desconcertada.

-Sí, ahora, mi pequeña y encantadora compañera de juegos. ¡Permíteme que te quite tus sandalias!

Los dos se quitaron los zapatos y George trepó a la enorme cama y ayudó a Maria a subirse junto a él. Se tomaron de las manos y comenzaron a saltar al unísono. Al segundo salto, cayeron rodando juntos, riendo como niños.

El príncipe estaba con ánimo amoroso y juguetón; los dos gateaban sobre la enorme cama.

-Te propongo un juego, Pussy. Tú sabes cómo quitar de mis hombros todo el peso de mis preocupaciones.

-¿A qué quieres que juguemos, Prinny, mi amor? -A las prendas. Iré a buscar los naipes.

Desde el principio del juego, el muy pillo, obviamente, hizo trampa; primero se quedó con el abanico de ella, luego con una media y, finalmente, con su vestido. También dejó ganar a María y, así, pudo sacarse su cuello alto, su chaleco y su camisa con sus iniciales.

Cuando ambos quedaron en ropa interior, Maria riendo con disimulo y ruborizándose, y George riendo a carcajadas y con una erección, los naipes quedaron olvidados y se dedicaron al juego previo de las caricias amorosas. Maria Fitzherbert excitaba al príncipe como ninguna mujer lo había hecho. Tenía un rostro adorable, un cutis como amasado con rosas y crema. Un pelo tan bonito que jamás se lo empolvaba; ella dejaba caer las hebras dorado pálido, de forma natural, sobre sus hombros regordetes. Pero lo que más excitaba a Su Alteza eran sus pechos. Eran muy grandes y suaves, y daban a su figura un aire voluptuoso y maternal a la vez, que enloquecía y hacía arder a George de deseo.

Con una expresión traviesa e infantil en su mirada, George trajo una bolsa de seda rosada: era un juguete recién inventado, y lo llamaban globo de aire.

-¿Qué es eso, George?

-Es un juguete muy divertido, que imita a los globos inflados con aire caliente. El aire tibio hace que floten. Juguemos a un último juego, Pussy.

Hinchó la bolsa de seda con su aliento cálido y, entonces, sus retozos eróticos comenzaron de lleno.

George hizo rebotar el globo en los pechos de Maria, luego en sus nalgas. Muy pronto, quiso impulsarlo con su larga erección al ver que los rubores de Maria ponían en sus pechos el mismo color rosado del balón. El aire caldeado de la habitación lo hacía subir cada vez más y, cuando Maria saltaba más alto, sus hermosos pechos saltaban arriba y

abajo, provocando al príncipe un deseo frenético. Rodeó a la mujer con sus brazos y los dos cayeron sin aliento sobre la inmensa cama.

Tendida de espaldas, la mirada de Maria se dirigió hacia el cielo raso; vio los dos cuerpos desnudos reflejados en los espejos. Era una visión sumamente erótica. Fascinada, observó cómo él la montaba. Nunca antes había disfrutado de nada tan impactante. Sus dos maridos anteriores habían sido ancianos; George era un hombre muy corpulento y se encontraba en la flor de la juventud. Por añadidura, el cuerpo de Maria lo convertía en un amante fogoso.

Ella no tardó mucho en estar húmeda y resbaladiza con la fricción de su gran espada. Se mordió los labios, sintiendo que la inundaban sucesivas oleadas de puro placer, hasta que al fin ya no pudo guardar más silencio. Sus manifestaciones de excitación fueron tan ruidosas que espolearon la pasión de George hacia nuevas alturas.

Aferró esos magníficos pechos en sus manos y la penetró hasta la empuñadura una última vez, y ambos proclamaron a gritos su orgasmo. Más tarde, con el príncipe acurrucado entre sus brazos, y mientras su boca ardiente succionaba su pezón hasta que se quedó dormido, ella reflexionaba sobre lo extraña que era la vida. Para sus anteriores esposos, ella no había sido más que una enfermera; ahora, en el extremo opuesto de la escala, era la compañera de juegos de un niño que sería rey.

Pocos segundos después de despertar, Tony recordó el horror de la noche pasada. Su ánimo se abatió de inmediato y sintió como un peso en el fondo del estómago. Y aunque no podía reservarse para sí lo que había sucedido, tampoco quería asustar a su abuela.

Tony resolvió hablar con el señor Burke; como Roz jamás bajaba antes de las diez, ése era el momento más apropiado. En el desayuno, hizo señas al señor Burke de que quería verlo en privado; el fiel criado, preocupado siempre por su joven ama, esperaba que ella lo hiciera partícipe de sus aflicciones.

Tony se levantó de la mesa y se dirigió a un salón que, por lo general, sólo se usaba para recibir visitas. El señor Burke se reunió con ella pocos minutos después y cerró la puerta, en previsión de doncellas indiscretas.

Tony ansiaba fumar, pero reprimió su deseo ante el señor Burke. -Anoche sucedió algo espantoso. Mi primo debió seguirme hasta Vauxhall Gardens. Yo había tomado la precaución de unirme a un grupo de conocidos, consciente de que estaría más segura cuanto más acompañada, pero, no sé cómo, me encontré sola en la niebla y advertí que alguien me seguía. Me dejé ganar por el pánico. Perdí el camino y eché a correr. Me sentí tan acorralada como un conejo, señor Burke.

Revivió la sensación de ser perseguida y se le hizo un nudo en la garganta.

El señor Burke vio cómo le temblaban las manos y, por un instante, temió que hubiese sido violada.

-Siga, querida. Puede contármelo todo -dijo con suavidad. -Yo sabía que debía llegar a Vauxhall Gardens de inmediato. El peligro me acechaba en cada sendero, detrás de cada árbol. Por fin, encontré los

portones de entrada y lancé un gran suspiro de alivio al hallarme, de nuevo, en un sitio concurrido. Pero mi alivio duró poco. Alguien me empujó desde atrás y caí al suelo, bajo los cascos y las ruedas de un coche que se acercaba. Fue un milagro que esta vez escapara a la muerte. No sé cómo, los caballos se hicieron a un lado, y el coche pasó sobre mí sin aplastarme con sus ruedas.

-¡Dios mío! Anoche, cuando llegó a casa, estaba herida y yo no hice nada.

Tony negó con la cabeza.

-Sólo estaba alarmada y lastimada, pero he sufrido algo peor que las magulladuras: tengo miedo. Miedo de verdad, señor Burke. No temo enfrentarme a Bernard Lamb; ya me he encontrado con él en el campo del honor sin un temor excesivo, pero ahora está acechándome. No tengo idea del momento en que va a atacar, y me siento vulnerable y con un miedo mortal.

Los labios del señor Burke formaron una línea dura y apretó los puños, impotente:

-¡Ese sucio cobarde! Tiene un cerebro retorcido y malvado. Su tutor tiene que estar informado, milady. Él tiene el deber de protegerla. De ahora en adelante, yo la acompañaré adondequiera que vaya... ¡y no iré desarmado!

En opinión del señor Burke, ya hacía demasiado tiempo que la carga de tratar de salvar Lamb Hall era demasiado pesada para los frágiles hombros de una niña. En un comienzo, la ficción había parecido adecuada, pero ahora comprendía que él nunca debería haber accedido a un plan tan audaz y escandaloso. Tendría que haber sabido que Antonia correría peligro teniendo en cuenta que Bernard Lamb había provocado la muerte de Anthony.

Tony dejó caer los hombros.

-La sola idea de decírselo a Adam Savage y arriesgarme a merecer su desprecio me resulta aborrecible. Pero, supongo que no tengo otra alternativa. No tengo a nadie más a quien acudir. ¿Vendrá usted conmigo a Half-Moon?

El señor Burke propuso a Antonia seguirla en lugar de caminar junto a ella. De ese modo, él, podría observar a cualquiera que estuviese tras los pasos del joven lord Lamb y, al mismo tiempo, cuidarle las espaldas.

Tony llegó sin incidentes a la casa de la calle Mayfair y aguardó, en la recepción, a que el señor Burke la alcanzara.

En ese mismo momento, Adam Savage estaba bajando la escalera para salir.

-Tony, eres precisamente el hombre que quería ver. Como de costumbre, se me ha hecho tarde para ir al Parlamento, pero, por un par de minutos más, no habrá problema. Quiero que me hagas un favor enorme, que implica ir a Irlanda.

-¿A Irlanda?

Tony se colgó de sus palabras, pues eso significaba la posibilidad de escapar de Londres y de Bernard Lamb.

-Sí, lo creas o no, estoy a punto de entrar en las sagradas filas de la nobleza -dijo, en tono burlón-, aunque se trate de la nobleza de Irlanda. He sobornado a Su Alteza Real, y me ha ofrecido elegir entre dos castillos. No sólo cuento con poco tiempo, sino que además no sé mucho acerca de castillos. Pero supongo que tú sí...

El ánimo de Tony se renovó de inmediato ante la espléndida noticia.

-Bueno, el caso es que, hasta cierto punto, he malgastado mi infancia estudiando arquitectura antigua.

-Aquí tienes la oportunidad de poner a prueba tus conocimientos. Me gustaría que visitaras Blackwater, en el condado de Waterford, y que evaluaras el lugar. Quizá la semana próxima tenga tiempo para visitar la otra propiedad, que está en Cork. Entonces, me encontraré contigo en Blackwater y haremos juntos el viaje de regreso.

En ese instante llegó el señor Burke.

-Buenos días, Burke. Quizá pueda usted viajar con Tony a Irlanda. Venga a la planta alta. Haré que Sloane le dé las indicaciones necesarias y lo provea de fondos. La mejor manera de llegar es por barco, desde Bristol.

El señor Burke se dio cuenta de que Antonia no había confiado a Savage los sucesos de la noche anterior. En ese momento, ella veía la propuesta del viaje a Irlanda como una salvación. Burke sabía que de aquel modo no hacía más que postergar la inevitable confesión de la muchacha a su tutor, pero él sabía guardar su lugar y ni siquiera se le habría pasado por la cabeza divulgar el secreto de Antonia. Tal decisión corría por cuenta de ella.

El andar de Tony era mucho más ligero cuando regresó a la calle Curzon.

-Señor Burke, quiero agradecerle que no me haya obligado a confesar. Me sentiré mucho más segura fuera del país. No le molestará acompañarme, ¿verdad?

-Corresponde que yo la acompañe; por otra parte., estoy impaciente por visitar mi tierra natal.

Tony echó una mirada nerviosa por encima del hombro. -Tenemos que cercioramos bien de que mi primo no nos siga. Si lo hiciera, Irlanda sería mucho menos segura que Londres. Cuando volvieron, Roz estaba desayunando.

-Bueno, ¿se han levantado y han salido temprano o acaban de regresar?

-Claro que no. Como me llamaron de Half-Moon, pedí al señor Burke que me acompañara. -Era una mentira pequeña-. Adam Savage va a convertirse en par irlandés, y quiere que yo vaya a comprobar el estado de un castillo en Waterford. Confía mucho en mi opinión, pues ha visto lo que hice en Edenwood. Desde luego, el señor Burke deberá viajar conmigo -se apresuró a agregar, antes de que Roz pudiese protestar.

Lady Randolph y el señor Burke intercambiaron miradas cargadas de significado.

-Antonia, no quería alarmarte; por eso no he dicho nada, pero creo que ayer vi a Bernard Lamb en la esquina de la calle Curzon. Un temor, que amenazaba convertirse en terror liso y llano, invadió a Tony y empalideció el placer que había sentido ante la perspectiva de viajar a Irlanda.

-Se me ocurre algo -intervino el señor Burke-. ¿Por qué no se pone su propia ropa y viaja como una dama?

-¡Qué espléndida idea! -se entusiasmó Roz-. Yo iré contigo a la Oficina Central de Coches a despedirte; podrás comprar pasajes para Bath en lugar de Bristol. Después, cuando llegues a Bath, podrás comprar tu pasaje para lo que reste de viaje. Cualquiera que esté vigilando o haciendo preguntas creerá que eres Antonia, que regresa de ese elegante balneario, igual que cualquier otra dama de hoy día.

Después de pensarlo, Tony admitió que la idea tenía sus ventajas. Abrió su baúl para guardar la ropa de Anthony y se encontró con el corpiño dorado que había usado en Venecia. Al rozarla con sus dedos, la prenda le evocó imágenes tan íntimas que no quiso que Roz la viese. Se apresuró a cubrirlo con la ropa de su hermano y luego preparó un bolso con su propia ropa de viaje, suficiente para una noche.

Antonia optó por un vestido verde claro con una pelliza de viaje, de terciopelo verde jade. Se empolvó el pelo y dejó un largo tirabuzón cayendo sobre su hombro izquierdo, bajo un sombrero de tul adornado con cintas y plumas de avestruz. Se sentía rara y también inhibida usando de nuevo corsé y enaguas. Enfundada en sus pantalones, podía andar a zancadas o adoptar poses más relajadas; con la falda, en cambio, debía moverse con más decoro.

Roz sólo puso dos vestidos de más para el viaje, porque Tony insistió en que serían más que suficientes, ya que, en cuanto pisara tierra irlandesa, volvería a vestirse de varón.

El puerto de Bristol está a poco más de ciento noventa kilómetros de Londres, por lo que era necesario pernoctar en una posada de diligencias. Tony se alegró de contar con la compañía del señor Burke, pues él, con su típico ingenio irlandés, la ayudaría a pasar las largas horas de viaje en coche. Se sentía incómoda y constreñida por su ropa; hubiese preferido, sin dudarlo, viajar en el pescante junto al cochero, pero no pudo menos que admitir que el sexo opuesto la trataba con suma galantería e impecables modales cuando iba vestida de mujer. Por otra parte, el caballero y la joven dama que viajaban en tan cordial compañía no suscitaron ningún comentario; quienes los veían sin conocerlos los tomaban por padre e hija.

Cuando el carruaje se detuvo en Reading, Antonia se convenció de que no podría entrar en la taberna a beber cerveza y fumar; una vez más, confirmó que éste era un mundo de hombres. A cada kilómetro que se alejaban de Londres iban disminuyendo su temor y su aprehensión respecto de Bernard Lamb. Cuando llegaron a Bath, su primo ya no ocupaba espacio en sus pensamientos y se prometió no volver a pensar en él hasta que retornase a Londres. Su lúgubre sombra se había proyectado sobre buena parte de su vida y ahora ella merecía al fin un respiro.

Bristol era un ajetreado puerto que bullía de marineros y de barcos provenientes de tierras lejanas. Naves de la Armada Británica estaban ancladas junto a galeones españoles y barcos mercantes hindúes, mientras las pequeñas embarcaciones pesqueras pujaban por conseguir espacio en los muelles para descargar su pesca.

En una posada al lado de los muelles, Antonia se vistió con las ropas de Anthony, y viajando como dos hombres, en compañía del señor Burke, no tuvieron inconvenientes en comprar dos pasajes hacia Dungarvan, un puerto en la costa del condado de Waterford. Si bien la primavera se percibía en el aire de manera inconfundible, el mar céltico estaba muy picado. A Tony no la afectó, pero el señor Burke empezó a adquirir un tono verdoso, a sentir náuseas; entonces ella tuvo ocasión de compensar las atenciones que él había volcado antes sobre ella. Le sostuvo el cubo y le limpió suavemente la frente con un paño húmedo, mientras él vomitaba hasta las tripas. Tony no regresó a su propio camarote hasta que el señor Burke se hubo dormido, agotado.

A la mañana siguiente, cuando salieron a cubierta, estaban entrando en el puerto de Dungarvan. El sol brillaba, como dándoles la bienvenida. Tony comprobó que, a diferencia del puerto inglés de Bristol, aquella pequeña ciudad irlandesa de mar sólo estaba habitada por gente del lugar. Ya en tierra, con sus maletas junto a ellos, atraían las miradas de todos.

Preguntaron a algunas personas acerca del castillo de Blackwater, y les informaron que miraba hacia el valle del mismo nombre, a menos de veinte kilómetros tierra adentro. Como no podían alquilar caballos, en el último momento se decidieron por un carro tirado por un pony. Burke demostró cierto recelo, pero Tony le aseguró, riendo, que ella se encargaría de conducir.

Le contó la historia de la carrera de faetones en Richmond, que había ganado, y él la miró de reojo. Al recordar el modo en que Bernard Lamb la había obligado a salirse del camino, su furia impotente se renovó. Luego recordó la expresión de la cara de Adam Savage al ver el estado de su flamante faetón y, esbozando una sonrisa torcida, entendió por qué él dudaba de que la culpa fuese de su primo y, en cambio, se inclinara a creer que era de ella.

El valle era de un verde más intenso que el que ella jamás había visto en Inglaterra. Los arbustos de cardencha y espino vibraban con los cantos de los pájaros. El aire estaba cargado con la fragancia de las flores primaverales, mezclada con menta, almizcle y malvarrosa, mientras recorrían un sendero que serpenteaba entre las praderas y el río Blackwater. Vieron a lo lejos la muralla almenada y las erguidas torres de un castillo por encima de las copas de los árboles; a medida que se acercaban, vieron el propio castillo, que se erguía sobre un promontorio cubierto de árboles que miraba hacia el río.

Tony guió el carro a través de un arco céltico, pasaron ante muros cubiertos de hiedra, llegaron a una casilla de guardia formada por dos torres gemelas y traspasaron luego el portón medieval, para entrar en el patio. Poco a poco, impulsados por la curiosidad, fueron reuniéndose los sirvientes. Un palafrenero, un jardinero y un ama de llaves, todos

con expresiones amistosas, se adelantaron a ver quién visitaba su vetusto castellum.

Tony entregó las riendas del carro al mozo de cuadra. -Buenas tardes, soy lord Lamb. He venido a examinar el castillo por orden del nuevo marqués de Blackwater.

Pronunció el saludo sin pensarlo demasiado, pues, en el fondo de su corazón, Antonia sabía que no había duda posible entre este castillo y cualquier otro lugar de la tierra.

Por lo demás, sus palabras produjeron un efecto inmediato sobre los cuidadores. El ama de llaves hizo una reverencia y los hombres se tocaron las gorras en señal de respeto.

-Éste es el señor Burke, mi mayordomo desde hace muchos años.

El apellido irlandés produjo sonrisas de contento. La entrada principal era una puerta en arcada, cubierta por planchas de madera maciza, rematadas con goznes de cinta de hierro. El señor Burke tomó el baúl, Tony, una de las maletas, y el ama de llaves, la otra. Entraron a un vestíbulo principal donde ardía un fuego de troncos en el hogar.

A continuación, el ama de llaves, que se presentó como la señora Kenny, los condujo a través de un salón al que denominó sala de banquetes, donde había otro hogar con una repisa en relieve, que llevaba inscrita la leyenda CEAD MILLE FAILTE, «Cien mil veces bienvenidos». Todos los muebles eran de roble y de la época medieval.

-Estoy segura de que ahora querrán ver las habitaciones -aventuró la señora Kenny-. En esta ala hay siete dormitorios dobles y, por supuesto, la habitación de la torre.

-Oh, me gustaría la habitación de la torre -se apresuró a decir Tony.

La señora Kenny la precedió y subieron dos tramos de empinada escalera, luego anduvieron por un largo corredor; Tony sonrió al señor Burke, que se esforzaba por seguirlas de cerca, cargando el baúl en su hombro.

Cuando llegaron, el ama de llaves puso los ojos en blanco, como diciendo a Burke: «¿No es típico de los señoritos elegir la habitación más lejana e incómoda, sin pensar ni siquiera un instante en el pobre tonto que tiene que cargar con su equipaje?».

-¿Cuándo querrá usted cenar, milord?

-A la hora que le vaya mejor a la cocinera, señora Kenny -aseguró Tony.

-Bueno, la cocinera soy yo, de modo que podrá usted cenar a las seis, si no le importa.

-Me parece muy bien, gracias.

En cuanto la señora Kenny se hubo ido, Tony corrió hacia la ventana:

-La vista es maravillosa. Se puede ver hasta el valle y las praderas que están en la orilla más lejana del río. Desde aquí, el agua parece verde oscura... ¡Y mire, señor Burke, allá enfrente están las montañas!

-Ésas deben ser las montañas Knockmealdown.

Antonia se volvió de espaldas a la ventana y el señor Burke pensó que nunca la había visto tan radiante.

-Blackwater es perfecto -dijo ella, extasiada.

Durante los días que siguieron, Tony exploró hasta el último rincón del castillo y del parque. Había un salón de desayunar, sala y hasta salón de billares, así como una pequeña biblioteca y una capilla, si bien en lamentable estado. Fuera había un jardín superior y uno inferior; además, un huerto de perales, manzanos silvestres e higueras. Para Tony constituyó un gran placer usar una escalera secreta que conducía a la casa de guardia con sus torrecillas gemelas, debajo de los muros cargados de flores del jardín, de los que pendían rosales trepadores, con sus primeras flores.

Junto al salón de desayunar, en un pequeño jardín amurallado, Tony descubrió un tesoro: era una hamaca colgada entre la sombra de dos árboles, aunque las pequeñas hojas primaverales aún dejaban filtrar el sol y entibiaban el ambiente como si ya fuese a mediados de verano.

Un día, después de comer, ella tomó unos papeles que había encontrado en la biblioteca y en los que se contaba la historia del castillo, y se tumbó en la hamaca para leerlos. Empezó a soñar despierta hasta que el sueño la venció mientras la hamaca se mecía suavemente.

Aquel fin de semana, Adam Savage navegó hacia Cork. En los últimos siete días había realizado ya dos viajes a Francia; tenía la sensación de que no hacía otra cosa que caminar por la cubierta de un barco. Cuando llegó a Kinsale, lo impresionó la vasta extensión que rodeaba al castillo. La costa era salvaje y abrupta; permaneció allí, en el promontorio de esas pintorescas tierras, dejando que la brisa de primavera revolviese sus cabellos negros. Y, si bien era muy grato, se le ocurrió que en invierno debía de ser sombrío y tormentoso. Antes de marcharse, se convenció de que podría sentirse muy satisfecho con aquel castillo y sus terrenos.

Probó el sonido del título en su lengua: marqués de Kinsale. Tenía cierta resonancia interesante. Compró un caballo y resolvió cabalgar hasta Blackwater, en el condado vecino, a unos sesenta y cuatro kilómetros de allí.

A medida que avanzaba tierra adentro, Savage notó que el clima era más suave que en la costa. La primavera ya se hacía notar, y las flores silvestres llenaban los setos, mientras los rosales que trepaban por todos los muros exhibían sus primeras rosas.

Savage anduvo por el mismo camino que había tomado el carro para llegar a Blackwater. Había visto los muros almenados y las torres desde un risco cubierto de árboles, al otro lado del río. Pasó con su caballo por debajo de un arco céltico, pasó ante la medieval casilla de guardia y entró en el patio.

Un palafrenero se acercó de inmediato para hacerse cargo de su caballo pues, al ver la figura poderosa de aquel individuo y su porte autoritario, dedujo que estaba ante el marqués en persona. Al entrar en el vestíbulo, Savage tuvo la sensación de que estaba en su hogar. La señora Kenny ya se disponía a hacer una reverencia, pero Adam la hizo

incorporarse de inmediato y le dijo que le agradaría recorrer el lugar por sí mismo. Y lo que vio le gustó. Kinsale se borró de su memoria.

Desde las ventanas del salón de desayunar, de cristales emplomados descubrió a Tony en una hamaca, y salió al pequeño jardín amurallado. Contempló a la persona que dormía y el juego de la luz le hizo parpadear: unas pestañas oscuras, en forma de delicadas medialunas, que se posaban sobre unas mejillas rosadas. Una mano delgada, curvada sobre su pecho. Los femeninos rasgos del joven hicieron fruncir el entrecejo de Savage.

En aquel momento, Tony abrió sus ojos y se puso ceñuda, irritada al ver que Adam la había sorprendido durmiendo. Se levantó de un salto, metió una mano en el bolsillo de su pantalón y recogió las páginas esparcidas.

-Bienvenido a Blackwater. No es preciso que mires más. Este sitio es perfecto. En sus orígenes era una abadía, y quien empezó la construcción del castillo fue el rey Juan. ¡Imagínate... el rey Juan! Ven a ver el salón de banquetes -lo instó, entusiasta.

Adam Savage permaneció con la vista fija, pensando que Tony podría pasar por mujer sin mucho esfuerzo. Sus pestañas eran rizadas y sus labios plenos, casi sensuales. Tony caminaba delante de él, y Adam recorrió con la mirada su cuerpo alto. El pelo recogido del muchacho había crecido mucho, y el trasero que tenía ante sus ojos era muy redondeado. ¿Sería posible que Tony fuese una mujer? ¡No, qué idea tan ridícula! La desechó de inmediato.

Savage recorrió con su mirada el bello y antiguo salón, pero sus ojos volvían una y otra vez a Tony. Pensó que ojalá pudiese ver a través de la camisa de cambray. Creyó ver el contorno de un pecho, aunque quizá fuese su imaginación.

-Mira esto -le invitó Tony.

En ese instante, Savage empezó a observar con disimulo: vio con qué amoroso cuidado Tony acariciaba la repisa de la chimenea. «Toca las cosas como lo haría una mujer», pensó Savage, sin poder sacarse de la cabeza la sospecha que se había infiltrado en ella. Su mano ansiaba tirar de la correa de cuero que sujetaba ese largo pelo oscuro y se afanó por buscar una excusa aceptable para hacerlo.

-Aquí no hay suficiente luz para leer lo que está grabado. -Se sacó la cinta que sujetaba su pelo y ató con ella una de las cortinas-. Dame tu lazo.

Tony titubeó. Se llevó la mano al pelo y luego la apartó, pues no quería que él lo viera suelto y cayéndole sobre los hombros. Por fin, con movimiento decidido, se quitó la cinta y la entregó a Adam.

Savage vio con nitidez el sonrojo que tiñó las mejillas de Tony cuando sus dedos se tocaron. El muchacho era bellísimo así, con sus cabellos cayéndole sobre los hombros. ¡Si es que en realidad era un muchacho! Savage trató de convencerse de que sus sospechas eran absurdas, mientras revivía para sus adentros los meses vividos desde que se conocían.

-Hay, incluso, un salón de billares. Ven a verlo -dijo Tony. Ella nunca había conocido a otro hombre tan magnético como Savage en su

vida. Su pelo negro se le rizaba en torno del cuello y no pudo evitar recordar cuando había enredado sus dedos en él. El ambiente romántico de Blackwater estaba provocando estragos en sus emociones. Ansiaba que Adam la tomara en sus brazos, anhelaba que su boca descendiera sobre la de ella y la poseyera. Si se le concediera un solo deseo, sería que éste hombre le hiciera el amor a ella, en ese castillo señorial.

-No, antes quiero ver el río.

Savage necesitaba confirmar o desechar la idea de que Tony era una mujer; sólo había una forma de hacerlo: tenía que lograr que se quitara la ropa.

Tony siguió a Adam, sin dejar de parlotear.

-El río está lleno de salmones. ¡Si se consigue una caña lo bastante larga, se puede pescar desde la ventana de la sala! Cuando ya estaban en la orilla, contemplando esas aguas verde oscuro, Savage dijo:

-Estoy acalorado y lleno de polvo por el viaje, ¿por qué no nos damos una zambullida?

Tony retrocedió unos pasos.

-No, ve tú. Lo más probable es que el agua esté fría, aunque haya salido el sol.

-No seas cobarde: el agua fría nunca ha hecho daño a un hombre.

Savage avanzó hacia ella, que adivinó demasiado tarde su intención. Adam aferró la muñeca de Tony con firmeza y tiró de ella en dirección al agua.

Tony tiraba hacia atrás con todas sus fuerzas, pero sus intentos de resistencia eran inútiles contra un individuo tan fuerte como Savage. Todos sus instintos le gritaban que Savage estaba a punto de desnudarla. Y cuando él asió su camisa, ella forcejeó, enloquecida, hasta que sintió una mano fuerte que tomaba uno de sus pechos.

Savage quedó atónito: su mano estaba sobre uno de los pechos más firmes que había tocado. Pero, para convencerse por completo, su vista tenía que confirmar lo que sus sentidos y su tacto le decían que era cierto. Aferró la camisa para arrancársela y cuando ella también tiró de la tela, ésta se desgarró.

Savage se encontró abrazando a una mujer medio desnuda. Una nube de cabellos negros en desorden, unos vehementes ojos verdes y esa boca enfurruñada que parecía dispuesta a morderlo: en suma, una exótica gata salvaje.

El corazón de Tony empezó a latir agitadamente al tiempo que la mirada penetrante de él descubría al fin su secreto. Sus pechos estaban expuestos a esa mirada de hielo.

-¿Quién diablos eres tú? -preguntó Savage.

-Antonia Lamb, ¿quién diablos podría ser? -respondió ella, en medio de un sollozo, y huyó corriendo, colina arriba, de regreso al castillo.

CAPÍTULO 33

Cuando llegó a su cuarto, en la torre, Antonia estaba temblando. Entre ellos dos había estado cerniéndose una tormenta desde aquel día en que Adam Savage había mirado a lord Anthony Lamb con abierto desdén. Habían superado algunas borrascas cuando el choque entre sus dos personalidades había causado perturbaciones peligrosas en el ambiente, pero Antonia sabía que el cataclismo que estaba a punto de desatarse sería de grandes proporciones. Había visto la expresión de él, y no había otra palabra para describirla: era salvaje. En sus mejores momentos, él la hacía amilanarse e intimidarse, pero cuando su furia estaba por descargarse... ¡era aterrador!

Se arrancó del cuerpo la camisa desgarrada y buscó un vestido. Su pelo suelto caía como una cascada sobre sus hombros, en total desorden. La puerta se abrió de golpe y Savage entró. Ella se volvió, apretando el vestido verde contra su cuerpo desnudo y aquel rostro ensombrecido de furia le hizo retroceder. Ese hombre era el diablo encarnado. ¡Podía sentir el fuego y oler el azufre!

Savage contuvo su paso e intentó reprimir su furia al comprender vagamente que ya no podía contar con la libertad de irrumpir en su dormitorio.

-En cuanto se haya quitado esos escandalosos pantalones, quiero que baje, señorita.

Giró sobre sus talones y dio un portazo, haciendo bailotear los soportes para las velas que había en las paredes.

Antonia se apoyó sin fuerzas en la puerta del armario, con los ojos desbordantes de lágrimas. Aspiró una gran bocanada de aire con la intención de recomponerse. Antes de bajar, se arreglaría para resultar femenina y atractiva. Una vez que le explicase su difícil situación, él lo comprendería todo. Qué remordimiento sentiría por su explosión de salvajismo. Estaba bien que hubiese descubierto la verdad: ahora, él la protegería del peligro que encarnaba su malvado primo.

Antonia se puso bragas y enaguas, y luego se sentó en el borde de la cama para quitarse los calcetines con sus manos temblorosas. Se puso el vestido verde claro y ató las cintas de las mangas. Mientras se cepillaba la enredada mata de pelo negro, examinó el estado de su cara. Las lágrimas habían dejado pegajosas sus pestañas, y sus labios estaban exangües. Tomó un lápiz de labios color rosa y lo aplicó en su boca, para enfatizar su femenina plenitud. Pensó en recoger sus rizos con una cinta, y luego desechó la idea: ¡por Dios, era preferible no exagerar! Sus sandalias de tacones la harían parecer más alta y le darían la confianza que necesitaba para bajar a encontrarse con él. Para entonces, él ya se habría serenado un tanto.

Savage estaba de pie ante la repisa de la chimenea, en el enorme salón de banquetes. Atravesar todo aquel salón exigía una buena dosis de valor. Mientras se acercaba lentamente a él, Antonia vio que la silueta poderosa de Savage tapaba casi toda la boca del hogar. El rostro de ese hombre parecía tallado en caoba. La cicatriz que surcaba su boca se destacaba, lívida.

-¿A qué juego estás jugando? -dijo él, y su voz resonó como un látigo.

Ella se mordió el labio inferior y luego, dijo, sin respirar:

-Es muy sencillo: mi hermano Anthony, no Antonia, se perdió en el mar en aquella terrible tormenta. Y yo ocupé el lugar de mi hermano gemelo ya que, de lo contrario, habría perdido Lamb Hall.

En el semblante del hombre asomó una expresión de incredulidad y de horror.

-¡Perra mentirosa!

Los ojos de Antonia se dilataron de sorpresa.

-Creo que no lo entiendes. Con la muerte de Anthony, el título y la propiedad irían a manos de Bernard Lamb.

-Lo entiendo muy bien. Eres una pequeña perra intrigante. ¡No puedo creer que seas tan mercenaria!

La ira estuvo a punto de ahogar a la muchacha; lo abofeteó en la cara.

Él se abalanzó sobre ella, poseído por una furia funesta, y Antonia comprendió demasiado tarde lo que había hecho. El propio miedo le infundió un insospechado valor.

-¡Vamos, pégame, como hiciste cuando creíste que había dejado embarazada a Dolly! ¡Yo creía que pegar a una mujer iba en contra de tu rígido código de honor!

Aquellas palabras hirientes no hicieron más que aumentar el disgusto que Adam experimentaba hacia sí mismo, en especial por haberse dejado engañar y, aún peor, por una mujer.

-¿Cómo diablos pude haber pensado, alguna vez, que tú eras un varón?

-¿Quieres que te lo diga? En realidad, nunca me miraste. Te bastó echar una sola mirada despectiva a Tony, con esos ojos helados que tienes, y lo descartaste por inútil. Te comportaste como un canalla arrogante y lo trataste con el más profundo desdén, porque no cumplía con lo que, en tu opinión, debe ser un hombre.

-Calla -rugió él-. ¡Tu lenguaje y tu comportamiento son escandalosos, indignantes!

-Fuiste tú quien me dio el ejemplo. ¡Tú, el que me ha enseñado a jurar, a beber, y el que me ha arrastrado por todos los prostíbulos de Londres!

-¡Dios Todopoderoso! -musitó Savage, recordando cómo había educado al joven Tony Lamb.

-Según tu rasero, un hombre es el que tiene a una ramera debajo de él cada noche. Bueno, para mí, la medida de un hombre la da su valor. Yo reuní el valor suficiente para retar a duelo al asesino de mi hermano y, ¡por todos los cielos y los infiernos, también te retaré a ti, si es que tienes agallas!

Adam Savage apretó los puños para no golpearla: nunca, en toda su existencia, había estado tan furioso. Giró sobre sus talones e interpuso entre ellos una distancia lo bastante grande para no matarla.

Savage fue directamente hasta el río Blackwater, se arrancó la ropa y se zambulló, con el propósito de aplacar su furia. Ella era su pupila. La hija de Eve, la niña a quien, en otro tiempo, había pensado en tratar como a una hija. Pero no era una niña, era una mujer adulta.

Una verdadera beldad de cabellos renegridos, con los modales y la conducta de un escolar alocado. ¡En realidad, lo que ella necesitaba era una buena paliza!

Lo había tratado como a un condenado estúpido. Él le había invitado a cigarros y coñac. Ella había andado merodeando por ahí con ese grupo de disolutos de la casa Carlton, había corrido una carrera de faetones, había hecho locas apuestas y, ¡por Judas Iscariote, había visto a los hombres hacer uso de los orinales!

Esa mujer le causaba indignación porque había violado cada una de las reglas de la corrección. Su comportamiento era ofensivo, degradante, escandaloso. A cada instante que pasaba, Savage se tornaba más sombrío. El colmo de la conducta de Antonia había sido retar a duelo a un hombre. Ya para un joven lord era una actitud incalificable, pero era peor aún para una joven dama. Se había visto obligado a sacarla a hurtadillas del país. Palideció al recordar la grosería de los miembros de la tripulación que habían sido sus compañeros en el Flying Dragon... ¡McSwine, por el amor de Dios!

Savage salió del agua fresca del río y se sacudió, como hacen los animales para quitarse el agua de su piel. Alisó su largo pelo negro y lo apartó de su frente, luego se puso la camisa y los pantalones. Ya estaba en condiciones de controlar su irritación. Ahora, iba a entrar y a enunciar las reglas que debería seguir lady Antonia Lamb. ¡Si él, precisamente, era su tutor legal y, por lo tanto, el responsable de su dinero y de su moral! Si llegaba a saberse, un fragmento siquiera, de tan incalificable escándalo, la reputación de la muchacha quedaría destruida sin remedio posible. Sería apartada por todas las mujeres respetables, y los hombres le harían proposiciones indignas. Ningún caballero le propondría matrimonio. Estaba al borde de la ruina personal. Nunca había conocido a otra mujer que necesitara más que ella una mano firme.

Entró en el salón de banquetes con paso decidido; sintió cierta satisfacción al ver que ella estaba en el mismo lugar en que la había dejado.

-Antonia -pronunció con voz profunda y firme, una voz que no invitaba a la broma.

Ella se volvió, de espaldas a la repisa de la chimenea, en medio de un susurro de sedas, y él se quedó mirándola, boquiabierto, incrédulo: ¡estaba fumando un puro! La serena disposición de ánimo de Adam se esfumó por la chimenea. De un solo paso, estuvo junto a ella y arrancó el cigarro de la mano de la muchacha, arrojándolo al fuego.

-¿Cómo te atreves? -bramó-. Se supone que eres una dama y no una vulgar ramera.

-A ti no te disgustan las vulgares rameras -replicó ella con insolencia.

-¡Silencio! -tronó él-. Yo soy tu tutor. Si dices una sola insolencia más, te daré una tunda.

Antonia quiso replicar: «No te atreverías», pero se tragó esas palabras. Estaba segura de que Adam Savage se atrevería, sin lugar a dudas. Le bajaría las bragas y le sacudiría el trasero con tanto afán que

ella no podría sentarse durante una semana. Sus ojos lanzaban chispas, pero se mordió la lengua.

-Ahora bien, lady Lamb; yo dictaré las reglas, y tú las seguirás escrupulosamente. Esta comedia se termina ahora mismo. No volverás a insolentarte conmigo, ni con la mirada ni de palabra. No volverás a salir sin acompañante. No volverás a maldecir, a fumar o beber. En otras palabras, señorita, serás una dama en todo el sentido de la palabra.

-¡Jamás!

-¿Qué dijiste? -preguntó él con tono amenazador.

Ella retrocedió deprisa, conteniendo el posible ataque con las manos extendidas.

-¡No tienes la más remota idea de lo odioso que es ser una dama! Bajo la personalidad de Anthony podía ir adonde quería, decir lo que me diera la gana. Podía elegir a mis amigos, hacer apuestas. Comer o beber cualquier cosa que se me ocurriese. Podía mantenerme sobria como un juez o beber hasta perder la conciencia. Podía citar a Shakespeare o reír con una copla maliciosa. Podía disparar a las aves del bosque o a los faroles de la casa Carlton. Dicho de otro modo, cuando era Anthony, yo era libre. ¡Libre de elegir! Como Antonia, debo ser recatada, correcta y cortés. Debo ser una dama. Ser una dama es igual que ser una prisionera. ¡No tener, nunca más, la libertad de elegir!

-¡Ya está bien! -ordenó él-. Has nacido como dama y, por Dios, serás una dama mientras yo sea tu tutor. No puedo imaginarme cómo fue posible que lady Randolph tolerase este plan vergonzoso.

Sus helados ojos azules desbordaban de desprecio hacia ella. -¡Eso se debe a que eres un condenado imbécil! Bernard Lamb saboteó nuestro barco para que la caña del timón se quebrase cuando estuviera en medio de una tormenta. Él asesinó a mi hermano gemelo y ha intentado asesinarme a mí varias veces. ¡La noche anterior a mi partida para Irlanda me empujó bajo las ruedas de un coche que pasaba!

Se alzó la falda y se bajó una media para mostrarle el enorme hematoma que tenía en el muslo.

Savage se quedó mirándola boquiabierto ante su falta de pudor. ¡Dios, aquellas piernas eran interminables!

Se pasó la lengua por los labios, súbitamente secos. -A su dormitorio, señorita.

Ella se volvió y le dio la espalda, apenada al ver que no le creía.

Sin demora, Savage buscó al señor Burke; lo encontró en la cocina, limpiando un par de salmones frescos que, sin duda, había pescado en el río. El semblante de Burke era tan impasible que a Savage no le quedaron dudas: ese hombre debía saber lo que estaba sucediendo.

-Burke, es evidente que está usted al tanto del engaño del que he sido víctima. ¿Podría darme una explicación de estas deliberadas mentiras o, sencillamente, debo creer que Lamb Hall es un manicomio habitado por lunáticos?

El señor Burke se lavó las manos. -¿Me permite sentarme, milord?

-Por el amor de Dios, no empiece a tratarme de «milord». Estoy seguro de que podremos hablar de hombre a hombre. Los dos se sentaron ante la maciza mesa de roble de la cocina. -Tal vez yo mismo, sin advertirlo, fui quien inició todo esto. Los dos hermanos llevaban impermeables amarillos cuando salieron a navegar. Después de la tormenta, cuando lady Randolph y yo vimos que no regresaban, nos volvimos locos buscándolos y esperando. Por fin, el agua arrojó a uno de ellos a la playa, medio muerto. Yo pensé que era Anthony. La ropa empapada lo hacía pesado cuando lo cargué, y el pelo mojado echado hacia atrás me acabó de convencer de que habíamos encontrado al muchacho. Roz también pensó que se trataba de Anthony.

»Cuando le quitamos la ropa y ella recuperó la conciencia, para nuestra sorpresa descubrimos que, en realidad, no era Anthony sino Antonia. Aquél fue el tercer accidente ocurrido, en rápida sucesión, inmediatamente después de la visita que Bernard Lamb nos hizo para darnos sus condolencias por la muerte del padre de los gemelos: ¡una muerte que lo dejaba como heredero directo del título, de Lamb Hall, de la casa de Londres, todo! Sospechamos que los accidentes no habían sido una casualidad.

»Lady Randolph ya sabía qué era perder su casa pues, cuando murió lord Randolph, como no habían tenido hijos, todo pasó a su heredero varón, y Roz fue a vivir a Lamb Hall. Si se sabía que Anthony había muerto, su heredero masculino, Bernard Lamb se quedaría con todo.

»Era un plan audaz, pero Antonia insistía en que ella no hacía otra cosa que salvaguardar lo que pertenecía a su hermano hasta que él regresara. Pasó mucho tiempo antes de que ella aceptara que él jamás regresaría.

Savage se pasó los dedos por entre sus cabellos negros. Su expresión ya no era glacial, y su mentón se adelantaba, como expresando indignación.

-¿Cree usted de verdad que Bernard Lamb ha tenido algo que ver en esto?

-Así es, señor. Hace días que alguien sigue a Antonia. La semana pasada, cuando se marchaba de Vauxhall, la empujaron debajo de un coche. Estaba tan aterrorizada que no quería salir de la casa. Cuando fuimos a la casa de la calle Half-Moon fue para buscar su protección. Usted le ofreció el viaje a Irlanda y ella se aferró a él como un modo de escapar, como una salvación.

-Todo esto es absurdo. ¡Como una de las ridículas obras de Sheridan!

-No quisiera ser irrespetuoso, señor, pero no estoy burlándome de usted. Lady Antonia es la mujer más valerosa que yo he conocido.

-Maldita sea; ésa no es la cuestión, hombre. jamás deberían haberle permitido que hiciera el papel de su hermano gemelo. Un joven lord de la Inglaterra actual tiene demasiadas licencias; goza de carta blanca para entregarse al libertinaje. ¡Lo más probable es que Antonia haya sido arruinada para siempre!

-Bueno, me he dado cuenta hace rato de que ha sido un terrible error. No sólo es muy incorrecto sino, también, muy peligroso.

-Bueno, al menos coincidimos en un punto. Puede quedarse tranquilo: esta locura se ha terminado. Ha acabado, señor Burke.

-Que Dios sea loado, milord.

-¿Tendría usted la amabilidad de decir a lady Lamb que quiero volver a hablar con ella? Pienso que tal vez el jardín sea el sitio más neutral.

Antonia contemplaba las montañas lejanas desde la ventana de la habitación de la torre, en el castillo de Blackwater. ¿Por qué él la había mirado con tanto desdén? Ella le había contado lo que le había hecho su odiado primo y le había mostrado el morado; ¿por qué él no la había rodeado con sus fuertes brazos, asegurándole que la protegería? Cerró los ojos cuando el dolor que sentía en su corazón se hizo insoportable, pero eso no impidió que sus lágrimas se escurrieran por debajo de sus pestañas. Lo había convertido todo en un terrible embrollo. A él le disgustaba pensar en ella andando por ahí con su atuendo masculino. Nunca miraría a Antonia como había mirado a Ann. ¡Ni en un millón de años lograría atraerle!

Ni una sola noche había dejado de revivir la intimidad que habían vivido en Venecia. Aún podía saborear sus besos, sentir los labios de él modelando sus labios, separándolos para que su lengua pudiese explorar la tibieza recóndita de su boca. El recuerdo de aquella lengua áspera deslizándose en lo más profundo de su boca y en otros sitios íntimos, la hizo estremecerse. La lengua del Leopardo.

Al oír un golpe suave en la puerta de su habitación, se sobresaltó. Entró el señor Burke y le dijo, en voz baja:

-Hemos hablado. Le he contado lo que sucedió la noche en que desapareció Anthony. Y él quiere volver a hablar con usted en el jardín. No creo que sea duro con usted, Antonia.

-Gracias, señor Burke. Nunca habría podido hacerlo sin usted.

Cuando el mayordomo se retiró, Tony se secó los ojos y pensó en dejar a Savage esperando. Pero no, mejor no. El señor Burke le había dicho que él no sería duro, lo cual significaba que ya habría desahogado su cólera. Si le hacía esperar, era muy posible que volviera a enfadarse.

Entró en el jardín y aminoró su marcha al ver que el semblante de Adam todavía era serio. Llegó hasta ella el perfume de las hermosas flores que bordeaban el jardín, y se le llenaron otra vez los ojos de lágrimas, pensando en lo que podría haber sido.

-He hablado con el señor Burke y comprendo que hayas creído de verdad que Bernard Lamb era el responsable del accidente de tu hermano.

Al comprender el cabal significado de sus palabras Antonia se encolerizó.

-¡Tú, en cambio, no crees que semejante cosa sea posible! -¡Lo investigaré! ¡Espero que comprendas que no habrías tenido nada que temer de tu primo si no hubieras actuado como tu hermano!

La cólera de Savage había vuelto a estallar. Era evidente que ellos dos ni siquiera podían conversar sin que volaran chispas. -No tenía

alternativa. ¡Si crees que yo entregaría al asesino de Anthony todo lo que le pertenecía es porque tienes el cerebro de una hormiga!

-¡Cállate! ¡No toleraré tu insolencia!

La cicatriz de su boca le confería un aire cruel y siniestro. Su mirada glacial era implacable.

Ella lo oyó, pero no le hizo caso. Estaba de un talante temerario y peligroso.

-Como soy una mujer, siempre me negarás el derecho a expresarme. ¡Ojalá Dios me hubiese concedido el don de haber nacido hombre!

-Pequeña serpiente mentirosa, no es verdad que desees eso. Eres mujer hasta la médula de tus huesos. Tú te regodeas en el hecho de ser mujer, con todas sus típicas armas perversas; como todas las mujeres, eres codiciosa y quieres, además, contar con todos los privilegios de los hombres. Para ti no era más que un condenado juego eso de andar por ahí paseándote en pantalones, haciendo y diciendo cualquier cosa que se cruzara en esa intrigante cabeza femenina tuya, por más atroz que fuese. Tratando como a un estúpido a cada hombre con el que te cruzabas.

Antonia sacudió la cabeza, y su pelo renegrido le barrió los hombros en salvaje desorden. Sus ojos airados brillaban como esmeraldas:

-¡No necesito tratar a los hombres como si fueran estúpidos: ellos lo consiguen solos!

Savage ya no estaba enfadado; estaba provocándola por el simple placer de contemplarla. Cuando estaba furiosa, era la criatura más fascinante que había visto en su vida.

-Además, no tienes escrúpulos -lanzó él.

-¿Que no tengo escrúpulos? ¡Yo no tengo escrúpulos! ¡Tú lo dices, hijo de perra! -Se abalanzó sobre él con los puños cerrados y lo golpeó en el pecho-. Eres tú quien no tiene escrúpulos. Harías cualquier cosa por dinero, porque el dinero representa poder. Violas la ley. haces contrabando con cualquier cosa, con todo, aunque sea ilegal. Ocupas tus tardes en acostarte con cuanta anfitriona influyente exista en Londres, y pasas todas tus noches en algún burdel. ¡Y, hablando de escrúpulos; acabas de comprar un título de nobleza, maldito lord Blackwater!

Savage volvió a sentir una ciega furia. Ella ejercía sobre él un efecto incendiario. Le aferró las manos y se las puso a los costados. Las retuvo en un cruel apretón mientras le hablaba con voz amenazadora:

-Esa farsa ridícula era por completo innecesaria, como tú bien sabías, lady Perra. Cuando tu hermano desapareció, habría bastado con que dijeras que había ido a Ceilán a consolar a tu madre.

Antonia se quedó mirándolo, atónita, en silencio. Qué sencillo. ¿Por qué diablos no se le había ocurrido?

-Te libraré de mi inescrupulosa presencia. Las anfitrionas londinenses están aguardando el regreso de mi insaciable virilidad. -La plateada cicatriz que le atravesaba el labio daba la impresión de burlarse de ella. Adam hizo un ademán-. Por favor, no dejes de disfrutar

de la hospitalidad del castillo de Blackwater durante el tiempo que se te antoje. Tengo que ocuparme de un contrabando a Francia -dijo, con absoluta sinceridad.

CAPÍTULO 34

Adam Savage cabalgó hasta Dungarvan al anochecer, y pagó su pasaje en un barco que salía hacia Inglaterra. Por mucho que intentaba apartar de su mente a lady Antonia Lamb y sus jugarretas, no lo lograba. Volvía a vivir cada pensamiento, cada palabra, desde el instante en que la viera dormida en la hamaca y supiera de golpe que Tony Lamb no era un joven afeminado, sino una verdadera mujer.

El descubrimiento lo había aturdido; al mismo tiempo, percibía en el fondo de su mente algo que no encajaba, aunque no podía precisar de qué se trataba. Y cada vez que creía poder determinar qué era, se le escapaba.

Mientras cruzaba el mar de Irlanda, volvía a pensar en el tiempo que había pasado con Tony Lamb, tratando de convertirlo en un hombre. Gimió al recordar la ocasión en que la había llevado de regreso a su casa completamente borracha y la había entregado al señor Burke. Evocó con toda nitidez la ocasión en que había puesto una pala en sus manos en el establo de Edenwood y se había quedado mirando cómo sacaba estiércol. De repente, se puso a reír. Desde luego, era una mujer valerosa: había limpiado media docena de establos, por lo menos.

Se sonrojó al recordar que había pedido a Tony que se metiera en su litera y luego, con toda premeditación, había hecho creer al policía francés que eran amantes homosexuales. Y, a pesar de que Tony había entendido perfectamente la situación, a juzgar por su enfado, se había quedado atendiéndolo toda la noche, mientras él se recuperaba de su herida.

Dios, ahora se explicaba por qué había demostrado tan buen gusto en amueblar una casa y que hubiese elegido, para importar y exportar, trajes y pelucas de mujer: claro, si esas cosas las conocía a fondo. Por María y José, ¿cómo era posible que él no se hubiera dado cuenta nunca de que Tony era mujer? Y, por añadidura, una mujer muy bella y deseable.

Reprimió de inmediato tan temerarios pensamientos. Él era su tutor, ella era su pupila, y era además la criatura más exasperante que había conocido en su vida. ¿Qué había en ella que le daba la impresión de remover algún otro recuerdo? Sus sentidos se reavivaron. ¿Qué era, qué era eso que daba vueltas, escurridizo, en su cabeza?

Estaba dispuesto a ir a fondo en el maldito asunto de Bernard Lamb. Si él constituía un peligro para Antonia, Adam la libraría de él. Savage se paseó por cubierta, evitando tanto a los pasajeros como a los marineros, y se instaló en la proa, donde el viento tal vez barriese las telarañas que poblaban su cerebro. Sin duda, estaba equivocado con respecto a una cosa. Los hombres se pelearían por pedirla en matrimonio, puesto que era raro encontrar a una mujer bella y dotada

de fuego y pasión. Su madre, Eve, palidecía en comparación con ella, resultaba insignificante. Esos soñadores ojos verdes que, en pocos segundos, se llenaban de chispas, esas largas y esbeltas piernas... No, no podía ser. ¡Ann! ¡Ann Lambeth! ¡Por eso no pudieron hallarse rastros de Ann Lambeth: porque era, en realidad, Antonia Lamb!

Era un pensamiento que le repugnaba. De pronto, sintió que ardía de furia. Mucho más furioso que cuando había descubierto que Tony era mujer. ¡Esa pequeña perra intrigante! ¡Lo que había hecho era ofensivo para la sensibilidad de cualquiera! ¡Dios Todopoderoso: él era el tutor de Antonia! Hasta era probable que llegara a ser su hija. ¡Casi se podía calificar de incesto! Que un tutor se acostara con su pupila era algo que violaba todo código de honor. Desde el punto de vista moral, era despreciable. Su furia alcanzó límites insospechados. Su rabia era ciega. A grandes zancadas, fue hasta el capitán que estaba junto a la rueda del timón.

-¡Quiero regresar a Irlanda de inmediato!

El capitán lo miró como si se hubiese vuelto loco.

-¡No puedo hacer volver el barco en mitad del mar de Irlanda!

-¿Por qué no? -preguntó Savage.

-Porque la ruta ya está acordada. Estamos en mitad de la noche y hay otros pasajeros; pedirían que se les devolviese su dinero.

-Le pagaré lo que sea, de modo que le resulte rentable llevar nuevamente el barco a Dungarvan.

El capitán lo miró con semblante reflexivo; en pocos minutos, llegaron a un acuerdo satisfactorio.

El alba tocaba el cielo con sus dedos sonrosados mientras Savage recorría, de nuevo, a caballo, los casi veinte kilómetros que lo separaban de Blackwater.

-Para los navegantes, el cielo rojo por la mañana anuncia tormenta -murmuró, viendo que se aproximaba una borrasca. Blackwater comenzaba a despertar. Cantaban los gallos, el ganado mugía. Sobre las lozanas hojas verdes, las gotas de rocío relucían como diamantes y cada telaraña parecía una constelación de gemas.

En cuanto pisó el vestíbulo señorial del castillo lo asaltó el delicioso olor del jamón y del pan recién horneado. Subió una escalera, entró en un gran dormitorio doble y dejó su maleta. Algo lo atrajo hacia la ventana; al acercarse, hizo una inspiración profunda cuando comprendió que había elegido el ala que se proyectaba sobre el risco. Esa habitación resultaba perfecta. Había una sólida cama de cuatro postes, el hogar estaba tallado en piedra del lugar. La habitación estaba como suspendida entre el cielo y la tierra, y el paisaje que se divisaba desde sus ventanas daba miedo.

Savage captó un atisbo de su propia imagen en el espejo y al verse así, sin afeitar y desarreglado, supo que su imagen debía producir mucho más temor que el paisaje. «Por Dios», pensó, «hoy, ella no se atrevería a desafiarme. No sospecha, siquiera, que he regresado. Será un ataque por sorpresa.» Puso una sonrisa de satisfacción. En última instancia, su orgullo no le permitiría dejarse ver tan desarreglado por

su diosa dorada. Savage se afeitó, se cambió de ropa; sólo entonces bajó.

Sin quererlo, el señor Burke arqueó las cejas al ver a Adam Savage. La noche pasada había oído sollozar a Antonia, después de marcharse Savage enfadado del castillo; esa mañana había pensado en prepararle una bandeja con el desayuno para reconfortarla. Ahora, sabía que eso no era posible. Sin duda, Savage estaba aguardando a que ella bajara. Había regresado para el segundo asalto.

Si bien Savage había amortiguado los fuegos de su furia, las brasas aún ardían debajo de la superficie y amenazaban con convertirse en llamas con cada tictac del reloj.

Antonia bajó. Llevaba un vestido de muselina color crema, con rosas del mismo color entrelazadas en sus sedosos rizos negros. Era la imagen misma de la inocencia, la vulnerabilidad y la dulzura. El corazón de Adam dio un vuelco. Pero, enseguida, su mal genio dominó a su corazón; avanzó hacia ella en actitud amenazadora.

-Debo de ser el hombre más estúpido de la tierra para no haber reconocido tus ojos de gata.

-La conciencia crítica de uno mismo es un don precioso -repuso ella con suavidad.

Si bien sus palabras encerraban una burla, su tono no. -¿Acaso tienes una vaga idea de la magnitud de tu desliz? -la voz de Adam parecía un látigo que cortaba el aire-. Yo soy tu tutor. ¿Acaso no comprendes que la intimidad entre nosotros es inconcebible?

-Inconcebible -admitió ella.

El mal humor de él se convirtió en furia.

-¡Lo que has hecho es escandaloso! -tronó él.

-Escandaloso -volvió a admitir ella, con la misma suavidad. -¡Yo soy el encargado de velar por tu moral! -bramó él-. ¡Lo que me indujiste a hacer está prohibido! -Prohibido -susurró ella, añorante.

-¡Basta! ¡Estás comportándote como una cortesana promiscua!

-Las imágenes del Kama Sutra que me mostraste me enseñaron mucho -dijo Antonia con una sonrisa seductora.

-¡Dios mío! ¿Es que no tienes vergüenza?

-Tú me enseñaste que cuando un hombre y una mujer comparten una cama no hay espacio para la vergüenza.

-¡Tienes diecisiete años! -gritó Adam. -Eso no te importaba en Venecia.

-Por supuesto que importaba. ¿Por qué diablos creíste que no te violaría, que no te arrebataría la virginidad?

-Tú dijiste que sería un obsequio para mi amante -susurró ella, incitante.

Adam la aferró por los hombros con la intención de sacudirla y hacerle recuperar el sentido común. Sus manos fueron bruscas, su rostro estaba ensombrecido por la rabia. La sacudió con tanta fuerza que le hizo castañetear los dientes; cuando acabó, ella se acercó a él con movimientos sensuales y lo miró en el fondo de sus ojos azul plateados.

-Entre nosotros hay un asunto pendiente, Adam.

Ahora, él sentía no sólo ira sino también lujuria: una poderosa mezcla. La apartó con violencia. Ella estaba intentando seducirlo mientras que él debía reprimir su deseo de tumbarla en el suelo, abrirle los muslos sobre la alfombra de seda y penetrarla hasta ahogarse en ella.

Adam Savage cabalgó hasta adentrarse en el valle del Blackwater, con la intención de librarse de la ira y la lujuria. Muy pronto, el encanto del paisaje que lo rodeaba derritió su cólera. Dondequiera que mirara veía una belleza casi temible en el castillo de altas torres, el agua verde oscura, el frondoso valle. Fue como si ese rincón de Irlanda, que ahora era suyo, estuviese bajo un hechizo. O, tal vez, fuese él quien estuviera hechizado y Blackwater lo poseyera a él. Adam había absorbido su vetusta belleza y ésta le había penetrado en el corazón.

La imagen de Antonia lo acompañaba con su intensidad. La furia se había disipado, pero la lujuria no. Pensó que era lógico que hubiese encontrado a su diosa dorada aquí, pues ella era una hechicera. En Venecia, ella había volcado su embrujo sobre él. En aquella ciudad eterna ambos habían vivido un romance. Su imagen vibrante estaba ante él cada vez que cerraba los ojos. Con cada aliento que inspiraba, él sentía su perfume de violetas silvestres. El recuerdo del cuerpo de ella era como seda caliente bajo sus dedos callosos. Le bastaba evocar su sabor, su persistente fragancia, y su cuerpo se excitaba. Con todo, Adam Savage era consciente de que no eran ni sus ojos verdes ni sus largas piernas lo que lo retenía preso en su hechizo, sino su reacción desbordante y generosa. Él le parecía extremadamente atractivo, y ella no hacía un secreto de eso. Sus cicatrices, en lugar de repelerla, la excitaban.

De todos modos, él se obligó a enfrentar los hechos. Iba contra las costumbres de la sociedad que un tutor se convirtiese en el amante de su pupila. Él era un sujeto ambicioso. Y si quería ser escuchado en Inglaterra, necesitaba de la aprobación de sus pares y de todos aquellos que ejercieran influencia. Llevaba a cabo muchas actividades clandestinas que debía mantener en el más absoluto secreto, por lo tanto, no podía permitirse una unión que lo condenaría ante la mirada de la sociedad.

En cualquier caso, Antonia merecía algo mejor. Necesitaba un espléndido matrimonio que, entre otras cosas, la mantuviese a salvo de los Bernard Lamb de este mundo. A ella le apasionaban las mansiones, los muebles lujosos y los jardines informales. Necesitaba un esposo con la riqueza suficiente para permitirle darse tales gustos. Ya no habría más confrontaciones entre ellos: serían amigos. Cuando ella hacía de Anthony, no había ningún tema del cual no pudiesen hablar; así pues, seguiría siendo así. Conversarían acerca de todo y harían planes para el futuro. Mientras seguía cabalgando hacia el castillo, el marqués de Blackwater ya se sentía casi noble.

Antonia no apareció en toda la tarde; eso hizo posible que Savage explorara su castillo, los jardines y las mil cuatrocientas hectáreas de su dominio. Habló con todos los arrendatarios, conoció sus nombres, averiguó quién sembraba y quién criaba ganado. Cuando le contaron

cuánto pagaban a la Corona, frunció el entrecejo, enfadado: él sabía lo duro que era reunir tanto dinero. Rebajó las rentas a la mitad y agradeció el hecho de que su fortuna fuese tan grande como para permitirle realizar ese gesto de buena voluntad. Averiguó que, allí cerca, en Tallow, había un mercado donde se hacía una feria de caballos y resolvió ir un día a visitarla antes de marcharse.

El señor Burke le anunció que la cena sería a las ocho y que el salmón, pescado y ahumado en la región, bien valía la pena la espera. Adam Savage se afeitó con cuidado y se. quitó los pantalones de montar y las botas. Se puso una camisa limpia de hilo, aunque no se tomó la molestia de ponerse corbata ni cuello alto.

Entró en el salón de banquetes y vio que las llamas iluminaban las paredes como lenguas, de la misma forma que lo debían haber hecho siglos atrás. Antonia había llegado antes que él y estaba sentada ante la mesa de refectorio iluminada con velas. Tomó asiento enfrente de ella y sus ojos se abrieron asombrados al ver qué llevaba puesto: era el corpiño dorado, en forma de corona, que había usado en Venecia. El pulso de Adam se aceleró, sus testículos se hincharon, y tuvo que aplicar una voluntad de hierro para dominar su deseo.

Una vez que hubo logrado controlarse, sonrió con sarcasmo. Sabía claramente a qué estaba jugando ella: estaba tratando de seducirlo. En Venecia había tenido éxito, pero esta noche sería diferente, sin duda.

Él habló primero, como correspondía; su voz era profunda y su tono firme.

-Antonia, esta noche marcará un nuevo comienzo para nosotros. Nos conocemos demasiado para guardar formalidades; por eso, espero que podamos sentirnos cómodos cuando estemos juntos.

Aquella noche, Antonia no tenía la menor intención de provocar una discusión entre ellos. Le prestó absoluta atención, sin decir palabra, con la esperanza de que el ambiente romántico y su atractivo atuendo, que le permitía insinuar sus pechos, lo tentaría a entregarse al retozo.

-Te ruego que me perdones por todo lo que te exigí cuando creía que eras el joven lord Anthony Lamb.

Tuvo la cortesía de esperar una respuesta, pero ella se limitó a hundir su cuchara en la sopa y a mirarlo con sus soñadores ojos verdes.

Antonia quiso decirle que aceptaba sus disculpas, pero temió que eso constituyese una provocación: Adam Savage no era persona que se disculpara con frecuencia.

Él terminó su sopa.

-De ahora en adelante, tenemos que cuidar mucho tu reputación. Yo ya he explicado a la señora Kenny que tú llegaste aquí vestida de hombre para evitar murmuraciones, porque no venía contigo ninguna acompañante. Tu apariencia, tan poco convencional, la hacía morir de curiosidad.

El señor Burke les trajo el salmón ahumado con perejil y salsa de eneldo. Lo sirvió acompañado de pequeñas patatas nuevas, puntas de espárragos, zanahorias, también pequeñas, y nabos. Completaba el

plato una ensalada de escalonias, setas frescas, berros y helechos comestibles. Mientras ellos saboreaban el salmón, salían del horno perdices y pastel de conejo.

Ahora era el turno de Antonia para sonreír. Primero, había sido varón, ahora era mujer. Se preguntó qué pensaría de ella, esa noche, la señora Kenny.

Adam contemplaba el juego de luces y sombras sobre el bello rostro de Tony y sus hombros desnudos; se preguntó cuáles serían sus pensamientos secretos. Tenía la sensación de que ella sabía algo que él ignoraba. Entonces, cometió el error de mirarle la boca y el efecto fue inmediato e intenso. Esa boca estaba hecha para el amor.

Antonia hundió un dedo en la salsa y lo lamió. Él tuvo una erección inmediata; tuvo que moverse de manera imperceptible para aflojar la tensión de la tela que ceñía apretadamente su vientre y muslos. Trató de ahogar su deseo, pero éste estaba desatado, fuera de control; recordó la sensación de tener en su boca ese sensual labio inferior. Sintió una sacudida que desde la punta de su falo fue extendiéndose por todo su ser cuando ella se estiró para tomar su copa y su pecho pareció escaparse del corpiño. Ya no tenía hambre de comida pues otra clase de apetito roía sus entrañas.

Cuando el señor Burke entró llevando el plato siguiente, Adam le hizo una seña negativa con la cabeza y le dijo que, por el momento, eso era todo. Se aclaró la voz:

-Cuando regresemos a Londres, harás tu debut en sociedad como lady Antonia Lamb. Dirás que has estado de visita en casa de unos amigos, en el campo. Y yo haré que se sepa que lord Anthony Lamb está en Ceilán.

Antonia lo miró sin escucharlo, mientras él procuraba ordenar su vida. Ahí, sentado, en el salón de banquetes de su propio castillo, asumía una actitud de espontánea arrogancia. Con su largo pelo negro y su rostro surcado de cicatrices, podría haber sido un guerrero antiguo. Antonia tembló al imaginar su cuerpo bronceado conquistándola a ella, obligándola a entregarse a él. Hubiese vendido su alma por que esa fantasía se concretara.

Adam Savage dejó su servilleta sobre la mesa y desplazó su silla hacia atrás, esperando a que ella se pusiera de pie. Tenía un aire tal de compostura, de control de sí mismo, que el deseo más ferviente de Antonia era hacer trizas aquella máscara. Se levantó de la mesa y Adam hizo lo mismo, pero lo que vio lo clavó por un momento en el suelo, como si hubiese echado raíces. Junto con el femenino corpiño de tul dorado, ella llevaba unos ceñidos pantalones y sandalias de tacón alto. Esos pantalones de muchacho destacaban sus largas y esbeltas piernas, y apretaban su delicioso trasero redondo. Adam recordó esas piernas rodeando su cuerpo desnudo... y estuvo perdido.

Todo propósito de hacer que se casara con otro se desvaneció en el aire: ella era suya. Y la retendría para siempre.

Se acercó a ella y la alzó en sus poderosos brazos. Con voz tersa y sensual como el terciopelo negro, murmuró:

-Entre nosotros hay un asunto pendiente.

CAPÍTULO 35

Antonia rodeó con sus brazos ese cuello, que era como una gruesa columna, y se estremeció cuando sus dedos se enredaron en el largo pelo negro. Apoyó la mejilla sobre su ancho hombro y oyó el latido regular de su corazón, mientras él caminaba hacia la escalera. Sentía el lino áspero de la camisa en su suave mejilla y, de pronto, todo su cuerpo se relajó al comprender que sin la menor duda el vello negro del pecho desnudo de Adam sería mucho más áspero aún. Cerró los ojos y su fragancia varonil la invadió, provocándole una embriaguez de deseo.

Los brazos de Adam la apretaron con más fuerza mientras él subía la escalera, y ella sintió sus muslos como de mármol en sus nalgas y la inundó una oleada de euforia ante la noción del poder que ella ejercía sobre él, el poder que le daba la capacidad de despertar tales reacciones en ese cuerpo magnífico. Él la llevaba con tanta facilidad que ella podía regodearse en su gran energía sexual, segura de que la volcaría toda sobre ella.

De repente, se sintió invadida por la timidez y los recelos. ¿Qué pasaría si ella no era lo bastante mujer para Savage? Echó una mirada furtiva a su rostro, mientras la llevaba hasta su habitación. Los ojos azules con reflejos plateados se miraban en los suyos con tal intensidad que combinaban en ellos el fuego y el hielo. Su boca estaba tensa y dura, y tenía una apariencia indeciblemente cruel. Antonia hizo una brusca y breve inspiración de aire. Nunca, hasta entonces, había visto un rostro así. Él parecía un sátiro; no, mejor dicho, tenía la ferocidad de un animal salvaje, primitivo e indómito. Parecía un leopardo.

Del cuerpo del hombre brotaba un calor que la quemaba. Su intensa masculinidad la abrumó. ¿Estaba loca para permitirle que la llevara a su cama? Él era tan sombrío que la asustaba. ¡Era demasiado grande para ella, era demasiado mayor para ella! Era un libertino con mucha experiencia, inmoral, muy conocedor de las perversiones, la corrupción y el pecado.

Adam Savage llevaba. en brazos a su presa hacia su cama; sentía una súbita oleada de lujuria, tan intensa que temió ahogarse en su propio deseo. Hasta la sangre se espesó en sus venas, y sintió latir el pecho, las ingles, las plantas de los pies. Su sexo estaba tan atiborrado de sangre que le resultaba difícil subir la escalera y, cuando su falo rozaba las nalgas de ella, sufría una exquisita tortura.

El pelo negro de ella, igual que el suyo, caía sobre el hombro de Adam como una cascada. Sus ojos verdes parecían anchos, insondables estanques. Antes de que él hubiese terminado con ella, vería al deseo oscurecer esos ojos, la sensualidad los opacaba, la llama de la lujuria encendida por él los hacía arder y, por fin, una deliciosa languidez los tornaba claros y soñadores.

El perfume de ella era una embriagadora mezcla de violetas y aroma de mujer. Adam quería saborearla, pero no confiaba en sí mismo: temía morder y aplastar esa boca, que lo incitaba a la locura. La

depositó sobre su cama y su mirada recorrió todo el largo de sus esbeltas piernas enfundadas en los pantalones. Nunca había visto a una mujer en pantalones, y el resultado era increíblemente erótico. Tony era consciente del efecto que aquello ejercería sobre él. Se los había puesto con ese corpiño tan femenino y con sus sandalias de tacón alto con el deliberado propósito de provocar su hombría y arrebatarle los sentidos.

Antonia se aferraba a él como si su deseo fuese igual de intenso que el de él, y eso lo incitó casi hasta el punto de la ferocidad. Cuando la dejó sobre la ancha cama, captó la expresión de pánico de su rostro; de repente, supo que ella estaba asustada. Eso hizo girar, dentro de su pecho, una espiral de ternura. Se sentó al lado de ella y la contempló; Antonia estaba inmóvil.

-Cariño, ¿tienes miedo al acto o me temes a mí? -No... no sé -respondió ella, con voz desmayada. -Sospecho que un poco de cada cosa -murmuró él.

-De ... pronto, me has dado la impresión de ser tan peligroso...

Él arqueó una ceja.

-No se debe jugar con fuego si uno no quiere quemarse. Antonia recordó que en Venecia él le había dicho que no atravesaría su himen porque no tenían tiempo de que ella se habituara al dolor y pudieran luego superar esa etapa. Esa noche tendrían tiempo.

-Adam, la última vez que estuvimos juntos fue la noche más maravillosa de mi vida. ¿Puedes hacer que vuelva a ser así? -Puedo intentarlo -susurró él, rozándole la mejilla con el dorso de los dedos-. Aquella vez, como yo me negué tú lo deseabas tanto que creíste morir. Ahora, en cambio, como sabes que voy a completar el coito, no estás nada segura de desearlo. Así de perversa es la naturaleza humana, y tú eres la mujer más perversa que yo he conocido.

Un delicioso estremecimiento la recorrió y sus labios dibujaron una sonrisa. Él la miraba como si quisiera devorársela, y esa mirada la hacía sentirse bella y deseable, por encima de todas las demás mujeres. Comenzaba a pensar que las innumerables monedas que había arrojado, siendo niña, a la fuente de los deseos, habían obrado su magia, convirtiéndolos en realidad.

Adam supo que debía amortiguar los fuegos de su deseo y, al mismo tiempo, reencender los de ella hasta tal punto que consumieran hasta la última brizna de sus temores y recelo. Él se apoyó en los brazos y se inclinó sobre ella, hasta tocar con su boca la suya, y entonces comenzó a excitarla.

-Recuerdo vagamente que te prohibí volver a usar ropas masculinas. Entonces, exhibiste ante mí esas largas y hermosas piernas que tienes con el expreso propósito de despertar mi ira y mi lujuria.

Le rozó los labios con los suyos.

-¿Y lo logré? -susurró ella, conteniendo el aliento.

-Ya lo creo -respondió él con voz ronca, rozándole, ahora, sus labios con la punta de la lengua-. Voy a quitarte los pantalones, pero no he resuelto aún si voy a calentarte el trasero o a besarlo.

Esas palabras y su misma cercanía hicieron palpitar el corazón de Antonia. Abrió la boca para responder a la incitación, y él la invadió al instante, dominándola, poseyéndola por completo. Fue un beso intenso, que la marcó a fuego como su mujer. Y ese beso la excitó hasta tal punto que ella deseó ser su esclava, obedecer sus órdenes, sin importarle lo depravadas que fuesen sus exigencias.

Él se puso de pie, pero sin apartar la vista del rostro de ella. No quería perderse una sola de las emociones que ella experimentaba, por mínimas que fuesen. Antonia seguía con sus ojos las manos de él que se quitaba la camisa de lino y los pantalones. Los ojos verdes de la mujer se agrandaron de placer cuando su desnudez quedó expuesta en todo su esplendor. No tenía dudas de que era el macho más perfecto creado por la naturaleza.

Él desplegaba ante ella su morena virilidad y ella admiraba a ese soberbio ejemplo de hombría. Antonia ansiaba estar desnuda con él, anhelaba el contacto de las pieles desnudas, la caliente fricción de uno contra otro, la fusión de las bocas, el intercambio de calor entre los cuerpos, hasta que el deseo dejara a ambos enloquecidos. El deseo de todo aquello que, hasta ese momento, era para ella un hondo y prohibido misterio.

Él le sacó las sandalias de tacón alto y contuvo la respiración, anticipándose al momento, mientras iba bajando sus pantalones de muchacho por las piernas largas y esbeltas. Debajo, ella no llevaba nada, y Adam tuvo el regocijo de divisar algo sonrosado bajo los sedosos rizos negros que había entre las piernas de Antonia. Mientras le sacaba el corpiño, sin quitar la vista de su rostro, sus pulgares callosos rozaban los suaves picos de sus pechos buscando la emoción de sentirlos erguirse hasta quedar convertidos en duras puntas de flecha. Vio cómo se oscurecían sus ojos de deseo, sin advertir que los suyos también habían cambiado de color.

-Tus ojos son tan azules como las aguas del golfo de Vizcaya -murmuró ella.

Siempre le diría esas mismas palabras: formarían parte de un ritual para ellos. Siempre serían, para él, una invitación a hacerle el amor. Minúsculos temblores agitaron los pechos de Antonia, su barriga, sus muslos; él no se perdió ni uno solo.

Adam se tendió, cuan largo era, junto a ella en la cama y ella gimió, pues tuvo la sensación de que el cuerpo de él estaba en contacto con cada milímetro de su piel desnuda. Hundió la cara en el hueco de su garganta y olió, probó, besó la carne bronceada que tan bien recordaba, y que había deseado desde aquella vez en Venecia.

Él entrelazó los dedos entre la enredada melena de Tony, le tomó la cara entre sus manos y la acercó a la suya. La besó con besos suaves, demorados y, entre uno y otro, susurraba palabras de amor, le decía lo hermosa que era para su vista y para todos sus sentidos.

Como tenía las manos libres, Antonia pudo explorar los fuertes músculos de los hombros de él y la pelambre áspera que cubría su pecho.

Sintió que el miembro viril, duro como el mármol, se erguía entre los dos cuerpos y se apretaba contra su barriga suave. Estiró la mano para acariciarlo, y al sentir su enorme tamaño, contuvo una exclamación. Se apartó un poco de sus brazos para observar esa misteriosa parte masculina, y vio que emergía, orgullosa, de entre un nido de apretados rizos negros. Era muy gruesa y se curvaba hacia el ombligo. Su cabeza era tersa como el satén y la sangre que palpitaba en ella le daba un tono bermellón. Recordó lo que él le había explicado: que se curvaba para adaptarse a la curva que había en el interior del cuerpo de la mujer. ¡Su cuerpo! Se echó a temblar.

Le costaba creer que algo tan grueso y largo pudiese caber dentro de su cuerpo. Recordaba con nitidez que no había podido resistir la tentación de llevarse a la boca aquella cabeza. Había sentido el deseo de tenerla dentro de su cuerpo, y sus labios le habían dado cabida, sin inconvenientes, a pesar de su gran tamaño. Ahora, se deslizó hacia abajo por el cuerpo de él, ansiando probarlo, sentirlo hincharse y palpitar con su lengua.

Antes de que ella llegara a su meta, Adam atrajo de nuevo su cara hacia él.

-No, mi amor. Esta noche, no.

Los ojos de Antonia ya estaban velados por una sensualidad que ella necesitaba expresar por medio de la unión física. La boca ardiente de él fue dejando un rastro por su garganta, y luego él sostuvo sus pechos en sus manos encallecidas y los alzó hasta su boca, de modo que cada uno de ellos recibiera su tributo. Primero besó las enhiestas cimas, luego las lamió, enroscó su lengua en ellas y succionó, introduciéndolas por entero en su boca, como si estuviese arrancando una sabrosa cereza de su tallo. Y le pareció tan deliciosa que tuvo que contenerse para no morderla.

Antonia se sentía fiebre de deseo, lo quería más de lo que había querido nada hasta entonces y, al mismo tiempo, deseándolo menos que a nada hasta ese momento. Tenía la sensación de que él estaba llevándola al borde de la locura.

-Por favor, por favor -suplicaba-. Por favor, no me hagas mucho daño.

-Mi cielo, deja que tu temor se desvanezca. Seré paciente y delicado contigo... -su voz_ fue apagándose, y aclaró-: Una sola vez.

-¿No siempre? -exhaló ella. Él negó con la cabeza.

-Sólo esta primera vez. Yo, cuando hago el amor, soy primitivo, salvaje, incluso cruel. Mi amor será como una tempestad, te pondrá al rojo vivo, te penetraré con impulso feroz, me hundiré en ti, y lo haré con todas mis fuerzas. Querida mía: eres tan desinhibida que no creo que necesites de mi gentileza más allá de la primera vez.

En los ojos de Antonia esas provocativas palabras encendieron las llamas del deseo. Él separó sus largas y adorables piernas y peinó con sus dedos las sedosas hebras, buscando el rosado centro de su feminidad. Cuando llegó el momento en que comenzó a dar breves gritos y arquear el pubis hacia su mano, él deslizó las yemas de sus dedos dentro de su hendidura y la acarició hasta sentir que se

humedecía. Entonces, se arrodilló entre sus muslos, puso un pulgar a cada lado de la hendidura y separó sus rosados labios.

Descendió hasta que la hinchada cabeza de su miembro quedó apoyada con firmeza contra la protuberancia femenina, sacó sus pulgares y la apretada vaina pareció chupar la punta de su falo, atrayéndolo hacia su interior y ciñéndolo con sus músculos, pequeños pero fuertes.

Adam no embistió; en cambio, la besó con fuerza, concentrando allí su juego amoroso, demostrándole con la lengua lo que iba a hacerle con su arma masculina. Embriagada por sus besos, ella no sintió dolor, y las paredes, húmedas de pasión, dejaron pasar su miembro hasta mayor profundidad. Él estaba a mitad de camino y ella sólo sintió una plenitud y un asombro maravillado al tomar conciencia de que, al fin, él estaba uniendo su espléndido cuerpo al de ella.

Penetró con su lengua la dulce caverna de la boca de ella, despertando, de golpe, el hambre de Antonia por él, por Adam entero. Hundió con fuerza las uñas en la carne de sus hombros, sus piernas rodearon la espalda de él y se arqueó hacia él como exigiéndole que le rindiera los plenos honores de su virilidad.

Adam, por su parte, al ver que no había necesitado prepararla para que se entregara, se sintió inundado de una loca dicha. Acarició el sensual labio inferior de ella con el suyo, mientras pensaba cómo traspasar la barrera de su himen. Había excitado hasta tal punto su sexualidad que ella lo mordió y, entonces, él tampoco pudo contenerse más.

Cuando la embistió, ella gritó y sus uñas le hicieron brotar sangre. Él se mantuvo inmóvil, rígido, esperando a que el dolor disminuyera.

Antonia se sentía tan llena de él que tenía miedo de explotar. Él, por su parte, se mantenía inmóvil mientras la vagina de ella se estiraba como un guante, dejándole espacio, hasta que, por fin, ella supo que podría soportarlo y empezó a disfrutar de la sensación de tenerlo dentro de sí. Eso le daba un poder increíble sobre él. Poco a poco, pudo percibir las palabras que él volcaba en sus oídos. Estaba diciéndole lo caliente y apretada que la sentía, así, hundido en lo más profundo de su ser. Sus palabras eran íntimas, eróticas, y la incitaban a una pasión similar a la de él, a expresar su sexualidad de mujer con plenitud.

Se quemaron uno al otro. Por fin, cuando ninguno de los dos pudo soportar más aquel tormento, él comenzó a moverse. Los ojos de Antonia se agrandaron de sorpresa, y clavaron su mirada en los intensos ojos azules de Adam. Lo que era suave y caluroso se volvió húmedo y resbaladizo con la fricción de sus embestidas. Él estaba anclado en el fondo y, de ese modo, las sensaciones de ambos eran como una exquisita sedosa tortura, mientras ella se adaptaba al cuerpo de él.

Él se había afeitado pero, de todos modos, su barba raspaba la suave mejilla de Antonia, que gozaba de su masculinidad. El olor viril de ese cuerpo actuaba, para ella, como un afrodisíaco. En esa unión, todo era áspero y primitivo; Antonia era consciente de que estaba

viviendo un cataclismo, que nunca volvería a ser la misma. Ni su mente, su alma o su cuerpo volverían a ser lo que habían sido.

Sus alientos roncos se mezclaron y su unión se tornó tan voluptuosa que creyeron que se harían humo. Largos mechones de pelo negro se les enredaron en la garganta y los hombros, y ya no importaba si pertenecían a ella o a él: ese loco enredo era de los dos. Entonces, explotó la noche. Antonia gritó de nuevo pero, esta vez, su grito era del más puro placer.

Adam lanzó un grito ronco y se derramó dentro de ella como una tormenta de fuego. La apretó con vehemencia, como si no le bastara ningún grado de cercanía y ella sintió cada uno de los espasmos de su caliente eyaculación. La abrazó con fuerza y se relajaron juntos. Los ojos de Antonia se tornaron claros y soñadores; por último, los cerró, flotando entre el cielo y la tierra.

En silencio, Savage pensó que lo que había hecho ya no tenía vuelta atrás. Lo hecho, hecho estaba. No estaba arrepentido ni avergonzado. Ella era muy joven, pero la edad no tenía nada que ver con lo sucedido. Ambos pertenecían a la misma clase. Y aunque a la sociedad le escandalizara que un tutor tuviera tratos íntimos con su pupila, él no creía que fuesen condenados al ostracismo. Él era demasiado rico y ella de familia lo bastante elevada para que la censura no fuese demasiado severa. Y, en última instancia, a él le importaba un bledo el llamado gran mundo, salvo en lo que se relacionaba con Antonia. Sentía un fuerte impulso de protegerla, pero como ella tenía una actitud tan audaz, estaba seguro de que a ella tampoco le importaría. Ahora que conocía a Antonia, se horrorizaba ante la idea de que podía haberse casado con Eve.

Si bien deseaba no haber tenido vínculos románticos con la madre y con la hija, ya no podía deshacer lo pasado, y hacía mucho que había aprendido a convivir con la idea de que él era un sinvergüenza deshonesto.

Antonia volvió hacia él como flotando. Él rozó con los labios los rizos de sus sienes y luego dejó que ella desenredase su cuerpo. El semblante de la muchacha estaba iluminado por su flamante sabiduría, y sus ojos chisporroteaban como esmeraldas por haber cumplido con aquel acto prohibido durante tanto tiempo. Contemplaron juntos la sangre que le manchaba el muslo. Él estiró una mano para enjugársela, para protegerla del susto que podría darle, pero ella aferró rápidamente esos dedos y los llevó a sus pechos para extender la sangre sobre su piel desnuda, como si él hubiera dejado allí su marca. Una marca de la que ella estaba orgullosa.

La mirada de Antonia fue recorriendo el cuerpo de él y, cuando llegó a su miembro, éste estaba otra vez semierecto. Ella tocó con un dedo la cabeza cubierta de sangre y embadurnó con ella el pecho de él, a la altura del corazón.

-Yo te nombro caballero, noble Savage.

Entonces, él la abrazó y rodaron juntos por la cama riendo, pellizcándose, mordisqueándose, disfrutando un rudo juego de amor. Ella tenía casi tantas energías como él. Casi. Antes de que llegara la

noche ya se habían agotado mutuamente y estaban sumidos en ese sueño profundo que, de manera inevitable, vence a aquellos que están totalmente saciados.

Antonia despertó al alba, pero el temor la obligó a mantener los ojos cerrados. «¡Dios mío!», pensó. «¿Qué he hecho?» «Todo», se respondió, y un rubor la cubrió, desde los pómulos hasta sus pechos. Cuando él la mirase con sus helados ojos azules, su desprecio la mataría con un solo parpadeo.

El reconocimiento de Adam comenzó con una caricia. Ella abrió los ojos y lo vio sobre ella. Su beso evocó la pasión de la noche pasada y aludió a las posibilidades de esa misma noche. Antonia comprendió que necesitaba ese reconocimiento, ¡que ella no sólo persistía en la conciencia de él sino que la llenaba! Y así comenzó el epílogo que completa el ciclo del amor.

Después de haberle hecho el amor, él no le permitió flotar hasta el paraíso, sino que la llevó en brazos hasta la habitación de la torre.

-Quiero que estés en tu propia cama cuando la señora Kenny te lleve el agua del baño. No quiero escandalizar a los criados. No creo que ella sepa con seguridad si tú eres varón o mujer.

Las manos de Antonia pasaron por entre los negros y largos cabellos de Adam y tiró de ellos con vigor.

-Tú sí eres varón -afirmó ella, con la confianza de la mujer que comienza a conocer su poder.

La boca de Adam se apoderó de la suya, y ella se quedó sin fuerzas, como para que no quedasen dudas de quién era el amo.

Adam se sorprendió cuando Antonia se unió a él para desayunar. Se había puesto un vestido mañanero bordado con nomeolvides, y había domeñado sus largos rizos negros con una simple cinta azul. A pesar de la mesa que los separaba, se hicieron el amor con los ojos. Costaba creer que esa inocente beldad sentada frente a él estuviese familiarizada con las trampas del juego de naipes y que conociera el interior de un burdel. Tony era materia dispuesta para cualquier propuesta alocada, y él comprendió que eso constituía una buena parte de su atractivo.

Él le sonrió, y el corazón de Antonia dio un vuelco dentro de su pecho. Era raro que el semblante de Adam Savage abandonase su expresión sombría, severa. Y como su sonrisa era contagiosa, Antonia también empezó a sonreír. Poco después, los dos reían juntos, recordando cada una de las cosas escandalosas que ella había hecho cuando se hacía pasar por su hermano.

Exploraron juntos el castillo y luego, tomados de la mano, recorrieron la escalera secreta que había en la caseta de guardia y que desembocaba en el jardín. Las flores liberaban su polen, convirtiendo el aire en una nube perfumada. Vagaron entre las huertas, donde los árboles frutales empezaban a florecer y los abejorros estaban cubiertos de polen.

Tony se apoyó en su hombro, y él la rodeó con su brazo. -Hagámonos el propósito de volver en otoño para recoger la fruta.

Él la apretó contra su cuerpo: él ya había recogido su fruta. Al mediodía, aceptaron sin titubeos la sugerencia del señor Burke de hacer una comida al aire libre y fueron hasta el promontorio, desde donde podían disfrutar del paisaje. Vieron más arcos iris en un día de los que habrían visto en Londres en un año.

A primera hora de la tarde bajaron hasta el río, donde había una batea amarrada bajo los árboles. Adam tomó una caña de pescar.

-Probemos suerte con el salmón.

-¡Al diablo con la pesca! -dijo ella, mientras se sentaba sobre una roca para sacarse zapatos y medias-. ¡Ya no tengo por qué seguir haciendo esas malditas actividades de hombre!

-Yo puedo pescar y tú, sencillamente, lucir tu belleza.

Él se estiró, apoyó la espalda en el tronco de un árbol y entornó los ojos para protegerse del reflejo del sol sobre el agua.

Era una tarde tibia y lánguida. El zumbido de los insectos invitaba a la modorra.

Antonia se levantó la falda para poder meter los pies en el agua, y luego la levantó más, hasta que el agua le cubrió las pantorrillas.

-Si sigues exponiendo tus tentadoras piernas, te encontrarás tendida de espaldas sobre la hierba -bromeó Adam.

-¿Estás pescando o mirándome con lascivia? -Ambas cosas -respondió él, sonriendo.

-Me dijiste que luciera mi belleza -dijo ella, sacando los pies del agua, pero sin soltarse la falda.

-Ven aquí.

No era una orden que ella tuviera deseos de desobedecer. La mano de Adam acarició su esbelta pantorrilla y luego ascendió hasta el muslo.

-Descarada: ¡no llevas calzones!

-Sabía que no ibas a tardar mucho tiempo en descubrir mi secreto.

Él la sentó sobre su regazo, abandonó la pesca y metió su mano bajo la falda para explorar sus sedosas curvas y sus surcos cálidos y húmedos. Ella estaba tan cerca que podía ver el fuerte latir del pulso en su garganta, y apoyó su boca en ella mientras los dedos de él jugueteaban entre sus rizos, incitándola.

Él se desnudó rápidamente, pero la excitación que sobrevino fue larga, lenta, deliberadamente prolongada, y la incitó hasta un punto que casi se volvió intolerable para ella. Durante casi una hora, él reprimió el deseo de penetrarla. Era tan fuerte su deseo que no podía poseerla hasta que ella no estuviese bien preparada para su explosión pasional.

Tendida sobre la hierba, en lascivo abandono, Antonia sentía las oleadas de placer que se formaban y retrocedían, una tras otra. El propio Adam estaba tan enardecido y hambriento por lo que le hacía que era capaz de devorarla antes de penetrarla. Una vez más, su acto de amor fue de una intensidad cercana a la violencia. Fue un leopardo sobre la hierba, con su compañera.

Sin embargo, después fue tan tierno con ella que Antonia sintió que se le cerraba la garganta por el esfuerzo para no llorar. Él era capaz

de demostrarle una infinita ternura antes y después, pero no durante el acto amoroso mismo; Antonia no quería que él fuese de otra manera.

CAPÍTULO 36

Ese día no se separaron un instante. Hicieron interminables caminatas y paseos por hondos valles y elevadas colinas. Adam tenía una energía inagotable, y cuando Antonia flaqueaba, él la cargaba sobre sus hombros, bromeando:

-No lo hago por ti sino por mí. Cuando te levantas la falda y dejas colgar esas piernas sobre mis hombros, tengo la sensación de haber muerto y de haberme ido al Cielo.

-Demonio, tú nunca llegarás ni cerca del Cielo.

-No te ufanes. Yo también te he corrompido a ti, de modo que tú también estás condenada.

Ella levantó su pelo oscuro con las dos manos y lo dejó caer, sensual, sobre sus hombros.

-Creo que ha valido la pena perderme.

-Me pregunto -dijo él, ya serio-, si siempre sentirás lo mismo.

Antonia se estremeció como si un dedo oscuro la hubiese tocado. Se sacudió la sombría sensación. No quería pensar, siquiera, en el mañana, pues aún tenían ese día... y la noche.

Fueron a pasear en un carro tirado por un pony, visitaron las ciudades vecinas, donde había mercados y, un día, él la llevó a la feria de caballos en Tallow y le compró una encantadora yegua blanca, con crines v cola como de seda.

-La llevaré a Edenwood, para ti -dijo él, distraído. -Edenwood.

Murmuró ese nombre con amor y nostalgia. Sin duda, él esperaba que ella fuese a Edenwood con la frecuencia suficiente como para ir a cabalgar, pero no la había invitado a vivir allí. No le había pedido que se casara con él. Antonia descartó ese pensamiento, pues no quería arruinar el tiempo que compartían allí añorando cosas. En Venecia, ella había encontrado un romance, pero en Irlanda, había hallado el amor. Estaba locamente enamorada de él.

Él la miró con aire interrogante.

-¡Edenwood! De modo que se trata de eso. Me preguntaba por qué una belleza, joven y con título de nobleza concedería sus favores a un bruto feo como yo y, claro, la atracción es Edenwood.

Ella voceó sus protestas:

-¡Eso no es verdad! No se trata de Edenwood, únicamente; también me atraen tus cofres de oro, tus marineros orientales y el castillo Blackwater.

-Pequeña perra -exclamó.

Sin embargo, para Adam era una alegría que ella sintiera un cariño tan apasionado por Edenwood, porque era su sueño de toda la vida convertido en realidad. Él sabía bien cómo era el sentimiento posesivo hacia una propiedad. Tenía muy presente que no había podido vender Leopard's Leap porque no podía olvidar todo el esfuerzo y el sudor que había invertido en la plantación. Cuando una cosa se

convertía en parte de una persona, si esa persona lo perdía, pagaba por ello un elevado precio. Él podía sobrevivir, pero no ser feliz, y la vida era para disfrutarla, no sólo para subsistir.

Savage era consciente de que Antonia estaba convirtiéndose en parte de él. Era única. Él nunca había estado enamorado; hasta entonces, nunca había querido amar. Lanzó una maldición: ¿por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Por qué tenía que ser ella, la hija de Eve? Se alzó de hombros. Lo que el corazón quería no se podía discutir. ¡Nada se podía hacer al respecto!

Cada vez que pensaba en Bernard Lamb, se le formaba un nudo en el estómago. Durante meses, ella había corrido un peligro mortal, y él la había regañado en tono despreciativo cada vez que ella se lo advertía. Palideció al recordar que le había enseñado cómo vérselas con un enemigo. La había aferrado de las solapas, le había apoyado el estoque en la garganta, y gruñido: «¡Te abriré en canal!». Y esa valerosa muchacha se había defendido asombrosamente bien, sobre todo teniendo en cuenta los antros que frecuentaba. Sintió que le corría un frío por la nuca y se hizo el firme propósito de no permitir que ella tuviera que volver a protegerse a sí misma. Bernard, el bastardo, sería su principal prioridad cuando regresara a Londres y, sin duda, regresaría.

Estaban en el parapeto de Blackwater, contemplando el crepúsculo. El cielo había pasado del violeta al bermellón, luego se convirtió en una llama, sesgada de rojo y oro.

Adam atrajo a Antonia hacia su lado, y ella apoyó la cabeza en su hombro.

-Blackwater está desplegando su belleza porque ésta es la última noche que pasaremos aquí.

-¿Nos marchamos mañana? -preguntó ella, nostálgica.

-Yo me marcho mañana. Tengo un asunto urgente que atender; lo he descuidado durante una semana. Quiero que tú te quedes un par de días. -Le hizo girar de cara a él y recorrió con un dedo las sombras malva que ella tenía bajo sus ojos-. Descansa un poco. El señor Burke te llevará de regreso, sana y salva. Yo llevaré a Edenwood tu caballo blanco.

-El señor Burke sabe que somos amantes; no le hemos podido engañar ni un instante.

-Pero si estamos tan embobados que ya todo el condenado castillo lo sabe.

Si bien el señor Burke jamás había dicho una palabra, Savage sabía que él no aprobaba el escandaloso hecho de la desfloración de Antonia. Por lo demás, Burke esperaba que él hiciera lo que era debido. Y lo haría. Pero, por desgracia, para poder hacer lo debido, que era casarse con ella, antes tenía que hacer lo debido: romper con la madre.

Aunque dormido, Adam percibió que ya no estaban unidos en cuerpo y alma. Abrió los ojos en la oscuridad, y no tuvo necesidad de tantear la cama para saber que ella no estaba. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra de las horas previas al amanecer, la vio junto a la ventana.

Con su cuerpo flexible saltó de la cama sin hacer ruido, la atrapó en sus brazos y le hizo girar su cara hacia él, mirándola con el ceño crispado. La luz que había le bastó para ver el rastro plateado de las lágrimas en sus mejillas. Él las enjugó con sus labios.

-Tony, no derrames ni una sola lágrima por mí, porque no lo merezco.

Ella tragó con dificultad. Una hora o dos más tarde, él se habría marchado, y no le había dicho siquiera una sola palabra de amor. Antonia podía soportar el hecho de que no le hubiese propuesto matrimonio: a un hombre como Savage no le gustaba sentirse arrinconado, atado, obligado a desempeñar el papel de obediente marido. Pero... ¡amor! Ella necesitaba de su amor para seguir respirando. Si ella lo amaba, tan honda, tan desvergonzada, tan desaforadamente, ¿cómo era posible que él no la amara?

Él la apretó contra todo su cuerpo y ella sintió su sexo cálido, como si le acercaran la llama de una vela a su vientre y sus muslos. Se apartó, sintiendo que se quemaba.

-Entrégate a mí -exigió él.

Ella escudriñó su rostro y no vio amor en él sino deseo. -Te lo he entregado... todo.

Él pasó un brazo por debajo de sus rodillas y la alzó, apretándola contra su corazón.

-Voy a demostrarte que no es así.

El beso fue feroz, apasionado y salvaje. No separaron sus bocas hasta que estuvieron hinchadas, palpitantes, y los labios de Antonia demasiado inflamados para soportar otro roce más de los de Adam.

Fue, entonces, cuando la boca de él descendió por su cuello, asolando y adorando la curva de su garganta. Y ése sólo fue el preludio del modo en que su boca saqueó sus pechos y luego se apoderó de ellos. Su aliento cálido excitó sus pezones, que se habían puesto tensos con la primera pasada de su lengua. En roncos susurros, él le demostró qué sensibles los había dejado.

-Dime que quieres esto. ¡Dime que te encanta! -Sí, quiero, sí, me encanta -exclamó ella.

Él descendió al vientre. Su boca, su lengua y sus dientes hicieron latir su pulso en cientos de puntos, que ella ignoraba que existieran.

-Dime que quieres esto, dime que te encanta -exigió él de nuevo.

Ella gritó, afiebrada por la necesidad, y sus muslos se separaron y se arqueó hacia él, abandonando todo pudor.

-Tú sabes qué quiero yo, tú sabes lo que me gusta.

Entonces, él la atacó con su lengua. Antonia tembló de manera incontrolable y supo que, ahora, su fantasía se había convertido en realidad. Él estaba conquistándola con su cuerpo bronceado, hasta obligarla a que se entregase a él. ¡Antonia iba a explotar contra su áspera lengua y no le importaba, no le importaba, no le importaba! Se tornó caliente, húmeda, resbaladiza al influjo de su boca. ¡Quería eso, lo ansiaba! El Leopardo lamió la crema.

Savage se deslizó hacia arriba por ese cuerpo que olía a violetas, se cernió sobre ella durante un tiempo que le pareció eterno, y luego se

hundió en sus profundidades ahogándose, y sin importarle si emergía alguna vez. juntos, elevaron su grito animal desde el fondo de su garganta, y los gemidos de ella, que salía al encuentro de sus embestidas y luego las igualaba, rindiéndose a todas las exigencias de su cuerpo potente. Antonia volvió a excitarse con una velocidad que le aturdió los sentidos y la dejó al borde del precipicio. La embestida que los condujo al orgasmo fue tan fuerte que ella pensó que él le había atravesado el corazón. Giraron juntos hasta el límite, se elevaron a las cimas, luego se zambulleron en las profundidades de la más intensa sensualidad.

Él dijo, con voz ronca:

-Ahora sí me lo has entregado todo.

El agotamiento de Antonia era demasiado grande como para que pudiese pronunciar una palabra. Los labios de Adam le rozaron la oreja.

-Y ahora, me toca a mí: te entrego mi corazón. Te quiero, te amo.

Ella suspiró de dicha. Había logrado lo imposible: Indian Savage, el magnífico Leopardo, le había ofrendado su amor. Cerró los ojos, concentrándose en su felicidad. Cuando volvió a abrirlos, parpadeando, vio que él ya estaba completamente vestido y se disponía a partir.

Él se acercó a la cama y ella se puso de pie sobre ella, totalmente desnuda, y se apretó contra él, entrelazando sus dedos en el largo pelo negro.

-Querida, ve a encontrarte conmigo en Edenwood. Intentaré estar ahí el fin de semana, pero, si no fuera así, puedes esperarme.

Antonia recorrió con los dedos la cicatriz de su boca. Esa misma boca que nunca había rogado, que sólo había ordenado y exigido.

-Te esperaré -susurró ella.

Se sintió muy femenina al ceder a sus exigencias.

Dos noches después, Adam Savage estaba sentado en un teatro a oscuras, riendo al ver a Angela Brown contonéandose sobre el escenario en corsé, medias largas, liguero y poco más, cantando la atrevida letra de Ven a cosquillear mi fantasía. Antes de que cayera el telón final, Savage entró en su camerino, tras bambalinas, y fingió sorprenderse cuando encontró allí a Bernard Lamb.

-Qué agradable coincidencia. Usted es, precisamente, el hombre que quería ver.

-¡Savage! Hace siglos que no lo veo. ¿Ha estado fuera del país? -preguntó Bernard, amable.

-Varias veces -respondió Savage.

-¿Y mi primo Anthony estaba con usted? -preguntó Bernard, como al azar.

-No, ha ido a La Haya por negocios. Su barco atraca en Wapping esta noche, más tarde.

Bernard sonrió.

-¿Dijo usted que quería verme?

-Sí; tengo entendido que la relación de usted con Angela es como de propiedad, y he pensado que, tal vez, pudiera usted mirar hacia otro lado mientras yo... yo la tomo prestada de vez en cuando, y buscamos el modo de que la espera valga la pena para usted.

La sonrisa de Bernard se agrandó. -¿Por qué no esta noche?

-Bien, tendría que ir a buscar a Tony. Tal vez podría llevar a Angela a cenar al Prospect de Whitby, una posada que hay en Wapping desde 1509.

-Yo tengo una idea mejor. ¿Qué le parece si yo voy a buscar a mi primo y usted lleva a Angela a algún sitio que cosquillee su fantasía? Más aún; ¿qué opina si desaparezco antes de que ella baje del escenario?

-Es un gesto muy civilizado por su parte el retirarse por toda la noche -dijo Adam.

-¿Para qué están los amigos? -preguntó Bernard, fingiendo sentirse generoso-. ¿En qué barco llega Tony?

-En el Red Dragon -respondió Adam con suavidad.

Cuando Angela entró en su camerino y encontró a Savage en lugar del temible Bernard, se arrojó sobre él y le rodeó el cuello con los brazos, encantada.

-¡Adam! Qué placer verlo.

Él le quitó los brazos de encima y, con sus manos aún atrapadas en las suyas, le clavó sus claros ojos azules.

-Voy a hacerte cinco mil libras más rica si me das lo que yo quiero.

Ella se pasó la lengua por los labios, anticipándose al placer. ¡Dios santo, pero si ella estaba dispuesta a cometer gratis cualquier perversión que a él le agradase!

-Cualquier cosa que usted desee -dijo ella, agitada. -Sólo deseo una información, mi ángel.

Ella parpadeó, confundida, y sintió que sus poderosas manos apretaban las de ella.

-¿Por qué concedes tus favores a Bernard Lamb si él no tiene un centavo y está lleno de deudas hasta las cejas?

Ella se pasó la lengua por los labios, esta vez, asustada. Sabía que Savage no aceptaría otra cosa que la verdad.

-Es heredero de un título y de una propiedad; usted lo sabe. -No es muy buena su perspectiva, puesto que es el heredero de alguien más joven que él -señaló Savage.

Angela se mordió el labio. Bernard era un canalla cruel, y ella no le debía nada; sin embargo, estaba dispuesta a apostar que ese hombre peligroso que tenía ante ella, con sus ojos de hielo y su rostro surcado por una cicatriz, podía ser mucho más cruel de lo que Bernard hubiese soñado ser jamás.

-Los accidentes ocurren muy a menudo -susurró ella, ronca. -¿Estás adivinando o insinuando?

Las cejas negras del hombre se arquearon sobre esos helados ojos penetrantes, acompañando la pregunta.

-No -respondió Angela, y sintió el placer de la venganza y el alivio cuando le dijo-: Bernard tiene la intención de eliminar a su primo. Ya ha planeado accidentes que han fracasado. Dijo que, la vez siguiente, usará un puñal. Él es muy diestro con los puñales.

Se echó a temblar de un modo incontrolable al recordar el apremio del cuchillo entre sus piernas.

Adam Savage le soltó las manos y buscó el cinturón donde guardaba el dinero. Había palpado el pulso irregular de ella y sabía que tenía miedo.

-Si llega a saber que le he delatado, me matará también a mí -lloriqueó la muchacha, intensificando su acento cockney. Savage le puso una mano bajo la barbilla.

-¿No te lo he dicho? Bernard ya se ha despedido. Esta noche, se marcha del país por mucho tiempo.

Después de que Indían Savage se hubo marchado, Angela permaneció con la vista clavada, fijamente, sobre aquel increíble montón de dinero. Si Bernard se iba del país, no debía de ser por su propia voluntad.

La sombra alta y oscura bajó en silencio los escalones que llegaban hasta el agua, y luego se apretó sobre la muralla de Wapping y permaneció inmóvil. Al parecer, aquella sombra tenía una paciencia infinita. Un poco más lejos, en el muelle, había unos pocos barcos amarrados. Las luces y las voces que llegaban desde ellos formaban una amistosa vocinglería; la tripulación de un barco indio estaba embarcando los últimos bultos de la carga, que estaba apilada sobre el muelle.

Bernard Lamb apretó el paso al ver los barcos, esperando que su presa no hubiese desembarcado aún. Tenía la vista levantada para leer los nombres de los barcos amarrados, que se balanceaban. La sombra lo dejó pasar, y luego se asomó, alta y terrible, a sus espaldas y estrelló una pesada porra sobre su cabeza. Savage tuvo que hacer uso de toda su voluntad para no aplastarle el cráneo, reduciéndolo a una pulpa roja.

Un marinero indio de pecho desnudo bajó corriendo la pasarela y siguió corriendo por el muelle en sombras. Sin decir palabra, se inclinó, levantó el cuerpo del hombre inconsciente, lo cargó sobre el hombro y recorrió el camino inverso, subiendo a bordo del navío indio. Después de haber dejado pasar cierto tiempo, Adam Savage subió al Red Dragon. A la medianoche, ya había inspeccionado la carga de todas las bodegas, con excepción de la que estaba cerrada con candado. Ordenó a su tripulación que dejara a Bernard Lamb en la isla de Madagascar, a miles de millas de allí.

Todas las preciosidades que Antonia había seleccionado en su viaje por el continente estaban almacenadas con esmero en la bodega seca del Red Dragon, que había tocado puerto en Londres más de una semana atrás, mientras Adam retozaba en Irlanda. Él se alegraba de que el barco zarpara por la mañana, antes del regreso de Tony, pues si ella hubiera estado allí habría insistido en mirar dentro de cada caja para estar segura de que los objetos que exportaba llegarían indemnes.

Él rió para sí y sacudió la cabeza, pensando en su propia locura. Antonia le había acarreado infinitamente menos problemas como varón de los que le causaría como mujer. Dio gracias a Dios que por una vez ella le hubiese obedecido, aceptando quedarse en Irlanda un par de días, hasta que él se hubiese ocupado del apremiante problema de Bernard Lamb.

En Irlanda, Tony se sentía casi abandonada. Llegaron las lluvias a Blackwater y, cuando Adam se marchó, fue como si en su vida ya no hubiese más sol. Como su atención ya no estaba tan concentrada en el objeto de su deseo, Antonia pudo notar que la señora Kenny y el resto del personal la miraban de reojo, y en todos los semblantes se leía con claridad la desaprobación. Tal vez fuese su imaginación, pero hasta el señor Burke parecía haberse apartado de ella, guardando una fría y cortés distancia.

La lluvia era tan persistente que no pudo salir a caminar ni a pasear en el carro tirado por el pony. Trató de entretenerse paseándose por las habitaciones vacías del antiguo castillo. La interminable oscuridad influyó sobre sus pensamientos. ¿Por qué la había dejado sola? ¿Por qué no podían haber regresado juntos? ¿Qué negocio, en Londres, podía ser tan urgente y tan importante que prevaleciera por encima de ella? Malditos negocios... diversiones, si ella sabía algo de sus asuntos. ¡Asuntos! Ése sí que era un término apropiado, se dijo, burlona. ¿Por qué no lo había interrogado para saber de qué se trataban tan urgentes negocios? Porque ella estaba demasiado embobada con él para pensar con coherencia cuando él estaba presente. ¿Por qué tenía que ser necesario interrogarlo? Si él no tenía nada que ocultar, ¿por qué no le decía a ella para qué debía regresar?

«Ah, mujer de poca fe», se reconvino Antonia. ¿Acaso no le había dado él su corazón? ¿No le había dicho que la amaba?

Cruzó el umbral de la habitación de él y la emoción le formó un nudo en la garganta. Su presencia dominante parecía palparse en el aire mismo. Se lamió los labios, sintiendo su sabor, sintiendo todavía el ataque de su boca, que a ella le hacía latir con tanta fuerza el corazón, hasta casi desmayarse a su contacto.

Extendió la mano hacia las mantas y la retiró rápido, temerosa de que si acariciaba las sábanas donde ellos habían unido sus cuerpos, se derrumbaría. Se abrazó apretadamente, ciñendo sus pechos con sus brazos como para aliviar su dolor y se acercó a la ventana que asomaba al promontorio. ¡Suspendida entre el cielo y la tierra, tal como él la había dejado a ella!

Antonia fue en busca del señor Burke. -Haré las maletas. Quiero marcharme hoy. -Sí, milady.

-¡No correré tras él! -exclamó. -Espero que no, milady.

A Antonia le pareció que, por medio del uso de su título, el muy correcto señor Burke subrayaba su escandalosa indiscreción.

-¡No me mirará usted con tanto desdén cuando yo sea lady Blackwater!

Una sombra de sorpresa atravesó un instante el semblante del mayordomo.

-¿Cuándo será la boda, milady? -preguntó, cortés.

Tony tuvo la impresión de que esa pregunta la clavaba a la pared, como a una indefensa mariposa.

-¡No es asunto suyo! -estalló Antonia.

Tony guardó su ropa de hombre y juró no volver a usarla nunca más. Aunque eran mucho más cómodas y sueltas que los vestidos y

todas las prendas y miriñaques que los acompañaban, vistiendo como Antonia estaría libre de peligro. Además, había otro motivo para esa decisión. En Londres había una feroz competencia entre las mujeres por Adam Savage. Y ahora, que era el marqués de Blackwater, lo buscarían con más denuedo. Ella sabía que tendría que competir por su afecto. «Afecto», qué palabra tan pálida y ridícula para describir lo que había entre ellos. ¿Acaso él habría hecho el amor, alguna vez, como lo había hecho con ella?

Trató de apartar esa idea, pero otras ocuparon su lugar. Él era más de doce años mayor que ella, era un hombre maduro. ¡Muy maduro! Había vivido en Oriente durante años, y allí, las prácticas sexuales mezcladas con el más apasionado erotismo eran la norma. Brotó en su mente una imagen de Flor de Loto. Una doncella en una piscina.

Tony cerró de un golpe la tapa del baúl y aseguró las correas de cuero. Él no había insinuado matrimonio. Quizás ella no fuera más que otra conquista para él. ¡No! ¡No! ¿No le había dicho que la amaba? No tenía por qué dejar morir la esperanza. Si él se casaba con ella y la llevaba a vivir en Edenwood, ella sería feliz y estaría a salvo para siempre.

Se coló en su cabeza un pensamiento horrible. En cuanto Bernard Lamb supiera que era Antonia quien había sobrevivido al naufragio, se apoderaría de Lamb Hall. ¡Adam Savage debía casarse con ella y llevarla a Edenwood: no había otra alternativa!

Durante el viaje de regreso por mar y también durante el viaje en coche a Londres, Tony siguió especulando hasta sentirse totalmente desdichada. Para proteger su corazón del rechazo de Savage, hizo una lista de todos los motivos por los que no debería casarse con él. No tuvo dificultad en recopilar un buen puñado de razones. Se trataba, en primer lugar, de un hombre peligroso. Tenía un lado siniestro que ella había preferido ignorar. Su pasado era turbio, estaba salpicado de desagradables actos de corrupción. Sí, y no sólo su pasado, para ser sincera: era un inmoral, se dedicaba al contrabando y sólo Dios sabía a qué otras actividades viles para mantener llenos sus cofres.

Ella estaría mucho mejor viviendo una relación apasionada con él que atándose a él por medio de los lazos del matrimonio. Él le había dicho que la amaba y ella le creía. Pero Antonia había tenido el privilegio de descubrir que los hombres tenían una idea del amor muy diferente a la de las mujeres. Para una mujer, el amor y el matrimonio iban de la mano. Una esposa era una persona que ocupaba un segundo lugar con respecto a una amante, o incluso a una ramera, si esa ramera lo complacía en la cama.

Cuando llegó a la casa de la calle Curzon, Antonia se había convencido de que no se casaría con Adam Savage aunque él fuese el último hombre de la tierra.

CAPÍTULO 37

-¡Antonia, gracias al Cielo que has vuelto! -exclamó Roz con acento dramático.

Tony sintió que el corazón se hundía un poco más. Y ahora, ¿qué otra cosa mala había sucedido? No hubiese creído que podría irle peor.

-¡Tenemos una carta de Anthony! -volvió a exclamar Roz. -¿De Anthony? -murmuró Tony, perpleja.

-Oh, querida; no se ahogó, como nosotros habíamos creído. ¡Está vivo! ¡Condenado muchacho! ¡Hacernos esperar tanto tiempo para decírnoslo!

-¿Cómo?, ¿dónde?

-¡Ten, léela tú misma, querida!

La mano de Antonia temblaba como una hoja cuando desplegó las páginas y leyó, conteniendo el aliento, la inconfundible escritura de su hermano.

-¡Dios mío, está con mamá en Ceilán!

El alivio le aflojó las rodillas y cayó sentada sobre un canapé tapizado de brocado para leer la asombrosa historia de cómo su hermano fue rescatado en el mar por un barco indio, que iba rumbo a Madrás, India.

Le pareció que las palabras saltaban de la página.

Me hicieron trabajar para pagar mi pasaje cosa que, al principio, casi me mató. Pronto caí en la cuenta de la vida protegida, de muchacho consentido, que había llevado hasta entonces. Si tomaba todo en cuenta, ha sido lo mejor que me ha pasado jamás. Para cuando llegamos a la India, esa situación me había convertido en un hombre, lo cual era excelente, porque no fue fácil recorrer el camino hasta Ceilán sin un centavo en mi bolsillo. Ya ha transcurrido casi medio año desde que el mar me barrió de la cubierta del Seagull y, tal vez, pasen dos o tres meses antes de que esta carta os llegue a la casa de la calle Curzon. Espero que no os hayáis preocupado por mí. Ceilán es fascinante. Ojalá estuvierais aquí. Os quiero.

Tony.

Antonia dio un salto, riendo y llorando al mismo tiempo. Rosalind y ella se abrazaron, jubilosas.

-¡Dice que espera que no nos hayamos preocupado por él! -De los brazos de su abuela, Antonia pasó a los del señor Burke, ya disipada la frialdad que había reinado entre ellos-. Cuando le ponga las manos encima a mi hermano, voy a estrangularlo. ¡Deberían haberlo ahogado cuando nació!

El señor Burke sirvió tres vasos de jerez para celebrar las dichosas nuevas, y Roz le dio un beso.

-Eso no sólo significa que hemos recuperado a Anthony sino, también, a Antonia. Por favor, quema esos odiosos pantalones con los que has estado paseándote durante meses.

Tony sonrió para sí. No todos consideraban odiosos sus pantalones.

-¡Ardo en deseos de contárselo a Adam! Ah, qué bien que no le dijimos a mamá que Anthony se había ahogado. Cuánta angustia le hemos ahorrado.

Roz depositó su vaso con gesto firme.

-Querida, no puedes presentarte de improviso en la casa de un caballero, como lo hacía Tony. La casa de Half-Moon es el hogar de un soltero. Necesitas tarjeta de visita y un acompañante.

-Hay mujeres entrando y saliendo de Half-Moon como si fuera un sitio público. La mitad de las condesas y duquesas de Londres frecuentan esa casa.

-Pero ellas son mujeres casadas, Antonia. No las ata el estricto código moral que sí se aplica a una inocente joven soltera. -Admito ser soltera, Roz, pero ya no soy inocente. No dudo de que el señor Burke dará testimonio de ello, en cuanto se quede a solas contigo. Es inútil poner un candado en la puerta del establo cuando el caballo ya se ha escapado; si crees que obedeceré de forma fanática las ridículas normas de la sociedad después de haber gozado de una libertad absoluta, es que te engañas a ti misma.

Tony subió deprisa la escalera para darse un baño y cambiarse antes de correr a los brazos de su amante. Puso gran cuidado en su apariencia y eligió uno de los elegantes conjuntos que habían sido hechos para su debut en sociedad. Era un vestido de calle de color amarillo, con un abrigo a juego, que tenía mangas obispo. En Irlanda no se había empolvado el pelo ni usado peluca, y Adam había tenido el placer sensual de contemplar la nube negra que caía en cascada sobre sus hombros. Desde luego, ahora se lo recogería en un peinado alto, sólo por el placer de que él lo deshiciera, pero no lo cubriría con polvo blanco.

El vestido amarillo le daba un aspecto vívido y exótico. Tony se pintó los labios de rojo y eligió un hermoso lunar para adornar su pómulo derecho. Luego, dio unos giros y rió, contemplándose en el espejo, pensando que, después de todo, la vida era una delicia.

En el mismo momento en que Tony subía corriendo, Roz clavaba en el señor Burke una mirada severa.

-¿Qué ha querido decir con eso de que ya no es inocente? El señor Burke se comportó como un modelo de discreción. -Lo que quiere decir es que ha visto demasiados ejemplos del modo en que se conducen los jóvenes caballeros mientras ella pasaba por ser uno de ellos, claro. En mi opinión, no tendremos más remedio que concederle un poco más de libertad que la que gozan otras jóvenes.

-Si usted lo dice, señor Burke, supongo que podemos confiar en la sensatez de mi nieta.

A duras penas, el señor Burke logró no ahogarse con el jerez. -De cualquier modo, pienso que sostendré una discreta conversación con el señor Savage y le explicaré que Antonia es, en realidad, una mujer.

-El señor Savage ya ha descubierto eso por su cuenta, milady. -¡Gracias al Cielo! Estoy segura de que se hará cargo de la necesidad de proteger su virginidad, siendo su tutor, aun cuando ella no lo comprenda.

Esta vez, el señor Burke se ahogó de verdad.

Mientras el coche avanzaba trabajosamente hacia la calle HalfMoon, Antonia sentía su corazón dilatarse de felicidad. No pudo esperar a que el cochero atase a los caballos y le abriera la puerta, sino que asió la empuñadura con firmeza y abrió ella misma. En ese momento, la puerta principal de la casa de Savage se abrió para dar paso a la hermosa Georgiana Devonshire. La dama llevaba puesto un atuendo que le habría costado una fortuna. Era de satén azul claro, y su chaqueta estaba adornada con colas de armiño en los hombros y en las caderas.

El peinado empolvado de Georgiana, sujeto con plumas de avestruz azules y colas de armiño, estaba bastante desarreglado y, por mucho que acomodara sus rizos con dedos diestros, volvían a caerle sobre los hombros.

Antonia se apresuró a echarse atrás en su asiento para que Georgiana no la viese. Su corazón ya no cantaba de alegría: ahora sangraba. Sangraba como si Savage hubiese hundido en él un cuchillo. Una niebla roja le obstruyó la visión y la ira reemplazó a la angustia. Abrió con brusquedad la portezuela del carruaje, subió corriendo la escalinata, y martilleó el picaporte de bronce. Un criado abrió casi de inmediato. Sin decir palabra, ella le clavó su parasol cerrado en un pie, y el hombre no tuvo más remedio que retroceder, lanzando una exclamación de sorpresa y de dolor. Cuando retrocedió, ella pasó junto a él, atravesando directamente la sala de recepción, y subió la escalera.

Adam Savage estaba en su oficina y alzó la vista, enfadado por la intromisión. Cuando vio de quién se trataba, su expresión no cambió. Antonia había burlado sus órdenes de permanecer en Irlanda hasta el fin de semana, y a duras penas le había dado tiempo para deshacerse de Bernard Lamb.

-Tony, es una verdadera sorpresa... aunque no debería serlo, conociéndote como te conozco.

-¡Apuesto a que es una maldita sorpresa! No eres más que un canalla lascivo.

Él se levantó del escritorio y fue hacia ella.

-¿Por qué estás enfadada conmigo? Debería ser al revés, cariño.

-¡A mí no me digas cariño! -Vio un fragmento de pluma azul sobre la alfombra y la señaló con su parasol, con ademán dramático-. ¡Ése es el motivo de mi enfado! Me has dejado bien lejos porque tenías asuntos urgentes en Londres. ¡Tenías urgencia por tender a Georgiana Casquivana sobre la cama!

La expresión de los ojos de Adam se tornó divertida.

-Estás celosa, querida. Georgiana vino aquí porque debe tanto dinero que se encuentra en un verdadero aprieto.

-¡No estoy celosa, estoy furiosa! -replicó ella.

Las fuertes manos morenas la aferraron por los brazos. -Nunca has hecho el amor estando enfadada. Te espera una gran revelación -le dijo él, con voz profunda, persuasiva.

-No creas que como te he permitido hacerme el amor en Irlanda, he venido corriendo aquí a suplicarte más.

El olor del perfume de Antonia inundó a Adam. -Mmm, déjame darte más.

Cerró sus manos sobre el trasero de ella y la frotó contra su entrepierna, que ya estaba dura como el mármol.

-Quítame las manos de encima. Bien puedo imaginar dónde han estado, hace poco -soltó ella, irritada.

-Una de las cosas que más adoro de ti es tu desbordada imaginación.

Él apartó los papeles del escritorio y la alzó, para sentarla sobre él.

-¡Basta ya, mujeriego!

-Todo eso ha quedado en mi pasado, lo juro. -Inclinó su cabeza oscura para apoderarse de la boca roja de la muchacha, pero ella se echó hacia atrás, con sus ojos echando fuego. En un instante, la espalda de Antonia estaba apoyada sobre el pulido

escritorio y él se cernía sobre ella, como un depredador que se aprestara a devorar a su presa. Ella bullía de cólera. La mirada de él la escaldó como la llama azul de una vela-. Hasta ahora, nunca te había visto vestida de amarillo. Es el color para ti, belleza mía. En este momento, tienes un aspecto tan vívido y exótico que me dejas sin respiración.

Ella alzó sus rodillas para darle un rodillazo en el plexo solar. -¡Voy a dejarte sin respiración, mentiroso! -jadeó.

-Quiero poseerte mientras estés enfadada. Quiero que me escupas y me arañes -dijo él, en tono bajo, intenso y seductor como terciopelo negro.

La tomó en sus brazos y la cargó hasta su dormitorio. -¡Déjame! -exigió ella.

La proximidad de Adam, la fragancia masculina de su piel excitó el deseo de Antonia hasta tal punto que su cuerpo empezó a cosquillearle, a pesar de su candente ira. Esto la puso más furiosa aún. Ahora estaba enfadada consigo misma, no sólo con él.

Con los labios en la garganta de ella, Adam le dijo:

-Estás más caliente y más apretada cuando te enfadas -murmuró-. Cuando me gritas y me insultas, tu vaina se aprieta más en mi pene, hasta hacerlo encabritarse y retroceder como un potro al que estuviesen domando. Contén tu ira, querida, y yo te brindaré la cabalgata más salvaje de tu vida.

La apoyó en la cama y ella empezó a debatirse como una loca. Sus forcejeos no lograron otra cosa que excitarla más, cosa que Adam celebró.

-No quisiera romper este adorable vestido amarillo, así que estate quieta mientras te desnudo; luego podrás seguir retorciéndote y rabiando. Su voz era tan seductora, le expresaba con tal claridad que ella lo excitaba, que Antonia empezó a dudar de que le hubiese hecho el amor a Georgiana, duquesa de Devonshire. Descubrió, con fastidio, que permanecía inmóvil mientras él la desnudaba. Entonces, recordó su respuesta, cuando ella le había preguntado cómo trataba a una mujer mal dispuesta: «Simplemente, recurro a las bellas artes de la seducción», había dicho él. La asaltó la languidez del deseo. Él estaba a

punto de seducirla y, de pronto, ella supo que quería vivir la experiencia de la hipnótica seducción del Leopardo. Seguiría atacándolo, mientras él la persuadía, la incitaba, la atraía y la ablandaba, con el propósito de que ella le diese lo que él deseaba.

Adam esparció sus rizos oscuros sobre las almohadas.

Jamás te he visto tan bella como en este momento -empezó a decirle.

En lo que se refería al sexo, todo era arte para Adam Savage. -Los halagos no te llevarán muy lejos -siseó ella.

-Los halagos me llevarán exactamente adonde quiero ir: aquí. Se lo demostró ahuecando su mano sobre el pubis e introduciendo un dedo dentro de ella.

-¡Canalla! -gritó ella.

-Mmm, cuando gritas te contraes con tanta fuerza en torno a mi dedo que ardo en deseos de ver lo que le harás a mi erección. Ella también. Se mordió los labios para no gritar de excitación.

-Sin duda, debes de estar demasiado atareado para esto -dijo ella, sarcástica.

-No se me ocurre una manera más productiva de pasar una tarde que haciéndote el amor.

-Yo prefiero hacerlo de noche, cuando está oscuro. -Mentirosa -replicó él mientras se quitaba la camisa y los pantalones-, a ti te gusta verme desnudo a plena luz del día. -Se sentó en el borde de la cama para descalzarse y dijo por encima del hombro-: Como sea, esta noche estoy ocupado.

Ella se abalanzó sobre su espalda para arrancarle la carne con sus uñas y él sintió el impacto de inmediato.

-Guarda tus garras, pequeña gata salvaje, si no quieres que te azote.

Saltó hacia ella, la obligó a acostarse boca abajo sobre la cama y se puso a horcajadas. Entonces, apartó sus sedosos cabellos para poder darle unos mordiscos en la nuca.

Por un momento, Antonia pensó que Adam estaba gruñendo

pero, cuando sus oídos se habituaron a ese ruido extraño fue como si, en realidad, el Leopardo estuviera ronroneando. Una sacudida le recorrió la espalda y se arqueó hacia él. Él, a su vez, arqueó su cuerpo sobre el de ella y se apoyó sobre manos y rodillas, sabiendo que ella haría lo mismo. En cuanto lo hizo, toda ella quedó expuesta a él. Su largo y grueso miembro viril buscó la caliente y oscura caverna, donde penetró con arrojo. Ella estrechó su vaina sobre la hinchada cabeza, y quedó demasiado apretada para que él pudiese penetrarla del todo desde ese ángulo. Luego, él posó sus manos sobre los pechos de Antonia y sus pulgares acariciaron los pezones erectos hasta que se formó una perla de humedad dentro de su vagina.

Comenzó a apretar con sus labios la oreja de Antonia y, con palabras amorosas francamente eróticas, fue describiéndole qué sensaciones producía su lubricada vaina en la cabeza marmórea y en toda la extensión de su falo engrosado y endurecido, mientras iba entrando poco a poco en ella. Ya las perladas gotas iban produciéndose

más rápido y ella estaba lo bastante lubricada para poder penetrarla hasta el fondo.

Cuando la excitación volvió resbaladizo el interior de Antonia, él aferró con firmeza su breve cintura, para poder tirar de ella hacia atrás al mismo tiempo que él se impulsaba hacia delante. El impacto que se generó cuando él la embistió fue indescriptible. Con sus manos fuertes, la empujaba hacia delante cada vez que él se retiraba, y la vagina de ella estaba tan ceñida en torno a él que su prepucio se retrajo sobre su pene acanalado en un movimiento de ardiente fricción.

Los gritos de ella se mezclaron con los bajos gemidos roncos de él, que penetró a fondo en el cuerpo femenino excitado hasta su punto máximo. La pasión de ambos fue ardiente, salvaje y veloz. Ella clavó sus uñas en el cobertor, desgarrándolo, cuando llegó el orgasmo de los dos, fuerte e intenso. Él se dejó caer sobre ella, y los dos se sintieron atravesados por temblores que no cesaban. Al acabar el último espasmo, él rodó junto con ella y los dos quedaron tendidos de lado. El gran cuerpo de él se curvó con ternura alrededor del de ella.

-Por Dios, Tony, cuánto te amo; ¿cómo se te puede ocurrir que sería capaz de mirar a otra? Tú eres mi mujer.

¿Estaría diciéndole la verdad o era sólo lo que ella quería escuchar? Él la hacía sentirse tan bien que en aquel momento no le importó.

Él le acarició el pelo.

-Lo que nosotros compartimos no es común.

Adam exhaló un largo y trémulo suspiro cuando las largas piernas sedosas de Antonia tocaron las suyas. Ella era como una fina copa de cristal al lado de bastas jarras de vidrio, comparada con otras mujeres.

Lánguida, se acurrucó contra él, sin ganas de moverse de ese nido de amor durante el resto del día y de la noche. Adam le acarició el vientre en el que crecerían sus hijos. Sus cejas se unieron: si seguía haciéndole el amor a ese ritmo, su simiente echaría raíz antes del momento conveniente.

-Te había dicho que permanecieras en Irlanda hasta el fin de semana y que después te reunieses conmigo en Edenwood. ¿Por qué viniste a Half-Moon sola?

En ese momento, ella recordó que traía estupendas noticias, y se volvió entre los brazos de él para darle la cara.

-Había venido a contarte algo maravilloso.

La boca de Adam cubrió la suya y ella se rindió a sus lentos, candentes besos, que la mutua pasión no les había dado tiempo de brindarse. Por fin, él le permitió tomar aliento.

-¡Mi hermano Anthony está vivo! Él se incorporó.

-¿Estás bromeando?

-No, no. Está vivo. No se ha ahogado. ¡Hemos recibido una carta suya! ¿No es maravilloso?

-Ya lo creo que sí. Pero ¿a qué demonios ha estado jugando todo este tiempo? Ha puesto tu vida en peligro.

-¡Oh, Adam, no te enfades! Ya no es necesario que sigamos preocupándonos por Bernard Lamb. Estoy a salvo, Lamb Hall está a salvo, y Anthony está a salvo de él. ¡Tony está en Ceilán, con mi madre!

-Dios santo, no puedo creerlo -explotó Savage-. El motivo por el que te dejé en Irlanda para atender un asunto urgente fue, precisamente, Bernard Lamb. Me he tomado un gran trabajo para sacarlo del país... Al saber que ya no necesitas más mi protección, mi autoestima se ve un tanto maltrecha.

Antonia se incorporó sobre sus rodillas y le rodeó el fuerte cuello con sus brazos.

-Adam, yo siempre necesitaré tu protección. Él hizo una mueca.

-Protegerte a ti de ti misma será una responsabilidad a tiempo completo.

-¿Qué quieres decir? -preguntó ella.

-Quiero decir que no deberías estar aquí. Estás incitando al escándalo, como vienes haciéndolo desde hace meses. Tu reputación es importante para mí.

-Si mi reputación es tan importante, ¿por qué te acostaste conmigo no bien hube cruzado la puerta?

-Si vienes aquí sola, se hace inevitable.

Antonia se sintió herida e irritada; decidió lastimarlo, a su vez. Alzó un hombro y apartó la tenue cortina color esmeralda que flotaba en torno a la cama.

-Si no quieres seguir siendo mi amante, tendré que buscarme otro.

En un abrir y cerrar de ojos, él se puso junto a ella y la aferró con mano brusca. Ella se miró en sus ojos de hielo. La cicatriz de su boca daba a su semblante oscuro un aire amenazador.

-Lo ahogaré en su propia sangre. ¡Yo fui el primero y seré el último! Tú me perteneces, Tony. Y lo que es mío, lo conservo. -Su boca dura se aplastó sobre la de ella, como si quisiera marcarla a fuego, para que todos supieran que era su mujer-. Únicamente podemos estar solos los fines de semana, en Edenwood. Mis criados guardan mis secretos. En Londres, nadie lo sabrá. Más aún, yo preferiría que te quedaras en Lamb Hall. Londres no es lugar apto para una joven.

Ella lo miró, atónita.

-¿Qué tiene Londres de malo?

-¡Es una cloaca!

Antonia entornó los ojos.

-¿Quién lo sabe mejor que tú? Tú estarás metido en ella hasta el cuello mientras yo soy enviada a mi hogar, como una buena muchacha, toda la semana y luego, como recompensa, me permitirás ser una chica mala durante el fin de semana. ¡Eres un condenado hipócrita! -gritó-. No pienso dejar Londres hasta no haber dejado mi carga a bordo del Red Dragon.

-El Red Dragon zarpó ayer para Ceilán, con tu preciosa carga a bordo.

-¡Eres un sinvergüenza! -exclamó ella, levantando la mano para asestarle una bofetada en la cara.

Él le atrapó la muñeca y la apretó hasta causarle dolor. Su mirada se clavó en la boca de Antonia y luego descendió más. -Estás enfadada otra vez. ¿Lo haces adrede para excitarme? Ella comprobó que, en efecto, él estaba excitado de nuevo. Al mismo tiempo que él se estiraba hacia ella, la otra mano de Antonia se estrelló en su cara en una picante bofetada.

Él levantó la mano.

-Vamos, golpéame. No sería la primera vez.

Ya estaba por explotar la violencia entre ellos cuando se oyó un suave golpe en la puerta del dormitorio.

-Abajo está el señor Baines, señor. Dice que esta noche la marea cambia temprano.

Antonia comenzó a vestirse. Se sentía bullir por dentro. De modo que él se marchaba en el Flying Dragon, fuera Dios a saber con qué clase de contrabando a bordo.

Él la observó en un hosco silencio. Ella se abrochó el encantador abrigo amarillo y tomó su parasol.

-Ten cuidado, Savage. ¡Si abro la boca para contar lo que sé de ti, podría verte colgando en el extremo de una cuerda!

Adam Savage echó atrás su cabeza y estalló en carcajadas que retumbaron por la habitación. Por todos los diablos, él le enseñaría a amenazar a un hombre.

-Nos veremos en Edenwood -replicó él con firmeza, mientras ella salía del cuarto como una exhalación.

Tony se ahogaba de rabia. El criado la miró de reojo, observando su pelo revuelto, pero ella prefería condenarse antes que acomodar su peinado como lo había hecho Georgiana. Lo apartó de sus hombros.

-¡Métase en sus propios asuntos! -le espetó.

CAPÍTULO 38

El Flying Dragon recorrió su conocida ruta y entró en la boca del río Somme, en dirección a St. Valery. Savage divisó la luz de señales que le decía que podía desembarcar a salvo y, en cuanto bajaron la pasarela, su tripulación empezó a descargar. Lo habían hecho con suma frecuencia, y eso les había conferido una eficiencia que les permitió no perder tiempo, casi.

Savage sabía que bastaba con demostrar una confianza serena para apaciguar los miedos de aquellas personas con las que tenía que tratar. El dinero cambió de manos con rapidez y el clíper salió de nuevo al Canal y puso rumbo a Gravesend.

Savage estaba detrás de la rueda del timón, pero su mente se hallaba a miles de millas de allí, llena de imágenes de Ceilán. El joven Anthony Lamb estaba ileso y a salvo, reunido con su madre, Eve. De golpe, un rotundo juramento escapó de los labios de Savage. ¿Y si Bernard Lamb tomaba un barco de Madagascar a Ceilán? La distancia era de unas tres mil millas, pero las dos se hallaban en el océano índico. A esa altura, él ya debía de estar seguro que había sido Savage quien lo había embarcado por la fuerza en el Red Dragon. Lo asaltó una

premonición. En el fondo, sospechaba que Bernard, el bastardo, se tomaría venganza, dirigiéndose a Ceilán. Qué ironía de la vida. A raíz de una intervención de su parte, tal vez la vida de Anthony Lamb estuviese en peligro. No tenía más alternativa que regresar a Ceilán. Antonia jamás lo perdonaría si le sucedía algo a su hermano gemelo, después de haberlo recuperado. ¡Antonia! Cerró los ojos, sabiendo que su imagen estaría siempre ante él.

¡Hasta qué punto ella le había complicado la vida! Y aunque él sabía que tendría que regresar a Ceilán en algún momento, para romper limpiamente con Eve antes de casarse con Tony, cobarde como era, había postergado el temido enfrentamiento. Pero ahora no podía demorarlo más, porque la vida del hermano de Tony corría riesgo. Lo que Savage detestaba más era verse obligado a hacer algo. Era un individuo a quien le gustaba tener el control sobre todo. El mayor desafío de su vida había sido aprender a controlarse a sí mismo. Una vez logrado su objetivo, había trabajado veinte horas al día, durante ocho años, para hacer prosperar su plantación y reunir una riqueza lo bastante sólida que le permitiese controlar su destino. Y su vida había ido desarrollándose tal como él la había planeado. Había construido su imponente mansión y elegido a su doncella. Había retornado a su tierra natal con el poder suficiente para tener voz en el gobierno de su país. Y entonces, una mujer de ojos verdes y largas piernas, con más agallas y pasión de lo que una mujer tenía derecho a manifestar, había derrumbado todos sus planes, trazados con tanto cuidado.

Él la quería con todas las fibras de su ser. Quería que fuese su compañera, su esposa, y la madre de sus hijos. Pensaba hacer todo lo que estaba en su poder para poseerla a ella también. La dificultad consistía en que él no tenía todo el control. Tony era un genio para embrollarlo todo. Él creaba un orden, ella creaba el caos. Ella había llevado su paciencia hasta el límite, cuando vivía como si fuese Anthony, y ahora, lo impulsaba a usar la violencia cada vez que él intentaba controlarla.

Si ella llegara a conocer los infaustos detalles de su pasado, él correría el riesgo de perderla. Por fin, llegó al meollo de la cuestión. Si ella llegaba a saber que él había tenido una relación con su madre, el riesgo se convertía en probabilidad.

Irguió los hombros y se llenó los pulmones con el aire salino del mar. ¿Qué demonios le pasaba? No era propio de él apenarse y afligirse. ¡La vida era un desafío! ¡Lady Antonia Lamb era un desafío! Aún no estaban echados los dados. ¡Él se atrevería a jugar el maldito juego y también ganaría!

Finalmente, Antonia resolvió ir a Edenwood. Pero no iría el fin de semana y no iría a visitar al marqués de Blackwater. Tendría una amable charla con John Bull. Si había alguien que supiera algo acerca de los trapos sucios que Indian Savage pudiera esconder, esa persona era su amigo y valet personal.

Sonrió, sintiendo que la malicia comenzaba a burbujear en ella. John Bull aún pensaba que ella era el joven lord Lamb, y Antonia se preguntó qué opinaría de su transformación.

Antonia se sintió muy culpable cuando inventó una historia diciéndole a su abuela que sentía nostalgia del hogar. Siempre había sido defensora de la verdad, hasta el final, y detestaba a los mentirosos más que a nadie. Y ahora, cuando le daba a Roz un beso de despedida con el pretexto de ir a Stoke, para sus adentros echó la culpa a Savage. Cuando estaba en las afueras de Londres, le dijo a Bradshaw que su destino era Edenwood y no Stoke. Se sintió francamente una pecadora cuando él, en respuesta, le guiñó un ojo y le informó que el señor Burke ya le había indicado que la dejara en Edenwood y luego volviese a Londres.

Cuando el coche llegó a la mansión de Adam Savage, John Bull salió al sendero, precediendo a un comité de bienvenida formado por los criados de la casa.

-Bienvenida a Edenwood, memsab. Su excelencia me dijo que la esperase. Todo está preparado. Yo soy John Bull, el mayordomo de su excelencia.

-¡John Bull, soy yo, Tony!

El hombre hizo una reverencia tan profunda que su turbante rojo le tocó las rodillas.

-Sí, memsab. Usted es lady Lamb, hermana gemela del honorable lord Lamb. ¡Debo decir que la semejanza es notable, por cierto!

-¡Es notable porque yo soy él! Sólo me quité los pantalones y me puse una falda.

John Bull se volvió, con gesto imperioso, hacia los curiosos criados y los despidió.

-¿Está diciéndome que lord Lamb ha sido desvestido?

Antonia rió entre dientes y lo tomó del brazo. -Estoy diciéndole que yo soy mi hermano Tony. Admirado, el hindú movió la cabeza.

-El disfraz es perfecto. ¡Parece usted una mujer! Antonia se dio por vencida. Le apretó el brazo.

John Bull, lo adoro. Sólo que, esta vez, espero no tener que dormir en el suelo.

-Claro que no. Su excelencia me ha ordenado que preparase el dormitorio contiguo al de la suite principal para lady Lamb. -Me imagino que eso ha hecho.

Era obvio que Savage ya había estado en Edenwood después de su regreso de Irlanda.

-Entonces, puede usted ocupar la habitación de su hermana hasta que ella llegue. Entre nosotros, Tony, apuesto a que su hermana será la gobernadora de Edenwood.

Tony lanzó una grosera exclamación. -Indian Savage jamás se ataría a una esposa.

-Oh, le aseguro que se equivoca, joven señor. Hace ya bastante tiempo que su excelencia está buscando una esposa. Busca a una dama con título de nobleza que pueda liderar la sociedad elegante. Una mujer que sea una anfitriona perfecta cuando él reciba a sus amigos políticos. Edenwood es el ambiente que él ha creado para albergar a tan preciosa joya. Y él necesita tener muchos hijos. ¡Tiene intenciones de fundar una dinastía!

John Bull, es usted una mina de oro en lo que respecta a información. Se me hace la boca agua por saborear uno de sus curries. Después de que haya examinado mi habitación o, mejor dicho, la de mi hermana gemela, iré a la cocina para que podamos charlar.

La habitación era encantadora. Antonia se fijó en que los muebles eran los que ella misma había elegido, con excepción de la lujosa alfombra de seda hindú. Se preguntó si Adam habría encargado el diseño de la habitación y llegó a la conclusión de que así era. Jamás debía cometer el error de subestimarlo. Oyó un lejano susurro de sedas y su nariz detectó una fragancia exótica.

-Kirinda, ¿cómo estás?

-Estoy muy bien, memsahib. ¿Quiere que saque sus cosas? -No es necesario, salvo que tengas curiosidad por mi ropa. -Sería un gran placer para mí ver sus vestidos. Jamás entendí cómo tenía usted el coraje de usar ropa de hombre -dijo Kirinda, con su voz suave.

-¿Cómo supiste que yo era una mujer? -preguntó Antonia con curiosidad.

-Por el modo en que miraba al patrón. Yo también lo amo, memsahib.

Antonia contuvo el aliento. ¡Canalla libidinoso! Sus conquistas hacían legión. Bien, pues tendría que borrar el nombre de Antonia Lamb de esa lista interminable.

Una vez que hubo abierto las maletas, Tony bajó a la cocina. John Bull la observó con franca curiosidad, luego hizo salir a los demás criados de la espaciosa cocina. Se golpeó la frente.

-Al fin, he empezado a entretener.

Antonia se desconcertó por un momento y luego murmuró: -Ha empezado a entender.

-Empiezo a entender, a entretener, ¿qué diferencia hay?

-En este momento, no podría decírselo -respondió ella con suavidad.

-Estoy pensando que no es usted un hombre vestido de mujer. Oh, no, no es tan simple como parece.

-Eso espero -dijo ella, con voz débil. -Confiéselo: usted ha sido siempre una mujer. -Ha adivinado mi secreto.

-Nadie es capaz de engañar a John Bull como a un niño, ni siquiera su excelencia.

-Usted debe de saberlo todo con respecto a sus actividades clandestinas, ¿no es así?

-Ah, sí. Él cruza el Canal tres veces por semana. Ha hecho construir un muelle aquí mismo, en su propiedad, para el Flying Dragon. El templo griego que hay junto al río es, en realidad, un almacén para guardar las mercancías. En Francia habrá una resolución.

Antonia se sintió mal. No había querido creer que el contrabando realizado por Savage fuese dañino, pero ya no podía fingir más ignorancia. Su sentido común le señalaba que las cargas ilícitas que permitían ganar dinero en ocasión de guerras o revoluciones eran las armas y los explosivos. Matar personas para obtener ganancias. Savage

le había dicho que ella no tenía estómago para eso, y estaba en lo cierto. Era una actividad mercenaria, corrupta, desalmada. Una parte de ella intentaba convencerla de que Adam Savage no haría algo semejante, pero otra decidió que debía ver con sus propios ojos qué era lo que estaba almacenado en ese gran depósito.

Mientras veía los diestros dedos de John Bull desmenuzando los chiles y lavando con minuciosidad el arroz, lo sondeó en busca de más información con la que poder condenar a Savage.

-Usted es el único que conoce los vergonzosos secretos de su pasado.

-Ah, memsab, él ha hecho cosas que han mancillado su alma. Por eso, necesita una buena mujer que lo redima.

La miró con expresión especulativa.

-Si lo que él busca es redención, tiene un modo extraño de hacerlo -replicó ella con sequedad.

-Extraños y maravillosos son los modos del Leopardo -dijo John Bull, tocando su rubí con gesto reverente.

Tony pensó con amargura: «Se supone que el salario del pecado es la muerte, pero, en este caso, sin duda son joyas, oro, castillos y títulos». Exhaló un pesado suspiro.

-Ojalá no fuese tan mal nacido.

-Yo pienso que sus padres estaban casados. Su nacimiento no ha sido tan bajo -lo defendió John Bull.

La sonrisa de Antonia fue tensa.

-No, más bien rebajado -repuso ella con hondo pesar.

Tony salió al aire libre cuando aún quedaba luz diurna, con el pretexto de contemplar los jardines, que ya estaban terminados. Fue caminando hasta el templete griego con sus graciosas columnas y se entretuvo, como quien holgazanea, cerca de su pórtico, pero había demasiados jardineros y campesinos cerca, y sus miradas convergían en ella. Sospechó que se trataba de guardianes. Vio que había un fuerte candado en la puerta del templo.

La belleza del jardín era tanta que le oprimió el corazón. El lago con sus cisnes negros y el bosque que estaba más allá de él, lleno de ciervos y aves de caza, daban una apariencia de paraíso, pero Edenwood, como su nombre lo insinuaba, albergaba a una serpiente que moraba en ella. Antonia amaba apasionadamente Edenwood, hasta el punto de que se asemejaba a lo que sentía por su dueño, Adam Savage, pero su corazón le dictaba que debía dejar a ambos.

A la hora de la cena, insistió en que John Bull y Kirinda comieran con ella. Se divirtió con las pullas que se lanzaban mutuamente, jugando la eterna batalla de los sexos, y escuchándolos, no detectó ni crueldad ni velada hostilidad en sus bromas. Hacía tanto tiempo que estaban juntos y se conocían tan bien que eran como un par de cómodas pantuflas. No hacían una gran pareja, pero tampoco estaban lejos de ello.

Tony se retiró a pernoctar, pero sin la menor intención de desvestirse y meterse en la cama. Alrededor de la medianoche saldría a averiguar qué tenía Savage en el interior del almacén que simulaba ser

un templo griego. Tomó una capa oscura, una lámpara de aceite y un pesado candelabro de bronce para romper el candado. Y si no lograba abrir la puerta, entraría por una ventana. Aunque eran muy altas, ella nunca había tenido problemas para trepar.

Para pasar el tiempo, sacó su diario de su maleta y escribió en él lo que alojaba su corazón. Sin que ella tuviese conciencia de ello, sus palabras siguieron el mismo rumbo de siempre. En la primera página, volcó su enojo contra Savage; en la segunda, hizo una lista de sus pecados, y la tercera estaba colmada de añoranzas y anhelos por lo que podría haber sido. Lo que sentía por él era una gran pasión. Adam Savage era el amor de su vida. Pensar en él ejercía el efecto de una droga sobre sus sentidos. Era como un narcótico, como las tóxicas sustancias con las que él hacía contrabando: ya lo había probado y ahora tenía una imperiosa necesidad de él. Si estaba lejos, podía resistir su fatal atracción, pero cuando estaban juntos, él era capaz de hacer tabla rasa de su resistencia con su perverso magnetismo. Se quedó dormida, sus sentidos colmados por Savage.

Tony despertó sobresaltada, sin saber qué hora sería. Debía de ser más de medianoche, a juzgar por la cantidad de aceite que había consumido la lámpara. Se arropó con la capa, bajó la llama de la lámpara y tomó el pesado candelabro. Si alguien la atacaba, sería un arma formidable.

La casa estaba en completo silencio mientras ella bajaba las escaleras. Salió por la puertaventana que daba al jardín. Se movía lentamente, refugiándose en la sombra de los árboles. Al principio, la oscuridad fue total, pero luego sus ojos fueron acostumbrándose y pudo distinguir la débil luz anterior al amanecer. Esperó a oír el rumor del río antes de subir la llama de la lámpara. Aceleró el paso, pues ahora podía ver el camino que llegaba hasta el templo.

Cuando llegó a la puerta dejó la lámpara en el suelo y luego titubeó, no por la presencia del candado, sino por lo que sabía que hallaría detrás de esa puerta. ¿Por qué estaba haciendo algo así? Si volvía a la cama y fingía ignorancia con respecto al contrabando practicado por Adam, Edenwood y su dueño podían seguir siendo suyos. Adoptó una decisión: presentaría la evidencia a Adam. Él tenía tanta facilidad de palabra, era tan hábil para convertir las mentiras en verdades, que ella estaría dispuesta a creer cualquier cosa que le dijera. Necesitaba una prueba de su perfidia.

Al mismo tiempo que levantaba el pesado candelabro de bronce con la intención de quebrar el candado, alguien la cogió por detrás y el arma improvisada le fue arrancada de la mano.

Adam Savage arrebató el arma del misterioso intruso que se ocultaba en las sombras del templo. Quedó estupefacto cuando vio el rostro de Antonia. En su mandíbula se tensó un músculo: había estado a punto de asestarle un golpe brutal.

Tony se quedó mirándolo, horrorizada por haber sido sorprendida con las manos en la masa.

Con una voz tan helada como sus ojos, él le dijo: -¿No habría sido más fácil con la llave?

Tomó el candado, introdujo en él una llave de hierro y abrió la pesada puerta.

Lo que Tony vio cuando él levantó la lámpara le cortó el aliento, pero Adam no volvió a cerrar la puerta. En cambio, le entregó la lámpara con un movimiento irritado. Ella podía imaginar su helado desdén y su ardiente ira.

-Váyase a su cuarto, señorita: aquí tenemos mucho que hacer.

Oyó los pasos de sus hombres, que se acercaban, y se fue corriendo a la casa, para no darle ocasión de que la avergonzara más aún. Con manos trémulas, se quitó la capa y empezó a pasearse por la habitación. Las últimas palabras que ella le había dicho constituían una auténtica amenaza: «Ten cuidado, Savage. Si yo abriese la boca y contara lo que sé de ti, ¡podría verte colgando al extremo de una cuerda!». Y ahora, él la había pescado tratando de reunir pruebas que lo condenaran. Sintió la tentación de huir. El establo estaba lleno de caballos, y uno de ellos era suyo. Pero había llegado el alba. Habría sirvientes levantados. Además, ¿adónde iría? El primer lugar a donde Savage iría a buscarla sería Lamb Hall. Tragó con dificultad, intentando reunir valor. Se quedaría y se enfrentaría a él. Y si la maltrataba, gritaría pidiendo ayuda a John Bull.

Tony se vio, de repente, en el espejo. Entonces, tomó un cepillo y trató de mejorar su apariencia. La muchacha del espejo le devolvía la mirada con aire desafiante. ¿Qué le pasaba? Ella era una mujer, ¿verdad? Lucharía con armas femeninas. ¡Lo seduciría! Se mordió el labio, mientras pensaba de qué modo hacerlo. En Venecia contaba con el corpiño dorado que exhibía sus pechos de una manera tan espléndida, para no hablar de los transparentes calzones dorados. Lo mejor que podría hacer era ponerse un camisón. Él jamás la había visto con uno. En Irlanda habían llegado uno a la presencia del otro desnudos, todas las noches. Se quitó toda la ropa, luego se puso un blanco camisón de cambray, con una docena de minúsculos botones en el cuello. Volvió a apoderarse del cepillo, se puso ante el espejo y suspiró. Recordó, con envidia, los exóticos velos que tendría Flor de Loto.

Se cepilló lentamente, y notó que su sedosa melena llegaba, ahora, hasta su cintura. Vio que sus mejillas se ruborizaban al evocar íntimos recuerdos. Se entregaban de tal manera cuando hacían el amor, que Adam quedaba enredado en su pelo, como si las negras hebras se aferraran a él con intención posesiva, para atarlo a ella, mientras que los negros mechones de él se enroscaban en torno al cuello de Antonia.

Al oír el sonido de la puerta, se le agitó el aliento y se le aceleró locamente el pulso. Y casi se desmayó de un sobresalto al oír su voz detrás de ella. Giró el rostro y vio que él había entrado desde su propio dormitorio.

-Estoy seguro de que tendrás un motivo lógico para haber estado en el templo en medio de la noche. ¿Por qué no lo compartes conmigo? -dijo Adam, con aquella voz engañosamente suave, que tanto recordaba al terciopelo oscuro.

Tony resolvió confesarlo todo y acogerse a su merced. Si adoptaba una pose suplicante podría salvar la distancia entre ellos y tocarlo. Hasta el momento, bastaba con tocarlo para encender su ardiente pasión.

-Yo... yo estaba tratando de ver las pistolas... las armas que tú has estado llevando a Francia de contrabando -susurró, mientras daba un paso vacilante hacia él.

-¡Pistolas!

Su voz hizo vibrar el aire y Antonia se detuvo en mitad de su camino. Adam la miró como si fuese la primera vez que la veía. Tenía un aspecto increíblemente joven. El recatado camisón blanco con sus minúsculos botones le daba un aire virginal y, en verdad, su inocencia era conmovedora. ¿Qué aspecto tendría él a los ojos de ella? ¡Peligroso, siniestro, amenazador! Ella estaba convencida de que él traficaba armas.

Antonia contuvo la respiración al ver que la mirada de él se posaba sobre su diario, que estaba sobre una silla, cerca de él. Adam lo tomó de inmediato.

-¡No! No puedes leerlo. ¡Es personal, privado! Él lo hojeó rápidamente.

-Mi nombre está en todas las páginas.

-Son mis ideas personales con respecto a ti. Si tienes conciencia, no puedes leer algo tan personal. ¡No puedes violar mi intimidad!

-Tú estás convencida de que yo no poseo conciencia. Tienes miedo de que te viole a ti, no a tu intimidad. Le ruego que se siente, lady Antonia, mientras yo me entero de sus más íntimos pensamientos.

Tony quiso precipitarse sobre él y arrebatarle el diario de las manos pero no se atrevió. Conocía la fuerza brutal de esas manos. Se sentó en una elegante silla Hepplewhite que ella misma había elegido con amor y cuidado y, con las mejillas arreboladas, vio cómo él se sentaba en otra idéntica. Adam estiró las piernas, apartó de ella la mirada de sus ojos fríos y comenzó a leer.

El diario fue una revelación. Cada una de sus anotaciones comenzaba con expresiones de odio hacia él, maldiciones y acusaciones, pero finalizaba con palabras amorosas, de adoración. Lo que más lo asombró fueron los hechos perversos de los que ella lo acusaba. Pintaba un personaje tan negro que él empezó a divertirse. No cometió la indignidad de reírse de sus palabras. No tenía esperanzas de ocultarle que había traficado con drogas. Ella lo sabía todo y sospechaba lo peor. En algunas páginas lo calificaba de adicto al opio, en otras, de asesino o de criminal.

Lo más permanente era la acusación de mujeriego. Él mantenía una concubina y se había acostado con todas las señoras de la sociedad londinense, desde Georgiana, duquesa de Devonshire, hasta lady Melbourne y su hija, la exquisita condesa de Cowper. El único hecho que lo salvó de haber engendrado al hijo ilegítimo de lady Bessborough fue que no se hallaba en el país, estaba segura de ello. Y sin embargo, pese a que él pasaba todas las tardes ungiendo a sus conquistas con los honores de su

virilidad, Antonia lo adoraba. Estaba locamente enamorada de él y lo maldecía, tratándole de bribón porque no le había pedido que se casara con él.

Tony lo había revestido con el carácter romántico de cierto sombrío arcángel, perverso y pecador y, precisamente por ello, irresistible. A la pobre Antonia le esperaba una decepción devastadora. Él era un hombre reformado que había optado por el bien, en lugar del mal. Y por mucho que odiara pinchar aquella burbuja de fantasía, iba a hacerlo. Ella había llevado una vida tan recoleta y protegida que no había dado salida a su naturaleza apasionada. Había sido reprimida hasta tal punto que ansiaba vivir aventuras; ahora comprendía por qué había aceptado de inmediato hacer el papel de un varón. Eso le había conferido la libertad de divertirse por primera vez en su vida. Se había entregado a la aventura como un pájaro que levanta vuelo, extendiendo sus alas y remontándose hasta tocar el cielo.

El problema era que se había aficionado demasiado a las grandes aventuras. Había combatido en un duelo, luego había escapado con él a bordo del Mying Dragon. En recompensa, había convertido el Carnaval de Venecia en una fantasía viva, tanto para él como para sí misma. En Irlanda se habían enamorado, pero ¿Tony se habría enamorado del nabab Indian Savage? ¿O del Leopardo, con su cicatriz en el rostro y su carácter salvaje e indómito? ¿O del noble marqués de Blackwater? ¿Podría amar al hombre que él era, en verdad? ¿Podría amar a Adam Savage?

Dejó el libro y fue hacia ella. Antonia exhaló un breve grito cuando él la atrajo a sus brazos y la apretó contra su corazón. El grito le reveló a él que ella estaba gozando de esta nueva aventura. La llevó a su habitación. La cama abovedada estaba sobre un pedestal, oculta por paños de color carmín. Sobre la ancha cama, y cayendo sobre la alfombra de seda negra, había una piel de leopardo.

Savage rió de su propia locura. A él también le gustaba vivir fantasías. La depositó con delicadeza sobre la cama y luego se quitó las botas altas hasta el muslo y finalmente la camisa. Sin desprenderse de los ceñidos pantalones negros, se tendió junto a ella. Sus adorables ojos verdes estaban dilatados, señal de que ella trataba de adivinar qué le haría aquel peligroso demonio. Jadeó cuando su mano audaz se coló por debajo del ruedo de su níveo camisón, pero él se conformó con acariciar sus largas piernas, mientras le hablaba.

Su voz ronca le provocaba escalofríos en la espalda.

-Tony, tú sabes que he llevado una vida peligrosa y corrupta. No, déjame terminar. Según tu diario, ya sabes que yo miento, engaño, robo y hago contrabando. Que cometo actos sin escrúpulos, asquerosos e inmorales. Mis actividades son ilegales, incluso criminales. Quiebro todas las leyes de Dios y del hombre.

Percibió que ella se ponía tensa y se apartaba de él, de modo casi imperceptible.

-Sabes que soy deshonesto y mercenario, pero veo que eso te excita, Tony.

Su mano ascendió por el muslo sedoso y empezó a obrar su perversa magia.

-¡No! ¡Por favor, no hagas eso! -exclamó ella, tratando de alejarse.

-Tony, a mí me gusta ser un infame y un sinvergüenza pero, lo que es peor, a ti también te gusta.

Retiró su mano del muslo de Antonia y empezó a desabrochar la hilera de pequeños botones en el cuello.

-¡No! ¡No, no es así! -insistió ella, vehemente. -Los dos sabemos que sí.

Él lanzó una risa gutural, y Tony percibió en ella su perversa intención. Ya había desabrochado toda la hilera, y su mano tenía pleno acceso a sus pechos. Apartó la tela de algodón y sus manos callosas rodearon el cuello de ella.

-Te excita saber que estas mismas manos que tocan cada una de las partes íntimas de tu cuerpo han matado hombres.

Sus ojos verdes desbordaban de lágrimas de odio y de temor. -¡Savage, basta!

-Savage -repitió él con voz tersa-. Nomen est omen, ¡el nombre es el destino! Hasta mi nombre te estremece en lo más hondo de ti. -Deslizó el camisón por sus hombros, dejando los pechos al descubierto. Sus claros ojos azules la recorrieron como la llama de una vela-. La cicatriz de mi boca es tan siniestra que te enloquece de deseo cuando roza tu pezón.

Le hizo una demostración.

De los labios de la muchacha escapó un gemido, y se sintió horrorizada de sí misma.

La palma de Adam se curvó sobre uno de sus pechos y ella sintió que su calor fluía del cuerpo de él al de ella. Le rozó el pómulo con los labios y luego los apoyó en su oreja.

-Creo que lo que más excita tu pasión es imaginar que soy un libertino. Tú imaginas que soy incapaz de ser fiel a una mujer. Tú me consideras un disoluto, un libertino, un pecador…

Antonia empezó a temblar, y él captó cada uno de sus temblores.

-Tú has sido siempre una buena chica. Tan virginal, ahí acostada con tu dulce camisón. Pero, cuando estás en la cama conmigo vives la fantasía del ángel y el demonio. El hecho de que yo sea un libertino te permite ser promiscua. Porque, como yo he tenido amantes, tú te has convertido en una de ellas. Como yo he usado los servicios de rameras, tú quieres serlo para mí.

Antonia le propinó una bofetada en plena cara. Tiró de su camisón para cubrirse de nuevo el pecho y trató de huir de la cama. Pero los dedos fuertes de él la aferraron por la muñeca. -Tony, ¿qué pasa?

-¡Eres un canalla libertino! -respondió ella, resollando, ahogándose casi.

La intensa mirada azul de Adam sostuvo la de ella.

-Tony, tú no querrías un aburrido esposo que jamás transgrediese la ley.

-¡Sí, quiero! ¡Por supuesto que sí!

-Por los cuernos de Satán, tú no quieres un esposo que no se atreva a cometer adulterio.

-¡Sí, quiero! ¡Eso es, exactamente, lo que quiero!

-Pero, mira a tu alrededor: todo esto podría ser tuyo a cambio de tus favores sexuales -la tentó.

La furia de Antonia explotó.

-¡Lo que puedes hacer con tu maldito y ostentoso Edenwood es metértelo donde te quepa! ¡Eres el varón más autocomplaciente y arrogante que he tenido la desgracia de conocer! Piensas que tu riqueza puede comprarlo todo, ¡pero no puede comprarme a mí! Dios mío, no eres más que un sibarita, que adorna a sus criados con rubíes y duerme sobre un trono, comprándose títulos de nobleza.

-¿En realidad, prefieres a un hombre que se atenga a la moral?

-¡No podría amarlo si no fuera así! -afirmó Antonia, apasionadamente.

Él le soltó la muñeca.

-Vístete, Tony. Te llevaré de regreso a Londres.

Antonia huyó a la habitación vecina. Todo había terminado. Había escapado por poco. Era la muchacha más afortunada. Debía de tener un ángel guardián. Se arrojó sobre la cama, las compuertas se abrieron y comenzó a sollozar:

-¡Malditos sean los condenados ángeles!

CAPÍTULO 39

Antonia salió de su habitación ataviada con un elegante vestido de viaje de color crema, con zapatos de cabritilla del mismo color. Su pelo oscuro estaba arreglado en un clásico moño, que caía con sencillez sobre su nuca. De la cabeza a los pies era la respetable lady Antonia Lamb.

Adam Savage estaba aguardándola en el último escalón de la magnífica escalera curva. Su ropa oscura era de corte impecable, su camisa, inmaculada. Hizo un saludo cortés y formal. Descendieron juntos y entraron en la inmensa cocina.

-Las mujeres deben ser vistas pero no oídas -estaba sermoneando John Bull a Kirinda.

-Las mujeres no deben ser vistas ni oídas -corrigió Savage en voz baja.

-¿Lo ves? Su excelencia coincide conmigo -dijo John Bull, triunfante.

Antonia le lanzó una mirada indignada, que se tornó despectiva cuando se posó en Savage.

-¡Eso significa que su excelencia es un condenado babuino! En ese momento, ella oyó voces que llegaban del comedor. La conversación era en francés; se le ocurrió que difícilmente fueran los criados.

-Por favor, John Bull, ocúpate de que bajen el equipaje de su señoría.

Indicó a Antonia, con un ademán, que lo precediera al comedor.

Tres caballeros vestidos de satén se pusieron de pie en cuanto ella entró.

Savage dijo, con voz que parecía de seda:

-Permíteme presentarte a nuestros invitados, mi queridísima. Éste es el comte de Barras... su adorable esposa... sus hijas.

El aristócrata francés besó la mano de Antonia. -Madame Sauvage, es un honor.

Hablaba con fuerte acento; era evidente que apenas sabía inglés. Antonia trató de no mirarlos con demasiada fijeza, pero las mujeres chorreaban puntillas valencianas; y todos ellos usaban pelucas empolvadas ridículamente altas.

Adam le presentó a los otros dos hombres: -El duc de Maine. El marquis de Saint-Simon. Antonia dudó en hacer una reverencia. -Enchanté -murmuró el duque.

-Beauté du diable -dijo el marqués, llevándose un dedo a los labios.

Adam Savage sacó una llave del bolsillo de su chaleco.

-Mi dulzura, abre la cerradura del templo para hacer entrar a estos dos caballeros. Lo que hay allí almacenado les pertenece. Así que los Barras hayan terminado su desayuno, yo los acompañaré al barco.

Antonia estaba desconcertada. ¿Qué era lo que estaba sucediendo? La llave de hierro que tenía en la mano estaba tibia por el contacto con el cuerpo de Savage. ¿Acaso esperaba él que ella entregara las armas a estos franceses? Tuvo ganas de arrojarle la llave a la cara, pero la presencia de esas personas tan elegantes la impulsaron a comportarse como una dama. Con cortesía, como si estuviera en trance, salió del salón, y los franceses la siguieron.

Afuera, en el sendero, había una docena de carretas. Los franceses se dirigieron a algunos carreteros, y por eso dedujo que las carretas debían de pertenecerles. «Dios mío, debe haber un arsenal formidable almacenado en el templo griego.»

Antonia aspiró una profunda bocanada de aire, metió la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta.

-¡Ooooh!

Fue un suspiro y una exclamación de asombro, a la vez, cuando su vista abarcó toda la belleza que estaba amontonada ante ella. Exquisitos muebles Luis XIV, piezas doradas de Marot, gabinetes y mesas de pilar, junto a objetos de arte, pinturas, espejos de marco dorado y otros muebles y objetos de decoración de valor incalculable. Parecía la cueva de Aladino.

Junto a cajas de porcelana de Sévres y fino cristal, había montañas de resplandecientes centros de mesa de plata, bandejas, servicios de té, platos de plata y las mejores fuentes georgianas auténticas. ¿Por qué ese Savage de ojos endiablados le había hecho creer que guardaba armas en el templo?

Dedicó una reverencia a monsieur le duc y volvió a la casa. Por fortuna, John Bull aún estaba junto a la mesa de la cocina. -¿Quiénes son esas personas? -le preguntó ella-. ¿De dónde provienen esos objetos que hay en el templo?

-Ah, usted ha estado viviendo debajo de una piedra. ¿Acaso no sabía que los aristócratas franceses son llevados a la cárcel a montones, como ratas? Éstos se cuentan entre los afortunados. Otros son asesinados en sus camas por el populacho. -Inclinó la cabeza hacia el comedor-. Anoche, su excelencia permitió cruzar el Canal a esta familia. Ha estado haciendo esa ruta tres veces por semana. Ellos traen consigo todas sus pertenencias para que no caigan en manos de la plebe, que las destrozaría o les prendería fuego.

Tony comenzó a comprender que el duque y el marqués habían viajado más temprano y venían a recoger sus tesoros, que Savage les había guardado.

-En estos tiempos, Francia es un lugar poco saludable. El populacho vaga por las calles reclamando «igualdad» para todos, lo cual es imposible porque no somos todos iguales. John Bull meneó la cabeza-. Nosotros, los ingleses, jamás entenderemos a los franceses.

Los anchos hombros de Savage llenaron el marco de la puerta. -Ven, lady Lamb, estamos listos para partir.

Antonia se ruborizó. ¿Por qué había imaginado lo peor de él? Estaba muy exasperada. ¿Por qué le parecía que él se lo estaba pasando en grande?

-Aún no he desayunado -dijo, caprichosa.

-Te aguardan las maravillas culinarias de McSwine.

Antonia tuvo la necesidad de tragar rápidamente, asaltada por una ola de náuseas. ¡Era cierto: se divertía, el maldito canalla! Antonia se mantuvo alejada de él durante el breve viaje a Londres. El señor Baines llevaba el Flying Dragon para que Savage pudiera atender a la familia del conde Barras.

Tony se sintió descompuesta y se acordó del golfo de Vizcaya. También recordó las actividades clandestinas de Adam Savage en la costa francesa. ¿Por qué jamás se le había ocurrido que él estaba arriesgando su vida para ayudar a la gente?

Al regresar a la casa de la calle Curzon, Roz la reprendió por su taimada actitud.

-¡Veo que te has recobrado rápidamente de tu nostalgia por el hogar!

Tony gimió para sus adentros: ya no tenía dudas de que debía de estar padeciendo alguna enfermedad.

-¿Por qué tenías que escurrirte furtivamente hacia Edenwood? Yo te diré el motivo, Antonia. Yo creo que te has encaprichado con tu tutor. Y me alegra que el señor Savage te haya mandado de vuelta a casa. Tú necesitas un marido. Un hombre con mano firme y de moral severa, que ponga fin a tanto vagabundeo. Yo hablaré de ello con el señor Savage.

-Abuela, lamento haberte causado preocupación -dijo ella, pesarosa, aunque por dentro tenía ganas de gritar, vociferar y dejarse llevar por una gran pataleta.

Ya refugiada en su dormitorio, fue directamente hasta la cómoda, tomó su palangana y vomitó violentamente. Mojó la punta de una toalla en la jarra de agua y se limpió la cara. Su mirada se topó con la imagen

de sus ojos en el espejo del tocador. ¿Sería posible que estuviese embarazada?

Una parte de ella lo negó al instante, pero otra reconoció que era una posibilidad cierta. Resonaron en sus oídos las palabras de su abuela: «Tú necesitas un marido». Antonia se echó a reír. «Hablaré de ello con el señor Savage», dijo ella a la muchacha del espejo. Pero esa muchacha no se reía. Su semblante era trágico. Había un rastro plateado de lágrimas que rodaban por sus mejillas.

A la mañana siguiente, antes de que abriera los ojos, ya volvía a tener náuseas. Lo que actuó de disparador fue el olor del tocino que llegaba desde la cocina. Antonia estaba bien enterada de los síntomas del embarazo. Cada vez que las mujeres se reunían en una función social, siempre era un tema básico de conversación. Sin embargo, una hora después, se sentía perfectamente bien, y elevó una plegaria de agradecimiento por el hecho que un padecimiento tan revelador hubiese desaparecido tan de golpe como había llegado.

Roz había ido a pasear por el parque en un coche descubierto con un caballero que había venido de visita. Pero, antes de irse, arrancó a Antonia la promesa de asistir a Almack's para la velada del miércoles. Frances Jersey era una enciclopedia viviente de solteros disponibles.

Tony se paseaba por la sala como una fiera enjaulada. Sintió la necesidad de encontrar una válvula de escape a sus aterradores pensamientos y subió corriendo a buscar su diario. Volvió a la sala, se sentó ante el escritorio y abrió el diario. Pero, en lugar de escribir, cometió el error de leerlo. ¡Dios santo: había volcado su corazón en aquellas páginas! Adam Savage ya no tenía la menor duda de que ella estaba irremediablemente enamorada de él. ¡Qué humillante! Arrojó el diario al otro lado de la habitación.

Tony oyó el sonido de la campanilla de la puerta y su corazón dio un vuelco. No estaba en condiciones de recibir a nadie. Cuando el señor Burke anunciara al visitante, le diría que no quería ver a nadie. Pero no era el señor Burke el que entraba en la sala: era Adam Savage.

Se sintió desgarrada por emociones contradictorias. No sabía si apartarlo de su vida para siempre o abrirle los brazos. No hizo ninguna de las dos cosas. La distrajo de sus propósitos el modo en que él estaba vestido. Llevaba una gastada chaqueta, sin camisa debajo. Estaba sin afeitar y sus botas habían visto días mejores. Retorcía una gorra de tela entre sus manos.

-Calderero, sastre, soldado, marinero; hombre rico, hombre pobre, mendigo, ladrón -dijo Antonia, caprichosamente, aunque no se sentía así.

-Tony, quiero que vengas conmigo. Ponte la ropa más sencilla. Nada elegante: bastará con una vieja chaqueta de montar. Antonia sintió deseos de reírse en su cara. Ahí estaba él, en persona, dando órdenes. Y con la plena convicción de que ella le obedecería sin dudar. Con su mirada, siempre la impulsaba a obedecerlo.

Cuando Antonia bajó y vio que él se acercaba a ella, contuvo el aliento. Y, cuando la tocó, dio un salto como si se hubiese quemado.

Savage recogió su hermoso pelo formando un moño y le encasquetó la gorra encima.

Él había traído un vehículo que estaba aguardando. Ella permaneció sentada, en silencio, mientras el coche giraba en el Strand y enfilaba hacia la ciudad. Antonia no lo interrogó. Sabía que él debía tener sus razones para hacer lo que hacía. Adam Savage no era como otras personas, tenía sus propias reglas.

El coche se detuvo en el puente de Londres. Se apearon, y el carruaje se marchó. Cruzaron el puente hasta el otro lado del río y fue como si, de repente, hubiesen entrado en otro mundo.

-Una vez, me preguntaste dónde había vivido yo cuando era niño. Te lo mostraré -dijo él, alegremente.

Allí no había casas sino chozas. Tugurios sucios, apestosos, atestados. Interminables hileras de chozas, como dientes podridos, habitados por hombres, mujeres y niños cubiertos de harapos.

Por las cunetas corrían las aguas servidas. Un perro flaco peleaba con dos enormes ratas por un trozo de tripa. Tony tuvo que apretar los dientes para no vomitar. Vio que todas las mujeres y todos los niños iban descalzos. Sólo los hombres calzaban botas harapientas.

El ajetreo era intenso. Tal vez las personas estuviesen astrosas y sucias, pero no ociosas. Tanto en el nivel de la calle como más abajo, en el nivel de los sótanos, bajando unos peldaños de piedra, había tiendas o huecos en la pared que pasaban por tales. Ofrecían de todo, desde ginebra hasta agua de cebada, pasando por cabezas de pescado y de oveja, desde pelucas llenas de piojos hasta botas que habían pertenecido a hombres ya muertos.

El aire mismo era húmedo, los adoquines mojados y resbalosos por la cercanía del Támesis.

-Cuando sube la marea, la mayoría de estos sitios se inundan -comentó Adam.

-No tenía idea de que las cosas eran así a este lado del río. -Oh, no sólo es en este lado -dijo él en tono pragmático-. Te mostraré Whitechapel.

Las estrechas calles y callejuelas eran igualmente lamentables y mugrientas. En cada esquina vivía un borrachín, y cada uno de ellos tenía su colección de rameras circulando por ahí, ataviadas con sus harapientas galas.

-No siempre la pobreza es el resultado de la haraganería. A los pobres les pagan salarios de hambre.

-Hay algunas de estas prostitutas que no parecen tener más de doce o trece años -dijo ella, consternada.

-No desperdicies tu piedad en ellas, querida. Resérvala para los niños pequeños. En St. Giles, cerca de la muralla de Londres, hay varias casas enormes donde duermen entre cuatrocientos y quinientos niños. A los más grandes se los entrena para ser ladrones, a las niñas como prostitutas, y a los más pequeños se los vende. Niños de no más de cuatro años son vendidos a los deshollinadores para que trepen por las chimeneas. La mitad de ellos mueren quemados, la otra mitad, quedan mutilados. A las niñas pequeñas las hacen estar descalzas

sobre la nieve, vendiendo cerillas. Sus piececitos morados despiertan un instante de piedad entre las elegantes damas y los caballeros. Con todo, el negocio más floreciente proviene de la inclinación por acostarse con niños.

Tony lo miró, angustiada, con el pecho oprimido por la pena. ¿Cómo podía pensar ella en estas cosas? ¿Cómo podía no pensar en ellas?

En Smithfields, tras la Torre, Antonia tuvo que apretar su manga en la nariz, porque no soportaba el hedor. Caminaron entre una capa de boñiga de vaca hasta los tobillos que iba dejando el ganado, al que se llevaba hasta un gran matadero. Cerca de las carnicerías se amontonaban tripas y menudencias sobre la calle misma.

-Y se preguntan por qué cunde el tifus -comentó Savage, irónico.

Antonia creyó que no podría aguantar mucho más aunque, de todos modos, siguió, testaruda, por donde Savage la llevaba. -La población de Londres es de un millón de personas. Tres cuartos de ellas son pobres. Son seres sin rostro, anónimos, analfabetos. Miles de ellos van a parar a los asilos para pobres. El Parlamento permite que se construyan estos asilos y luego los deja en manos de los industriales, que sacan de ellos mano de obra barata. Los padres, presionados por la pobreza, alquilan a sus niños para trabajar en fábricas desde los cinco años. Si intentan huir, los atan con cuerdas. jamás ven la luz del día. Están desnutridos, trabajan quince horas al día y mueren como moscas. Por suerte para los empresarios, los pobres abundan.

Antonia se llevó la mano al vientre, en gesto protector, pensando en el niño que podía estar gestándose allí. Savage la miró y vio que sus lágrimas brillaban como gemas, y sintió un inmediato arrepentimiento.

-Mi amor, ya has tenido suficiente.

La rodeó con su brazo fuerte debajo de la cintura y la llevó en dirección a St. Paul, donde había un coche de alquiler detenido. Cuando se sentó, Antonia percibió lo débiles que tenía las piernas. Se reclinó sobre el asiento de cuero raspado y cerró los ojos.

-Los que no van al asilo terminan ahí.

Antonia abrió los ojos y vio que estaban pasando ante la prisión de Fleet.

-Las celadurías se compran y se venden por dinero. Lord Clarendon acaba de venderla por cinco mil libras. Los alcaides y carceleros se enriquecen quitando dinero a los presos. Los que no pueden pagar son tratados con brutalidad, esposados, torturados y matados de hambre. Pero no sufren mucho tiempo. Las celdas y los calabozos están sobre una cloaca comunitaria. Mueren de fiebre carcelaria o de viruelas.

No volvieron a hablar hasta que el coche se detuvo ante la casa de la calle Curzon. Savage le tomó la mano.

-Mañana hablaré en la Cámara de los Comunes. Me gustaría que estuvieras en la galería para darme tu apoyo moral. Ahora, ya tienes algo para escribir que no sea yo.

Le sacó la gorra y su sedosa melena se derramó sobre los hombros. Adam le rozó la frente con los labios y, después, le abrió la portezuela del coche.

Como era lógico, Antonia sufrió pesadillas. Con todo, no eran tan horrorosas como la realidad. En una de ellas, Georgiana tenía un mono sujeto con una cadena de oro al que no dejaba de dar golosinas. El animal se convirtió en un niño pequeño, pero ella no lo notó, palmeó la cabeza, le metió una ciruela azucarada en la boca y se echó a reír: «Qué hombrecillo tan divertido eres. Tengo que comprar uno igual para el príncipe».

En otra pesadilla, se vio dándose un baño para quitarse la mugre de los barrios bajos de Londres. Y la suciedad se iba pero el olor no. Se refregaba la piel hasta despellejarla, y la desesperación la impulsaba a sumergirse en el agua hasta la cabeza. Pero, cuando salía a tomar aire, se encontraba en el mar, debatiéndose con las grandes olas que no la dejaban volver a bordo del Seagull. Esta vez, también tenía que pensar en su hijo aún no nacido. Despertó enredada en las sábanas, mojada de sudor, y elevó una plegaria a san judas porque sólo había sido un mal sueño.

Al abrir el armario, a Antonia le pareció que tenía el doble de vestidos de los que creía tener. Extendió la mano y tocó los crujientes tafetanes, las sedas susurrantes, y los suaves terciopelos. Eran mucho más bonitos de lo que recordaba, y sus colores le parecieron tan hermosos que le cortaron la respiración, ya fuesen delicados y pálidos o vibrantes y audaces. Supo que era afortunada.

Qué chiquilla más malcriada había sido, llorando por tener que usar un atuendo femenino. Era un privilegio ser mujer y un lujo contar con un amplio guardarropa. Decidió usar la ropa del color más vívido que tuviera, para que fuese fácil distinguirla desde la galería de los visitantes de la Casa de los Comunes.

El vestido anaranjado intenso, adornado con terciopelo castaño oscuro en el borde y las mangas era espléndido. Dedicó grandes esfuerzos a su peinado y procuró que los pequeños rizos enmarcasen su rostro y un largo tirabuzón cayera sobre un hombro. Jamás volvería a usar una peluca empolvada, después de haber visto esas absurdas monstruosidades blancas que llevaban madame Barras y sus hijas. Para completar el atuendo y enmarcar su elegante peinado, se puso un amplio sombrero de paja adornado con cintas de color naranja.

Frances Jersey fue a buscar a Roz en su coche para dar el paseo por el parque que ya se había hecho rutina.

-Antonia, querida, eres una completa extraña. Cuéntame las últimas habladurías de Bath. ¿Aún está esa insoportable Beau Nash dirigiendo el casino como si fuera la reina? ¡A sus espaldas, Wags la llama Folly!

Antonia no tenía idea de lo que sucedía en Bath y se apresuró a cambiar hábilmente de tema.

-Usted que sabe todo, lady Jersey, ¿a qué hora comienzan los discursos en la Cámara?

-Dios, ¿irás allí? Tienen que estar en sus asientos a las nueve, pero algunos, como James Fox, por ejemplo, y ese infame Sheridan, se acuestan en sus bancos y duermen después de sus correrías nocturnas. ¿Quién va a hablar?

Antonia miró de soslayo a su abuela, deseando que no aludiese a su «enamoramiento».

-Adam Savage. Me pidió que fuera a darle mi apoyo moral. -Oh, Roz, acompañemos a Antonia. Las mujeres se pierden por él. La galería estará abarrotada. Nadie sabe quién es su amante; se rumorea que tiene varias.

Roz repuso con sequedad:

-No hace mucho, estuve comentando lo estúpido que sería enamorarse de un hombre como Savage.

-Oh, Roz, si tuvieras una gota de sangre en tus venas, ¿cómo podrías impedirlo?

Antonia no hizo caso de los comentarios de lady Jersey, pero cuando llegaron a Westminster comprobó que Frances estaba en lo cierto. Mientras subían a la galería, se le fue el alma a los pies viendo tantas damas. La indignación la invadió al recorrer con la mirada a la elegante concurrencia. Estaban presentes todas las mujeres que habían visitado la casa de la calle Half-Moon. Las anfitrionas más ricas, elegantes y hermosas de la sociedad observaban la vestimenta de las demás y charlaban amablemente.

Cuando llegó Georgiana, la duquesa de Devonshire, provocó la acostumbrada agitación. Frances Jersey miró a Antonia con las cejas arqueadas y susurró, cubriéndose con su abanico:

-La favorita número uno. Tony murmuró, entre dientes: -Por lo menos, no ha traído a su maldito mono.

La ira hizo saltar chispas de los verdes ojos de Antonia, que se inclinó para observar a los hombres que estaban más abajo. Alguien estaba hablando, seguramente el portavoz de la Cámara, pero era interrumpido a cada instante con groseros comentarios que partían de ambos lados.

Tony no tuvo dificultades para encontrar con la vista a Indian Savage. En su persona todo era único: su pelo, sus ropas, su corpulencia. Con esfuerzo, apartó la vista de él: ya era bastante vanidoso sin ello. La arrogancia de ese individuo era algo increíble. Qué descaro, haber invitado a todas sus conquistas a que le dieran apoyo moral. ¡Ese sinvergüenza lascivo no tenía nada de moral!

-Caballeros, tiene la palabra el honorable representante de Gravesend.

Cuando Savage se puso de pie se hizo silencio en la Cámara y un suspiro colectivo recorrió la galería.

-Señor primer ministro, portavoz de la cámara, honorables colegas. En primer lugar, es para mí una satisfacción anunciar que las esposas de los honorables miembros de esta Cámara han logrado algo que nosotros no hemos podido. Tanto las esposas de los whigs como las de los tories han dejado a un lado sus diferencias partidarias por una causa digna. Su generosidad me ha pasmado. Los fondos reunidos

mediante sus esfuerzos han sentado un precedente. Llueven suscripciones para construir en Londres el primer hospital para niños desamparados. Propongo que el gobierno apoye este proyecto.

Savage interrumpió su discurso. Levantó la vista hacia la galería e inclinó la cabeza, saludando a las damas. Ellas, a su vez, se levantaron a una y lo aplaudieron; Tony se sorprendió uniéndose a las otras.

Abajo, el portavoz tuvo que llamar al orden para que Savage pudiera proseguir.

-Si leyera toda la lista de reformas que pienso proponer estaríamos aquí hasta el día del juicio Final, de modo que seré lo más breve posible. En primer lugar, me gustaría presentar una moción para recaudar un impuesto inmobiliario, y destinar lo recaudado para pavimentar e iluminar Westminster. El estado sanitario de la ciudad es desastroso. ¡Caballeros, despierten y huelan las aguas estancadas! Habrá otras ciudades que sigan el ejemplo de Londres y nuestra ciudad será la envidia del Continente. Por medio de una segunda moción, propongo establecer una institución para la mejora de las condiciones de vida de los pobres. Deben abrirse dispensarios para los indigentes. Les garantizo que, si se enseñan los rudimentos de la higiene y la limpieza, descenderá la incidencia del tifus.

Antonia lo observaba, sintiendo el magnetismo que irradiaba. Vio que todos los presentes también sentían su efecto, y su corazón se colmó de dicha cuando comprendió que ya no estaba celosa de esas mujeres.

-La policía de Londres es ineficaz. En la actualidad, tenemos una mezcolanza de oficiales de sección, alguaciles, vigilantes y guardianes de calle. No pueden encargarse de custodiar la ley y el orden entre un millón de personas. Propongo otro proyecto que establezca una fuerza policial eficaz, constituida por alguaciles y guardias. Uno camina por las calles de Londres arriesgando vida, salud y propiedad. ¿Quién de los que estamos presentes no ha sufrido un robo por un abogado impostor o ha esquivado un ladrillo arrojado por uno de los agitadores del populacho? La semana pasada volcaron el coche de un embajador extranjero. No se debe permitir que se reúnan turbas pues, de lo contrario, terminaremos igual que los franceses.

Esto provocó la tumultuosa aprobación desde los escaños. Antonia quedó estupefacta al ver que los honorables miembros del Parlamento golpeaban su zapato sobre la mesa.

-No hay muchos entre ustedes que apoyen la reforma de las prisiones. El consenso general se podría sintetizar así: «Que los criminales se pudran». Pero el sistema entero está podrido por el soborno y la corrupción. Los moradores de los barrios bajos van a la cárcel, los terratenientes, al banco. Los ricos son perdonados, a los pobres se los maltrata. La semana pasada, colgaron en público a un niño de siete años por robar una cuchara.

El recinto se tornó insólitamente silencioso. Antonia sintió un nudo en la garganta. Lady Holland, que estaba a su lado, tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Han sido ustedes muy generosos al concederme tanto tiempo, considerando que tenemos una gran cantidad de asuntos urgentes que tratar, pero mi conciencia no tendría paz si no aludiese a un último tema: el trabajo infantil. Las fábricas y los molinos han llegado a un punto en que dependen del trabajo de niños de cinco o seis años, que deben trabajar hasta quince horas por día. Esto, caballeros, continúa durante todo el día y parte de la noche. No caen dormidos al pie de sus máquinas: sencillamente caen muertos. Espero que este Parlamento apruebe un acta en la que se determine que ningún niño menor de nueve años debe emplearse para trabajar, y que ninguno menor de quince deberá trabajar más de doce horas por día.

Hubo mucha discusión en la sala, pero las damas de la galería aplaudían, en pie.

Tony se recogió la falda y bajó corriendo la escalera que descendía desde la galería de los visitantes. No sabía cuánto tiempo tardaría Adam en salir, pero quería ser la primera persona a la que él viese cuando se abrieran las puertas de la Cámara.

CAPÍTULO 40

-Adam, yo no sabía... -dijo Tony en voz queda cuando él avanzó hacia ella.

El rostro de la joven estaba radiante, maravillado. Una lágrima inminente hacía chisporrotear sus ojos verdes.

Él tomó las manos de ella en las suyas.

-No me atribuyas el don de la santidad, querida. -Su cabeza negra se inclinó para rozar su boca con la de él; entonces, advirtió que estaban atrayendo a una multitud. Las jóvenes damas no permitían que los caballeros las besaran en lugares públicos-. Quiero llevarte a la cama -murmuró él por lo bajo-. Ven a la casa de Half-Moon.

Antonia fue con él, como hipnotizada, hasta su coche. Él cerró las cortinas para dejar fuera las miradas curiosas de la gente. Desató las cintas del sombrero de paja y lo tiró sobre el asiento de enfrente y, entonces, la atrajo hacia él.

-Tengo que equilibrar tanta abnegación con un poco de iniquidad.

-Adam Savage, eres un tramposo. Tú no eres malo, y, tal vez, nunca lo hayas sido.

Él la miró profundamente a los ojos.

-Ah, amor mío, no te engañes. -Entornó los ojos con sensualidad-. Voy a llevarte a la cama y te demostraré varias veces que estás equivocada.

El corazón de Tony desbordaba de felicidad. Desde el principio, su instinto había acertado en lo que se refería a aquel hombre. Estaba profundamente enamorada de él, sabía que jamás sentiría lo mismo por otro y que lo amaría siempre. Estaba tan

orgullosa de él que temió que le estallara el corazón de dicha. Él era noble, recto, comprometido y el hombre más atractivo de Londres. Ella lo quería ese día, lo querría al día siguiente, lo querría siempre. Era

todos los varones encarnados en uno solo: padre, tutor, amigo, amante, esposo...

Tony contuvo el aliento y se serenó. ¿Y si él no la quería por esposa? ¡Debía aceptarla, era preciso, pues ella llevaba un hijo de él! Sería suficiente con que se lo dijera. John Bull había dicho que Adam quería hijos, que tenía intenciones de fundar una dinastía.

Ahora conocía la honda preocupación de él por todos los niños. El suyo propio sería por fuerza lo más importante para él, y la madre de su hijo, también debía serlo. Aun así, Antonia no se decidía a revelarle su secreto. Apoyó la cabeza en el amplio pecho de Adam y cerró los ojos. Sintió, bajo su mejilla, el latido regular de su corazón, lento y fuerte; deseó que latiera sólo por ella. Formuló el deseo de que en su corazón nunca hubiera lugar para otra mujer.

Adam le hizo alzar el mentón, sujetándolo con sus dedos, para poder contemplar su hermoso rostro. Vio sus lágrimas de plata y, de inmediato, se incorporó y la sentó sobre su regazo. -Mi amor, ¿qué pasa?

Antonia, refugiada en su abrazo, estuvo a punto de confesar sus temores. Adam le parecía sólido como el peñón de Gibraltar. Bastaba con que le contara su problema y él lo resolvería de inmediato. Inspiró una honda bocanada de aire, y se sorprendió a sí misma diciendo:

-Nada; sólo soy feliz.

Tony resolvió dejarse guiar por el instinto. Era una mujer, no una niña. Adam Savage era de esa clase de hombre que necesita una mujer. Ella quería su amor, pero también su respeto. Pero lo más importante era el respeto que ella debía sentir por sí misma.

Tony entrelazó los dedos en su pelo largo y negro y susurró:

-Tus ojos son azules como las aguas del golfo de Vizcaya.

Alzó su boca hacia él para recibir su beso, consciente de la apasionada reacción que despertaría esa frase. Sintió su erección debajo de ella. Hasta sus muslos parecían de mármol. No, el mármol era frío. Más bien, se sentía como si estuviese sentada sobre una roca recalentada por la lava.

El beso de Adam fue vehemente, ardoroso. Antonia sintió que la quemaba el calor de sus órganos a través del vestido. Ya no pudo soportar más la separación que imponían tantas capas de tela. Alzó su trasero, apartó falda y enagua y volvió a sentarse encima de él.

-Dios mío, estás aún más caliente que yo.

Antonia era la mujer de más intensa respuesta sexual que él había conocido. La experiencia de una mujer que reaccionara a un contacto, una palabra o incluso a una mirada, era la más halagadora y excitante que un hombre podía vivir.

El coche estaba aminorando su marcha.

-¿Podrás esperar a que estemos arriba? -susurró Adam con voz ronca.

-¿Puedes tú? -dijo ella, resollando.

La presión de su bulto inflamado en la hendidura de ella era exquisita. Ninguno de los dos estaba seguro de poder contenerse, de no estallar. Contuvieron el aliento mientras se apeaban del coche y luego,

lentamente, con gran dignidad, entraron en el vestíbulo de la casa de Half-Moon. Saludaron a los criados con un movimiento de cabeza, con más solemnidad a Jeffrey Sloane, y luego, con pasos cuidadosos y calculados, subieron la escalera.

En el preciso instante en que se cerró la puerta del dormitorio, los dos estallaron en carcajadas y se arrancaron la ropa con locura. Él la alzó tan alto que su pubis quedó a la altura de su boca y él fingió morderla. Ella gritó, juguetona, y después, cuando él fue deslizándola hasta apoyarla sobre su sexo erguido, Antonia gimió.

La mano de Adam se introdujo entre los dos cuerpos, sus dedos abrieron a la mujer, cosquillearon su capullo femenino hasta sentirlo latir, y luego apoyó allí la hinchada cabeza de su verga.

La sujetó con una mano en cada una de las nalgas sedosas y la atrajo hacia él, empalada en su miembro repleto de sangre.

La vagina de Antonia empezó a contraerse y a relajarse rítmicamente. Sus bocas se unieron, y ella abrió los labios para ofrecerle su lengua. Él se apoderó de ella por completo y la chupó con fuerza, siguiendo el mismo ritmo que le marcaba su apretada vaina. Adam caminó hasta el elevado lecho y su grueso tronco viril fue hundiéndose más a cada paso que daba.

Tony no podía entender cómo se sostenía tanto tiempo, aunque sí elevó una oración de agradecimiento a la diosa del amor por ello. En cuanto las rodillas de Adam tocaron la cama, él desasió los brazos de ella de su cuello.

-Tiéndete -ordenó en tono áspero.

Ella obedeció. Él la había apoyado en una esquina. No se tendió junto a ella, sino que permaneció de pie, entre sus muslos, con su miembro todavía en ella. Con movimientos lentos, apoyó sus pulgares fuertes y encallecidos sobre la carne rosada, en el punto preciso en que la hendidura formaba un ángulo. El efecto de su contacto, pasando hacia abajo, fue como un relámpago. Cuando se retiró, fue trazando suaves círculos con los pulgares a ambos lados del capullo femenino, multiplicando así las sensaciones.

Ella se retorcía de placer, mientras sus duras embestidas hacían crecer su excitación; al mismo tiempo, la suavidad de sus manipulaciones le permitían seguir gozando sin llegar al orgasmo. Tony comprendía, ahora, que la experiencia sexual de Adam con otras mujeres era lo que le convertía en un amante superlativo. Y era ella la afortunada que recogería el beneficio de una destreza sexual larga y diversa. Su conocimiento íntimo de la sexualidad femenina le permitía mayor sutileza que a otros hombres. Daba gracias a Dios de que hubiese sido él quien la iniciara. Y le había enseñado bien. Le había enseñado a ceder, a dar sin límite, hasta su último estremecimiento. Le había enseñado, también, a asir, a exigir, a extraer de él hasta la última gota.

En lugar de retirarse, Adam se inclinó sobre ella disfrutando con sus temblores, adorándola con la vista. Por Dios, ella era tan mujer que, cuando llegara el alba, no podría sostener las piernas. Cada vez que estaban juntos y solos, se excitaban de tal modo que tenían que tener

relaciones sexuales antes de poder hacer el amor. Lo más asombroso era que disfrutaban con ambas cosas por igual. Por lo general, el varón prefería el intercambio sexual, y la mujer, el amor. Pero, en esta pareja, la situación era diferente. Ellos daban rienda suelta a sus más oscuras pasiones. El lado animal de él hacía emerger el de ella. El erotismo natural de ella despertaba en él un apetito sexual insaciable. Y gozaban, del mismo modo, haciendo el amor, besándose, tocándose, acariciándose, disfrutaban cuando se susurraban, se abrazaban, se masajeaban, se rozaban, se fundían entre sí, se acurrucaban, se derretían, se palpaban, murmuraban, lánguidos, hora tras hora. Durante la primera de esas horas agotaban la furia de la tormenta amorosa. El acto de amor, lento y grave, duraba dos horas más.

Por fin, Adam estuvo en condiciones de hablar. La intimidad de que gozaban era casi completa. Nunca habían estado más próximos ni más armonizados entre sí, en cuerpo y espíritu, de lo que estaban en ese momento. Él estaba tendido boca arriba. Ella, sentada a horcajadas de él. Era la posición que Adam prefería para conversar. Así, él podía acariciar con su mirada el pelo, la boca, los pechos de su mujer, mientras rozaba, con el dorso de sus dedos, la cara interna de sus largos y esbeltos muslos.

-Ayer, te llevé a todos esos sitios espantosos para que pudieras comprender qué es lo que me preocupa. Cuando mi padre murió a causa de la pobreza, yo no pude hacer nada y juré acumular la suficiente riqueza como para poder combatir la pobreza en Londres. -Esbozó una mueca de contrariedad-. Me temo que he ennegrecido mi alma en mi afán incesante por hacerme rico; por eso, ahora intento redimirme de vez en cuando.

-Ése era el propósito de tu discurso de hoy en la Cámara -dijo ella con suavidad-. El Acta de Trabajo Infantil, por sí sola, te asegurará la entrada en el Cielo.

-Santa María, a veces pienso que, después de todo, eres demasiado inocente para mí.

Antonia lo miró a los ojos: -¿Qué quieres decir?

-Yo sé que soy un canalla cínico, pero es que formamos parte de una sociedad de bárbaros. Lo más probable es que todavía debamos esperar veinte o treinta años para que se aprueben las leyes que regulen el trabajo infantil.

La expresión de Antonia hizo patente su decepción, y sus hombros se abatieron en gesto de derrota.

Él le tendió los brazos. -Ven a mí.

Ella se acurrucó a su lado y él estiró las mantas sobre ambos. Le tomó la mano y entrelazó sus dedos en los de ella.

-Es una batalla constante y necesito tu ayuda. Yo te amo. Tenerte, además, es perfecto para mí, porque necesito una dueña de casa y una anfitriona para Edenwood. Lo entiendo perfectamente: sería como un descenso, pero ¿aceptarías cambiar tu título inglés por otro irlandés?

Antonia contuvo el aliento, sin poder creer lo que oía. ¿En verdad, estaba pidiéndole que se casara con él?

-Lady Blackwater -dijo ella, como probando su sonido. Cerró los ojos y ofreció una oración de agradecimiento, sintiéndose debilitada por el alivio. Cuando los abrió, él estaba mirándola con expresión intensa y los ojos azul hielo la apremiaban a responder. De los labios de Antonia escapó un burbujeo de risa: ¿acaso creía él que ella podía negarle algo?

Al oírla reírse, Adam se puso rígido.

-Quizás Edenwood sea demasiado ostentoso para ti. La recorrió con una mirada de desdén.

Antonia flexionó las rodillas y rodó por la cama, muerta de risa. Acababa de presenciar la revelación de un aspecto del hombre que amaba. ¡Esa conocida mirada de desdén era una máscara protectora! El poderoso Adam Savage era vulnerable, sobre todo en lo que a ella concernía. Fue un descubrimiento que la estremeció hasta las yemas de los dedos.

Tony se sentó y se inclinó sobre él. Se acercó tanto que podía ver su reflejo en sus negras pupilas.

-No tienes la menor idea del tiempo que hace que estoy deseando tenerte como marido.

De forma instantánea, Adam recuperó su natural arrogancia. -¿Cuánto tiempo? -preguntó.

-Desde aquella primera noche, cuando intentaste hacer de mí un hombre y me obligaste a consumir coñac y cigarros.

-¡Qué romántica eres!

-No, mentira: te quería como esposo antes incluso de haberte conocido.

Él frunció el entrecejo.

Tony sonrió, mirándolo a los ojos:

-Fue la primera vez que vi tu ostentoso Edenwood. De hecho, fui yo quien lo convirtió en ostentoso. Quizá tuve la premonición de que algún día sería mío. Yo convencí al señor Wyatt de que hiciera toda suerte de mejoras que deben haberte costado una fortuna.

-¿Por ejemplo? -preguntó Adam, dejando caer sus palabras como cubos de hielo.

-A ver, déjame pensar -dijo ella, trazando con su dedo el contorno del labio superior de él-. Le sugerí que ampliase el pórtico occidental, convirtiéndolo en terraza y que, en lugar de usar piedra de Norfolk, importara mármol veteado de Italia. -¿Cómo lo convenciste? -volvió a preguntar Adam.

-Bueno, fue fácil; a él le hacía cierta gracia. Resolví que tenía que haber un invernadero, y le sugerí que pusiera esa pared de espejos venecianos en el cuarto de baño y los azulejos pintados a mano.

Retiró su dedo de la boca de él y lo reemplazó con la suya. Adam le hizo levantar las caderas de modo que quedara tendida por completo sobre él.

-Urdí una fantasía en la que tú y yo estábamos en ese cuarto de baño. Y apuesto a que el maldito Wyatt también tuvo sus fantasías -dijo Tony-. James y yo tuvimos una fabulosa relación -bromeó ella; sintió en su muslo que el miembro de él se alargaba y endurecía y deslizó su

cuerpo hacia abajo para atraparlo entre sus piernas-. Él me explicó algunas teorías arquitectónicas y entonces decidí gastar un poco más.

-¿Un poco más? -preguntó Adam, entornando los ojos a modo de advertencia.

-Mmm... sí, por favor -respondió ella, frotando su pubis con la cabeza palpitante de la erección masculina.

-Eres una pequeña perra maliciosa.

Él aferró sus nalgas y las oprimió con firmeza, aplastándolas contra su miembro y su pesado saco testicular.

-Le dije que encargara el bajorrelieve de las chimeneas a los Adams y que Verrio pintara tus cielorrasos. Ah, sí, y también le sugerí que usara oro de catorce quilates en los dorados. Oh, querido, ¿ha costado mucho más? -preguntó con inocencia. -Mucho más -le confirmó él.

-Mmm... ¡sí, por favor, creí que nunca lo pedirías!

-Eres insaciable, Tony. ¡Estoy tratando de hablar en serio!

-Ya puedo sentirlo, milord.

-No he terminado de hablar. Tenemos muchas cosas que dejar en claro -dijo él con firmeza.

De repente, ella se incorporó sobre sus rodillas y se ensartó en él.

-Tú, habla. Yo te mantendré cachondo todo el tiempo que haga falta.

De tanto hacer el amor, sus cuerpos olían a almizcle; a pesar de todo, ella sabía cómo hacer que él siguiera ardiendo por ella y deseándola. Él la levantó de su flagrante erección.

-Escúchame, maldita seas. No puedes follar y hablar, al mismo tiempo.

El poder que ejercía sobre él entusiasmó a Tony. Se asombraba de haberle temido, al comienzo. En los primeros tiempos, ella se desesperaba por obtener su aprobación. Y ahora que él le había propuesto matrimonio, se sentía completamente segura de él. Se había desvanecido hasta el último vestigio de temor.

-No podremos casarnos hasta dentro de unos meses.

Esas palabras la sacudieron como un cubo de agua helada y disolvieron toda su confianza en sí misma.

Sus labios se movieron para preguntar por qué, pero no pudo emitir sonido alguno porque le temblaban demasiado.

-Debo ir a Ceilán. Hay ciertos asuntos que tengo que solucionar, ciertas cosas de las que tengo que ocuparme. En cuanto vuelva, nos casaremos.

Ella recuperó la voz.

-¡No! Entonces, sería demasiado tarde.

El pánico estalló en ella como un incendio.

-Querida, a mí tampoco me agrada la separación, pero debo hacer este viaje.

Los ojos verdes de la muchacha se entrecerraron. -¿Por qué?

Él respondió con una verdad a medias.

-Debo informar a tu madre que tengo intención de casarme contigo.

La mirada de Antonia se suavizó.

-Oh, Adam, me parece un gesto encantador, pasado de moda y formal, pero por completo innecesario.

-Hasta dentro de un año no tendrás edad para casarte. Necesitas su permiso.

-A mi madre le importará un bledo. jamás se ha preocupado por mí hasta ahora, de modo que estoy segura de que no empezará a hacerlo ahora.

Adam sintió que la culpa roía sus entrañas.

-Tus padres me designaron tu tutor. Mi responsabilidad no es sólo financiera. También tu bienestar moral está en mis manos. ¡Bonito trabajo he cumplido! No pude mantener mis manos lejos de ti.

Adam sintió una necesidad desesperada de que ella se tragase la explicación del «tutor». Eve nada tenía que ver con esa culpa. Él nunca le había dicho que la amaba. Ambos habían sido muy honestos el uno con el otro. No era un verdadero compromiso, sino más bien un acuerdo comercial. Él había querido un adorno para Edenwood, y ella quería su dinero. Y había dicho con absoluta claridad que no se casaría con él a menos que obtuviese un título.

Antonia se sentía desgarrada. El código de honor de Adam era muy fuerte. Estaba segura de que si le contara que iba a tener un niño, él cambiaría sus prioridades. Por eso, decidió esperar un par de meses. Irían a Ceilán, tendrían el permiso formal de su madre, luego se casarían. Ella no lo obligaría a comprometer su integridad.

-He decidido ir contigo. Siempre he querido conocer Ceilán. Tú podrás cumplir con tu noble deber, luego celebraremos una exótica boda tropical; Anthony entregará a la novia.

Adam gimió.

La confianza de Antonia se derrumbó un poco más: era obvio que él no quería que lo acompañase. Se sintió atrapada. ¡No podía aguardar a que él regresara de la India, pues para entonces pasarían cinco o seis meses! Tony ya estaba dispuesta a tragarse su orgullo y suplicarle, cuando el enfado fue en su ayuda.

Apartó las mantas, se alejó de la cama con actitud regia, y corrió los paños verde esmeralda que rodeaban la cama.

-Si tú puedes esperar seis meses para estar conmigo, ya puedes esperar para siempre. ¡Buen viaje, maldito seas!

Los tenues paneles, del mismo color intenso que los ojos de ella, flotaron como un humo verde. El pelo de Antonia era un magnífico enredo. Sus pechos y sus labios estaban inflamados por el amor de su boca salvaje. En ese mismo instante, Adam supo que no podía estar seis meses sin ella.

Se fue acercando, lentamente, hasta el borde de la cama, como un leopardo acechando a su presa. Entonces, se abalanzó sobre ella y la arrastró sobre las rodillas, para luego apresarla entre sus muslos. Su boca se abatió sobre ella, reclamándola para sí.

-No podría estar ni seis minutos sin ti.

Ella lo arañó y lo mordió, pero él la sometió en pocos instantes; no con su fuerza sino con su magnetismo animal.

Cuando ella se rindió, él la apretó contra su corazón en un abrazo posesivo, y su mano áspera acarició su revuelta cabellera. -Cielo mío, hay otro motivo para que vaya a Ceilán.

Ella lo miró, con expresión interrogante.

-Yo te dejé en Irlanda para que estuvieras a salvo mientras yo me deshacía de Bernard Lamb. Lo embarqué a la fuerza en el Red Dragon, y di órdenes de que lo desembarcaran en Madagascar. El barco zarpó un día antes de que yo supiera que Anthony estaba vivo; de haberlo sabido, jamás habría enviado a Bernard tan cerca de él.

Antonia se alarmó.

-¿Y tú crees que él irá a Ceilán? -Ella sabía qué peligroso podía ser Bernard Lamb, sabía que podía ser un enemigo temible-. ¡La culpa es mía! Si yo no me hubiese arrastrado hasta ti, suplicándote que me salvaras, ahora Anthony no estaría en peligro.

-Calla -ordenó él-. Tendría que haber rajado a ese canalla en lugar de enviarlo lejos. Tanto los buenos actos como los malos vuelven siempre para perseguirte.

-¿Cuándo partimos? ¡Si me rechazas, iré de polizón!

Esta muchacha era, verdaderamente, una testaruda, siempre dispuesta a recoger el guante de cualquier desafío que le arrojara la vida. Pero él la quería así, y no cambiaría uno solo de los revueltos cabellos de su cabeza.

CAPÍTULO 41

-¡De ninguna manera! -afirmó Roz, indignada.

-Ya tengo suficiente edad para tomar mis propias decisiones. Iré a Ceilán.

-Esto es lo más escandaloso que he oído. ¡Ya es bastante malo que te vieran besándote con él en la escalinata de Whitehall, para que ahora quieras atravesar medio mundo a su lado!

-Roz, Adam me ha pedido que me case con él.

La abuela la recorrió con la vista de pies a cabeza, observando el vestido arrugado, el cabello revuelto, los labios hinchados. -Alabado sea Dios; es evidente que has estado hace nada en su cama. -Roz suspiró. Pese a sus años, ella tenía presente qué era ser joven y estar enamorada-. Entonces, ¿este viaje es vuestra luna de miel? -preguntó, recuperando su compostura. -Bueno, no -respondió Tony, ruborizándose-. Pensamos casarnos en Ceilán. Adam insiste en pedir permiso a mi madre, teniendo en cuenta que falta casi un año para que yo cumpla dieciocho. Como es mi tutor, está convencido de que mi salud moral está en sus manos.

La desafortunada manera de expresarlo hizo que Roz casi se ahogara; vio que el sonrojo de su nieta se intensificaba.

-¿Y si estás embarazada? Antonia se encogió.

-Ah, veo que esa pequeña complicación ya se te ha pasado por la cabeza, ¿no? Bueno, está decidido. Tendré que viajar contigo, a guisa de acompañante.

-¿Acompañante? -Las fantasías que Tony acariciaba de un idilio en el mar se deshicieron como la nieve en verano-. Abuela, no se me ocurriría obligarte a vivir semejante situación. -Conque abuela, ¿eh? ¿Acaso insinúas que soy demasiado vieja para esta aventura?

-Claro que no -dijo Tony, en voz débil.

-Un hombre como Savage no se abstendría por su propia voluntad, y ya veo que tú no eres de fiar. Con él en celo y tú caliente, alguien tiene que hacer de centinela.

Roz hizo sonar la campanilla.

-Ah, aquí está usted, señor Burke. Últimamente lo veo un poco demacrado. ¿Qué le parecería un viaje por mar?

En Edenwood, Adam Savage comentó el viaje a Ceilán con sus criados.

-Iría con el clíper, pues con ese barco tendremos menos tiempo de navegación que con el Red Dragon. Dejo la decisión en sus manos. Si bien a Edenwood le vendría bien tu mano firme, también a mí; si quieres regresar a tu patria, dilo.

John Bull se ofendió.

-La patria es el lugar donde palpita el corazón. Inglaterra es mi hogar, excelencia.

-¿Y tú, Kirinda?

Adam Savage dirigió una mirada de advertencia a John Bull, indicándole que no interfiriese. Flor de Loto debía hablar por sí misma. Ella bajó las pestañas.

-Si John Bull se queda, yo también me quedo. -Está arreglado, pues -dijo Savage, más tranquilo.

Edenwood era valiosa para él y necesitaba dejarla en manos de alguien de confianza.

Kirinda siguió al Leopardo con pasos silenciosos. Él sabía que ella iba tras él, y comprendió que quería hablarle en privado, por eso fue al invernadero. El perfume de los jazmines le trajo recuerdos de Leopard's Leap.

-Sahib, quisiera hacerle una pregunta. -Pregúntame lo que sea -dijo él, sin rodeos.

No existían barreras de raza ni de clase entre Savage y sus sirvientes nativos. Ellos conocían hasta el mínimo detalle de su dudoso pasado.

-¿Se casará usted en Ceilán?

-Sí, me casaré con lady Lamb, pocos días después de nuestra llegada.

Kirinda puso cara larga e hizo una señal de protección contra la maldad.

-Perdóneme, sabib, pero la viuda no lo hará feliz.

El ceño de Adam se aflojó cuando, al fin, comprendió qué decía ella.

-No me caso con Eve. Vuelvo a Ceilán para decírselo. He elegido a Antonia.

El rostro de Flor de Loto se iluminó con una radiante sonrisa. John Bull me dijo que ella era la elegida por usted. ¿Por qué será que ese condenado nunca se equivoca?

La belleza morena de esa muchacha era incomparable. -Porque posee la sabiduría de varias generaciones, de una antigua civilización. ¿Cuándo vas a poner fin a su desdicha y te casarás con él?

Kirinda sonrió y se le formaron hoyuelos. Éste era otro maldito que jamás se equivocaba.

-Pronto, sahib, muy pronto.

Adam Savage la obsequió con una sonrisa. -Vamos a llenar Edenwood de niños.

Cuando el gran coche negro se detuvo en el sendero, ante el portal de Edenwood, Adam bajó a saludar a sus tres ocupantes. La semana anterior, dos de ellos habían visitado discretamente la casa de Half-Moon; la otra, había hecho una visita menos discreta.

Pronto fueron descargados del coche una montaña de equipaje y baúles de camarote que se llevaron directamente al Flying Dragon. Los camarotes del clíper habían sido acondicionados con todo lujo para sus pasajeros. Los doce tripulantes que Adam había contratado aún estaban dando los últimos toques, y el velero parecía una distinguida dama.

Tony y Adam aprendieron enseguida a comunicarse con la mirada, pues nunca estaban solos, a pesar de todos los intentos de escabullirse. A última hora de la tarde, Adam sirvió un coñac a Roz.

-Voy a llevar a Antonia a dar un paseo por el lago. -Le costaba trabajo disimular su risa-. En todo momento podrá vernos desde las puertaventanas.

Echaron a andar con paso sereno, los dedos largos y delgados de ella apenas apoyados en el brazo de él. Una vez que quedaron fuera del alcance del oído de cualquiera, Antonia gimió: -Adam, lo siento mucho.

En un gesto cálido, él cubrió con la suya la mano de ella.

-Mi amor, a mí me complace ver que te cuidan. Así tendría que haber sido, lo sabes.

Ella lo miró, incrédula.

-El señor Burke me llamó aparte y me hizo prometerle que tendría en cuenta la sensibilidad de lady Randolph.

-Roz no se impresiona con tanta facilidad. A mí me dijo que, como los dos estábamos en celo, ella tenía que hacer de vigilante. -Fue mucho más directa conmigo. Me dijo, sin rodeos, que no quería verte con la barriga hinchada antes de que te llevara al altar.

Los ojos verdes de Tony se dilataron, y lo miró con cierta suspicacia.

-Tiene algo de razón, ¿sabes? Por otra parte, la abstinencia le hace bien al alma -dijo él con ligereza.

-¡Ja! Dímelo cuando hayamos estado en alta mar un mes entero y estés duro como un garrote. Creerás que estás sufriendo de rigor mortis.

-¿Y qué hay contigo? -bromeó él-. Hasta empezarás a mirar con buenos ojos a McSwine.

Ella lo abofeteó.

-¡Sinvergüenza! Yo no le pondré las manos encima si tú tampoco lo haces.

Se pusieron serios. Detuvieron su marcha. Se tomaron de las manos y sus ojos brillaron de deseo contenido.

-Tú me necesitas para que te bese -murmuró él, en tono intenso.

Ella negó con la cabeza y dijo, con la voz entrecortada: -Te necesito para que me llenes.

-Confía en mí: ya hallaré la forma -prometió él-. Me gustan los desafíos tanto como a ti.

Antonia tuvo que respirar varias veces para que se disiparan sus temblores.

Reanudaron su paseo.

-No he contado a Roz lo referido a Bernard Lamb.

-No quiero que te aflijas sin necesidad -dijo él con firmeza-. El Red Dragon no tocará puerto mucho antes que nosotros. El clíper es mucho más veloz. Nosotros sabemos que Anthony está en Ceilán, pero tu primo no lo sabe. Él piensa que Tony está en Londres.

-Quizá nunca lo sepa. Tal vez saque pasaje de inmediato para regresar a Inglaterra.

Adam le apretó la mano, pero, en el fondo, sabía que el destino era una vieja zorra ingeniosa que jamás lo dejaría en paz.

A un mes de haber empezado el viaje, estaban a mitad de camino de Ceilán. Por cierto, el Flying Dragon hacía honor a su nombre: era un verdadero dragón volador. El señor Baines era un capitán en quien se podía confiar; conducía el barco con eficacia, surcando el mar en silenciosa y regular trayectoria.

El señor Burke en persona se ocupaba de las necesidades de sus dos señoras, y las mantenía apartadas de McSwine y del resto de la indescriptible chusma que constituía la tripulación del barco.

Durante el segundo día de viaje, Adam había hecho instalar un toldo para comodidad de las damas. A veces, Antonia disfrutaba tomando el sol, y su piel iba adquiriendo un adorable tono castaño dorado, pero, en otras ocasiones, el sol era tan feroz que se alegraba de poder recostarse bajo el toldo y pasaba

largas horas moviendo un gran abanico hecho con hojas de palma.

Gracias a las largas jornadas de inactividad, su cuerpo iba haciéndose menos delgado y más bellamente curvilíneo. Adam no podía quitarle la vista de encima. Sus pechos eran más plenos, todo su cuerpo emanaba una especie de sazón que le hacía correr la sangre por las venas. Sus miradas eran intensas y decaídas a la vez, y prometían paraísos para cuando pudieran escabullirse en su próxima cita.

Se las ingeniaron para gozar con muchos momentos robados, en los cuales se besaban y se decían embriagadoras palabras de amor, pero nunca podían pasar tantas horas juntos como hubieran deseado, salvo en compañía de los otros. Con frecuencia, Adam tomaba el timón en el turno que iba desde la medianoche hasta el alba. Aquellas horas las pasaban juntos. A veces, pensaban que jamás llegaría la noche, pero, por fin, el cielo cambiaba del azul al magenta y luego al negro.

Después de la medianoche, hablaban con voz amortiguada, sin atreverse a quebrar la quietud.

Él no podía hacerle el amor de verdad mientras estaba en el timón, pero era una ocasión íntima en la que podía rodearla con un brazo, apretándola contra sí, mientras con el otro manejaba la rueda.

-Esta vida indolente te sienta bien -le murmuró a ella, metiendo la mano bajo su fresca camisola de algodón y apoderándose de un pecho-. Me encanta el aspecto que tienes estos días, adoro tu tacto, el olor del sol en tu piel, el sabor de la sal cuando te paso la lengua.

Como iba descalza, no era tan alta y tenía que ponerse de puntillas para rodearle el cuello con los brazos. En la noche tropical, él sólo llevaba sueltos pantalones de algodón. En la oscuridad, los dejaba caer, sabiendo que ella no llevaba nada bajo la enagua, también suelta.

Tony empezaba a frotar su cuerpo contra el de él. Esa ardiente fricción sobre las pieles desnudas era un suave tormento. -Dios -exclamó él en un susurro ronco, sintiendo que el calor de ella lo quemaba, y luego se convertía en humedad resbaladiza cuando ella rodeaba con sus piernas uno de los muslos de él y se frotaba, bajando y subiendo hasta verse sacudida por calientes espasmos.

Ella se ponía delante de él, entre el cuerpo de Adam y la rueda del timón. Se arrodillaba y rodeaba con sus brazos esas piernas con sus tendones duros como el hierro. Introducía los dedos en el surco entre sus nalgas. Su boca hambrienta buscaba la hinchada cabeza de su miembro y sus labios saboreaban el abultamiento que había debajo del prepucio. Con la punta de la lengua dibujaba círculos hasta hallar la diminuta abertura del centro y la rozaba con los labios en un ritmo lento y suave.

Los hondos gemidos de placer de Adam le hacían anhelar su sabor con desesperación.

-Tony, voy a eyacular -dijo él, en un susurro feroz. -¿Me lo prometes? -ronroneó ella.

Se apretaban uno al otro, sin hablar, durante una hora más. Era la calma después de la tormenta. La cabeza de ella bajaba lentamente sobre el hombro de Adam, y él la sentía dormida y abrazada a él.

Las interminables semanas en el mar les dieron numerosas oportunidades de conversar. Roz y, a veces, el señor Burke eran incluidos en sus discusiones. A Tony le encantaba escuchar la voz de bajo de Adam que hablaba de Ceilán, de su clima, de sus costumbres, de su pueblo. Cuando describía Leopard's Leap, Antonia percibía el orgullo y el amor que él sentía por su plantación.

En otras ocasiones hablaban de Edenwood. A todos resultaba evidente que tanto Adam como Tony sentían un profundo cariño por el hogar al que regresarían después de haberse casado.

-Me siento culpable de saber que has tenido que abandonar tu importante tarea en el Parlamento -admitió ella.

-A estas alturas deben de estar en el descanso de verano. Cuando regresemos tendrás que prepararte para ser la esposa de un político. El señor Pitt tiene planes muy ambiciosos para la reorganización del

partido. Y ha tenido la generosidad de pedirme que desempeñe un papel importante.

-¿Cree que finalmente será aprobada el acta de Regencia? -preguntó Roz.

-No, si yo puedo impedirlo -respondió Adam-. Al menos, por ahora, no.

-Pobre George -dijo Roz, echándose a reír, pero la asaltó un pensamiento mordaz que le cortó la risa-. Pobre Maria -murmuró.

-¿Qué espera hacer el señor Pitt? -preguntó Tony, con auténtico interés.

Adam bromeó.

-No sé si corresponde que te confíe los planes del primer ministro antes de que seas mi esposa. ¿Eres capaz de guardar un secreto?

-Mejor que cualquier otra mujer.

Sonrió para sus adentros, solazándose con su secreto.

-Con mi ayuda, Pitt planea despojar de su poder a los whigs. El nuevo partido será tory.

-¿Cómo lo lograréis? -preguntó Tony.

-La política está basada en el padrinazgo. Los nobles y terratenientes whig han contraído matrimonios dinásticos en beneficio propio y de sus hijos. Controlan los votos por medio de sobornos o amenazas. William Pitt impulsará los intereses tories, colocando a sus partidarios en todas las funciones. Esto es, en el servicio civil, el ejército, la armada, enclaves coloniales, promociones eclesiásticas... Las redes de poder se crean desde arriba hacia abajo. Los príncipes mercantes, como nos llaman a los hombres como yo, representamos los intereses comerciales del país, y ya se sabe que el dinero habla.

-El pobre príncipe de Gales será un viejo antes de convertirse en regente -se lamentó Roz.

-No tanto -contradijo Adam-. George es mucho más listo de lo que la gente cree. Cuando abandone a los whigs y se pase a los tories, nosotros aprobaremos el acta de Regencia.

-Pero los whigs son sus mejores amigos: Fox, Burke, Sheridan -señaló el señor Burke.

Savage sonrió y extendió las manos.

-Exacto; ¿quién mejor que él para conocer sus defectos de carácter?

-Oh, caramba -dijo Roz, con fingida piedad-, todas esas anfitrionas whig, que rigen la sociedad como leonas, quedarán fuera de lugar.

-Bueno, será una preocupación menos; tal vez les mejore el carácter -comentó Tony, riendo.

-Yo pronostico que la encantadora lady Blackwater se convertirá en la principal anfitriona tory -dijo Adam, bebiendo su morena belleza.

Sí, querida, tú te convertirás en la envidia de la sociedad. La nobleza se matará por conseguir una invitación a Edenwood. Adam agregó:

-Nuestros hijos serán tan inteligentes que estudiarán en Eton.

-¿Y qué me dices de nuestras hijas? -reclamó Tony-. Supongo que estás de acuerdo con la igualdad en la educación de hombres y mujeres.

-Eso no será problema. Las vestiremos con la ropa de sus hermanos y las enviaremos a Eton -respondió él, muy serio. -¿Nunca me dejarás olvidarlo? -preguntó Tony.

Adam arqueó las cejas mirando a Rosalind y al señor Burke. Los tres se miraron con expresión solemne y negaron con sus cabezas.

El Red Dragon llevaba casi tres meses en el mar cuando por fin echó el ancla en Madagascar. Tres horas después, Bernard Lamb ya había llegado a la conclusión de que había sido Adam Savage quien había dado la orden de secuestrarlo. Al principio, pensó que se lo había sacado de en medio porque ambos competían por los favores sexuales de Angela Brown, pero el sentido común prevaleció. Una ramera de escenario no significaría nada para un hombre con la riqueza y el poder de Savage.

No, esta jugarreta estaba relacionada con su consentido primo, lord Anthony Lamb. Al fin, Savage había comprendido cuál era la intención de Bernard y lo había sacado de Inglaterra.

Bernard recordó la última vez que había visto a su primo. Fue aquella noche de niebla que él lo había acechado en Vauxhall Gardens. Él lo había empujado con sus propias manos bajo los caballos de un coche de alquiler. Bernard se había convencido de que Tony no sobreviviría al accidente, pero no se había encontrado ningún cadáver ni había aparecido la noticia de su muerte en los periódicos.

Bernard estrelló su puño contra la pesada puerta de la bodega cuando un pensamiento apareció de golpe en su mente. Su primo quizá había tardado en morir de las heridas. ¡Era probable que él ya fuese el legítimo lord Lamb, y Savage se había desecho de él para que no reclamara el título y la propiedad!

Si bien existían hombres para los que el atractivo del mar podía convertirse en una adicción, para Bernard Lamb era algo abominable. Encerrado en un sitio estrecho, a medida que los días se convertían en semanas y las semanas en meses, su odio había ido creciendo. Y ahora, concentró ese odio en Adam Savage.

Cada vez que el marinero indio medio desnudo lo llevaba a cubierta para que tomara su ración cotidiana de aire, Bernard se comportaba lo mejor posible. Los músculos del marinero lo aterraban, y sus ojos oscuros daban la impresión de estar esperando que él le diera una excusa para arrojarlo por encima de la borda.

Pero, en la bodega, ya había comenzado su venganza contra Savage. Bajo esa luz tenue, había descubierto las cajas con prendas de moda de París. Había sacado los vestidos uno a uno, los había reducido a tiras y luego vuelto a guardar con cuidado en sus respectivas cajas. Cuando descubrió el caro talco veneciano para el pelo, sintió especial placer en orinar dentro de los barriles que lo contenían.

Cuando se descubriera el daño, Bernard ya estaría llevando a cabo la siguiente etapa de sus planes de destrucción de ese canalla que lo

había sentenciado a tres meses de infierno en vida a bordo de un caluroso casco.

CAPÍTULO 42

El capitán del Red Dragon liberó a su prisionero en cuanto el barco echó el ancla, pero cuando Bernard Lamb se enteró de que estaba en Madagascar, casi se volvió loco de ira. Todos sus planes se habían concentrado en Ceilán y no tendría un momento de paz hasta que no llegara a su destino fatal.

A Bernard le bastó una hora, por las calles de Cabo Ámbar, para averiguar que todos los días zarpaban barcos hacia el puerto de Colombo, en Ceilán. Pero tardó hasta la caída de la noche en obtener el dinero necesario para el viaje. A la mañana ya tenía fondos suficientes para comprar un elegante guardarropa tropical, una pistola y un billete para Ceilán. El desdichado marinero a quien había robado estaba tendido en un callejón, con el cuello cortado.

Ya desde muy joven, Bernard Lamb había aprendido lo engañosas que podían ser las apariencias. Cuando llegara a Colombo, su ropa cara junto con sus modales finos y su aire de confianza en sí mismo le permitirían obtener de los colonos cualquier cosa que necesitara. Compró billete en el barco más lujoso que había en el puerto. En doce días de navegación llegaría a Colombo.

Cuando desembarcó, parecía un hombre de negocios. Sin vacilar, entró en la pequeña oficina del gobierno a contratar a un guía que lo llevara a Leopard's Leap.

El funcionario quedó muy impresionado por su apellido. -Usted debe ser pariente del difunto lord Russell Lamb, que era administrador de la East India Company.

-Así es. Él era mi tío. Y yo, precisamente, he venido aquí a ocuparme de asuntos familiares. ¿Podría indicarme cómo llegar a su plantación? Mi tía, lady Lamb, me ha rogado que viniera a ayudarla. No será nada fácil para una mujer enviudar y quedarse sola en la India.

-Yo diría que no -coincidió el funcionario del gobierno-. Hace poco, llegó lord Anthony, y el reencuentro entre madre e hijo fue conmovedor.

-¿Lord Anthony? -dijo Bernard, confundido.

-Él también necesitó que le indicáramos el camino hasta la Casa del Gobernador. Su plantación es vecina a Leopard's Leap. -Muy conveniente -dijo Bernard, con suma suavidad-. A mi primo Tony le espera una gran sorpresa.

«De modo que el joven canalla aún está vivo y coleando. Tiene más vidas que un maldito gato.» Ignoraba que su primo había llegado a Ceilán antes que él, ¡pero era una situación inmejorable! Ahora podría vengarse de Savage y librar al mundo de una vez y para siempre del actual lord Lamb.

De inmediato, Bernard aceptó acompañar a los dos cipayos que llevaban despachos entre Colombo y la Casa del Gobernador. Había gastado sus últimos billetes en el caballo que compró para el viaje; no tenía más remedio que hacer uso de la hospitalidad de los cipayos.

Bernard Lamb odiaba con fervor todo lo referente a los trópicos, pero lo que más odiaba eran los nativos. Se vio obligado a comer y beber lo mismo que ellos, cosa que ya, de por sí, era bastante ardua, pero lo peor de todo fue compartir con ellos la vajilla y los vasos. Los hombres percibieron su repugnancia hacia el color de su piel. Mantuvieron una actitud de impecable cortesía Y, para sus adentros, lo encasillaron en la categoría de los blancos racistas.

Al tercer día, cuando la Casa del Gobernador apareció a la vista, habría sido difícil decidir quién se sentía más aliviado, si Bernard Lamb o los cipayos. Se despidieron en cuanto cruzaron el portón de entrada. La mirada codiciosa de Bernard divisó la palaciega mansión pintada de rosa pálido, y un hirviente resentimiento se apoderó de él. ¿Por qué algunos nacían en medio del lujo, mientras que otros tenían que conspirar hasta con el propio diablo para conseguir las migajas que caían de la mesa de aquellos?

Permaneció contemplando tanto esplendor y, de pronto, se sintió colmado de una poderosa sensación. Supo que tenía su destino ante sí; sólo era preciso que aprovechara el momento y se apoderase de ese destino. Había estado dispuesto antes de que él cruzara medio mundo para ir a enfrentarse a sus enemigos y forjarse un futuro propio. Bernard Lamb sintió que la fortuna le daba la mano.

Se aproximó un criado para atender a su caballo. Otro criado hizo una profunda reverencia y subió la escalinata cargando sus lustrosas maletas. Un guardia le abrió la puerta principal, tras la cual, un mayordomo de turbante le preguntó a quién venía a ver.

-Soy el sobrino de lady Lamb.

Fue como si hubiese pronunciado un conjuro mágico. Lo condujeron a una lujosa sala de recepción. Dos jóvenes wallahs, como se llamaba a los criados, con sus atuendos nativos, entraron en la habitación. Uno le ofreció una bebida fría, el otro hizo funcionar el abanico punkah. Ambos criados mantuvieron la vista baja e inclinaron la cabeza en actitud sumisa. Como activada por un mecanismo de relojería, en cuanto Bernard hubo terminado su bebida, se abrió una puerta interna y entró una mujer menuda y rubia. Lucía una fría elegancia que la convertía en la mujer más segura de sí misma que había visto en su vida.

El fulgor de la luz que se filtraba por las celosías impidió a Eve ver las facciones del joven hasta que lo tuvo ante sí. De golpe, su frialdad se evaporó.

-Tú debes ser el hijo de Robert. ¡Eres la viva imagen de tu padre!

Bernard se sintió inundado por una oleada de poder. Por un instante, gracias a un descuido, Eve había mostrado sus emociones. Fue evidente que lady Lamb había amado a su padre. No vaciló un momento en aprovechar esa ventaja. Avanzó un paso más, tomó la mano de ella, se la llevó a los labios y dijo, en un susurro ronco:

-Mi padre estuvo locamente enamorado de ti hasta el día de su muerte. Ahora, entiendo el porqué.

-¡Adulador! -lo regañó ella, en broma.

Bernard supo que la tenía en la palma de su mano.

Tanta fue la confianza, que se sintió capaz de ponerse en la piel de su padre y reanudar la relación de Robert con esa mujer allí donde había quedado interrumpida.

-Mi nombre es Bernard.

Eve tuvo la impresión de que los años desaparecían y ella tenía de nuevo dieciséis primaveras. Unió su brazo al de él en gesto íntimo, como si se hubieran conocido desde siempre, y lo llevó al interior.

-Ya es casi la hora de comer, y yo sé cuánto les importa a los hombres la comida.

Apareció un wallah, como si hubiese sido llamado por medio del pensamiento.

-Acomode al sahib en la suite azul pavo real.

Bernard Lamb comprobó que el nombre de la lujosa suite obedecía al fresco suelo de baldosas decoradas con un magnífico pavo real con su cola desplegada. Aparecieron tres criados más. Uno preparó el baño en el cuarto de baño vecino, otro comenzó a sacar su ropa de las maletas, una joven muchacha nativa entró con una bandeja de plata en la que traía un botellón de vino y una copa de cristal. El criado que lo había conducido arriba hizo una reverencia y murmuró:

-Si deseara algo más, sahib, por favor, tire de la cuerda de la campanilla.'

Bernard señaló a la mujer con un dedo. -A ella -dijo, autoritario.

Los hombres se retiraron y la muchacha se quedó, inmóvil y con la vista baja.

-Mírame -ordenó él.

Ella levantó los ojos lentamente. El temor los dilataba y los llenaba de lágrimas. Bernard se lamió los labios. Esa muchacha cumplía una fantasía muy antigua. Era una esclava y estaba a su disposición.

-Quítate el sari.

La muchacha, aunque con resistencia, obedeció. La mirada de Bernard fue deslizándose por su cuerpo esbelto, observando los pechos nacientes, su pubis diminuto. Aquella chica apenas había entrado en la pubertad. La llamó haciendo señas con un dedo.

A cada paso que daba la muchacha, su expresión de pánico aumentaba. Cuando estuvo ante él, Bernard levantó el largo pelo negro y lo enrolló una vez en torno a su mano. Ya era tarde cuando la niña comprendió que estaba atrapada. El temor que había en sus ojos se convirtió en terror cuando el hombre se llevó la mano al cinturón y sacó su pistola. Sin tocar directamente a la niña, usó la pistola como si fuera una mano y fue recorriendo la mejilla y bajando por el cuello de la muchacha. El cuerpo de ella fue sacudido por incontrolables temblores cuando él fue trazando círculos alrededor de sus pechos jóvenes, con el cañón de la pistola. El hombre empezó a bajar el arma por su vientre y ella, desesperada, trató de retroceder, pero él la atrajo otra vez hacia él tirándole del pelo. Ella abrió la boca para gritar, y él la miró de un modo que le cerró la garganta, paralizándole las cuerdas vocales.

El destino final del cañón de la pistola fue el pubis de la niña. Bernard lo introdujo dentro de ella. Los ojos de la muchacha se pusieron vidriosos. Bernard oprimió el gatillo, que soltó un seco

chasquido. El minuto que tardó la niña en comprender que el arma no estaba cargada fue infinito. Bernard se echó a reír. Cuando le soltó el pelo, la muchacha cayó de rodillas, acurrucada como un lío de ropa sucia.

Él bajó la vista hacia ella con ojos relucientes y, sacando las balas del bolsillo, dijo:

-Pequeña perversa, yo no ensuciaría mi miembro contigo, pero eso no significa que no podamos divertirnos y jugar.

Eve ordenó que no sirvieran la comida hasta que no bajase su invitado. Anthony llegó al comedor a la hora acostumbrada y se sentó a escribir unas notas en un diario que había iniciado. Hasta tal punto lo fascinaban los cultivos de las plantaciones que había comenzado a estudiarlas seriamente. Pasó casi una hora antes de que empezara a advertir que aún no habían servido la comida. Se puso de pie y fue en busca de su madre.

-Aquí estás, Anthony. Tengo una sorpresa maravillosa.

En ese momento, el invitado bajaba la escalera y, al oír la voz de Eve, entró en el salón.

-Tu primo Bernard Lamb acaba de llegar de Inglaterra. Bernard, éste es mi hijo, lord Anthony.

Al ver ese rostro tan familiar, en los ojos de Bernard apareció una sonrisa. Todo en ese joven alto le resultaba familiar, desde el cabello oscuro y rizado, atado en la nuca, hasta los grandes ojos verdes; aun así, supo que jamás había posado la vista en él hasta ese instante.

Anthony le tendió la mano, dándole la bienvenida.

-¡Qué placer inesperado! Es gracioso que nos hayamos encontrado al otro lado del mundo.

-Quizá sea el destino -dijo Bernard. Estaba fascinado: hasta el modo ronco y lento de hablar era igual y, al mismo tiempo, distinto-. Disculpa que te mire tan fijamente pero ¿tú tienes un hermano?

-Una hermana -contestó Anthony-, una hermana gemela. La gente siempre nos dice que no puede diferenciarnos.

Era una broma de la familia.

Bernard compartió la amistosa hilaridad de madre e hijo y, entretanto, su mente se disparó a la velocidad del rayo. ¿Sería posible que el lord Lamb que él había estado acechando, pensando que tenía nueve vidas, era una perra haciéndose pasar por su gemelo? La única conclusión razonable le decía que sí, que era posible. Las mujeres eran lo bastante intrigantes para urdir cualquier engaño. Sumó otro nombre a la creciente lista de enemigos que tendría el placer de eliminar.

-¿Qué te trae por Ceilán? -preguntó Anthony con sincero interés.

Bernard había tenido tres meses para inventar motivos adecuados para estar en la India. Tenía facilidad de palabra y, además, disfrutaba amontonando una mentira sobre otra. Vivir del ingenio procuraba, a la vez, excitación y satisfacción.

-Estoy pensando en invertir en una plantación. Un amigo mío, Adam Savage, puso en venta una llamada Leopard's Leap. -Ah, Dios mío, daría cualquier cosa por tener recursos para comprar esa propiedad. Voy allí casi todos los días. Tiene más de ocho mil hectáreas,

y estoy seguro de que no hay planta allí que no florezca. Las cosechas son abundantes porque los cultivos han sido nutridos con amor y cuidado durante diez años. Y no sólo las cosas crecen: también las personas prosperan en Leopard's Leap.

Aunque la expresión de Eve no cambió, por su mente empezaron a desfilar muchas cuestiones. De modo que, después de todo, Savage había puesto en venta la propiedad. Eso significaba que había decidido establecerse en Londres, pues allí estaba su futuro. Se preguntó si volvería a buscarla. En realidad, cuanto más tiempo permanecía ausente, tanto más rica se hacía ella. Durante los meses transcurridos desde que él se marchara, ella había usado su barco con regularidad para vender valiosas mercaderías en Cantón. El hecho de conocer al rajá Singh y a toda su familia había demostrado ser de un valor incalculable para ella; se volvían tan locos por la caza que tenían quinientos batidores.

Eve encontró en Cantón un mercado ávido para casi cualquier cosa que ellos cazaran, ya fuese muerta o viva. Los chacales poseían en el cráneo un pequeño cuerno cubierto de pelo. El precio de este cuerno era muy elevado, porque se consideraba un talismán que devolvía la potencia a los hombres. Las aves también eran una provechosa fuente de ingresos. Se enjaulaba a los tucanes y a las cacatúas; en cambio, el único valor de los pavos reales y los airones estaba en sus plumas. Hasta las serpientes daban dinero; las pitones, por sus pieles exóticas, las cobras, para las peleas con otras serpientes y con mangostas. De los gatos de algalia se extraía el almizcle, y la piel del leopardo era valiosa por sus características manchas. Eve no tenía el menor escrúpulo en aceptar colmillos de marfil que le llevaba el emisario del rajá. Se limitó a hacer marcar las cajas para el embarque con el rótulo CAÑA DE INDIAS.

En una reciente visita a la India, Eve había sido presentada a sir John Macpherson. Pitt, el primer ministro de Inglaterra, lo había enviado al subcontinente después de realizar valiosos servicios en Norteamérica durante la Guerra de la Independencia. Eve había logrado que el individuo comiera de su mano y lo había invitado a ir de visita a Ceilán. Sabía que él iría. Era la clase de hombre que a ella realmente le interesaba. Era previsible; y también era conde. Eve sonrió para sí. Segundo conde de Cornwallis. Ya se había rendido ante Washington en Yorktown; si Eve lo quería así, se rendiría ante ella en Ceilán.

Su pensamiento regresó a su huésped actual, y se sorprendió pensando cómo sería en la cama. Tuvo la perspicacia de imaginar que no sería fácil de controlar.

Anthony y Bernard estaban planeando ir a caballo hasta Leopard's Leap.

-La compañía ha puesto a un hombre llamado Denville al frente de la plantación. Yo te lo presentaré. Es un sujeto decente. Admitió sin ambages que él no podía enseñarme mucho con respecto al té y al caucho, que los tamiles eran los verdaderos expertos, y gracias a ello, aprendí observándolos. Es fascinante. Eve captó la mirada de Bernard.

-Dicen que el entusiasmo está completamente fuera de moda, pero, al parecer, a mi hijo eso le tiene sin cuidado. Espero que, algún día, establezca su residencia aquí.

-Bueno, tal vez me he contagiado de su entusiasmo. Estoy impaciente por explorar esa legendaria Leopard's Leap y por averiguar el secreto de su éxito.

-Se tardan semanas en recorrerla toda; luego, se puede explorar la selva que está más allá de la plantación -comentó Anthony.

-Esta vez, no te olvides de llevar una pistola, querido -recordó la madre a su hijo. Dejó su servilleta y de inmediato apareció un criado junto a ella, sosteniéndole la silla para que pudiera ponerse de pie. Echó una mirada a Bernard-. Un hombre no vale de mucho en la India sin una pistola cargada.

Anthony no captó el sentido sexual de su comentario, pues estaba ocupado recogiendo sus notas.

CAPÍTULO 43

El Flying Dragon amarró en Colombo una semana después de haber llegado el Red Dragon. Savage esperaba tomar por sorpresa a Bernard Lamb, si estaba allí. Si no, no había por qué alarmarse.

Savage fue a su barco indio y, por una vez, se sintió complacido cuando supo que el barco había demorado tres meses en hacer el viaje. Menos grato para él fue saber que el prisionero que ellos habían transportado había destruido la carga de la bodega donde lo habían encerrado. Savage maldijo, pensando que ojalá Bernard hubiese sufrido un accidente durante el prolongado viaje. Resolvió no decirle a Antonia que habían arruinado sus galas francesas, para no estropearle el deleite que había tenido eligiéndolas. Indicó a los tripulantes del Red Dragon que mantuviesen los ojos abiertos, pues no sería raro que Bernard Lamb apareciera.

Cuando lady Randolph vio que el equipaje sería transportado en carretas tiradas por búfalos, pidió disculpas a Adam por haber llevado tantos baúles. Qué afortunada idea había tenido al incluir al señor Burke en el viaje, pues sin su ayuda difícilmente habría podido llegar al pie de lis colinas o recorrer la plantación Lamb.

Antonia tomó el viaje como una gran aventura, y Roz, mirando a su nieta, no tuvo más remedio que admitir que estaba radiante. La larga y lenta travesía por mar la había hecho florecer; o quizá se debiera a que estaba enamorada. Cualquiera que observase a Adam y a Antonia sabía que se amaban y que ya habían hecho el amor. Ella había hecho todo lo que había podido

por mantenerlos separados y, a consecuencia de su vigilancia, no hacían más que devorarse con la mirada sin la menor vergüenza. Cuanto antes se casaran esos dos y comenzaran a concebir niños, tanto mejor sería para todos.

La languidez de Antonia se esfumó en cuanto llegaron a Ceilán. Allí todo era completamente diferente de Inglaterra: las personas, los árboles y las flores, los insectos y el aire tibio y fragante. Ella

desbordaba de impaciencia por ver a su madre, pues sería la primera vez después de diez largos años, y estaba ansiosa por volver a encontrarse con su hermano. Pero, lo que más la excitaba, era la conciencia de que muy, muy pronto, ella y Adam se convertirían en marido y mujer.

Anhelaba conocer Leopard's Leap, pues sabía lo mucho que significaba para Adam. Su plantación había sido fruto de un amoroso trabajo durante diez años, y ella sabía que se había convertido en parte de él. También tenía la esperanza de que la patria adoptiva de Adam conquistara su corazón.

Antonia canturreaba mientras la pequeña yegua que le había comprado Adam trotaba junto al carromato tirado por búfalos donde Roz iba sentada bajo un gran parasol. Adam Savage iba a caballo, a la cabeza de la pequeña caravana de carretas. Durante dos días, lo único que había visto Antonia eran sus anchos hombros y su espalda; con eso le bastaba para ser la mujer más feliz del mundo. Estaba dispuesta a seguirlo hasta los confines de la tierra.

Adam cabalgaba a paso regular, atento y vigilante a cualquier peligro o incluso molestia que pudiera sufrir el pequeño grupo que se hallaba a su cuidado. No estaba muy impaciente por enfrentarse con Eve. Sería una situación incómoda desde el principio. Hubiese querido tener tiempo de verla antes de que llegaran los otros para aclarar las cosas entre ellos y que así supieran qué terreno pisaban, pero eso era imposible. Lo mejor que podía hacer era dejar a su grupo en la Casa del Gobernador y luego retirarse a Leopard's Leap, para que ellos pudieran tener una reunión familiar. Debía hacer saber discretamente a Eve que necesitaba encontrarse con ella a solas.

Por fin, Savage decidió que lo más decente que podía hacer era enviar una nota a la Casa del Gobernador por medio de un mensajero; advertiría a Eve con unas horas de anticipación que su hija y su madre estaban por llegar a su casa. Mientras redactaba la nota, pensó en lo fácil que sería escribir una carta explicándole en detalle la causa de que la relación entre ellos hubiese terminado, pero ésa sería una evasiva cobarde. Debía decírselo cara a cara, asumir él toda la culpa, suavizar, de algún modo, el rechazo. Era preciso que hallara palabras para no herir su orgullo. Él no sufría por lo que tenía que hacer: en realidad, ellos nunca se habían amado.

Adam Savage eligió por su belleza el sitio para descansar y abrevar a los animales. En esa época del año, una cascada formaba un profundo estanque no lejos del camino. Durante el día, atraía a miles de coloridas aves, y las orquídeas silvestres y las matas florecidas estaban cubiertas de mariposas.

Antonia condujo su yegua hasta el borde del agua para poder estar cerca de Adam. El ruido del fresco líquido cubriría el diálogo privado entre ellos.

-Es un paraíso. ¡Oh, cómo me gustaría que estuviéramos solos para poder bañarnos juntos!

-Cerca del agua hay muchas cosas bellas, pero también acuden seres peligrosos. En especial al atardecer, cuando los animales de la

selva vienen a beber. No vayas nunca sola al agua, querida. -Él se quitó la camisa, la mojó en el agua fresca y volvió a ponérsela-. ¡Ah, qué bien! ¿Cómo soportas el calor, mi amor?

-A decir verdad, no me molesta; lo he aprendido de ti. Para viajar uso ropa de algodón y me ato el pelo en la nuca con una cinta, como haces tú. Cuando me vestía con la ropa de Tony nunca me sentía atractiva, pero ahora me siento terriblemente cómoda.

Echó una mirada hacia atrás, hacia Roz y el señor Burke, y se quitó la camisa de algodón. Se inclinó para sumergirla en el agua fresca, y sus adorables pechos estuvieron a punto de escapar de su enagua de algodón. Adam tuvo que hacer uso de toda su

fuerza de voluntad para no llevar sus manos allí. Hacía mucho que no podía hacerle el amor. Antonia volvió a ponerse la prenda mojada y eso inflamó más aún el deseo de Adam. La camisa mojada se adhería a la piel resaltando las apetitosas curvas. La mirada del hombre se hizo tan intensa que Antonia advirtió que estaba excitado.

-Tus ojos son azules como las aguas del golfo de Vizcaya -susurró ella, en tono sensual.

-Calla. Pórtate bien. Una joven novia debe ser casta. -Deberías haber recordado eso en Irlanda, cuando arrebataste mi inocencia -lo provocó ella.

Él extendió la mano y le acarició levemente la mejilla. -Tardaré un año, al menos, en arrebatarte tu inocencia, amada mía.

Lady Lamb leyó dos veces la nota; sólo entonces permitió que un pequeño estremecimiento de triunfo dibujara una sonrisa en su boca. De modo que, después de todo, Savage había regresado. Su firma no daba indicios de que hubiese obtenido un título. Y aunque lo hubiese logrado, seguramente sería inferior al de conde del Reino. Trató de compararlo con Cornwallis, pero fue imposible. Sencillamente, no había comparación posible. Suspiró, consciente de que si elegía a Savage jamás podría controlarlo, pero no podía resistirse a ese hombre.

Lo que más la desconcertaba era el motivo que lo habría impulsado a cargar con una mujer anciana y con una muchacha. Lo más probable era que un impulso mal orientado lo indujese a pensar que a ella le gustaría tener a su familia presente en la boda de ambos. Eve no pensaba así. Su madre y ella jamás se habían llevado bien y, en cuanto a Antonia, ¿qué mujer en su treintena necesitaba a su hija de diecisiete, resplandeciendo de juventud, junto a ella?

Golpeteó la nota con una de sus largas uñas mientras calculaba cuánto tiempo tenía. Cuando llegaran, estarían acalorados, cansados y fastidiados a causa de los rigores del viaje desde Colombo. No era muy favorable para el talante ni para la apariencia de una dama dormir en una tienda, y el polvo del camino arruinaba el cutis, el peinado y la ropa. Tiró de la cuerda de la campanilla y ordenó a sus mujeres que le preparasen un baño con perfume de flores de loto.

A lo largo de aquella semana, Bernard Lamb había recorrido a caballo hasta el último rincón de Leopard's Leap. Había visto los miles de florecientes arbustos de té y la fábrica de cuatro plantas. Conocía la

ubicación exacta del secadero, donde había una fortuna en láminas de caucho, y conocía los horarios de los trabajadores.

El futuro de Anthony Lamb pendía de un hilo. Mientras cabalgaba delante de su primo señalándole los cultivos en diversas etapas previas a la cosecha, presentaba un blanco tentador para la pistola de Bernard. Éste logró contenerse, teniendo en cuenta dónde estaban. No quería que el cadáver fuera hallado en Leopard's Leap. Él quería que, cuando su proyectil diera en el blanco, su primo cayera sobre el suelo de la selva, donde la prueba sería destruida de forma natural en cuanto cayera la oscuridad.

-Bueno, creo que ya hemos terminado de ver la plantación. ¿Qué opinas si esta tarde exploramos la selva? -propuso Bernard. -Hasta ahora, siempre lo he hecho con un nativo tamil, pero supongo que, si nos mantenemos juntos, estaremos a salvo -repuso Anthony-. La flora y la fauna son únicas; nunca habrás visto algo semejante. Hay innumerables clases de palmeras, bambúes y cañas, todos ellos cubiertos d" enredaderas en flor y orquídeas de matices que ni siquiera has soñado que existían. Hay monos, macacos, zorros voladores y perezosos que arrancan fruta de los árboles del pan, datileros, papaya, granates y plátanos. Una vez, anduve por un sendero donde el follaje era tan denso que tapaba la luz del sol hasta tal punto que había polillas de treinta centímetros de envergadura posadas sobre la corteza de los tamarindos.

-¿Podrías volver a dar con ese mismo sitio? -preguntó Bernard, ansioso.

Eve saludó con gran entusiasmo a su familia cuando ésta llegó a la plantación. Cualquiera que hubiese presenciado la conmovedora reunión se habría visto en figurillas para contener una lágrima. Al señor Burke, que era muy observador, también le brillaban los ojos, pero no de emoción sino por el cinismo de ella. La ropa, los modales y la expresión de Eve eran impecables; sin embargo, el señor Burke se preguntó cuántas horas habría pasado ante el espejo. Cuántas de sus doncellas habrían sido castigadas por su torpeza en el arreglo del pelo.

Eve les dio la bienvenida tal y como ordenaba la etiqueta, saludando primero a su madre, por respeto a su edad y categoría social. Era la viva imagen de la devoción filial, pero el señor Burke sabía reconocer las expresiones engañosas; el oído solía ser el que captaba los verdaderos sentimientos que había bajo la superficie.

Roz estaba decidida a empezar con el pie derecho esta vez. Quizás había sido culpa suya la animosidad reinante entre madre e hija. Eve le presentó la mejilla y Roz la besó con suavidad.

-Querida mía, lamento mucho lo de Russell. Ya veo que has tenido fuerzas suficientes para superarlo. Tienes un aspecto maravilloso.

-Detecto una nota de reproche porque ya no llevo luto -dijo Eve con dulzura-. Cuánto he echado de menos tus regaños maternales.

Eve se volvió hacia su hija, y Antonia se adelantó para abrazarla.

-Madre, estás tan adorable como te recordaba. Estoy emocionada de encontrarme aquí.

Aquella perfecta criatura enfundada en gasa azul dio claras muestras de querer evitar el contacto físico. Extendió una mano llena de sortijas como para protegerse de una invasión, y dijo:

-Antonia, querida, qué alta eres. Si hasta creo que eres tan alta como tu hermano. -Recorrió con una mirada a su hija, polvorienta y desarreglada-. Tienes que darte un baño y cambiarte de inmediato.

La alegría de Antonia comenzó a desvanecerse. Su madre la hacía sentirse como cuando tenía seis años: inferior en todo sentido. De todos modos, no se podía negar que Eve era una gran beldad, y Antonia deseó con todo su corazón no haberla decepcionado nunca.

La mirada fría de Eve se detuvo en el señor Burke, a quien conocía de casi toda la vida. Se limitó a saludarlo diciendo, simplemente:

-Burke.

A estas alturas, Adam Savage no había sido otra cosa que un observador, pero lo que presenció le hizo comprender que había sido muy afortunado al escapar de una mujer como ésa. Evelyn Lamb no sólo era fría: tenía la sangre helada como la de un reptil.

Al fin, Eve pudo concentrar su atención en quien era el objeto de su deseo. Su boca se curvó en una sonrisa, apoyó una mano en el brazo de él con ademán posesivo y, mirándolo a la cara, dijo:

-Adam, querido.

La mirada azul de Savage era glacial.

-Lady Lamb -dijo, en tono muy formal, apoderándose de su mano y retirándola del brazo de él.

En aquel momento, Eve tuvo la certeza de que Adam no la quería. ¡Qué divertido! ¡Era una pena! Ella lo tenía firmemente enganchado y se aprestaba a tirar del cordel.

Savage inclinó la cabeza saludando a las señoras.

-La hospitalidad de Leopard's Leap está abierta a todos ustedes. No quiero seguir molestando; me pregunto si podríamos tener mañana una conversación en privado.

Eve inclinó la cabeza y luego le dio la espalda, quitándolo de ese modo de su presencia aunque no de sus pensamientos. Antonia se sonrojó, sabiendo que Adam informaría a su madre de que ellos iban a casarse.

Eve vio el sonrojo, observó la expresión radiante de la cara de su hija y sintió la punzada de unos celos que jamás había experimentado hacia ninguna otra mujer.

-¿Dónde está Anthony? -preguntó Tony, ansiosa. Eve hizo un ademán irritado.

-Donde está casi siempre: en Leopard's Leap. ¡Creo que ambiciona ese lugar!

En opinión de Roz, la palabra ambición, que había brotado de labios de su hija, era la más justa para ser aplicada a ésta. Veía, claro como el cristal, que su hija ambicionaba a ese rico nabab. También era obvio, al menos para Rosalind, que ella y Savage habían tenido alguna relación. Ahora entendía por qué Adam había insistido en ir a Ceilán. Su código personal de conducta le indicaba un limpio rompimiento con .Eve antes de poder casarse honorablemente con Antonia. A Roz no le

agradó en absoluto. Alguien iba a resultar herido; tal vez para siempre. Agradecía a Dios haber decidido acompañar a su nieta: no creía que Antonia fuese capaz de defenderse de la maldad de Eve.

Durante la hora siguiente, hubo un gran revuelo: una docena de criados iban de un lado a otro llevando maletas, arreglando las habitaciones, sirviendo refrescos, preparando baños en atención a los huéspedes recién llegados a la Casa del Gobernador.

La niña nativa que atendía a Antonia mientras se bañaba estaba arrodillada en silencio en un rincón, con los ojos bajos. Tony estaba acostumbrada a bañarse sin compañía, pero esa niña era tan introvertida que no la hacía sentirse incómoda.

Bajo el agua tibia y perfumada, Antonia posó su mano sobre su vientre. Ya no era un hueco cubierto por su piel sedosa; ahora se abombaba ligeramente, insinuándose apenas. Sonrió, pensando en su secreto. Adam jamás le habría permitido hacer un viaje tan largo de haber sabido que esperaba un hijo. Empezó a pensar en su madre. Ese niño convertiría a Eve en abuela: Antonia contuvo una carcajada. Para su madre, ése sería un destino peor que la muerte. Había visto el gesto posesivo de Eve, con su mano sobre el brazo de Adam, como si fuese su propietaria. Su madre siempre había sido incapaz de abstenerse de tocar a los hombres. Aun siendo niña, Antonia había notado que Eve tocaba a todos los amigos de su padre en una actitud íntima de incitación. Y ahora que ella era una mujer, comprendía que ése era el modo con que su madre reafirmaba su atractivo.

Antonia salió del baño y se secó con una gruesa toalla turca. Enseguida, la pequeña doncella le tendió una camisola de algodón blanco y la enagua que Tony había elegido antes. La niña quiso que se pusiera un vestido formal de seda, pero Antonia prefirió uno de sencilla batista blanca bordado con flores de hibisco rojo.

Antonia acababa de comenzar a cepillar su largo pelo negro para desenredarlo cuando su madre entró como flotando en la habitación. Dio gracias a Dios de que no la hubiese sorprendido desnuda.

-Antonia, hay un huésped con nosotros. Tendrás que usar algo más formal para la cena.

Tony se mordió el labio: qué habilidad tenía su madre para hacerla sentirse incómoda y en falta.

-Adam me ha asegurado que en la India el algodón es aceptable en cualquier ocasión, pero me cambiaré en unos instantes. Espero que Anthony esté presente para la cena.

-Él y Bernard siempre regresan al atardecer. -¿Bernard?

Antonia repitió el nombre aunque odiaba hasta su sonido. -Sí, tu primo Bernard Lamb está con nosotros. Es un joven muy atractivo.

-¡Santa Madre de Dios! -exclamó Antonia-. ¡Bernard quiere matar a Anthony!

-Eso es absurdo.

-Es verdad, madre. Tengo que decírselo a Adam -se dirigió a la muchacha nativa-. Por favor, busca mis botas de montar. -¡Antonia, te prohíbo que vayas corriendo a Leopard's Leap; además, deja ya de

llamarlo Adam! El señor Savage y yo vamos a casarnos. ¡Pronto, él se convertirá en tu padre!

CAPÍTULO 44

La sangre se retiró del rostro de Antonia, que se volvió gris. Sintió que iba a quedar inconsciente. Estiró la mano para sujetarse a algo que le impidiera caerse. La mujer de oscura piel puso las botas en su mano extendida.

-El hombre malo tiene una pistola, memsahib -susurró la niña.

Antonia parpadeó un par de veces para disipar el aturdimiento y la náusea que estaban a punto de abrumarla. Quiso gritar que no. ¡Su madre y Savage: sencillamente, no podía soportarlo! De haber sido cualquier otra mujer la habría herido en lo más hondo pero ¿Eve? En ese momento, Antonia creyó que su herida sería fatal. Sintió que su madre le había arrancado el corazón del pecho.

Luego, comprendió que su madre era tan víctima como ella. Savage la había seducido, le había hecho el amor, aun sabiendo que Eve aguardaba en Ceilán a que él fuese a buscarla para casarse con ella. Antonia rechazó el cruel engaño. La traicionera actitud de Adam le oprimió el corazón. Reconoció que ella era la que había comenzado la farsa entre ellos al presentarse bajo una apariencia que no era la suya, pero ¿cómo podía él haber sido tan cruel, tan vil, como para seducir a la madre y a la hija? Era malvado y despreciable.

-Russell Lamb es el único padre que tendré jamás. -Se puso las botas-. Tengo que encontrar a Anthony. Bernard Lamb es un asesino a sangre fría, aunque a ti te parezca atractivo. Me temo que eres un desastre en lo que atañe a juzgar la personalidad de los hombres.

Lanzó a su madre una mirada de ardiente desprecio que la hizo retroceder.

Ya de niña su hija había sido incorregible. Muy bien. Que corriera al encuentro del peligro. Ceilán no era Inglaterra; ¡esa muchacha testaruda tendría que aprender la lección en sus propias carnes!

Tony entró en el establo y se apoderó de un caballo ensillado, asustando a un cipayo de uniforme. Sabía que Leopard's Leap era la plantación vecina, pero también sabía que tenía una enorme extensión. Sería difícil encontrar a Anthony, aunque no imposible; eso ella se negaba a creerlo. Los gemelos estaban unidos por un hilo invisible que los comunicaba en mente y espíritu.

Derramó cientos de maldiciones sobre la cabeza de Savage. Por culpa de su astuto plan, Bernard Lamb estaba de nuevo en pos de su presa. Antonia no veía el exótico paraíso tropical que se extendía ante ella, estaba ciega al sol tropical que convertía al cielo en una resplandeciente mancha de azafrán y oro, anunciando el crepúsculo. Espoleó al caballo, haciéndolo galopar entre filas de árboles de extraño aspecto, mientras ella gritaba el nombre de su hermano una y otra vez.

La oprimía una sensación apremiante; su mente no captaba nada que no tuviera que ver con su amado hermano.

En ese momento, Anthony estaba andando y llevando a su caballo de las riendas para poder ver más de cerca unas extrañas setas que cubrían los árboles caídos. Unas eran de un anaranjado intenso con manchas negras, otras, púrpura oscuro por arriba, malva claro por debajo. Hasta en su forma eran diferentes de todas las que él había visto antes. Había algunas que semejaban los volantes de la camisa de un petimetre, otros, taburetes de gnomos, de esos que aparecían en las ilustraciones de los cuentos de hadas.

Anthony alzó la vista hacia Bernard, que no se había tomado el trabajo de desmontar; comprobó que estaba aburriendo a su primo hasta las lágrimas.

-Pienso que será mejor que volvamos. A juzgar por la penumbra que hay aquí, deduzco que está bajando el sol. La selva

revive después de la oscuridad. Y no es un lugar saludable para estar.

Bernard sonrió.

-Nada saludable -admitió, apuntando con la pistola a su primo.

Anthony creyó que éste estaba apuntándole a algún animal de la selva que los amenazaba hasta que sintió un dolor lacerante en el pecho. Sintió que algo lo empujaba hacia atrás y todo se puso negro.

En el mismo momento en que la pistola disparaba, el caballo de Anthony salió corriendo. Bernard miró a su primo yaciente y sintió que una oleada de poder lo inundaba. Vio la mancha roja que se extendía en su camisa blanca hasta asemejar una flor de hibisco.

Era la hora en que los trabajadores tamiles de Leopard's Leap interrumpían su labor. Mientras recorrían los senderos desde los puntos más lejanos de la plantación, miraban con supersticioso temor a esa aparición lanzada a una enloquecida carrera; evocaba a una diosa. Temían que fuese Hakshasa, el mito hindú encarnado. Acudía a advertirles sobre un desastre inminente. Dominados por el pánico, comenzaron a gritar y a correr. Las madres reunieron a sus hijos y se refugiaron en las chozas.

Adam Savage oyó el escándalo desde el porche, donde estaba sentado conversando con Denville. De inmediato, se puso de pie de un salto y echó a correr velozmente en dirección al sitio de donde llegaban los gritos.

Antonia, montada en un potro negro, galopaba hacia él a toda velocidad. Su falda estaba alzada, mostrando sus adorables piernas largas, las rodillas apretaban la panza del caballo. Ya estaba a pocos metros de él cuando Adam advirtió que no tenía intenciones de frenar sino de atropellarlo. Le bastó un salto flexible y potente para aferrar el freno y parar al animal. Perforó con su fría mirada azul a Antonia.

-¿Qué pretendes: matarme o suicidarte?

-¡No me importa mucho! -le espetó, deseando que sus palabras fuesen armas.

Él adivinó de inmediato que Eve le había revelado lo que él había tratado, desesperadamente de ocultarle.

-¡Tony, tenemos que hablar!

Ella recordó las palabras que él le había dicho antes: «No me atribuyas el don de la santidad». Quiso reír, pero unas lágrimas se lo impidieron.

-¡Deja que me marche, demonio de corazón podrido! ¡Creo que si tuviera un arma te mataría!

Se oyó un disparo desde algún lugar de la selva. Tony se llevó la mano al pecho.

-Es Anthony... ¡Está con Bernard Lamb!

Clavó las espuelas en la panza del potro negro y se precipitó adelante en un arranque de furiosa energía.

-¡Espera! -tronó Savage, pero Tony estaba sorda a todo, salvo a ese disparo que había oído.

Bernard Lamb hizo girar a su caballo para salir de la selva. Sentía latir el poder dentro de sí, impulsarlo a dar el siguiente paso de su venganza. La ansiedad estaba muy cercana al deseo, aunque era más intensa que el mero deseo sexual. Era sed de sangre, reconoció. Sólo necesitaba un elemento más para alcanzar el éxtasis: ¡además de la sangre, necesitaba fuego!

Espoleó a su caballo haciéndolo marchar al trote, y lo condujo hacia las colinas que había al sur de Leopard's Leap, donde crecían los preciosos arbustos de té, extendiéndose en cientos de hectáreas y llenando el aire con su fragancia.

Antonia se dejó guiar únicamente por el instinto y galopó en dirección al sitio desde donde había llegado el estampido del disparo. Quizás hubiese sido su imaginación. Lo esperaba fervientemente, pero una voz interior le decía que la bala de Bernard había hallado, al fin, su blanco. Ella había vivido tanto tiempo por su hermano y por ella que le pareció sentir la herida en su pecho. Aún estaban ligados por un tenue hilo. Si éste se rompía, Anthony moriría. La esperanza ardía, luminosa, en su interior: ella no la dejaría apagarse.

Antonia vio un caballo sin jinete que surgía de la selva; su instinto le dijo que era el de su hermano. El sol estaba poniéndose rápidamente, y las sombras verdosas de la selva estaban tornándose negras; sin embargo, ella no vaciló.

Al ver que Tony se alejaba de él, al galope, Adam Savage comprendió que no tenía tiempo de conseguir un caballo. Echó a correr entre los árboles en silencio, a paso firme, de modo de conservar su energía. Todos sus sentidos estaban alerta para detectar el peligro. A sus ojos no se les escapaba nada y aguzaba el oído para captar cualquier sonido; su nariz venteaba el peligro.

No pudo alcanzar a Antonia antes de que se zambullera en la selva, aunque veía su vestido rojo y blanco flotando ante él como una bandera, señalándole el camino en el que ella cabalgaba.

La espesura del follaje hizo aminorar la marcha del caballo de Tony hasta que sólo pudo avanzar al paso; ella notó, por primera vez, lo amenazadoras que eran las sombras en el interior de la selva. Estaba rodeada de cosas y seres que crujían y susurraban, furtivos. Un grito se

formó en su garganta. El pánico hizo presa de ella, impulsándola a volver grupas y huir. Entonces, vio el blanco y el rojo.

Se tiró del caballo y no se atrevió, siquiera, a susurrar su nombre, por temor a que él ya no pudiese oírla. Cayó de rodillas a su lado, jadeando de terror. El potro negro, capaz de oler lo que Antonia no percibía, salió a la carrera, por donde había venido.

Con los ojos arrasados de lágrimas, Antonia vio esa flor escarlata en el pecho de su hermano gemelo y extendió sus dedos trémulos para tocarle la mejilla. No tuvo certeza de que él estuviese vivo.

-Tony, estoy aquí. Ahora, todo saldrá bien.

La promesa, dicha en un murmullo, era un consuelo para los dos, aunque ella estaba sumida en el pánico y no sabía cómo lo haría para conseguir ayuda.

Savage no aminoró la marcha hasta que llegó a la espesura de la selva. Se sintió inundado por una oleada de alivio al ver el caballo de Antonia que corría hacia él, pero soltó una gruesa maldición al comprobar que la silla estaba vacía. Adam atrapó las riendas que colgaban del animal y lo tranquilizó con mano firme y serena. El caballo no quería volver a penetrar en la selva, pero él lo obligó. Savage sentía su corazón latiendo en sus oídos: tenía una noción bastante clara de lo que el caballo debía de haber olido.

Un par de ojos verdes observaban la escena con paciencia y astucia infinitas. El leopardo, encaramado sobre una rama baja, olía la sangre de su presa. En el momento en que la muchacha quedó debajo de él, ese asesino, con sus noventa kilos, estiró sus patas delanteras, desenfundó sus garras de las almohadillas que las escondían y saltó. Antonia dio un grito y rodó, alejándose de la bestia que había caído desde arriba, sobre el cuerpo de su hermano. La fiera la miraba, cautelosa, mientras lamía la sangre del pecho de Anthony y gruñía a modo de advertencia.

Antonia se apoderó de una rama caída y la arrojó al animal con todas sus fuerzas. De inmediato, el gran felino reaccionó: en breves segundos la tendió de espaldas y mostró sus colmillos, listo para hundirlos en el cuerpo de su víctima, listo para desgarrarle el vientre.

Por una fracción de segundo, Savage quedó paralizado por el temor, hasta que logró dominarlo. Ató el caballo y tomó su pistola, pero no quiso disparar. Cuando dio el salto, llevaba su cuchillo bien ajustado en la palma de la mano. Rodó junto con el animal, y ambos gruñeron y mostraron los dientes.

Savage cuidaba de mantener la cabeza hundida entre los hombros para no ofrecer acceso a su yugular a los mortales colmillos del felino. A pesar de su enorme fuerza, el animal no tardó en ponerlo de espaldas. Debió imaginar que así sería. Hundió su cuchillo en el vientre del leopardo, y cortó con él hacia arriba, hacia el corazón.

Cuando se puso de pie estaba cubierto de sangre. El miedo que había logrado sofocar antes volvió, multiplicado. Antonia estaba caída, sollozando. Ella también estaba cubierta de sangre; Adam supo que era de ella, no del leopardo. Allí donde estaban no podía hacer nada por ella; sabía que tendría que llevarla al bungalow.

Primero, levantó el cuerpo de Anthony, lo cruzó sobre la silla y dio una palmada en la grupa del caballo para que fuera en la dirección correcta. Con toda la suavidad de que era capaz, levantó a Antonia en sus fuertes brazos y la alzó, apretándola contra su corazón y murmurando por lo bajo para calmarla. Pero ella dio vuelta a su cara en dirección contraria. Ella era la que estaba herida pero, en ese momento, él fue quien sufrió el dolor más intenso a causa de su rechazo.

Adam se movió con rapidez, a largas zancadas, y pronto estuvo fuera de la selva, que ya estaba sumida en la más completa oscuridad. Cuando emergió de la espesura que los envolvía, vio que un resplandor rojizo comenzaba a iluminar el cielo. No tardó ni un segundo en adivinar de qué se trataba y quién había cometido el malvado acto.

A medida que se extendía la alarma por el incendio, se elevaba una gran algarabía de voces. Los peones de la plantación estaban reuniéndose en los sitios habituales, para recibir instrucciones. Cuando Savage apareció a la vista, estalló un clamor y lo rodearon sus trabajadores nativos, que estaban dispuestos a dar su vida por él.

-¡Es el té sahib, el té! -gimió el jefe de sus banian.

-Ya lo sé. Id y haced lo que podáis, pero no arriesguéis vuestras vidas -gritó-. ¡Recordad que el fuego siempre se extiende hacia arriba!

Apareció Denville corriendo, con una docena de guardias armados, pegados a sus talones. Uno de ellos conducía el caballo a lomos del cual iba el cuerpo inerte de Anthony.

-¡Déjeme ayudarlo! -gritó Denville, y levantó en alto su antorcha, cuya luz permitió ver que Savage estaba cubierto de sangre.

-Fue Bernard Lamb quien lo hizo. Sé de lo que es capaz. Vaya a buscar a los guardias del secadero y de los árboles de caucho. ¡En esos lugares dará su próximo golpe! -Señaló con la cabeza al guardia que conducía al caballo de la rienda-. Dígale que vaya al bungalow.

Los criados de la casa de Savage, entrenados por John Bull, eran competentes y eficientes. En la parte de atrás del bungalow había una enfermería de campaña destinada a atender a los trabajadores accidentados, que se sucedían con regularidad. Los dos jóvenes que se ocupaban de ella estaban preparados para atender desde cortes en los dedos hasta picaduras de serpientes. Savage les confió a Anthony con una sola advertencia:

-Debe seguir vivo.

Era una orden; ellos no se atreverían a desobedecerla.

Adam llevó a Antonia a su propio dormitorio. Dos criadas aguardaban, de pie y en silencio, las órdenes del Leopardo. -Agua hirviendo, vendas -ordenó, cortante, sin desperdiciar palabras.

Se quitó la camisa ensangrentada, la tiró al suelo y luego, empleando su cuchillo, cortó lo que había sido el vestido blanco de Antonia.

La bella piel satinada de Antonia estaba abierta desde abajo del pecho hasta donde empezaba el muslo. Sus heridas no eran demasiado profundas, pero había muchas posibilidades de que hubiera infección. Los ojos azules de Adam contemplaron, azorados, la redondez de su

vientre y, de inmediato, alzó la vista hacia su cara, acusándola sin hablar. Ella ocultó sus ojos verdes y giró el rostro hacia la pared.

Una de las mujeres trajo el agua y las vendas, y la otra, un ungüento hecho con plantas de la selva y un frasco que contenía zumo de amapola. Savage titubeó unos instantes; por fin, se dijo que debía evitar que Antonia sufriese un dolor innecesario, no sería capaz de soportarlo:

-¡Bebe! -ordenó con tal severidad que ella no se atrevió a desafiarlo.

Las manos del hombre, aunque fuertes y ásperas, eran capaces de la más infinita delicadeza. Le lavó las heridas, deseando que se adormeciera antes de que tuviese que verter el desinfectante. Los ojos de la muchacha todavía estaban arrasados de lágrimas y los párpados no se cerraban.

-¿Y Anthony? -susurró, esperanzada. -Vive -respondió él en tono firme.

El alivio hizo que los párpados de la joven se cerraran, aunque las lágrimas siguieron manando por debajo de ellos.

Adam tomó el frasco de antiséptico. -Tony, esto arderá como un demonio.

Ella alzó las pestañas y lo miró con una expresión muy clara: nada podía herirla más de lo que él ya la había herido. Ni siquiera gritó cuando le bañó la piel herida con el antiséptico, aunque Adam vio que ella se mordía los labios hasta hacerse sangrar, mientras él la cubría con el ungüento y luego la vendaba.

Cuando al fin los ojos de Antonia se cerraron gracias al sueño inducido por el sedante, Adam llamó al guardia que estaba en la galería:

-Quiero que vaya a la Casa del Gobernador y lleve una nota. Savage garrapateó rápidamente las palabras: «Los gemelos están heridos. Ven de inmediato. Trae al capellán».

Savage observaba con curiosidad ese rostro que tenía delante. Si bien la semejanza con Antonia era notable, en la mandíbula del joven aparecían claros indicios de barba oscura. El personal de la enfermería lo había desnudado hasta la cintura y habían limpiado escrupulosamente su herida. Estaba acostado sobre sábanas impecables y sus labios y su rostro estaban pálidos a pesar del bronceado.

-Está herido, sahib.

-Ya lo sé, Adjit. ¿Le has quitado la bala?

-No nos atrevimos, sahib. Usted nos ordenó que lo mantuviésemos vivo. Está usted sangrando: tenemos que curarlo. -Son sólo rasguños -repuso él.

Savage levantó la compresa de gasa para examinar la herida. No parecía que la bala hubiese tocado el corazón o los pulmones de Anthony. Si así hubiese ocurrido, el modo en que fue transportado, atravesado en la montura, lo habría matado. Savage presionó con el dedo en el orificio del que manaba sangre. No notó nada, y hundió más el dedo. Por fin, tocó el proyectil de plomo: estaba alojado en el músculo pectoral; sin duda, eso había impedido que se astillara algún hueso.

Adam prefirió no usar su cuchillo; en cambio introdujo el dedo hasta poder desalojar la bala y hacerla salir. Volvió a manar sangre muy roja en abundancia. Cubrió la herida con más gasa limpia y la apretó empleando todo su peso. De repente, se encontró con dos grandes ojos verdes orlados de negras pestañas.

-¿Qué pretendes: matarme o curarme? -preguntó Anthony resollando, pero con humor.

-Creo que tienes tantas vidas como tu hermana -repuso Savage, profundamente aliviado.

Anthony cerró los ojos a causa del dolor; pasado un minuto, volvió a abrirlos.

-¿Conoces a mi hermana?

Su expresión se había vuelto perpleja. -Así es: soy Adam Savage.

-¿Mi tutor? -preguntó, sin poder creerlo, jadeando otra vez de dolor.

Savage asintió:

-Y pronto seré tu cuñado.

Anthony se echó a reír e hizo una mueca de dolor. -Te he sacado una bala hace un instante.

-¡Ese canalla me disparó!

En ese momento, lo recordó todo.

-Así le llamo yo: Bernard el canalla. Me parece que la hemorragia ha disminuido bastante; ahora ya puedo vendarte, pero quiero tu palabra de que te quedarás quieto. Si no lo haces, empezará otra vez la hemorragia. No puedo perder más tiempo haciendo de enfermera. Tu primo ha incendiado la plantación de té y la fábrica.

Anthony estaba horrorizado. -¡Voy a matar a ese hijo de perra!

-Tú te quedarás quieto. Aquí, soy yo quien da las órdenes. -Se dirigió a Akbar, diciéndole-: Será mejor que prepares unos apósitos contra las quemaduras. En cualquier momento empezarán a llegar afectados por el incendio.

Oyeron voces, y Anthony dijo:

-Creo que tengo alucinaciones, me ha parecido oír al señor Burke.

Savage asintió.

-También está Roz. Estarás en buenas manos.

Adam fue a recibirlos al espacioso cuarto de estar. Vio que sus rostros estaban abatidos, y se apresuró a tranquilizarlos. -Los dos van a recuperarse. Antonia fue atacada por un leopardo. Le he curado las heridas y le he dado una bebida somnífera. Yo temía que Anthony hubiese muerto, pero está consciente y bastante lúcido. Está en el fondo, en la enfermería.

-En tu nota decías que trajéramos a un capellán; eso nos hizo pensar que alguien se estaba muriendo -dijo Eve, con el aliento entrecortado.

-Lo siento. -Savage se dirigió al presbítero-. Le he pedido que viniera para celebrar una boda, pero tendremos que esperar; Leopard's Leap está incendiándose.

Bernard Lamb deliraba de alegría debajo de un plátano observando el brillante espectáculo que se desplegaba ante sus ojos.

Las llamas lamieron, juguetonas, un arbusto de té y, cuando ya pensaba que no se encendería el fuego, de pronto empezó a arder con frenesí. Bolas de fuego se elevaban, siseando, una tras otra, extendiéndose hacia arriba y más allá. Mientras tanto «esos estúpidos» estaban tan atareados gimiendo y corriendo como hormigas, intentando inútilmente salvar los arbustos de té, él tuvo tiempo de subir a la segunda planta de la fábrica de té para iniciar el siguiente incendio.

Hipnotizado por las llamas y los olores que él mismo había provocado, estuvo a punto de demorarse demasiado tiempo: aquello era mejor que los fuegos artificiales de Vauxhall.

Volvió con sigilo hasta el gran plátano y comprobó que su caballo había huido. Maldijo a ese animal cobarde y estúpido y juró meterle una bala en el cráneo si llegaba a alcanzarlo. Ahora tendría que andar hasta la plantación de caucho. Estaba a poco más de tres kilómetros. Bernard sabía exactamente donde, sabía cuántas hileras había y cuántos árboles formaban cada hilera. Un árbol de caucho sería un espectáculo mucho más impresionante que un arbusto de té cuando se quemara.

Sin poder creerlo, cuando llegó al secadero, Bernard se quedó mirándolo fijamente: estaba rodeado de guardias armados. Ese condenado Savage era casi tan astuto como él, pues había adivinado cuál sería su próximo golpe. Dio toda una vuelta en círculo, por atrás, con la esperanza de llegar a las filas de árboles de caucho desde su límite más lejano. Pero ahí estaban esos indios apestosos, vigilando cada hilera. Se tendió de bruces observando a los guardias, procurando adivinar sus movimientos mientras ellos se paseaban con los rifles listos para disparar. Bernard permaneció tendido inmóvil aguardando, acechando una oportunidad que iba a llegar, él lo sabía. Se sentía omnipotente. Ya había eliminado el obstáculo que se interponía entre él y Lamb Hall. Ahora destruiría lo que más valor tenía para su enemigo: Leopard's Leap. Después de haber prendido fuego al látex, completaría la tarea incendiando el amplio bungalow.

Cuando calculó que no había nadie que estuviera a menos de cien metros, empezó a avanzar arrastrándose sobre los codos, hacia la última fila de árboles. Llegó a una estrecha zanja de riego llena de agua y soltó un taco; la oscuridad le había impedido verlo. Aunque sabía que tendría que pasar la zanja para poder iniciar el fuego, no podía ni se atrevía a nadar en el agua. Odiaba aquel apestoso país tanto como aborrecía a sus patéticos nativos: los mosquitos estaban comiéndolo vivo y, sin duda, el agua atraería también a las serpientes. Se puso de pie, aún agazapado, y cruzó la zanja sin ser visto. Quizá ya estuviese lo bastante cerca. Si continuaba la suerte, algo de lo que estaba seguro, sería suficiente con que incendiara un solo árbol. Sacó una de sus grandes cerillas y, en el mismo instante

en que la encendió, un cipayo vio la llama y dio el grito de alarma.

Bernard buscó su arma, pero la había perdido. Había caído en la blanda y rica tierra cuando él se había arrastrado hacia los árboles. No se dejó ganar por el pánico. Su mente estaba más aguzada, sus sentidos más alerta de lo que habían estado siempre. Saltó la zanja y

corrió en zigzag. Esos «torpes, estúpidos cabezas duras», no eran rivales dignos de él.

La selva lo envolvió en su tibio y oscuro refugio. Bernard echó a correr y su pie quedó atrapado entre dos troncos caídos. Oyó el repugnante crujido de los huesos de su tobillo y, antes de que pudiera gritar, su cabeza chocó con algo y se desmayó.

CAPÍTULO 45

Savage corrió hacia la cuesta de la plantación de té, que estaba a unos cien metros del bungalow. Al llegar a la fábrica, vio que habían desaparecido las tres plantas superiores. Sólo quedaban las fundaciones, protegidas por el agua que corría incesantemente por las paredes que aún se tenían en pie.

Una larga fila de trabajadores formaba una brigada que llegaba hasta el lago; se pasaban los cubos de mano en mano. Para hacerse oír por encima del fragor del fuego, Adam tuvo que gritar. Los arbustos de té más cercanos estaban totalmente quemados. El fuego se elevaba cada vez más. Las colinas estaban llenas de hombres y mujeres que arriesgaban sus vidas para salvar los arbustos que estaban en la zona más alta.

Savage estalló en maldiciones. Subió la pendiente de la colina y ordenó a cada trabajador al que encontró que regresara a lugar seguro. Volaban chispas y restos en todas las direcciones, y bailoteaban en el aire como enjambres de moscas de fuego. El olor de los arbustos quemados era picante, casi acre. Era un olor que se metía en la nariz, la garganta y los pulmones. Savage sabía que nunca más lograría olvidar el olor de la destrucción.

Una vez hubo hecho salir hasta el último trabajador, se unió a la brigada de los cubos que intentaba salvar todo lo que pudiese de la larga fila de depósitos que almacenaban las cajas de té. Antes de regresar al bungalow, Savage fue corriendo hasta la plantación de caucho, a unos tres kilómetros de allí.

En el secadero, Denville salió a su encuentro. -¿Habéis podido salvar algo del té?

Savage negó con la cabeza.

-El fuego está extinguido casi por completo, salvo en las colinas más altas. El que queda no se extenderá hacia aquí, aunque cambie la dirección del viento. ¿Habéis hallado algún indicio del demente que inició el incendio?

-Sí. Uno de los guardias vio a alguien entre los árboles de caucho. Le disparé, y el sujeto huyó hacia el oeste, hacia la selva. -¿No le habéis dado? -preguntó Savage, fastidiado.

-De noche, los guardias no entran en la selva -respondió Denville, como disculpándose.

-Bueno, creo que los comprendo -admitió Savage-. Yo lo atraparé, se lo aseguro, pero creo que ya habrá tiempo mañana por la mañana.

Mantenga un guardia apostado, pues ese hombre podría intentar atacar otra vez.

Transcurrieron cinco horas hasta que Savage pudo regresar al bungalow. Eran las tres de la madrugada cuando se deslizó en el interior del cuarto de Antonia. Ella aún dormía. Su abuela también estaba durmiendo en una silla grande, junto a la cama.

Adam encontró a Eve paseándose, inquieta, en una habitación contigua. Él se llevó un dedo a los labios a modo de advertencia, y ambos fueron a la sala de estar.

-¿Cómo está Anthony? -preguntó él.

-El señor Burke está con él; dice que no hay motivo alguno de preocupación.

Eve clavó la vista en él con una mezcla de fascinación y repugnancia. Adam estaba desnudo hasta la cintura y más sucio que ningún hombre que ella hubiese visto. Estaba ennegrecido por el humo y el hollín. Su sudor le había dejado surcos en medio de la suciedad. Tenía el rostro cubierto con una costra de sangre seca. Sin duda, le quedarían más cicatrices. Era demasiado primitivo, demasiado salvaje para ella.

-Eve, las cosas no van a funcionar entre nosotros.

Ella titubeó un instante, como temerosa de dejarlo ir; soltó una breve carcajada nerviosa.

-¿Obtuviste ese título, al menos?

-No, no. Un título de nobleza inglés es algo demasiado escurridizo.

Ella sintió un alivio que le hizo estremecerse.

-Adam, estoy muy apenada por lo de Leopard's Leap. Que hayas venido hasta aquí para ver destruida tu plantación constituye una cruel tragedia. -Se alzó de hombros, como impotente-. Y ni siquiera te llevarás una esposa.

Él la miró con expresión compasiva:

-Estoy enamorado de Antonia. Mañana me casaré con ella.

Cuando Bernard Lamb recuperó la conciencia, sintió que el dolor lacerante de su tobillo subía por su pierna hasta el vientre. Tenía la impresión de que sentía el dolor quemándole el cerebro. Cada latido del corazón provocaba palpitaciones que imitaban ese ritmo.

Se esforzó por mitigar el dolor sin resultado; llegó a la conclusión de que el único modo de superarlo era separar la mente del cuerpo. Fue capaz de concentrarse tanto que lo logró, hasta cierto punto, pero cuando quiso librar el pie de la trampa cruel en que se había metido, el dolor regresó con más fuerza y se le extendió a todo el cuerpo.

Supuso que debía de tener el tobillo tremendamente hinchado. El miedo empezó a filtrársele en los huesos y a correrle por las venas, junto con el dolor. Hizo intentos por mantener a raya el temor. ¿Acaso, esa noche, el destino no le había sido favorable? ¿No había incendiado Leopard's Leap? De algún modo, sobreviviría a esta pesadilla.

Adam Savage se sumergió en la bañera para aliviar la fatiga que lo arrasaba. En pocas horas se habían convertido en ceniza y humo diez años de duro trabajo. Cerró los ojos y dejó que la tensión abandonara sus músculos.

Poco a poco, empezó a comprender que lo acontecido no era una maldición sino una bendición. No se habían perdido vidas en ese incendio devastador. Todos los heridos sanarían. Todavía poseía la tierra, que nadie podía destruir. Reconstruiría la fábrica de té. Y, lo que era mejor, Antonia dormía a salvo, bajo su mismo techo. Una gran dicha lo inundó. Iba a ser padre: estaba convencido de que había sido bendecido por los dioses.

El tobillo de Bernard estaba inflamado y aquel dolor sordo se le hacía insoportable. Al haber concentrado toda su atención en el dolor, no había percibido ninguna otra cosa durante horas. Pero, ahora, empezaba a sentir algo pavoroso, algo que se arrastraba. Su imaginación estaba trabajando a ritmo acelerado. Sentía la piel tan fría y pegajosa que se echó a temblar. Trató de razonar, diciéndose que debía dormir un poco. Tenía que reunir fuerzas para que cuando llegara el alba y hubiese suficiente luz pudiese alejarse de ese sitio, aunque fuese a rastras.

Cerró los ojos y se sintió mareado. Su respiración era más débil y entrecortada. Dormitaba algunos segundos y, continuamente, recorrían su piel convulsiones espasmódicas. No podía moverse. Se miró el cuerpo y, entonces, lanzó un grito de horror viendo unas criaturas repugnantes que cubrían todo su torso. Cientos de negras y voraces sanguijuelas, algunas de hasta veinticinco centímetros de longitud, se alimentaban a costa del indefenso Bernard. Las que estaban repletas, caían de su cuerpo, pero había otras, muchas más, que ocupaban su lugar atraídas por el irresistible olor de la sangre.

Entonces, Bernard contempló su destino cara a cara; supo que aquel destino era la muerte. Brotó de sus labios un grito capaz de helar la sangre, sintiendo que las sanguijuelas se atacaban entre sí, sobre su garganta. En el instante en que abrió la boca, se metieron dentro y Bernard perdió la poca cordura que le quedaba.

Adam abrió los ojos en una expresión de asombro, en el preciso momento en que el sueño empezaba a vencerlo. Por fortuna, el grito de un animal lo había despertado, recordándole dónde estaba. Salió del agua sintiéndose renovado y listo para enfrentar

el nuevo día. Le extrañó que el grito de un simio pudiera sonar tan humano. Las garras del leopardo le habían dejado profundas marcas en la mejilla izquierda. Sabía que, si se afeitaba, los cortes volverían a sangrar; entonces, dejó a un lado su navaja y se alzó de hombros. Un costado de su cara, al menos, estaba intacto.

Se encontró con el señor Burke y lo invitó a desayunar con él. -¿Cómo ha pasado la noche el joven Anthony?

-Nada mal, teniendo en cuenta que le ha sacado usted una bala del pecho. Ha hecho un cambio asombroso. La última vez que lo vi era un niño. Ahora, es un hombre. Y no me refiero sólo al aspecto físico, aunque su espalda es el doble de ancha de lo que era. Quiero decir que ha madurado.

-La tarea de ganarse el pasaje en un barco indio no es como ir a una merienda dominical de escolares. Eso ensancha la mente, no sólo la espalda.

-Habría dado un ojo por ver cómo reaccionaba Antonia al verlo, pero sabía que los gemelos querrían volver a encontrarse en privado. jamás he visto a dos niños más unidos que ellos; sin embargo, la separación les ha hecho un bien inmenso.

-Vigile a ese capellán, por favor -dijo Adam, al tiempo que le guiñaba un ojo-. Hoy vamos a necesitar sus servicios.

-El capellán se ha acostado, por fin. Estuvo ayudando en la enfermería toda la noche... Vaya noche para usted y para Leopard's Leap.

Adam hizo una mueca.

-Hizo falta un trabajo duro para levantarla; el trabajo duro volverá a reconstruirla. Esta tierra tiene una tendencia a renovarse, por grande que sea la destrucción que provoque el hombre blanco.

-Anthony ya me ha dicho que usted la piensa reconstruir. Creo que él se ha enamorado de Leopard's Leap.

En ese momento, Anthony estaba sentado a los pies de la cama de Antonia, relatándole su milagroso rescate.

-El barco se llamaba Earl o f Abergavenny. Los marineros estaban en cubierta observando un grupo de ballenas a las que una tormenta había desviado de su curso. Con los últimos rayos del sol, alguien vio el chubasquero amarillo.

Después me contaron que mi rescate requirió todo un ejercicio coordinado de ingenio, para no mencionar el valor. Debe de haber sido como un ballet acuático, sólo que más dramático. Hicieron bajar a un valiente marinero colgado de una cuerda, quien logró atraparme con otra cuerda. Entre seis, me izaron a bordo. Yo estaba medio ahogado e inconsciente. Era mi día de suerte, Tony; el barco navegaba rumbo a Bombay.

-Por Dios, Tony, no puedes ni imaginar cómo me sentí pensando que te habías ahogado. Urdimos una estratagema para evitar que Lamb Hall cayera en las ávidas manos de nuestro primo.

Jamás pensé que te dejaras arrebatar la propiedad. Pero ¿qué diablos hiciste?

-Ocupé tu lugar: me convertí en lord Anthony Lamb. Anthony estaba estupefacto.

-¡No pongas esa cara de asombro! Que quede entre nosotros, me divertí muchísimo pasando por un joven soltero, de juerga en juerga. Cuando te sientas mejor, recuérdame que te lo cuente.

-¡Maldita seas! ¿Acaso insinúas que eras más hombre que yo? -Podría decir que hice un intento condenadamente bueno -respondió ella, riendo-. Sin embargo, ahora ya no nos asemejamos tanto. Está creciéndote la barba y te has ensanchado de un modo increíble.

Él contempló las suaves mejillas redondeadas y las curvas que se marcaban bajo su camisón:

-Tú también te has rellenado un poco. Estás floreciente.

Esa escrupulosa observación la hizo ruborizarse. Los interrumpió un suave golpe en la puerta. Se abrió la puerta y apareció Adam Savage. Al verlo, Anthony se puso de pie de un salto. -¿Pudiste salvar algo de la plantación? -preguntó, ansioso. -El té se ha quemado, pero

ha sobrevivido el caucho. -Cuando reconstruyas la plantación, quiero ayudarte -dijo

Anthony con convicción, esperando que Savage no recordara que él estaba herido.

-Gracias -dijo Adam, con sincera gratitud.

Anthony miró a su hermana y vio que había vuelto la cara hacia la pared. Era evidente que esos dos tenían un asunto pendiente; salió del cuarto, de ninguna manera iba a dejarse atrapar en medio del fuego cruzado.

Cuando Adam y Antonia quedaron a solas, ella se empeñó en mantener su cara hacia la pared.

-He venido a cambiarte las vendas, Tony.

Ella se volvió de cara a él y sus ojos verdes brillaron de desafío.

-Ni se te ocurra tocarme -masculló.

-Debo cuidar de que esas heridas no se infecten.

-¡Ya he sido atacada, antes, por un leopardo! -exclamó-. Si pude sobrevivir a ti, puedo sobrevivir a cualquier cosa.

-Tony, esta mañana he dicho a tu madre que te amo, y que hoy nos casaremos.

-¡No habrá ninguna boda! Truhán mentiroso. Me has engañado desde el principio con tus juegos seductores de conquistador. Sé sincero por lo menos una vez. ¿Qué hay entre mi madre y tú ?

-Lo que hubo entre tu madre y yo ocurrió antes de que nosotros nos conociéramos; para serte franco, Tony, no es asunto tuyo. -Sostuvo con rigor la mirada de ella con sus ojos azul hielo-. Y ya que hablamos de sinceridad, ¿has examinado la tuya? ¡Tú, que dices y haces lo que te viene en gana, para salirte con la tuya en todo!

-Eso no es verdad -exclamó ella-. El engaño que cometí fue absolutamente necesario.

-No estoy hablando de ese engaño. -Sentó en la cama y puso sus manos sobre el vientre de Antonia-. Estoy refiriéndome a este engaño. Éste es mi hijo. ¿Cómo te has atrevido a ocultármelo? ¡Deberíamos habernos casado hace meses!

-Con hijo o sin hijo, no me casaré contigo -aseguró ella, furiosa.

Él se puso de pie, dominándola con su estatura. Puso un dedo debajo de su terco mentón y lo levantó de modo que estuvieran mirándose a los ojos, ambos ceñudos.

-O bien cambias de idea o yo te la hago cambiar: la elección es tuya-dijo él, cortante.

Salió de la habitación con la mayor frustración que Había sentido en su vida.

Tony era la criatura más enloquecedora y exasperante que había conocido. Ella sabía que él la amaba con cada fibra de su ser. ¿Qué diablos pretendía de él? ¡Quería lo imposible! ¿Cómo podía cambiar el pasado? Llegó a la conclusión de que necesitaba que alguien le echara una mano.

Adam encontró a Roz en la sala de desayunar. De inmediato, ella se acercó a él.

-Adam, le estoy muy agradecida, ha salvado usted la vida a ambos. Se lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

-Roz, tiene que hablar con ella. No quiere saber nada conmigo.

-¿Ya ha aclarado la situación con Eve?

La mirada de Adam escudriñó la expresión de la mujer. -Claro que sí. ¿O acaso habría podido casarme con Antonia sin informar a Eve de mis intenciones?

-Adam, Antonia cree que usted estaba enamorado de su madre. Lo que pasa es que, desde que era una niña, ella se ha sentido desplazada a un segundo lugar por la belleza de su madre.

-¡Eso es absurdo! Antonia es mucho más mujer que Eve. Lo único que ocurrió es que yo pensaba que Eve sería una buena ama de casa para Edenwood. Además, Eve jamás me ha amado.

-Eso lo sé, Adam. En mi opinión, Eve sólo es capaz de amarse a sí misma.

-Sé que debería haber hablado de esto con Antonia, pero no quise herirla. Fui un estúpido al creer que podía ocultárselo. -Sí, su vasta experiencia tendría que haberle hecho comprender que Eve no dejaría que Antonia lo ignorase. -La expresión de Roz desbordaba de ironía al comprobar que en realidad los hombres no sabían casi nada de lo que pasaba por la mente de una mujer-. Dele tiempo. Sé que Antonia lo ama con desesperación. En unos meses, ella cederá.

Desasosegado, Adam se pasó una mano por su largo pelo negro.

-Roz, no contamos con unos meses. Tony está embarazada. Yo no sabía nada hasta la otra noche, cuando curé sus heridas. Roz le apoyó una mano sobre el brazo.

-Seguramente, tendrá usted muchas cosas que hacer. Déjeme esto a mí.

Savage hizo un gesto afirmativo. -Tengo que cazar un chacal.

Lady Randolph entró en el dormitorio de su nieta, acompañada de una criada que llevaba agua y vendas.

-He venido a evaluar el daño.

-No, Roz. Yo misma me curaré -dijo Antonia, obstinada. -¡No seas ridícula! Deja de comportarte como si fueras la primera mujer que va a tener un hijo. ¡La primera fui yo! Antonia dijo:

-Oh, Roz, siempre me haces reír. Y no debería hacerlo, mi mundo se está derrumbando.

-Antonia, en esta vida o reímos o lloramos. En todo caso, la llegada de un niño no es algo para lamentar, sino para celebrar. Claro que va en contra de las convenciones tener un hijo sin casarse. ¡Vaya, qué comentarios provocarías si fueras a tener gemelos!

-¡Oh, calla, Dios mío! -exclamó Tony.

¿Cómo no se le había ocurrido esa posibilidad? -Déjame que te dé un vistazo.

Antonia se acostó y ayudó a Roz a quitar las vendas. Los cortes eran serios, pero lo que Savage había aplicado en ellos había comenzado a producir la cicatrización. No iban más allá de unos profundos rasguños. Y no había indicios de infección.

Roz lavó con suavidad las heridas y las secó con cuidadosas palmadas.

-Ya han empezado a formarse las costras. Creo que deberíamos dejarlas airearse. ¿Qué opinas tú?

-Que tú siempre tienes razón -respondió Tony.

-Si eso opinas, pienso que debes casarte con Indian Savage. Es un candidato demasiado rico: no puedes dejarlo escapar. -¡Yo no le amo por su dinero! -estalló Antonia.

-Eso significa que le amas -dijo Roz.

-¡No! ¡Mil veces, no! ¡No le amo, y no me casaré con él! -Haz como quieras, querida. Siempre lo has hecho -dijo Roz con ligereza.

Roz salió de la habitación de Antonia y fue a buscar a Eve. Encontró fácilmente su dormitorio gracias a la fila de criados que iban y venían. Su hija estaba sentada en la cama y tenía una bandeja con el desayuno sobre las rodillas.

-¿Podemos hablar un momento en privado, Eve?

Su hija despidió a los sirvientes con ademán imperativo y luego volvió la vista hacia ella con fría condescendencia.

-¡Qué bien lo haces! En otra vida debes de haber tenido esclavos -ironizó Roz.

-No seas fastidiosa, madre -dijo Eve con dulzura. -Fastidiada, hija, no fastidiosa. Ojalá estés dispuesta a escuchar algunas verdades. Eve, estoy cansada de que eludas tus responsabilidades. Como la maternidad no te sentaba bien, hiciste a un lado a los gemelos como si fueran bultos indeseables. No creo que hayas amado a Russell, y tampoco veo señales de que ames a tus hijos, porque siempre has estado pendiente de ti misma. Me atrevería a decir que hasta ahora has sido un absoluto fracaso. Pero eres una de las mujeres más afortunadas del mundo, Eve: tienes una segunda oportunidad. ¿Cuántas personas podrían tener una oportunidad para redimirse?

-¿A qué te refieres?

Las mejillas de Eve habían adquirido un opaco color rojo. La expresión de Roz era decidida, su voz, dura e implacable. -Irás a ver a Antonia y la convencerás de que tú y Savage jamás habéis tenido relaciones íntimas.

Se oyó un golpe suave en la puerta. Roz abrió y dejó pasar al señor Burke, que había tenido la sensata idea de ir a la Casa del Gobernador a buscar todo lo que podrían necesitar las señoras. -Paddy Burke, le quiero -exclamó Roz, estrechándole la mano, agradecida.

-Y yo también la quiero a usted, señora -repuso Burke, sincero, al tiempo que entraba el baúl en el dormitorio de Eve.

CAPÍTULO 46

Eve permaneció con la vista clavada en la puerta un buen rato después de que ellos se hubieron marchado. «De modo que ellos creen tener el monopolio del amor, ¿no es cierto? ¿Cómo se atreven a acusarme de no amar a mis hijos?» Abrió con brusquedad la tapa del baúl y buscó algo que le diera un aire maternal.

Como era de esperar, no había nada por el estilo pero, después de mucho pensar, desechó un vestido de gasa de seda y optó por uno de lino. Tardó una hora en maquillarse y peinarse; cuando terminó, fue al dormitorio de Antonia.

Su hija estaba de pie ante la ventana, con la mirada perdida. Llevaba una bata suelta, estampada con diseños nativos en intensos colores: azules, verdes y dorados, que destacaban a la perfección su morena belleza. Por fin, Eve admitió que jamás había demostrado cariño a su hija, pues sabía que algún día su belleza superaría a la suya. Y ese día había llegado.

Cuando Tony giró en redondo para quedar de frente a su madre, su pelo se abrió como una sedosa nube de rizos negros, su boca formó una O de sorpresa y sus grandes ojos verdes, muy separados, brillaron de lágrimas.

-¿Te sientes mejor? -Sí, gracias.

-¿Estás en condiciones de tener una conversación entre madre e hija?

-En realidad, no, madre...

-Antonia -suplicó Eve-, ¿no me darías otra oportunidad? Tony se pasó la mano por los ojos, con ademán impaciente.

-Ven a sentarte, madre.

Eve comenzó a juguetear con sus alhajas de plata.

-No podría decir que he sido la mejor madre del mundo pero, aunque no lo creas, te quiero, Antonia. Cuando eras niña, eras tan bonita, tan precoz que, en realidad, sentía celos de ti. Como sabrás, los hermanos gemelos suelen atraer la atención de todos. Tú eras la preferida de Russell, y él jamás se cansaba de exhibirte.

-Admito que a mí me gustaba ser el centro de la atención, pero tú siempre fuiste la belleza de la familia, madre. Yo sentía que nunca podría superarlo. Lamento no haber vuelto a ver a mi padre.

-Cuando tu padre murió, recurrí a Adam Savage en busca de ayuda financiera, Antonia, pero cuando te dije que íbamos a casarnos, me temo que sólo era la expresión de mis deseos. Ayer, sin embargo, tanto mis esperanzas como mi vanidad quedaron hechas trizas cuando el señor Savage vino a pedirme permiso para casarse contigo.

Antonia escudriñó la cara de su madre: cuánto valor debía de exigirle todo eso.

-Por lo tanto, querida mía, si tú aceptas su proposición, quiero que os caséis en la Casa del Gobernador. Invitaremos a todos los plantadores de la región y yo podré ufanarme de la belleza de mi hija.

Antonia sonrió entre lágrimas.

-Gracias, madre. Eres muy generosa, pero Adam y yo no necesitamos nada de eso. Lo único que necesitamos es estar juntos.

El semblante de Adam Savage se ensombreció cuando bajó la vista y se encontró con lo que quedaba del cadáver. Las gigantescas sanguijuelas habían vaciado hasta la última gota de sangre del cuerpo de Bernard Lamb. En sus últimos instantes debió de haber sufrido un dolor indecible. Una muerte obscena para un hombre obsceno, pensó

Savage, con cierta satisfacción. Haría que sepultaran el cadáver en la selva misma, en ninguna parte de Leopard's Leap.

Savage era consciente de que tenía que informar de la muerte a la familia, que lo esperaba en el bungalow. Se había quitado un enorme peso de encima, puesto que la vida de los gemelos ya no corría peligro, pero todavía sentía un peso en el corazón. No deseaba tener otro enfrentamiento con Tony, aunque estaba dispuesto a emplear la fuerza si fuera necesario. Ató su caballo a un poste a la sombra del bungalow.

Antonia estaba sentada en el sillón de Adam, en el porche, esperando su regreso. Adam caminó lentamente hacia ella, fijándose en su belleza. Cuando ella lo vio llegar, se puso de pie y dio un paso vacilante hacia él y, un instante después, estaban abrazados.

Tony se echó a llorar y Adam la apretó contra su corazón. -Oh, Adam, lamento la destrucción de Leopard's Leap. Sé cuánto trabajo invertiste en tu plantación de té, y durante cuánto tiempo. Sé el orgullo y el cariño que sientes por este sitio. -Calma, mi amor, calma. Lo único que me importa es que estás a salvo. -Por increíble que pareciera, era cierto. Sentía el corazón desbordado de dicha. La cercanía de ella lo aturdía-. Leopard's Leap no ha sido destruida. Yo la reconstruiré, volveré a plantar.

Ella se apartó un poco para mirarlo a la cara, pues quería ver si sólo estaba diciéndolo para consolarla.

-Adam, ¿es posible?

-Si deseas algo con la suficiente intensidad, nada en el mundo podrá impedirte que lo logres. -La besó para enjugar sus lágrimas, y comprendió que tenía hambre de ella-. Ven, te lo mostraré.

La tomó de la mano y la alzó depositándola sobre la silla, luego montó él. Adam se la acercó y espoleó el caballo en dirección a las colinas donde habían estado las plantas de té.

Antonia vio que la negra devastación dejada por el fuego se extendía por todas partes y era peor de lo que ella había temido. Pero siguió con la vista lo que Adam señalaba y notó cosas que se le habían pasado por alto. Él rozaba con sus labios el oído de ella, contándole sus planes con un murmullo y haciéndole correr un delicioso estremecimiento por la espalda. Inclinó sobre ella su cabeza, en amoroso gesto, compartiendo con ella sus pensamientos y sus ideas. Los trabajadores ya estaban retirando los restos de los arbustos quemados, así como los escombros de la fábrica.

-Lo que vamos a construir será más grande y mejor -dijo él, con entusiasmo.

Era bueno que él tuviera una energía inagotable, pues iba a necesitarla.

-¿Y las plantas de té? -preguntó ella en voz baja, oyendo cómo latía el corazón de él bajo su mejilla.

-¿Qué? ¿Acaso me crees tan poco previsor como para no tener vástagos de té? ¡Te los mostraré!

Cabalgaron unos tres kilómetros hasta llegar a un huerto de plátanos. Adam apartó las anchas hojas y allí, en aquella sombra

protectora, las delicadas plantas de té asomaban sus brotes verdes entre los ricos terrones.

Ella se echó a reír, dichosa, y levantó su boca para recibir un beso.

-Quiero tenerte esta noche en mi cama. ¿Nos casamos?

-Sí, por favor -rogó Tony-. Claro que no podremos hacer el amor hasta que se hayan curado mis heridas -concluyó, provocativa.

Él recorrió el contorno de su boca, inflamada por los besos, con la punta de su lengua.

-Confía en mí: encontraremos una manera... o dos.

Hicieron sus votos conyugales en la espaciosa sala de estar del bungalow. Anthony entregó su hermana gemela al amoroso cuidado del amo de Leopard's Leap. Fue una ceremonia solemne. Lady Antonia Lamb se convirtió en la señora de Adam Savage de Edenwood y marquesa de Blackwater.

Tanto Eve como Rosalind lloraron al convertirse una en madre y la otra en abuela de una flamante esposa; cuando el señor Burke se adelantó para felicitar al novio, Tony advirtió también cierta humedad en sus ojos.

-Por favor, no esté triste, señor Burke -lo reprendió. -Querida mía, lo que siento es alivio. En adelante, el pobre hombre que tendrá que llevarle el cubo será Savage.

El aludido murmuró:

-Con unas buenas palmadas aplicadas con regularidad en el trasero, se acabará eso de andar de juerga por ahí, bebiendo y en pantalones.

El personal de la casa de Leopard's Leap se había superado a sí mismo. Cuando sirvieron la cena en el gran comedor, resultó un verdadero banquete. Eran las diez de la noche cuando Denville propuso el último brindis; Roz alzó sus manos pidiendo silencio.

-Creo que deberíamos continuar con esta fiesta en la Casa del Gobernador, y dejar que los recién casados tengan un poco de intimidad.

Una vez que los dos coches se hubieron alejado, Adam alzó a Antonia en sus brazos y la llevó dentro del bungalow.

-Eres una sinvergüenza. ¿Te has vestido de amarillo intenso para impresionarlos?

Ella empezó a moverse con sensualidad contra el cuerpo de él y a rozar provocativa el bulto entre sus piernas.

-Se impresionarían si supieran qué efecto ejerce sobre ti el amarillo intenso. Te excita hasta la locura. ¡La primera vez que lo llevaba me poseíste sobre tu escritorio!

-Estás exagerando.

-Exagerar significa agrandar o aumentar algo hasta que alcanza una dimensión fuera de lo normal. En ese caso, me declaro culpable, milord. -Tony volvió a tocar su hinchada erección-. Llévame a la cama.

-Al diablo con la cama. He esperado una eternidad para poder llevarte al cuarto de baño.

Su mirada era tan intensa que ella se ruborizó pensando en las cosas que él iba a hacerle.

-Tus ojos son azules como... el culo de un babuino -susurró ella, maliciosa.

Y gritó cuando los dientes de él mordieron el lóbulo de su oreja.

Anthony regresó a Leopard's Leap al rayar el alba. Hacía sólo dos horas que Adam y Tony se habían dormido. Despertaron uno en brazos del otro; los mechones de pelo negro envolvían sus cuerpos desnudos.

Los amantes se abrazaron estrechamente, susurraron, se besaron, se tocaron, se saborearon. No hicieron caso de la alegre voz de Anthony, que conversaba con los criados de la casa. La pasión empezó a crecer y todo lo demás se desvaneció; quedaron ellos dos, solos en el paraíso. Sus cuerpos se fundieron, convirtiéndose en uno.

Como siempre, su ritual amoroso fue salvaje, erótico; se sintieron arder, embistieron, se elevaron, palpitaron, latieron. Todo en Savage era músculos abultados, todo masculino y rampante. En Antonia, todo era sedoso, húmedo, caliente, perfumado, toda ella tentadora sensualidad. Tras la mutua explosión, la lujuria dio paso a un amor que todo lo arrasaba.

Él la acunó en uno de sus fuertes brazos, mientras sus dedos acariciaban las hebras de pelo de su sien, luego seguían la adorable curva de su mejilla y de su cuello.

-Él no se marchará, ¿sabes? -susurró Antonia. -¿Anthony? No, ya lo oigo paseándose ahí fuera.

-Es peor que una plaga de langostas. Yo quería que disfrutáramos con un prolongado desayuno en la cama como para relamerse y luego, un tibio y perfumado baño en la bañera.

-Esta noche, yo te relameré -prometió él, recordando la noche pasada, haciendo el amor en la bañera, el deslizarse de las pieles húmedas, los temblores, que aumentaron hasta que los dos estuvieron bañados por la pasión y a punto de ahogarse de deseo-. Esta noche, tus heridas estarán curadas y no tendré que ser cuidadoso contigo. -Mientras pasaba su mano callosa por la tentadora pierna de Antonia, exhaló un gemido-. Cuando tus largas piernas rodean la curva de mi espalda, quisiera quedarme así para siempre.

Adam y Anthony pasaron el primero de muchos días juntos. Adam aprendió a conocer bien a su cuñado. Anthony se entusiasmaba tanto por todo que Adam se convenció de que Leopard's Leap ya se le había metido en la sangre. Reconocía los síntomas. Al principio, cuando él había llegado, Ceilán había tenido el mismo efecto sobre él. Todavía formaba parte de él, claro, pero ahora, su futuro y el de sus hijos estaban en Inglaterra.

Comenzaron con la tediosa y ardua tarea de volver a plantar. Adam notó, con satisfacción, que el trabajo duro no hacía disminuir el entusiasmo de Anthony.

-¿Regresarás pronto a Inglaterra? -preguntó Anthony a su cuñado.

Adam asintió.

-Sí, siempre que Tony quiera regresar a casa y se sienta en condiciones de viajar.

-¿Acaso está enferma? -preguntó Anthony, preocupado. -No, no está enferma. Desborda salud. Es que va a tener un hijo.

-¡Ah, ahora entiendo! -dijo Anthony, riendo-. Comprendo que quieras regresar a Edenwood. El señor Burke ya ha enviado las cosas de mi abuela a Inglaterra, y mi madre irá a Bombay a pasar unas vacaciones, pero yo aún no quisiera irme.

-¿Por qué no te quedas en Leopard's Leap? Para la opción de la East India Company falta sólo un año. Si tienes éxito como plantador, cuando llegue el momento, te haré socio mío.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Anthony, atónito ante su generosidad.

-Para mí, eres un regalo de los dioses, una respuesta a mis plegarias. ¿Qué más podría pedir que dejar Leopard's Leap en tus manos? Tengo un barco llamado jade Dragon en Colombo. Lo empleo para cubrir la ruta de la China. ¿Por qué no pruebas suerte con eso, también? Sólo hay dos cargas que no acepto: opio y marfil.

Quince días más tarde, los baúles estaban apilados ante la puerta principal del bungalow. La fábrica estaba siendo reconstruida y los frágiles vástagos de té, plantados sobre los ondulados terrenos de Leopard's Leap.

Adam Savage llevó en brazos a su esposa desde la bañera hasta la amplia habitación que usarían hasta el último momento. Dejó que Antonia decidiera si se quedaban o regresaban a Inglaterra. Y ella tomó la decisión por los dos, consciente del deseo que yacía en lo-más profundo del corazón de su esposo. Él amaba Leopard's Leap, pero ya era hora de que comenzaran a fundar su dinastía en Edenwood.

Adam se deslizó en la cama junto a ella y la alzó, colocándola sobre su cuerpo duro.

-Mi amor, estoy tan enamorado de ti... Agradezco a Dios que, por fin, te convencieras de que no ha habido nada entre tu madre y yo.

Ella se puso a gatas sobre él, preparada para el ataque. -Indian Savage, no creerás que soy tan ingenua, ¿verdad? Es que he llegado a la conclusión de que tienes razón, como siempre. ¡No es asunto mío!

Primero, Antonia oyó su gutural gruñido; después, él se abalanzó sobre ella. Pero, poco después, los dos estaban ronroneando. Mucho más tarde, en la quietud perfumada de la noche, se encontraban sentados, con la espalda apoyada en las almohadas, y planeaban su futuro. Savage tomó un cigarro hecho con tabaco de Jaffna. Lo encendió, aspiró hondo y se reclinó, contento. Cuando volvió a mirar a Tony, se quedó estupefacto: ella también estaba fumando un puro.

-¿Qué demonios estás haciendo? -preguntó.

-Lo que tú me enseñaste. -Señaló ella, con sus párpados entornados para protegerse del humo-. La salsa que es buena para el ganso, también es buena para la gansa.

-¡Demasiada salsa! -«Dios mío, qué encantadora es», pensó él-. Supongo que no tendré más remedio que aceptarlo y que no debo esperar que lo dejes.

Tony apagó su cigarro y se dejó deslizar otra vez en la cama, apoyándose contra él. La erección de Savage fue instantánea. Ella lo hizo girar en sus manos como si fuera un puro.

-Mmm -murmuró, provocativa-. ¡Dejémoslo sobre la repisa; ya me lo fumaré mañana por la mañana!